

LUIS M. NÚÑEZ

LA SOMBRA DORADA



Índice de contenido

AGRADECIMIENTOS

LA ESTRELLA CAÍDA

LUCES

TRAIDORES

LORRY

LA CACERÍA DE LOS LÁTIGOS

EN EL SALÓN DE LOS ALTOS SEÑORES

BRILLA EL ACERO

EL CORAZÓN DE CHEEKA

LA BATALLA DE LAS PLANICIES ARDIENTES

EPÍLOGO

RELATOS DE LA SOMBRA DORADA

SOBRE EL AUTOR

LA SOMBRA DORADA

Luis M. Núñez

© 2016 Luis Miguel Núñez Izquierdo

© 2017 de la 2ª edición, Luis Miguel Núñez Izquierdo

Ilustración de cubierta: © 2016 Jonay Martín Perdigón

Ilustración de mapa: © 2017 José Gabriel Espinosa Pérez

Dedicado a todas las personas que saben se lo merecen.
A todas ellas.





AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con mucha gente. La creación de este libro no habría sido posible sin aquellas personas a las que estoy, y estaré siempre, agradecido por lo que han supuesto en mi vida, a diversos niveles.

A los sufridos y esforzados lectores del manuscrito, cuyas sugerencias y críticas han mejorado considerablemente el texto, Alicia Riol, Iván Gimeno y Raúl Lahoz: sois duros pero justos, amigos míos.

A mi familia, quienes están y quienes no, que me inculcaron de pequeño el sano vicio de la lectura regalándome cualquier cosa con letras impresas que les pedía.

A Jonay Martín Perdigón, por el estupendo trabajo que ha hecho para la ilustración de portada y con quien ojalá comparta nuevos proyectos en el futuro.

A aquellos maravillosos blogueros con los que he trabado contacto estos últimos tiempos; en mi propio blog se pueden encontrar los enlaces a los hermosos textos que estos amigos de Internet crean y ofrecen al mundo (<https://lordalceblog.wordpress.com/>)

Y por último, porque lo mejor se reserva para el final, a quienes comparten techo y vida conmigo. Por todos esos años que llevamos juntos y por todos los que están por venir, porque nos queremos, te lo agradezco Pili. Y aunque esos otros dos jamás aprenderán a leer, también saben que les doy las gracias.

I

El anciano contempló el fuego entrecerrando sus ojos de avanzadas cataratas. El fulgor anaranjado le provocaba daño y suspiró, cansado, enroscándose un dedo sarmentoso en su barba hirsuta, descuidada, más propia de un harapiento vagabundo que de lo que él fue en tiempos. Recordar aquello le producía un dolor terrible, insondable, que amenazaba con devorar lo que quedaba de su cordura, pero tenía la obligación moral de contarlo a los jóvenes que se sentaban en círculo en torno a él, para aleccionarles sobre lo que de verdad había ocurrido desde aquella mañana, cuando todo empezó a dirigirse hacia su fin.

—Me acuerdo como si fuera ayer —comenzó—; el sol había salido hacía muy poco, pero no lograba atravesar la gruesa capa de nubes que cubría el cielo, haciendo que la luz adoptara una tonalidad grisácea, como cubriendo la tierra con un manto lúgubre y mortecino. Aunque no hacía ni una pizca de viento, el frío era excesivo para la época, y tuve que volver a entrar en casa para coger algo de abrigo, volviendo a dar un beso a mi niña pequeña, que se había levantado, como todos los días, para desearme los buenos días.

Uno de los oyentes tosió, y el anciano no pudo evitar lanzar una mirada reprobadora aunque no sabía quién había sido, lo que hizo que alguien, a su derecha, pidiera perdón.

—Fui hacia el ayuntamiento, donde cumplía mis funciones de secretario del regidor, y paré en una de las fondas de la plaza real, para tomar mi achicoria matutina. Acompañada de uno de los deliciosos bollos que la mujer del tabernero preparaba. Es una de las cosas que más echo de menos. — Adoptó un aire nostálgico, provocando sonrisas de compasión entre los jóvenes que nunca habían conocido ese mundo—. El hombre tras la barra... ni siquiera recuerdo su nombre... me servía en cuanto entraba por la puerta y charlábamos un poco sobre minucias que, en aquel tiempo, nos parecían lo más importante: lo que habían hecho nuestros hijos, el tiempo, esas cosas.

»Me fijé en un hombre, sentado en una mesa junto a la puerta, que miraba a un lado y otro con suspicacia. Un tipo feo, muy feo, que no era un habitual, y le pregunté con un enarcamiento de ceja al posadero, pero este se encogió de hombros dando a entender que él tampoco lo conocía. Y, en cuanto el campanario del ayuntamiento indicó la hora de inicio de la jornada de trabajo, apuré mi bebida y me fui, olvidándome del hombre, pensando que sería un

forastero que no se fiaba de la reputación de pacífica y tranquila de nuestra ciudad.

—¿Qué ciudad era, señor? —preguntó una joven, con voz muy aguda.

—Era Rygita —contestó él, escarbando en la tierra frente a él con una caña—. Una ciudad poco importante de Lorry, un pequeño reino en la órbita del imperio... ¡Oh!, en realidad, todo esto no os importa. —Casi rio—. Son nombres ya olvidados, perdidos, de los que solo un puñado de viejos nos acordamos. Solo necesitas saber que era una ciudad pequeña, que no era nada importante en el esquema general de las cosas. Que fue allí, en Rygita, donde todo empezó.

LA ESTRELLA CAÍDA

Sentado en la mesa de la fonda, Glabro vio cómo el hombre de la achicoria y el bollo se encaminaba hacia la puerta después de pagar y entraba en el ayuntamiento.

—¿Trabaja para el concejo? —preguntó al tabernero, que estaba pensando en la mejor manera de colocar las botellas.

—¿Perdón? —dijo él.

—El hombre que se acaba de marchar. ¿Trabaja ahí? —repitió Glabro, señalando el edificio al otro lado de la plaza.

—Oh, sí. Es el secretario.

Glabro asintió y dejó su infusión a mitad. Ni siquiera había tocado el panecillo con miel y salió disparado hacia el exterior del local, ante la mirada de extrañeza del otro que, como ya había cobrado, pronto olvidó el asunto.

Con rápidas zancadas, logró alcanzar al funcionario cuando este no había empezado a subir las escaleras que llevaban a las dependencias superiores, donde tenía lugar la actividad administrativa, y le cortó el paso poniéndose delante de él.

—Perdone —le dijo con aliento entrecortado—. Necesito ver de inmediato al regidor.

Lo miró de arriba abajo con parsimonia, y dibujando en el rostro una mueca de sospecha que rayaba en el desprecio, le replicó:

—Me temo que tendrá que pedir cita, señor...

—Glabro —respondió él, sin dar su apellido—. Lo que tengo que decirle no admite demora. Usted solo dígame que Glabro ha venido para hablar con él y que le espera abajo. Por favor —continuó, ante las escasas ganas de colaborar del funcionario—. Es muy importante. Solo dígaselo y él sabrá que tiene que verme.

—Bien, bien —cedió, más que nada para quitárselo de encima—. Se lo diré en cuanto venga, pero, le aviso... Suele llegar tarde, como a media mañana.

El hombre pareció molesto, pero se forzó a dibujar una media sonrisa y dijo:

—No hay problema. Esperaré ahí —terminó, señalando una silla en la zona de espera.

De repente, un silbido agudo, proveniente de lo alto, se escuchó ganando en fuerza hasta alcanzar una potencia atronadora, un rugido ensordecedor que

les hizo taparse los oídos mientras los perros comenzaban a aullar enloquecidos. Era tal el ruido que numerosos cristales se quebraron y estallaron en mil pedazos, provocando los gritos histéricos de la gente que empezaba a salir a las calles.

—¿Qué...? —dijo el funcionario temblando mientras contemplaba los cristales esparcidos en el suelo, algunos de los cuales habían salido disparados desde el marco cayendo muy cerca de él.

—¡Oh, no! —Glabro se echó las manos a la cara y comenzó a llorar—. ¡Ha empezado! ¡Ha empezado! ¡Es demasiado tarde!

—¿Qué...? ¿Qué dice? —le preguntó el funcionario, mirándolo con cara confusa.

—¡El regidor, tenemos que dar con él de inmediato! —decía, zarandeándolo al cogerlo por los hombros—. ¡No tenemos un instante que perder! ¿Dónde vive el regidor?

Se desembarazó de él con una sacudida y salió a la calle, justo en el momento en que se escuchó una tremenda detonación, añadiendo más caos a la escena. Los animales correteaban, los niños lloraban y las mujeres gritaban, todos confusos, todos sin saber qué estaba pasando. El hombre vio, hacia el este, una luz del color del oro superpuesta al fondo grisáceo de la mañana, pero no le pareció que fuera el sol intentando rasgar las tinieblas del firmamento, sino que se trataba de algo mucho más ominoso y siniestro, un heraldo de malas nuevas.

Dos hombres corrían hacia otro, tendido en el suelo, que había sido alcanzado en el torso por uno de los cristales arrancados y sangraba con profusión, gimiendo de modo lastimero y casi sin fuerzas, a punto de morir. Al fijarse en los vidrios desparramados, imaginó que parecía como si hubiera caído un chaparrón de extraña consistencia.

Y entonces, pensó en su familia.

Salió corriendo hacia su casa, sin percatarse que el tal Glabro había llegado junto a él y seguía insistiendo sobre la necesidad de contactar con el regidor. Cubrió la distancia en escasos minutos y, por el camino, vio que todo era igual que en la plaza, como si se hubieran abierto las puertas del Arallu y el terror se hubiera desbordado sobre el mundo de los humanos, dibujando horribles imágenes de miedo y, en casos como los del desafortunado hombre de antes, muerte.

Los cristales de la pequeña casa en que vivía también habían estallado, como en el resto de la ciudad, y comenzó a dar voces llamando a su mujer e

hijas, intentando superponerse a los gritos de los demás que, al igual que él, buscaban a sus seres queridos. Notó que las lágrimas de alivio acudían a sus ojos al ver a las tres en el umbral, confusas y aún en sus ropas de noche, pero ilesas, y terminó de recorrer los metros hasta ellas para darles el tierno pero fuerte abrazo con que las rodeó.

—¿Qué ha pasado, Necto? —le preguntó Nidama, su mujer, pero él solo pudo negar con la cabeza, tan ignorante como ella.

—Papi —decía Ester, la pequeña, con su delgado cuerpo presa de temblores—, tengo miedo.

—No te preocupes, cariño —la consoló, acariciándole sus rizos castaños—. No pasa nada. No pasa nada.

Pero él volvió su vista hacia el este, y ese amarillo en el cielo permanecía ahí, extraño, antinatural, enfermizo, rivalizando con un tenue sol cuyo disco anaranjado no parecía tener la suficiente potencia como para imponerse a esa nueva luz.

El extraño suceso hizo que Baltasar acudiera al edificio del ayuntamiento antes de lo normal en él. Las jornadas eran agotadoras, incluso en una ciudad de tamaño pequeño como Rygita, y siempre se acostaba tan tarde que, si quería mantener la cabeza despejada y los reflejos desentumecidos, debía dormir hasta bien entrada la mañana. Pero, con lo que había pasado, hubo de sacrificar un par de horas de sueño, vistiéndose todo lo rápido que pudo, casi sin apenas peinarse y con la barba comenzando a asomar en sus afilados rasgos. Galopó a toda prisa desde su casa en las afueras, a duras penas seguido por los dos guardias de la milicia local que eran sus escoltas.

Los soldados de Rygita, dedicados a rutinarias tareas de control del mercado y de algún que otro borracho pendenciero, estaban desbordados, vagando de aquí para allá sin saber muy bien qué hacer, limitándose a llevar a los heridos hacia los tres únicos médicos de la localidad, que pronto comenzaron a gritar que no podían hacer nada, que no tenían recursos suficientes ante el aluvión de pacientes que se les vino encima.

Por fortuna, lo que fuera que hubiera sido había tenido lugar poco después del alba, porque el regidor no podía ni imaginar el escenario si... eso... pasara a mediodía, a la hora del mercado. No, no quería ni imaginarlo.

Dio un último talonazo a su caballo y chasqueó la lengua, apremiándolo, mientras los escoltas imprecaban con sus vozarrones a la gente para que se apartara y, al llegar a la plaza, tuvo que frenar tirando con brusquedad de las

riendas porque un loco se plantó en su camino, con los brazos en alto, indicándole que parara.

—¡Regidor! —gritaba— ¡Regidor! ¡Tenemos que hablar, regidor!

Un escolta puso el caballo al lado del tipo y levantó la fusta, indicándole que era mejor que se quitara de en medio, pero no le prestó atención, siguiendo con su cantinela. Aunque era imposible que se acordara de las caras de todos los ciudadanos, un rostro así, con la nariz deformada hacia la derecha y un ojo más cerrado que otro bajo unas cejas de un rubio casi blanco, era imposible de olvidar, por lo que el regidor estaba seguro de no conocerlo. Levantó una mano indicando al escolta que lo dejara y le preguntó, con un deje de impaciencia:

—¿Quién eres y qué quieres?

—Soy Glabro, señor, debemos hablar sobre lo que está pasando sin perder un instante —respondió con voz atropellada, lo que aumentaba su aspecto de lunático—. Le envié una misiva...

El regidor descabalgó tomándose su tiempo. El nombre indicaba que era del Imperio vetero, el gran estado al sur de Lorry que desde hacía años sufría cierto declive pero que aún era lo bastante poderoso como para despertar temor en sus vecinos más débiles. Que estuviera en una apartada ciudad como Rygita, en la que las grandes políticas internacionales no tenían cabida, era sorprendente, por lo que decidió dejarle continuar pese a que se encontraran sumidos en una crisis. No tenía constancia de ninguna carta.

—Habla, pero rápido —le dijo—. La ciudad...

—La ciudad es lo de menos, señor —interrumpió Glabro, haciendo que el regidor apretase los labios con cierta furia—. Debe dirigirse de inmediato al lugar donde ha caído, señor, aún podemos evitarlo...

Los desvaríos del hombre empezaban a ser molestos y, con un amplio movimiento de su brazo, el regidor señaló la plaza, a la gente que comenzaba a arremolinarse para dirigirse hacia él, como si quisieran buscar consejo.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó, casi siseando—. ¿Cómo puedes decir que Rygita no importa? ¿Que su gente no importa? ¿Y quién te has creído que eres para decirme lo que tengo que hacer?

—Yo..., lo siento, señor. —Glabro retrocedió un par de pasos, atemorizado por la furibunda mirada en los ojos del regidor.

—Bien —dijo—. Pues si quieres ayudar, comienza por apartarte de mi camino.

—No, no, señor, se lo ruego. —El hombre parecía a punto de hincarse de

rodillas—. Escúcheme, por favor, es vital que sepa qué está pasando.

El regidor lo miró entrecerrando los ojos. Parecía un loco desquiciado pero, si por un casual tenía alguna mínima información de lo que estaba ocurriendo... Quizá no fuera coincidencia que hubiera aparecido justo ese día.

—Habla —le ordenó.

—Señor. —Un escolta se acercó sin dejar de mirar a la gente que se apiñaba en torno—. Sería mejor que entráramos.

El regidor asintió y comenzó a dar zancadas hacia el ayuntamiento, seguido muy de cerca por Glabro, que habló atropellando las palabras:

—Tiene que reunir a todos los que sean capaces de empuñar un arma. Hombres, mujeres..., cualquiera. Es importantísimo que todos acudan al lugar donde la piedra ha caído para matarlos antes de que sean demasiado fuertes y no se pueda evitar que se extiendan sobre el mundo. ¡Debemos actuar ya, o no habrá esperanza!

En mitad de la escalera, el regidor se paró, haciendo que Glabro tropezara al frenar de sopetón, y lo miró con dureza.

—No escucho más que desvaríos. Te voy a dar tiempo hasta que llegemos a mi despacho y luego, mandaré a mis hombres que te echen a patadas si oigo algo que me suene siquiera un poco absurdo. ¿Entiendes?

Eso pareció ponerle más frenético, porque Glabro comenzó a gesticular con exageración, haciendo que los escoltas echaran mano de sus espadas, por si se le ocurría atacar al regidor.

—¡No lo entiende! ¡No lo entiende! —decía, comenzando a caminar de nuevo tras el regidor—. ¡Es el futuro de la humanidad lo que está en juego! ¡Si no actuamos ya mismo, estamos todos muertos! ¡No habrá un mañana para nosotros, señor! Se lo ruego, escúcheme.

Lo último lo dijo poniendo la mano sobre el brazo del regidor justo cuando este adelantaba la llave hacia la cerradura de su despacho y, ante tal atrevimiento, ladeó la cabeza mirándolo con ojos glaciales.

—Le he escuchado lo suficiente, señor Glabro —dijo, en un susurro amenazador—. Y me parece un estúpido o un loco que cree que hacerme perder el tiempo es lo mejor que puede hacer en una mañana en la que la ciudad está en peligro. Así que váyase de inmediato de mi vista, o mandaré que lo echen a los perros.

Despacio, Glabro quitó la mano del brazo del regidor y abrió la boca, buscando protestar. Sin embargo, la amenaza le hizo sentir que estaba derrotado y que no tenía nada que hacer. Masculló algo incomprensible y,

cabizbajo, se fue sintiendo clavadas en su espalda las sonrisas altaneras de los escoltas, uno de los cuales incluso se permitió lanzar una risita burlona.

Batú había sido pastor de cabras desde que era un niño, cuando su padre, como su padre antes que él, le enseñó cómo llevar al rebaño a pastar evitando que los animales, siguiendo su naturaleza revoltosa, se perdieran entre los riscos. Era esencial levantarse muy pronto, mucho antes de la salida del sol, para llegar a lugares que otros más perezosos no alcanzarían hasta después de su paso, cuando sus cabras hubieran pastado. De esa forma, no pasaban hambre y seguían dando leche en abundancia, lo que le permitía no solo mantener a su familia, sino también vender el sobrante en el mercado de la cercana Rygita, donde los quesos que su esposa hacía le permitían, incluso, comprar algún capricho para los niños.

Eso implicaba una vida de madrugadas, cansancio y frío, aunque no se quejaba, porque el resultado no dejaba de ser satisfactorio. Si a veces se preguntaba qué iba a pasar cuando transcurrieran más años y la espalda se le encorvara, desechaba el pensamiento con una sacudida de cabeza. Ya llegaría el momento de preocuparse entonces.

Uno de los cabritos, que no había cumplido siquiera un año, baló y dio un par de saltos comenzando a alejarse del grupo, pero el silbido de Batú le hizo volver la cabeza de inmediato y se reincorporó al rebaño. Estaban muy bien enseñadas. Su padre estaría orgulloso.

Entonces, el mundo, tan tranquilo y silencioso, dio un terrible vuelco cuando un horrible silbido amenazó con hacerle estallar la cabeza, un sonido que venía del cielo y aumentaba en intensidad hasta límites insoportables; levantó la cabeza y vio una estela de fuego cruzando el firmamento, en un arco descendente, cada vez más y más bajo, en una trayectoria que le conducía hacia el suelo...

Las cabras lanzaron un coro de gritos. Por un momento, a Batú le pareció que eran niños asustados, y empezaron a desperdigarse en todas direcciones, con los ojos a punto de salirseles de las órbitas, sumidas en el más absoluto pánico. Cuando la estela de fuego por fin tocó tierra, hubo una gigantesca explosión que le hizo caer al suelo, más por el susto que otra cosa, y los pocos animales que quedaban a su lado, incapaces de resistir el temor, rompieron la formación y huyeron despavoridos. Ni aunque hubiera podido reaccionar le habrían hecho caso.

Sin embargo, el horror no había hecho más que comenzar.

El tenue brillo del sol, que no lograba romper el velo grisáceo con el que las nubes cubrían el mundo, fue sustituido por una luz dorada, pero no como el color del oro, sino algo que resultaba enfermizo a la vista, una especie de podredumbre cromática que se elevó desde el lugar donde la estela había caído, resplandeciendo como una esfera que creció en tamaño y provocando que el pastor abriera la boca, atónito.

Venció el miedo y la curiosidad le pudo. Abandonando a su suerte a las cabras, Batú avanzó hacia el lugar desde donde salía esa luz, macabra y horrorosa pero, al mismo tiempo, poseedora de un extraño atractivo.

Lo que en realidad pasó fue que una piedra del tamaño de dos adultos cayó desde el cielo, rasgando el alba y provocando el terror a su paso, hasta caer en la región al este de Rygita, cerca de las zonas de pasto del ganado que los habitantes del campo utilizaban para alimentar a sus animales. Por tanto, fue en una zona deshabitada, y no hubo testigos del lugar donde se produjo el aterrizaje.

Salvo Batú, que no pudo evitar acercarse pese a pensar, en su fuero interno, que era una mala idea. Sin embargo, el primer ser vivo que vio la piedra de cerca no fue él, porque una de sus cabras, brincando y balando, habiendo olvidado lo que había pasado unos instantes antes, se adentró entre las ruinas del enorme complejo que se había erigido en el lugar, en tiempos ya perdidos en la memoria de la humanidad.

La piedra surgida del cielo había provocado un profundo cráter, derribando las escasas columnas que aún quedaban en pie, y provocando una devastación que terminó de culminar la obra que durante siglos los habitantes de Rygita habían llevado a cabo, porque los materiales con que se había construido aquel ciclópeo edificio fueron reutilizados para la erección de nuevas construcciones en la ciudad, de forma tal que había pocas en ella, muy pocas, que no portaran en sí algo de aquel .

Parecía que durante eones la única presencia habitual de vida la hubieran constituido las zarzas espinosas y las hiedras que se aferraban a las piedras ennegrecidas y resquebrajadas que, con el paso de los años, si no eran aprovechadas por los hombres, se convertían poco a poco en arenilla que caía como los granos de un reloj hacia el suelo.

El cometido del lugar se había olvidado también, y ni siquiera había leyendas que deformaran la realidad de lo que entre sus muros ocurría mucho tiempo antes.

Ese día, iluminada por esa luz dorada e impía, se acercó una cabrita pequeña, blanca como la nieve y de cuernos que apenas asomaban en su testa. Fue el primer animal que se topó con el horror.

Batú tardó un buen par de horas en llegar hasta el castillo, que era como se conocían las ruinas. Por supuesto, nadie sabía si había sido una fortaleza, pero daba igual. Así lo identificaban todos y sabían de qué hablaban al referirse a ellas de esa manera.

Alguna de las cabras le había seguido, por pura inercia, pero él no se había dado ni cuenta de la actuación de los animales, cada vez más intrigado, dando un paso tras otro hacia esa luz dorada...

Y la vio.

Vio la luz y sonrió con sumo placer, aunque en su fuero interno algo se movió, como si sus tripas le dijeran que tenía que dar media vuelta y salir corriendo para nunca más volver. Era muy potente, y entrecerró los ojos para contemplarla con más atención.

En el centro de la cúpula de luz, que alcanzaría unos buenos diez metros, se hallaba una piedra esférica, negruzca, pero cuya superficie estaba recorrida por numerosos alfilerazos, minúsculos puntitos de los que salía la luz dorada, hermosa, macabra, terrible.

Su fascinación se rompió cuando escuchó, a su derecha, el balido de una cabra.

—¿Cabrita? —preguntó suponiendo que debería ser uno de sus animales, porque no había nadie más por ahí pastoreando.

La vio, un pequeño ejemplar con cuernos apenas salidos de la cabeza, que movía las mandíbulas como si mascara algo entre sus poderosos dientes de rumiante. El animal lo miró con ojos astutos, más similares a los de un lobo, y un escalofrío recorrió a Batú al darse cuenta de qué era lo extraño en la escena. Porque la cabra tenía el pelaje del mismo dorado de la luz que los rodeaba y bañaba.

Se miró las manos, y comprobó cómo a él le pasaba algo similar, que la tonalidad bronceada de su piel había adquirido un tinte dorado, provocándole un gritito de horror que murió en su garganta cuando vio que la cabra comenzaba a andar hacia él con parsimonia, mascando aún y, al llegar a escasos dos metros, abrió la boca de tal manera que era imposible que pudiera hacerlo sin desencajar sus mandíbulas.

Y seguía abriéndola, mostrando sus dientes, que ya no eran planos, sino

afilados colmillos babeantes. Se transformaba ante sus ojos en una criatura terrible, monstruosa, creciendo en tamaño mientras sus huesos chasqueaban y se rompían para adoptar una nueva configuración, poniéndose en pie sobre las dos patas traseras y superando a Batú en más de dos cabezas pese a que era un hombre alto.

Y sus ojos. Eran dos pozos de negra oscuridad de los que manaba la más absoluta de las locuras, que amenazaban con devorar al pastor en su interior mientras los cuernos le crecían de una forma ridícula, girando hacia atrás y enroscándose como los de los machos adultos.

Paralizado por el miedo, Batú fue incapaz de reaccionar, asistiendo fascinado y asqueado al cambio, y solo tuvo tiempo de gritar horrorizado cuando el monstruo, lanzando un agudo berrido, se abalanzó hacia él.

—He tenido suerte —le había dicho su mujer cuando entró en la casa—. En cuanto te has ido, me he vuelto a quedar dormida.

—Ya. Menos mal. — Necto le cogió la mano, sabiendo que de normal se levantaba en cuanto él abandonaba la cama para preparar el desayuno a sus hijas, lo que la habría puesto cerca, demasiado cerca, de las ventanas de la cocina.

Oían a las niñas hablar en su cuarto, aún con cierto temor en la voz, pero empezando a sobreponerse del susto gracias a su inocencia infantil.

—Creo —le decía ella— que deberías ir a ver cómo está Tadeo. Le oí gritar durante un rato después de... eso.

Se refería al vecino, un hombre mayor, cuya esposa había muerto hacía unos años y al que, de vez en cuando, pasaban a visitar como si fueran familiares que habían venido de alguna ciudad lejana.

—Bien, iré.

Se levantó y, tras darle un suave beso en la mejilla, se encaminó hacia el edificio junto al suyo, una casa pequeña, de una planta y tejadillo a dos aguas a la que le hacía buena falta una mano de encalado en la fachada; había propuesto a Tadeo hacérselo, pero el anciano negaba con la cabeza sonriendo con afabilidad, diciendo que, de necesitarlo, ya pagaría a un jornalero.

—¿Tadeo? —Llamó a la puerta. Los primeros gritos de la conmoción ya habían cesado, lo cual no quería decir que la ciudad estuviera silenciosa. Rota por completo su habitual rutina, Rygita se debatía entre comenzar con las tareas diarias, que implicaban encender los hornos de las panaderías, abrir las cancelas de las tascas y montar los tenderetes del mercado, o bien formar

grupos de gentes que opinaran y lanzaran sus propias teorías sobre lo ocurrido.

Y, por supuesto, comenzaban a verse parejas de guardias de la milicia que recorrían las calles para demostrar que la autoridad estaba tomando cartas en el asunto, para desanimar a posibles alborotadores así como para calmar estallidos de pánico que aún pudieran tener lugar, si bien su principal cometido era preguntar casa por casa si había heridos e indicar que debían acudir al médico más cercano.

Las ventanas de la casa de Tadeo, como todas, habían estallado y los cristales crujieron bajo las botas de Necto al acercarse a una de ellas; se asomó al interior y volvió a llamar al anciano, que esta vez sí respondió.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Sin pensarlo más, saltó por la ventana, cortándose en la palma con una esquirla de vidrio, y ahogando una maldición comenzó a buscar el origen de la voz. Llegó hasta el hombre, que estaba en el suelo del salón. Una astilla de cristal se había clavado en su brazo y estaba tirado en un sillón, apretándose un trapo contra la herida, de la que salía sangre en una cantidad no alarmante, pero sí preocupante para su edad.

—Vamos —le dijo, poniéndose a su lado—. Tenemos que vendar eso.

—Ah, solo soy un pobre viejo que no vale para nada. —El anciano, con ojos de agradecimiento, le sonrió—. ¿Qué haría yo sin vosotros?

—No diga eso, Tadeo —replicó, mirando en derredor, buscando algo con lo que practicar unos rudimentarios primeros auxilios—. ¿Tiene vendas? ¿Gasas?

—Sí, sí —respondió Tadeo—. En el dormitorio, en la mesita junto a la cama.

—En seguida vuelvo. No se mueva.

—La verdad, hijo —bromeó—, no tengo muchas ganas de moverme.

Necto soltó una risita queda y rebuscó donde le había dicho el anciano, cogiendo un par de rollos de vendas que aplicó sobre el brazo del herido tras arrancarle la astilla con cuidado de no romperla para asegurarse de sacarla de una pieza.

—Bueno, esto ya está. —Hizo un nudo para sujetar el vendaje—. Tendrá que ir a ver al médico. Aunque, por de pronto, venga a nuestra casa. Estará mejor con nosotros.

Tadeo asintió y se puso de pie ayudado por el funcionario, que le sirvió de apoyo hasta que entraron en su domicilio. Nidama había dejado preparada

unas tazas de té y una bandeja de bizcochos, tomada al asalto por Ester y Tabita, que comían a dos carrillos.

El anciano revolvió el pelo a la más pequeña, que soltó un sonidito de satisfacción, y se sentó poco a poco a la mesa.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Nidama.

—Sí, hija —respondió éste—. Ha sido más el susto que otra cosa.

—Sí, mucho susto —dijo Ester, lanzando algunas miguitas al hablar con la boca llena.

—Me pregunto qué habrá sido —comentó el anciano, soplando la taza antes de llevársela a los labios.

—Imagino que en el ayuntamiento tendrán alguna idea —dijo Necto, que no estaba muy seguro de lo que estaba diciendo—. Debería volver.

Nidama asintió, levantándose para acompañarle hasta la puerta.

—Ten cuidado —le dijo.

—¿Por? —replicó Necto con una ancha sonrisa en el rostro, cogiéndole los hombros con ternura—. No es que estemos bajo ataque, ni nada por el estilo...

El despacho del regidor Baltasar sí parecía un auténtico campo de batalla, porque en su reducido espacio se apiñaban el propio Baltasar, el líder del gremio de mercaderes, dos representantes vecinales, el propietario de la fonda más importante de Rygita que hablaba por boca de los pudientes, el representante de la justicia real de la comarca y, por supuesto, los dos nobles que residían en la ciudad, de baja estofa, pero aristócratas, a fin de cuentas.

Y todos ellos hablaban, vociferaban, removían papeles, andaban de acá para allá estorbándose o, si habían tenido suerte, permanecían como clavados a una de las pocas sillas de la estancia. Baltasar los contemplaba intentando poner algo de orden, sabiendo que era imposible hacer entrar en razón a los presentes, por lo que optó por lanzar un grito pidiendo silencio, remarcándolo con fuertes golpes de su bastón de mando sobre el escritorio tras el que se refugiaba, causándole un par de melladuras.

—Agradezco que sus mercedes —dijo, adoptando la pose más grave que pudo— atiendan a mis palabras. Y les ruego que me escuchen, porque seré breve. Como han visto, Rygita ha sufrido un..., llamémosle incidente, cuya naturaleza está por desentrañar. Así que, como no podemos saber qué ha pasado en realidad, por ahora deberemos ceñirnos a qué podemos hacer, que sí que está lo bastante claro.

»Hay daños de dos tipos, materiales y personales; estos últimos serán la prioridad y, de hecho, mis órdenes en cuanto he llegado han ido en esa dirección. —Se aclaró la garganta y se aflojó el cuello almidonado, sintiendo de repente mucho calor, pese a que, por supuesto, no había cristal en la ventana y el fresco de las primeras horas de la mañana se filtraba por el vano—. Los hombres de la milicia ciudadana están atendiendo a los heridos y evitando que cunda el pánico. En cuanto a los daños materiales... Eso es harina de otro costal.

Hizo una breve pausa para pensar cómo afrontar el tema, y de inmediato supo que había cometido un error.

—Déjeme decirle, señor regidor —habló Ezequías, el mercader—, que los daños son cuantiosos.

—¡Oh, vamos! Estamos hablando tan solo de los cristales en los edificios —protestó Iyari, el juez real, temiendo que se fuera a tener que enfrentar a una cantidad enorme de litigios que solicitasen a la Corona la sufragación de los costes de reparación.

—¿Solo cristales? —Ezequías soltó un bufido—. ¿Quiere saber lo que costó la vidriera que el gremio de mercaderes colocó en la catedral?

El juez movió las manos ante sí con teatralidad, dispuesto a responder, pero Baltasar volvió a golpear el escritorio.

—Señores, entiendo a la perfección que la ciudad tendrá que reparar los vidrios rotos por el incidente, y que la cuantía será excesiva para ser afrontada, por lo que les propongo que hagamos lo siguiente: todos nosotros, como miembros del concejo, elevemos una petición al rey para que, debido a circunstancias imprevistas de fuerza mayor, la Corona se haga cargo de los gastos.

Era una buena idea. Los ciudadanos, y los poderosos entre ellos, obtendrían la reparación sin gastar un cuarto, y el juez no tendría que hacer frente a un solo pleito, por lo que podría seguir dedicándose a su plácida y tranquila vida.

—Mientras —continuó Baltasar—, deberíamos investigar qué ha pasado para enviar un informe al rey lo antes posible.

—Es buena idea, señor —asintió uno de los nobles, provocando que el resto de ellos movieran la cabeza, coincidiendo.

—Entonces, está hecho. —Baltasar se levantó y ofreció su mano al más cercano, para comenzar a estrechárselas a todos; así, se irían y dejarían de molestar, permitiéndole trabajar en paz—. Redactaré la petición ahora mismo

y se la daré para su firma como miembros del concejo. Tengan la bondad de esperar abajo mientras se redacta.

»¡Necto! —gritó, confiando en que su asistente le oyera aun con la puerta cerrada—. ¡Necto!

Al no aparecer, el regidor tuvo que esperar a que, poco a poco, todos los hombres se fueran y, tras unos interminables minutos de palmadas, conversaciones insustanciales de último momento y sonrisas fingidas, pudo salir tras todos ellos. Se sorprendió al ver la mesa de su asistente vacía, pero pensó que quizá se debiera a que estuviera herido. Ojalá se equivocara. Necto era un buen hombre, muy capaz y diligente, y esperaba que no le hubiera pasado nada.

Comenzó, pues, a escribir él mismo la solicitud y, cuando su redacción estaba a medias, el asistente golpeó con suavidad la puerta entreabierta.

—¿Señor? —dijo Necto, mostrando respeto inclinándose.

—¡Necto! ¿Te encuentras bien? ¿Te ha pasado algo?

—No, no, señor —respondió.

—¿Y tu familia? ¿Todos bien?

—Sí, señor, por fortuna.

—Bien, bien, me alegro mucho —dijo el regidor, indicándole una silla frente a él—. Estoy redactando una solicitud para el rey con la que la ciudad pedirá la sufragación de los costes de reparación.

—Siento haberme ausentado...

—Tonterías —le cortó Baltasar—. Habrás ido a asegurarte de que tu familia estuviera bien, ¿no?

—Sí, señor...

—Pues ya está. Coge pluma y empieza a escribir, anda.

El dictado de Baltasar, tras un par de borradores corregidos, fue inscrito sobre un pergamino tomado del montón reservado para las comunicaciones más importantes, una vitela de tacto muy agradable sobre la que la tinta quedaba fijada de modo casi inmediato. Necto espolvoreó el secante sobre el documento y se lo dio al regidor para su firma, estampando luego el sello de la ciudad, certificándolo como auténtico.

—Encárgate tú de la firma de todos, Necto.

Con una nueva reverencia, el funcionario se despidió de Baltasar y bajó para que cada uno de los miembros consignados firmara donde le correspondía.

Había pasado la hora de comer cuando, por fin, Askar pudo sentarse a la mesa, poco más que un tablero sobre un tocón que había montado fuera de la casa, y cortó un trozo de queso con el que acompañar el pan que regó con un generoso chorro de aceite. Exprimió la bota, pero en ella no quedaba una gota de vino y maldijo por tener que echar mano de la jarra de agua. Tras una agotadora mañana practicando surcos en el duro terruño, lanzando simiente que quizá germinara o quizá no, y revisando la marcha de la cosecha por si tenía que intervenir, le interesaba más un trago de tinto.

Namu, su mujer, llevaba en brazos al recién nacido, de escasos cuatro días, en el regazo, pero también había colaborado con su esfuerzo al mantenimiento del campo. Se sentó junto a él y tomó el trozo que le cortó Askar, devorándolo con fruición, tras lo que sacó su pecho izquierdo y dio de mamar al niño, despertando cierta punzada de envidia en él.

El ruido del alba, ese silbido y esa detonación, habían supuesto muy poco en su vida, como para la mayoría de los habitantes del campo, porque las grandes parcelas salpicaban el lugar, de modo que las casas se encontraban muy espaciadas entre sí. La única persona con la que hablar era Namu, y la conversación se terminó enseguida cuando, vencido el sobresalto, ambos comenzaron a trabajar dejando de lado cualquier especulación.

El trabajo, el duro trabajo del campo que les absorbía por completo, día tras día, para poder llevarse algo a la boca y sacar adelante a su hijo. Le daba igual que el cielo pareciera haberse desplomado y que, en el horizonte, más allá de sus campos, refulgiera una extraña luz dorada.

Estaban a punto de levantarse tras el breve descanso para seguir con la labor, cuando Askar creyó escuchar algo, como un balido, en la distancia. Si algún pastor volvía a traer sus malditas ovejas a pastar a su campo, se iba a enterar, así que se echó el cuchillo que había utilizado para comer al cinto y se dirigió hacia donde creía haber oído al animal con pasos decididos.

Namu lo vio alejarse y desaparecer en la distancia, oculto de su vista por las crecidas mieses, pero, de inmediato, oyó un terrible grito de espanto y Askar reemprendió el camino de vuelta, corriendo como un poseso, gritándole que huyera, que escapara, que se fuera. La mujer no entendía qué pasaba, y vio cómo el campesino intentaba huir de algo que le seguía a pocos pasos, recortando cada vez más la distancia entre ellos y que, con un portentoso salto, le alcanzaba en la espalda y lo derribaba.

Ella también gritó y el bebé, adormecido tras mamar, se despertó, uniendo sus llantos a la voz de la madre, mientras, por entre los dedos que había

llevado a sus ojos, veía cómo Askar era despedazado por una criatura terrible y acongojante, una especie de cabra que andaba sobre las dos patas traseras y que poseía una cabeza tan enorme que resultaba imposible que pudiera sostenerse sobre el tronco. Y su piel..., su piel era del mismo color dorado que se veía allá, a lo lejos.

La criatura miró en su dirección y Namu supo que la había visto. A ella y a su bebé. Askar estaba muerto, pero el horror de ese hecho no le impidió reaccionar con rapidez y lanzarse a una loca carrera, sujetando con fuerza al niño, al que aún no habían dado nombre siquiera, contra sí.

Echando un rápido vistazo por encima del hombro, no pudo evitar gritar al ver que tres criaturas más, similares a la asesina de su marido, la perseguían. Cada vez más cerca, berreando como si estuvieran burlándose de sus alaridos, de sus sollozos, del llanto desconsolado del niño.

Cada vez más cerca.

Tal y como se temía Necto, no todos los que tenían que firmar la solicitud se habían quedado donde les había indicado el regidor. Por fortuna, solo tenía que buscar a tres; el resto hizo gala de paciencia y aguardó hasta que estamparon su sello, validando el documento, así que se dirigió a la casa de los restantes, encontrando a dos de ellos.

No obstante, le dijeron que Ezequías, del gremio de mercaderes, no había vuelto a su residencia, con lo que miró en los sitios que supuso sería más fácil encontrarlo. Por desgracia, Ezequías era un personaje al que encantaba dejarse ver en público para reforzar las alianzas personales que, con el paso de los años, había tejido en Rygita. La cantidad de lugares donde podía hallarse era muy numerosa, y Necto los fue recorriendo uno a uno, confiando en que alguien lo hubiera visto.

Sin lograrlo, tuvo que hacer un receso para comer y decidió ir a su casa a ver cómo se encontraba Tadeo.

Nidama le saludó con afabilidad y, tras decirle que el anciano estaba echando una siesta, le puso al corriente de los cotilleos que había escuchado esa mañana en el mercado, de boca de unas gentes excitadas.

—Siage —le contó, mientras él se servía una generosa porción de embutido— dice que le han dicho que ha sido una estrella fugaz.

—¿Hum? ¿Siage?

—La frutera —aclaró ella—. Nos lo ha explicado a unas cuantas clientas.

—¿Y ella cómo lo sabe? —preguntó Necto, no demasiado interesado,

pensando como estaba en dónde iba a ir a buscar a Ezequías.

—Su marido es astrólogo. Ya sabes, de los que estudian el cielo.

Necto asintió distraído y terminó el fiambre, reflexionando sobre si coger algo para más tarde.

—Dice —continuó Nidama— que, de vez en cuando, pequeñas estrellas se descuelgan y caen a la tierra. Es como si cortaran las cuerdas que las sujetan ahí arriba.

—Es posible —dijo él, poniéndose en pie y arrancando un trozo de pan—. El concejo va a investigarlo.

—La gente tiene curiosidad.

—Normal —coincidió Necto—. Primero, un susto de muerte, pero, como no ha pasado nada de gravedad aparte de algunas heridas y unos cristales rotos, se tiende a fantasear.

—Pero lo de la estrella caída —insistió ella— tiene sentido.

—Sí, pero hasta que no veamos el lugar de..., bueno, donde ha caído lo que sea...

—¿Y esa luz que se ve a lo lejos?

—Es muy rara, eso es verdad. —Se encogió de hombros—. Pero habrá que esperar a que el regidor mande a alguien allí. Tengo que irme, Nidama. Tengo que encontrar a Ezequías para que firme un documento, y me he pasado toda la mañana buscándolo.

—¿Has probado en el orfanato? —sugirió ella—. En el mercado dicen que suele ir todos los días, que tiene un niño al que visita porque es suyo...

—Volvemos a los cotilleos —sonrió Necto, dándole un beso de despedida, para luego decir adiós a las niñas, que estaban jugando en el pasillo, y salió a la calle de nuevo, tras decidirse por arrancar un trozo de salchichón, lo que le valió un pellizco cariñoso de su esposa.

En Rygita no había una gran cantidad de huérfanos, por lo que el edificio no precisaba una gran cantidad de personal al cargo. Tan solo dos mujeres, fieles servidoras de Unupitsham, actuaban como directoras, tutoras, limpiadoras y administradoras, arreglándoselas para, además, ir siempre vestidas con impolutos trajes blancos como la nieve más pura. También cumplían las funciones de profesoras y madres sustitutas de los diez niños de diferentes edades que, en esos momentos, residían en el edificio, y una de ellas atendió a Necto con una franca sonrisa y profesionalidad más allá de toda duda.

—Me temo que no puedo decirle nada sobre el señor Ezequías —le dijo,

tras el mostrador de recepción—. De hecho, no puedo decirle nada sobre nadie que venga o deje de venir. Nos tomamos muy en serio la confidencialidad...

—Lo entiendo, señora mía, pero esto es un asunto de especial importancia —la interrumpió, agitando un papel ante sus ojos—. En este documento falta una firma, como puede ver, y se trata de un documento mandado redactar por el regidor Baltasar, dirigido al rey... Así que es vital que encuentre a Ezequías lo antes posible.

Ella asintió, dándole la razón como si fuera un niño impertinente, según le pareció a Necto, y volvió a hablar, con dulzura:

—Sí, señor, pero no puedo hacer nada. Sepa que lo siento.

—¿Ve esas ventanas? —preguntó, señalando a la más cercana—. La rotura de cristales de esta mañana no ha sido solo aquí. En toda la ciudad, los cristales han explotado, y esta solicitud de ayuda económica a la corona debería salir de Rygita lo antes posible. Verá, señora, llevo toda la mañana intentando localizarlo... Solo dígame si ha venido por aquí o no.

—No puedo, de verdad, señor —insistió—. Pero voy a decirle una cosa; nada le impide esperar en el banco que hay en la calle, cerca de la puerta. A lo mejor se encuentra con alguien que le interesa ver.

Como lo último lo dijo con un ligero guiño de su ojo derecho, Necto agradeció con una sonrisa la indicación y se fue, haciendo lo que le había dicho. No había pasado mucho rato cuando vio aparecer al representante de los mercaderes viniendo calle abajo, y le interceptó.

—¡Por fin le encuentro! —le dijo, haciendo que Ezequías frunciera el ceño, un tanto molesto—. Tiene que firmar la solicitud...

—¿Acaso me está espiando? —soltó, con todo el veneno que pudo reunir en su voz.

—¿Quién, yo? —respondió Necto, ofendido—. Ni de lejos.

Ezequías miró al orfanato, y, luego, al funcionario, con grave reproche, decidiendo por fin salirse por la tangente.

—Me dirigía a... tomar un pequeño refrigerio. Si quiere acompañarme...

—Oh, no es necesario, señor —respondió Necto, sacando el documento de su faltriquera.

—Insisto, insisto. No pretenderá que lo firme aquí, en plena calle, ¿eh?

Lo dijo riendo, pero Necto imaginaba que no quería que lo vieses demasiado tiempo en las cercanías del orfanato. No era el primer hombre, ni sería el último, avergonzado por un hijo bastardo al que no podía reconocer

como propio pero al que quería. Le siguió el juego.

—Bien, señor. Como usted quiera.

—Estupendo —aplaudió Ezequías—. Conozco una fonda cerca de aquí donde sirven la mejor cerveza de Rygita. La hacen macerar con frambuesas, ¿sabe?

—Oh, no he tenido el gusto de probarla...

—Pues vamos... Necto, ¿verdad? —El funcionario asintió—. Venga a tomar un vaso conmigo.

Los dos hombres se sentaron en los altos taburetes de la barra y Ezequías pidió dos cervezas y unas olivas para acompañar el trago. Necto tuvo que admitir que el sabor era bueno, y bebió su jarra con deleite.

—A ver, déjeme —le dijo el mercader cuando el funcionario le tendió el documento, pasando los ojos sobre su superficie con distracción—. Ajá. Ajá. Muy bien, muy bien.

Necto le alargó una pluma y el tintero que siempre llevaba consigo, en un saquito colgado al cuello, y el hombre firmó con una letra florida y ampulosa.

—Pues ya hemos hecho el trabajo. —Ezequías dio otro trago y miró a los ojos de su interlocutor—. Lamento haberme ausentado esta mañana del concejo y no esperar a que trajeran el escrito, pero tenía muchas cosas que hacer. Soy un hombre muy ocupado.

—No se preocupe —dijo Necto, aunque en su interior estaba cansado de haber ido de aquí para allá buscándolo—. Lo importante es que ya está.

—Eso es —coincidió Ezequías—. Somos hombres trabajadores, muy trabajadores. Me consta que el regidor le tiene en alta estima, Necto.

—Bueno, intento cumplir con mis obligaciones lo mejor que puedo.

—Como todos, como todos. A fin de cuentas, ese es el rasero por el que se debe medirnos en estos tiempos.

—Sí. —Necto estaba acabando su cerveza y tenía ganas de irse. El mercader era un hombre que nunca le había caído bien, con sus andares pavoneantes y sus dedos enjoyados, dando a entender que era mejor que los que le rodeaban gracias a su fortuna. Sin embargo, no podía levantarse tal cual y dejarlo plantado, no si no quería arriesgarse a un pequeño incidente que repercutiera en su trabajo, así que siguió escuchando con fingida atención.

—Un hombre que cumple con su trabajo —continuaba perorando— tiene derecho a ciertas... libertades. A ser excusado por algunos de sus actos.

Necto entendía qué quería decirle, o eso pensaba. El presumible hijo de

Ezequías en el orfanato, que a él le daba igual. Al menos, tenía que reconocer que el mercader se portaba bien con el niño, o la niña, que fuera pese a no reconocerlo como hijo propio.

—No se preocupe, señor Ezequías —dijo, dispuesto a terminar con la conversación—. Su secreto está a salvo conmigo.

—Bien —sonrió el mercader—. ¿Quiere otra cerveza, Necto?

El regidor estaba satisfecho. Recapituló con rapidez lo hecho durante el día y suspiró, incapaz de creerse del todo que hubiera podido hacer frente a una situación que quizá se hubiera convertido en una olla barboteante con cientos de ciudadanos enfadados a sus puertas. Había trabajado todo el día y, como ya solo le quedaba preparar lo del siguiente, se sentía ufano.

A los médicos se les había garantizado una paga en compensación por sus esfuerzos, y los hombres de la milicia los habían asistido en sus tareas con muy pocos rezongos, mientras que los miembros del concejo, en su totalidad, se comportaron con dignidad, tal y como correspondía a su posición, en vez de alimentar rencillas personales de las que sacar un magro provecho con el que apuntalar su posición.

Había estado bien.

No es que tuviera ganas de repetirlo, porque no había parado ni para comer, pero sentía su cuerpo vigorizado, como nunca en años, pese a que el cansancio lo vencería enseguida con toda probabilidad.

Decidió utilizar las últimas reservas de energía que pudieran quedarle, por si acaso, e hizo pasar al capitán de la guardia, que esperaba fuera en silencio, y le dijo:

—Capitán, mañana partiremos a ver el lugar de... la caída. —Lo llamó así con un ligero tono interrogativo al no saber muy bien cómo denominarlo. En algún momento, alguien se había referido a eso como una piedra del cielo que había caído a la tierra, y la historia empezó a circular entre el gentío.

—¿Cuántos soldados nos acompañarán, señor? —inquirió el capitán, con el yelmo bajo el brazo, en posición de firmes.

—Con dos será suficiente. Mande recado a Upnat para que nos acompañe también.

—¿Upnat, señor? ¿El astrólogo?

—Así es —respondió Baltasar, incorporándose y estirando la espalda, que crujió como un hato de ramitas, provocando una mueca en el regidor—. El concejo le proveerá de montura; que esté presente aquí a mediodía.

—Sí, señor.

El soldado se fue tras saludar, dejando a Baltasar, por fin, a solas y desocupado. Muy satisfecho, sí señor. Se había ganado un buen trago de licor de cereza, de ese que guardaba en el aparador junto a la puerta y que era tan caro por ser importado de tierras allende el Imperio vetero.

Necto no dejaba de frotarse los ojos. Al menos, no había soplado viento esa noche, por lo que el frío que se filtraba por entre las ventanas rotas no había sido excesivo. Sin embargo, dado que cualquier mínimo ruido le despertaba, había estado en vilo, escuchando ahora el ladrido de un perro, ahora el traqueteo de un carro, luego el canto balbuceante de un beodo. Envidiaba a su esposa, que había dormido a pierna suelta, arrebujada bajo dos mantas de lana.

Así que ahí estaba, en su escritorio del concejo, con los ojos amenazando con echar el cierre y soltando alguna que otra cabezada por mucho que intentara distraerse con el trabajo que, además, no era escaso. El regidor había dejado numerosas tareas para hacer, todas relacionadas con el incidente, y todas para lo antes posible.

Miró hacia la derecha, a la calle, y vio que Baltasar montaba su caballo castaño, junto a tres soldados y un hombrecillo que le pareció Upnat, el afable pero un tanto extraño sabio que pasaba muchas noches mirando a las estrellas. Y que, según había descubierto el día anterior, era el marido de la frutera donde Nidama compraba esas gordas naranjas.

Baltasar le había dicho que se ausentarían todo el día para ir a investigar el incidente y, aunque no lo había hecho público, tampoco le resultó extraño que uno de los dos nobles de la ciudad se presentara exigiendo acompañarles. Para evitar perder tiempo y sin ganas de discutir, el regidor se lo permitió, aunque un tanto airado.

No habían dado un par de pasos cuando el loco peliblanco, el tal Glabro, se plantó de nuevo ante los caballos del regidor y su escolta. Gritaba con voz aguda, lo cual no ayudaba en demasía a suavizar la mala impresión que daba, con la ropa mal colocada y sucia, como si hubiese pasado la noche en un establo, y el capitán se cansó muy pronto de su presencia, dando un pequeño toque a su montura y haciendo que el flanco del animal lo golpeará, tirándolo al suelo entre las risas de los presentes, que continuaron la marcha.

—¡Aún hay tiempo! —seguía gritando, desde el suelo, y en su voz se adivinaban lloros de frustración e ira—. ¡Aún podemos pararlo! ¡Lleve a toda

la milicia con usted!

Y lo repitió una y otra vez mientras la gente lo miraba extrañada y lo señalaba, hasta que se desgañitó. Necto pensó que era un pobre diablo, ahí tirado en la plaza, mirando al suelo, la viva imagen de alguien derrotado tras luchar por una causa en la que era imposible vencer.

Una pena que hubiese gente que tuviera el seso tan blando.

Y, cerrando un poquito los párpados, volvió a su trabajo, olvidando la escena como si no hubiera ocurrido, tan poco le importaba en realidad.

Las horas fueron pasando poco a poco, con demasiada lentitud para su gusto, pero pasaron, y se levantó apartando los papeles con un suspiro cansado, pensando en que aún tenía trabajo para el día siguiente y, casi con toda seguridad, el posterior. Cogió el gorrito de lana y lo llevó bajo el brazo, porque la tarde había sido bastante suave y se encaminó a casa.

Tadeo, pese a que su mujer insistió en que se quedara una noche más, se había marchado a su casa, agradeciéndoles una y mil veces sus cuidados. Las niñas se encontraban saltando a la comba en la calle frente a la puerta de su vecino, que las miraba sonriente en la silla que sacaba cuando la temperatura de la tarde lo permitía. Lo saludó y le preguntó por la herida.

—Casi no me duele —dijo el anciano, mientras sus hijas tiraban las cuerdas y llegaban corriendo hasta él—. Sois unos médicos estupendos, hijo.

—Nada de eso —replicó Necto, cogiendo a Ester en brazos, que había sido la primera en llegar; como consolación, revolvió el pelo de su hermana pequeña Tabita—. Solo hemos cumplido con nuestro deber de vecinos.

—No todos harían eso en estos tiempos, Necto.

El funcionario se encogió de hombros. Todos los ancianos tienden a pensar que los tiempos que les ha tocado vivir son los peores.

La cena fue frugal, pero estaba deliciosa. Las niñas habían estado un poco revoltosas, pero una suave reprimenda de Nidama devolvió el orden a la mesa.

—¿Se sabe algo? —inquirió ella pelando una pera de jugoso aspecto. Tenía ganas de saber algo más, como todos en la ciudad, pero se había aguantado las ganas de preguntar hasta llegar al postre, provocando una sonrisa en Necto.

—No —contestó, meneando la cabeza con teatralidad—. Cuando me he ido del ayuntamiento, el regidor aún no había vuelto.

—Es raro, ¿no?

—A lo mejor la distancia era mayor de lo que creían —respondió.

—¿Qué distancia? —Se involucró Ester, más interesada en la conversación de los mayores que en su vaso de leche—. ¿Adónde ha ido?

—¿Pero tú sabes de quién hablamos? —Necto puso una fingida cara de enfado que arrancó risitas de la niña—. Pues eso. Bebe tu leche o no te levantas hasta que te la termines. —Le sacó la lengua, burlón. La niña hinchó sus carrillos y bizqueó en señal de protesta.

Nidama se levantó suspirando y comenzó a apilar la vajilla para llevarla al fregadero, pero se quedó en mitad de la tarea cuando oyó, como todos lo oyeron, un grito desgarrador, lejano, pero audible.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, asustada.

—Voy a ver —contestó Necto, dirigiéndose a la puerta.

En cuanto salió a la calle, comprobó que no era el único sobresaltado por el grito, pues varios vecinos habían hecho lo mismo que él, y se miraron entre sí, interrogantes y dubitativos a un tiempo. Sonó otro grito, más cercano.

Y, poco después, se escuchó otro, éste, de mujer, un alarido desgarrador y tremebundo que les hizo dar un respingo y, a la mayoría de ellos, encerrarse en sus casas buscando la seguridad de sus cuatro paredes.

Necto, sin embargo, no entró e hizo un ademán a su esposa, que estaba tras él, para que se quedara dentro. Había otro sonido, algo diferente, que crecía poco a poco, como un rumor, como... Le pareció que era el sonido de un río cuyo caudal aumenta de improviso y se acerca hasta el sitio desde donde alguien lo escucha, un creciente murmullo que amenaza con convertirse, en cualquier momento, en un gigantesco pandemio.

A Necto se le erizó el vello de los brazos y tuvo una sensación de peligro inminente, que se incrementó todavía más cuando escuchó un cuarto grito.

Muy cerca de ahí.

Ezequías había acudido al orfanato un poco tarde ese día, pero a las hermanas que lo regentaban les daba igual, gracias a las generosas cantidades que les pagaba por acceder al recinto. Y por su silencio.

Necto estaba equivocado, como todos aquellos que conocían el rumor sobre el mercader. Ninguno de los niños era un hijo bastardo suyo. De hecho, ninguno de los niños le interesaba lo más mínimo. Tan solo las niñas.

Miró a la chiquilla al entrar en su habitación con pasos sigilosos, para no despertarla. Era un angelito rubio, con rizos aplastados por la almohada que enmarcaban una carita sonrosada y rubicunda, de nariz respingona y labios

gorditos.

No tendría ni diez años.

Era su preferida. Chistó con suavidad y la niña despertó, asomando de repente el horror a su rostro cuando se dio cuenta de quién era. El hombre había vuelto, otra vez, y estaba acercándose a su cama abriendo los brazos. Permaneció inmóvil, como esperando que, si no la veía moverse, quizá el hombre se fuera, pero fue inútil.

Una sombra se recortó tras él, en el umbral, y el hombre pareció percatarse del cambio en la iluminación, pues la figura se interponía en el cono de luz que arrojaban los candiles del pasillo. Se giró hacia la entrada y no tuvo tiempo de decir nada. Una grotesca figura, una extraña imitación de ser humano que tuvo que encorvar su deforme cuerpo para poder entrar en la habitación, llegó hasta Ezequías con preternatural velocidad y atravesó el cuerpo del mercader con una espada que parecía de juguete, poco más que un cuchillo, entre sus enormes y abotargadas manos.

En un rápido movimiento, sacó el filo del cuerpo y este se desplomó muerto sobre el suelo, con el corazón reventado. La criatura fijó unos ojos dorados que parecían lanzar chispas en la niña, que se cubrió por entero con la manta. Por desgracia para ella, no venía a salvarla.

Necto no era un espadachín, pero en la pared de la entrada colgaba el arma que perteneció a su padre, así que la cogió, sin pensar en que lo más probable era que estuviera embotada tras años sin recibir ningún cuidado.

—¿Qué ocurre? —preguntó su mujer por enésima vez.

—No lo sé. —Irradiaba intranquilidad—. Trae a las niñas. Venid todas conmigo.

Las tres se reunieron con él en la puerta, donde Necto estaba hablando con Tadeo.

—Suenan como una matanza —decía el anciano, sudoroso por el nerviosismo pese al fresco de la tarde, que se acercaba al ocaso—. Cada vez hay más gritos.

Necto asintió:

—Esto no es bueno. Lo mejor será que vayamos al cuartel de la guardia.

—¿Quizá se trate de un ataque? ¿Bandidos?

—¿Salteadores? —replicó Necto—. Lo dudo. Esta comarca es muy tranquila, Tadeo. Y ni se me ocurre pensar en invasores. ¿Quién iba a...

Las palabras murieron en su garganta. Un hombre, ensangrentado por una

fea herida en la cabeza que por fortuna para él no le había matado, apareció corriendo ante ellos y se les encaró, parando unos instantes para gritarles, casi sin aliento:

—¡Corred! ¡Huid! ¡Salvaos! ¡El Arallu ha abierto sus puertas!

Y reemprendió su loca carrera.

Necto y Tadeo se miraron perplejos, y el funcionario decidió que su idea debía ponerse en práctica enseguida.

—¡Al cuartel! ¡Vámonos ya mismo! ¡Niñas, no os soltéis de la mano de vuestra madre!

Comenzaron a andar con Tadeo junto a ellos, pero no habían recorrido siquiera dos manzanas cuando se volvieron al escuchar otro alarido que, sin embargo, no provenía de ningún hombre o mujer. Era un chillido gutural, salvaje, algo que recordaba el rascar de la uña sobre una pared encalada, pero multiplicado miles de veces en potencia.

La visión de la criatura que lo había emitido resultó horrible. Un cuerpo que solo podía pertenecer a un caballo, pero retorcido y deformado como si un artista desquiciado hubiera realizado una parodia del animal, con la panza hinchada y las patas de más del doble de su grosor normal, y cuyo cuello terminaba en un muñón justo donde debía estar la cabeza. Sobre él, montándolo, se encontraba un hombre, pero cuyas piernas, como la testa del caballo, habían desaparecido. El torso cabalgaba sin problemas de equilibrio, no obstante, y, mientras una mano sujetaba unas largas crines, la otra empuñaba una espada. Su rostro era una masa deforme, hinchada, y todo el conjunto de animal y hombre, si es que se les podía llamar así, resplandecía con una luz dorada.

Pero lo peor para Necto, más aún que escuchar los gritos aterrorizados de sus hijas, fue reconocer las ajadas vestiduras que portaba el demoníaco jinete, porque era la ropa que el regidor Baltasar llevaba esa mañana.

—¡Marchaos! ¡Corred! —les ordenó Tadeo—. ¡Le entretendré cuanto pueda!

Necto no discutió. Ni siquiera se planteó el hacerlo. Ante esa pesadillesca criatura, poco, muy poco se podía hacer, y de lo que se trataba ahí era de la vida de sus hijas, de su mujer y de la suya propia. Tadeo había tomado la decisión consciente de sacrificarse, así que asintió reconociendo su ofrecimiento y les obligó a correr como nunca hubieran corrido en sus vidas.

Tras ellos, el horrible jinete avanzó poco a poco hacia el tembloroso hombre ante él.

—Anciano —dijo, con una voz lúgubre y aterradora que arañó el cerebro de Tadeo provocándole un dolor físico—. Eres el primero que me planta cara. Todos han huido ante mí.

Era la constatación de un hecho, sin emoción ninguna, quizá con un punto de curiosidad.

—Vamos, demonio —le increpó Tadeo, intentando controlar las arcadas y subiendo el volumen de su voz para intentar dar mayor fuerza a su desafío, aunque este le salió quebrado—. Acabemos con esto.

—Sí, anciano. Lo acabaré.

El monstruo cabalgó hacia él y, justo en el momento antes que la espada le atravesara el cráneo reduciéndoselo a una masa pulposa por la fuerza del impacto, Tadeo se fijó en que el torso humano no estaba sobre el del caballo, sino que, en realidad, surgía de él.

No eran los únicos a los que se les había ocurrido refugiarse en el cuartel. Unas treinta personas se encontraban en el patio que la milicia utilizaba para sus ejercicios, llorando, hablando, susurrando o gritando, convirtiendo el lugar en una cacofonía a la que no podían sobreponerse unos muy superados soldados de la guardia.

El edificio en sí era una construcción maciza, de dos plantas y cuadrado, que rodeaba al patio. En él, además, se encontraban unos nerviosos caballos que piafaban y golpeaban el suelo con sus cascos, tan asustados o más que los humanos, mientras venteaban el aire con sus ollares y los ojos parecían salirse de sus órbitas.

—¡Silencio! ¡Silencio! —se afanaba un pobre soldado, sin que nadie le hiciese caso.

La luz vespertina comenzaba a desaparecer, por lo que Necto pensó que, en la oscuridad de la noche, el caos podría ser total, así que cogió una antorcha de un pebetero en la pared y pidió yesca y pedernal al soldado más cercano, que le ayudó a encenderla con cara de asombro, sin saber qué estaba pasando, desbordado por los acontecimientos.

—¡Necto! —exclamó alguien a su lado, y el funcionario reconoció la voz del noble Issús, que se acercaba a él, apartando a empellones a una pareja que se abrazaba lloriqueando—. Por fin alguien del gobierno... ¿Dónde está el regidor? ¿Dónde está Baltasar?

Necto meneó la cabeza, de repente muy cansado. El recuerdo del monstruo le hizo dar una arcada y, con voz tenue, dijo:

—Muerto.

—¿Qué? ¿Qué demonios significa eso? —inquirió el noble, a punto de zarandearlo.

—Pues eso, Issús. Que está muerto. Lo he visto con mis propios ojos, convertido en uno de esos... de esas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Qué está pasando, Necto? ¿Por qué está toda esta gente aquí?

—¿No las ha visto? —le preguntó Nidama, acunando a una adormecida Tabita.

Issús se giró con altanería, como si ella no tuviese derecho a hablarle, y Necto prefirió adelantarse a cualquier salida de tono.

—Es mi esposa, Nidama —dijo.

—Ah, mucho gusto, señora. —Se relajó él—. Y no, no sé qué está pasando...

—Están atacando la ciudad —explicó Necto—. Pero no son... hombres. Son unas bestias extrañas.

—¿Extrañas?

—Solo vimos una, pero... fue suficiente para no querer ver ninguna nunca más —sentenció Necto—. Como un cuento de terror. De ahí parecía surgida.

La gente continuaba entrando por la puerta, de forma tal que el espacio disponible menguaba cada vez más. Los soldados se habían dado por vencidos y se encerraron en el edificio, atrancando las puertas, dejándolos a todos en el patio.

—¿Y eso mató a Baltasar? —preguntó el noble, intrigado.

—No. Eso era Baltasar.

La explicación terminó ahí, dado que un grupito de cinco personas entró en tromba en el patio, gritando desquiciados que estaban allí, que iban tras ellos, y la locura se extendió entre los presentes, que prorrumpieron en alaridos y se lanzaron a correr en todas direcciones, empujando a los demás, golpeándolos incluso, pisoteando a los caídos, solo buscando ponerse a salvo, salir de ahí.

Enseguida taponaron la puerta de entrada y una masa de piernas, brazos y torsos hizo imposible el salir del cuartel. Por instinto, Necto y Nidama se cogieron con fuerza, manteniendo a las dos niñas entre ellos, apretujadas, formando una especie de bloque compacto que les permitiera sobreponerse a la confusión, y comenzaron a desplazarse con lentitud, como podían, hacia una de las paredes. Cuando se hubieron alejado un tanto del caos, Necto dijo

al oído a su esposa.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —Señaló la salida, impracticable.

—Sé de una puerta trasera. —Intentó calmarla acariciándole el hombro—.

Oculto.

Como asistente personal del regidor, Necto había visitado todos los edificios oficiales y había consultado los planos de los mismos algunas veces, para confirmar obras de reforma, otras, solo por curiosidad. En el caso del cuartel, hacía unos seis años que se había practicado una segunda salida en la parte trasera, para permitir, de ser necesario, que alguien pudiera escabullirse sin necesidad de salir por la puerta principal. La mentalidad tendente a lo paranoico de Baltasar había hecho que se llevasen a cabo esas obras en varios lugares y Necto supuso que tendría que estarle agradecido por gastar un dinero que, en su momento, él mismo creyó que era un absurdo derroche.

Las condujo, dejando atrás el frenesí, a una zona cercana a la entrada a la cuadra y contó tres pebeteros desde la misma, tirando del siguiente hacia la derecha y revelando una pequeña oquedad en el murete, disimulada con los relieves que decoraban la pared y mostraban una de las famosas batallas del rey Shusú, el legendario fundador del reino. Empujó, cargando su peso en la puerta, y les indicó que entraran de inmediato. Estaba oscuro, pero, unos metros más adelante en línea recta, se veía un puntito de luz.

Se detuvo en el umbral, antes de cerrar la puerta, y contempló la lamentable escena de mujeres y hombres desesperados que, producto del temor y la confusión que sentían, se habían vuelto los unos contra los otros, dedicándose a zarandearse, insultarse y golpearse, solo centrados en la más instintiva y primigenia supervivencia de cada uno. El tumulto era tal que, de hecho, había provocado que los soldados volvieran al patio y, por fin, comenzaran a realizar sus tareas, intentando poner orden y separando, con muy escaso éxito, a los participantes en la trifulca.

Meneó la cabeza con tristeza y cerró la puerta oculta. No iba a dejar que a su familia le pasase algo malo. Si esas criaturas estaban llegando, poco podrían hacer en esas condiciones para defenderse, y era mejor huir que caer como los demás, entre gritos y lamentos, entre sangre y lágrimas.

Con todo, el sonido de la puerta al cerrarse le recordó al de una lápida cayendo sobre una tumba.

—Papi, está muy oscuro —dijo la pequeña, temblando, y Necto buscó su mano, apretándola cuando la sintió entre las suyas.

—Mira hacia esa luz. —La calmó, volviéndole a tientas la cabeza hacia donde le decía—. Llegaremos enseguida, cariño. Andad recto, es un pasillo liso, estrecho, pero corto.

En realidad, se trataba de un pequeño túnel por el que un adulto cabía a duras penas, debiendo girar un poco el torso para avanzar si era un poco fornido, pero de techo alto, así que no tenían que encorvarse para andar. La luz procedía de una mirilla que indicaba al usuario del túnel dónde estaba la salida, sirviendo de guía en la oscuridad.

Necto colocó la mano tapando la luz, lo que produjo un leve hipido de sobresalto de Ester y empujó la piedra, activando el mecanismo que abrió la puerta al exterior del cuartel. La calle trasera se abría ante ellos, iluminada por la muy escasa luz rosácea del ocaso.

—¿Qué vamos a hacer, Necto? —le preguntó su mujer, y él tenía ganas de decir que no lo sabía, que quería volver a su casa y dormir para comprobar si, por fortuna, al despertar todo había sido un mal sueño, un horrible sueño—. ¿Debemos irnos?

La pregunta de Nidama era, en sí misma, una respuesta. Habían visto al monstruo en que se había convertido Baltasar, y el horror que sintieron había sido insondable. Al recordarlo, se sentía como si estuviera cayendo en un oscuro pozo de desesperación, inmerso en una historia horrenda en la que no se vislumbraba un final feliz ni por asomo. Y, en realidad, sabía que la ciudad de Rygita estaba condenada. Que los gritos que habían comenzado esa misma tarde continuarían y continuarían sin que nada ni nadie los pudiese hacer callar hasta que todos los habitantes hubieran dejado de respirar, de reír, de gozar, de temer, de amar y de odiar.

Hasta que todos estuvieran muertos.

Necto estaba seguro de ello, aunque no supiera cómo ni por qué.

Por eso, el funcionario asintió a su mujer y, sin decir palabra, los cuatro, nada más que con lo puesto, comenzaron a andar hacia el norte, justo en la dirección contraria a la línea de avance de los bramidos, que dejaron a sus espaldas intentando no hacerles caso, aunque cada nuevo alarido les hacía sobresaltarse.

Andando con rapidez, pronto alcanzaron la carretera real, y los gritos de agonía y terror se convirtieron en un débil eco que arrastraba la brisa nocturna, y la ciudad de Rygita, una mancha en la distancia.

II

La joven audiencia había permanecido como hipnotizada mientras el anciano desgranaba su relato, intrigada y, después, aterrorizada conforme la historia se volvía cada vez más ominosa. Ellos conocían de primera mano los resultados después de años de desesperanzada lucha, pero escuchar el inicio de todo era... abrumador.

—Por supuesto, no fuimos los únicos que pensamos que debíamos huir de Rygita. Según se supo después, unos tres centenares salimos de la ciudad, dejándola abandonada a su suerte, partiendo de nuestro hogar para nunca más volver. Empezamos a juntarnos en grupos por los caminos, algunos conocidos de antes, otros, fraguando nuevas amistades y camaraderías.

»Uno de los hombres con los que me topé fue Glabro, al que reconocí unos días después de dejar la ciudad, cuando ya la sed y el hambre comenzaba a hacer mella en nosotros. Sobre todo, en mis hijas. Lo vi a un lado del camino, sentado con aspecto abatido y pesaroso, mascando un trozo de cuero seco y mirando al infinito. Me acerqué a él y me reconoció enseguida; tenía muy buena memoria, el hombre. —El anciano sonrió al recordarlo—. Supuse que Glabro tendría información sobre lo que estaba pasando, por lo que había dicho. Por sus intentos de advertencia que fueron desechados como los desvaríos de un loco.

»Tenéis que entender que esos eran otros tiempos. —Se mordisqueó un labio ajado y seco y adoptó un aire humilde, como pidiendo perdón—. No podríamos haber entendido que lo que nos decía fuera posible ni en un millón de años. Vivíamos en una época en la que el reino estaba en paz, sin sobresaltos ni combates. Rygita no tenía siquiera murallas, ¡maldita sea!

»Éramos unos tontos felices.

El anciano hundió la cabeza en el pecho, sintiendo que él podría haber hecho algo más si en el principio de todo hubiera...

—Pero, señor —dijo una chica pecosa, intentando animarle para que continuara su relato—. Los monstruos del Enemigo son terribles en combate. Una guardia ciudadana poco podría haber hecho.

—No os confundáis —replicó el anciano, recuperando cierto brillo de pasión en los ojos—. En esos primeros momentos, su ejército era poco más que unas cuantas cabras deformadas por su magia y los hombres de Baltasar. Una defensa decidida podría haberlos barrido del mapa y librarnos de todos estos años de penurias.

»Cada vez que uno de nosotros caía, se incrementaban sus filas, y en una noche, el Enemigo se hizo con un pequeño ejército con el que poder empezar su campaña de exterminio contra la humanidad. Que no os engañe su brutalidad. En sus actos siempre hay una astucia calculadora y asesina; nunca pierde de vista su objetivo, que no es otro que acabar con todo lo vivo de este mundo e imponerse, sentado en su trono, sobre las cenizas de la hecatombe.

La misma muchacha de antes levantó la mano con respeto y, cuando el anciano le dio permiso para hablar, preguntó:

—Lo que dijo el regidor Baltasar, ¿eran las palabras del Enemigo mismo?

—Así es —asintió el anciano—. Su ejército lo componen los muertos levantados por sus oscuras artes; aquello que estuvo vivo un día, puede formar parte de él al ser infectado con su luz dorada. Ninguno de ellos, sin embargo, retiene recuerdos o pensamientos de su pasada vida, salvo...

»Ya llegaremos a eso. Por ahora, tenéis que entender que todos ellos son el Enemigo, que los controla como si se tratara de títeres, gracias a su inmenso poder y su férrea voluntad. Lo comprenderéis mejor cuando oigáis la historia que Glabro me fue contando camino de Lorry, la capital del reino del mismo nombre, a la que, para que se comprenda en su justa medida, añadiré retazos de las lecturas que luego fuimos descubriendo sobre el Enemigo.

LUCES

Fue en un tiempo anterior a la aparición de los primeros animales. Eones atrás, cuando solo las plantas extendían sus arbóreas copas pugnando por los rayos de sol hacia el cielo, hubo un destello de luz que rasgó la cúpula que cubría el mundo y que adoptó una forma que no podía decirse que fuera corpórea, pero tampoco lo contrario.

Era una pura luz, capaz de cegar a cualquier animal que, de haber existido entonces, la hubiera contemplado, magnífica y terrible, blanca y, al mismo tiempo, poseedora de todos los espectros visibles o invisibles. Pero había caído en el inmenso mar océano, y tan pronto como la luz tocó la prístina superficie del agua, se dividió en dos.

Y ambas mitades obtuvieron conciencia de sí mismas.

Una de las luces era del color de la plata bruñida, y su igual, del oro más puro, y ambas eran felices contemplando la tierra en la que moraban, escuchando el quedo rumor de los troncos alzándose más y más arriba, observando con calma el lento descenso de las hojas en otoño hacia el suelo musgoso, oliendo el dulzón aroma de la vegetación en descomposición que servía para dar a luz a nuevos vástagos que se elevaban, una y otra vez, en un extraordinario ciclo sin fin.

Y, entonces, contemplaron con la más absoluta de las maravillas unos nuevos seres que surgieron arrastrándose desde los fondos marinos y que se diversificaron en la tierra, creando una hermosa plétora de criaturas que vivían y morían junto a los antiguos pobladores del mundo.

Un día, la luz de plata reía viendo un pequeño conejo que avanzaba a saltitos por entre el follaje, mirando a un lado y otro con expresión preocupada pero que la luz no supo identificar como tal, tanta era su dicha al contemplarlo. El pequeño animal se dirigió a un matorral de hierbas y empezó a olisquearlo cuando, de repente, un hermoso zorro rojizo saltó, surgido al parecer de la nada, y lo apresó entre sus fauces.

La luz no entendía qué pasaba. Nunca antes vio la trágica danza de la supervivencia mediante la muerte de otros y, de haber tenido ojos, hubiera llorado de dolor al comprender que la vida del pequeño conejito se escapaba al mismo tiempo que la sangre salía a chorros de la tremenda herida que le había causado el zorro. El escucharlo lloriquear, preso de la agonía que precede a la muerte, fue demasiado para la luz, que se dio la vuelta y huyó del lugar.

Hizo partícipe de su experiencia a la luz dorada, pero esta profirió un sonido que era como la risa, una risa cantarina y amable, aunque en su voz hubo condescendencia cuando le dijo:

—Es la muerte. La muerte no significa nada. El zorro devorará a muchos más conejos y luego también morirá. Todos han de morir.

—¿Acaso sabías de esto? —le preguntó la luz de plata.

—Sí —respondió—. Todo lo vivo muere. Algunos de ellos, cuando no queda vida en sus cuerpos, y otros, cuando aquellos con más vida en sí los matan.

La luz de plata calló y pensó entonces en los árboles, las flores, las plantas.

—¿Ellas también mueren? —preguntó, con toda inocencia.

—Así es. Todo ha de morir. Todo, salvo nosotros. Regocíjate por ello.

—¿Cómo puedo sentir dicha si todo cuanto contemplo no existirá?

La luz de oro calló un instante en el que varios días se sucedieron. El ritmo de su existencia era muy distinto al ciclo de la vida.

—La debes sentir —contestó al fin—, porque ellos no son nosotros.

La luz de plata sintió ira por la frívola respuesta al implicar que, para la luz dorada, no formaban parte del mundo vivo, y se retiró, no volviendo a existir contacto entre ellos durante mucho tiempo.

En ese lapso, la luz dorada caviló sobre lo que habían conversado, y llegó a una conclusión:

—Si no puedo morir, existo al margen de lo vivo, por lo que no puedo ser parte de este mundo. Si algunos matan otros para seguir vivos, es porque quieren seguir siendo parte de este mundo. Si yo quiero formar parte de este mundo, quizá debería...

Sin embargo, no llegó a ultimar ese pensamiento, que comenzaba a deslizarse hacia terroríficas consecuencias, porque una nueva luz rasgó el firmamento, como hacía tantísimo tiempo atrás, y cayó en la tierra al otro lado del mundo, donde era de noche, iluminándola con un hermoso fulgor tan plateado como el de a quien ahora veía como un ser obtuso y bobalicón.

Se dirigió hacia allá todo lo rápido que pudo, deseando comulgar con la nueva luz, pero no fue todo lo veloz que debía. Las dos luces plateadas se fundían en una sola, creando ricos matices argentinos que provocaron el asombro y la fascinación de las criaturas que lo contemplaron.

Y entonces, presa de la más grande de las frustraciones, la luz dorada gritó, amenazando con rasgar la realidad y moviendo al terror a los seres de

todo el mundo, que se escondieron temblando en sus cubiles.

Las dos luces de plata fueron hasta él y ambas hablaron a la vez, con una misma voz:

—¿Qué te ocurre?

—¡Nunca podré tener compañía! —bramó— ¡Siempre seré un único ser!

Las luces de plata intentaron consolar a la luz de oro, pero fue en vano. Cuanto más intentaban ayudarle, más rencor sentía, y pronto comenzó a fraguar un terrible plan en su mente, pero que precisaba de subterfugio y astucia por lo que, al fin, dijo a las luces plateadas que todo estaba bien, que no pasaba nada, que eran iguales a las familias de elefantes que caminaban por la estepa, vinculados entre sí por lazos sempiternos.

Pero la luz de oro había pensado algo muy diferente.

Pese a todas sus palabras, las luces de plata estaban siempre juntas, y la luz de oro llevó a cabo la más horrible de las acciones que jamás se ha cometido, o se cometerá, en este mundo. Con engaños y añagazas, hizo que la luz plateada más antigua acudiera lejos, muy lejos, y la luz de oro se acercó a la luz de plata que había quedado sola.

—Es este un hermoso día —le dijo la luz de oro.

—Así es —respondió la luz de plata—. Pero echo de menos a...

—Sí, lo sé —le interrumpió—. Así me siento yo.

Sin una palabra más, se abalanzó sobre la luz de plata e hizo que fueran una única luz por un instante, gracias a su mayor conocimiento y poder. Para la luz de plata, fue un momento que se extendió durante eras, horrible, depravado y maligno, que provocó tal mancha en su espíritu que, cuando la luz de oro se separó, fue apagando su brillo poco a poco hasta quedar reducida a la nada, extinguiéndose para siempre.

La luz de oro rio, borracha de poder al saber qué se sentía, por fin, al dar muerte.

La luz de plata llegó de inmediato, y en un instante supo lo que había pasado. Sin embargo, no sentía ira sino una honda tristeza, una pena más enorme que el universo, y la luz de oro lo vio como una muestra de debilidad, lanzándose hacia ella para devorarla como había hecho instantes antes.

Sin embargo, calculó mal sus fuerzas y se encontró con alguien de su mismo poder, que le retuvo contra el suelo y lo aplastó hasta no poder moverse.

—No confundas la piedad con la debilidad —le dijo, mientras la luz de

oro lanzaba maldiciones—. Desde hoy, dejas de existir para mí.

—¡Será lo mejor! —le increpó— ¡Ya hace mucho tiempo que tú no eras nada para mí!

Y, así, las dos luces, la de plata y la de oro, se convirtieron en enemigos irreconciliables pese a que la primera de ellas creía que aún había posibilidad de redención para la otra, por lo que, en un gesto de magnificencia, soltó su presa y la dejó libre, confiando en que encontraría el camino de vuelta a la pureza original. Ese gesto, sin embargo, produjo todavía más rencor en la luz de oro, que huyó sin decir nada, pero jurándose que obtendría venganza.

El tiempo continuó avanzando y, dado que para la luz dorada este era percibido de modo muy diferente a como los seres vivos de la tierra se daban cuenta de su paso, de repente fijó su vista en unos animales nuevos, en los que no se había percatado hasta entonces. Al principio, le parecieron monos, pero iban desnudos de pelo, caminaban erguidos y se llamaban a sí mismo humanos. Esa era la cuestión: se llamaban a sí mismos. Como en su caso, esos nuevos seres habían obtenido conciencia de su existencia de forma más plena que el resto de los animales y la luz plateada empezó a dedicar todas sus horas a vigilarlos e intentar comprenderlos.

Vio cómo dejaron atrás las oscuras y húmedas cuevas para expandirse por las llanuras mientras desarrollaban herramientas cada vez más complejas con las que hacer un poco más fácil su vida, pero lo que más le sorprendió fue la extraña dualidad con la que se comportaban. Uno de ellos podía una mañana ceder parte de su comida a un anciano que ya no aportaba gran cosa a la familia y que cualquier otro animal habría dejado morir de hambre; esa misma tarde, el mismo podía coger el cuello de otro humano entre sus manos y apretar hasta hacer que la vida se le escapase, solo por el mero hecho de haberle hablado de forma irrespetuosa.

Su juicio sobre ellos se vio influenciado por sus propios pensamientos cuando concluyó que, en realidad, lo que hacían estos humanos era sentir la misma sensación que él al matar, una mezcla de dicha al pensar que uno seguía vivo gracias a la extinción de otro y de euforia al saber que se podía tener tal poder sobre la vida.

Y se acercó a ellos aprovechando el miedo a su propia mortalidad y que, para paliarlo, habían decidido elevar plegarias mágicas a constructos que llamaban dioses. Se apareció una tarde, al ocaso, a uno de esos humanos, manipulando su propia luz para adoptar una forma similar a la del hombre,

bañada en un oro deslumbrante, pero muchísimo más grande y poderosa, y habló en su mente, habiendo aprendido antes sus procesos lingüísticos:

—Yo soy tu dios.

Los humanos, desde entonces, supieron que sus intuiciones sobre el mundo y el más allá eran certeras, y dedicaron sus vidas a honrar al dios de la luz de oro. Y este, aprovechando su ascendiente sobre ellos, comenzó a manipularlos para satisfacer sus propios deseos y apetitos, obteniendo cada vez más placer y regocijo con cada sacrificio que se le brindaba.

Pero la luz de plata escuchó los gritos de los muertos en los altares y salió de su mutismo contemplativo, viendo el mal que se había extendido sobre el mundo y decidió hacer algo al respecto. Caminó entre los humanos y les enseñó el don de la compasión y la piedad; a muchos de ellos no les resultó difícil seguir sus enseñanzas, porque estaban presentes, como el odio y la ira, en su naturaleza, y comenzaron a plantar cara al mal que los seguidores del dios de la luz de oro expandían.

Y, aunque nunca se hizo llamar dios, comenzaron a alabarlo como el dios de la luz de plata.

Ello enfureció a la luz de oro de tal modo que cerró todavía más su puño sobre el corazón de los humanos que habían decidido seguirle y cometió un acto tan horrendo como el asesinato que hacía eones había cometido, porque enseñó a los humanos a hacer lo que él mismo había aprendido a hacer, manipulando las mentes y los cuerpos de otros seres para retorcerlos, convertirlos, deformarlos y hacer que adoptaran formas imposibles de soportar a la vista, degradaciones de la vida cuyo único propósito era llevar la muerte a sus enemigos.

A la defensiva, los acólitos del dios de la luz de plata imploraron a su señor que les auxiliara y este, no sin grandes reservas, accedió a mostrarles los secretos de lo que, con el paso de los siglos, se llamaría magia, surgiendo una cofradía de guerreros de pura luz argéntea que estableció una línea de defensa contra los horrores dorados.

Así fue como estalló la guerra entre los seguidores de uno y otro dios, a la vez que las ciudades, rodeadas de ciclópeas murallas, se erigían sin descanso en las planicies, en las costas, a las orillas de los ríos y en los bordes de desiertos y tundras, y los humanos se expandían cubriendo con sus números el mundo, formando civilizaciones que se levantaban y caían ante la mirada de los dioses.

Y, cuando la tierra parecía a punto de ser engullida por las llamas de la

conflagración, surgió una heroína.

Imala era una niña de apenas seis años cuando entró en el templo. Así lo decretaban las leyes sagradas, porque todos aquellos bebés que nacieran con trazas de luz de plata en las pupilas habían sido marcados como elegidos y sus vidas estarían, para siempre, consagradas al servicio del dios y al estudio de la magia.

La época que le tocó vivir era convulsa, un momento en el que la guerra con los servidores del Enemigo, que era como llamaban al dios de la luz de oro, se decantaba a favor de éste, con numerosas ciudades perdidas y gran cantidad de sangre derramada en los altares sacrificiales que eran el motor de los oscuros poderes con que los atacaban.

Fue una estupenda estudiante, y llegó a convertirse en una de las más capaces magas no solo del templo en el que vivía; sus superiores y maestros estaban convencidos de que sus enormes dones la ponían a la par de los más grandes practicantes de las artes místicas. Cuando fue ordenada sacerdotisa, a los veinte años de haber nacido, ya superaba en mucho a cualquiera de los que la conocían, así que el rector del templo la hizo llamar y le dijo:

—Imala, hija mía, aquí nada más podemos enseñarte. Es hora de que encuentres otro camino que seguir y utilices tus dones en la lucha contra el Enemigo allá donde seas necesaria. Te recomiendo, aunque será elección por completo tuya, que acudas a ver al maestro superior, pues él te puede guiar mucho mejor que yo.

—Así lo haré, maestro —respondió ella con humildad, pues a pesar de saber de su gran poder, jamás había mostrado una pizca de orgullo.

—Te he de recordar, sin embargo, la máxima fundamental de nuestra orden: defiende siempre la vida frente al Enemigo.

Ella asintió con respeto y decidió seguir las indicaciones del sabio, acudiendo a la capital del mundo para presentarse ante el maestro superior, pero, mucho antes de llegar a su destino, se encontró con una aldea renegrida por el fuego, reducida a cenizas casi en su totalidad, y escuchó unos repugnantes ruidos de succión provenientes de una de las chozas aún en pie.

Con mucho cuidado, tejiendo un hechizo que hizo que sus pasos no se oyeran y que cualquiera que posase su vista sobre ella no viera sino una suerte de vacío, se acercó y tuvo que ahogar un gemido al ver a dos criaturas similares a lobos aunque mucho más grandes, con el manto de pelo caído a trozos, como si tuviesen la sarna y cuyas fauces, de más del doble del tamaño

que debería ser el normal, masticaban los brazos y piernas de un hombre, derramando sangre y babas sobre el suelo.

Se trataba de criaturas carroñeras, deformadas por las malas artes del dios de oro y enviadas por detrás de los ejércitos de este para eliminar cualquier posible enemigo dejado atrás. Sin embargo, no había noticias de ninguna incursión en la zona, por lo que quizá se tratase de desertores o simples extraviados.

Se concentró y, sin previo aviso, la cabeza de una de las criaturas estalló en una neblina de sangre, hueso y sesos, haciendo que la otra saltara hacia atrás, los ojos abiertos con desmesura por la sorpresa y bufando entre dientes para intentar llevar el terror a la mujer que apareció ante ella sin lograrlo en absoluto.

—Dime qué haces tan lejos de vuestras tierras —ordenó, aunque sabía que el monstruo no podía hablar. Lo que hizo fue forzar a la criatura a pensar en la respuesta: ella se la extraería de su débil mente.

«Nuestras tierras lo son todo».

—Mientes. Eres una criatura del Enemigo y el Enemigo está muy lejos de aquí.

«¿Enemigo? Lo que tú llamas Enemigo es el auténtico señor y dios de este mundo, y todo lo que hay en él es suyo, así que no estoy lejos de sus tierras».

—No intentes engatusarme con palabras vanas —replicó ella, haciendo que el ser se revolcase en el suelo sintiendo un agudo dolor en el cerebro—. Te lo diré solo una vez más: ¿Qué haces tan lejos de las tierras manchadas por el Enemigo?

«¡Explorábamos! ¡Explorábamos! ¡Para, por piedad! ¡Duele! ¡Duele!».

—¿Y por qué explorabais? ¡Dilo!

«¡El dios de la luz de oro va a lanzar el ataque definitivo contra vosotros y todos moriréis, maldita seas!».

Sabía suficiente porque en la criatura lobuna había más información, que ella arrancó sin ningún tipo de conmiseración por el pútrido ser, examinándola con atención después de darle el dulce olvido de la muerte.

De ese modo, supo que el Enemigo mantenía el control de las criaturas que caían bajo su influjo imprimiendo en sus mentes una pequeña porción de su propia esencia, de forma que la luz dorada que era su mismo ser se repartía por entre todos ellos, tornándolos unos horribles esclavos capaces de tomar sus propias decisiones, pero siempre considerando, en primer lugar, los deseos de su amo.

También supo que, en el fondo, el dios de la luz de oro lo hacía porque se sentía solo y desdichado.

Lo que vio le llenó de horror pero, al mismo tiempo, pensó que era afortunada por haberlo descubierto, ya que así podría hacer frente al Enemigo y dar una ventaja suficiente a los suyos en la lucha. De inmediato, hizo que una bandada de pájaros, en ruta de migración hacia la capital del mundo, se posase junto a ella y les habló con voz suave y amistosa:

—Sé que tenéis que estar en vuestra nueva casa antes de la llegada del frío, pero, os lo ruego, demoraos un instante y descended al templo de la capital del mundo, para que allí tengan conocimiento de lo que os voy a decir.

Los pájaros piaron un tanto molestos, porque no entendían la razón de la petición y, además, no les gustaban los humanos, que lanzaban flechas hacia el cielo acabando de vez en cuando con alguno de ellos.

—Por favor, por favor —imploró ella, poniéndose de rodillas y acariciando el suave plumaje del más cercano, el cual, tras un momento de desconfianza, dejó que pasase la mano por su cuerpo, proporcionándole una agradable sensación—. Toda la tierra está en peligro.

Volvieron a protestar, pero con menos determinación.

—No solo es la tierra sobre la que andamos los que no somos como vosotros. También el cielo corre peligro, amigos míos. El Enemigo extenderá su enfermiza luz sobre todo lo que existe y acabará con vosotros.

Entonces, no dijeron nada y movieron sus cabecitas, mirándose entre sí con sus brillantes ojos. El pájaro al que Imala había acariciado se posó en su hombro de un grácil salto y pegó su cabeza a la de la mujer y entonces ella supo que la ayudarían, así que les contó todo lo que los seguidores del dios de la luz de plata tenían que hacer para que la vida siguiera existiendo.

Imala continuó su camino tras despedirse, con lágrimas de agradecimiento, de la bandada, pero puso rumbo al norte, andando tan rápido como pudo para atravesar las tierras felices y libres de la presa del Enemigo. Cuando se acercaba a los dominios de éste, sintió una fuerte opresión en el pecho que le impedía respirar, y tuvo que sentarse para poder recuperar el aliento.

Estando en esas, llegó hasta ella un pequeño escarabajo que arrastraba con infatigable esfuerzo una pelotita de estiércol el triple de grande que él, indiferente a la, según el punto de vista del animalito, gigante que lo

contemplaba desde lo alto.

Entonces, Imala sintió que así eran ellos, los humanos, para el Enemigo, en todo su poder y magnificencia, desde lo alto de su enorme pedestal, mirándolos como insectos a los que poder aplastar con el simple movimiento de un pie, y una furia la llenó, amenazando con desbordarla, porque, del mismo modo que ella jamás hubiera matado de modo consciente a ese atareado escarabajo, así deberían comportarse los dioses.

Llena de una nueva determinación, puso todo su empeño en dominar el arte de cabalgar los cielos, como hacen los pájaros, y así fue cómo, sin que nadie lo hubiera hecho antes, Imala se convirtió en el primer ser humano capaz de volar.

De este modo, atravesó las grandes distancias que la separaban de las huestes del Enemigo, y, desde los cielos, los vio diseminados por una llanura helada, yerma, estéril, avanzando hacia el sur, una incontenible marea de horrores con el único propósito de lanzar un golpe mortal sobre el mundo de los vivos para imponerse de una vez por todas.

Y, tal y como le había dicho la carroñera criatura de la aldea, el Enemigo avanzaba entre ellos, en el centro de todo ese horrible ejército, derramando su luz dorada como si diera su bendición.

Imala sabía que no podía lanzarse en medio de todo ese horror, porque magos oscuros rodeaban al Enemigo como un círculo protector, demasiados y demasiado poderosos para que ella sola pudiera plantarles cara, así que tuvo que pensar con rapidez un plan y, sonriendo, voló más allá de las fuerzas del Enemigo, más al norte cada vez, hasta llegar a la cima del mundo, siempre helada, siempre azotada por vientos tan fríos que eran capaces de congelar en un segundo a todo lo que allí se atreviera a aparecer.

Se refugió en un manto de calor del sol tejido por su magia, y comenzó a realizar el que sería el mayor hechizo que nunca jamás tendría lugar.

En primer lugar, hizo que su carne, blanca como el alabastro, comenzara a refulgir con el tono del oro.

Después, su cuerpo emitió esa luz en derredor, desprendiéndose de su carne, pero sin que dejara de formar parte de ella.

En tercer lugar, ordenó a la luz que ascendiera hacia el cielo en una gruesa columna tan alta que fuera visible desde todos los lugares de la tierra.

Imala estaba exhausta pero debía mantenerse firme por el bien de todos, así que, haciendo gala de su enorme fuerza de voluntad, consiguió que el gigantesco pilar de luz permaneciese estable todo el tiempo que necesitaba

quedando ella en la base, como si fuera su cuerpo el que sujetara todo su imposible peso.

El Enemigo sintió que algo, a su espalda, había ocurrido, y giró su cabeza, haciendo que toda la hueste frenara su avance de inmediato. Los magos oscuros que le rodeaban se preguntaban, perplejos, qué debían hacer, y su sorpresa aumentó todavía más cuando, sin mediar palabra, el dios de la luz de oro dejó de estar entre ellos, y se mesaron los grasientos mechones de cabellos que colgaban de sus deformes cabezas, profiriendo lamentos surgidos de lo más hondo de sus mutiladas gargantas que se extendieron entre todos los miembros del ejército.

El dios de la luz de oro voló hacia el norte, sin saber que esa luz que era su gemela se trataba de la añagaza de una humana, uno de esos seres que con el paso del tiempo había llegado a despreciar por su fragilidad y cobardía, tan prestos a rendirle sumisión a cambio de pequeños favores.

Engañado, pues, el dios de la luz de oro abrazó la columna que Imala había creado, y ella sonrió, porque supo que había ganado. Había hecho acopio de las escasas fuerzas que le quedaban, e hizo estallar su propia luz en una deflagración tan colosal que el dios sintió, por primera vez en su vida, pavor.

El sol pareció salir ese día en el norte, rivalizando en brillo con el auténtico astro que colgaba en el cielo, y toda la tierra giró sus ojos hacia allí, sabiendo que algo de proporciones catastróficas había ocurrido. Por un instante, todos los seres del mundo pensaron que había llegado el fin.

Sin embargo, estaban equivocados porque, en realidad, Imala les había dado un nuevo comienzo. Murió satisfecha, feliz, pues supo que con su sacrificio había logrado que la luz de oro se apagara para siempre.

El ejército del Enemigo, a muchas leguas de allí, también sintió que todo había acabado para ellos, y se derrumbaron en la tierra de rodillas, llorando y golpeándose sus horribles pechos, durante días y días, tan sumidos en una honda pena que ni siquiera se percataron de la llegada de las tropas del dios de la luz de plata que, avisados por los pájaros mandados por Imala, cayeron sobre ellos y los segaron de esta tierra por millares sin que se levantara una espada o un escudo para evitarlo.

El humo de los cadáveres apilados en piras ocultó las luces de las estrellas durante varias noches, tal era la cantidad de monstruos muertos.

Así, gracias a Imala, el Enemigo fue derrotado.

No todo es motivo de regocijo, sin embargo, porque en el último instante de su existencia la luz de oro comprendió que estaba a punto de desaparecer para siempre y, en menos de lo que dura un aleteo de colibrí, logró expulsar una parte de su ser que atesoraba sin que nadie, ni siquiera la luz de plata, lo supiera.

Cuando, mucho tiempo atrás, mató a la tercera luz, había logrado capturar su sustancia y atraparla, conteniéndola, apresándola para siempre jamás, girándose de tanto en tanto hacia su interior para visitarla y contemplarla como un trofeo muy querido. Era tal el amor que sentía por esa chispa de plata que la alimentó con su propio ser, viéndola crecer poco a poco con el paso de las eras y colocando buena parte de sí en ella hasta que, en realidad, se convirtió en una imagen empequeñecida de la luz de oro, si bien con cierta tonalidad argéntea que le daba un raro aspecto.

Y, cuando estuvo a punto de desaparecer en el norte, la luz de oro la expulsó de su interior, catapultándola hacia el firmamento para que su esencia viviera para siempre navegando entre las estrellas del cielo nocturno.

III

—Pero, en realidad —reflexionó el chico de más edad de todos ellos, pese a lo cual no llegaba a los veinte veranos—, el Enemigo no actúa así ahora.

—Así es —asintió el anciano, sonriendo con tristeza—. Durante los muchos años que ha durado su exilio, ha tenido tiempo de estudiar su derrota y entender qué es lo que falló. Creyó, o eso suponemos, que el problema radicó en dejar un grado de libertad, aunque fuera mínimo, a los que le rendían pleitesía. Y, dado que en su inquina y desprecio por el mundo, identifica libertad con vida, concluyó que no era necesario que sus seguidores estuvieran vivos en absoluto.

»Con su poder, puede dominar por completo los cascarones de lo que antes estuvo vivo y manejarlos como tristes parodias de lo que fueron una vez. Así, cada uno de ellos se vuelve parte del Enemigo, y todos son el Enemigo a la vez.

—No lo entiendo, señor —dijo alguien a su izquierda—. ¿Están muertas o no sus criaturas?

El anciano se encogió de hombros y, con voz grave, contestó:

—Si lo miras desde nuestro punto de vida, en efecto, lo están. Pero gracias a las malignas artes del Enemigo, han obtenido una nueva vida, muy diferente de la que tuvieron. Imaginad —explicó levantando las manos y pidiendo paciencia ante el coro de murmullos que se levantó— una colonia de hormigas. Todas ellas son criaturas independientes, ¿verdad?

—Sí —respondieron unos cuantos a coro.

—Bien. Ahora, pensad en ellas como si todas ellas fueran guiadas por los pensamientos de la hormiga reina, sentada en el centro del hormiguero, en su trono. Aunque no posean voluntad propia, siguen teniendo vida, ¿no es así?

Los jóvenes asintieron, pero no de forma muy efusiva; la metáfora les resultaba complicada de aprehender.

—Es lo más gráfico que os puedo decir para que lo entendáis.

—Entonces —dijo una chica, que no paraba de dar vueltas a su daga con la punta apoyada en la tierra—, el Enemigo controla a todos aquellos que le sirven, como..., como si fueran extensiones de sí mismo.

—Eso es. —El anciano asintió estirando la espalda, que le dolía muchísimo—. Y, para que no haya ningún tipo de voluntad en las mentes de sus seguidores, el método que encontró fue matarlos primero, dándoles una impía vida, o apariencia de vida si así lo preferís, mediante la extensión de su

esencia.

—La luz dorada —sentenció la misma joven.

El anciano volvió a asentir con un grave movimiento de cabeza. Ahora, tendría que contarles algo que despreciaba, y aspiró con lentitud, como queriendo retrasar el momento. Ya era terrible que el Enemigo se impusiera a la vida revirtiéndola mediante sus crueles artes, pero pensar que alguien pudiera ofrecerse a ser uno de sus servidores de forma voluntaria...

TRAIDORES

Baako fue la única alegría en la dura vida de Efua, su madre. Al haber nacido en el seno del clan de los Akash-Damú, era una esclava de raza negra al servicio de los conquistadores blancos, a los que llamaban Tanasha-Shi, los demonios aulladores, cuyo nombre se debía a que siempre estaban gritando: gritaban para ordenar, gritaban para amenazar y gritaban para castigar.

Como todos los esclavos, su vida y bienestar dependían por entero de su señor, Melek, que la visitaba casi todas las noches en su habitación para violarla. Debido a ello, Efua concibió a Baako, un niño sano y sonriente ya desde el primer día de su vida, pero esclavo a fin de cuentas dado el color de su piel.

Con todo, el corazón del amo se atemperaba un poco cuando veía al niño, e incluso alguna vez le dirigía alguna palabra amable, lo que no pasó desapercibido a un amigo suyo cuando fue a visitarle con motivo de la próxima organización de un mercado de carne humana en la ciudad de Zoco del Servil, y que se mofó del cariño que sentía por un esclavo.

Enfurecido por las hirientes palabras de su amigo, Melek despellejó la espalda del niño a latigazos y, por fin, le dijo que sería vendido porque no lo quería ver más en su casa, provocando el llanto tanto de Baako como de Efua, cuando esta supo que pronto no vería más a su niño del alma.

El comprador, por un precio que resultó una auténtica ganga, fue el docto Krikor, un hombre en la cuarentena, alto y delgado, de pelo rapado por completo y barba castaña recortada a la perfección, que enmarcaba unos labios finos tendentes a la sonrisa, con unos ojos verdes como esmeraldas que parecían taladrar a quien contemplaban.

Al entrar en la casa de Krikor, la más magnífica de Borobión, el niño se quedó mirando, entre lágrimas que aún derramaba por haber sido separado de su madre, una extraña escultura que decoraba el recibidor, una pulida columna de la que parecían surgir infinidad de pequeños brazos y que acababa en una corona en la que había engastadas numerosas piedras preciosas.

—¿Te gusta? —le preguntó Krikor con voz suave; el niño no contestó—. Es Abaven. O así lo llamamos en estas tierras.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar Baako.

—Es un dios. Es el mayor dios —contestó, llevando la mano a su pecho con respeto.

Baako sintió un temor reverencial, aunque no sabía el motivo, y decidió no ahondar en el asunto, siguiendo a su nuevo amo por la casa hasta llegar a la zona, en la parte trasera, donde los esclavos tenían sus habitáculos, unas pequeñas celdas cerradas con barrotes en las que había una litera, un orinal, y una manta con la que taparse para dormir.

—¡Arpiar! —llamó Krikor a gritos, haciendo que un hombre alto, mestizo como Baako, acudiera corriendo. Era muy gordo, vestía unos pantalones bombachos de color negro sobre los que despuntaba una enorme panza depilada y, sobre todo el conjunto, asomaba una cabeza rechoncha con una mata corta de pelo ceniciento en la que destacaba una boca de gruesos labios.

—¿Amo? —preguntó al llegar.

—Este es Baako —le dijo, dando un suave empujoncito al niño para adelantarlo—. Será destinado a mi asistencia personal dentro de... ¿Cuántos años tienes, Baako?

—Nueve —respondió, cabizbajo.

—El año que viene, entonces. Serás mi asistente.

—Es un gran honor, niño —terció complaciente Arpiar.

—Hasta entonces, que se le enseñe a leer y escribir.

—Así se hará, señor —contestó Arpiar, haciendo una profunda reverencia.

Para Baako, ese último año antes de tener responsabilidades que cumplir fue maravilloso, tan solo oscurecido por la ausencia de su madre. Tras las clases que otro de los numerosos esclavos de la casa le impartía por las mañanas, tenía todo el día libre para jugar, corretear y hacer el pillo en la extensa finca de Krikor, hasta el momento en que la campana de la casa indicaba que todos los esclavos debían volver a sus celdas, cerrándolas hasta el alba siguiente.

De vez en cuando, además, recibía las felicitaciones del señor de la casa, porque Baako era despierto y al descubrir que le gustaba leer, puso todo su empeño en aprender lo que se le había encomendado. Por fin, cuando cumplió diez años, el niño fue llamado a una habitación en la que no había puesto nunca sus pies por estar cerrada a cal y canto con gruesos candados, y entró en la sala, sumida en la penumbra.

Krikor chasqueó los dedos y un par de candelabros de pie se encendieron, arrojando una luz anaranjada que permitió a Baako contemplar lo que le rodeaba. Se trataba de una sala vacía a excepción de una pequeña librería hecha con una madera de color tan negro que parecía fundirse con la oscuridad, de tres baldas, en la que había unos pocos volúmenes de grueso

tamaño y aspecto avejentado.

—Coge el tercer libro de la balda superior —ordenó Krikor, moviendo las amplias mangas de la túnica en la que estaba envuelto y que era de color dorado. Baako vio que en su mano derecha había un cuchillo como los que se utilizan para desollar conejos.

El niño obedeció y leyó el título, que era *La traición de Imala*, y comenzó a andar hacia el amo, para dárselo.

—No —le paró en seco con una voz repleta de poder—. Ábrelo. Ábrelo por cualquier página y lee desde el principio de la misma.

Baako puso cada una de sus manos en las cubiertas superior e inferior y, con un rápido movimiento del pulgar izquierdo, hizo lo que le había dicho Krikor.

—Es evidente para aquel que pueda entender la naturaleza de la magia que Imala consiguió con su treta no solo expulsar a Abaven, sino también, y esto es quizá todavía más lamentable, eliminar toda traza del conocimiento que permitía alterar la realidad gracias a la fuerza de la voluntad. Ello hizo que el avance de la humanidad quedara detenido y que nuevas generaciones de magos debieran utilizar como primera fuente su instinto para desarrollar conjuros y hechizos que, en realidad, puede ser que difieran como la noche y el día de lo que antaño se había hecho.

—Basta, es suficiente. —Krikor parecía complacido, y metió el cuchillo en uno de sus bolsillos—. Abaven te ha elegido. Hemos tenido suerte, tú y yo.

El niño entendió, pese a su corta edad, que había pasado una especie de prueba de la que no entendía las reglas, pero que pudiera haber acabado con el cuchillo clavado en su corazón y sintió un escalofrío. Siguió sujetando el libro, sin saber muy bien qué hacer con él.

—Ese libro —dijo el amo, como sabiendo lo que pensaba Baako—, está escrito por uno de los grandes sabios de Gashina, un antiguo reino ya desaparecido que estaba muy al sur de aquí. Todos esos libros —continuó, señalando la estantería—, hablan de Abaven y de muchas otras cosas que los seres humanos, en su mayoría, han olvidado.

Baako asentía de forma mecánica, como sabiendo que era lo que debía hacer.

—¿Tu madre te enseñó a orar a algún dios? —preguntó, acercándose despacio hacia él.

—Sí, señor —contestó tendiendo el libro a Krikor, que lo cogió con

suavidad—. A Johari, la reina de las aguas.

Tan veloz como una serpiente, la mano abierta del amo lo golpeó en la mejilla, con tal fuerza que tiró al suelo al niño.

—Jamás habrás de reconocer otro dios que Abaven. Los demás dioses son falsos. Repítelo.

Obligándose a calmar el dolor de la cara, que se le había puesto roja con rapidez, Baako obedeció, y al decirlo, sintió como si las mismas palabras obraran un extraño efecto en su mente. Parecía que un rayo de verdad se abría paso entre las tinieblas de lo conocido con anterioridad.

—Durante un tiempo —continuó Krikor, indicándole que se levantara—, te enseñaré quién fue y qué hizo Abaven por este mundo. Te contaré su historia y la historia de este mundo, y tú lo absorberás como una esponja bebe el agua. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —respondió.

—Bien.

En seis años de intenso estudio, Baako aprendió todo lo que Krikor sabía sobre la fe de Abaven. Memorizó hasta el último detalle contenido en los libros de la sala privada de la casa y escuchó con atención lo que su amo y maestro tenía que decirle sobre sus propios pensamientos y teorías, ya que había muchas lagunas en el conocimiento sobre el dios y la magia.

Por otra parte, la ingesta de una comida de mayor calidad que la que daban al resto de los esclavos, junto con el gusto por el ejercicio físico, dio como resultado un joven alto y bien formado, de cuerpo fibroso, ágil y resistente, al que miraban algunas de las esclavas con aprecio en sus disimuladas miradas.

Krikor, entonces, le comenzó a facilitar mujeres que, con regularidad, acudían a su celda para que Baako aliviara el fuego en su entrepierna, y él tomaba a las prostitutas negras como el tizón pagadas para él, sin importarle que se quedaran tumbadas sin disfrutar del acto o se movieran y gimieran con placer.

Sin embargo, una noche tuvo para sí una mujer bastante mayor que él, que le miró después del sexo; eso le sorprendió porque todas ellas, en cuanto él descargaba su semilla, se vestían con premura y se iban de la casa.

—¿Qué miras? —le preguntó, secándose el sudor del pecho con una toalla.

—Eres hermoso —le dijo ella—. Me recuerdas a mi hijo.

Él no supo qué decir y soltó la toalla poco a poco sobre la cama, al lado del cuerpo aún desnudo de ella.

—No sé qué fue de él. —Las lágrimas asomaron a sus ojos y él sintió una profunda e inexplicable tristeza por la mujer, lo que le llevó a sentarse junto a ella y cogerle las manos—. Lo vendieron hace años y lo apartaron de mi lado.

La mente de Baako empezó a divagar pensando que, quizá, se había acostado con su madre. De repente, se sintió de nuevo un niño, no inocente, pero sí perdido y asombrado ante la magnitud insondable del mundo, y notó cómo su estómago subía y bajaba en su interior, debiendo ahogar una arcada de miedo.

—¡Ah! Pero no puede ser —sentenció la mujer, secándose los ojos con el dorso de la mano—. Sería mayor que tú, señor.

Baako continuó callado, mirándola, y contempló cómo se incorporaba y se colocaba la túnica por encima de su negro cuerpo. Seguía mirándola cuando dejó atrás los barrotes de su celda y mientras salía de su campo de visión, acompañada por Arpiar a la salida.

Soñó con su auténtica madre, aunque tenía el rostro de la prostituta. Si bien hacía tiempo que no aparecía en sus noches, Baako recordaba la sensación de tierno calor que sentía cuando lo abrazaba y le cantaba hermosas canciones de cuna. Se despertó llorando y se abrazó a sí mismo intentando confortarse sin éxito.

Y, justo esa mañana, cuando aún no se habían disipado del todo las brumas de lo soñado, Krikor lo esperó en la puerta de la sala donde le impartía sus conocimientos sobre Abaven, junto a un muchacho de unos diez años, bajito, de hirsuta y ensortijada cabellera morena, mestizo como él, que miraba con temor a un lado y otro.

—Baako —dijo el amo—, te presento a Enu.

Ambos se miraron, pero Enu apartó la mirada con rapidez, asustado como estaba.

—Abaven dictaminará si es digno —sentenció Krikor, que abrió la puerta y los hizo entrar al interior de la sala.

Como años atrás hiciera Baako, Enu realizó lo que el amo le dijo, pero el párrafo que leyó fue el siguiente:

La sangre es lo que alimenta el poder si no se tiene suficiente conocimiento, por lo que la entrega de sangre de forma regular a Abaven garantiza que los practicantes de la magia menos dotados consigan alcanzar mayores cotas de éxito de las que tendrían sin ayuda externa.

—Es suficiente.

Enu calló ante la orden del amo y Baako comprendió, por el rostro de Krikor, que la ceremonia iba a tener un desenlace muy diferente a la suya.

El amo, con sombras en la cara, le tendió el cuchillo, en el que se adivinaban manchas de sangre seca.

—Abaven ha decidido que se derrame sangre esta mañana. Cumple con lo que Abaven te encomienda —le dijo Krikor— y mata al niño.

Baako cogió el cuchillo, pero no obedeció de inmediato la orden. Miró el filo, miró a Enu y, por fin, miró a los ojos de Krikor, que comenzaba a impacientarse. Los sentimientos de Baako eran un remolino furibundo, y recordar a la prostituta y el sueño, junto a la visión del pobre niño que le recordaba tanto a él hacía tiempo, hizo que algo se rompiera en su interior. De improviso, hundió el cuchillo en el pecho de Krikor, que no acertó a comprender qué había pasado antes de derrumbarse, muerto, en el suelo.

Abaven, de todos modos, había obtenido su cuota de sangre.

Baako cogió al niño de la mano, que había lanzado un grito, y le indicó con señas que debía estar callado. No le quedaba otra opción que la huida, una huida que, entendió, le debía llevar no solo más allá de los muros de la casa de Krikor, sino también de la ciudad y la región porque, a fin de cuentas, seguía siendo un esclavo.

Decidió ir hacia los establos y, aunque jamás había montado un caballo, supuso que no sería muy difícil, pero en el camino se encontró con Arpiar, que lo miró con gesto extrañado.

—¿Y el amo Krikor? —preguntó.

—No se encuentra bien —respondió Baako, sintiendo la boca seca de repente.

—Es extraño —replicó Arpiar, rascándose la oreja, presintiendo que algo no iba bien—. El amo nunca se pone malo.

Baako supo que no iba a poder engañarlo y, soltando la mano del niño, se lanzó contra Arpiar, que abrió los ojos con sorpresa, golpeándolo en el cuello carnoso y fofo. El guardián de los esclavos emitió un gorgoteo y se llevó las manos a la garganta, tosiendo, pero Baako volvió a golpearle, esta vez en la gorda tripa, y le pareció que introducía el puño en un montón de manteca.

Arpiar, sin embargo, no pareció acusar el puñetazo y barrió el espacio frente a sí con su enorme brazo, alcanzando a Baako en la cabeza y haciéndolo trastabillar. Recuperó el equilibrio y plantó con firmeza los pies en el suelo. Lanzó su pierna izquierda contra el corpachón de Arpiar, pero

este lo paró sin esfuerzo con el brazo, estando a punto de aferrarle el tobillo. Entonces, se abalanzó contra Baako, que lo esquivó a duras penas. Pero Baako parecía tener la suerte de su lado y Arpiar tropezó con la punta de una alfombra, dando un par de pasos como si estuviera borracho y cayendo, por fin, al suelo.

Descargó una patada, lo más fuerte que fue capaz, contra el cráneo de Arpiar, que gimió antes de caer inconsciente.

Baako y Enu corrieron todo lo rápido que pudieron antes de que nadie se enterara de lo ocurrido, y miró los caballos. No había ninguno ensillado y él no estaba seguro de saber cómo hacerlo, así que optó por poner una manta en el lomo de uno de color blanco y mirada pacífica, agarrándose a sus crines para montarlo. Tendió la mano a Enu, ayudándolo a subir.

El caballo, una yegua en realidad, era mansa y lista, entendiendo a la perfección las órdenes que Baako le daba, y pronto dejaron atrás las tierras de la mansión de Krikor, adentrándose en terreno ignoto, sin saber muy bien adónde ir o qué hacer, pero el olor de la hierba crecida, la visión de los naranjos en flor y el suave viento en su cara le hizo pensar en lo maravillosa que era la libertad tras haber sido siempre, durante toda su vida, propiedad de otro.

Pero Baako no sabía gran cosa del mundo en realidad, porque Krikor le había enseñado solo conocimientos de la fe de Abaven; no tenía ni idea de dónde encontrar seguridad. Tampoco había manera de obtener comida, pues no tenía dinero ni hubiera sido capaz de cazar un animal o diferenciar plantas comestibles de venenosas, así que siguieron el camino bebiendo agua del riachuelo junto al cual discurría, escondiéndose con rapidez entre el follaje cuando escuchaba que se acercaban otras personas.

Al cuarto día, Enu se aguantaba a duras penas las ganas de llorar por los calambres que sentía en el estómago vacío, y Baako supo que iban a morir de hambre si seguían así, por lo que decidió confiar en la suerte y, cuando encontraran a alguien, le pediría auxilio.

Obligado por las circunstancias, se acercó con una expresión inocente en el rostro a la mujer que caminaba en dirección contraria, de piel azabache y vestida con ropas humildes.

—Buenos días, señora —le dijo Baako, imprimiendo toda la alegría que pudo a su voz, sonriéndole.

—Buenos días. —Ella pegó el cántaro que portaba a su pecho y siguió su

camino acelerando el paso.

—Me preguntaba —dijo Baako con rapidez— si podría decirme dónde estamos. Nos hemos perdido...

La mujer lo miró con más atención ahora y, al posar sus ojos en el niño pequeño, los ojos se le agrandaron si bien Baako no supo si era por la sorpresa o por el miedo.

—Sois esclavos fugados —dijo, bajando la voz.

Baako se quedó helado, sin saber qué decir. Era cierto, pero no entendía cómo la mujer lo había sabido. Tampoco supo qué hacer. La mujer podría empezar a gritar, salir corriendo, denunciarles en la aldea más cercana... Cualquier escenario era muy malo pero, antes que pudiera decidir nada, ella dijo:

—No os preocupéis, os ayudaré.

—¿Cómo lo ha sabido? —acertó a preguntar, por fin.

—¿Cómo? Es fácil, niño. El color de tu piel de mestizo me dice que tu madre es de mi raza, y, como las relaciones entre los Tanasha-Shi y los Akash-Damú solo se permiten entre amo y esclava..., ambos sois esclavos. Y os habéis escapado porque los esclavos libertos deben portar siempre un collar con la indulgencia del amo que os ha liberado. ¿Acaso no sabes nada, niño?

Baako tuvo que menear la cabeza negando. No, no sabía nada.

—¿Dice que va a ayudarnos? —inquirió, mientras su estómago decía con gruñidos que estaba famélico.

—Sí, os ayudaré —asintió ella—. Soy Adjoa.

—Baako —dijo y, luego, señaló al niño pequeño, que sonrió cuando lo nombraron—. Él es Enu.

—Encantada, niños. Primero, tomad un poco de leche.

Les ofreció el cántaro y ambos bebieron grandes tragos de la rica bebida, devolviéndoselo tras haber consumido más de la mitad del mismo, lo que provocó la risa de Adjoa, alegre y cantarina.

—Sí que teníais hambre, niños. Venid, seguidme. Vayamos a la aldea.

—¿Qué aldea es esa, señora? —preguntó Baako, bajando del caballo.

—Es tan pequeña que no tiene nombre, en realidad. O, al menos, los señores blancos no la han considerado digna de uno. Para nosotros, es Puntalibre.

—¿Puntalibre?

—Así es —asintió Adjoa—. Somos pocos, pero no hay ningún amo

blanco entre nosotros y, por eso mismo, ningún esclavo. Pobres, pero orgullosos y felices.

—Es bonito —dijo Baako.

—No, en realidad —volvió a reír ella— es una aldea fea, de cuatro chozas que se derrumban con las lluvias de primavera y un suelo cubierto de barro en invierno que se vuelve seco y quebradizo en verano. Nuestras ovejas son escuálidas y apenas dan lana para taparnos en las noches, y los campos dan tan poca cosecha de trigo que tenemos que salir todos los días a buscar bayas con las que poder completar nuestros platos, en los que nunca hay carne porque no podemos permitirnos matar a las pocas gallinas que tenemos; al menos, nos dan sus huevos.

—Lo siento —dijo Baako contrito ante tal descripción.

—¡Oh, no! ¡No lo sientas, Baako! Como te he dicho, somos felices, y todas las noches cantamos y bailamos, celebrando nuestra libertad.

Baako hizo un gesto de extrañeza, porque hasta que escapó de la villa de Krikor, él había tenido siempre comida que llevarse a la boca, y la libertad era un concepto tan extraño que se le escapaba. Nunca pensaba en otra forma de vida que no fuera la de esclavo. Sin embargo, Adjoa le estaba describiendo una existencia por completo diferente, y, según ella, llena de gozo, aunque también de penurias.

—Lo primero —dijo la mujer, indicándoles que tenían que dejar el camino y recorrer una senda para llegar a la aldea— será quitaros esas ropas. Habéis tenido suerte, porque si cualquier blanco os hubiera visto, enseguida os habrían capturado: dos mestizos vagando por los caminos así vestidos, sin identificación, son muy sospechosos.

—¿Podremos vivir con vosotros? —se decidió a preguntar Baako.

Ella se detuvo y el caballo aprovechó la improvisada parada para pastar bajando su testa. Adjoa acarició su poderoso cuello y dijo, mirando al cielo:

—Eso no será posible. Estaréis con nosotros unos días, pero no podemos albergaros mucho tiempo. Sin embargo —continuó con rapidez, para evitar protestas o lamentos de los niños—, ya os he dicho que os ayudaría. En Puntalibre recuperaréis fuerzas y os prepararéis para seguir vuestro camino con mucha más seguridad.

—¿Seguridad?

—Sí, Baako —respondió—. Seguridad para que no os pase nada malo. Cuando hayáis comido, os contaremos qué tenéis que hacer.

Poco después llegaron a Puntalibre, tal y como les había dicho Adjoa, una

pequeña agrupación de chamizos entre las que unos cuantos niños jugaban correteando desnudos al sol de mediodía, mientras algunos adultos iban de acá para allá. Saludaron a los recién llegados con efusividad, todo sonrisas y movimientos amables de cabeza.

Después de tomar un caldo que les supo mucho mejor que cualquier otra comida que hubieran tomado hasta ese día, queso, un par de manzanas y algo de leche fermentada, Adjoa les presentó a una mujer vieja, muy vieja, de piel ajada por el paso del tiempo, con unos surcos en la cara que parecían haber sido hechos con arado de tan profundos que eran, seca y magra de cuerpo, apenas pellejo recubriendo unos huesos delgaditos y en apariencia quebradizos, pero cuyos ojos negros parecían acumular una gran vitalidad.

—Esta es Thema —dijo Adjoa—, la jefa de nuestra aldea.

—Hola, niños —los saludó con una voz dulcísima—. ¿Habéis comido bien?

—Muy bien, señora —dijo Enu, palmeándose la tripa.

—Me alegro —rio—. Me alegro mucho. Tengo que haceros un par de preguntas.

—Diga, señora —la invitó Baako.

—¿Quién era vuestro señor?

—Krikor —respondió Baako.

La anciana meneó la cabeza haciendo un mohín con los labios.

—¿Hace cuánto que escapasteis y cómo? —preguntó entonces.

—Lo... maté, señora —Baako bajó la cabeza con pesar—. Hace cuatro días.

Las dos mujeres hablaron en susurros entre ellas un poco y, sin decir una palabra más, Thema salió de la cabaña dejando boquiabierto a Baako.

—¿La he ofendido? —preguntó.

—No, tranquilo —lo calmó Adjoa, sentándose a su lado y cogiendo un pedacito de pan—. Ha ido a buscar unas cosas.

La mujer estuvo de vuelta un rato después, llevando en sus manos un par de collares con sendas placas rectangulares de bronce colgadas de ellos, en las que Baako pudo leer «Esclavo liberado por la gracia de Krikor» y se los tendió.

—Ponéoslos al cuello y jamás, jamás, os los quitéis —dijo, con aire severo—. Vuestra vida depende de ellos ahora.

—¿De dónde...?

—¿Los hemos sacado? —terminó la pregunta Thema, riendo—. Esa

respuesta tendrá que esperar un poco, querido niño. No obstante, os tengo que decir que puede haber un problema; si la voz de la muerte de Krikor a tus manos corre por el país, las sospechas recaerán sobre vosotros. Así que tenéis que ser rápidos. Muy rápidos, y seguir al pie de la letra lo que os voy a decir.

—¿Por qué no ha puesto otro nombre de amo en la placa? —preguntó con sagacidad Baako, porque había visto que las letras talladas a golpe de buril eran diferentes en lo que se refería a la palabra «Krikor».

—Eres listo, muchacho, pero inexperto e inocente —le contestó la anciana—. Si escribo un nombre de un amo que alguien que os vea conoce, y si sabe que no tiene entre sus esclavos alguien como vosotros, ¿qué puede pasar?

—Entiendo —concedió Baako—. Pero es muy difícil...

—No es imposible —le cortó—, así que lo mejor es que evitéis ese potencial problema. Suficiente tenéis con haber matado a Krikor. Escuchadme con toda atención.

Dos días después, abandonaron Puntalibre, llevando consigo los buenos deseos de la gente del poblado y vituallas que les dieron para el camino. Una de las mujeres les había hecho una especie de silla de montar con esparto para que ambos cabalgaran con más comodidad y, despidiéndose con abrazos y lágrimas en los ojos, Enu y Baako volvieron al camino.

Aunque su collar los identificaba como libertos, preferían encontrarse con cuanta menos gente mejor y, por eso, tomaron caminos secundarios, alejados de las vías principales que recorrían la región, racionando la comida para que les durase hasta llegar a su destino.

Este se encontraba a tres semanas de viaje de Puntalibre, una ciudad grande que, a sus ojos, les pareció vasta como el cielo, pues tras sus gruesas murallas de piedra se extendían acres y acres de terreno copado por casas de todas formas y tamaños en los que se refugiaban centenares, miles de personas. Su nombre era Dorado, aunque muchos de sus habitantes la seguían llamando por su antiguo nombre, Fango, pues había sido, hacía muchos siglos, una ciudad levantada sobre una marisma desecada cuyas aguas de vez en cuando tenían la mala costumbre de resurgir desde el subsuelo, como si se hubiera batido en retirada y reapareciera para molestar a los humanos que habían tenido la osadía de plantarse sobre ella. En esos momentos, era cuando los visitantes entendían el porqué de dicho nombre, y blasfemaban y maldecían chapoteando entre el lodo de las calles mientras los vecinos se reían de sus torpes intentos de avanzar, calzados con sus zuecos de madera de

altas suelas.

El ajetreo del lugar les resultó incómodo y Baako y Enu miraban a un lado y otro, desconfiados, pensando que en cualquier momento alguien les acusaría de ser esclavos fugados. Sin embargo, Baako se fijó en que mujeres y hombres de raza negra y blanca hablaban, reían y discutían por el precio del pan sin que mediaran golpes o sumisión. Aunque extrañado, prefirió no darle importancia y siguieron las últimas instrucciones que les había dado Thema, dirigiéndose a un alto y bien vestido hombre negro para preguntarle por la localización de La moneda de cobre, la posada que la anciana del pueblo les dijo que buscaran.

—No tiene pérdida, amigos —dijo el hombre riendo como si le hubieran contado una historia en extremo divertida, e indicó hacia arriba con el dedo—. ¿Veis ese edificio que sobresale entre los tejados? Esa es La moneda de cobre, ¡la mejor posada de la ciudad!

Tras darle las gracias, caminaron llevando al caballo de las riendas pero, en vez de entrar por la puerta delantera, rodearon la enorme casa, una imponente construcción que doblaba en extensión a la mansión de Krikor y que contaba con quince alturas, pareciendo elevarse hasta tocar el mismo cielo. La puerta trasera era un humilde panel de madera que contrastaba con la magnificencia del enorme portón principal, un doble filo que se encontraba bajo un arco de piedra grabado con relieves. Golpearon en ella y esperaron a que alguien acudiera; cuando una mujer de unos treinta años salió, Baako dijo:

—Buenas tardes, señora. —La mujer sonrió a modo de bienvenida y él recitó de memoria lo que le habían dicho—. Deseamos ver a Horacio, de parte de Thema. Por favor, dígame que necesitamos sal y cobijo, y entréguele esto.

Baako le tendió su collar y el de Enu, y la mujer enarcó una ceja extrañada pero hizo lo que le pedían, dejándoles entrar a una pequeña sala a la que llegaban los olores y sonidos de una cocina en la que un pequeño ejército se afanaba por preparar las cenas que se iban a servir a la caída de la noche.

—Yo soy Horacio. —Una voz grave, poderosa, se sobrepuso a los ruidos de perolas y cubiertos, y Baako y Enu se sobresaltaron al ver frente a ellos un hombre cuya altura era superior a los dos metros, de cráneo rapado surcado por feas cicatrices y ojos grandes como platos en los que unas pupilas del color del mar parecían atrapar a quien miraba. Vestía con ropa de exquisita factura, y unos collares de fino oro caían sobre su pecho, mientras que en sus

dedos destellaban numerosos anillos con hermosas piedras engarzadas.

Su piel era blanca. Como la leche. Y Baako pensó que les habían engañado, que todo ese tiempo habían seguido las instrucciones de una anciana que les hizo tragar mentiras como puños para que se metieran ellos solitos en la boca del lobo. El aspecto y las riquezas de Horacio, mostradas sin ningún disimulo, les hizo pensar que era el mayor tratante de esclavos de todo el mundo y retrocedieron poco a poco hacia la puerta. Baako adoptó una posición defensiva por instinto, interponiéndose entre Enu y el Tanasha-Shi.

La sangre pareció helárseles en las venas cuando Horacio rio, y rio tanto que su corpachón tembló y tuvo que agarrarse el pecho. Los dos muchachos se quedaron clavados en el sitio, sin saber qué hacer, sin entender la broma.

—Perdonad, hijos, perdonad —dijo, por fin, secándose las lágrimas—. Sé que soy feo. ¡Y muy blanco! La buena Thema no os lo dijo, ¿verdad? ¡Bendita sea esa hermosa mujer!

Baako, sin fiarse aún del todo, adoptó un aire desafiante.

—No volveremos a ser esclavos —prometió.

—Y no lo serás mientras me quede aliento, joven —dijo Horacio, ahora muy serio, con tal franqueza que Baako supo que sus miedos eran infundados—. Sed bienvenidos a La moneda de cobre, mi morada, mi empresa... y mi tapadera.

—¿Tapadera?

—Sí —asintió—. Desde donde la Caravana de la libertad planifica todos sus movimientos.

—¿Caravana de la libertad? —repitió Baako, que empezaba a parecer un loro.

—Así nos hacemos llamar. Y mientras quede un solo caravanero, mis jóvenes amigos, seguirá habiendo quien luche contra la esclavitud.

Baako y Enu fueron atendidos como hijos del mismo Horacio. Se les alimentó, hospedó y vistió sin pedirles nada a cambio. El dueño de la enorme posada, cuya clientela era tanta y tan variada que así se explicaba buena parte de la suntuosidad de la que hacía gala, les hizo saber más del mundo en el que habían nacido; comprendieron al escucharle la poca idea que tenían del mismo.

La región de la que Baako y Enu provenían era conocida como el Rastrillo, por los numerosos brazales del gran río Verde que la recorrían como si fueran surcos, una zona en teoría vasalla del trono imperial en

Vetero, pero que gozaba de autonomía, un mosaico de poblados y ciudades de tamaño pequeño y medio que contaban con su propia organización interna, en la que las relaciones eran solo comerciales. La ciudad de Dorado, sin embargo, poseía un mayor contacto con el Imperio, al estar en su margen meridional, e incluso contaba con un representante destacado desde la capital que actuaba en calidad de legado diplomático pero que tenía mucho peso en el gobierno municipal.

Una buena parte de la población de Dorado, de hecho, era oriunda de tierras imperiales, atraída por las buenas capacidades de negocio de una ciudad rica, pudiente y enclavada en un territorio perfecto desde el punto de vista estratégico. Sí, en Dorado no se vivía nada mal, y aunque no se podía decir que de las fuentes manara plata, las calles conocían pocos, si acaso ninguno, pobres sin comida ni techo.

También influenciados con fuerza por las corrientes filosóficas del Imperio, que hacía mucho había proscrito la explotación servil del humano por el humano, en Dorado se organizó un movimiento antiesclavista que se enfrentaba de forma subrepticia a los señores blancos, los cuales, más hacia el sur y el este, seguían comerciando con la carne negra. En los últimos cincuenta años, la Caravana de la Libertad había liberado o ayudado a escapar a más de trescientos mil siervos, según las cuentas de Horacio, el líder de una organización que extendía sus tentáculos de forma secreta por las tierras bajo el yugo de los Tanasha-Shi.

Si algo pesaba a Horacio sobre todas las cosas, eran esos otros cientos de miles que sufrían y perecían bajo los látigos de sus horribles amos. Era tal la pasión con la que Horacio hablaba, que Baako sentía su pecho inflamarse al escucharlo y, un buen día, decidió qué iba a hacer para pagar la deuda de gratitud que había contraído:

—Seré un agente de la caravana, Horacio —le dijo con solemnidad, y Horacio asintió con lágrimas en los ojos. Desde entonces, se le enseñaría todo lo que uno de los muchos agentes tenía que saber para ayudar a los esclavos Akash-Damú: combatir con espada y arco, cabalgar como un jinete experto, forrajear y alimentarse de animales en la salvaje naturaleza, orientarse gracias a las estrellas, fundirse con las sombras y aparentar ser lo que no se es para pasar desapercibido.

Así, Baako empezó a forjar su leyenda entre los miembros de la Caravana de la Libertad.

Diez años de lucha contra los Tanasha-Shi hicieron de Baako un hombre duro, de alma encallecida por las horribles cosas de las que era testigo e incapaz de entender cómo alguien podía comportarse de forma tan cruel con un congénere. Tampoco llegaba a comprender por qué los esclavos no se rebelaban, no levantaban sus puños contra los látigos y lograban la emancipación como él lo había hecho.

Se debatía entre la furia hacia los amos y, de un modo más inconsciente, también hacia los siervos, por su cobardía, por su incapacidad de reacción, aunque en el día a día su trabajo era siempre ayudarlos en todo lo que podía; se desvivía por ellos, los defendía, los escondía, mataba por ellos cuando era necesario, y pronto entre los Akash-Damú empezó a cobrar forma la figura de un héroe capaz de compararse en sus gestas a los protagonistas de las canciones del pasado.

Baako oía esas historias, pero siempre las desechaba con un movimiento displicente de la mano, y aseguraba que, de existir alguien así, la esclavitud en el Rastrillo habría acabado hacía tiempo. De modo que continuaba su tarea con Enu, que se había convertido en un auténtico hermano.

La historia de ambos, sin embargo, sufrió un giro cuando conocieron a Deka. Enu y él habían llegado hasta el extremo más oriental del Rastrillo, la zona en la que la esclavitud era más cruel e implacable. Acechaban en las sombras de la ciudad más grande de la región, Lagosol, atentos a las conversaciones de la calle y las tascas, por si había alguien que precisara su ayuda.

Ambos inclinaron con respeto la cabeza, fingiendo, cuando pasaron a su lado dos amos blancos enfrascados en su conversación.

—Le cortaron la garganta —decía uno, gordo y patizambo, con voz aflautada.

—¿A Torreo? —preguntó el otro, alto y de aspecto avinagrado.

Baako escuchó con atención, porque el nombre del degollado no era uno con el que se nombrara a un Akash-Damú, así que debía tratarse de un amo.

—Lo encontraron en su estudio privado, con un cuchillo clavado en el cuello —continuó el primero.

—¿Y quién puede haber hecho tamaña barbaridad? —dijo, escandalizado.

—Falta una esclava, según me han dicho —contestó el gordo, bajando la voz en tono conspiratorio—. Tenemos que mostrar a esos animales quiénes son los amos, o acabarán volviéndose contra nosotros.

—¡Ingratos! —se soliviantó el otro—. Les damos civilización, les damos comida y techo, les damos cultura... ¿Y con qué nos pagan a cambio? ¡Sucios salvajes!

Baako y Enu no alcanzaron a oír más, pero era suficiente. Como él hacía años, una esclava había mostrado su desprecio hacia el amo con el gesto más definitivo posible. Solo por eso, se había ganado el que la buscara con todas sus fuerzas para ponerla a salvo y llevarla a tierras en las que gozara de libertad.

Haciendo gala de sus artimañas y experiencia, Baako y Enu solo tardaron dos días en enterarse de los detalles del suceso, si bien lo que les importaba ante todo era el sitio donde había tenido lugar. Desde la mansión donde el tal Torreo fue asesinado, los dos jóvenes rastrearon cualquier pista por pequeña que fuera, lo que los condujo a una cueva en la falda de una pequeña loma junto a un bosquecillo no muy lejano de la casa.

Se trataba de poco más que una fisura en la roca por la que apenas pudieron entrar, que se ensanchaba en su interior formando una gruta oscura, lóbrega y húmeda. Baako había encendido una antorcha antes de entrar y vio, en la pared del fondo, a una joven de ojos abiertos como platos, temblando aterrada, pensando con seguridad que al fin la habían encontrado.

Se acuclilló frente a ella, manteniendo la distancia para no acobardarla y tendiendo la antorcha a Enu, que se quedó retrasado; adelantó las palmas de sus manos, mostrándole que no iba armado, que no tenía nada que temer de él.

—¿Cómo te llamas? —Se lo preguntó con la voz más dulce que pudo a la muchacha, mestiza como él y de una edad similar a la de Enu, delgada y con rostro almendrado enmarcado por una melenita corta, sucia y pegada a su cráneo—. Soy Baako. Él es Enu. Queremos ayudarte.

Identificación para ganarse su confianza. Palabras suaves. Frases cortas. Llevó la mano a su cinturón, del que colgaba la cantimplora, y desenroscó el tapón ofreciéndosela.

—Agua —le dijo, y ella la cogió con un movimiento rápido, casi salvaje, bebiendo a grandes tragos—. Despacio, despacio...

Como se temía, la muchacha se atragantó y tosió, escupiendo buena parte de lo que había tragado. Cuando pasó el ataque, le ofreció un poco de pan, que ella también tomó con avidez.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó, mientras ella lo seguía mirando, aunque con menos desconfianza.

—Deka —dijo, con la boca llena de migas.

—¿Qué? ¿Es tu nombre? —Ella asintió—. Es bonito.

—Gracias —dijo bajando la cara, arrebolada.

—Queremos ayudarte. Sabemos qué te ha pasado y queremos ayudarte.

Deka clavó sus grandes ojos en él, y Baako se dio cuenta del precioso color de la miel tostada que había en ellos. Era hermosa.

—Estoy muy cansada —dijo, abatiendo los hombros.

—Lo sé, Deka. Deja que te llevemos con amigos.

Fuera por agotamiento o porque en efecto confió en sus palabras, Deka fue con ellos y emprendieron camino a Dorado, dando un largo rodeo que les llevó a las tierras yermas más allá de los valles del Rastrillo para evitar cualquier posible contacto con los esclavistas. Conforme fueron pasando los días, Deka recuperó las fuerzas y comenzó a abrir su corazón a los dos jóvenes, que le hablaban sobre ellos, la Caravana, y la libertad. Una noche junto a una pequeña fogata en la que asaron un par de conejos que Enu había cazado, la escucharon reír, un sonido maravilloso y cantarín que inflamó el corazón del más joven de ellos.

Baako se dio cuenta de que la mirada de su hermano, desde esa noche, no era la misma cuando la dirigía a Deka, y se sintió feliz por él porque había encontrado el amor en un mundo tan oscuro.

—¿Por qué mataste a tu señor? —le preguntó entonces Baako, esperando que se abriese del todo a ellos.

Aunque su rostro palideció por un momento y parecieron pasar nubarrones por delante de sus ojos, Deka respondió:

—Mató a mi niño.

La sangre se heló en el cuerpo de los dos muchachos y abrieron la boca sin saber qué decir, pasmados de asombro. Lo único que se oyó fue la respiración agitada de Deka y el crepitar de las llamas.

—Sí —continuó—. También era su hijo y no le importó. Lo sacrificó a Abaven.

El nombre del dios produjo un escalofrío en Baako. Hacía años que no oía esa maldita palabra y al escucharla de boca de Deka tras tan terrible revelación despertó en él un sentimiento de horror, un miedo tan profundo que no sabía cómo reaccionar o qué decir.

Por fortuna, Enu tomó la palabra:

—¿Él te...?

—Sí —respondió, levantando la barbilla, desafiante ante el recuerdo y,

aunque dolida por el mismo, no queriendo mostrarse indefensa—. Me violaba y me dejó embarazada. Cuando nació nuestro... No. Mi —recalcó el posesivo— niño, me lo quitó aún ensangrentado de mis brazos y se lo llevó para sacrificarlo a su dios.

—Conozco a Abaven —se atrevió a decir por fin Baako—. Me obligaron a estudiar sus enseñanzas.

No quiso decir que Enu había sido marcado para morir en su honor.

—Esperad —dijo Enu—. Ese dios... Me suena de algo, pero no acabo de identificarlo.

—Y mejor que no lo sepas —dijo Dekka, mientras Baako asentía—. Es un dios poderoso y terrible que gusta del sufrimiento y la muerte, que dominó hace mucho tiempo esta tierra.

—Yo creía —tomó la palabra Baako, mirando a Dekka— que mi señor era el único practicante de esa fe. Tonterías de un demente solitario. Nunca se reunió con nadie.

—No era el caso de Torreo, mi amo —dijo ella—. Cada mes, un grupo de unos diez Tanasha-Shi celebraba ceremonias a las que nunca me dejaron acudir, pero de las que él me hablaba.

—¿Qué hacían en ellas? —inquirió interesado Enu.

—Leían pasajes de sus textos sagrados. Bebían y comían. Cantaban himnos a Abaven. En realidad, eran una especie de fiestas, una socialización..., aunque, de vez en cuando, adquiría tintes macabros.

—¿Y eso? —Baako tiró los huesecillos de la comida al fuego.

—En según qué fechas, alguno de los que acudían a la casa de Torreo traía uno de sus esclavos consigo. Cuando se iba, el esclavo no lo acompañaba.

—Ya veo. —Baako agradeció que, por muy dura que hubiera sido su época con Krikor, nunca tuviera que asistir a tal despliegue de crueldad.

—En realidad, no sé si lo entiendes —replicó Dekka enfurecida, con lágrimas en los ojos—. Mi niño fue elegido por Torreo para ser una ofrenda a Abaven, y me lo quitó sin siquiera haberle puesto nombre. ¡Él! ¡Maldito sea por siempre! —gritó, alterada—. ¡Tuve que matarle! ¡Tuve que hacerlo! ¡Y te juro que disfruté haciéndolo!

Dekka se derrumbó y soltó toda la hiel y la pena que llevaba dentro llorando con amargura. Enu miró a Baako y se incorporó, aunque en sus ojos había duda, no sabiendo muy bien qué hacer. El mayor asintió, como animándole, y Enu se decidió a abrazarla, consolándola, sintiendo todo el dolor que la joven sentía. No pudo evitar derramar lágrimas de empatía.

La mente de Baako trabajaba a toda velocidad. Siempre había creído que Krikor era una especie de eremita en lo que se refería a sus creencias, un estudioso extravagante y solitario que profesaba una fe desaparecida hacía siglos, quizá milenios. Ahora, sin embargo, descubría que había otros entre los Tanasha-Shi que rezaban a Abaven y derramaban sangre y vidas en su honor.

¿Se trataba entonces de una extraña congregación oculta en las sombras de la sociedad de los amos blancos, tal y como se escondía también la Caravana de la Libertad? Tendría que hablar con Horacio y ver si él sabía algo de todo eso.

Deka fue recibida con gozo en La moneda de cobre, siendo de inmediato querida por sus buenos modales, su capacidad de trabajo y su afinada inteligencia, que hizo que Horacio la destinase pronto a trabajar con los documentos que se acumulaban de tal modo en sus archivos que amenazaban con invadir todo el espacio disponible.

Tras un par de misiones en las tierras cercanas para la Caravana, Baako se decidió por fin a mantener una reunión en privado con Horacio y le habló sobre Abaven y su culto.

—Me es desconocido por completo —le respondió Horacio, frunciendo el ceño—. Pero, por lo que me cuentas, se trata de algo mucho más siniestro que los propios esclavistas.

—Eso creo yo —coincidió el joven—. Nunca te hablé de ello porque creía que Krikor era el único que creía en ese dios, pero...

—Pero lo que dice Deka nos señala que hay algo que debería ser investigado. Se me ocurre —continuó frotándose una ceja— que si Krikor tenía tomos sobre esa religión, habrá más libros en otros sitios. Es posible que haya leyendas en las que encontrar trazas de verdad, rastros en la historia que permita formarnos una idea clara del asunto. En realidad, no sé cómo buscarlo, pero seguro que vosotros podéis hacerlo.

—¿Nosotros? —preguntó Baako.

—Sí, por supuesto —rio él—. Vosotros tres. No se me ocurriría separaros a Enu y a ti, y, desde luego, creo que los ojitos que tu hermano pone cada vez que mira a Deka...

Baako lo acompañó en su risa.

—Deberíais ir —continuó después Horacio— a Vetero, la capital del Imperio. En su biblioteca hay copias de casi todo lo que se ha escrito en este

mundo.

—¡Debe ser enorme! —dijo Baako.

—Lo es —asintió—. Cada nuevo emperador la manda ampliar cuando es entronizado; es una tradición que viene con el cargo, supongo. El caso es que, cuando la vi hace unos veinte años, era cincuenta veces más grande que La moneda de cobre, así que te puedes hacer una idea de la cantidad de libros que alberga.

Baako no podía ni imaginar tal tamaño. Si no era una exageración de Horacio, estaba hablando de una mole tal que solo para recorrerla precisaría de más de medio día, no digamos para consultar lo que conservara.

—Tienen un sistema de archivo estupendo —continuó Horacio, como sabiendo qué pensaba—. Cada documento que entra es registrado por los bibliotecarios, que son legión por cierto, y solo tienes que acudir a ellos y preguntar por lo que buscas. Hay quien dice que son, más que sabios, magos capaces de encontrar una aguja en un pajar al primer intento.

—Partiremos entonces lo antes posible —decidió Baako, intrigado por la biblioteca y deseoso de verla con sus propios ojos.

—Os daré mapas, indicaciones y os proveeré de una lista de contactos, gente que conozco en el camino y que aún me debe algún favor. Y, por supuesto, una buena bolsa de dinero. —Tamborileó con sus dedos en la mesa, para terminar a carcajadas—. ¡El Imperio es un sitio muy, muy caro!

Dorado se encontraba en el extremo de una de las muchas vías imperiales que conectaban la capital, Vetero, con las ciudades más importantes del Imperio. Aunque no era parte del mismo, las continuas y fluidas relaciones entre ambos facilitaron que, ciento veinte años atrás, se prolongara la carretera que llevaba a la ciudad imperial más meridional, Bosquedagua, hasta Dorado para alegría de sus habitantes, cansados de transportar mercancías por caminos de polvo y tierra.

Cabalgaron los tres inmensas distancias, una cantidad tan enorme de espacio que las dimensiones del Rastrillo les parecieron ridículas, nimias, insignificantes. Vieron ciudades, pueblos, campos de cosecha, bosques ferales, lagos cristalinos y montes nevados en la distancia, bajo un sol abrasador de mediodía, bajo lluvia torrencial, bajo una ligera brisa con olor a mar, bajo el límpido cielo nocturno de primavera.

Y por fin, llegaron a su destino, Vetero, que se extendía a lo largo de tantas hectáreas que parecía no terminar nunca. Vieron primero sus arrabales,

un mosaico de edificaciones heterogéneas que salpicaban millas y millas de terreno dando cobijo a una ingente cantidad de humanidad apiñada en sus callejas. La carga de olores, deliciosos unos, nauseabundos otros, era abrumadora.

Por encima de todo el conjunto se erguía la auténtica ciudad de Vetero, la capital del mundo como sus habitantes la llamaban, residencia del Emperador Atanasio III, cuyo trono se encontraba en la sala central del Palacio del Estatuto, nombre que hacía referencia al teórico pacto firmado entre un antiquísimo emperador y sus súbditos. Una ciudad en la que vivían, amaban y morían más de tres millones de personas, ajetreadas en sus oficios, sus placeres y sus disgustos, de vías pavimentadas y anchas avenidas, mansiones señoriales en los que asomaban ricas balconadas taraceadas, grandes casas en las que se fabricaban los objetos más lujosos con los que recrear la vista, y templos en los que los fieles suplicaban a infinitud de dioses labrados en mármol, madera o bronce.

Pero, también, Vetero era una ciudad de infectos callejones en los que bandidos de adusta mirada asaltaban a borrachos y desprevenidos, donde niños harapientos mendigaban y robaban para llevarse algo a la boca que hiciera que sus costillas no se notaran tanto, donde hombres y mujeres se veían obligados a vender sus cuerpos para pagar tan solo el techo donde dormían, y en el que podían tener lugar escenas que revolverían el estómago de los más fuertes sin que nadie moviera un dedo por impedirlos.

Dado que Horacio les advirtió sobre todo ello no se dejaron engañar por los dorados brillos de la ciudad, pero tampoco se asustaron ante las oscuras sombras que las casas proyectaban, y miraron el plano con las indicaciones que les dio, teniendo que hacer un par de rectificaciones sobre la marcha, pues la ciudad parecía un organismo vivo, siempre cambiante, que había hecho de ese plano algo obsoleto.

En primer lugar, se presentaron ante Antonius, a quien el líder de la Caravana de la Libertad conocía por sus tratos comerciales. Les recibió como ilustres huéspedes al saber que venían de su parte y ofreció alojamiento por cuanto tiempo quisieran, aunque Baako insistió en que pagarían por la manutención.

Solventado ese asunto, tras refrescarse y cambiar sus sucias ropas del camino, los tres fueron a la biblioteca sin más dilación, y la descripción que Horacio había hecho a Baako no le preparó, en realidad, para lo que tenían delante. Sería más correcto hablar de ella como una ciudad dentro de otra

ciudad, una mezcla de estilos arquitectónicos que se amalgamaban sin resultar estridentes a la vista. Innumerables columnas sujetaban frontones labrados con imágenes de historias pasadas. Paredes cuyos relieves contaban la vida de antiguos emperadores, puertas y puertas sin cuento que conducían a las diferentes alas de la biblioteca. Y, dominándolo todo, en la gigantesca explanada que llevaba a un portón tan grande por el que podría caber sin angosturas una ballena, una estatua de más de veinte metros de altura en cuyo pedestal se leía el nombre del fundador de la institución, el sabio Emperador Flavio.

Acogotados, Dekka, Baako y Enu avanzaron hacia la entrada, sumándose a la pequeña riada de gente que entraba y salía, sin poder entender cómo una biblioteca podía tener tanta afluencia. La razón, según sabrían luego, era que además de libros también se encontraban ahí los archivos imperiales, los de la judicatura y los del fisco, por lo que los funcionarios, leguleyos y particulares acudían de continuo para examinar tal o cual documento.

Aún sin poder quitarse de encima el asombro, entraron al interior, luminoso gracias a los enormes ventanales practicados en los altos techos, por los que se filtraba una luz pura y hermosa que hacía del recinto un lugar mágico, especial, en el que dominaba el olor a papel, a cuero, a tinta, y en el que la gente, bulliciosa de puertas para fuera, adoptaba un aire reverencial, hablando en susurros y andando despacio, con cuidado de no perturbar la paz del lugar.

Un enorme mostrador tras el que había numerosas mujeres y hombres atendiendo al público recibía a los recién llegados, y los tres aguardaron a que les tocara su momento. Una mujer joven, de aspecto agradable, les sonrió con amabilidad.

—Bienvenidos a la Biblioteca Imperial —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

Baako había pensado mucho el qué decir pero, llegado el momento, se encontró con la boca seca, abrumado por las circunstancias. La mujer esperó paciente, sin dejar de sonreír.

—Abaven. —El nombre provocó que ella enarcara una ceja, interrogativa—. Queremos buscar información sobre el culto de Abaven.

—¡Ah! —dijo—. Es una religión, entonces. Tendrán que dirigirse a la sección de Teología, en el ala catorce. Entren por la puerta de la derecha. — Se la indicó con un movimiento del brazo—. Atraviesen dos salas todo recto, y giren a la puerta de la izquierda. Esa es la sala que buscan, donde habrá

encargados de la sección que les ayuden a encontrar lo que quieren, ¿de acuerdo?

—Derecha, dos salas e izquierda —repitió Baako—. Lo tengo.

—Muy bien. Que pasen un buen día.

El gentío, una vez pasado el trámite de recepción, se desperdigaba por toda la mole de la biblioteca, de modo que lo que había pensado Baako que iba a pasar, tener que empujar para poder moverse, no tuvo lugar.

El encargado del ala de Teología era un hombre bajo, encorvado sobre un grueso tomo en el que escribía algo con concentración, pero que levantó con rapidez la vista cuando llegaron ante su mesa. Sus facciones no resultaban nada agradables, debido a una gruesa nariz que tenía torcida como si fuera la secuela de una antigua pelea callejera, y su pelo era tan rubio que parecía casi blanco, como sus cejas, que remataban unos ojos de tamaños desiguales, con un párpado más caído que el otro. Con todo, sus ojos de un azul suave destellaban de inteligencia y, haciendo gala de la misma amabilidad que la mujer de la entrada había demostrado, les preguntó qué deseaban.

—Buscamos información sobre la religión de Abaven —dijo Baako, ya más seguro de sí.

—¿Abaven? —Los tres jóvenes asintieron—. No me suena... Abaven... Pero claro, con el paso de los siglos la cantidad de dioses parece ser más grande que el número de humanos que ha habido en esta tierra. —Dejó la pluma a un lado, riéndose—. ¿En qué zona geográfica se practica el culto? ¿Y su cronología?

—¿Cronología? —preguntó Baako, confuso de nuevo.

—¿Es una fe actual o extinta?

—Pues...

Deka dio un paso adelante y decidió intervenir:

—Es un culto secreto, de hace más de tres mil años, pero que ha llegado hasta la actualidad.

—Se practica en el Rastrillo —apostilló Enu, deseoso de colaborar.

—Bien —dijo el hombre—. Es un comienzo. Un momento, por favor.

Se levantó y se dirigió a los anaqueles que estaban tras él y que contenían numerosos volúmenes en los que existía un orden que, era evidente, él conocía, porque casi sin pensarlo cogió uno de los tomos y volvió a sentarse, abriéndolo y pasando las páginas hasta llegar a la que quería.

—Hum... Los cultos del Rastrillo no son muchos, por fortuna, pero no hay mención a ningún Abaven. ¿Era Abaven, no? —Ellos volvieron a asentir—.

No, no hay nada.

Deka abatió los hombros, decepcionada. Si en ese gigantesco lugar plagado de conocimiento no sabían nada sobre ello, podían dar por perdida toda esperanza. El hombre pareció verlo, porque sonrió para reconfortarla.

—No se preocupe, señorita —dijo—. Hay muchos más índices que podemos mirar.

—Se me ocurre —dijo Baako—, que podría buscar referencias a un dios cuya imagen es una columna con muchos brazos y una corona enjoyada.

—De color de oro —completó Deka.

—Sí, es buena información —asintió el hombre—. Déjenme unos minutos, lean algo si quieren. Pueden sentarse en las salas de lectura, pero recuerden dejar los libros en el lugar exacto del que lo han cogido.

Ellos le hicieron caso, pero en realidad no tenían muchas ganas de leer nada, excepto algo relativo a lo que estaban buscando, lo que por el momento era imposible. Así que Enu dijo:

—¿Por qué no habéis dicho más cosas sobre el culto? En estos días habéis hablado mucho sobre él.

—Sí —dijo Baako—, pero será mejor que nadie sepa que conocemos algo de lo que no deberíamos tener ni idea. No sabemos hasta dónde se extiende la influencia de Abaven.

—Ni siquiera sabemos —coincidió Deka— si sus seguidores son muchos o pocos. Tenemos que actuar con precaución.

—De acuerdo —dijo Enu—. Pero a lo mejor, al final, tenéis que decir algo más que cómo era la... estatua en la que creían.

—Ya. —Baako miró el libro que había cogido al azar—. Pero solo a alguien de toda confianza.

Un buen rato después, el encargado volvió llevando un par de gruesos libros en sus brazos.

—Este —dijo, dejando uno de ellos en la mesita junto a la que estaban—, es una antigua compilación de mitos y leyendas populares. El nombre que aparece es Ababon, pero era un culto extendido en lo que ahora se conoce como el Rastrillo.

»El otro —continuó, mostrando un volumen mucho más viejo que el anterior, con tapas de gruesa madera descolorida que encerraba unos quebradizos pliegos de pergamino— contiene una ilustración muy parecida a la que me habéis dicho, aunque sin corona. Os dejo para que los consultéis.

—Muchas gracias —dijo Baako, poniéndose en pie—, señor...

—Glabro. Me llamo Glabro.

Se zambulleron en las páginas que el diligente Glabro les había marcado y leyeron con avidez lo que, para su decepción, fue algo muy escaso. El texto sobre Ababon narraba la leyenda transmitida de forma oral por los pobladores autóctonos del Rastrillo, de raza negra, sobre la aparición de unos demonios de piel blanca que raptaban a sus niños en la noche para sacrificarlos en impías ceremonias a su poderoso y temible dios, dedicándole rituales que tenían, según estaba fechado al pie del texto, setecientos años de antigüedad. También incluían las reflexiones de la autora del volumen, una estudiosa imperial llamada Circe, indicando la probabilidad de que el mito se debiera a las primeras incursiones que los colonos norteños lanzaron contra las tierras negras, iniciando un proceso de conquista que concluiría con el establecimiento de la sociedad esclavista que llegaba hasta sus días.

El segundo volumen prometía ser más emocionante, pero resultó de escasa relevancia. La ilustración, en efecto, era como si hubiera sido realizada a partir de la columna que Krikor tenían en su casa, pero la lectura al pie del dibujo solo daba datos sobre el encargado de realizarla, aburrida información sobre la vida de un tal Mario, artista que poseía licencia y gracia imperial que realizó sus obras en tiempos de Casimiro III, etcétera.

Al cerrar los libros, una nube de polvo salió despedida, vislumbrándose gracias a la luz que penetraba en la sala, quedando colgada como una fina niebla ante ellos.

—Estamos igual que cuando hemos entrado —dijo por fin Baako.

—Bueno —siempre optimista, Enu negó con la cabeza—. Solo hemos visto dos libros de... ¿cuántos? ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil? Podría llevarnos mucho tiempo, pero quizá encontremos algo de interés.

—Creo —terció Deka, pensativa— que deberíamos hacer que Glabro nos ayude.

Baako la miró dudando y se acarició la barbilla.

—No me parece prudente.

—Piénsalo, Baako —insistió ella, abriendo los brazos para abarcar la enorme estancia—. Nosotros no sabemos cómo desenvolvernos aquí; lo necesitamos.

—Estoy de acuerdo —se posicionó Enu, y Baako asintió al ver que no quedaba otra salida.

—¿Podría ayudarnos otra vez? —dijo Baako cuando volvieron frente al encargado.

—Por supuesto —respondió—. Imaginaba que eso les sabría a muy poco.

—Exacto. Si fuera tan amable...

—Es mi trabajo, joven —le cortó Glabro—. El problema es que con los pocos datos que tenemos de partida, puede ser algo muy laborioso y complicado. No obstante, cada pieza de información puede llevarnos a otra, y así sucesivamente. Esos dos libros —los señaló—, no eran más que el inicio de una búsqueda.

—Le estaríamos muy agradecidos —dijo Deka.

—Lo único que os pido es que me deis dos días. Me puede llevar más tiempo, pero no creo.

—También puede mandarnos aviso a casa de Antonius —sugirió Baako—, el comerciante de vinos que tiene...

—¡Ah, sí! Conozco a ese Antonius —dijo, asintiendo—. Hay muchísima gente en Vetero, pero solo un Antonius vinatero desde que compró todas las bodegas de la ciudad.

—¿Todas? —se sorprendió Enu.

—Todas ellas. Ha monopolizado el comercio de vino, con enormes ganancias para él y su casa, he de decir.

—Ya imagino —respondió Baako, pensando en los lujos de la casa donde estaban ahora alojados—. De acuerdo entonces. Esperaremos sus noticias.

Los jóvenes decidieron que, si había que esperar, mejor era hacerlo visitando las maravillas que la ciudad podía ofrecerles, así que callejearon, comieron, bebieron, bailaron y comprobaron de primera mano las inmensas variedades de ocio que Vetero ofrecía. Sin embargo, tras cinco días sin saber nada de Glabro, comenzaron a impacientarse y decidieron que a la mañana siguiente irían a verle.

No hizo falta, porque esa noche, a la hora de la cena, un criado de Antonius les dijo que el encargado de la biblioteca estaba esperándoles en el atrio de recepción de la mansión; ansiosos, se dirigieron casi corriendo a su encuentro.

—Buenas noches, Glabro —le saludó Baako, casi sin poder reprimir su impaciencia por saber qué noticias traía para ellos, pero la sonrisa se le congeló en el rostro al ver la expresión del hombre, asustada y huidiza, como si temiera que alguien saltase sobre él desde las sombras—. ¿Qué le ocurre?

—Abaven, o mejor dicho, su culto, es algo muy real. Muy peligroso —dijo y, aunque no suponía en realidad nada nuevo para los tres jóvenes,

escucharlo de boca de Glabro les puso la carne de gallina—. Si lo que he descubierto es cierto, tiene su origen en las grandes guerras de hace tres mil años.

—¿Qué guerras? —preguntó con inocencia Enu poniendo voz a la ignorancia de todos ellos.

—Antes de formarse el Imperio vetero —recitó Glabro—, la humanidad libró una serie de conflictos que la desgarraron y estuvieron a punto de acabar con su extinción. Se les llama las Guerras de la Sombra de Oro, porque una oscuridad dorada anegó este mundo; al fin, pervivimos. Se derrotó al Oscuro, que algunos llaman el Enemigo.

—No veo qué tiene esto que ver con Abaven —dijo Baako, frunciendo el ceño.

—¡Oh, pero sí que lo tiene! —replicó Glabro—. Con el paso de los años, cuando la guerra entró en el terreno de la leyenda, el enemigo fue conocido por otro nombre.

—Abaven —susurró con temor Deka, provocando que Glabro moviera la cabeza asintiendo.

—Eso no explica por qué tiene tanto miedo, Glabro. —Baako cruzó los brazos sobre su ancho pecho y miró al hombre con firmeza.

—No, no lo hace —admitió—. Pero desde que empecé a buscar información sobre Abaven, dos de mis ayudantes han muerto.

—¿Qué? —casi gritó Enu.

—Terencio y Casilda. Esos eran sus nombres —dijo, entristecido—. A él le cayó la mercancía de una grúa de carga encima. Casilda fue atropellada por un carruaje desbocado.

—Pero pudieron ser accidentes —Deka lo dijo en un tono que no resulto convincente ni siquiera para ella misma.

—Los dos han muerto hoy —negó con tristeza Glabro—. Es demasiada coincidencia. No lo creo.

—De todos modos, eso no es indicativo de nada —intentó calmar el ambiente Baako.

—Quizá no. O quizá sí —él se encogió de hombros—. Solo sé que Terencio y Casilda eran los únicos con los que había hablado de Abaven. Y estoy muy asustado por lo que pueda pasarme. Mirad... acabo de darme cuenta —casi rio, aunque la situación no era graciosa— que ni siquiera sé vuestros nombres, aunque me habéis metido en un lío bien gordo.

—Lo sentimos mucho. —La joven se adelantó hasta él y le cogió una

mano temblorosa, buscando reconfortarle—. No sabíamos que podía resultar peligroso. Pensamos...

—Da igual. —Glabro se dejó caer sobre una silla cercana—. Ya está hecho, así que ahora lo único que se me ocurre es salir a toda prisa de Vetero. No me hace gracia dejar la ciudad donde he crecido, pero aprecio mi pellejo.

Baako lo miró y asintió.

—Le ayudaremos, Glabro —dijo con firmeza—. Venga con nosotros a Dorado.

—¿Dorado? ¿De ahí sois? —El bibliotecario hizo una mueca de agrado—. He leído que es una bonita ciudad.

—Lo es —asintió Enu—. Pero, por favor, díganos lo que ha averiguado sobre Abaven.

—Bien. Aunque primero tendréis que decirme cómo os llamáis.

Así, Deka, Baako y Enu supieron que las labores de indagación de Glabro y sus dos fallecidos asistentes les habían hecho descubrir que, tras la derrota de una figura de extremado poder conocido como el Dios del Oro, el Oscuro, o simplemente, el Enemigo por parte de una sacerdotisa llamada Imala, hubo entre los hombres quienes siguieron anhelando el poder que otorgaba a sus servidores. Con los años, atesoraron conocimientos que se creían perdidos y, siempre actuando ocultos mientras las sociedades humanas se recomponían en nuevas formas, fueron reconstruyendo la historia de su terrible señor, rellenando con intuiciones e invenciones las lagunas de sus creencias.

En un proceso que duró generaciones, la impía fe se propagó y, cuando el Imperio vetero comenzó las guerras de conquista que darían origen a la mayor entidad política conocida en el mundo, los seguidores del Enemigo constituían un número no lo bastante elevado teniendo en cuenta la gran proliferación de humanos que se dio en esos tiempos, pero que tampoco podía ser despreciado a la ligera. Se contaban entre los campesinos y los consejeros de los reyes, formaban parte de los mercaderes y de los sacerdotes de otras religiones. Se esparcieron como una mancha de aceite sobre la tierra, y conocieron a su dios con diferentes nombres, la mayoría de ellos, variaciones de Abaven, la forma con la que era reverenciado en las tierras del Rastrillo.

El Rastrillo, de hecho, era una especie de experimento que se había llevado a cabo por una fracción de ellos. Tenían una idea: debían hacerse con un estado independiente que les permitiera dejar de operar en las sombras. La

razón que les movió a ello también estaba clara en sus corazones y sus mentes, porque había algo que se repetía, con ligeras diferencias, en numerosos textos que Glabro había consultado.

Abaven estaba destinado a volver convertido en una estrella ardiente que descendería de los cielos, para desatar su odio contra toda la humanidad, sojuzgarla y exterminarla de una vez por todas.

De madrugada, se despidieron de Antonius, que incluso derramó unas pocas lágrimas por los jóvenes al verlos marchar, ofreciéndoles un par de botellas de, según dijo, la mejor cosecha que jamás había pasado por su bodega, para que las bebieran a su salud junto a Horacio cuando llegaran a Dorado. Tuvo también buenos deseos para Glabro, que los agradeció con gesto cansado porque no había dormido casi nada esa noche y miraba a un lado y otro desde el mismo momento en que franquearon la puerta de salida de la casa.

Montados en los caballos, con Glabro demostrando que no tenía mucha idea de cómo mantenerse encima de una silla, cruzaron la enorme ciudad y pronto la dejaron atrás, de forma que, cuando el sol ya estaba en su punto más alto en el cielo, era poco más que un recuerdo a sus espaldas.

Poco a poco, Glabro se fue animando y empezó a contarles más historias sobre Abaven, pero, dado que eran demasiado ominosas, pronto les distrajo con otras tiernas, heroicas y graciosas, atreviéndose incluso a cantar alguna balada que fue recibida con palmas por los tres jóvenes. Resultó ser un excelente narrador, y los mantuvo en vilo escuchando el desenlace de la batalla de Latecla, o el romance, un tanto picante, de Ana y Casio. Entretenidos, devoraron las leguas bajo los cascos de sus monturas.

Pararon a comer, desviándose de la vía imperial hasta llegar a la ribera de un pequeño curso de agua en la que la hierba, crecida y mullida, ofrecía un buen lugar de reposo. Mientras engullían las viandas, Baako escuchó que alguien se acercaba en su dirección y echó mano a su espada, colocada al lado, en el suelo, provocando que los otros dos se pusieran en alerta.

Enu actuó más rápido que un rayo y se lanzó contra Glabro, derribándolo al suelo cuan largo era, y sintió un agudo dolor cuando la punta de una flecha le rascó la coronilla, hiriéndole de forma superficial. Había visto el destello del metal asomando entre las ramas de un árbol y actuó por instinto, salvando la vida del erudito.

Sin pensar, Deka embrazó el arco corto que llevaba siempre a su espalda

y, en menos de lo que dura un parpadeo, colocó una flecha en la cuerda y disparó. Un hombre gritó y cayó desde la copa de un chopo cercano, agarrando el astil que sobresalía de su torso.

Se desató entonces el caos y, ante los atónitos ojos de Glabro, que aún no entendía muy bien qué estaba pasando, Enu se quitó de encima de él incorporándose de un salto, desenvainando al mismo tiempo su espada, que centelleó haciendo pareja con el acero de Baako, también libre ahora. Los dos dieron rápidas zancadas, y otra flecha de Dekka pasó volando entre ellos, hacia el follaje, desencadenando otro grito agónico.

Los asaltantes se lanzaron a la carga, seis rufianes de aspecto duro, como los matones que pueden encontrarse en las fondas de peor reputación de cualquier ciudad del mundo, que agitaban sus espadas y puñales gritando obscenidades. Glabro se encogió de miedo, pero Baako y Enu plantaron sus pies con firmeza y adelantaron sus armas para hacerles frente. Pese a su superioridad numérica, no eran oponentes para los tres jóvenes; Dekka lanzó una última flecha que se enterró en la pierna de un enemigo, haciéndole caer al suelo, y empuñó la espada corta que utilizaba en combate cuerpo a cuerpo, moviéndose con velocidad, como si estuviera hecha de agua y viento, trazando arcos plateados con su filo y haciendo retroceder a dos de los bellacos.

Enu también era un combatiente ágil, que utilizaba fintas y requiebros con elegancia, confundiendo y engañando al contrario hasta que lanzaba sus golpes definitivos, tendentes a pinchar con la punta, en contraste con Baako, que usaba el filo de la espada más grande que había en ese campo de batalla con salvajes golpes de arriba a abajo, abriendo profundos cortes en los cuerpos enemigos.

Ni uno de ellos permaneció en pie tras el intercambio de golpes.

No todos habían muerto, sin embargo. Al que Dekka había atravesado la pierna se retorció en el suelo, chillando como un gorrino, con el muslo sangrando en abundancia, y Baako se acercó hasta él poniéndole un pie en el pecho, obligándole a quedarse inmóvil.

—¿Quién os manda? —preguntó, con voz tan grave y amenazadora que hizo temblar al hombre.

—¡Argh! ¡Duele!

—Lo sé —dijo Baako—. Te propongo un trato. Nos dices quién os ha mandado a por nosotros y te curaremos la pierna.

Gruñendo y resoplando, el tipo pareció contemplar la oferta con agrado,

pero dijo, con un poco de desafío aún:

—Primero, sácame la puta flecha.

Por toda respuesta, Baako inclinó la espada hacia atrás, haciendo que su punta tocara el astil de la flecha, provocando un nuevo aullido de dolor en el hombre al sentir cómo la madera se retorció en el interior de su pierna.

—No te pases de listo —le advirtió—. Habla.

—¡Bien! ¡Sí! ¡De acuerdo! —se rindió—. Nos contrató un viejo en *El manco*, no lo habíamos visto nunca... Entró y se dirigió a nuestra mesa... Dijo que nos pagaría por vuestras cabezas, lo juro, es todo verdad.

—Hicisteis un mal negocio. —Enu sonrió con crueldad mientras se colocaba una gasa en la cabeza.

—Eso es todo —continuó—. Nos dijo quiénes erais y que os robáramos, para que pareciera el asalto de unos bandidos.

—Ya. —Baako no parecía satisfecho del todo—. Descríbeme al viejo.

—Era un tipo delgado, muy delgado, con un poco de pelo aquí —se tocó la sien—, y ojos pequeños...

—¿Cómo vestía?

—Iba embozado en una capa amplia, no vimos mucho...

La espada volvió a golpear la flecha, para ver si así recordaba algo de más utilidad.

—¡Ah! ¡Espera, espera, joder! —se apresuró—. Hubo un momento en que ví que llevaba un broche al cuello. Era una especie de flor, parecida a una rosa...

—¿Una gardenia? —preguntó Glabro, que se había acercado intrigado.

—Será, no sé..., no entiendo de flores —pareció excusarse.

—Néstor —concluyó el bibliotecario—. Es Néstor. El líder del gremio de horticultores de Vetero.

—Bueno —dijo Baako, quitando el pie del pecho del rufián—. Pues eso es todo. Ahora, quédate quieto mientras te arranco la flecha...

La delicadeza con la que Baako trató al herido fue muchísimo menor que la que Deka mostró con Enu. La joven se había acercado a él y, mojando una venda con el agua del riachuelo cercano, le apartó la mano con la que él se apretaba la gasa en la herida. Le limpió el pelo pegajoso por la sangre y, con cuidado, comenzó a vendarle la cabeza mientras Enu le miraba con ojos llenos de ternura. Deka captó su mirada y bajó la cabeza, sonriendo mientras terminaba sus cuidados médicos, y sintió con un estremecimiento de placer cómo las manos del joven tocaban las suyas. Con un hilo de voz, Enu le dijo:

—Muchas gracias, Deka.

Deka asintió, y entonces ella se dio cuenta de lo que para Baako había sido tan evidente desde hacía tiempo, percatándose que también sentía algo por el muchacho.

Conforme más se alejaban de Vetero, más parecía recuperar la calma Glabro, y su mente, de natural analítica, volvió a funcionar con normalidad, sin ser presa del miedo.

—El ataque confirma —dijo, tras reflexionar— lo que os dije. Hay servidores de Abaven también en puestos de importancia del Imperio, así que no sería de extrañar que estén repartidos por todo el mundo.

—Esto empieza a ser algo más que una lucha contra los esclavistas —coincidió Baako, acariciando las orejas de su montura—, me parece.

—Y no olvides la profecía —añadió Deka, sombría.

—Cierto. La profecía. —Glabro se rascó nervioso el cuello—. De ser verdad, no están haciendo otra cosa que preparar la llegada... o el retorno... de su dios.

—De ser verdad —sentenció Baako—. Por de pronto, ciñámonos a lo que tenemos. A lo que podemos combatir.

—A los Tanasha-Shi. —Enu golpeó un puño contra su palma abierta para mostrar la más honda de las determinaciones, y los demás asintieron.

—Si han formado una especie de estado —dijo Glabro—, o, mejor, un protoestado... Sus casas, templos y lugares de reunión contendrán información valiosísima para combatirlos.

—A ellos y a su dios. —Deka era la que más se sentía inclinada a creer en la veracidad de las blasfemas creencias sobre Abaven.

—Tenemos que convencer a Horacio. —Baako se mordisqueaba la uña del pulgar, calculando y planificando—. Hay que conseguir que nos deje formar un grupo dentro de la Caravana destinado específicamente a combatir a los seguidores de Abaven.

IV

—Fue así —concluyó el anciano— como se formó la punta de lanza de la humanidad contra el Enemigo. Mirándolo desde nuestros tiempos, podemos sentirnos afortunados; hubo unos pocos que vieron el peligro y, cuando el Enemigo amenazó con desbordarnos, sus luchas previas permitieron que se montara una línea de defensa cuando todo parecía perdido.

»Es gracias a ellos que aún quedan humanos en esta tierra sombría.

—Pero, señor —dijo una muchacha gesticulando para atraer su atención, y el hombre la miró con gesto paternal—, ¿ese Glabro era el mismo que...?

—Sí —contestó—. Lo que acabo de contaros tuvo lugar cinco años antes de la fatídica noche de la Estrella Caída. Él fue quien me habló sobre las luchas de Baako y sus compañeros; siempre se refirió a él con el mayor de los respetos e incluso sospecho que sentía por él algo más que amistad, porque siempre que lo mencionaba... No importa. Baako fue un gran hombre, quizá uno de los mejores que jamás hayan existido.

»Ojalá hubiéramos tenido más como ellos en el sitio de Lorry.

—¿Estuvo ahí?

—Por desgracia, hija mía. Por desgracia, estuve ahí. Asistí al primer gran choque de las fuerzas del Enemigo, ya muy crecidas, contra un reino de los humanos. Asistí, habiendo huido de la devastada Rygita, a un nuevo holocausto cuyo recuerdo aún despierta en mí los más horrorosos recuerdos. Más aún que la derrota de la gran batalla de las Planicies Ardientes o que la retirada hacia las costas occidentales.

LORRY

Cuatrocientos veintitrés años antes, Shusú se encontraba jugando una partida de shikess con el Emperador Justino. Ambos eran grandes amigos y disfrutaban de la compañía del otro, riendo entre cervezas y moviendo las piezas del milenario juego inventado en la provincia de Ahera. Shusú era el primogénito de una importante familia y, como tal, le correspondía un puesto en el Consejo Imperial, en el que actuaba como uno de los más importantes ayudantes de Justino en el gobierno.

Sin embargo, Shusú ansiaba ejercer el poder por sí mismo, y esa tarde, después de vencer a su amigo, le dijo:

—¿No te cansas de perder?

—Un emperador no debe cansarse de nada —respondió, afable—. Ni siquiera de lo que no le gusta.

—Te propongo una apuesta, para ver si así mueves mejor las fichas.

—Soy todo oídos —rio Justino.

—Si te venzo en una nueva partida, me concederás libertad para fundar un reino limítrofe al Imperio.

El emperador se rascó la mejilla pensativo y, tras un rato, preguntó:

—¿Y si gano yo?

—Mediaré para que logres el amor de mi hermana. He visto cómo la miras —respondió, comenzando a colocar las fichas—. Aunque eso no será necesario.

Ambos soltaron una carcajada y comenzaron la partida. La táctica de Justino no era mala, pero pecaba de una excesiva agresividad, y Shusú, paciente y firme como una roca, aguantó las embestidas de las fichas del emperador; una hora después, el resultado estaba claro.

—Saluda a tu nuevo rey vasallo. —Shusú se levantó e hizo una profunda reverencia. Aunque eran amigos, no quería que el emperador se enfadara o considerara cualquier gesto una descortesía por su parte.

—Lo saludo —dijo abrazándolo—. Serás rey. El rey Shusú. Veamos qué tierras te complacen...

Así, en una hora, se decidió el destino que seguirían las regiones al norte de la frontera del Imperio, un territorio en general deshabitado a no ser por unos pocos colonos y aventureros que vivían en cabañas hechas con los troncos de los gigantescos árboles que eran la única fuente potencial de riqueza. Unos árboles que fueron considerados por Shusú la piedra angular

para poder desarrollar una economía saneada, por lo que decidió establecer una ciudad desde la que articular el futuro reino; a ese reino lo llamó Lorry en recuerdo de su amada madre, Lorraine, muerta hacía pocos meses.

Justino le ayudó poniendo a su disposición los amplios recursos del Imperio, otorgando carta de derechos y libertades a todo ciudadano de Vetero que quisiera emigrar, e incluso cediendo a Shusú soldados que protegieran a los colonos en su marcha al norte. Las serrerías comenzaron a multiplicarse y en poco más de cinco años Lorry había crecido hasta alcanzar los diez mil habitantes, mujeres y hombres de los que algunos podían decir que estaban asilvestrados por la dura vida en los bosques, dedicados casi por completo al negocio maderero en sus múltiples variantes. Lorry se conoció como el palillero del Imperio, una chanza que corría por las fondas y posadas de Vetero.

La prosperidad debida a los ingentes bosques de Lorry, poblados por enormes árboles de madera dura y al mismo tiempo flexible, hizo que el reino se ampliara y las ciudades, como Rygita, pronto salpicaron la región, llevando la civilización donde antes no había habido más que naturaleza salvaje, sustituyendo la vegetación silvestre por campos arados.

Lorry, la capital, mantuvo los lazos de amistad con el Imperio, pese a que las décadas hicieron que las relaciones entre los mandatarios fueran quedando reducidas a tratados comerciales, los cuales sustituyeron la amistad personal que había habido entre Shusú y Justino, y se convirtió en la ciudad más importante de cuantas hubiera en cientos de leguas a la redonda, ampliándose y construyendo maravillas en su interior que hacían que sabios y diletantes de todas partes del Imperio acudieran para contemplarlas.

La más fascinante de todas era el Faro. Muchos pensaban que se trataba de una obra absurda, porque Lorry estaba a mucha distancia del mar, y que había sido nada más que un dispendio para mostrar con soberbia la riqueza del reino. Sin embargo, los que lo contemplaban quedaban maravillados por su altura, que permitía que fuera visible desde los mismos confines del país. El edificio, por otro lado, no era una mera columna rematada en cúpula, sino que arrancaba como un trípode cuyas patas mostraban ondulaciones hipnóticas y se fusionaban en el cuerpo principal, que ascendía hasta un enorme cilindro aplanado, con forma similar a una rosquilla, que contenía el fuego de Azú, dios tutelar de Lorry. Además, se incorporó un juego de espejos multicolor que hacía que, cuando la noche caía y el faro se encendía, las tinieblas fueran rasgadas por rayos verdes, rojos, amarillos, azules,

fucsias, naranjas, púrpuras..., una sinfonía cambiante que resultaba maravillosa y sobrecogedora.

Esa luz permitía a los viajeros llegar a Lorry sin perderse.

Esa luz fue la que orientó a Necto y su familia en busca de refugio. Como a centenares más.

La horda de Abaven creció en número, desparramándose sobre la zona oriental del país, consumiendo toda vida que se cruzaba en su camino y haciéndola parte de ella. Su terror se expandió devorando varias ciudades de tamaño pequeño, aldeas y villorrios, y pronto la mayor parte del ejército del Enemigo eran, o habían sido antes, humanos convertidos por la enfermiza luz dorada.

El Enemigo prefería ante todo humanos para que lucharan por él, porque requerían mucho menos gasto de voluntad por su parte para controlarlos. Aun muertos, retenían su inclinación natural al odio y al asesinato, a la violencia y al salvajismo, como si fuera algo tan consustancial a su naturaleza que ni siquiera la muerte podía arrancarlo, y lo único que el Enemigo tenía que hacer era prender esa chispa remanente y convertirla en una llama. Era mucho más fácil de conseguir que con un perro, de naturaleza neutral, incapaz de hacer bien o mal de forma consciente, por ejemplo. Por eso, la legión de horripilantes seres que avanzaba sin cesar siguiendo sus órdenes era una inmensa ola de oscuridad de formas retorcidas, pero reconocibles como lo que habían sido.

Por los caminos se formó, poco a poco, una larga columna de gente que huía de sus hogares dejando atrás su pasado y su futuro, sus recuerdos y esperanzas, escapando de la muerte en dirección a lo que por instinto imaginaban sería el lugar más seguro. Los ciudadanos de Rygita se encontraban a la cabeza, y fueron los primeros en acercarse a las puertas de la capital del reino. Sin embargo, las encontraron cerradas, porque jinetes del ejército habían sido destacados cuando los informes sobre aquellos que atestaban las vías llegaron a palacio y, explorando, descubrieron que se trataba de civiles desarmados; mujeres, hombres, ancianos, niños, todos ellos ciudadanos de Lorry, pero en un número tan grande que la ciudad, aun con su tamaño, no podía permitirse absorberlos de vez.

Eso había provocado que la pareja real discutiera porque Adía, la reina, conocida por su largueza y amistad para con los más desfavorecidos, acusó a su esposo y rey, Tigrán, de dejarlos morir si no les abría la ciudad, ya que el invierno parecía estar adelantándose y habían caído las primeras lluvias, frías

y copiosas, que embarraron los territorios que circundaban la ciudad.

Necto estaba, como todos, desolado ante los gruesos portones vigilados por un pelotón del ejército real, de fiero aspecto, que enarbolaba frente a sí unas enormes alabardas. La confusión y el temor crecían a sus espaldas, y Glabro, que parecía haberse convertido en parte de su familia, le dijo, meneando la cabeza:

—Aquí no vamos a encontrar refugio.

Necto se adelantó, ante la mirada temerosa de su esposa Nidama, y abrió los brazos cuanto pudo, para demostrar que no tenía intenciones malsanas. Los soldados, con todo, lo miraron con suspicacia y uno de ellos, de grueso bigote y ojillos porcinos, le gritó:

—¡Alto! ¡Lorry está cerrada por orden del rey!

—Soy Necto —replicó—, asistente personal de Baltasar, regidor de Rygita por orden del mismo rey al que aludes. Solicito refugio.

—Lorry está cerrada —repitió, encogiéndose de hombros, con tono de querer zanjar la conversación.

—Hemos caminado desde nuestra ciudad, señor. Mis hijas tienen hambre y sed, y el rey debe saber lo que ocurre...

—¡Está cerrada! —le interrumpió—. Retrocede o tendremos que detenerte.

Nidama posó una mano con suavidad en su hombro.

—Déjalo, querido —dijo—. No van a atender a razones.

La puerta se abrió entonces, provocando un murmullo de esperanza entre los refugiados, pero fue un pequeño resquicio, lo justo para permitir el paso de una mujer con librea que llevó una trompeta a sus labios, soplándola con fuerza. La larga nota hizo que todos callaran, pudiéndose así escuchar la clara voz de la heraldesa.

—Por orden del rey Tigrán, señor del país de Lorry, se concede a todos aquellos que buscan asilo en la capital el permiso para alojarse en los terrenos situados al sur de la misma, en los campos frente a la Puerta de Jade, donde se instalarán con sus posesiones y recibirán atención médica y alimentos por la gracia de la reina Adía. No se les permitirá el acceso a la ciudad hasta nueva orden bajo pena de expulsión y destierro.

Tras el breve y nada reconfortante comunicado, la mujer dio media vuelta y volvió a entrar en la ciudad, provocando que los atónitos oyentes se soliviantaran, sobre todo debido a la última frase que proclamó. Gritaron y se desgañitaron, blasfemando y maldiciendo al rey Tigrán, pero los soldados

permanecieron en sus puestos, impertérritos pese a que algún que otro terrón de barro manchó sus uniformes.

Cuando se cansaron, agotados y decepcionados, se dirigieron poco a poco al lugar que se les había señalado, y Necto pensó, al llegar a una zona amplia dedicada a cultivos en barbecho, que las cosas se iban a poner todavía más feas.

—¿Cómo pueden tratarnos así? —le preguntó su esposa.

Él se encogió de hombros, sin saber qué decir, y cogió en brazos a Tabita, que daba pasos a trompicones adormilada por el cansancio, besándola en la frente. Los refugiados comenzaban a dejarse caer, marcando con sus propios cuerpos una pequeña parcela de tierra como propia, encendiendo fuegos raquíuticos con lo que podían: sus ropas, sus heces o, en caso de mucha suerte, alguna rama hallada por ahí. Los lamentos se mezclaron pronto con algunos cantos de aquellos que, en medio de la miseria, intentaban mantener el ánimo, y en cuestión de dos horas se formó un maremágnum de cuerpos desharrapados, sucios y malolientes, un caos de humanidad lamentable y patética que descubría en sus carnes que la magnanimidad del rey no era tanta como decía la propaganda oficial.

Pasaron una noche, pues, al raso, ateridos de frío y mojados porque una llovizna, no espesa pero continua, no dejó de caer sobre ellos, y pronto estuvieron tumbados sobre barro y lodo, charcos que comenzaron a mezclarse con la orina y los vómitos de los más enfermos, resultando en un paraje desolado, nauseabundo, cuyo hedor comenzó a extenderse al interior de las murallas.

Tampoco Tigrán, el rey, durmió mucho esa noche, porque su esposa no se lo permitió con sus continuas quejas. Discutieron como nunca en su vida de casados, y los variados intentos de Tigrán de poner fin a la pelea fueron en vano. No valieron súplicas, amenazas o intentos de negociación, y Adía solo pareció calmarse cuando, bien entrada la noche, Tigrán le prometió que daría a los refugiados mantas, comida y agua, y que unos cuantos cirujanos acudirían para comprobar las condiciones en las que se encontraban.

El Faro de Lorry refulgía sobre todos ellos.

El alba no trajo el calor del sol porque el cielo estaba muy encapotado, y las ropas empapadas se pegaban al cuerpo de los refugiados, que temblaban y castañeteaban los dientes. Necto y los suyos habían dormido abrazados, tumbados sobre su propia camisa y la de Nidama, buscando ofrecer algo de

calor a las pequeñas. Glabro sacó la última porción de chocolate que le quedaba en el bolsillo y la partió, dándosela con una sonrisa cansada a Tabita y Ester, que la masticaron con fruición.

—No duraremos mucho aquí —dijo Necto, prefiriendo no cubrir su torso desnudo con la camisa mojada.

—Quizá deberíamos pensar en seguir hacia el sur, hacia Vetero — reflexionó Glabro, mirando al cielo.

—Las niñas no pueden dar un paso más. —Nidama parecía a punto de llorar, sus agradables rasgos convertidos en una máscara de pena y fatiga.

—Intentaré entrar en la ciudad.

Necto no creía que pudiera conseguirlo ni aunque hubiera llevado una identificación en nombre del regidor Baltasar, pero se negaba a abandonar toda esperanza. Un murmullo comenzó a extenderse entre los refugiados y, conforme las voces se alzaban, entendieron qué decían:

—¡La reina! ¡La reina viene a vernos! ¡Alabada sea!

Adiá, haciendo caso omiso de las recomendaciones de Tigrán y la oficialidad de palacio, decidió ponerse en cabeza de un pequeño ejército, ante todo, femenino, que salió por la puerta de Jade portando mantas y vituallas, conduciendo carromatos con ropas, panes, carne en salazón y leche fermentada para alimentar y vestir a las pobres criaturas al pie de las murallas de Lorry. Y aunque a la reina, montada en su espléndido corcel negro, la rodeaba un numeroso cuerpo de guardia, los refugiados se apiñaron en torno a ella, aclamándola y bendiciendo su nombre, rogándole, mostrando sus niños al elevarlos por encima de sus cabezas, pidiendo ayuda de una forma tan lastimera que provocaron un torrente de lágrimas en ella.

Sin embargo, había alguien entre ellos que no sentía dicha, porque no veía motivos para el regocijo.

—Esto es absurdo —dijo Glabro, mientras Necto cogía un par de hogazas que una mujer anciana le tendió—. Deberíamos avisar, tenemos que alertarles del peligro que corren, que corremos todos.

Necto chasqueó la lengua, enfadado. Glabro volvía a su cantinela y, aunque lo que había visto confirmaba en buena parte una historia que de otro modo no serían más que cuentos para asustar viejos y niños, lo acuciante ahora era, para él como para el resto de la gente ahí apiñada, llevarse algo a la boca.

Como vio que Necto no estaba por la labor, Glabro se abrió paso a empellones provocando algún que otro insulto, hasta llegar a la primera de las

tres filas de guardias que rodeaban a Adía.

—¡Reina Adía! ¡Reina Adía! —gritó, pero su voz se perdió entre los cientos que clamaban como el de un suplicante más, así que decidió apartar la punta de la alabarda que garantizaba la seguridad de la reina para aproximarse más a ella.

El soldado previó el movimiento de Glabro y movió la punta de la larga arma, abriéndole un pequeño surco en la mano, del que surgieron gotas escarlatas. Con todo, no se dio por vencido y volvió a empujar el arma.

—¡Quieto! —bramó el guardia— ¡Quieto o te la clavo en la tripa!

La amenaza sonaba demasiado real, y vio que no era el único que intentaba acercarse más a Adía, porque algunos, enfervorizados, ya habían sentido el filo de las alabardas como él.

Desistió y dio media vuelta, una vez más, derrotado sin poder entregar su mensaje.

La reina, después de un rato, regresó a la ciudad para dar órdenes relativas al bienestar de los refugiados, dejando encargadas del despliegue de la ayuda a tres de sus damas de compañía, inteligentes, trabajadoras y con gran capacidad de improvisación, que pronto se vieron desbordadas por la magnitud de la tarea. Cada vez más y más refugiados llegaban a las murallas de Lorry sumándose a los que habían llegado la tarde anterior, añadiendo sus macilentos cuerpos a los presentes y amenazando con anegar la llanura.

Tigrán, que contempló esto desde la seguridad del adarve, por fin entendió que tenía que, como rey, ponerse a la cabeza de la actuación, pero Adía le recriminó su tardanza, provocándole un dolor de cabeza tal que por fin estalló y le dijo que se encargara de todo ella, que si había problemas sería su culpa, y que no toleraría tumultos en el campamento. Que hiciera lo que quisiera mientras Lorry permaneciera cerrada.

Ello supuso un grave problema para la reina, porque muchas de las acciones que quería llevar a cabo, como ceder barracones del ejército u organizar una fuerza que sirviera a la vez de policía y auxilio humanitario, requerían de la autorización de ministros del Consejo Real que no se atrevían a dar su aquiescencia sin la aprobación de Tigrán, por mucho que Adía suplicara su ayuda.

Así que la situación en el campamento, en pocas horas, degeneró de tal manera que comenzaron a formarse grupos que buscaron imponerse sobre los vecinos para poder asegurar su supervivencia. No se trató de una cuestión de

poder, ni siquiera de maldad. En realidad, fue el mero instinto de seguir viviendo a toda costa en unas condiciones infrahumanas lo que llevó a terribles escenas que incluyeron el robo de jarros de agua o las palizas para obtener una manta más.

Necto sintió vergüenza de su especie cuando vio cómo dos jóvenes apenas recién salidos de la adolescencia pateaban a una pobre mujer en el suelo, que aferraba contra su cuerpo enroscado una simple lechuga. Lo que más le impresionó, sin embargo, fue que un coro de curiosos miraban la lamentable escena sin intervenir en absoluto.

—¡Dejadla en paz! —les gritó, y los chicos, como si hubieran sido sorprendidos en una gamberrada sin consecuencias, echaron a correr.

Necto ofreció la mano a la mujer, que se la tomó agradecida, pero, tras tan solo un breve movimiento de cabeza, se escabulló de su vista, perdiéndose entre el gentío. Se mordió el labio hasta que sintió dolor para evitar gritar por la ira y la frustración que sentía. Con independencia de las buenas intenciones de la reina, la situación iría cada vez peor.

—Me voy a ir —le dijo Glabro, cuando volvió junto a su familia tras conseguir una manta limpia y seca y algo para comer.

—Nosotros no podemos. Aún no —respondió, señalando a Tabita, que se encontraba ojerosa y algo caliente, acatarrada.

—Deberíais. El Enemigo llegará, no te quepa duda; Lorry no podrá hacer nada para evitarlo. El rey está demasiado ocupado manteniendo sus puertas cerradas —terminó con una sonrisa triste.

—Pero la reina —terció Nidama— quiere ayudar.

—Sí, pero dará igual cuando los monstruos lleguen. Mirad. —Señaló a la enorme masa de refugiados—. Sus preocupaciones ahora ni siquiera tienen que ver con las criaturas que vieron. Algunos incluso piensan que eran salvajes disfrazados, que fue nada más que una invasión de pueblos olvidados y clanes surgidos de las leyendas al margen de la civilización.

—Todos tienen miedo —intentó apaciguarle Necto.

—Deberían tener más, Necto. —Glabro se retorció las manos, inquieto—. No hablamos de tu muerte, de la de ese o la de esa. Ni de la mía. Hablamos de la muerte de toda la humanidad, del total y completo exterminio a manos del Enemigo.

—Yo te creo —dijo Necto—. Te creemos, pero...

—Sí. —Glabro le puso una mano en el pecho y sonrió con tristeza—. Pero es muy difícil hacer comprender a los seres humanos que puede que no exista

un mañana. He de partir ya mismo. Me dirigiré a Vetero, donde quizá, solo quizá, el emperador me escuche y se prepare la defensa contra la oscura marea que está por llegar.

Necto le tendió la mano.

—Te deseo la mejor de las suertes —dijo.

—Lo mismo os digo a vosotros —contestó con los ojos humedecidos, depositando un beso en la mejilla de Nidama—. No perdáis mucho tiempo aquí. Lorry está condenada, por desgracia.

Y, de forma tan abrupta como había entrado en sus vidas, Glabro desapareció de las mismas. Lo contemplaron andando con los pies arrastrados, la espalda encorvada y los hombros hundidos, y Necto pasó el brazo con cariño por el hombro de Nidama, que se apretujó contra él, buscando una sensación reconfortante que no podía ofrecerle.

—Estoy más que harta de esto. —Pese a que la reina estaba muy enfadada, no levantaba la voz, y Ziresa, su mejor amiga, la escuchaba asintiendo de forma mecánica aunque comprendiéndola.

—El rey se está mostrando muy obtuso —dijo.

—Eso es decir poco, Ziresa. En cuestión de pocos días se puede declarar una epidemia. Imagina la mortandad que habrá entre esas pobres almas, apiñadas ahí como ganado.

—Debería hacerse mucho más que repartir ropa y comida —sugirió—. La higiene es fundamental en esas condiciones.

—Y ni siquiera tienen letrinas... ¡Letrinas! Es... es horrible. —Parecía a punto de llorar.

—Quizá podríamos proveerles de palas y picos.

—Sería un comienzo. ¿Pero sabes qué diría el Consejero de Abastos? Que precisa la autorización real —se contestó a sí misma.

—Es frustrante —dijo Ziresa, cogiendo las manos de la reina.

Unos golpes en la puerta hicieron que ambas volvieran la cabeza.

—Adelante —dijo Adía.

Una de las servidoras del dios Azú entró con humildad, mirando al suelo.

—Mi reina —dijo.

—Habla, mujer —le dio permiso Adía.

—Tenemos un problema en el campamento de los refugiados.

—¿Otro? —bufó—. Cuenta.

—El Consejero de Abastos no nos permite sacar más mercancía del

granero real, señora.

—¿Ves lo que te decía? —preguntó exasperada, girándose hacia su amiga, que cerró los ojos y se mordió el labio inferior con pena.

La reina se levantó, alisó su falda y se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos y fuertes.

—Acompañadme —les dijo—. Vamos a tener una charla con ese zopenco.

El zopenco en cuestión era Metelo, un hombre que llegó a Lorry cuando ya las canas poblaban su cabeza con más profusión que el pelo castaño, exquisitamente recomendado por sus labores como delegado imperial en la revoltosa provincia de Fileas, al oeste. En principio, muchos pensaron que había dejado el imperio para dejar atrás una vida de trabajo al servicio de la administración, dispuesto a vivir una vida de asueto en el norte gracias a los ahorros logrados. Sin embargo, pronto tales ideas fueron desechadas, porque sus continuas apariciones por la corte de Tigrán y sus valiosos consejos se comenzaron a tener en cuenta.

Era tal su valía que, tras solo dos años, el rey decidió crear una Consejería nueva para él, encargándole las gestiones que implicaban la logística del reino, desde transportes de mercancías hasta el envío de armas a las guarniciones militares.

Metelo se sorprendió al ver entrar en su despacho a la reina sin siquiera llamar a la puerta, quedando en su rostro dibujada una enorme «O» con sus labios.

—Mi reina —balbuceó.

—Ni mi reina ni nada —contestó furiosa, llegando hasta Metelo, dominándolo gracias a que medía casi una cabeza más que él—. Explíqueme ahora mismo por qué no se puede dar más alimento a los refugiados.

—Señora. —Metelo apartó la silla de la que se había levantado en cuanto Adía entró y retrocedió un par de pasos, intimidado—. La situación es crítica para todos.

—¡Dígaselo a esos pobres cuando empiecen a morir de hambre!

—Pero..., no lo entiende, señora —se defendió—. Los cálculos realizados señalan que, con la cantidad existente en los almacenes, solo podremos alimentar a los refugiados seis días... Y eso contando con que su número no crezca.

Adía lo entendía, pero en el fondo le daba igual. Lo importante era que la

gente necesitaba comer, y quizá podría organizarse una requisita de alimentos de las poblaciones cercanas, así que no quiso dar su brazo a torcer:

—No. Los refugiados deben recibir raciones adecuadas de inmediato, nada de restringirlas. Si uno solo muere porque no se ha alimentado, le haré personalmente responsable, señor.

Metelo se encogió de hombros, y a la reina le pareció vislumbrar en sus ojos cierto destello de desafío cuando respondió.

—Deberá hablarlo con Su Majestad, señora. Nadie quiere que la ciudad se quede sin suministros.

—¿De qué está hablando? —preguntó Ziresa, que había acompañado a Adía y no quería permanecer ajena a la conversación.

—Hablo —dijo, molesto— de que los tres graneros que permanecen cerrados se destinarán al consumo exclusivo de los habitantes de la capital, por orden real.

Las tres mujeres se quedaron atónitas al escuchar que Tigrán dejaba el setenta y cinco por ciento de los recursos disponibles con los que ayudar a los refugiados cerrados a cal y canto.

—Increíble —musitó Ziresa.

De nuevo dando grandes zancadas, la reina salió del despacho sin despedirse, dando un fuerte portazo cuando la otra mujer pasó tras ella.

Dentro, Metelo sonreía.

Esa nueva discusión merecería un lugar entre las baladas sardónicas que muchos juglares tocaban para hacer reír al populacho, porque lo más delicado que se dijeron el rey y la reina fue «estúpido». Los gritos retumbaron desde la sala de audiencias, donde comenzó la pelea, hasta la alcoba, sin haber pasado por el comedor, donde la cena se enfrió sin que nadie la catara.

Los criados los esquivaban como si portaran la peste, y mientras que Tigrán golpeó varias paredes, muebles y puertas, Adía gritó y gritó, derramando unas lágrimas que no fueron de tristeza, sino de pura ira. Parecía que fueran a matarse el uno al otro.

Metelo estaba complacido por ello y decidió festejarlo, de modo que, antes que el sol se pusiera, ordenó a uno de sus sirvientes que llevara a casa una prostituta, la hiciera pasar y ordenara esperar para cuando llegara. Cenó con frugalidad, como era su costumbre, y entonces entró en su habitación, donde la mujer le esperaba, desnuda, sobre la cama.

Era una bella criatura rubia de larga melena, piel pálida y pechos redondos

coronados por hermosos pezones rosados, de cintura fina y vientre algo abultado, que descendía en una curva de vértigo hacia un sexo afeitado. Abrió las piernas en cuanto Metelo entró, invitándole a penetrarla.

El hombre miró al ordenado montón de ropas dejado sobre una butaca cercana y comprobó con agrado que el sirviente había contratado a una cortesana con clase, no una ramera sucia de cualquier posada sin nombre. Le llegó un olor a perfume de jazmín y hortensias provocándole un hormigueo en la entrepierna, y se acercó poco a poco hacia ella, que lo miraba con ojos desafiantes, que invitaban, y labios entreabiertos, jadeando como si fuera presa de la excitación.

Pero la mano de Metelo, cuando estuvo al lado de la cama, no se dirigió a su pantalón para bajarlo. Ni siquiera a los senos de la mujer.

Sacó un afilado cuchillo cuya hoja portaba extrañas inscripciones en una lengua olvidada, y tirándole del pelo le echó con brusquedad la cabeza hacia atrás, degollándola con un rápido movimiento de muñeca. La sangre fluyó a borbotones, mojando el torso desnudo, las sábanas de fina seda y los brazos de Metelo, que rio salvaje, desquiciado, acercando su boca a la terrible herida, bebiendo el líquido escarlata a grandes tragos, tosiendo a punto de atragantarse, tal era el deleite y la fruición desmedida que le movían.

Unos minutos después se sentó junto al cadáver de la prostituta y suspiró; comenzaban a pasarse los efectos de la euforia, y abrió uno de los cajones de la mesita del cabecero, sacando con grave reverencia una pequeña talla en madera de ébano que representaba una columna de la que partían numerosos brazos.

La acarició como si fuera su amante, y la besó con pasión, mascullando una antigua oración que había aprendido hace muchos años, en Vetero, de boca de su maestro.

*Dichosos sean los días que están por venir
porque este mundo dejará paso a otro
más hermoso y más ufano
en el que Abaven reinará sobre todo
y en el que sus siervos seremos los amos.*

Metelo se tendió sobre la mojada cama, tras haberse desnudado, y durmió mientras la sangre se convertía en un charco pegajoso. No le importaba que hubiera un cadáver en su casa. No le importaba que el sirviente que la trajo

podiera preguntarse qué había pasado con ella. No le importaba que se la echara en falta.

No le importaba, porque la espera había terminado.

Abaven, por fin, había regresado y se acercaba.

Nidama corría, sintiendo el corazón golpeando con fuerza en su pecho, sintiendo un miedo como nunca en su vida. Era una tierra oscura, baldía y muerta, apenas iluminada por una enfermiza luna que colgaba en un cielo sin estrellas. Daba una zancada tras otra, suplicando no tropezar, huyendo de lo que la perseguía desde hacía... mucho. No sabía cuánto.

«Huid».

Oyó una voz en la distancia, apenas un susurro, y se dirigió hacia el sonido, el único sonido que se oía salvo el ocasional gañido de la criatura que iba tras ella.

«Huid».

De nuevo la oyó y gritó, con palabras ininteligibles, incapaz de pronunciar nada con sentido dado el terror que la atenazaba.

«Tenéis que huir ahora».

Se quedó quieta en el sitio de sopetón. Había reconocido la voz, ahora muy clara, como si hubieran hablado junto a su oído. Era la voz de Glabro. Se dio la vuelta. Baltasar, deformado pero reconocible, se erguía frente a ella, unido a la montura infernal que cabalgaba, una macabra construcción de carne y hueso. Sus ojos la contemplaron, muertos, y levantó su espada...

—¡Nidama! —la voz de su esposo la despertó y, tras unos instantes de confusión en los que las neblinas de la pesadilla permanecían aferradas a su mente, entendió dónde estaba y se lanzó a los brazos de su marido, temblando.

La mujer enterró su cara en el pecho de Necto y agarró con fuerza su camisa, buscando un asidero como si fuera la única posibilidad de salvación antes de caer por el precipicio.

—Ha sido una pesadilla —la consolaba, besándole el pelo sucio y enmarañado—. Solo un mal sueño, cielo.

Cuando se calmó, Nidama lo miró a los ojos y, tras tragar saliva, acumuló toda la determinación que pudo.

—Tenemos que irnos —dijo.

Necto miró a Tabita. La semana que llevaban malviviendo en el campamento de refugiados había hecho que la niña enfermara, su pequeño

cuerpo consumido por la fiebre y el hambre; los dos últimos días parecía haber mejorado algo, pero aún estaba muy débil como para moverla, menos aún para pensar en ir a ningún sitio.

—No podemos —comenzó a protestar Necto.

—Vienen —susurró ella—. Están a punto de caer sobre nosotros.

—Aún estás asustada por la pesadilla...

—¡No! —increpó—. No ha sido solo un sueño. Era... premonitorio. ¡Era un aviso!

Necto se pasó la mano por la barbilla, produciendo un sonido de raspado debido a no haberse afeitado en bastante tiempo. Él tenía miedo también, pero no estaba seguro de querer lanzarse de nuevo a los caminos en busca de un refugio que quizá no existiera. Lorry no había abierto sus puertas pero, por lo menos, recibían algo de ayuda y cuidados gracias a la reina. Si se iban, no tendrían asegurada ni siquiera una miga de pan y, además, no sabía dónde podían ir.

¿A Vetero, como les dijo Glabro? Los conocimientos geográficos de Necto eran limitados y el vasto Imperio no estaba entre ellos. Sin embargo, el rostro de Nidama mostraba una profunda determinación y no quería tomar en vano la advertencia, si es que de eso se trataba.

—Deja que intente conseguir algunas hierbas para Tabita y saldremos por la mañana.

Nidama asintió agradecida y se acurrucó junto a las niñas, que habían permanecido dormidas, y el hombre se echó un sayo medio seco por encima, dirigiéndose hacia la tienda del hospital que atendía a los refugiados.

Dos soldados montaban guardia, somnolientos, ante la entrada del barracón. Toses y gemidos provenían de su interior, revelando que había gente dentro que necesitaba ser vigilada a todas horas para evitar su muerte. Tres mujeres y dos hombres, fatigados, ojerosos, caminaban entre los muchos sacos tendidos en el suelo que consistían las camas de pacientes de toda edad y ambos sexos.

—Perdone —dijo Necto llegando hasta Edea, la médica que había atendido a Tabita—. Necesito hablar con usted.

La mujer, pese a su aspecto de necesitar muchas horas seguidas de sueño reparador, se las arregló para esbozar una sonrisa.

—Dígame.

—No sé si se acuerda de mí... Soy Necto, el padre de Tabita, la niña...

—Sí, sí, Tabita —asintió—. Fiebre y un poco de diarrea. Me acuerdo.

—Exacto. Verá. —Necto dudó, poniendo las manos a su espalda—. Mi familia y yo nos vamos...

—¿Se encuentra Tabita mejor?

—Sí, sí..., o sea..., sí. Pero aún tiene algo de fiebre.

—Entonces —replicó ella—, lo mejor sería que no la moviesen unos días más, hasta que recupere sus fuerzas del todo. Entiendo que quedarse aquí, en el campamento, en estas condiciones, no parece una buena idea, pero ponerse en marcha... ¿Saben adónde irán?

—Sí —mintió para vencer cualquier posible resistencia a lo que iba a pedir—. Lo cierto es que Tabita pasó el día de ayer muy bien, y mi mujer y yo creemos que cuando se despierte estará casi curada.

La mujer asintió, aunque no del todo convencida.

—El caso es que me gustaría pedirle un favor, si no le importa.

—Si está en mi mano —contestó Edea.

—¿Podría darnos un poco del jarabe de hierbas que le ha estado administrando?

La médica lo miró mordisqueándose el carrillo por dentro.

—Hagamos una cosa —dijo por fin—. Tráiganmela cuando se despierte y les daré lo que necesiten para cuidarla.

Necto se puso la mano en el pecho en señal de agradecimiento.

—Así lo haremos, señora —dijo—. Muchas gracias.

Los consejeros fueron convocados muy temprano, así que la mayoría de ellos acudieron ahogando bostezos, reuniéndose poco a poco en el recibidor que precedía al salón desde donde se dirigían los destinos del reino de Lorry. Los cinco, asesores expertos cada uno en su campo —Economía, Ejército, Abastos, Cultura y Diplomacia—, esperaron sentados a que se les diera permiso para entrar, y dado que permanecían en silencio, escucharon el rumor ahogado de la conversación en el interior del salón. Aunque no distinguían lo que decían, reconocían las voces de Tigrán y Adía, enzarzados en una nueva discusión por el tema estrella de la última semana, desde que la marea de gente apareció ante las puertas de Lorry.

Cuando por fin abrieron la puerta para que entraran, vieron que el rey y la reina se sentaban en sus sitios muy tiesos, como si la espalda se les hubiera pegado al respaldo de la silla, y el rictus de sus caras no era precisamente de satisfacción. El rey había concedido algunas de las peticiones de la reina, pero esta se sentía ninguneada cuando tenía que solicitar algo a los

consejeros, que la despachaban sin concederle nada más que buenas palabras, aunque con buenas maneras. La reina había intentado lograr obtener la misma autoridad que la de Tigrán en el caso que la ocupaba, pero ello habría supuesto una merma del poder del rey, así que lo que hizo este fue crear una Comisión de Refugiados, que contaría con la presidencia de él mismo y Adía, y que se reunía todos los días antes de la celebración del Consejo Real, al cual, por tradición, quien no fuera el propio rey o sus consejeros tenía vetado el acceso.

Metelo imaginó cien cosas por las que podría haber tenido lugar esta vez la pelea entre los dos mientras tomaba asiento, complacido.

—Buenos días, consejeros —abrió la reunión Tigrán, frotándose los ojos—. La reina desea hacer una sugerencia para ser votada por la Comisión de Refugiados.

—Así es —dijo ella con rapidez, mirando desafiante a los hombres—. Las condiciones de hacinamiento, salubridad e inseguridad en el campamento son execrables. Por mera decencia, no podemos consentir que este drama siga teniendo lugar justo al otro lado de nuestras puertas.

»Y, como queda claro que la ciudad no puede albergar a todos ellos tras las murallas, propongo que los niños menores de quince años sean alojados en los terrenos del palacio.

Metelo, como los demás, se echó hacia atrás estupefacto a más no poder. A su juicio, la reina se estaba pasando de la raya; ya no hablaba solo de dar comida y ropa que, a fin de cuentas, provenían de la misma ciudadanía y sus impuestos, sino de utilizar los terrenos y, por tanto las comodidades, que le pertenecían por derecho. Si pasaban dos días más, era capaz de empeñar sus joyas para ayudarlos.

—Señora —dijo el Consejero del Ejército—. Mi reina. El operativo necesario para asegurar el orden en el traslado de los niños al interior de Lorry requerirá de organización y logística...

—¿Me quiere decir que nuestros gallardos soldados no serán capaces de controlar a una turba desarmada y harapienta? —preguntó con guasa Metelo, dispuesto a sembrar cizaña.

—¿Y qué me dice usted de lo que se necesitará para albergarlos en los jardines de palacio? —se revolvió el otro.

—¡Oh, vamos! —se rio—. Mientras hablamos, estoy pensando en cómo llevarlo a cabo. Sé cómo hacer varias cosas a la vez, ¿sabe?

Los otros consejeros ahogaron unas risitas que hicieron que el rostro del

encargado del Ejército se pusiera rojo de furia.

—De todos modos —dijo la reina, también divertida—, eso son aspectos que los responsables tendrán que planificar. Lo que tenemos que hacer es votar la propuesta.

—Exacto —coincidió Tigrán, tomando el mando—. Sin demora. Votos a favor.

Tan solo el consejero militar, en venganza por la humillación, no levantó la mano, por lo que la medida fue aprobada. Sin embargo, no se resistía a dar la cuestión por zanjada.

—¿Y qué pasará si extienden sus cuentos por entre la población? —preguntó, apretando los labios.

—¿A qué se refiere, consejero? —Adía lo miró con los ojos convertidos en rendijas.

—Me han llegado noticias de los soldados que mantienen el orden en el campamento sobre el ejército que se acerca.

Metelo se puso alerta y decidió meter baza:

—¿Que mantienen el orden, dice? Señor mío, solo hay que mirar desde las murallas para ver que no hay ningún tipo de ley. Me extraña que aún no haya habido que lamentar asesinatos.

—¡Mis soldados hacen lo que pueden ante la turba, señor! —volvió a indignarse—. Cada día, el número de refugiados aumenta y...

—Sí, consejero. —La reina lo apaciguó, interesada en lo que había querido decir antes que Metelo lo interrumpiera—. ¿Qué es lo que cuentan?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Los soldados han dado parte de historias sobre terroríficas criaturas, no salvajes ni bárbaros, que han invadido las ciudades de las que han huido. Dicen que se trata de monstruos surgidos del Arallu, demonios que matan aullando y devoran los cadáveres para hacerlos revivir con malas artes.

—¡Paparruchas! —bufó Metelo, sin poder evitar dar vueltas al anillo en su dedo para intentar aplacar sus nervios—. Estamos hablando de gente desesperada, que ha huido aterrada de sus casas y que ha imaginado ver algo..., algo mucho más horrible con lo que justifican su lamentable condición actual.

—Coincido. —Tigrán levantó la mano exigiendo atención—. Dejemos los cuentos para otro día.

» Consejeros de Defensa y Abastos, al término de la reunión del Consejo Real, que comenzará en cuanto la reina se retire —dijo, mirándola con toda

intención—, se encargarán de trazar el plan de actuación. Lo quiero sobre mi mesa antes de la hora de comer.

Ambos asintieron mientras Adía se levantaba para irse, complacida.

Tras días de cielo encapotado, el sol lanzaba sus rayos hacia la gente, calentando algo sus cuerpos. Tabita durmió hasta que la mañana estaba bastante avanzada y, por fortuna, presentaba mejor aspecto bajo toda la suciedad acumulada en su carita redonda e inocente.

Los cuatro recogieron las que ahora eran sus escasas pertenencias, poco más que un par de mantas y sobras de comida del día anterior, y se dirigieron a ver a Edea, que les atendió cuando acabó con un par de ancianos que presentaban una tos muy fea.

La médica puso su oído junto al pecho de la niña y asintió, mirándole después la garganta y los ojos. Tras darle un caramelo, se giró hacia los padres.

—Está mejor, sí —dijo, limpiándose las manos en una palangana—. Es una niña muy fuerte. Pero vuelvo a recomendarle que se queden un par de días más.

—No —replicó Nidama—. Tenemos que irnos ya. Aquí..., esto no es seguro.

Edea se pinzó la punta de la nariz y asintió.

—Las condiciones no son las mejores...

—No, señora —la interrumpió—. Estamos en deuda con usted, pero tenemos que irnos. Usted debería irse también. Van a venir.

—De acuerdo —se rindió, aunque sin hacer caso a lo que le parecieron los mismos desvaríos febriles que había escuchado por boca de otros refugiados—. Les daré un tónico para que la niña lo tome en cada... —Iba a decir comida, pero no estaba muy segura de si podrían alimentarse con regularidad en el camino—. Cada ocho horas o así.

Necto cogió el frasquito que le tendió e hizo una profunda reverencia.

—Ojalá pudiéramos pagarle algo —dijo, casi con vergüenza, pensando en los tiempos, nada lejanos, en que su familia podía permitirse algún que otro capricho gracias a su sueldo.

—Vamos, vamos —lo animó ella, dándole unas suaves palmadas en el hombro—. Es mi deber, y lo cumplo sin esperar nada a cambio más que una sonrisa. ¿Me das una sonrisa, Tabita?

La niña hizo lo que le pedían de modo sincero, con los dientes tintados por

el jugo de fresa que había dentro del caramelo, y Edea le dio un beso en la frente.

—Id en paz, amigos míos —les despidió—. Ojalá tengáis suerte allá donde vayáis.

Los primeros sonidos de cuernos en la lejanía comenzaron a llegar a Lorry poco después de la hora de la comida, para aquellos que pudieron comer. Pero todos, sin excepción, sintieron un temor que surgió del fondo de sus entrañas y les causó un profundo azoramiento. Los soldados en lo alto de la muralla miraron a lo lejos, haciendo pantalla con las manos para que el sol no les deslumbrara por mera inercia, porque la hueste del Enemigo acudía desde el este, y el sol estaba a sus espaldas.

Las notas graves y amenazadoras retumbaban y sirvieron de prólogo al atronador sonido de miles de pies, si así podían llamarse, que golpeaban el suelo de forma rítmica, hipnótica. Casi sin poder creer la cantidad de enemigos que se acercaba, una marea amenazadora y asesina de cuerpos bañados en una fúnebre luz dorada, algunos de los guardias con más presencia de ánimo corrieron hacia las campanas de las casamatas y soplaron las trompas para indicar que Lorry iba a enfrentarse a un asedio.

Los gritos de pánico convirtieron el campamento de los refugiados, de por sí un caos, en una turbamulta de personas que corrían de un lado a otro, que se atropellaban, blasfemaban y caían al suelo para ser pisoteados entre los charcos de barro. La fortuna, o la mala fortuna, había querido además que la puerta de Jade estuviera abierta, porque los Consejeros del Ejército y Abastos habían trazado el plan encomendado por Tigrán con diligencia, empezando a ponerse en práctica hacía un rato.

Buena parte de los soldados, pues, estaban ocupados en la difícil tarea de mantener un pasillo libre por el que desfilaban los niños de los refugiados hacia el interior de Lorry, y se atemorizaron tanto como los civiles cuando escucharon la batahola, rompiendo la formación y lanzándose de cabeza al interior de la ciudad; militares y refugiados por igual se abalanzaron sin orden ni concierto a la puerta de Jade, y los destacados en la entrada, ante tal caos, se retiraron y dejaron sus puestos, subiendo a las murallas, donde esperaban capear el temporal.

Por supuesto, también hubo muchos otros que corrieron hacia los campos, sin saber que, por una curiosa vuelta de los hados, eran los que tenían más probabilidades de sobrevivir a lo que se avecinaba. La seguridad tras los

muros era una falsa ilusión, aunque los guardias aferraban con fuerza sus espadas y embrazaban los escudos, pensando que, por muchos que fueran los enemigos, no podrían tomar la capital del reino.

Tigrán, en cuanto supo qué pasaba, avanzó a grandes trancos hasta el Consejero del Ejército y le hizo volverse con un rudo empujón, pues estaba consultando un mapa con un par de oficiales en una de las casetas de guardia.

—¿¡Qué demonios significa esto!?! —ladró.

—Majestad —susurró, asustado ante la ira real—. Lorry está bajo asedio...

—¡Eso ya lo veo, cabeza de chorlito! ¡Lo que quiero saber es cómo es posible que nadie lo haya advertido hasta que han llegado ante nuestras mismas narices!

—Yo, Majestad... Ningún explorador ha regresado con informes sobre avance de tropas hacia aquí...

Era imposible que lo supieran. Ninguno había regresado porque estaban muertos y formaban parte del ejército del Enemigo. El Consejero había destacado un nutrido número de batidores para que informaran de avistamientos, siguiendo una ruta preestablecida que les llevaría a todas las provincias orientales del reino, lugar de procedencia de los refugiados, pero ninguno había vuelto, lo que se interpretaba por la oficialidad como que seguían cumpliendo su misión. Además, ninguna guarnición de las que salpicaban el territorio había informado sobre nada relevante.

El Enemigo les había sacado los ojos sin que se enteraran con sus malas artes.

—Bien —se calmó Tigrán—. Lo que tenemos que hacer es preparar la defensa. ¿Están todas las puertas cerradas a cal y canto?

—Sí, Majestad —respondió el Consejero.

Uno de los generales carraspeó y el rey le miró indicándole con la mano que hablara.

—Verán —dijo—, en realidad, desde la puerta de Jade nos informan de la entrada en masa de refugiados...

—¡Joder! —soltó el rey, dando un fuerte taconazo al suelo.

—¡Tenemos que cerrarla! —gritó el Consejero casi poseído por la histeria. Tigrán alzó las manos, exigiendo silencio. Con voz fría, gélida, dijo:

—General, destine un destacamento para cerrar la puerta.

—¿Y los refugiados, señor? —preguntó, imaginando la respuesta.

—La puerta debe cerrarse de inmediato. No me importa el cómo.

Edea estaba terminando de coser una herida en el codo de un hombre que había resbalado, cayendo por mala suerte sobre un canto de bordes afilados, cuando oyó los cuernos. Terminó con rapidez la operación y salió al exterior, al tiempo que comenzaban los gritos y las carreras.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó al guardia junto a la puerta del hospital, que se encogió de hombros por toda respuesta.

Recogiéndose la falda del vestido por pura inercia, como si el barro en los bajos fuera más sucio que la sangre que teñía de rojo su ropa, fue corriendo hacia la puerta de Jade, pero no pudo acercarse dado que la situación había degenerado en un mar de confusión indomable.

Vio que en la puerta de Jade se agolpaban los refugiados, pidiendo a gritos que les abrieran paso, entrando como podían en la ciudad que les había negado el franqueo de las murallas, pero, enseguida, la situación adoptó un cariz todavía más siniestro.

La gente que llegaba se agolpaba contra los que tenían delante, empujando más y más, resultando casi imposible de creer que pudiera haber tal cantidad de cuerpos en un espacio tan reducido, y comenzaron a escucharse aullidos producidos por el dolor de la presión de tanta carne. Ello era debido a que los soldados habían decidido por fin poner orden y, avanzando con las lanzas enhiestas, pinchaban, herían e incluso mataban a los refugiados que pugnaban por entrar en Lorry, pisoteando heridos y cadáveres en su marcha sin piedad hacia la puerta.

Cuando por fin la alcanzaron, comenzaron a mover el mecanismo de cierre del portón y una nueva oleada de desesperación sacudió a la turbamulta, que se agitó intentando filtrarse por la abertura, cada vez más pequeña.

El sonido de la gruesa madera al cerrarse resonó en los oídos de Edea por encima de los llantos de los refugiados, que agitaban sus puños pidiendo y suplicando que les dejaran entrar.

En vano.

La reina Adía notó cómo la sangre le abandonaba el rostro al escuchar lo que estaba pasando. Sintió miedo, debiendo afrontar una situación nueva y horrible para ella, pues ninguna guerra había asolado Lorry en más de cien años, cuando un conde rebelde quiso hacer de su feudo un reino. Pero era innegable; la guerra había llegado y amenazaba con devorar todo a su paso, un oleaje de acero y sangre que se cernía inclemente sobre todos ellos.

Decidió que lo único que podía hacer era seguir con la tarea que había comenzado y sonrió al siguiente grupo de niños que entraron por las puertas del palacio, ofreciendo, como las damas de compañía que estaban junto a ella, unos deliciosos dulces de chocolate.

—Bienvenidos, pequeños.

—¿Ezta caza ez zuya? —preguntó una niña ceceando por entre los dientes que le faltaban.

—No, cariño —le respondió—. Ahora es vuestra casa también.

No obstante, nubes de preocupación cruzaban su rostro y no pudo evitar escuchar los bisbiseos de sus damas, muy asustadas.

—Vamos, amigas —les dijo para animarlas—. Sonreíd. Nada puede atravesar las murallas de Lorry.

Cumplieron su orden, pero sin convicción. Ayudaron a los niños a instalarse en las zonas habilitadas para ellos, y volvieron para atender al siguiente grupito.

Había entre el ejército del Enemigo unas figuras como la que Necto había visto en Rygita tan de cerca, criaturas monstruosas basadas en la combinación de animales y humanos, cuya fisiología les permitía actuar como tropas de avanzada. Una repugnante mezcla de caballos, cabras, ovejas e incluso cerdos junto a mujeres, hombres y niños se adelantó comenzando a tomar velocidad, avanzando por la llanura de hierba mojada que precedía a Lorry. A medio camino, sin embargo, se desviaron hacia el sur y, formando un amplio arco, se abalanzaron sobre los refugiados que habían dejado el campamento para huir en dirección contraria a la ciudad.

Cayeron entre ellos con sonidos humanos, gritos guturales y aullidos estentóreos, fruto de unas gargantas retorcidas, clavando lanzas, espadas y garras en los cuerpos que caían como fruta madura, reventados, destripados, decapitados.

La sangre y las entrañas pronto formaron un macabro tapiz en el barro, resultando tan abundante en su asquerosidad que algunos de los monstruos resbalaron y cayeron, manchando sus cuerpos de luz dorada con un rojo negruzco.

Edea, que había vuelto al hospital, oyó un tronar de cascos acercándose y salió a ver qué ocurría. El soldado había abandonado su puesto, y la lanza yacía ahí, en la entrada de la tienda, abandonada. La cogió, aunque dudó mucho que le fuera a servir de nada y, cuando volvió a mirar al frente, vio

qué había producido el sonido.

Una vaca de manto blanquinegro hincaba su pezuña delantera en el suelo, pero los ojos que la miraban no eran los de un bóvido. En un cuello, que de tan largo resultaba increíble, había, como cosida por un cirujano demente, una cabeza de hombre, de pelo largo y moreno, que la miraba con ojos muertos y de cuyo torso nacían cuatro brazos también humanos, dos de los cuales empuñaban espadas de tosco aspecto y filo aserrado.

Edea sintió que la orina le corría pierna abajo por el terror que la inundó al ver a la criatura, pero enarboló la lanza hacia delante, en un intento por asustarla. La cabeza humana pareció reírse, aunque fue un sonido más parecido a un cloqueo de gallina que otra cosa, y avanzó despacio hacia ella, echando a un lado la lanza con una de las espadas, casi con delicadeza. La otra entró poco a poco en el paralizado cuerpo de la médica, que gimió más por la sorpresa que por el dolor, sabiendo, por fin, qué era lo que sentían sus pacientes cuando la vida se les escapaba.

Metelo estaba complacido y una ancha sonrisa parecía haberse instalado a perpetuidad en su rostro. Cuando comenzó el sitio, reunió a sus sirvientes y les ofreció vasos de vino en los que había diluido un potente veneno, sacrificándolos a Abaven como había hecho con la prostituta una semana antes, aunque de modo menos cruento. Contempló los cuerpos inmóviles y salió a la calle, en dirección a la muralla.

Los gritos surgían por doquier y la desesperación era patente en las caras de aquellos con los que se cruzaba. Llegó a la puerta del Alba, así llamada por estar orientada al este, y se acercó con aire confiado a los guardias que la custodiaban. Por encima de su cabeza, en la cima de la muralla, los soldados contemplaban con suma inquietud el continuado progreso de la hueste hacia ellos. Alguno incluso temblaba, viendo entonces que lo que tenían enfrente no pertenecía del todo a su mundo.

Metelo no dudaba del poder de Abaven, y Lorry no supondría más que un mero obstáculo en su proceso de conquista del mundo, pero no había nada malo en ayudarlo para apresurar las cosas, para acelerarlas hasta su inevitable final. Abaven, sin duda, estaría agradecido y lo premiaría con todo aquello que sus seguidores, desde antaño, habían ansiado.

Estaba cansado de toda una vida sirviendo a los poderosos; sí, había gobernado gentes y tierras, y había puesto ideas hasta en los oídos del mismísimo emperador de Vetero, pero siempre había tenido alguien por

encima de él. Ansiaba el poder sin medida o cortapisas, un poder para ejercerlo de modo omnímodo sin tener que preocuparse más que de cumplir con la ley de Abaven.

El día en que eso ocurriría estaba cerca.

Así que entró en la caseta con tranquilidad, sin que ningún soldado se preguntara qué estaba haciendo ahí, y atrancó la puerta. Estaban solos él y el mecanismo de apertura del portón. Las tropas de Abaven tendrían paso franco cuando llegaran frente a las murallas.

El rey había ordenado a un par de soldados que fueran por su armadura, y casi se podría decir que le vistieron con ella mientras andaba de forma tal que, cuando subió a las murallas con la intención de comandar la defensa de Lorry, estaba listo para la guerra. Pese a que no había combatido nunca, sabía manejar la espada, era diestro en el tiro con arco y siempre había creído que, de llegar el momento, no se arredraría. Sin embargo, las horas de entrenamiento y las lecturas de libros de táctica no le habían preparado para lo que vio desplegado ante él.

Una masa ingente de oscuridad dorada, aullante, hedionda, avanzaba hasta parar a pocos metros de las murallas, y los cuerpos que la componían parecían visiones surgidas del más maniaco escultor. La mezcla de cuerpos, los infernales gritos y el insoportable olor que desprendían provocó que Tigrán sufriera una violenta arcada, pero se obligó a recuperarse e, irguiéndose en toda su estatura que no era poca, alzó la voz cuanto pudo:

—¡Descargad flechas! ¡Descargadlas y mandadlos de vuelta al Arallu!

Como galvanizados por la voz de su rey, el ejército defensor hizo cantar sus cuerdas, y una nube de proyectiles surcó el cielo, descendiendo hasta los enemigos y haciendo que numerosos de ellos cayeran a tierra para no volver a levantarse jamás.

Podían morir por segunda vez.

Lorry soltó tres andanadas, pero la risa que empezó a brotar de la garganta de Tigrán se cortó de inmediato cuando un soldado dijo:

—¡La puerta! ¡La puerta se abre!

El rey asomó la mitad de su cuerpo, mirando hacia abajo, y los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando vio que el hombre tenía razón. ¿Quién era tan estúpido como para hacerlo? Los sitiadores no tenían máquinas de asedio, ni siquiera portaban una simple escala, y Tigrán había dado por hecho que solo tenían que lanzar una flecha tras otra, como en una cacería de patos.

Pero la puerta del Alba se estaba abriendo.

—¡Rápido! —ordenó— ¡Atrancad el portón! ¡Cerradla o estamos perdidos!

Había dicho bien, porque las horribles criaturas también habían visto que se les ofrecía una entrada a la ciudad y se precipitaron en tromba hacia ella, ignorando las flechas que unos desesperados defensores lanzaban ahora a discreción.

La primera de los soldados que llegó a la caseta donde estaba el mecanismo, una mujer con rango de sargento, golpeó la pesada puerta de roble e imprecó a quien fuera que estuviera dentro, acordándose de él con palabras tan gruesas que avergonzarían a un corsario borracho. Golpeó con el pomo de su espada y empujó con su hombro, pero la puerta no cedía ni un milímetro.

—¡Aparte! —le dijo un soldado, que junto con otros tres había cogido un banco sabían los dioses de dónde, con la intención de usarlo como ariete.

La madera golpeó contra la madera y la sargento les animó vociferando. Otro golpe. Otro más. Un cuarto. La puerta se abombaba, pero resistía.

Y Metelo, que sabía que enseguida entrarían, decidió dejar de girar el volante que permitía manejar el mecanismo y miró en derredor, sonriendo cuando vio un hacha. Con tres golpes secos, partió el eje y, así, inutilizó la máquina. El destino de Lorry quedó sellado.

Se escondió en un armario, temblando, sin atreverse a respirar, justo momentos antes de que la puerta fuera derribada.

—¿Qué? —bramó la mujer—. ¿Nadie? ¿¡Nadie!?

—Señora, mirad —el soldado señaló el aparato.

—No, no, no...

Se acercó hacia la pieza que yacía en el suelo y, con un gesto infantil, la intentó colocar en el desvencijado eje, sin lograr ningún resultado.

—¡Todo el mundo a la puerta! ¡Todo el mundo a la puerta!

Metelo escuchó los pasos apresurados de los soldados que salían, pero no se atrevió a dejar su escondite. Cuando Abaven conquistara la ciudad, se presentaría ante él para clamar su recompensa.

Adía se extrañó cuando dejaron de acudir niños a la puerta de los jardines. Miró con gesto interrogativo a una de sus damas, que negó con la cabeza sin entenderlo tampoco.

—Es imposible —dijo la reina— que estén todos dentro. ¿Cuántos habrán

entrado? ¿Veinte?

—Veintitrés, Majestad —concretó ella.

—Pasa algo.

Con aire preocupado, salió de los terrenos del palacio y enfiló por la calle que llevaba a la puerta de Jade, pero no hubo avanzado ni cien metros cuando una soldado, a caballo, refrenó su montura junto a ella.

—¡Majestad! —dijo, sin descabalgár—. ¡Refugiaos en palacio sin perder tiempo!

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó—. ¿Dónde están los demás niños?

—¿Niños? No sé nada de ningún niño, señora... El rey me manda recado para deciros que los enemigos están entrando...

—¿Entrando? —La voz de Adía se quebró.

—Sí, Majestad, pero están retenidos en la Puerta del Alba. Por precaución, debéis ir a palacio...

Atontada, sin entender muy bien qué estaba diciendo la mujer, Adía asintió y, dando tumbos por efecto de la conmoción, recorrió el camino que había seguido antes en sentido inverso. ¿Dentro? ¿Estaban en la ciudad? Pero Tigrán decía que los retendrían, ¿no era así? Los mantendrían a raya pero, por si acaso... Sí, era lo mejor. Diría a sus doncellas que llevaran a los niños al recinto central del palacio y cerrarían las puertas, esperando a que pasase la tormenta.

Las damas la miraron con ojos preocupados, pero la reina no le dio opción a preguntar.

—Que todas vayan al palacio lo más rápido que puedan y traigan a los niños.

—Sí, Majestad.

La mujer corrió para cumplir la orden y Adía siguió avanzando, percatándose entonces de las lágrimas que le corrían por el rostro desdibujando el maquillaje y dándole una apariencia siniestra. Andaba arrastrando los pies, como si sus fuerzas se hubieran agotado por completo, y le costó lo que le pareció una eternidad llegar al edificio.

Poco después, apareció la pequeña comitiva de mujeres y niños, y todos se encerraron en la gran sala de baile, la misma en la que tantas fiestas ostentosas habían tenido lugar, ahora convertida en un refugio improvisado en el que las mujeres temblaban y los niños lloriqueaban llamando a sus madres.

Adía, al verlos, sintió que el corazón se le encogía hasta el tamaño de una

semilla de manzana, comprendiendo que tenía que hacer algo. Sonrió como pudo y se recompuso el hermoso vestido dorado, pidiendo la atención de los presentes con un par de palmadas.

Entonces, empezó a cantar:

*Navegando en la oscura noche de marzo
Senafard miraba a los cielos y pensaba
que el camino a casa estaba ya hecho
y a su amada colmaría de abrazos.
¡Llévame pronto a puerto, barquita,
pues Baudina me lleva esperando
desde que salí hace tantos días!
Y Senafard tocó tierra sonriente,
dando largas zancadas para ir a su casa,
donde le esperaban Baudina,
un techo y un guiso caliente.*

Una de las mujeres, que sabía que Adía había cambiado «cama» por «guiso» en el último verso por deferencia a los niños, rio por lo bajito y la reina la miró, también sonriente, mientras continuaba la historia con su hermosa voz, pareciendo dispersar las tinieblas que se cernían sobre todos ellos con la canción.

Tigrán sudaba a mares y le parecía que estaba a punto de cocerse dentro de su armadura, porque el sol estaba calentando más de lo normal esa tarde. Sin embargo, seguía dirigiendo a los soldados sin desfallecer, lanzando órdenes sin cesar, sabiendo que, si cejaba, los defensores perderían toda esperanza.

Y esta no era mucha. Desde el adarve, había visto cómo decenas de esas criaturas se lanzaban al interior de la ciudad por la puerta entreabierta, siendo retenidos a duras penas por el grupo de soldados que estaba al pie de la muralla. La batalla era brutal, y los heridos y muertos comenzaban a formar una macabra pila que, por lo menos, impedía a los enemigos avanzar con facilidad. El ejército de Lorry estaba luchando con denuedo, logrando que la marea de criaturas no se desperdigase por las calles adyacentes a la gran explanada que era la zona de entrada a la ciudad. Sin embargo, las caras de todos ellos mostraban pavor al enfrentarse a los monstruos, y Tigrán sabía

que muchos habrían echado a correr si no fuera por el tremendo sentido del deber que poseían.

Una mujer, una sargento fornida como un buey, lanzaba unos ataques salvajes, y la sangre regaba sus codos y torso, mientras gritaba una y otra vez con voz tonante:

—¡A ellos! ¡Por Lorry! ¡A ellos!

El rey se giró y contempló la situación al otro lado de las murallas. Dado que la puerta del Alba estaba constituida por dos enormes filos de gruesa madera reforzada con remaches y bandas de acero que se abrían hacia dentro, el ejército invasor intentaba presionar con la mera fuerza de sus cuerpos para ensanchar el paso, por lo que desde las murallas les lanzaban flechas, piedras y calderos de aceite hirviendo, antorchas y palos, lo que hubiera a mano con tal de repelerlos. Además, el portón, macizo y pesado, tenía un complicado mecanismo de apertura creado por los mejores ingenieros de hacía tres siglos, casi imposible de violar mediante la fuerza bruta, por lo que hasta el momento, Lorry se estaba defendiendo con fortuna.

Sin embargo, Tigrán vio que otra oscura masa de combatientes venía a unirse a la refriega desde la zona donde estaba el campamento de los refugiados. Se echó las manos a la boca, aterrado ante la comprensión de lo que contemplaba, pues los centenares de mujeres, hombres y niños que hasta hacía poco tiempo habían malvivido en la zona frente a la Puerta de Jade ahora caminaban convertidos en parte del ejército enemigo.

Y Tigrán supo que todo se estaba precipitando hacia un oscuro fin.

Se volvió hacia el Consejero de Defensa, junto a él en todo momento.

—He mandado aviso a la reina para que se refugie en palacio —le dijo—. Quiero que usted vaya lo más rápido que pueda y le cuente cómo es posible salir de la ciudad.

—¿Se refiere a...?

—Sí —asintió él—. No diga nada más y vaya. ¡Vaya ya!

El consejero se golpeó en el pecho y dio un taconazo marcial, cumpliendo la orden del rey, dejando atrás los gritos, los espadaños y la sangre de la lucha, mientras Tigrán aferraba la piedra de la muralla hasta que los nudillos se le volvieron blancos, sin poder creer lo que estaban haciendo los enemigos. Sin importarles lo más mínimo los proyectiles que recibían, avanzaban y avanzaban, hasta llegar al pie mismo de la muralla, a unos cien metros del portón, y comenzaban a subir unos encima de los hombros de otros, formando una repugnante escala de carne sanguinolenta y macabra que

comenzó a tomar altura de inmediato.

No tenían armas de asedio, ni las necesitaban.

—¡Matadlos! —gritaba, desgañitándose, el rey— ¡Que no suban! ¡Que no suban!

Pero las flechas y las piedras se estaban agotando, y los enemigos no cejaban, así que el desánimo comenzó a cundir entre los defensores, y en algunos apareció la mirada de aquellos que ya se saben muertos. El rey corría de aquí para allá jadeando, sintiendo fuego en todo su cuerpo, presa de un inenarrable cansancio, pero siguió gritando y gritando, hasta que vio al primero de los monstruos poniendo un pie en el adarve.

Entonces, se quedó quieto, plantando un pie frente al otro y adelantando la punta de su espada hacia él.

—Vamos —susurró entre dientes—. Si esto es el comienzo del fin, que así sea. ¡Vamos!

El rey aguantó la embestida del deformado humano que brillaba con una asquerosa luz dorada, y desvió a un lado el cuchillo que buscaba su cuerpo, clavándole la punta del arma en el pecho con tal fuerza que le salió por la espalda. Mostró una sonrisa feroz cuando su enemigo cayó al suelo, inmóvil, pero dejó de hacerlo cuando vio que tras él venían más. Y más. Y más.

Las calles de Lorry parecían bullir de actividad, como si fuera el día del mercado anual en el que comerciantes de todo el reino acudían para mostrar sus productos despertando tal expectación que todos los vecinos dejaban durante horas sus casas. Sus caras, sin embargo, no mostraban ningún tipo de alegría, y la gente corría sin saber qué hacer, alertada por los gritos que venían desde las murallas y parecían, junto con el repicar de las campanas de alarma, llenar toda la tarde.

Para no arrollar a los habitantes de la ciudad, el consejero tuvo que refrenar su caballo y mascullar maldiciones, porque nadie hacía caso a los gritos con los que les ordenaba abrir paso. Cuando llegó al palacio real, había tardado más del triple de lo que esperaba, y deseó que no fuera demasiado tarde. Tras pasar la cancela vigilada por un par de asustados guardias a los que ni se dignó en dirigirles la palabra, golpeó los flancos de su caballo y recorrió los últimos metros lo más rápido que pudo.

Abrió de par en par las puertas de la sala de baile y, por unos instantes, quedó atónito ante el curioso espectáculo que proporcionaba la reina Adía, cantando y bailando para unos niños desharrapados y sucios que daban

palmitas y reían, ignorantes del terror que tenía lugar muy cerca de allí.

—¡Majestad! —dijo, y la canción quedó como colgando en el aire entre ellos antes de enmudecer—. ¡Majestad! ¡Tenéis que salir inmediatamente de la ciudad!

La reina lo miró aturdida y sacudió la cabeza.

—¿Consejero?

—Majestad —repitió, acercándose con largas zancadas—, el rey me envía para mostraros cómo huir de la ciudad.

—¿Huir? —preguntó ella de forma mecánica—. Pero, eso... significa...

—¿Lorry está perdida? —preguntó una dama, con las manos en las mejillas y los ojos llorosos.

—No, no —se apresuró a decir el consejero, para evitar que se desatara el pánico—. Es solo por precaución, nada más. El rey...

Adía entendió la situación de inmediato. Quizá fuera cierto que Tigrán y el ejército podían contener a los enemigos, o quizá había mandado al hombre para ponerla a salvo y que al menos uno de los dos monarcas sobreviviera. Fuera lo que fuera, la reina sintió un tremendo pavor que le revolvió el estómago y, adoptando una postura que esperaba fuera lo más egregia posible, dijo con aplomo:

—Condúzcanos, consejero. Niños. —Se giró hacia los pequeños—. Tomaos de la mano y no os separéis lo más mínimo. Amigas mías, aseguraos de que ninguno se pierda.

—Pero, Majestad, nos retrasarán...

—No me importa —replicó Adía, recalcando sus palabras al coger en brazos a una pequeña—. Los niños ya han sufrido demasiado. No los dejaré aquí.

El consejero vio en los ojos de la reina la más absoluta de las determinaciones y entendió que era inútil discutir, así que asintió.

—Por aquí. Seguidme —indicó.

Les llevó hacia la parte norte de la ciudad, situada a la espalda del palacio, atravesando los terrenos donde los escuadrones de caballería realizaban sus ejercicios.

—Consejero —dijo la reina, extrañada—, la parte norte de la muralla no tiene portón...

—Lo sé, Majestad —contestó—. Pero hay una forma de salir, se trata de un engaño.

La comitiva se dirigía hacia el torreón que, adosado a la parte interior del

muro, se elevaba sobre el terreno circundante permitiendo obtener una magnífica visibilidad.

—Debéis esperar aquí —ordenó, a unos quinientos pasos del mismo—. Vuelvo enseguida.

El hombre, sin dar opción a réplica, salió corriendo y entró en la torre, dirigiéndose hacia el fondo de la vacía estancia. Abrió una puerta y descendió unos cuantos peldaños, arrugando la nariz ante el intenso olor a brea que le asaltó. Cogió un barrilito de un aparador cercano y, con ayuda de su daga, abrió la tapa, vertiendo el negro y espeso contenido en una especie de palangana que surgía de la pared. Por último, se rasgó su propia camisa e improvisó una mecha, prendiéndola y saliendo con premura.

La reina, callada como los demás, contempló al consejero que volvía corriendo hasta ellos, y, cuando este llegó a su lado sin aliento, le dijo:

—Le ruego que no se asuste..., Majestad. Va a ver algo impresionante...

Así fue. La reina escuchó un rumor que procedía del subsuelo, que creció en intensidad y se convirtió en un tronar retumbante que provocaba que sus pies temblaran por efecto del sonido, como si estuviera teniendo lugar un terremoto. Algún niño empezó a llorar, asustado y, entonces, muchos de los presentes gritaron cuando la inmensa torre empezó a hundirse en el suelo, como si una mano gigantesca e invisible estuviera aplastándola. Nubes de polvo por efecto del desplazamiento de la tierra comenzaron a subir en oleadas, espesando el ambiente y haciéndoles toser, pero nadie se movió, acongojados por el espectáculo.

Cuando el ruido cesó, unos tres minutos después, la reina, con el pelo y el rostro manchado, miró al consejero, la viva imagen de la confusión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Una antigua salvaguarda, Majestad. No hay tiempo para explicaciones. Debéis iros.

El consejero pensó que quizá, más adelante, alguien le contaría cómo el magnífico ingeniero que diseñó las murallas de Lorry había excavado profundos cimientos en la base del torreón septentrional que sujetaban el peso del mismo con vigas y puntales de madera. Se habían untado con brea, listos, cuando fuera necesario, para recibir el fuego que consumiría el armazón y, gracias a los extraordinarios cálculos implicados, haría que la torre se hundiese en vertical, justo en el pozo bajo ella. La parte superior de la torre quedaba así a ras de suelo, permitiendo el paso sin problemas al exterior de Lorry. Se podía, de este ingenioso modo, coger por sorpresa a un enemigo en

caso de asedio que estuviera concentrado en tirar abajo las tres puertas. O, si el sitio iba mal, ofrecía una ruta de escape, como era el caso.

—Vamos —la apremió el consejero—. Debéis iros.

—Decidle a Tigrán que nos refugiaremos en Pedregal.

—Así lo haré.

Haciendo un último saludo, el consejero dio media vuelta, dispuesto a volver a la batalla; ni por un momento había considerado escapar de la ciudad en unos momentos tan críticos. Mirando la espalda del hombre mientras se alejaba, Adía sintió una lágrima corriendo por su mejilla, abriendo un reguero entre el polvo que la cubría.

—¿Majestad? —le preguntó una dama, muerta de miedo.

—Vamos —dijo por toda respuesta, cogiendo la mano de un niño cercano y dirigiéndose hacia el agujero en la muralla.

Metelo calculó que habrían pasado como dos horas desde que se encerró en el armario, cuando los gritos y los choques de acero contra acero cesaron. Se atrevió a abrir, despacito, una rendija y echó una ojeada. No había nadie. Sonriendo, salió y se dirigió a la puerta, pero no llegó a abrirla, porque alguien lo hizo por él. Se quedó helado, inmóvil, incapaz de reaccionar ante la visión que se recortaba en el umbral, un hombre cuyas tripas se derramaban, colgando por una tremenda herida abierta en su gruesa panza, con piernas que se arqueaban, largas hasta el absurdo en comparación con el resto de su cuerpo, y al que le faltaba un brazo a la altura del codo.

Metelo sabía que Abaven retorció la realidad y la vida, pero, eso..., era demasiado para ser contemplado por ojos humanos, y las náuseas se apoderaron de él, haciéndole doblarse con violencia, expulsando un vómito bilioso. La criatura lo contempló e hizo un ruidito, como el entrechocar de unas mandíbulas de insecto, que pareció ser una risita.

—Señor —farfulló Metelo, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Señor Abaven...

—Dime, humano —le ordenó el ser, con una voz profunda que parecía surgir de un hondo abismo.

—Yo..., he sido quien os ha ayudado, mi Señor...

—¿Tú?

—Así es, señor... He abierto la puerta para vuestro ejército...

—¡Ah! —rio de nuevo—. Tú has sido el que me ha ahorrado tiempo, entonces.

Metelo sintió renacer la confianza en su interior y miró a la resplandeciente luz dorada que emanaba el monstruo, levantando la barbilla y mostrando toda la determinación de la que fue capaz.

—Os pido mi recompensa, señor —dijo.

—La tendrás —contestó el ser, adelantándose hacia Metelo—. ¡Oh, sí! La tendrás.

V

—Así fue —concluyó la triste historia el anciano con tono lapidario— cómo un reino surgido de una partida de shikess fue perdido ante las tropas del Enemigo. Este, satisfecho con la victoria en batalla que había obtenido, visitó la ciudad mientras hacía que sus tropas corriesen desbocadas por sus calles y casas, buscando cualquier persona viva para derramar su sangre y nutrir su ejército. Fue ahí, en Lorry, cuando decidió que no necesitaba más cuerpos para su ejército que los de los humanos, y derramó su luz dorada sobre los cadáveres de mujeres, hombres y niños para que se levantaran y tomaran las armas en su nombre.

»Aún cometió una profanación más sobre la carcasa muerta de la ciudad, porque fijó sus ojos en el hermoso faro de Lorry y le pareció un maravilloso sitio desde el que gobernar el mundo que planeaba conquistar. Esa noche, cuando cayó el sol, las luces multicolores no se desperdigaron en la distancia desde la torre, sino que fue el Enemigo mismo quien se instaló en su cumbre e hizo que las lentes potenciasen y ampliasen su fulgor, de forma que su luz de enfermizo oro llegó a casi todos los rincones del reino, como heraldo de los acontecimientos que no habían hecho más que empezar.

Suspiró y bebió un vaso de agua, refrescando su seca garganta. Apesadumbrado y abrumado por los recuerdos, se rascó el pecho, buscando la mejor forma de continuar la historia, y los jóvenes permanecieron expectantes.

La muchacha pecosa vino en su auxilio.

—¿Por qué Baako no acudió en defensa de Lorry? —preguntó, provocando la sonrisa del anciano ante su inocencia.

—Querida mía —contestó—, la distancia entre el Rastrillo, muy al sur, y Lorry, en el lejano norte, era tremenda. Solo muy al final Glabro descubrió dónde atacaría el Enemigo... dónde caería en la tierra para dar inicio a su conquista. Cuando Baako y sus guerreros tuvieron noticia de lo que había pasado, el Enemigo ya gobernaba con puño de hierro las baldías tierras del otrora hermoso reino de Lorry. Su dorada oscuridad se había extendido a todos los confines del país, y amenazaba las fronteras del mismísimo Imperio vetero.

»Pasaría un tiempo hasta que Baako supiera de todo ello...

LA CACERÍA DE LOS LÁTIGOS

Baako dio un paso atrás volviendo a refugiarse en las sombras del callejón y se bajó la capucha, descubriendo sus afilados rasgos.

—¿Seguro que esta es la caravana? —preguntó, señalando una pequeña comitiva compuesta por cuatro mulas de alforjas cargadas hasta los topes, un palanquín transportado por cuatro musculosos jóvenes negros y una fila doble de diez esclavos con los cuellos encadenados entre sí. El conjunto estaba rodeado por cuatro guardias a caballo, malcarados y de aspecto duro, que procuraban despejar la amplia avenida por la que circulaban, camino de la salida de la ciudad.

—Pero bueno, hombre —replicó Enu, socarrón—, ¿cuándo me he equivocado?

Baako asintió haciendo una mueca. Su hermano tenía razón; en los últimos cuatro años, había demostrado una gran pericia a la hora de rastrear a los adoradores de Abaven ocultos entre los Tanasha-Shi. Las presas no habían sido demasiadas: tan solo dieciséis de esos canallas habían caído, pero la culpa no era de Enu. Se ocultaban demasiado bien y dejaban pocas pistas que seguir, así que las operaciones implicaban una gran cantidad de investigación, confirmación y preparación.

Su trabajo era acabar con los fieles de Abaven de una forma sigilosa, quirúrgica, para evitar que otros potenciales objetivos pusieran pies en polvorosa. Con todo, Baako se preguntaba cuándo empezarían a sospechar que los estaban cazando, dado que el número de muertos entre ellos empezaba a acumularse demasiado como para considerar que no eran más que ocasionales rebeliones de esclavos.

Esa tarde, los hermanos estaban acompañados por Jasira, una luchadora feroz con sus dos espadas cortas, Cheeka, beldad siempre sonriente experta en el lanzamiento de dagas y gran esgrimista, y Mamadou, un gigante silencioso y taciturno que abría cabezas con su porra como si fueran peras maduras. Por supuesto, también estaba Deka, que guiñó un ojo a Enu e hizo un signo que indicaba que estaba preparada; era su apoyo en la distancia porque, aun en una noche sin estrellas, era capaz de acertar con su arco a una distancia de más de trescientos pasos. Montó en su yegua castaña y le apretó los flancos, haciéndola galopar para adelantar la caravana del Tanasha-Shi.

Los siguieron con calma, con aspecto casual, llevando a sus monturas de las riendas y parándose de vez en cuando para contemplar los tenderetes

cuyas lonas se agitaban debido al viento que provenía del Mar Calmo.

Cuando la caravana del esclavista abandonó los límites de la ciudad, la partida de Baako esperó un tiempo prudencial y, subiendo a los caballos, tomaron el camino polvoriento, en el que se arracimaban nubecillas de tierra provocando un efecto atosigante que los obligaba a cubrir sus caras con pañuelos para evitar que se les metiera en la boca. Habían examinado la carretera, si se le podía llamar así, ese mismo día por la mañana y decidieron que el mejor sitio para atacar era un recodo del camino, una zona en la que un pequeño bosquecillo de arbustos parecía abalanzarse sobre la vía, donde Deka estaría agazapada para lanzar sus flechas de ser necesario.

Alcanzaron al Tanasha-Shi, que viajaba con toda tranquilidad en el interior del palanquín, y Baako gritó para llamar su atención:

—¡Ayub! ¡La justicia viene por ti al fin!

—Algo rimbombante, ¿no? —dijo bajito Enu con una risita, lo que hizo que su hermano le mirara con seriedad.

Los cuatro guardias pararon en seco sus caballos y volvieron grupas para encararse a los recién llegados. De inmediato, sacaron sus espadas de filo curvo y Baako sonrió con ferocidad, echando mano a la empuñadura.

—¡Esto no va con vosotros! —les advirtió—. ¡Marchaos, e id en paz! ¡O quedaos y morid!

Uno de ellos se colocó un medio casco de cuero y, tras atarse las correas bajo la barbilla, le mostró el dedo corazón, haciendo constar lo que pensaba de su oferta.

—Muy bien —masculló Baako, desenvainando y clavando los talones en su caballo, que emprendió una rápida cabalgada hacia los guardias. Tras él, de inmediato, se pusieron en marcha los otros, blandiendo sus armas.

Deka salió de su escondite, provocando que los esclavos, que eran los únicos que no estaban mirando hacia atrás, se sobresaltaran. Eran cuerpos macilentos, semidesnudos, marcados por años de vejaciones y malos tratos, que no sabían reaccionar de otro modo que encogiéndose, y algunos se tiraron al suelo, haciéndose un ovillo. Los portadores del palanquín, sin embargo, permanecieron inmóviles, sin atreverse a hacer nada por no molestar al ocupante de su interior, que gritaba algo ininteligible.

El arco cantó y uno de los guardias recibió la flecha en la espalda, haciéndole aullar de dolor y provocando que diera un brusco tirón a las riendas; su caballo se descontroló y dio unos pasos tan erráticos en el galope que acabó desplomándose con un lastimero relincho.

La puerta del palanquín se abrió y Deka, que ya había puesto un nuevo proyectil en la cuerda, apuntó al esclavista.

—¡Quieto! —le espetó.

El hombre, gordo y bajito, vestido con una hermosa túnica del color de los rubíes festoneada de brillantes gotas verdes, levantó las manos y, aunque en sus ojos había un claro deseo de arrancar la cabeza a la mujer, no se atrevió a decir nada.

El acero de Baako chocó con el del guardia, los dos caballos galopando a toda velocidad, y el guardia gruñó por el impacto, mientras que Baako supo aprovechar la inercia del movimiento y, con una flexión del brazo, absorbió el golpe y lo convirtió en un nuevo ataque que su enemigo no pudo evitar. Una gruesa línea roja se abrió a lo largo de su costado y el hombre cayó a tierra unos pocos pasos más allá. Su caballo continuó cabalgando unos instantes, solo, y se paró por fin, libre del peso del jinete.

Enu y Cheeka cabalgaban casi grupa con grupa, como si compitieran por ver quién era el primero en trabar combate, pero Cheeka, como luego le diría su compañero, decidió hacer trampas y, lanzando una risotada siniestra, lanzó una daga de una forma tan precisa que se alojó en el entrecejo del hombre. Su cara adoptó una expresión de sorpresa y aún tuvo un instante de consciencia antes de morir para llevarse la mano al arma que le sobresalía entre los ojos.

Jasira y Mamadou, sin embargo, no pugnaron por el privilegio de acabar con el último de los guardias. El gigantesco guerrero refrenó a su caballo y descabalgó, jugueteando con su enorme porra, dedicándose a ser un mero espectador, porque Jasira, cuando estaba llegando a la altura del guardia, se descolgó por el flanco de su caballo agarrándose al animal con sus piernas. Su oponente no supo reaccionar ante la maniobra y lanzó un tajo desmañado que se perdió en el aire, a la vez que sentía un profundo dolor en la pantorrilla. Con una rapidez inusitada, Jasira le había clavado su arma en la pierna y, enseguida, se había incorporado sobre el caballo y le forzó a dar media vuelta con violencia; si hubiera sido otro el animal, era probable que hubiera caído al suelo, pero Jasira conocía los límites de su montura y la tenía entrenada para operar en circunstancias extremas.

El guardia ni siquiera había empezado a dar la orden a su caballo de girar cuando Jasira le clavó dos palmos de acero entre los omóplatos.

La pequeña refriega había terminado casi antes de comenzar, y Baako se acercó a los esclavos encadenados. Mamadou, por su parte, blandió la porra frente al Tanasha-Shi, al que Deka había hecho arrodillarse, y le exigió la

llave que necesitaba Baako para abrir las cadenas.

—Sois libres, hermanos —les dijo, viendo cómo derramaban lágrimas. Jasira y Cheeka se encargarían de darles instrucciones para comenzar una nueva vida, y Enu confirmó que en las alforjas de las mulas había dinero más que suficiente para que pudieran sobrevivir hasta contactar con las células de la Caravana de la Libertad.

Fue hacia el esclavista. Enu tenía una de sus manos en la calva cabeza del blanco, tamborileando con guasa. Baako sacó con lentitud uno de los cuchillos que llevaba en la banda cruzada sobre el pecho y lo acercó al ojo del hombre, hasta dejarlo a poco más del grosor de un dedo.

—Yo no me movería —le soltó Enu, con una risita.

—Tienes un problema —comenzó Baako—. Y te voy a ser sincero. No verás el anochecer.

El blanco tembló y farfulló algo ininteligible.

—No te esfuerces. Te voy a hacer una pregunta, una sola pregunta, y de tu respuesta depende la forma en que morirás. —Baako acercó el cuchillo y mostró los dientes, amenazador—. Si aprovechas para gritar, tardaré mucho en acabar con tu miserable vida. Si no me gusta lo que me contestas, lo mismo. Tu única opción es decirme lo que quiero oír.

»¿Cuándo y dónde va a tener lugar la próxima reunión de los fieles de Abaven?

El Tanasha-Shi cerró los ojos y comenzó a llorar. Era una reacción muy común entre ellos, porque, como se creían intocables y poderosos, eran incapaces de concebir que una banda de mestizos y negros hubiera descubierto su tan bien guardado secreto.

—En Fauces del Golfo... —contestó en cuanto le bajó la mordaza—. En la siguiente luna nueva.

Había sido fácil. Baako colocó con fuerza su mano sobre los labios de Ayub para evitar que ni un gemido se le escapara cuando clavó el cuchillo entre sus costillas, rasgando la carne hasta llegar al corazón, que se detuvo para siempre.

Limpió la sangre en la ropa del muerto y se giró hacia Enu, que estaba registrando el interior del palanquín y sacaba de un peueño joyero un anillo con una gruesa piedra engarzada.

—No ha sido tan difícil —comentó, colocándoselo en la mano—. ¿Crees que le gustará a Deka?

—No me cabe duda —contestó Baako, sonriendo y mirando a Deka, que

estaba dando de beber agua a los esclavos recién liberados—. Bien, vamos a ver qué encontramos.

Entró en el palanquín para buscar documentos y pistas que les permitiesen seguir avanzando en sus indagaciones sobre los servidores de Abaven.

Tuvo suerte.

El transporte tenía un pequeño escritorio y, sobre el mismo, había un libro junto a un tintero de oro, que hizo que Baako casi estallara en carcajadas. Se preguntó cómo el gordo blanco podía haber sido tan estúpido, porque lo que tenía ante él era un diario de sus actividades como adorador de Abaven.

Que contenía ritos, nombres y lugares.

—Es un filón —decía Deka, mirando el libro en la taberna en la que entraron después de volver a la ciudad—. Un filón de oro.

—Hablando de oro —dijo Enu, sacando el anillo y ofreciéndoselo a Deka, que le dio una palmada burlona en el pecho.

—¡No me digas cuánto te ha costado! —bromeó—. Si me sigues regalando cosas así, te vas a arruinar.

Se lo colocó en uno de los dedos que aún tenía libre de joyas, mientras los demás celebraban la broma y levantaban sus vasos de cerveza, brindando por los enamorados.

Deka besó con fogosidad a Enu y le dio un cachete amistoso, provocando nuevas risotadas.

—Como decía —continuó Deka volviendo al tema del libro que habían obtenido del Tanasha-Shi—, aquí tenemos todo lo que hemos estado buscando estos años.

—Casi parece que nos lo hayan dejado a posta —dijo, sombrío, Baako.

—¡Oh, vamos! —replicó Enu, acercándole otra jarra—. ¡Siempre tan optimista, tú!

Baako asintió, pero no dijo nada. Fuera o no una trampa, tenían que seguir las pistas contenidas en el libro. Si acaso, extremarían las precauciones.

—Habrà que llevárselo a Horacio. Para que hagan copias que se repartan entre las demás unidades.

Deka asintió, cerrando el volumen. Por ese día, ya bastaba de trabajo. Sus ojos se posaron en uno de los clientes, que los miraba con curiosidad. En la zona más al sur de la región era habitual ver libertos andando con libertad por las calles, pero siempre había blancos que no estaban muy contentos de ello. Ella levantó la cabeza, en un gesto de desafío y el hombre apartó la mirada,

pareciendo quedar absorto en su bebida.

—Estaba pensando —dijo Cheeka, acariciando el borde de su jarra con el dedo—, que me gustaría ver Dorado. Soy la única que no la ha pisado.

Baako la miró mordisqueándose un labio. Cheeka era muy eficiente en lo que hacía, pero su naturaleza revoltosa tendía a complicar innecesariamente las cosas, y dejar que fuera a la ciudad donde estaba el cuartel general de los Látigos Libres, como se hacían llamar con jocosidad, con un cargamento tan valioso...

—Vamos, vamos, Baako —dijo ella, golpeando la mesa, adivinando lo que pensaba—. Entiendo a la perfección el valor del libro. No me voy a desviar para hacer alguna chiquillada y acudiré directa a La moneda de Bronce.

—¡Si ni siquiera sabes cómo se llama la casa de Horacio! —se mofó Enu.

—¿De oro? —intentó rectificar ella.

—Cobre —sentenció Baako—. Ya hablaremos sobre quién va a Dorado.

Lo cierto era que él mismo tenía ganas de volver a ver a Horacio. Hacía año y pico que había estado en su casa por última vez, y echaba de menos su capacidad organizativa, su inteligencia y, también, su afabilidad, largueza y buen humor. Quizá era hora de que todo el grupo fuera a Dorado. Un pequeño y bien ganado período de descanso.

—Lo pensaré. —Se levantó bostezando. Tenía mucho sueño y ansiaba tumbarse en el catre de la habitación que tenía reservada en esa misma posada.

Cogió el libro y se despidió de ellos, desvistiéndose con prontitud y tirándose en la cama, pero el sueño, pese a su cansancio, se negaba a acudir. Vueltas y más vueltas en el lecho le hicieron comprender que no iba a poder dormirse, y la cabeza le bullía con planes, recuerdos y pensamientos a cada cual más variado. Parecía increíble que, momentos antes, pareciera a punto de derrumbarse.

Se acercó a la ventana, por donde se filtraban unos pálidos rayos de luna plateados, y comenzó a hojear el libro.

La mayoría del mismo suponía un perfecto bálsamo para curar el insomnio, porque, en líneas generales, se trataba de una sucesión de nombres y números agrupados en columnas, relativos a cuestiones tan aburridas como el envío de cargamentos de grano. Pero, entre las inscripciones de carácter contable, también se incluían, salpicando el texto aquí y allá, descripciones de rituales de consagración a Abaven, himnos y loas a su blasfemo dios y, más

importante, nombres de aquellos que compartían sus creencias, incluyendo los lugares donde vivían.

Baako leyó con avidez los pasajes más interesantes, tomando notas de vez en cuando, pero mantuvo la pluma en el aire, con la mano temblando, al leer un nombre del que no se había acordado en mucho, mucho tiempo.

—Melek —susurró, con los labios entreabiertos.

El nombre del amo que tuvo cuando era niño y le separó de su madre Efua para venderlo a Krikor. Melek Serroniano aparecía en la relación, y sintió un fuego en el pecho que le subió por la garganta, obligándose con toda su fuerza de voluntad a no gritar.

¿Cuánto había pasado? Quince años. Quince años desde que vio por última vez a su madre, que lloró y aulló tendida en el suelo implorando a su amo para que el niño se quedara junto a ella. La amargura de un recuerdo infantil le invadió y le hizo llorar, porque se había resignado, hacía mucho tiempo, a no saber nada más de Efua. Por supuesto que la había buscado, pero en la ciudad en la que él había vivido sus primeros años no sabían nada de ella o el amo; se habían esfumado, y ahora...

Tomó una decisión que compartió con los demás por la mañana.

—Iréis todos a Dorado —les dijo.

—¿Y tú? —preguntó Enu, con un pastelito a medio camino de la boca.

—Tengo que hacer algo. Es personal.

Baako esperaba que eso zanjara la cuestión y no implicase preguntas, pero no dio resultado.

—¡Ah, no! —protestó Enu—. Voy contigo, a lo que sea.

—Lo mismo digo —se sumó Deka, asintiendo con fervor.

—No, hermanos míos. Debéis llevar el libro a Dorado y hablar con Horacio sobre cómo podemos sacarle un buen partido. Nuestras acciones quizá comiencen a levantar sospechas entre los seguidores de Abaven, y si descubren que tenemos esta fuente de información —dijo, señalando al libro que había bajado consigo, no queriendo dejarlo en la habitación—, es posible que huyan como ratas.

—Coincido —asintió lacónica Cheeka, aunque lo que ella quería, en realidad, era no verse arrastrada lejos de la ciudad que anhelaba ver.

—Partiré hoy mismo, en cuanto terminemos el desayuno. —Baako movió los brazos ante sí, dando a entender que no admitiría réplica.

—Hermano. —Enu le colocó la mano en el brazo con cariño—. Eres tan duro de mollera que parece que la tengas de granito. Así que, por lo menos,

dinos adónde viajarás. Prometo no seguirte, pero quiero saber cuál va a ser tu destino.

Él lo miró con ternura. Desde que evitó que fuera sacrificado, un lazo fortísimo se había establecido entre los dos, y eran muy pocos los días que habían estado alejados uno de otro. Ahora, sin embargo, el destino había deparado a Baako un objetivo que discurría por otro camino.

—Narvales —contestó, refiriéndose al nombre de la ciudad en la que el libro señalaba que estaba Melek.

—¿Narvales? —se asombró Jasira—. Eso está más allá del golfo...

Baako asintió.

—Sí. Lo que me recuerda que también hay que preparar el ataque contra la reunión de Fauces del Golfo. —Baako apuró la infusión de menta y empujó el libro hasta la mitad de la mesa—. Hermanos, os confío esto. Regresaré a vosotros lo antes posible, pero..., lo que tengo que hacer...

—Es asunto solo tuyo —concluyó Deka, provocando que él asintiera con energía.

Cuatro días a caballo desmontando tan solo para dormir habían dejado a Baako las posaderas y la espalda en una condición lamentable. A pesar de su buena forma física y de las largas distancias que tanto él como su grupo recorrían sobre los animales, el continuo bamboleo de la montura le martilleaba en las vértebras de tal manera que parecía que alguien estuviese dándole un golpecito tras otro en la columna.

No obstante, estaba satisfecho porque había dejado atrás las aglomeraciones ciudadanas que se encontraban en la entrada del Golfo del Rastrillo, en el Mar Calmo, donde desembocaban los numerosos ramales del río Verde y que hacían del comercio marítimo con las ciudades costeras del continente su principal fuente de ingresos.

Para llegar a Narvales, debía cruzar una zona agreste y montañosa, habitada por muy poca gente, cazadores en su mayoría. El lugar, por otro lado, podía albergar bandidos, por lo que Baako penetró en la región con los sentidos alerta y la mano sobre la empuñadura de la espada, dispuesto a desenvainarla al menor atisbo de peligro.

Sin embargo, cuando sacó su arma no fue por lo que esperaba, sino que se debió a un rugido bajo pero amenazador que surgió de entre las rocas, a su derecha. Frenó al caballo con un tirón de riendas y giró despacio la cabeza. Unos ojos le contemplaban, unos ojos de felino atentos a cualquier

movimiento que hiciera.

El animal salió poco a poco de detrás de las rocas donde se ocultaba y Baako contempló su cuerpo esbelto, de largas patas y cuerpo moteado que culminaba en una cabeza hermosa y estilizada.

Humano y guepardo se contemplaron, midiéndose, y Baako escuchó detrás de la fiera unos gañidos procedentes, sin duda, de sus crías. Se había metido en su territorio, y la madre no estaba dispuesta a poner en peligro su camada. Comprendía que la guepardo en realidad no era su enemiga, pero tampoco iba a dejar que acabara con su vida, así que permaneció inmóvil, sin saber muy bien qué hacer.

Tras unos minutos de tenso enfrentamiento visual, en los que el caballo mostró mucho más aplomo del que se le podía haber supuesto, la magnífica criatura pareció aburrirse y dio media vuelta, entrando a la cueva donde sus hijos la esperaban.

Baako respiró aliviado y creyó que quizá estaría bien dejarle un presente, así que echó mano de sus alforjas y sacó un pedazo de carne de vaca curada, depositándola en el suelo. Confiaba en que le resultara un regalo provechoso y retomó su camino.

Sin embargo, la tranquilidad le duró muy poco, porque no había avanzado ni media hora cuando volvió a sentir que alguien, o algo, le observaba. Sintió, más que escuchó, el silbido de una flecha y se echó a un lado en su montura, esperando que no le acertara. Por fortuna, el tirador o bien estaba avisándole, o bien tenía una puntería muy mala, porque el astil quedó clavado en el suelo a cinco pasos por delante de él, temblando.

Descabalgó de un salto, sintiendo la energía desbordarse en su interior y se refugió tras el caballo, confiando en que su asaltante, o asaltantes, no quisieran matar al animal.

—¡Sal! —gritó, desafiante, pero no obtuvo respuesta.

Por el momento, no volaban más flechas, así que se asomó por detrás de las grupas del caballo, mirando hacia donde suponía estaba el tirador, pero no vio nada.

—¡Vamos, da la cara! —insistió, de nuevo sin respuesta.

Estaba en un punto muerto, así que se decidió a romperlo y rodó para ofrecer un blanco lo más pequeño posible hacia un lado del sendero, refugiándose tras un arbusto. Miró alrededor y comenzó a trazar un plan de acercamiento hacia su enemigo invisible. Este seguía sin dar señales de vida y Baako avanzó poco a poco, con infinita paciencia, ladera arriba, siempre a

cubierto de cualquier posible impacto.

No obstante, cuando llegó al sitio que había creído era el refugio del tirador, este estaba vacío y Baako hizo un mohín de sorpresa que se trocó en fastidio cuando una voz, a su espalda y por encima de él, le dijo:

—¡Quietecito! A esta distancia seguro que te atravieso.

Levantó los ojos hacia el asaltante y vio a un hombre delgadísimo, mestizo como él, vestido solo con un taparrabos de sucio aspecto. Su piel estaba cubierta por el barro y la inmundicia, y su cabeza estaba ornada por una larga cabellera recogida en rastas que parecían confundirse con su enmarañada barba. Le apuntaba con un arco de tosco aspecto pero, como había dicho, letal a esa distancia tan reducida.

—¿Qué quieres? —preguntó Baako.

—Vas a dejar el caballo y todo lo que hay en las alforjas y te vas a ir si no quieres que te clave una flecha.

—¿Sabes lo que te pasará si fallas al disparar? —Aunque levantó las manos, lo dijo con un tono de claro desafío.

—¿Y tú sabes lo que te pasará si acierto?

Baako iba a responder con un sarcasmo, pero no le dio tiempo, porque la guepardo salió de la nada y se abalanzó sobre el hombre sin emitir un sonido, pillándolo por sorpresa y derribándolo. Baako no podía ver qué pasaba, pero un rugido breve precedió al aullido de terror del hombre y, luego, fue sustituido por un sonido como el de un fuerte chasquido.

Instantes después, el animal apareció en su campo de visión, con las fauces manchadas de sangre y, caminando con un toque majestuoso hacia Baako, descendió por las rocas con gran agilidad.

Él continuaba con las manos levantadas, sin atreverse a bajarlas para alcanzar su espada, así que estaba por completo a su merced, pero, cuando estuvo a escasos diez pasos de Baako, la guepardo se tumbó y empezó a lamerse una pata.

Pestañeó, como no pudiendo creer lo que estaba pasando y comenzó a darse la vuelta, pero se lo pensó mejor. No quería ofrecerle la espalda, así que retrocedió y el animal levantó la cabeza, con las orejas tiesas. No parecía agradada, y Baako se quedó inmóvil de nuevo.

Probó una nueva estrategia y se sentó sin hacer movimientos bruscos. Sabía que, si decidía atacarle, estaba muerto, porque en un solo salto llegaría hasta él antes que pudiera desenvainar su acero, y comprendió que solo podía esperar a que la situación desembocara en lo que fuera.

Contempló a la guepardo, como hechizado por la belleza de su pelaje y sus grandes ojos... Y vio algo en ellos que le dejó helado.

En sus pupilas marrones había motas del color de la plata bruñida, y Baako recordó de inmediato las lecturas de Glabro sobre los enemigos de Abaven.

Lo contempló durante un buen rato, pensando en lo que estaba viendo, y por fin el animal pareció aburrirse, como antes, y se levantó estirando el lomo, lanzándose a una carrera en la que hizo gala de una enorme velocidad en cuanto dejó atrás las rocas, en el sendero. Baako vio cómo se alejaba, fascinado, y regresó hasta su montura. Por fortuna, el caballo no se había movido más que unos pocos metros para mordisquear unas plantas.

El resto del camino transcurrió sin incidentes. Las formaciones rocosas que acababan en los acantilados que caían a pico sobre el Mar Calmo daban paso a una planicie de estupendas tierras para el cultivo, y los campos aparecían plenos de cosechas, con campesinos esclavos aquí y allá afanándose en las tareas agrícolas.

Narvales se erguía tras los acres y acres de parcelas, junto al mar; como sus hermanas de más al norte, se dedicaba al comercio marítimo, pero se centraba más en la importación de productos lujosos a cambio de los beneficios de sus grandes excedentes agrarios. Era una ciudad próspera, autónoma como todas las del Rastrillo, con el gobierno en manos de los Tanasha-Shi. Baako sacó el collar falso que lo identificaba como liberto con licencia de debajo de su camisa para que fuera bien visible y, con gesto de disgusto, se dirigió hacia la puerta de la ciudad.

Echó un vistazo y se decidió por una tienda cercana que, según parecía por lo expuesto en el escaparate, vendía de todo. Al entrar, casi chocó con un hombre y, pidiendo perdón, se hizo a un lado.

—Perdone —musitó con la cabeza baja, interpretando el papel de lo que se suponía tenía que ser, un inferior a los amos blancos.

—No pasa nada —respondió, y la voz le hizo levantar con brusquedad la cabeza. Baako se preguntó de inmediato por las posibilidades de encontrarse con Melek a la primera de cambio. Pero, en efecto, ahí estaba, ante él, como lo recordaba, si acaso más viejo y con menos pelo en la cabeza. Pero sus ojos verdes y grandes sobre un rostro cuadrado..., no había duda. Era Melek.

Baako se controló y, después de unos instantes, salió de la tienda para seguirle tras dejar atado su caballo en un poste cercano. Melek no sospechaba

que alguien pudiera ir tras él, así que caminaba despreocupado, mirando algunos de los tenderetes callejeros. Entró en uno de los muchos temples que existían en el Rastrillo, edificaciones pequeñas con salas individuales en las que los fieles podían manifestar su fe de forma privada a cambio de un pequeño donativo, y Baako aprovechó el momento.

Dejó pasar unos instantes y entró en la capilla en la que estaba Melek, asegurándose que nadie lo veía. Con celeridad, sin que se percatara siquiera, inmovilizó al hombre y le puso su cuchillo en el cuello para reforzar su advertencia:

—No hables hasta que te lo diga.

De repente, sintió la boca seca, como si fuera la primera vez que interrogaba a uno de los Tanasha-Shi. Se sintió torpe, como un muchacho núbil, y durante un rato no dijo nada, provocando que Melek se removiese inquieto. El movimiento le hizo salir de su estado.

—Quieto —ordenó, atreviéndose por fin a preguntar lo que quería y no quería saber a un tiempo—. ¿Dónde está Efua?

—¿Qué? —preguntó Melek, tras carraspear.

Baako pinchó el cuello y una gota de sangre se deslizó hacia el jubón del Tanasha-Shi.

—No juegues conmigo —le advirtió—. Efua. Tu esclava.

—Sí, sí, Efua. La recuerdo..., fue mi esclava, sí.

—¿Fue? —No le gustó que Melek hubiera utilizado el pasado.

—Murió.

Baako no sabía si sentir alivio, tristeza, o ambas cosas a la vez. Alivio, porque su madre no sufría más como esclava. Tristeza, porque confirmaba algo que se había imaginado.

—¿Cómo... cómo murió? —dijo, con un hilo de voz.

—¿Por qué...? Espera, ¿quién eres?

—No te importa.

Melek se atrevió a girarse, aunque ello implicó que se rasgara él mismo la piel con el cuchillo, con lo que lanzó un pequeño gemido.

—¿Quién eres? —preguntó, mirándolo con los ojos muy abiertos, en los que pareció brillar una luz de comprensión—. ¿Baako?

El joven casi se cae desmayado. Tras tantos años, Melek recordaba su nombre. Superado por los acontecimientos, dio un par de pasos hacia atrás, golpeando la puerta de la capillita con la espalda y bajando el cuchillo. Era como si volviera a ser un niño, y recordó, quizá distorsionadas por las

neblinas que provoca el paso del tiempo, cómo Melek le cogía en brazos, le regalaba juguetes de madera, le... besaba en la frente con el amor de un padre...

—Hijo mío —le dijo Melek, y Baako, con las piernas flojas, comenzó a resbalar hacia el suelo hasta caer sentado, con los ojos humedecidos.

—No. No eres mi padre —replicó, pero sin fuerzas.

El hombre se arrodilló junto a él y le cogió las manos.

—No hay día que pase que no me arrepiente de haber hecho...

—Mientes —le interrumpió, siseando, Baako—. Eres un Tanasha-Shi, un demonio aullador.

—Así nos llamáis, sí, pero somos humanos como vosotros, Baako.

—¡No! Nosotros no esclavizamos. Nosotros no matamos por el placer de hacerlo.

La rabia lo había poseído y, de un manotazo, apartó el brazo de Melek, que meneaba la cabeza con gesto triste.

—Tu madre no pudo soportar perderte, Baako. Enfermó, pero no pude hacer nada. A mi modo, la quise.

—¡Más mentiras!

—No, Baako —dijo—. Sé lo que piensas de mí, pero tú eres mi hijo, y te amé más que a nada en este mundo. Cuando tuve que... apartarte de mi lado... Efua me recordaba a ti...

Baako no pudo aguantar más y se lanzó a su cuello, aferrándolo con una presa de hierro. La inercia del brusco movimiento los hizo caer al suelo, y el joven se sentó a horcajadas sobre Melek, que no hizo ademán de liberarse aunque no recibía una gota de oxígeno.

—Mientes. Mientes. Mientes —repetía una y otra vez Baako, pero, al final, no pudo culminar el asesinato y se derrumbó, largo como era, junto a Melek, en el suelo, llorando. Sintió la mano del hombre en su cabeza, mesándole los cabellos.

—Chist, hijo mío, tranquilo. Tranquilo.

Baako se preguntaba cómo podía estar pasando. Había aceptado el consuelo paternal de Melek y había asentido de forma mecánica, aturdido aún, a acompañarle a su hogar. En contra de lo que había imaginado, era una casa pequeña, similar a todas las que le rodeaban, sin ningún criado o esclavo a la vista. Era oscura, porque se encontraba en una zona en la que el sol no incidía de forma adecuada, bastante desordenada, y provocó la extrañeza del

joven.

Se sentó a una mesa vieja y carcomida y Melek le sirvió un vaso de vino picado. En ese momento, Baako se percató de las ropas del hombre, que si bien no estaban sucias ni avejentadas, eran de una confección basta y materiales baratos.

Recordaba que la casa de Melek en la que vivió cuando era un niño era grande, una finca con amplias estancias, pero eso...

—No tengo muchas comodidades —dijo, casi con un deje de vergüenza—. Vivo con lo que me queda.

—¿Ya no tienes esclavos que vender? —La furia había vuelto a él y lo preguntó con rencor.

—No —respondió—. Hace muchos años que los dejé marchar, libres.

—¿Qué? —inquirió Baako, atónito.

—La muerte de tu madre me conmovió más de lo que creía —explicó Melek—. Sentí que el amor que ella sentía por ti era algo sagrado, más puro que nada en este mundo... y que era lo que le había causado la muerte. Quizá no me creas, pero lloré cuando encendí su pira funeraria y esa misma noche decidí que no podía seguir siendo la misma persona.

—¿Y los liberaste? —No pudo evitar el tono burlón, aún sin creerle—. ¿A todos?

—Sí. —Rodeó su jarra con las dos manos—. A todos ellos. Les di la libertad y sentí que lo menos que podía hacer era ofrecerles algo de oro para que fueran tirando. Vendí mi casa y mis posesiones y me fui de la ciudad.

—Y acabaste en Narvales.

—Así es. Me quise alejar de las zonas centrales del Rastrillo, donde la esclavitud de tu raza es más dura.

Baako no sabía si estaba escuchando la verdad y sacudió la cabeza, como despejándose de un mal sueño. Decidió dejar el juicio sobre eso para más tarde y cambió con brusquedad de tema:

—¿Y Abaven?

Fue entonces Melek el que pareció desarmado, quedando con la boca abierta.

—¿Cómo sabes...?

—¿Qué cómo lo sé? —preguntó iracundo Baako, levantándose con las palmas apoyadas en la mesa—. Porque lucho contra sus malditos seguidores, ¡por eso lo sé! ¡Contesta! ¿Qué tienes que ver con Abaven?

—Yo...

—¡Habla, maldita sea!

El labio inferior de Melek temblaba, y Baako creyó que se debía a que todo era una enorme mentira desmontada por la revelación de su conocimiento de la impía fe. De un manotazo, tiró la jarra, que se hizo mil añicos contra el suelo.

—¿También me vas a contar un bonito cuento?! —bramó.

—Abaven... Dejé de creer en él —respondió, meneando la cabeza a un lado y otro.

—¿Y por qué estás en los diarios de Ayub?

Melek reconoció el nombre y a sus ojos asomó el temor cuando preguntó:

—¿Saben que estoy aquí?

Baako calló, porque pensó que su miedo era genuino, pero no dijo nada. Durante unos segundos, el silencio se instaló entre los dos, permitiendo que las voces de la calle se filtraran al interior de la casa.

—Pongamos que te creo —concedió por fin el joven.

—Es la verdad, Baako. Nunca estuve especialmente ligado al culto de Abaven; era más bien una especie de obligación..., como si fuera algo que se esperaba de mí y de mi raza.

—Ya.

—Siempre me resultó una religión extraña, de la que me atraían las promesas de poder, sobre todo. Pero también me disgustaba el mensaje que yacía por debajo de todo ello: la sumisión de todo, la celebración de la muerte como ofrenda... Entendía que las ideas sobre Abaven casaban con la forma de organizar nuestra sociedad esclavista, pero se hablaba demasiado de derramar sangre en ellas.

»Cuando tu madre murió, decidí cortar todo lazo con mi antiguo yo. Y eso implicaba abandonar el culto. Un culto del que, por otra parte, nunca formé parte muy activa.

—¿No te reunías con ellos en sus ceremonias? —preguntó Baako.

—Solo una vez, poco antes de... venderte. —Bajó la cabeza apesadumbrado—. Fue más bien una reunión de negocios, en la que hablamos de operaciones comerciales.

Baako reflexionó sobre la conveniencia de dejar con vida a Melek. Su instinto le decía que su padre, palabra que aún le sonaba extraña al pensar en ella, le estaba diciendo la verdad, que su contrición era sincera, pero no podía arriesgarse a que pudiera contar a los seguidores de Abaven que estaban tras su pista permitiéndoles así adoptar una defensa eficaz.

—Sé lo que piensas —dijo Melek—. Y no puedo decir nada que te convenza de que no supongo ninguna amenaza. Así que me ofrezco a ti como prisionero.

La propuesta pilló por sorpresa a Baako, que no supo qué responder y volvió a sentarse. Melek extendió sus manos, mostrando las muñecas, como invitándole a atarlas con una cuerda.

—Sería digno de ver —se mofó el joven—, a un blanco conducido por mí como un esclavo.

Melek dejó caer las manos sobre la mesa.

—Entonces, solo te queda una opción.

—Matarte —concluyó con rapidez Baako, aunque, en realidad, no quería hacerlo.

Volvieron a callar. Un caballo relinchó en la calle.

—No —dijo por fin el joven—. No te mataré. Vindrás conmigo a Dorado, y te juro que si intentas escapar, te atravesaré de parte a parte.

Melek asintió y se levantó cuando su hijo le indicó que lo hiciera. Se habían invertido los papeles.

—¿Tienes caballo? —preguntó Baako, aunque ya sabía la respuesta que le daría—. No, no contestes. Ha sido una pregunta tonta.

Melek emitió una ligera risita, y Baako se sorprendió frunciendo sus labios en una sonrisa. Tener solo un caballo para los dos no sería un problema, de todas formas, porque su bolsa contenía una buena cantidad de monedas que gastó en un percherón un tanto viejo, para así impedir que se le pasase por la cabeza huir en estampida.

Sin perder un instante más, con la montura de Melek atada a la suya, se pusieron en camino.

A Baako aún le faltaban varias jornadas para llegar a Dorado cuando sus compañeros atravesaron el umbral de La moneda de cobre. Era una tarde lluviosa, y sus capas de viaje estaban empapadas; el agua caía al suelo y formaba charcos que provocaron una mirada medio reprobadora, medio afectuosa, de Horacio.

—¡Quitaos esas ropas o cogeréis una pulmonía! —les dijo, y Enu soltó un falso estornudo que le valió un coscorrón de Dekka.

—No seas payaso —le recriminó, y él se encogió de hombros, burlón.

—¿Y Baako? —preguntó Horacio, con cierto temor en la voz al percatarse que faltaba.

—Está bien —respondió Deka—. Ha tenido que hacer... una cosa.

—Ya veo. —En realidad, no veía nada—. ¿Y qué contáis, amigos míos?

—Esto. —Deka le alargó la bolsa de cuero en la que llevaban el tomo—. Glabro debería estudiarlo lo antes posible.

—¿Qué es? —dijo, sacándolo y pasando las páginas—. ¿Es...?

—Un diario de uno de los seguidores de Abaven —le confirmó Enu.

Horacio silbó con admiración. Todo un golpe de suerte, con numerosos nombres y lugares sobre los que lanzarse.

—Se lo pasaré de inmediato.

Desde que había llegado a Dorado, Glabro no había abandonado la ciudad, inmerso en el estudio de cualquier información o pista, por mínima que fuera, relativa a la oscura religión que combatían. Se podía decir de él que era el jefe intelectual de la organización que, en el campo, comandaba Baako, una organización dentro de la Caravana de la Libertad que operaba con el máximo de los sigilos. Este regalo era mejor que una tonelada de oro, y con toda probabilidad supondría un paso de gigante en la lucha de los Látigos Libres.

Charlaron un poco con Horacio, sobre lo que habían vivido las últimas semanas, y se retiraron a sus aposentos. Deká se encontraba un tanto molesta del estómago y quería tumbarse en la cama. Enu se dirigió a charlar con Glabro.

—Hola, vetero —le saludó, como siempre, haciendo referencia a su lugar de origen.

El antiguo bibliotecario tenía la nariz metida ya en el libro que habían conseguido en el palanquín de Ayub y, mientras que con una mano sujetaba las páginas del mismo, con la otra garrapateaba notas en unos papeles. Levantó la cabeza y sonrió.

—¡Ah, hola, Enu! Ha habido una buena caza, por lo que veo.

—Magnífica, sí —asintió, sentándose frente a la mesa donde Glabro estaba trabajando—. Esto es bueno, ¿eh?

—Mejor que bueno. Solo llevo leídas unas pocas páginas —señaló las que ya había dejado atrás— y tengo los nombres de siete de estos salvajes. ¡Por no hablar de las otras cosas que se dicen en él!

—¿Como cuáles? —preguntó Enu, no muy interesado, rascándose un trocito de carne de entre los dientes con la uña.

—Datos contables. Podemos averiguar de dónde proceden sus fondos. Tengo que confirmarlo, pero me da que son una organización mucho más

estructurada de lo que pensábamos.

—Como nosotros, ¿eh?

—Algo así, sí —asintió Glabro—. Ambas operamos en la sombra, ambas tenemos una estructura, una cadena de mando...

—¿Tienen algún sumo sacerdote o algo así?

—He encontrado referencias veladas a una jerarquía. Cuando lo sepa seguro, te lo diré.

—Vale —respondió Enu, mirando lo que había pescado de su boca y tirándolo a un lado—. Tú dame un objetivo y yo lo atravieso.

Deka durmió con placidez esa noche, pero se despertó poco después del alba, cuando apenas un rayo de luz rosada se filtraba por la ventana. Tuvo que ir corriendo a la palangana, porque las náuseas eran muy fuertes, y vomitó mientras Enu seguía roncando a pierna suelta.

Cuando pasó el dorso de la mano por sus labios sucios de bilis, supo qué le pasaba y se preguntó cómo podía ser posible. No quería quedarse embarazada y se lo había dejado a Enu muy claro, por lo que, cuando se acostaban, él siempre enfundaba su miembro en un pellejo de tripa de buey y, después del sexo, para reducir todavía más las posibilidades, ella tomaba una hierba conocida desde antaño tanto por sus efectos abortivos como por su extremo amargor. Había considerado la falta de menstruación un problema pasajero pero, según había descubierto luego, estaba equivocada.

Su vida no era adecuada para tener un niño, aunque la razón más poderosa para no querer uno estaba en su pasado. Le vinieron unas terribles ganas de llorar, ahí, inclinada, al recordar al hijo que perdió a manos de su amo y, solo gracias a su férrea fuerza de voluntad, impidió el llanto y se incorporó, mirando a Enu en la cama, ignorante del torbellino de emociones que tenía lugar dentro de ella.

Salió de la habitación tras ponerse una bata, llevando consigo la palangana para evitar que Enu se hiciera preguntas, tiró su contenido en el sumidero y se dirigió a las dependencias de la cocina, donde ya ardía un agradable fuego que la confortó cuando se puso a su lado, siendo ignorada por los cocineros que se afanaban entre las perolas.

Embarazada. Embarazada de nuevo.

Se acarició la tripa, pero en su rostro no había felicidad, sino preocupación. Su vientre se hincharía y la nueva vida crecería en ella, impidiéndole en pocos meses luchar contra los malditos seguidores de

Abaven. ¡Ni siquiera podría montar a caballo! Deká estiró sus manos hacia la chimenea, frotándolas para intentar caldear también su interior, sin conseguirlo, y decidió que, mientras su preñez no fuera visible, lo mantendría oculto de todos, sobre todo de Enu, para que no la trataran como una inválida.

En el momento en que adquiriera las redondeces propias de su estado..., ya se vería.

Se encontró con una legañosa Jasira al volver a la zona comunal.

—Sí que has madrugado —le dijo.

Jasira farfulló algo que podía pasar, con imaginación, por un sí. Cuando no estaban embarcados en una misión, no solía levantarse hasta que la mañana estaba bastante avanzada. Se sentó, o más bien se dejó caer, en una mullida butaca y resopló.

—¿Te encuentras bien?

—Me ha bajado la sangre —contestó Jasira, señalándose la entrepierna— y no he dormido nada. Es una de esas veces que parece que te estén clavando hierros al rojo en la tripa.

—Ya veo. —Deká casi sonrió; durante unos meses, a ella no le bajaría nada—. ¿Has probado a tomar una infusión de canela y salvia?

Ella la miró con cara rara, como burlándose.

—Ya pasará —sentenció, malhumorada.

—Vale, vale. Era por ayudar.

—Mañana no me dolerá —dijo con voz más suave, para calmar su brusca respuesta anterior.

Ambas callaron, contemplando a los trabajadores de La moneda de cobre, a la mayoría de los cuales conocían, en pleno trajín. Algún huésped bajó de su habitación y salió a la calle, filtrando la hermosa luz de un día radiante cuando abrió la puerta de entrada a la enorme posada.

—Me voy a vestir. Me apetece dar un paseo —decidió Deká, y Jasira se incorporó tocándose los riñones.

—Te acompaño.

Callejearon un rato y Jasira se paró frente a un armero que proclamaba que sus espadas eran las mejores de toda Dorado a voz en grito. Frunció el ceño y cogió una de las armas que colgaban en el estante, dando un par de tajos al aire frente a sí y dando unos golpecitos en la hoja.

—No está equilibrada —sentenció—, y el filo es quebradizo. Le falta mucho para ser la mejor espada de la ciudad.

—A lo mejor lo es —rio Deká—. Quizá las demás sean peores.

—Es posible, es posible —asintió Jasira mientras el armero las miraba con gesto adusto, pero sin atreverse a replicar vista la soltura que había demostrado la mujer.

Volvieron a caminar, comprando un par de manzanas rojas como rubíes y Jasira se mordió sin querer el labio al dar un bocado a la fruta.

—Joder —masculló, sintiendo la sangre—. La gran Jasira sangra más luchando contra una puñetera manzana que con los fieles de Abaven...

Deká le rio la ocurrencia, pero Jasira la miró con seriedad.

—¿Te preguntas —inquirió— si alguna vez terminará esta lucha contra ellos?

—No —respondió ella—. Simplemente me interesa saber dónde está el siguiente objetivo. Cuando no queden más, habrá terminado.

—O cuando nos maten.

—Sí. También es una opción.

—Iremos a Fauces del Golfo, ¿verdad? —preguntó Jasira, mirando la manzana.

—Sí. Nosotros descubrimos el lugar de reunión, así que nos corresponde a nosotros ir y purgarlos.

Glabro confirmó las palabras de Ayub leyendo su diario. Se había convocado una reunión en la ciudad que les había confesado, pero en los datos del libro también se señalaba que la cantidad de fieles de Abaven sería numerosa, por lo que Horacio les recomendó que acudieran al lugar con refuerzos, y ellos así lo convinieron.

La Caravana de la Libertad tenía un intrincado sistema de mensajería y códigos de cifrado para evitar que sus agentes fueran interceptados y que permitían llevar a cabo con fluidez las operaciones, que era aprovechada por los Látigos para sus propios fines. Se enviaron correos a un par de células de estos que se encontraban en el camino a Fauces del Golfo, indicándoles que tenían que reunirse con la pequeña tropa de Deká, Enu, Jasira, Cheeka y Mamadou. Era extraño salir de misión sin Baako, su líder natural, pero no podían demorarse si querían llegar a tiempo para cazarlos.

Glabro y Horacio los despidieron acompañándoles fuera de la ciudad, deseándoles la mejor de las suertes y, cuando se cansaron de agitar sus manos hacia la partida que, poco a poco, se hacía más pequeña en la lejanía, volvieron a La moneda de cobre.

—¿Aún queda más información en el libro? —preguntó el dueño de la posada.

—Sí. —Glabro asintió—. Estoy centrado ahora en unos fragmentos muy interesantes, pero que me resultan complicados de entender.

—¿Por?

—Incorporan numerosos cálculos matemáticos, pero no son contables. Hacen referencia a cuerpos celestes y mediciones astronómicas, que no son mi fuerte, la verdad. Empiezo a creer que para entenderlos tendré que estudiar lecturas de mecánica astral.

—Pues déjalo para más adelante.

—Es posible que lo haga —dijo Glabro—. Pero me da que es algo de gran importancia...

Llegaron con un par de días antelación, habiéndose unido a ellos los dos grupos con los que habían entrado en contacto. Uno estaba dirigido por el bajito y ágil Memé, y el otro, por la huraña Antea, que hablaba lo justo para ladrar órdenes a los hombres bajo su mando, que obedecían como fieles perritos. En total, sumaban dieciséis luchadores de los Látigos Libres, y aprovecharon para averiguar más sobre su objetivo, porque Fauces del Golfo era una ciudad de tamaño mediano, el típico centro portuario, y la reunión podría tener lugar en muchos sitios.

Se dividieron en grupos de dos y Deka y Enu se acercaron a los muelles. La mujer aspiró el olor del aire salobre y escuchó los ruidos de las gaviotas al caer sobre el agua para pescar su alimento, cerrando los ojos, con la brisa agitando su falda.

—¿Estás bien? —le preguntó Enu.

Ella asintió, sin abrir sus párpados. Se sentía tranquila, en paz, como nunca en mucho tiempo, y acercó su mano a la de su amado, acariciándole los dedos. Él los entrelazó.

—Te amo —le dijo, y él la besó con dulzura, abrazándola.

—Y yo a ti.

Sintió la nueva vida en su interior, que por sus cálculos no podía tener más de tres meses, y le devolvió el abrazo con fuerza, deseando que ese momento durara para siempre.

Los gritos de los estibadores maldiciendo al operador de una grúa de descarga les devolvieron a la realidad y comenzaron su trabajo.

Tenían el nombre del anfitrión de la reunión, un tal Tereksu, y habían

decidido preguntar en el muelle por si tenía intereses comerciales que les llevasen hasta él, así que se acercaron a un hombre vestido con los típicos atuendos de marinero que contemplaba unos sacos de grano con expresión concentrada, mientras un par de esclavos iban cargándolos en el barco frente a él.

—Señor capitán —dijo Enu, cuando llegaron a su lado.

Él los miró de arriba a abajo, entrecerrando los ojos. Un par de mestizos con medallas de libertos al cuello, apenas poco mejores que los esclavos que remaban en la cubierta inferior cuando no soplabla viento que hinchase las velas.

—¿Qué queréis? —escupió, más que preguntó.

—Somos intermediarios —se apresuró Enu a contestar— que buscan un hueco para nuestra mercancía en un barco.

» ¿Es el... —preguntó mientras leía el nombre inscrito en el costado del navío— *Pluma* vuestra nave, capitán?

—Así es. Pero solo llevo mercancía cobrando el pago por adelantado. —Tiró un grueso gargajo al suelo, con desprecio.

Deka cogió la bolsa a su costado y la abrió delante de sus narices, mostrándole el brillo del oro; la expresión del hombre pareció dulcificarse.

—Como puede ver —siguió Enu—, eso no es problema.

—Sí, es cierto. ¿Qué mercancía es?

—Antes de nada —le atajó Enu, mientras Deka apartaba la bolsa de dinero—, tenemos que saber algo que es muy importante para nuestro cliente. ¿Transporta este barco mercancía de Tereksu?

—¿El mercader de aceite?

Habían tenido suerte; ambos asintieron con cara inexpresiva. El capitán miró a su barco y luego, de nuevo a los dos jóvenes.

—No —contestó, mintiendo todas luces—. Solo llevamos grano y vino. Nada de aceite.

—Perfecto. —Enu sonrió mostrando los dientes, dispuesto a seguir con el juego un poco más—. ¿Podríamos cargar, digamos, unas cien ánforas de aceite de nuestro cliente en su bodega?

—Sin problema, sí.

—Una cosa. —Enu agitó con teatralidad un dedo frente a él—. El cargamento no llegará hasta dentro de cinco días. ¿Es eso un problema?

—Coño, pues sí —se azoró el blanco, rascándose la cabeza—. Tenemos que zarpar pasado mañana a lo sumo...

—Hum. —Enu estaba más serio que un ajo y Deka se aguantaba las ganas de reír—. ¿No podría esperar?

—No, nos esperan en Qeshyo en una semana...

—Una lástima, entonces —sentenció Enu, encogiéndose de hombros—. Buscaremos otro barco.

Los dos se dieron la vuelta, a punto de estallar en carcajadas mientras el capitán se quedaba de pie, con la boca abierta, viendo escaparse unas hermosas ganancias que parecía le habían caído del cielo... para luego desaparecer.

—Pobre idiota —susurró Deka, riendo.

—Coincido totalmente contigo —añadió él.

Fingiendo otra vez estar interesados en los negocios de Tereksu, consiguieron averiguar que este tenía una finca en las afueras de Fauces del Golfo, una enorme propiedad en la que los olivos se extendían hectáreas y más hectáreas, donde una legión de esclavos vareaba sus ramas, recogía las aceitunas, las transportaba hasta la prensa y las aplastaba hasta conseguir miles de litros de oro líquido al año que se exportaban a toda la costa sur del continente.

Los pingües beneficios de su negocio le habían procurado los medios para vivir con gran comodidad en su gigantesca mansión, y se decía que todas las noches se veían en ella espectáculos trágicos y cómicos representados por actores invitados de todos los lugares. Según otras lenguas, que dichas funciones eran en realidad bacanales orgiásticas con mujeres, hombres y bestias exóticas a más no poder.

El reconocimiento de la zona, ejecutado con la mayor habilidad, ofreció los datos que precisaban para montar un ataque en toda regla. La condición apartada de la finca les permitía operar como una partida de guerra y decidieron que, cuando tuviera lugar la reunión, se lanzarían a por los fieles de Abaven en mitad de su ceremonia, cogiéndolos a todos en el mismo sitio a la vez. Esperaban que el número de celebrantes fuera lo más numeroso posible, para así dar un golpe fatal a la serpiente.

—¿Qué hay de ese círculo de piedras que has visto? —preguntó Deka a Cheeka después de que esta les describiese cómo era la finca, refiriéndose al círculo de estelas hincadas en un pequeño altozano desnudo de vegetación del que había hablado.

—Si te soy sincera —respondió, meneando la cabeza—, creo que se trata

de un antiguo lugar de poder, o algo así. Las piedras forman un círculo, y tienen dibujos grabadas en ellas. No me acerqué demasiado, porque era posible que me vieran...

—Será ahí —reflexionó Enu, toqueteándose el labio.

Deka asintió:

—Tiene toda la pinta, sí. A lo mejor no fue construido por Tereksu, pero una celebración de los fieles de Abaven sería más... formal... ahí. Ya sabemos que les encanta la teatralidad.

El día de la reunión, antes del alba, dos de los miembros del grupo de Memé se apostaron en las cercanías de la casa vigilando los movimientos en la misma y vieron cómo, conforme avanzaba la mañana, llegaban grupitos de gente blanca a casa de Tereksu, el cual era el encargado en persona de recibirles con grandes y afectuosos abrazos.

Según habían decidido, los demás Látigos permanecerían en la zona norte de la finca, fuera de sus límites para no llamar la atención de ningún capataz y preparados para cabalgar hacia la zona de las estelas. Si la reunión tenía lugar en otra parte, los dos exploradores destacados les avisarían y cambiarían sus planes acorde con la situación.

Sin embargo, Enu había demostrado buena intuición: poco después de mediodía, las puertas de la casa de Tereksu se abrieron, empezando a vomitar a los congregados. Los dos hombres estaban a punto de ir hacia donde estaban los demás, pero uno puso la mano en el brazo del otro y le indicó por señas que mirara otra vez hacia la casa.

De la misma salían soldados armados hasta los dientes y el ceño fruncido, curtidos guerreros que portaban espadas, lanzas, arcos y escudos, enfundados en cotas de cuero y de acero, y que no eran menos de cincuenta.

Los dos Látigos mascullaron una maldición, porque eran demasiados; no habían esperado una guardia tan numerosa y de aspecto tan fiero. Nunca se habían enfrentado a algo más que un par de guardaespaldas de los Tanasha-Shi. Eso era inesperado, por decir algo suave.

Corrieron hasta los demás y antes de subir a las monturas vacías que les esperaban, les dieron las malas noticias, que hicieron que todos pusieran cara de disgusto.

—Quizá hemos pecado de ingenuos —dijo Deka—. Debimos imaginar que una reunión tan numerosa de fieles de Abaven contaría con seguridad extra.

—¿Abortamos? —preguntó Memé.

—No. —Deka meneó la cabeza y mostró la mayor de las firmezas—. No podemos dejar pasar la oportunidad.

—Pero son demasiados —protestó Cheeka.

—Podríamos —intervino Enu— separarnos y cogerlos en el camino uno a uno cuando abandonen la ciudad.

La sugerencia quedó colgada en el ambiente y, tras sopesarla, Deka volvió a negar. Al responder, lo hizo con una furia que la sorprendió a ella misma, presa de un odio irracional que siempre había sentido por los amos pero que nunca la había desbordado.

—¡He dicho que no! Tenemos la ventaja de la sorpresa y, además, ellos lucharán a pie. En cuanto se enteren de nuestro ataque, habremos segado unas cuantas de sus malditas cabezas.

Enu, ante tal despliegue de vehemencia, levantó las manos, apaciguador.

—De acuerdo, de acuerdo. Estoy contigo.

Memé meneó la cabeza, no aceptando del todo la cuestión, pero dijo:

—Mi grupo te apoya.

Antea, que no había dicho palabra hasta entonces, se sumó de una manera gráfica al sacar su ancho cuchillo, pasándolo por la palma de su mano antes de decir, mostrando con ferocidad los dientes:

—Que esta sea la única sangre de los Látigos derramada hoy. Que ellos naden en la suya.

Inflamados por el espíritu vengador, los dieciséis jinetes chasquearon las riendas y se dirigieron al trote hacia el círculo de piedras.

No podían saberlo, pero Ayub era el nudo central de un sistema de comunicaciones entre los seguidores de Abaven. Tal y como Baako temía, sospechaban que alguien les estaba dando caza, porque, a pesar de no tener contactos salvo en contadas ocasiones entre ellos, las noticias circulaban y pronto empezaron a sumarse los rumores que les indicaron que los muertos entre sus filas no respondían a esporádicos estallidos de violencia esclava, sino a algo más ominoso.

Ayub, así, se había encargado de organizar un sistema de mensajería que utilizaba pájaros como correos y, cuando llegaba la fecha de la gran celebración que recordaba las hazañas conseguidas por Abaven en los remotos tiempos antes de la traición de Imala, se le encargó el cometido de mandar confirmaciones de que todo iba bien. Al no recibirse, el propio Tereksu contrató un pequeño ejército de mercenarios que guardase las

espaldas de los hermanos durante sus ritos.

Las armas iban a derramar mucha sangre ese día.

Conforme los Látigos Libres avanzaban por entre los olivares, gritaban a los esclavos negros:

—¡Liberaos, hermanos! ¡Acabad con vuestras cadenas!

Muchos de ellos, extrañados por tal escena, decidieron que ya habían aguantado bastante y soltaron sus capazos llenos de olivas y corrieron junto a los capataces, mucho más escasos que ellos, linchándolos, descargando los golpes que hacía mucho querían haberles propinado. Deka pensó que supondrían una distracción que les permitiera llegar sin problemas hasta el círculo de piedras.

Dejaron atrás las hileras de árboles nudosos e hicieron que sus monturas marcharan todavía más rápido, en un loco galope que hizo retumbar el suelo. El ruido llegó hasta los soldados contratados por Tereksu, desplegados en torno a la elevación, y pronto comenzaron a gritar órdenes para adoptar una posición defensiva.

Los jinetes no se abalanzaron como una única masa, sino que se dividieron en dos grupos compactos, con los flancos de los caballos apretados uno contra otro, y viraron en direcciones que permitían adoptar un ataque de tenaza para evitar que los enemigos tuvieran que preocuparse solo por un frente. Sin embargo, Deka y otros dos de los hombres de Memé frenaron en seco a sus monturas y echaron pie a tierra con agilidad, embrazando sus arcos y comenzando a lanzar flechas contra los soldados.

Cuando Enu, en cabeza, gritando como un poseso, llegó hasta el primer enemigo, había cinco cadáveres de los que sobresalían astiles lanzados por sus camaradas. Agitó la espada en un movimiento descendente y notó con satisfacción cómo dejaba atrás un cráneo hendido mientras, a su lado, los cascos del caballo de Jasira pisoteaban un hombre caído.

La ventaja que les proporcionó la sorpresa duró poco, porque los hombres contratados por Tereksu demostraron profesionalidad y sangre fría, no dejándose llevar por el pánico y plantando cara con sus aceros desenvainados. El mero número les permitió formar un embolsamiento y pronto los jinetes se vieron rodeados, con los caballos sin capacidad de maniobra; Enu vio, con preocupación, cómo también varios de los fieles de Abaven dejaban su lugar en la cima del altozano y bajaban hacia la refriega.

Las piedras, erguidas, contemplaban la batalla sumidas en su eterno silencio, y la sangre empezó a regar la tierra en la que estaban levantadas.

En cuanto tuvo un momento, Enu echó pie a tierra para poder combatir con más soltura, sacrificando la ventaja de la elevación por una mayor capacidad de esquivar, y dando un paso lateral, evitó el filo que venía hacia él, desviándolo con su espada. Lanzó su brazo izquierdo y golpeó, casi de casualidad, el hombro de un mercenario, con tanta fuerza que le giró el torso, abriéndole la guardia. La punta de su acero se hincó en la carne. Junto a él, Mamadou, que también había descabalgado, levantaba su enorme porra con las dos manos por encima de la cabeza y, con un gruñido animal, la dejaba caer con una fuerza salvaje sobre la cabeza de un enemigo, haciéndosela casi desaparecer por efecto del golpe. De inmediato, el gigante barrió frente a sí el cuerpo, que cayó desmadejado, para enfrentarse a otro enemigo, que lo contemplaba con ojos aterrados.

Enu estaba trabado en combate con un blanco habilidoso que gruñía y jadeaba mientras lanzaba uno y otro golpe que a duras penas detenía, cuando oyó un gemido de dolor a su izquierda. Mirando con el rabllo del ojo, vio que un tipo delgado y feo caía con la empuñadura de una daga sobresaliendo de su sien; más allá, Cheeka sonrió y le guiñó un ojo, lanzando otro de sus cuchillos a un hombre que frenó en plena carrera colina abajo al recibir el impacto en el pecho.

Al otro grupo las cosas le iban más o menos igual. Se defendían, y se defendían bien, pero el número de cadáveres enemigos no había mermado su número total de manera decisiva, y algunos de ellos empezaban a mostrar signos de agotamiento tras varios minutos y, lo que era más preocupante, heridas en sus cuerpos. El primero en caer fue Memé, que no pudo hacer frente a tres enemigos al mismo tiempo y, pese a que había vendido cara su vida repartiendo diversos tajos, fue apuñalado varias veces hasta que su cadáver agujereado tocó el suelo.

Deka lanzaba una flecha tras otra, pero los aciertos iniciales habían dado paso a una serie de proyectiles lanzados contra una turbamulta confusa y demasiado móvil, por lo que la mayoría de lo que tiraba acababa en tierra, desperdiciado, como sus dos compañeros. Vio a Cheeka, veloz como un remolino, girando y girando de tal modo que parecía estar danzando poseída por algún espíritu, con sus filos como mensajeros de muerte manchados de escarlata. Uno de los oficiantes del rito miró a Deka y la señaló tras tocar en el hombro a un mercenario. Pronto, seis de ellos se dirigían corriendo hacia Deka y sus dos compañeros, que miraron sus aljabas, casi vacías.

—¡Espadas! —ordenó Deka— ¡Sacad las espadas!

Los tres formaron, inmóviles, con los filos adelantados, preparados para recibirlos, y cuando estos, fatigados por la carrera, llegaron, los recibieron apartando sus armas y contraatacando para intentar igualar el combate lo antes posible. Dekka había echado a un lado la espada del contrario sin problemas y, cambiando con brusquedad la dirección de giro de su brazo, flexionó el codo y adelantó la punta hacia el cuerpo que, aún llevado por la inercia, se empaló en el acero.

Sacó la espada del muerto y se giró hacia el otro enemigo, un tipo fibroso y malcarado que gritó algo haciendo referencia a su madre mientras intentaba arrancarle la cabeza de un tajo. Ella se agachó y notó el aire desplazado por el arma, agitando sus cabellos; lanzó un golpe contra la pierna, pero este se echó hacia atrás con rapidez y respondió con una cuchillada descendente que se clavó en su hombro, arrancándole un grito. La sangre comenzó a manchar su coraza de cuero hervido y notó que el brazo, por fortuna el izquierdo, se le insensibilizaba.

Paró otro ataque dirigido a su costado, y otro más que buscaba el corazón, pero entendió que la pelea no podía durar mucho más. Estaba a la defensiva, y Dekka reconocía que tenía mucha más habilidad con el arco que con la espada. Uno de sus compañeros había acabado con sus oponentes y se giraba para ayudarla, pero llegó tarde.

Dekka sintió que el frío acero le cortaba la carne y se adentraba en las entrañas de su abdomen. Luego, la oscuridad.

Enu, sangrando por varios pequeños tajos, empezaba a maldecir pensando que atacar había sido una mala idea, una idea que les iba a conducir a la muerte. Cheeka había perdido la sonrisa que la acompañaba siempre que combatía y Mamadou, con su maza cubierta de sangre y sesos, parecía ileso, pero solo sería cuestión de tiempo el que varios le atacasen por diferentes lugares y no pudiera retenerlos a todos. Jasira... estaba en el suelo, con la garganta rebanada. Y Dekka...

Miró hacia la zona donde su amada y los otros dos se habían quedado, pero no pudo apreciar nada entre tantos cuerpos que le rodeaban. Detuvo, en el último momento, una espada que se dirigía contra él y respondió lanzándose con toda su fuerza, arrollando al enemigo que cayó al suelo, con él encima. Gritando, se puso de rodillas y clavó la espada en el pecho del otro, atravesándolo, a la vez que sentía un dolor lacerante en el costado. Su oponente le había hincado la espada antes de morir y le había producido otro

corte que le hizo gritar; al echarse la mano a la abertura por la que rezumaba la cálida sangre, esta enseguida mojó sus manos. Era una herida profunda, y Enu se preguntó, al caer de costado, si había llegado el final.

De repente, un tumulto se acercó, gritos y gritos de gente que llegaba hasta allí corriendo, con sus pies desnudos martilleando contra el seco suelo de los olivares. Enu, aún consciente, miró con ojos que comenzaban a velarse y vio una hormigueante masa de esclavos negros que se dirigían hacia el círculo de piedras. Habían oído sus gritos llamándoles a la liberación en toda la finca, y la revolución se había extendido como un incendio en una fábrica de paños. Esclavos de ambos sexos mostraban así su deseo de finalizar toda una vida de maltrato y sumisión, agitando sus puños, levantando los palos de varear olivas y tirando piedras. Ante tal marea, los amos que quedaban en la cima del lugar del ritual comenzaron a sentir temor y retrocedieron sin dejar de contemplar a los esclavos, hablando entre ellos con voces preocupadas. Lo que hasta hacía un instante parecía una victoria segura adoptaba unos tintes siniestros para ellos.

También los mercenarios contratados por Tereksu los vieron, decenas y decenas de nuevos enemigos con el odio y la venganza grabados en sus rostros. Como decidiendo por unanimidad silenciosa que no les pagaban tanto, dieron media vuelta y comenzaron a correr en dirección contraria a los esclavos, algunos de ellos incluso soltando las espadas.

Y, aunque los fieles de Abaven se refugiaron en la mansión de Tereksu, no se libraron de la furia vengadora de las mujeres y hombres que durante tanto habían soportado los latigazos en la espalda. Y, poco antes de caer inconsciente, Enu vio a Cheeka, dolorida y cansada, pero habiendo recuperado su sonrisa, acercándose a él. Gracias a la inesperada ayuda, habían vencido.

Enu despertó sintiendo un agradable frescor en la boca. Lo primero que pensó fue que era extraño, porque siempre notaba el aliento como si hubiera comido heces de perro al levantarse. Notó entonces una especie de pasta pegajosa en los labios, rascó un poco con el índice y la miró, entrecerrando los ojos para acostumbrarse a la fuerte luz que entraba por una ventana a su derecha. Era verde, y al olerlo detectó matices de menta y hierbabuena.

Miró entonces en torno a sí, descubriendo que estaba en una amplia cama, mullida y suave a más no poder, cuyas sábanas de seda estaban manchadas con la sangre de sus heridas. Se palpó la más grave de ellas, la del costado, y

notó unos puntos realizados con bastante tino. Comenzó a incorporarse, pero se notó débil por la pérdida de sangre y volvió a derrumbarse, mirando al techo decorado con figuras de aspecto heroico que no reconocía, sumidas en actividades cinegéticas.

Estaba solo en la habitación, una amplia estancia que presentaba un rico mobiliario, y comenzaba a preguntarse dónde estaba el resto de sus compañeros cuando se abrió la puerta de entrada y apareció una de las mujeres del grupo de Antea, que portaba una palangana y varias toallas. Al verlo despierto, llegó con rapidez hasta él.

—¡Buenos días! —le dijo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Humphh —masculló por toda respuesta, tocándose el costado.

—Imagino que te dolerá, sí. Te he administrado un poco de calmante —explicó mostrando la pasta verde que llevaba en la palangana—, pero la herida era profunda. Por suerte, no dañó nada vital ahí dentro.

—¿Y Dekka? —se preocupó de pronto, porque antes de sumirse en la negrura, durante la batalla, no había sabido nada de ella.

Enu apretó los labios cuando vio que ella meneaba la cabeza con ojos tristes.

—¿¡Qué le ha pasado!?! —exigió saber— ¿¡Dónde está!?!

—Está bien, Enu, está bien. —Puso sus manos en el pecho de él para calmarle, evitando que se levantara—. Pero el niño...

—¿Niño? ¿Qué niño?

La mujer abrió los ojos sorprendida. Acababa de darse cuenta de que Enu no sabía nada del estado de Dekka y empezó a balbucear:

—Dekka... esto... bueno..., estaba embarazada...

—¿Qué? ¿Embarazada?

—Hem. Sí. Sería mejor que lo hablaras con ella —dijo por fin intentando acabar con la incómoda situación.

—¿Dónde está? —Enu, de normal un hombre tendente a la risa y la broma, parecía fuera de sí. Su cuerpo se negó a obedecerle cuando intentó salir de la cama porque, mareado, se derrumbó de nuevo y comenzó a lloriquear como un niño, mascullando entre dientes el nombre de su amiga, compañera y amor.

Dekka, de hecho, se encontraba peor que él. La espada le había atravesado casi de parte a parte, provocándole una feísima hemorragia interna y destrozando sus entrañas, de forma tal que solo gracias a la inmensa habilidad médica de Seloé seguía viva. Había empleado varias horas para coser,

cauterizar y drenar, trabajando con sangre hasta los codos. La exploración del abdomen de Deka, además, le había deparado el hallazgo de un pequeño feto, de unas catorce semanas, en el útero de la mujer que, debido a las terribles heridas y la inmensa conmoción sufrida por el cuerpo que lo portaba, no había sobrevivido.

Con inmenso dolor, tuvo que extirpárselo, y envuelto en sábanas, se lo dio a Antea para que lo inhumara. El niño no nato de Deka y Enu yacería, para siempre, en la finca de Tereksu, alimentando la tierra.

Deka no despertó hasta pasados cuatro días de la batalla, y Enu, cabezota como nadie, ordenó que le llevaran junto a ella y veló sus sueños, que transcurrían entre gemidos y llantos de dolor, viendo cómo, por fortuna, se recuperaba hora tras hora.

No quiso visitar el lugar donde habían enterrado a su hijo. No sabía qué decir o cómo reaccionar ante la inesperada noticia, y al mirar a Deka se preguntaba por qué se lo había ocultado. Una y otra vez, ella le había dicho que no quería volver a dar vida, que el dolor que sentía cada vez que recordaba a su niño robado para un rito de Abaven era demasiado fuerte, y él lo había aceptado, deseoso de compartir su vida y su lucha con ella, con el amor entre ambos como absoluta ligazón. Y, sin embargo...

Enu no tenía ni fuerzas ni ganas de participar en las acciones que llevaron a cabo los compañeros de los Látigos. Habían caído siete de ellos y, de los otros nueve, tan solo tres se encontraban ilesos o con heridas que apenas eran algo más que rasguños. La victoria había sido, no obstante, rotunda, porque ninguno de los seguidores de Abaven seguía respirando. Los esclavos, convertidos en una turba ingobernable y sedienta de sangre, pasaron por encima de los pocos soldados que no lograron huir a la carrera, linchando a los amos blancos, desgarrando sus cuerpos con las uñas, moliéndolos a puñetazos hasta que los nudillos se les quedaron en carne viva, mordiendo sus rostros como si fueran lobos, pisoteándolos hasta convertirlos en una pulpa amorfa.

Treinta de ellos, junto con la mujer y los dos hijos de Tereksu, murieron ese día.

Los Látigos organizaron a los esclavos y les dieron indicaciones sobre lo que podían hacer para conservar la libertad ganada, proporcionándoles rutas de escape para llegar a diferentes puestos francos de la Caravana de la Libertad y evitar así que un grupo numeroso de negros por los caminos llamase la atención. Ellos escucharon con atención y, poco a poco, fueron

abandonando la finca, provistos de vituallas y dinero que saquearon a la salud de Tereksu.

Cuando Deka por fin abrió los ojos, solo quedaban en la mansión los Látigos Libres, que habían rebuscado en cada rincón buscando más pistas y datos sobre Abaven. Enu cogió con cuidado su mano y se la llevó a los labios, haciendo que Deka, al verlo, sonriera.

—Mi amor —le dijo él.

—Enu...

—Tu herida fue muy mala, cariño. —Le acarició el pelo, grasiento y sudado tras tantos días sin conocer el agua—. Pero eres fuerte.

De repente, Deka notó que el niño ya no estaba dentro de ella y el rostro se le ensombreció. Él pareció detectar sus pensamientos y colocó la mano en su tripa, sonriéndole.

—Todo está bien, cielo —le dijo, con dulzura—. Todo está bien.

En Dorado, Glabro levantó la vista del manojito de papeles que había usado para hacer sus cálculos. Le había costado entender las fórmulas utilizadas en el libro de Ayub, pero por fin las comprendía. Se echó las manos a la cabeza y musitó una maldición porque, de ser cierto lo que en el libro se decía, la situación era mucho peor de lo que imaginaban.

Utilizó un buen rato más para repasar lo que había escrito, asegurándose de no crear una falsa alarma, pero el resultado volvía a ser el mismo. Tomó un vaso de agua para saciar la sed que, de repente, le había invadido, y se levantó casi tirando la silla en la que estaba sentado, cuyas patas arañaron el suelo con un chirrido.

Conforme se acercaba al despacho de Horacio aumentaba la rapidez de sus pasos, dominado por una sensación de urgencia, y entró en tromba, abriendo con tal brusquedad la puerta que esta golpeó contra la pared. Horacio, sentado tras su escritorio, lo miró molesto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, con un deje de irritación.

—Horacio... —El retumbar del golpe parecía haberle dejado avergonzado, y Glabro habló en voz baja—. Tengo algo muy importante que decirte.

—Bien. Pues siéntate y dime.

Glabro colocó los legajos llenos de letra y números apretujados en la mesa y Horacio los miró de pasada, esperando una explicación.

—Son cálculos —dijo, señalándolos con un dedo manchado de tinta— que he realizado sobre las observaciones de Ayub.

—¿Observaciones?

—Sí —contestó Glabro—. Ya te dije que había cuentas que no tenían nada que ver con aspectos comerciales y logísticos...

—Me acuerdo, me acuerdo. —Le cortó con un movimiento de la mano.

—Pues se trata de cálculos astronómicos. Mediciones del paso de un cometa a intervalos regulares sobre nuestro mundo.

Horacio lo miró con cara de no entender nada.

—Los cometas son estrellas fugaces, ¿no? —preguntó, dando vueltas a uno de sus anillos en su dedo.

—No. —Glabro sacudió la cabeza—. Según los astrólogos, son rocas que viajan por el cielo nocturno y que son visibles gracias a que se inflaman al pasar cerca de nuestro mundo.

—¿Se inflaman? Como estrellas entonces...

—No exactamente —volvió a negar él—. Las estrellas están fijas, pero los cometas no. Están apagados hasta que llegan... Da igual. Lo que importa es que se trata de un objeto que nos visita cada ciertos años.

—Ya veo. —Horacio se encogió de hombros—. ¿Y?

—Tiene una pasmosa regularidad, pero no del tipo repetitivo. Es decir, que no pasa cada... digamos..., veinte años.

—O sea, que no pasa hoy, dentro de veinte años otra vez, luego tras otros veinte —dedujo Horacio, sonriendo porque había entendido lo que le decía.

—Así es. Se trata de un cometa cuyo lapso de visita se ha ido reduciendo con el paso de los años. Mejor dicho, de los siglos. ¡Es un cometa que empezó a verse en el cielo décadas después de la derrota del Enemigo en la Guerra de la Sombra de Oro!

Horacio abrió la boca entendiendo las implicaciones de lo que decía Glabro, pues conocía lo que los fieles del Enemigo decían sobre cómo se libró de la derrota total ante Imala.

—¿Quieres decir que ese cometa es Abaven? —preguntó por fin.

—Eso me temo.

—Si hacemos caso a las creencias del libro. —Horacio buscaba una explicación, y optó por adoptar una postura escéptica.

—Nos movemos en el terreno de la fe y la superchería —concedió Glabro—, pero...

Horacio levantó las manos, pidiéndole silencio. Se acarició su pelada cabeza, emitiendo un sonido de fricción, y se pasó la lengua por los incisivos.

—¿Tú lo crees?

—Horacio, yo...

—Vamos —insistió—. Es una pregunta fácil. ¿Lo crees o no?

—Sí. —La respuesta le salió a Glabro más firme de lo que esperaba.

—¿Y en qué nos afecta el que ese cometa sea Abaven, el Enemigo o el maldito dios de oro? —inquirió Horacio, con desazón.

—En que el ciclo de visita se ha reducido debido a que cada vez pasa más cerca de nuestro mundo. En la próxima vuelta, su trayectoria lo llevará a chocar contra nosotros.

—¿Quieres decir...?

—Que Abaven va a volver a nuestro mundo —sentenció con voz gravísima Glabro—. Y que no falta mucho para eso.

Horacio se preciaba de ser un hombre con los pies en la tierra, pero desde el día en que había escuchado a Baako hablar por vez primera de Abaven y los suyos, cada vez que salía el tema sentía un temor irracional ante el que no podía cerrar los ojos. Por eso, lo preparó todo para que Glabro, lo antes posible, partiera en dirección a Rygita, lugar donde, según él, se produciría la caída del cometa. Puso a su disposición caballos, una escolta y una nutrida cantidad de monedas, y el antiguo bibliotecario se puso, al día siguiente, en camino.

Notó que a Glabro la inquietud le carcomía, pero no dijo mucho más allá de lo que le había contado en su oficina. Volvió a mirar el sobre cerrado que, con pulcra caligrafía, Glabro dirigía a Baako y que contenía un resumen de todo lo que había descubierto. Volvió a meterse en La moneda de cobre, esperando que su viaje llegara a buen puerto.

Cuando volvió de Narvales, Baako escuchó lo que Horacio tenía que decirle y rompió el lacre en su presencia, leyendo la misiva dejada por Glabro dos veces. Miró a su buen amigo y meneó la cabeza con preocupación, aunque poco podían hacer.

Él, como Horacio, no terminaba de creer que las creencias de los fieles de Abaven tuvieran una base real, considerándolas más bien desvaríos de unos locos sedientos de sangre, pero su prudencia natural le inclinaba a actuar, prefiriendo lamentarse por haber hecho algo ante un peligro inexistente que por no haber hecho nada.

—¿Y quién es ese que has traído encadenado? —le preguntó Horacio, sirviendo vino especiado, refiriéndose a Melek, al que había dejado encerrado en una de las habitaciones de la planta superior acondicionada como celda

para ocasionales capturas.

—Mi padre —dijo por toda respuesta, con una sonrisa sarcástica en el rostro. —Horacio no supo qué decir. Se limitó a dar un par de sorbos a su bebida—. Lo dejaré un par de días ahí encerrado, para que reflexione sobre su situación. No tengo decidido aún qué voy a hacer con él.

—Es tu prisionero. —Horacio dejó el vaso a un lado y cruzó las manos a su espalda—. Tú mismo.

Baako se mordisqueó una uña, como siempre hacía cuando se encontraba nervioso.

—El caso —dijo, sincerándose—, es que creo lo que me ha contado. Creo que me ha dicho la verdad sobre mi madre.

—¿Sigue viva? —preguntó él, interesado.

—No. —Baako hizo un mohín de fastidio—. Pero Melek dice que sintió muchísimo su muerte, que le abrió los ojos y no quiso saber nada más de los esclavistas. Dejó de ser uno de ellos. De hecho, era casi un indigente cuando lo encontré.

—Ya veo. —En realidad, Horacio no terminaba de entenderlo.

—Quizá —le pidió, poniéndole una mano en el hombro con afecto— podrías hablar con él. A lo mejor alguien sin... implicación personal... puede ver si es sincero.

—Lo haré, Baako. Cuenta con ello.

VI

—Pero, un momento —aprovechó para decir la muchacha pecosa, que se había convertido en una especie de portavoz del grupo—. Señor, la escolta de Glabro... Él llegó solo a Rygita, y bastante desquiciado, por lo que nos ha contado, ¿no es así?

El anciano asintió. Recordar le estaba suponiendo un peaje mucho más doloroso de lo que había pensado cuando accedió a contar la historia al grupo de jóvenes. Se frotó los ojos casi ciegos y asintió.

—Tienes razón. Quizá mi vieja cabeza hace que os cuente las cosas de una manera un tanto embrollada, sin orden ni concierto..., pero tened paciencia. Lo entenderéis todo cuando hayáis terminado de escucharme.

La muchacha pareció satisfecha y rebuscó en su chaleco, sacando una moneda del bolsillo que hizo girar en el suelo.

—¡Ah! —exclamó el anciano, forzando la vista para reconocer el objeto—. ¿De qué país es? ¿Es de Vetero?

—No, señor —dijo ella tras levantarse, alargándole la moneda para que la viera de cerca—. Es de Espejado...

—Espejado, lo recuerdo. En la costa oriental, uno de los últimos puertos en caer. También llegaremos a eso, por desgracia. Era una ciudad bonita, muy bonita, con unos astilleros que producían las embarcaciones más grandes que podáis imaginar. Nuestros barcos son solo pálidos reflejos de lo que allí se fabricaba, muchachos. Recuerdo la nave insignia de su armada..., grande como un palacio, de siete cubiertas que se alzaban sobre el agua, desafiante y todopoderosa.

»¡Cuánto se ha perdido, hijos míos! —se lamentó, hundiendo la cabeza en el pecho.

La chica se atrevió a poner con suavidad su mano sobre el hombro del anciano, que se sintió un tanto reconfortado, dándole un par de palmaditas de agradecimiento y mirándola como un padre mira a su retoño.

—Perdona a este viejo, Tabita —susurró, mientras una lágrima caía de sus ojos velados—. Debo continuar, o de lo contrario necesitaré toda la noche y parte de mañana.

Algunos rieron por cortesía, y la joven pecosa volvió a su sitio. El chico junto a él le preguntó:

—¿Te ha llamado Tabita? ¿Como su hija?

—Sí —respondió, con suavidad—. El pobre hombre tiene un pie en el

presente y otro en el pasado, me temo.

EN EL SALÓN DE LOS ALTOS SEÑORES

Adía se encontraba a la cabeza de un triste cortejo formado por algunas de sus damas de compañía y una treintena de niños. Todos ellos, incluida la reina, desharrapados, sucios y hambrientos, agotados debido a las marchas forzadas que habían tenido que adoptar para huir de la locura asesina que se había desatado sobre Lorry. Habían decidido que el reino, como la capital, estaba perdido, por lo que su única opción era buscar refugio en el Imperio vetero y, tan rápido como pudieron, recorrieron la ruta principal que llevaba a la frontera.

Sin embargo, tras mucho discutirlo, Adía decidió que debían tomar un pequeño desvío para llegar al castillo del barón Gradiano, señor de las tierras limítrofes con Vetero y primo lejano de la reina, con el fin de advertirle y obtener cobijo y transporte, porque las damas y los niños se dolían de las ampollas en sus finos y delicados pies y lloraban con amargura por lo que habían perdido, dejándose caer en ocasiones al margen del camino como deseando que les llegara la muerte.

Solo la inquebrantable guía de Adía hizo que todos y cada uno de ellos continuaran andando, un paso tras otro, y pese a que ella misma sentía que el mundo se había acabado, se obligaba a sonreír, cantando de vez en cuando para animarlos. Su fuerza de voluntad fue el pegamento que los mantuvo unidos y, cuando llegaron por fin frente a las puertas de la fortaleza de Gradiano, se giró hacia ellos y les dijo con voz alegre:

—¿Veis? ¡Hemos llegado! ¡Estamos a salvo!

Un pensamiento que el guardia que se dirigió hacia ella parecía no compartir. La miró y vio una mujer de unos veinticinco años, apuesta y de figura delicada, pero vestida con ropas sucias y desgarradas, cubierta la cara por una capa de mugre y la larga cabellera llena de hojarasca y polvo. Meneó la cabeza con desagrado y le dijo con insolencia:

—¿Y este ejército de vagabundos?

La reina respiró hondo antes de contestar para no decir una grosería.

—Soy tu reina. Te dirigirás a mí como Majestad.

El soldado miró hacia su compañero en la puerta y se rio a carcajadas, poniendo los brazos en jarras. El otro contemplaba la escena divertido.

—Y supongo que esos —se mofó, señaló a los niños y las damas— son tu séquito.

—Lo que queda de él, sí —respondió la reina—. Déjanos pasar, porque

quiero ver a mi primo Gradiano.

—Verá..., Majestad —se burló—. Me da a mí que el barón tiene cosas más importantes que hacer que atender a unos cuantos piojosos. La reina piojosa, sí. Así te llamarás.

Una de las damas, Ziresa, no pudo soportar tal falta de respeto y se adelantó hasta llegar a su lado, soltando un bofetón al guardia que le hizo temblar los dientes. El otro soldado lanzó una ruidosa risotada.

—¡Ten respeto, imbécil! —le gritó al hombre, cuyos ojos echaban chispas—. ¡Te está diciendo la verdad! ¡Es tu reina!

Por fortuna, los gritos hicieron que el capitán de la guardia de la puerta se asomara en lo alto de la muralla.

—¿Qué es ese escándalo? —inquirió, inclinándose para ver mejor—. ¿Qué pasa?

—¡La reina Adía exige paso para visitar al barón, eso pasa! —siguió gritando Ziresa, antes que el soldado irrespetuoso pudiera abrir la boca mientras Adía se cubría los labios para que no se viera su enorme sonrisa.

El capitán hizo pantalla con la mano y reconoció a la reina.

—¡Majestad! —Si hubiera podido, hubiera descendido por la muralla como una lagartija—. ¡Enseguida bajo, Majestad!

El soldado, sorprendido por completo, no pudo hacer otra cosa que retroceder con rapidez hasta la puerta, pensando que había cometido un terrible error al mofarse de la mujer. ¿Quién habría pensado que esa mujerzuela era la maldita reina? Él no, desde luego, así que se escondió lo más que pudo tras su lanza e intentó parecerse lo más posible a una estatua.

Resollando, el capitán, entrado en años y kilos, correteó escaleras abajo y se plantó frente a Adía, saludando de la forma más marcial que pudo.

—Majestad, perdonad lo que ese idiota...

—No importa. —Ella meneó la mano, olvidando la cuestión—. No tengo aspecto de reina, la verdad.

—Oh, sí, pero, con todo, debería haberos reconocido...

—Vamos, capitán —dijo ella, sonriendo—. Si usted no hubiera venido con el barón el año pasado a la fiesta de cumpleaños del rey, tampoco hubiera sabido quién soy, me temo.

—¡Oh! —El hombre se sorprendió—. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, señor. Tengo buena memoria, aunque su nombre... ¿Nurío, quizá?

—Nurián, Majestad.

—Nurián, sí, es verdad —asintió, aún con una sonrisa, la reina.

—¿Y Su Majestad el Rey?

La sonrisa desapareció por completo de la faz de Adía.

—Me temo que ha muerto.

El capitán se llevó la mano al pecho y adoptó una expresión de franco y hondo dolor.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Es... Ha habido un ataque, pero no podemos perder más tiempo, capitán —se apresuró a decir la reina, antes que le pidiera más explicaciones—. Debo ver al barón de inmediato.

—Por supuesto, Majestad —dijo, solícito—. Yo mismo la acompañaré. Síganme, por favor.

Ziresa, al pasar junto al soldado, le sacó la lengua burlona y el hombre se encogió todo lo que pudo dentro de su cota de malla, con la cara enrojecida.

El castillo del barón dominaba el territorio circundante y cumplía funciones de aduana, revisando y tasando las mercancías que iban de Lorry a Vetero y viceversa, aunque su fornida estructura era más bien debida a una cuestión de apariencia que necesidad, pues las relaciones entre ambos estados eran amistosas y fluidas.

Estaba situado junto al enclave de Pedregal, una aldea cuyo nombre era el mismo que el de la baronía, sobredimensionada con el tiempo y que albergaba puestos de negociantes y residencias de funcionarios dedicados a la tarea de calcular y recaudar los impuestos procedentes del tráfico comercial, una jugosa parte de los cuales acababan en las cámaras del barón gracias al favorecedor trato que se concedió al primer señor de Pedregal por el rey de Lorry.

Se entendía, de ese modo, que las anchas murallas encerraran dentro de sí un gran patio de maniobras donde se podían realizar tanto ferias como torneos, y que daba paso a una mole imponente compuesta de numerosas torres en torno a un sólido bloque cuadrado central, que se elevaban apuntando desafiantes hacia el cielo sus techumbres cónicas de tejas pintadas del color del fuego. En contraste, todas y cada una de las paredes estaban encaladas hasta el paroxismo, resultando de un blanco tan deslumbrante que, cuando la luz incidía sobre ellas, había que por fuerza retirar la vista.

Y, en el centro de todo ello, una arcada cuyas arquivoltas reflejaban gloriosos pasajes de tiempos pasados, tallados hacía mucho por las más expertas manos que el mundo conoció. Adía se fijó, como las veces anteriores que había entrado en el castillo, en su escena favorita, que

mostraba a una mujer de nombre desconocido abriendo su capa, extendiéndola hasta albergar bajo ella a una multitud de hambrientos que la miraban con ojos plenos de amor. Miró hacia atrás, a los niños, y sintió que había actuado de la forma correcta, al igual que la mujer tallada en piedra hizo en el pasado.

El capitán dio un par de palmadas que retumbaron en el amplio recibidor y en un momento apareció un criado con la librea de Pedregal, un cuenco rojo sobre fondo de plata, que miró con cierta desidia transformada de inmediato en pleitesía en cuanto reconoció, tras toda la suciedad, a la ilustre recién llegada.

—Su Majestad. —La recibió haciendo una profunda reverencia, casi tocando el suelo con la frente.

—Quisiera ver a mi primo —dijo Adía y luego, girándose hacia el capitán—. Le estoy muy agradecida, señor Nurián.

—Por supuesto, Excelencia —respondió el criado, mientras el capitán se retiraba—. Pero, por desgracia, se encuentra... cazando. Imagino que querréis esperarle tras un buen baño. Para vos y para vuestros acompañantes —concluyó tras mirarla sin mucho disimulo.

—Imaginas bien —respondió, asintiendo y percatándose entonces del mal olor que el grupo debía desprender tras días de caminar casi sin descanso.

—Lo prepararé de inmediato, Majestad.

Adía no consintió que la llevaran a la magnífica sala de baños hasta que no se aseguró de que todos y cada uno de los niños recibían las atenciones que necesitaban. Solo entonces permitió que una de las criadas del barón la guiase a la piscina privada de Gradiano, en la que la temperatura del agua podía ser variada a voluntad gracias a un curioso ingenio situado en el subsuelo. Se frotó con jabón de lilas para quitarse la roña que parecía formar parte de su cuerpo y se relajó quedándose adormecida.

Luego, la acompañaron hasta una de las habitaciones reservadas para los invitados, sin duda la más lujosa, y le enseñaron diversos vestidos, decidiéndose por uno de color menta, de amplias mangas y generoso escote disimulado por unas puntillas blancas, ceñido a la cintura con un gracioso cinto dorado. Aunque le quedaba un poquito grande, una costurera se desvivió por arreglárselo lo más posible.

Adía se preguntó por qué un empedernido soltero como su lejano familiar tenía un armario de ropa femenina tan variado y exquisito. O, quizá, la

respuesta estuviera en la misma pregunta: soltero no quería decir célibe.

—¡Queridísima prima! —exclamó el barón, entrando de golpe en la habitación sin siquiera llamar a la puerta, una osadía y una falta de respeto que podría haber resultado embarazosa—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es eso que dicen los soldados? ¿Cómo que Tigrán ha muerto?

El torrente de preguntas cogió a Adía por sorpresa y aún no había empezado a pensar qué responder cuando, en dos zancadas, Gradiano cruzó la distancia que los separaba y la envolvió en un profundo y afectuoso abrazo. La reina pensó que, para haber estado cazando como le habían dicho, no olía a bosque, sino más bien a perfume femenino.

Tenía que reconocer que era un hombre apuesto. Tan solo un año mayor que ella, se habían visto con regularidad hasta que fue prometida al rey y enviada a vivir en la capital. Al verlo ahora, alto y musculado sin caer en la hipertrofia, con su lustrosa cabellera morena recogida en un moño alto y una barbita recortada con cuidado que le daba un aire algo canallesco, se preguntaba, si de no haber sido la moneda de cambio de sus padres con la familia real...

Meneó la cabeza, quitándose esos pensamientos. No estaba la situación para andar con flirteos, y se separó de él casi con brusquedad, haciendo que él la mirara extrañado.

—Es cierto —le dijo, abrazándose a sí misma—. El rey ha muerto y Lorry ha caído.

Él se dejó caer, más que se sentó, en una butaca cercana y apoyó el mentón en su mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha sido?

—No... no lo sé. En realidad, no lo sé. —Se dio la vuelta y jugueteó con un visillo de la ventana—. Un ejército de monstruos.

—¿Monstruos? ¿Bárbaros? —quiso clarificar Gradiano.

—No. No eran humanos. Eran... monstruos.

El barón la miró y se mordisqueó una uña, debatiéndose entre tomarla por loca o creer lo que estaba oyendo.

—Eran figuras retorcidas, grotescas —siguió explicando—, como repugnantes demonios. Los nuestros caían... muertos..., y entonces, se levantaban y formaban parte del ejército.

—Pero eso es...

—Sí, imposible —atajó ella—. Lo sé. Pero es lo que pasó. Nosotros somos todo lo que queda de la ciudad, Gradiano. Todos los demás han

muerto.

Parecía a punto de derrumbarse, y él se acercó, arrodillándose junto a ella y cogiéndole sus manos de largos dedos.

—Te creo, Adía. Nos conocemos de hace mucho como para pensar que te lo has inventado. Tendré que enviar de inmediato una escuadra a Lorry para...

—¡No! —gritó ella, soltándose—. ¡No puedes hacer eso! Lorry está perdido para siempre. El reino va a ser destruido en cuestión de días, Gradiano... Tenemos que acudir ante el emperador, porque solo él tiene la fuerza militar necesaria para repelerlos.

El barón iba a replicar, pero prefirió cerrar la boca y asintió, aunque sus palabras dijeron lo contrario:

—No puedo abandonar Pedregal, Adía. —Hablaban casi en susurros, como compartiendo secretos, volviendo a la amistad infantil que compartieron en su día—. Te proporcionaré una escolta y un carruaje para que viajes a Vetero y pidas audiencia a Atanasio. Le enviaré una misiva al legado de Lorry para que prepare una vista con el emperador a tu llegada.

—Pero —protestó ella— no lo entiendes... Todos debemos huir, Gradiano. Tú has visto las murallas de Lorry. Sabes que ahí está... estaba... el grueso del ejército real. Si ni así se pudo aguantar el ataque, ¿qué puede hacer Pedregal?

—Este castillo tiene unas defensas firmes —replicó el barón, algo molesto por poner en duda la capacidad de su morada.

—No servirán de nada, primo. Te arrasarán, te matarán...

Resultó imposible convencer a Gradiano. Se obstinó en permanecer en Pedregal, convencido de que, si llegaba el caso, el castillo resistiría ante la horda, y la reina decidió dejarlo por imposible, partiendo a los dos días de su llegada, deseando huir lo más lejos posible de lo que habían dejado atrás.

El barón cumplió su promesa y envió una paloma a la capital del imperio señalando la próxima llegada de la reina, y proporcionó guardias armados y unos cuantos carruajes para que se trasladaran, ya que Adía no quiso ni considerar que alguna de sus damas o niños se quedara en el castillo.

De esa forma, la comitiva dejó pronto las tierras del reino de Lorry, y Adía miraba de vez en cuando hacia atrás, abriendo la ventanilla de la carroza, sintiendo que jamás volvería a ver su patria.

Una tarde calurosa, ya en territorio del Imperio vetero, Adía escuchó una

discusión procedente de la cabeza del cortejo. No entendía las palabras, pero reconoció la voz del capitán de la escolta gritando a una mujer, que también elevaba su voz muy ofendida. Tiró del cordón que hacía sonar una pequeña campanilla, indicando al cochero que parara, y salió del carruaje, encaminándose hacia el origen de la pelea.

Se trataba de una mujer de unos treinta años, no muy alta, lo que daba un aspecto cómico a la escena dado que, sin amilanarse ante los gritos del capitán a caballo agitaba un índice amenazador. Tras ella, un hombre delgado y de rostro un tanto más moreno de lo que era normal en esas latitudes, miraba sin atreverse a inmiscuirse, protegiendo con sus brazos a dos niñas. Los cuatro tenían el mismo aspecto que la propia reina había tenido antes de llegar al castillo de Gradiano, y se le encogió al corazón al comprender que se trataba de gente de Lorry que había, como ella, huido del terror.

—¡Alto, capitán! —ordenó, casi corriendo—. ¡Silencio!

El soldado la miró con gesto de fastidio, pero colocó una sonrisa falsa en su cara con rapidez.

—Majestad...

—¿Qué ocurre, capitán? —inquirió ella, con gesto adusto.

—Yo le diré lo que pasa. —La mujer dio un par de pasos hacia ella y colocó sus brazos en jarras, desafiante; no vio que esa acción conllevó que varios escoltas echaran mano a sus espadas—. ¡Pasa que este bruto casi atropella a mi niña!

—¿Es eso cierto, capitán? —inquirió Adía, mirándole con dureza, mientras levantaba una mano indicando a los demás que se tranquilizaran.

—En realidad, Majestad... La niña se metió en el camino de mi caballo...

—¡Es una niña, zoquete! —gritó la mujer, provocando una risita de la reina—. ¡Siempre están en medio!

—Señora —dijo la reina, sintiendo un gran afecto de inmediato por la mujer—. Le pido disculpas en nombre de mi capitán. Estaría muy agradecida si acceden a compartir la comida con nosotros. Estábamos a punto de detenernos para tomar un pequeño refrigerio.

La mujer, desarmada de pronto ante tanta cortesía, se volvió hacia el que debía ser su marido, y ambos hablaron entre sí en voz baja. Después, asintió:

—Aceptamos gustosos, señora...

—En realidad —concretó el hombre, con una reverencia un tanto torpe—, deberíamos decirle Excelencia. O Majestad.

La reina rio y se echó la mano al pecho fingiendo un desmayo, y las niñas

tras el hombre, que habían mirado todo un tanto atemorizadas, sonrieron por fin ante la teatralidad de Adía.

—Me abrumas, señor —dijo—. ¿Y con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Necto, Majestad —contestó—. Mi esposa, Nidama, y nuestras hijas, Tabita y Ester.

—Encantados de conocerla, Majestad —dijo Nidama, por fin más tranquila.

La propia Adía les cortó pan y les dio ricos trozos de queso, salchichas y tiras de panceta, junto con un delicioso pastel de arándanos que las niñas devoraron. Nadie lo dijo, pero era evidente que llevaban tiempo comiendo muy poco y mal. Cuando saciaron el hambre, la reina les preguntó por sus infortunios, y Necto contó la historia de lo que habían visto y vivido desde la noche en que cayó la estrella cerca de Rygita, su ciudad. Adía sintió una profunda congoja al escucharles, y la sensación de pérdida para siempre del reino de Lorry se convirtió en una certeza, porque ¿qué ejército podría detener la marea de oscuridad que se abalanzaba contra la humanidad?

Le intrigó el personaje de Glabro. Necto le dijo que se trataba de un erudito que había estudiado historias y profecías, algunas de las cuales compartió con él, pero que, en muchos casos, consistían en relatos deslabazados más propios de locos y mentirosos que otra cosa. Se excusó ante la reina diciendo que, cuando Glabro lo contaba, tenía más sentido, que era una lástima que no estuviese allí en ese momento.

—Dijo que se dirigía a Vetero. A la capital.

—Bien —dijo Adía—. Precisamente hacia allí vamos. A avisar al Emperador Atanasio. Me gustaría que viajaseis con nosotros, para que me ayudéis a encontrarlo. Presiento que Glabro tiene un importante papel que jugar.

—¿Viajaremos en la carroza? —preguntó con infantil curiosidad Ester.

—¡Niña! —le recriminó Nidama, dejado atrás por completo ya el aire desafiante que había mostrado ante el capitán.

—No, déjela, Nidama. —La reina acarició la carita de la pequeña—. Por supuesto que viajarás conmigo. Tengo muchos más pasteles de arándanos para ti. Podrás comer hasta que te pongas muy gordita.

Ester rio cuando Adía le hizo cosquillas en su barriga, provocando que Nidama, al ver tan feliz a su hija, inconsciente de los horrores que estaban haciendo que el mundo se desmoronara, llorara de felicidad.

Necto le cogió la mano, con los ojos también húmedos.

Adía tenía clara la misión que el destino le había encomendado. Conforme pasaban los días, más y más se convencía que tenía que forzar al emperador a una respuesta militar temprana. Estaba segura: Lorry era solo la primera etapa en una carrera que solo acabaría cuando el Enemigo, Abaven, el dios dorado, devorara el mundo por completo. Necto le había informado sobre los muchos nombres y rostros de aquello a lo que se enfrentaban, y la ferocidad que demostró en la toma de la ciudad donde había reinado era la prueba definitiva de la verdad en las palabras que Glabro había intentado comunicar. Las creyó por completo.

Nunca había visto al Emperador Atanasio III, pero sabía de él que era un hombre juicioso. Desde hacía varias generaciones, en el Imperio se había impuesto una forma de gobierno en la que el emperador seguía siendo el titular del trono pero, a todos los efectos, el poder era ejercido tanto por él como por la emperatriz. Así pues, Atanasio tenía muy en cuenta las opiniones no solo de la plétora de altos cargos que le rodeaban, sino también de la muy inteligente emperatriz Danais, la dignísima heredera de la poderosa casa nobiliaria de los Supinos, una antigua familia famosa por su extremada erudición.

Confiaba en que el legado diplomático de Lorry en Vetero hubiera hecho el trabajo que se le pedía en la misiva mandada por Gradiano y, cuando los olores de los arrabales de la capital del mundo se filtraron por entre las rejillas del carruaje, se dirigió a Nidama y Necto, a quienes había invitado ese día a su coche:

—En breves llegaremos a Vetero, amigos. Vosotros, vuestros hijos y yo nos instalaremos en la casa del legado.

—¿Y el resto? —preguntó la otra ocupante del carruaje, Ziresa.

—No creo que haya sitio para todos en la casa de... —Leyó la copia del documento que el barón Gradiano había redactado—. Atul. Solicitaré al emperador una residencia pero, mientras tanto, encárgate del hospedaje de todos. En el mismo sitio.

—Así lo haré, Majestad.

—Bien —continuó, pensativa—. Lo deseable sería que el día que me reciba en audiencia el emperador, Glabro me acompañara.

—No sé si podremos encontrarlo —dudó Necto, pensando en lo enorme que era la ciudad, y la gran cantidad de gente que vivía en ella.

—Sí, por eso digo que sería deseable —asintió Adía—. Haced lo que

podáis.

—Podríamos empezar —sugirió Nidama— por la biblioteca. O por ese comerciante del que nos habló...

—Antonius, creo —la ayudó su esposo—. Como huyó de la ciudad temiendo por su vida, lo normal sería que volviera a un lugar conocido o con alguien que le diera seguridad. Se me ocurre —dijo, con tristeza—, que parece que sea nuestro sino, el de todos nosotros.

—¿Cuál? —preguntó la reina.

—Huir.

—Tenéis un punto de partida —sonrió Adía, intentando animarlo—. Eso es algo.

Los habitantes del extrarradio de Vetero se sorprendieron al ver el desfile de jinetes armados sobre hermosos caballos escoltando los variados carruajes, y algunos creyeron que tenía lugar alguna festividad de la que no tenían ni idea, por lo que lanzaron improvisados y estentóreos vítores a su paso que se empezaron a propagar entre el gentío. Pronto, la reina se vio obligada a abrir la ventana del carro y saludar sonriente, para no frustrar sus deseos de ver a alguien importante junto a ellos. Poco importaba que nadie la conociese, ni que no reconocieran en absoluto los pendones de Lorry y Pedregal. El despliegue de poderío y riqueza era suficiente como para aturdir sus sentidos y gritarle vivas como si fuera la mismísima emperatriz.

El revuelo causado por la aparición de la reina se difundió enseguida y llegó al interior de las murallas, con los miembros de la guarnición preguntándose qué estaba pasando, pues no había proyectada ninguna visita oficial ese día. Un rápido intercambio de palabras entre el capitán de la misma y el de la escolta solucionó las dudas y se permitió el paso franco a la reina, cuyo carruaje traqueteó por las amplias y adoquinadas avenidas de Vetero.

También se hizo llegar recado al legado Atul, que corrió al encuentro de Adía y la ayudó a bajar con cortesía del carruaje, ofreciéndole la mano.

—Majestad —le dijo—, sed bienvenida a Vetero. Disculpad que no haya estado presente para recibirlos, pero en la misiva del barón no se especificaba el día de vuestra llegada...

—No se preocupe, Atul —contestó ella—. Debería haber enviado a uno de mis escoltas para avisaros. Culpa mía.

Él respondió con una reverencia y el tema quedó zanjado.

—Majestad, os pido que os alojéis en mi casa mientras llevo a cabo las

gestiones necesarias para que el emperador os reciba en audiencia. Os complacerá saber que ha accedido a veros, e imagino que mañana mismo encontrará un hueco para atenderos.

—Me complace y se lo agradezco, señor —asintió ella—. Se lo ruego, lléveme a su casa, Atul.

Montando de nuevo, el séquito siguió al corcel del legado y continuaron por la enorme avenida central que cortaba Vetero en dos, desviándose tras un buen trecho hacia la derecha. Cuando pararon, vieron que se encontraban en una zona en la que primaban las casas-palacio, hermosas edificaciones de dos plantas que presentaban rasgos arquitectónicos similares, con pequeños jardines en la parte frontal, en la entrada de los cuales aparecían los pendones del Imperio y del estado correspondiente al legado diplomático que la ocupaba.

—Se conoce —aclaró Atul— como el barrio de las embajadas. Desde hace años, el Imperio mantiene aquí a los diferentes representantes de los estados con quienes tiene relación.

—Es un detalle por su parte —dijo Adía, comenzando a dirigirse a la que presentaba los colores de Lorry.

Una pareja de criados saludaron con reverencias cuando pasaron junto a ellos.

—Tanto el alojamiento —comentó el legado en voz baja— como el personal corren a cuenta del Imperio. También tengo criados en nómina propia, por supuesto.

—Imagino —comentó con ironía la reina— que habrá que ser cuidadoso con lo que se habla en presencia de tales sirvientes.

—Imagináis bien, Majestad —coincidió él.

Necto y su familia caminaban junto a Ziresa, contemplando la pequeña, pero maravillosa, exposición floral que se mostraba ante ellos en los jardines. Tabita se soltó de la mano de su madre para ir directa hacia un rosal.

—Cuidado, cariño —le advirtió la dama de compañía—. Son hermosas, pero pinchan.

La niña se quedó quieta de repente y se volvió, asustada. Uno de los criados se acercó, cortó una flor con sus tijeras de podar y limpió el tallo de espinas, ofreciéndosela a Tabita.

—Muchas gracias —dijo ella, aspirando la fragancia.

Adía se hizo cargo de la situación en cuanto entraron en la casa, como si siempre hubiera vivido ahí, y Atul, mostrando el debido respeto, se plegó a

todas sus órdenes y deseos. Entendía cuál era su lugar a la perfección y no hizo ninguna pregunta ni puso ninguna objeción. Por fin, ambos se retiraron al despacho privado del diplomático, para que la reina le pusiera al día de todo lo ocurrido.

Necto y Nidama dejaron a las niñas al cuidado de Ziresa, que aceptó encantada dicho trabajo, y salieron a la calle dispuestos a buscar cualquier rastro de Glabro. Decidieron que empezaría por la casa de Antonius, porque en la biblioteca, a fin de cuentas, habían empezado la huida del erudito; era lógico pensar que no era un lugar seguro, y uno de los sirvientes de Atul les indicó cómo llegar a la mansión.

Un criado les dijo, tras examinar con detenimiento el documento a modo de salvoconducto expedido por la reina, que Antonius se encontraba en las bodegas principales que regentaba, así que acudieron a una finca en las afueras en las que se levantaba una construcción bastante fea, un mero rectángulo de piedra basta con un enorme rótulo de madera clavado ante la puerta que indicaba que se trataba de las Bodegas de Antonius. En realidad, parecía más un edificio de caballerizas, impresión acrecentada por el portón de acceso al interior, similar a los de los establos y pajares, y un par de soldados en el mismo les preguntaron por el motivo de su visita.

Dado que su aspecto no tenía nada que ver con el que presentaban cuando se unieron a la reina en el camino, los guardias no pusieron ningún impedimento y les acompañaron al interior. En realidad, el bloque de piedra era poco más que una nave vacía que albergaba algunas prensas de vino ornamentales, porque el aplastamiento de la uva tenía lugar en otros ingenios, más grandes, al aire libre. Unas escaleras conducían a un gigantesco sótano, mucho mayor que la edificación de arriba, fresco y oscuro, en el que había que andar a tientas dado que existían muy pocas antorchas iluminando el espacio. Los puntitos de luz quedaban tragados por la negrura, que parecía extenderse hasta el infinito, y al resplandor de una de ellas Necto vio una gran barrica de madera en la que se guardaban, envejeciéndose, los caldos.

Una vez llegaron hasta Antonius, los dos esposos lo saludaron y, tras presentarse como miembros del séquito de la reina Adía, le expusieron su cuestión sin ambages.

—La verdad es que no sé de quién me habla, caballero —respondió Antonius a la pregunta de si había visto a Glabro.

—Estuvo en su casa hará cinco años o así..., un hombre de pelo muy blanco...

—Era un amigo de Baako —se le ocurrió a Nidama, pensando que quizá recordara con más facilidad a alguien... exótico.

—¿El mestizo de Dorado? —El empresario cayó en la cuenta entonces—. Sí, sí, ahora me acuerdo. Glabro, ¿eh? Estuvo solo una noche, claro que no me acordaba de él. Un hombrecillo nervioso, me dio la impresión.

Necto asintió:

—Temía por su vida.

—Salieron a la mañana siguiente de que llegara, sí. —Adoptó una expresión nostálgica—. Les di dos buenas botellas...

—Entonces, ¿no lo ha vuelto a ver? —insistió Necto.

—Me temo que no, caballero. ¿Por qué? ¿Es alguien buscado?

—Ni mucho menos —respondió con rapidez Nidama—. Es solo que la reina Adía quiere verle por una cuestión de suma importancia.

—Me pregunto qué habrá llevado a la reina de Lorry a presentarse en Vetero. No sabía nada de su visita, y me precio de tener información procedente de muchos países. Para los negocios, ya saben.

—Imagino —asintió Necto, sin hacer excesivo caso de lo que decía, algo desanimado—. ¿Si pasara por su casa, podría por favor decirle que la reina le busca? ¿Que está alojada en la embajada de Lorry?

Él sonrió con zalamería.

—Solo si ustedes acceden a llevarle una botella a la reina Adía, con mis mejores deseos. Díganle que, si es de su agrado, podría establecerse una estupenda ruta comercial directa entre mis bodegas y el palacio real de Tigrán.

—Será difícil —replicó Nidama con sorna—, pero así lo haremos.

Con una botella en las manos, en cuya etiqueta se podía leer que se trataba de un vino tinto llamado «Grandeza», de una cosecha de hacía diez años, pero sin nada de información sobre Glabro, salieron de la propiedad de Antonius y no les quedó otro remedio que encaminarse a la biblioteca.

El fastuoso edificio les recibió dejándoles, como a todo aquel que lo visitaba por vez primera, anonadados. Rehicieron los pasos que Baako había hecho hacía un lustro y llegaron a la sección de Teología. Habían decidido que se mostrarían muy prudentes y que entrarían en el ala de forma separada. Mientras Nidama preguntaba, su esposo se dedicaría a echar un vistazo, aunque dudaba que hubiera algo de interés.

—Buen señor —dijo la mujer tras el intercambio de saludos de cortesía con el encargado, un hombre alto y entrado en carnes, de ojillos porcinos que

la miraba con desconfianza, como si le hubiera interrumpido en mitad de algo muy importante—. Estuve aquí hace unos años, y veo que el encargado que me atendió no está ya...

—Sí. —Su voz era chillona y un tanto desagradable—. Se refiere al anterior encargado, Glabro. Ya no está.

—¿No le pasaría algo malo?

—Pues no lo sé —respondió, torciendo el gesto—. Simplemente desapareció. Se fue. Nadie supo nada de él de la noche a la mañana. Un día vino a trabajar, y otro... ¡puf!

—¡Oh! Es una lástima. —Nidama se quedó cariacontecida, pero luego puso ojitos para ganarse al hombre—. De todos modos, seguro que usted puede atenderme igual de bien.

—No lo dude, señora. ¿Qué es lo que desea?

Mientras Nidama realizaba una serie de peticiones para distraerlo, Necto escuchó la conversación y sonrió al ver cómo utilizaba su mujer la astucia de la que siempre había hecho gala. Miró sin fijarse demasiado entre los estantes, echó un rápido vistazo a algunos volúmenes y se fijó en los cuatro ayudantes, tres chicas y un muchacho, que andaban de un lado a otro ordenando la colección. Se planteó el preguntarles sobre los dos ayudantes de Glabro que, según les contó, habían muerto cuando empezó a indagar sobre Abaven, pero desechó la idea con un movimiento de cabeza. No sería prudente preguntar a bocajarro tal cosa. Ni siquiera con una charla introductoria.

Empezaba, por tanto, a sentirse en un callejón sin salida, pero sus ojos se posaron de casualidad en la mesa de uno de los auxiliares del bibliotecario, descubriendo que existía un registro de las personas que consultaban los libros, una lista en la que aparecía el nombre del visitante y el título de los libros que pedía.

Tras asegurarse que ninguno de ellos estaba por ahí cerca, pasó las enormes páginas de letra apretujada hasta el principio, viendo que, por fortuna, el registro se remontaba a siete años atrás. Dando gracias por su pasado trabajo, que tanto le había familiarizado con el manejo de papeles, llegó en un momento a la anotación que indicaba que Baako había estado ahí. Leyó los títulos de los libros, pero decidió que no servirían para nada.

Sin embargo, se fijó en que, dos días después, los mismos títulos, exactamente los mismos, habían sido consultados por Néstor, quien, a falta de apellido, era nombrado como «el Horticultor».

Recordó algo que, en su momento, no le había parecido interesante: el instigador de los rufianes que habían atacado a Baako y los suyos tras salir de Vetero.

Quizá era buena idea hablar con el tal Néstor, pero, desde luego, con ayuda.

Al volver del Palacio del Estatuto Atul era todo sonrisas, porque Atanasio había accedido a ver a la reina Adía al día siguiente, a media mañana. Se lo comunicó, obsequioso, y ella asintió complacida. Por desgracia, las noticias no eran todas buenas, porque las pesquisas de Nidama y Necto no habían dado frutos.

Tampoco le hizo gracia la propuesta de ir a ver a Néstor.

—¿De qué serviría? —preguntó, cruzando los brazos.

—Majestad —contestó Necto—, quizá podamos descubrir datos que avalen vuestra audiencia con el emperador mañana.

—Es cierto —asintió ella— que lo que le diga a Atanasio podrá parecer un cuento de hadas, pero confío en que su famoso comportamiento diplomático le lleve a escucharme hasta que termine de relatarle toda la historia.

—Pero sin pruebas, estaríais a merced de su voluntad de creerlos —protestó Nidama.

La reina pasó la lengua por el interior de su boca, hinchando el carrillo y mirando hacia el techo, pensando.

—También podemos provocar un incidente —dijo por fin—. Este tal Néstor no es un simple tendero al que se le pueda acogerar...

—¿Y si no se enterara? —inquirió Necto, adoptando un gesto que quería ser prudente, pero que resultó cómico—. ¿Entrando en su casa?

—¿Y rebuscar en sus pertenencias? Definitivamente no —sentenció Adía—. Al menos, hasta después de mi audiencia con el emperador. Según como vayan las cosas, ya veremos luego.

Los dos se rindieron ante la férrea determinación de la reina, y se despidieron de ella para ir junto a sus hijas, que los recibieron con gritos y jolgorio, deseosas de contarles lo que habían hecho durante el rato que habían estado con Ziresa.

—Espero que no te hayan dado quebraderos de cabeza —le dijo Nidama, cogiendo a Ester en brazos.

—En absoluto —contestó la dama, sonriente—. ¡Son un par de ángeles!

—No sé yo si opinarías lo mismo tras unos cuantos días...

—¡Tonterías! —rio ella—. He conocido a muchos niños, y las vuestras serían una envidia para muchas madres.

—¿No tienes hijos? —De inmediato, Necto se arrepintió de la pregunta.

—¡Oh, no! —respondió—. Ni siquiera estoy casada.

Necto respiró aliviado por no haber cometido una falta de tacto ya que, de haberlos tenido, quizá hubieran perecido en la toma de Lorry.

—Me cuesta creerlo —dijo Nidama, sonriendo—. Eres muy guapa, querida.

La muchacha, que tendría la mitad de la edad de Nidama, se sonrojó hasta las orejas.

—Se lo agradezco, señora.

Necto vio, entonces, que Ziresa lanzaba una mirada furtiva a la espalda de su esposa, como agradecida de haber recibido el halago. Sonrió, viendo que su mujer no solo era astuta, sino también capaz de atraer miradas aprobadoras que vinieran de uno u otro sexo.

Meneando la cabeza ante lo que le parecía una escena de vodevil barato, con la sonrisa aún en el rostro, salió tras su mujer.

Adía fue conducida por dos obsequiosos sirvientes desde el mismo momento en el que entró en los terrenos del Palacio del Estatuto. La condujeron hasta el salón del trono, quizá con demasiada premura, así que a duras penas pudo contemplar el lujo y las maravillas por delante de las que pasó.

—Hemos llegado —le dijo en voz baja uno de ellos al franquear una magnífica puerta de cedro abierta que conducía a la gran estancia, y la llevó ante un hombre alto y muy delgado, de pelo cano pero aún espeso, que llevaba recogido en una cola de caballo.

—¡Ah, su Majestad la reina Adía de Lorry! —la saludó con una profunda reverencia que hizo que sus ropajes crujieran—. El emperador la recibirá enseguida. Permítame excusarme en su nombre, ya que su anterior visita se está demorando más de lo que creíamos. Por favor, tome asiento.

La reina hizo lo que le decían y se sentó en la hermosa butaca que le señalaba, la única vacía de una fila pegada a la pared del fondo del salón imperial. Mientras esperaba su turno, sintiéndose como una plebeya más que como una reina, se dedicó a matar el tiempo fijándose en las altas paredes que terminaban en una bóveda de la que colgaban exquisitas molduras florales

que, combinadas con los capiteles de las columnas que dividían la nave en tres cuerpos, se asemejaban a un bosque de escayola detenido a perpetuidad, conservado en un instante de hermosura. Sobre el suelo de mármol pulimentado de color rosado había, en la zona cercana al fondo del salón, una serie de butacas idénticas a la que ocupaba ella, la mayoría con mujeres y hombres que formaban parte de la corte y escuchaban con atención lo que el Emperador Atanasio III decía.

Este se encontraba reclinado sobre los cojines que cubrían el trono de Vetero, una pieza labrada en granito negro vetado de púrpura a la que se había dado una forma cóncava, de forma que parecía una bañera partida en dos. Junto a él, en un trono similar pero de color blancoamarillento, estaba Danais, cuyos grandes ojos almendrados contemplaban la escena, dándole un aspecto de ave predatoria. Los dos eran ya mayores, de más de cincuenta años, y aunque no llevaban mucho tiempo ejerciendo el poder dada la longevidad de sus antecesores en el trono, habían demostrado una gran capacidad de trabajo y sus decisiones se consideraban, en general, acertadas.

Los tronos descansaban sobre una elevación a la que se llegaba tras subir cinco escalones prohibidos de pisar para cualquiera salvo los propios emperadores y los dos miembros de la guardia encargados de su seguridad personal, de modo que quien fuera recibido en audiencia quedaba siempre por debajo de los emperadores de Vetero. En ese momento, el que hablaba era un joven de unos veintipocos años, atractivo y de rasgos egregios, que tenía tendencia a levantar la barbilla demostrando aires de superioridad, impresión remarcada por sus ricos ropajes.

—Ruego a Sus Excelencias me perdonen. —Por el tono de su voz, Adía entendió que estaba protestando por algo que le habían dicho antes, y un murmullo se levantó entre los asistentes—. Considero injusto rescindir el testamento que mi padre realizó en vida, y en posesión de sus facultades, por el que se me hacía partícipe de todos los bienes familiares. Tras haber expuesto mi caso ante los tribunales, no me encuentro satisfecho sobre la aplicación de las leyes sucesorias vigentes y planteo con justicia mi petición de anulación de sentencia ante la instancia judicial máxima, que es el Trono de Vetero.

Atanasio se inclinó hacia su esposa con un gesto que parecía de fastidio y ambos hablaron por unos instantes. Luego, la voz del emperador, clara y audible hasta para el más alejado de los asistentes, decretó:

—Considerando su petición, maese Terencio, y habiendo estudiado la

letra de la sentencia de los Tribunales Centrales de Vetero, el Trono considera que el testamento paterno no se ajusta a la ley al obviar a uno de los descendientes legítimos, la dama Sarisa, y no destinarle el mínimo legal establecido por las leyes imperiales. No existiendo tampoco atenuantes probados que sugieran un mal comportamiento filial por la dama Sarisa que permitieran la no aplicación de dicha ley, es nuestra voluntad ratificar la sentencia emitida.

»Desde un punto de vista más personal —continuó el emperador adelantando un tanto su torso—, le recomiendo que se olvide de rencillas familiares y se dedique a gestionar de forma correcta el patrimonio que le ha sido dado en herencia, que no es poco. El Imperio vetero busca desde hace muchos años la igualdad real y efectiva entre mujeres y hombres, y burdos intentos de manipular las leyes para crear jurisprudencia, como es su caso, maese Terencio, no hacen otra cosa que soliviantar a este Trono.

El hombre parecía a punto de estallar, con los puños crispados a los lados y la cara enrojecida, pero optó por una rígida reverencia y masculló que lo acataba, retirándose después, con el rabo entre las piernas.

Aceleró el paso conforme se acercaba a la puerta de salida y pasó como una centella al lado de Adía, a quien no gustó lo que vio en su cara, una especie de fría determinación mezclada con el fuego de quien desea venganza. Se levantó cuando vio que el chambelán le indicaba que se acercara y, de la forma más solemne que pudo, se acercó hasta el trono, haciendo una graciosa reverencia mientras notaba los ojos de los emperadores fijos en ella.

—¡Su Majestad la reina Adía del reino de Lorry! —la anunció el chambelán, que la había acompañado.

—Nos place enormemente —comenzó Atanasio— tener por primera vez en Vetero a la soberana de un reino amigo y aliado, Alteza. Me perdonaréis, pero la duda me corroe: ¿por qué no ha venido el rey Tigrán?

—Excelencias... —respondió la reina—. Me temo que Tigrán, mi esposo, ha muerto.

Las voces de incredulidad y espanto se extendieron entre los asistentes, porque nadie sabía nada en absoluto de un suceso que debería haberse comunicado con antelación. La propia emperatriz se removió inquieta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Lorry ha sido invadida, Excelencias.

Los murmullos se convirtieron en un coro de protestas, incapaces de creer

lo que estaban oyendo, y Adía asintió con fuerza para dar más veracidad a sus palabras.

—Un ejército llegó ante las murallas de la capital sin que nadie supiera nada de su existencia hasta que los tuvimos encima. Su ferocidad fue tal que solo yo, unas pocas damas de mi séquito y unos cuantos niños pudimos escapar de la ciudad.

Las lágrimas comenzaban a brotar de nuevo sin que pudiera hacer nada para evitarlo, y mientras el emperador escuchaba horrorizado, Danais violó el protocolo bajando las escaleras y acudiendo junto a ella, tomando sus manos. En ese momento, Adía agradeció el contacto de una mujer que podría ser su madre dada su edad, que le ofreció el calor de unos dedos nudosos y fuertes acariciando sus palmas.

Atanasio se irguió cuan alto era, casi dos metros de estatura, y dio un par de fuertes palmadas. Los asistentes sabían qué tenían que hacer pese a que el chambelán lo recalcó, diciendo con fuerte voz:

—¡Las audiencias han terminado, excelencias! ¡Abandonen el salón del trono!

Cuando todos se fueron, Adía, tras secarse las lágrimas con el dorso de la mano, se fijó en que los escoltas permanecían en su sitio, hieráticos como estatuas, y le resultó curioso que quien estaba detrás del trono de Atanasio era una mujer mientras que, tras el de la emperatriz, se encontraba un hombre, ambos armados con corazas plateadas relucientes que simulaban torsos musculados. Una muestra más de la característica más especial del imperio, que era la indiferenciación de géneros que empezó a llevarse a cabo hacía siglo y medio, cuando unas durísimas guerras con las regiones australes del continente provocaron tal sangría en la población masculina que debieron comenzar a reclutarse soldados entre las mujeres, las cuales tardaron poco en llenar los huecos vacíos en muchos otros oficios. La incorporación a la enseñanza desde la infancia, las modificaciones legales y el abandono de estructuras anticuadas llegaron poco después, llevando una revitalización al Imperio que hizo que, de ser un estado que hacía frente a una potencial decadencia en ciernes, se convirtiera de nuevo en la potencia hegemónica.

—Excelencias —se excusó Adía—, lamento haberme derrumbado...

—Tonterías, niña —la reprendió con suavidad Danais, mientras Atanasio llegaba hasta ellas, cojeando por una antigua herida en la rodilla—. Pero tienes que explicarnos lo que ha pasado.

Aunque al principio Adía dudó sobre qué decirles, pronto sus palabras se

convirtieron en un torrente incontrolable, relatando la pérdida de Lorry y su triste huida de una ciudad condenada. Los rostros de ambos se torcían con espanto al escuchar las descripciones del ejército que había sido el verdugo de su patria. No obstante, también comprobó, tal y como temía, que el escepticismo asomaba a sus ojos al escuchar la condición inhumana de los enemigos y, aunque no la interrumpieron hasta acabar de hablar, Adía sospechaba que, si se excedía en ese punto, la tomarían por loca.

—Tal salvajismo y rapidez —reflexionó el emperador— explicaría por qué nuestro embajador en Lorry no nos ha comunicado nada. Lo que nos dices, Alteza, es muy preocupante y merece una decisión meditada.

—¿No hubo ni una proclama? —inquirió Danais—. ¿Ni una amenaza siquiera?

—No, Excelencia —respondió Adía—. Vinieron en tromba y tomaron la ciudad en una tarde.

Se ahorró decir que su ejército crecía con cada muerto que causaban. Consideró mejor tampoco decir nada sobre lo que Necto le había contado acerca de Abaven.

—Me preocupa —Atanasio se frotó la frente— que estos desconocidos puedan seguir avanzando. Me recuerda a la horda que en tiempos antiguos descendió sobre los reinos centrales como una plaga de langostas.

—Eso me temo, Excelencias —coincidió la reina—. Creo que seguirán avanzando si no se les detiene.

—¿Es posible que hayan venido de ultramar?

La emperatriz se refería al mítico continente al que, según se suponía, se llegaba navegando al oeste. Ni Vetero ni ninguno de los estados lo habían comprobado nunca, no obstante, y las esporádicas expediciones que de vez en cuando se aventuraban en el océano se perdían para siempre.

—Eso solo sería posible —comentó con aire erudito su marido— si el mundo fuera redondo, y eso es una teoría que aún no se ha podido demostrar, esposa.

—Cierto. —De un plumazo, se abandonó la hipótesis—. Porque vinieron del este, según dices.

—Así es, Excelencia. —No lo dijo, pero Adía sabía que el origen del ejército era algo mucho más siniestro.

Los emperadores callaron unos minutos y se miraron entre ellos, como si compartieran una conversación mental. Adía no se atrevió a quebrar el silencio y, por fin, Atanasio hizo revolotear las amplias mangas de su blusón

púrpura, que crujió con un frufrú, y dijo:

—Lorry no es un reino vasallo del imperio, pero nos atan vínculos de amistad y colaboración desde que Justino permitiera su creación en ese antiguo enclave maderero. De hecho —sonrió, recalcando sus palabras amistosas—, la inmensa mayoría de los paneles de madera que hay en el Palacio del Estatuto proceden de ahí. Por tanto, creo que es nuestro deber como amigos y aliados lanzar una fuerte expedición de castigo contra los viles traidores que han tomado el reino, vengando el asesinato de su legítimo monarca y restituyendo a la reina en su trono.

Adía estaba agradecida y luchó contra el súbito impulso de echarse al cuello del emperador, guardando el debido decoro. Vio que Danais asentía, coincidiendo en todas y cada una de las palabras que su esposo decía.

—No sé qué decir, Excelencias —manifestó cuando logró deshacer el nudo de la garganta.

—No digas nada, niña —respondió ella—. Solo sé la reina que debes ser para con tu pueblo y permanece firme ante estos momentos tan oscuros.

—Convocaré de inmediato al Consejo de Guerra —dijo Atanasio—. Las tropas de Vetero marcharán lo antes posible, Alteza. Os lo garantizo.

Cuando el sol se alzó sobre Lorry, lo hizo sobre una ciudad muerta. La macabra horda de Abaven solo había necesitado esa noche para acabar con todo rastro de vida al derramarse inclemente sobre las calles y las casas, provocando los gritos, gemidos y llantos de los habitantes. Ni siquiera se limitaron a los humanos, porque todo ser vivo fue borrado de la faz de la urbe, llevando a cabo una labor de exterminación metódica que no perdonó ni a las ratas, que se apiñaron, por primera vez en su existencia, atemorizadas en las cloacas.

Desde su trono en el Faro, Abaven contempló su obra y le produjo una enorme satisfacción, al ver cómo sus marionetas cumplían sus designios, pasando a cuchillo perros, gatos, cerdos y caballos cuya sangre regó las calles hasta convertirlas en riachuelos de color rojizo.

El olor a muerte impregnaría Lorry durante años, pegado a las paredes de sus casas, a las piedras de sus aceras, a los sillares de los muros que habían sido ineficaces por completo a la hora de defender a sus ciudadanos.

Lorry se convirtió en la capital del horror y Abaven decidió que reinaría realizando una última burla grotesca hacia el primer país que había caído bajo su yugo. Tomó el cuerpo acuchillado del rey Tigrán, y haciéndolo

resplandecer con la luz dorada que caracterizaba a sus tropas, lo guió hacia el Faro, a cuya parte inferior trasladaron el trono real y algunos de los símbolos del poder del reino. Bajo dos estandartes cruzados, sucios de hollín y ensangrentados, hizo que el cuerpo de Tigrán se sentase en el trono y manipuló su carne para que sus piernas quedaran unidas a las patas del asiento, y los brazos, a los apoyaderos. Ahí permanecería, como si fuera la encarnación de su poder en el mundo, para toda la eternidad, pues la capacidad de manipulación de la realidad por parte de Abaven era tal que todos aquellos que formaban parte de su ejército no sufrían la decadencia y corrupción propia del paso del tiempo.

Sin embargo, y pese a que en su día hacía milenios gustó de presentarse como un dios, no era omnipotente, y tras arrancar de las mentes de sus servidores la información sobre el nuevo mundo al que había llegado, fraguó un plan para expandir su dominio. No podía extender su poder mucho más allá de donde se encontraba su cuerpo físico por el momento, así que precisaba de aliados vivos con los que ganar tiempo.

Hizo llamar a Metelo, el único vivo que quedaba entre los muros de Lorry, y un par de deformes soldados con los brazos retorcidos y el torso abotargado lo sacaron de la celda donde, hacía una semana, había sido arrojado.

Metelo se encogió de miedo al verlos abrir la puerta, creyendo que por fin había llegado su hora. Se percató del error que había supuesto traicionar a su propia especie cuando ya era demasiado tarde, y en breve, sin alimento ni bebida, obligado a tomar sus propios orines para calmar la abrasadora sed, enloqueció con rapidez, recordando los horrores que aquel a quien había llamado señor había desatado.

A empellones, llevaron a Metelo ante la carcasa de Tigrán, que lo miró con unos ojos resplandecientes y dorados, y le hicieron postrarse ante él dándole un golpe en las piernas.

La voz de Abaven, la misma que siempre se oía cuando un siervo del dios hablaba, le dijo plena de autoridad y capaz de mover al más profundo de los horrores:

—Sé bienvenido a mi corte, Metelo.

Aunque parecía más bien una mofa, el hombre alzó un tanto los ojos, y entre las nieblas de su locura creyó encontrar un resquicio por el que lograr su salvación.

—Señor —dijo—. Mi dios. Supremo...

—He sabido —le interrumpió— del gran poder que posee el Imperio

vetero. Háblame de él.

—Sí, por supuesto —se apresuró a contestar, moviendo con rapidez la cabeza y hablando con palabras que surgieron a toda velocidad de su boca mientras espasmos recorrían de vez en cuando su cuerpo—. Es el mayor estado del mundo, un imperio que se extiende desde las costas del oeste a las tierras del helado norte, gobernado por la pareja imperial, Atanasio y Danais son sus nombres, desde la capital del mundo. Tiene un gran ejército y su población es enorme, decenas de miles de veces superior a la de Lorry. Es rico, muy rico, y los países que lo rodean se ven obligados a pactar bien por temor, bien por amistad, con él.

—Pero, al sur —replicó la voz del dios—, hay otros que no le temen.

—Bueno, señor. —Se metió un dedo en la boca, chupándose como si fuera un niño, y se encogió de hombros varias veces—. Más bien diría que odian al Imperio.

—Explícate.

—Hace un tiempo... dos siglos, creo recordar... el Imperio libró unas guerras devastadoras con los países del sur... Se habían coaligado. El caso es que, al final, Vetero venció y los países del sur tuvieron que aceptar unas condiciones de rendición humillantes. Al menos, humillantes desde su punto de vista, claro, porque en Vetero bien podían decir que era una paz honrosa y magnánima...

—¡Silencio!

Metelo cerró la boca de inmediato, sabiendo que quizá había mostrado una excesiva locuacidad y abusado de la paciencia de su buen señor. Comenzó de nuevo a temblar, pensando que en cualquier momento se encontraría con una lanza en las tripas.

—Serás mi enviado —dijo sin embargo Abaven—. Viajarás a los reinos del sur y les ofrecerás una alianza para su venganza. Les harás ver que todos juntos aplastaremos Vetero y lo borraremos de la historia.

Metelo sonrió, deseoso de agradar a su señor, pero no acababa de entender cómo podía llevar a cabo tal tarea.

—Desnúdate —le ordenó, y el hombre se apresuró a cumplirlo.

Hacía frío en la sala y Metelo sintió temblores que le hicieron abrazarse intentando, en vano, sentir algo de calor. Entonces, un terrible dolor, como un latigazo dado con cerdas llameantes, atravesó su espalda y notó la carne de los omóplatos rasgarse, con la sangre cayéndole hacia abajo, goteando sobre el suelo oscuro. Gritó, preso de un insoportable dolor cuando el hueso creció

hacia fuera de su cuerpo y se desplegó hacia atrás de una forma absurda e increíble, para luego crear otros pequeños vástagos que se alejaban en perpendicular de esa primera formación ósea. Por fin, cuando ya Metelo yacía desmayado en el suelo por la conmoción que le suponía tan terrible dolor, la piel creció en torno a esos huesos y, en pocos instantes, un par de alas coriáceas, similares a las de los murciélagos, surgían del hombre confiriéndole el aspecto de una macabra criatura voladora.

Uno de los soldados que habían llevado a Metelo le dio unas cuantas bofetadas hasta que despertó y, guiñando los ojos, llevó su mano tras de sí, palpando lo que había aparecido en su espalda. Gritó por la sorpresa y el horror, provocando que el cuerpo muerto de Tigrán emitiese una especie de risa sardónica, un sonido metálico y rasposo que todavía produjo un mayor terror en Metelo.

—Volarás hasta esos países del sur —dijo después Abaven— con una demostración del poder que ha surgido en el norte, y no volverás hasta que la alianza sea un hecho. Lo conseguirás, o el dolor que sufrirás será tal que desearás no haber nacido, ¿entiendes?

Metelo se apresuró a asentir con la cabeza y, antes de darse cuenta siquiera, fue arrastrado, sin haberse incorporado, fuera de la sala del trono y obligado a esperar en la explanada que rodeaba al Faro.

Vio cadáveres de animales tirados pudriéndose al sol, con moscas revoloteando en torno a ellos, gordas y lustrosas, con sus abdómenes de un verde brillante. Sintió asco al ver cómo una de ellas zumbaba junto a su oído, y pensó, en un momento de rara lucidez, que él también era como un repugnante moscardón, al que habían dejado vivir porque a Abaven le placía el hecho de hacerlo.

También entendió que su misión era fundamental para sobrevivir, así que comenzó a rebuscar en su fragmentada mente los recuerdos que poseía de los tiempos de una vida ya pasada, de sus experiencias como diplomático y consejero. Conocimientos sobre la política, la geografía y la historia de las tierras que jamás antes se había planteado siquiera visitar. Unas tierras feroces, montañosas y plagadas de desiertos, en las que los pocos cursos de agua atravesaban regiones de monótonas praderas que aportaban el único punto de verdor al paisaje. En ellas habitaban hombres rudos, asilvestrados, que se agrupaban en clanes regidos por leyes transmitidas de generación en generación, toscas pero eficientes, que proporcionaban un sistema jerárquico en el que la fuerza era la principal medida a la hora de decidir los sistemas de

dependencia y relación.

Algunas de las regiones incluían organizaciones que iban un paso más allá y podían ser denominadas estados, con caudillos a la cabeza de un territorio mantenido a sangre y fuego por las armas, y Metelo pensó que, de empezar por algún lado, tendría que ser por ahí.

Mientras tanto, uno de los sirvientes, en el cuerpo de un niño delgadito cuya cara mostraba una fea herida que la atravesaba de la frente a la barbilla, subió corriendo la escalera que conducía a la cúspide del Faro y se acercó al cuerpo, al auténtico cuerpo de Abaven. Sus córneas se quemaron al contemplar el inmenso y sobrenatural fulgor de la luz dorada que inundaba la estancia y que se multiplicaba hasta el infinito, reflejada en los cristales colgados del techo que la emitían hacia el exterior.

La voluntad de Abaven guió la carcasa del niño y le hizo extender los brazos hasta tocar la superficie rugosa y pétreo que se hallaba en el centro de la luz. Con un fuerte tirón, arrancó un pedazo apenas más grande que su puño de la piedra que había caído del cielo y que había sido traída desde Rygita por la hueste, para bajar de inmediato después y ofrecérsela a Metelo.

Cuando el hombre la cogió, notó como si corriese lava por su cuerpo, así que la metió de inmediato en un zurrón que le tendió el soldado junto a él, y el niño, cuyo cuerpo había sido por completo consumido por la exposición directa a Abaven, cayó al suelo, pues había cumplido su cometido y no tenía más interés para el dios del Faro.

—Vuela ahora hacia el sur —le ordenó la voz de su señor—, y cumple mis órdenes.

Con un último asentimiento, Metelo desplegó las alas con torpeza, batiéndolas sin orden ni concierto, pero pronto entendió cómo debía ordenar a sus nuevos apéndices que se comportasen y, como si hubieran formado siempre parte de su cuerpo, emprendió el vuelo contemplando la ciudad muerta, el sitio de Abaven, empequeñeciéndose más y más a sus pies. Con una última demostración de humanidad, sintió pena por lo que entonces ya no era más que un inmenso cementerio bañado por una luz de oro que, al mismo tiempo, era más oscura que la noche.

Conforme devoraba las leguas, ganó una mayor destreza volando, y Metelo supo aprovechar las corrientes de aire para moverse a una mayor velocidad e incluso intentó cazar pájaros para calmar el hambre atroz que atenazaba su estómago, cayendo en picado desde lo alto sobre bandadas de

palomas y patos, como hacen las rapaces. Lo consiguió al quinto intento, y sintió un inmenso placer cuando la sangre de la criatura entró en su garganta al arrancarle el cuello de un feroz mordisco. En el fondo de su mente, sabía que estaba convirtiéndose en algo inhumano, pero desechó la idea: era algo carente de importancia. Tenía que sobrevivir en ese nuevo mundo que comenzaba a forjarse y en el que no había cabida para los hombres tal y como habían existido hasta entonces.

Gracias a las alas otorgadas por Abaven, Metelo tardó solo siete días en cruzar las inmensas distancias que le separaban de su objetivo, y comenzó a planear a gran altura, trazando círculos sobre la ciudad que creía era Diar-Mataún, la ciudad más grande de las regiones australes del mundo y que, aun con todo, no llegaba a abarcar ni una tercera parte de la superficie de la capital de Lorry. Sabía, por sus lecturas, que los masunitas eran un pueblo supersticioso, anclado a creencias pasadas que incorporaban sacrificios cruentos de animales para aplacar a sus dioses, más salvajes que ellos mismos, con una sociedad basada en la separación tajante y exclusivista entre guerreros y campesinos.

Se preguntó si aparecer con su aspecto supondría un problema o, por el contrario, resultaría una ventaja, así que decidió fiarlo todo a la voluntad de Abaven y descendió, desde los cielos, hasta el edificio que le pareció más solemne de la ciudad, aunque en muchos otros lugares sería considerado poco más que una cochiguera.

Con un último batir de alas, Metelo tomó tierra provocando los gritos de asombro de las gentes que se encontraban ahí. Dos hombres, vestidos tan solo con taparrabos de cuero, musculosos hasta el absurdo, agitaron un par de hachas y corrieron hacia él, gritando en su ininteligible lenguaje lo que sin duda, dadas las expresiones en sus caras, eran obscenidades. Metelo pensó que quizá había cometido un error de cálculo y su misión iba a terminar antes siquiera de haber comenzado, pero echó mano de inmediato a su zurrón y lo abrió, de forma tal que la luz dorada de Abaven se expandió en el espacio en torno a su persona, como un manto protector.

Los dos hombres gritaron, esta vez consumidos por el pánico, y soltaron sus armas, cayendo a tierra y tapando sus ojos, mientras el resto de los presentes se arrodillaba musitando frases que bien podrían pasar por ser oraciones.

Metelo sonrió y plegó sus alas a la espalda, viendo que en la casa se abría una ventana por la que asomaba un rostro melenudo, de espesa barba morena

recogida en trenzas amalgamadas con estiércol de caballo que enmarcaba unos rasgos de aspecto brutal, con sus cejas hirsutas, su nariz hinchada y los ojos saltones y agresivos.

El enviado de Abaven le señaló y dijo:

—¿Eres tú el rey de esta chusma?

El hombre gruñó algo, y Metelo entendió que la comunicación iba a ser un problema, pero nada parecía fuera del alcance de Abaven, porque como entendiendo que su ayuda era necesaria, el fragmento del dios de oro aumentó su brillo por un instante, y Metelo comprendió, de repente, qué estaba diciendo el salvaje en la ventana.

—¿Eres el mensajero de Zoma-Chuggatt? —había dicho.

—Zoma-Chuggatt no tiene poder ante mi señor —respondió Metelo, mostrando los dientes—. Ningún dios tiene tanto poder como Abaven, que os tiende una mano de amistad desde su trono en el lejano norte.

—¡Ja! —rio el salvaje, inclinando su cuerpo fuera del marco—. ¡Demuestra eso!

Metelo asintió ante el reto y señaló a uno de los hombres de las hachas, que aún estaba en el suelo como un perrillo gimiente al que han dado demasiados palos.

—¿Cómo quieres que ese hombre sea más eficaz para ti en la batalla, gran rey? —preguntó.

—Que tu dios Abaven haga que le crezca una coraza como la que recubren los insectos y sus brazos se multipliquen y acaben en filos de espadas —replicó, convencido de la imposibilidad de lo que pedía.

Con aires de superioridad, Metelo se acercó al hombre y se acuclilló frente a él. Le cogió sin ningún cuidado del pelo y tiró hacia atrás de su cabeza, obligándole a mirarle, mientras depositaba el zurrón en el suelo. El hombre lloriqueaba, lleno de horror supersticioso.

—Mete la mano en la bolsa —le dijo, y el hombre, como un autómatas, hizo lo que le decían.

El rey de los salvajes había decidido salir de su cochambroso palacio para contemplar más de cerca el espectáculo y así, cuando el enviado del tal Abaven fallara, decapitarlo él mismo, pero se quedó helado, con los ojos abiertos todo lo que le permitían sus párpados, al ver cómo una negrura dorada se extendía por el cuerpo del hombre, que se retorcía de dolor mientras su carne y huesos eran transformados por el poder de la luz en el zurrón.

Su vientre y su pecho se hincharon grotescamente, hasta adoptar una forma abombada que presentaba partes segmentadas al modo de los insectos, y sus brazos humanos menguaron hasta convertirse en parte del torso para luego brotar del mismo tres pares de extremidades de escaso grosor pero acabadas en peligrosas puntas, afiladas como lanzas. Solo las piernas y la cabeza, que daban un aspecto absurdo al conjunto, recordaban que eso había sido antes un hombre.

Un gran coro de exclamaciones sorprendidas se levantó entre los testigos, y el rey no pudo hacer otra cosa que hincar la rodilla en tierra ante tal despliegue de poder.

—¿Ves, gran rey? —le dijo Metelo, mientras el hombre-insecto se incorporaba, los ojos vacuos y carentes de toda voluntad—. Abaven ha venido a este mundo para tomarlo como se toma una virgen, y te ha elegido como su amigo y aliado. ¿Osarás rechazar tal propuesta?

—Por supuesto que no —respondió de inmediato él—. Nuestros cuerpos y nuestras espadas son de Abaven.

—Me complace oírlo, porque Abaven ha decretado la muerte del Imperio vetero, y sobre sus cenizas humeantes, los pueblos del sur estableceréis un nuevo dominio.

Al oírle, todos gritaron y ulularon complacidos, viendo que su sed de venganza y de derramar sangre de los antiguos enemigos iba a ser saciada gracias al auxilio de un nuevo y poderoso aliado. El Imperio moriría a manos de los descendientes de aquellos que fueron humillados hacía tanto tiempo, e incluso su nombre sería borrado de los anales de la historia.

Adía era recibida en el Palacio del Estatuto como si siempre hubiera formado parte de la corte imperial y no era infrecuente verla paseando junto a Danais, de tal forma que los criados comenzaron a decir que más parecían madre e hija que otra cosa. La emperatriz le ponía al día de los preparativos: el volumen de tropas que Vetero iba a mandar al norte no era escaso en absoluto, y solo las cuestiones logísticas implicaban una cantidad exorbitada de cálculos y gastos. La Consejera Imperial de Guerra, la general Serena, se saltó numerosas horas de sueño desviviéndose por cumplir las órdenes de Atanasio en los días que siguieron a la recepción de Adía. Se movilizaron veteranos que habían sido licenciados pero en cuyo contrato se especificaba que podían ser llamados de nuevo a filas hasta cinco años tras su baja en el ejército a cambio de una pensión. Se realizaron levadas y se negoció con

proveedores para asegurar las vituallas y el transporte a los setenta mil soldados. El mismísimo emperador recibió a los comandantes para explicarles la cuestión en la Sala de Guerra y Danais visitó las forjas, de fuegos continuos y fuelles resoplantes, que fabricaron centenares de armas y piezas protectoras.

Vetero marchaba a la guerra con una demostración de poder tal que no se había visto en decenas de años, y pronto comenzaron a cundir entre el pueblo las soflamas patrióticas, deseoso como estaba de obtener una victoria con tanto lustre como las que tuvieron lugar antaño.

Pero, para desgracia de Adía, el Enemigo se había movido demasiado rápido, y dos días antes de la proyectada salida hacia Lorry, el emperador la hizo llamar a sus estancias privadas, una rarísima muestra de familiaridad que la extrañó. Conforme se acercaba a la alcoba, sintió que algo no andaba bien.

Ver las caras de la pareja imperial, blancas como la tiza, no ayudó a disipar esa sensación.

—Adía —le dijo Danais, acercándose hacia ella y besándola en la mejilla —, gracias por venir.

—Excelencias —respondió con una reverencia, mirando a Atanasio, que tabaleaba, de pie, con los dedos sobre una bonita cómoda de color rojizo.

—No me andaré con rodeos, querida —siguió la emperatriz—. Vetero está bajo ataque.

La reina de Lorry la miró tras pestañear incrédula.

—¿Quién? —inquirió.

—El sur —dijo con voz profunda Atanasio; cogió un papel que había sobre el mueble y lo leyó, como si esperara que, tras leerlo de nuevo, su contenido hubiera cambiado—. Los salvajes del sur se han coaligado y han penetrado en la provincia austral del Imperio.

—Es terrible, señor —acertó a decir tan solo Adía.

—Cierto —bufó él—. Y no soy tan ingenuo como para creer que se trata de algo aislado.

—Primero, Lorry, en el norte —aclaró Danais—. Ahora, el sur. Se está atacando al Imperio en dos frentes.

Adía se sentía como un pececillo boqueante arrancado de su acuario. Notaba que le faltaba el aire y comprendió qué significaba lo que le estaban diciendo.

—Las guarniciones fronterizas han sido movilizadas y se ha dado orden de organizar una defensa inicial, pero tenemos que responder de inmediato,

antes que penetren más en territorio imperial.

Las palabras de Atanasio implicaban justo lo que Adía temía. Había un ejército acampado a las afueras de la capital, listo para marchar en poco tiempo contra los invasores. La reina asintió con la cabeza, aunque notaba cómo se le arrasaban los ojos.

—Recuperaremos Lorry —le dijo Danais, haciéndole levantar la frente y cogiéndole la barbilla—. Como prometimos, pero aún no podemos...

—¿Y si reclutáis otro ejército? —se atrevió a preguntar, con un hilo de voz.

—No es factible —respondió Atanasio, con genuina tristeza—. Vetero ha vivido muchos años de paz, y por mucho que se oigan cánticos de batallas en las tabernas estos días, no hay tanta gente dispuesta como sería necesaria para crear otro ejército.

—Y tampoco suficiente oficialidad ni soldados veteranos —concluyó la emperatriz.

—Lo entiendo —dijo Adía—. Os debéis a vuestro pueblo.

Ninguno de los dos dijo nada, pero notó cierto alivio cuando Danais la abrazó y le acarició la espalda, besándole con suavidad el cabello. Adía se sintió como una chiquilla, como cuando su madre la consolaba y la arrullaba. Quiso volver a esos días felices y despreocupados.

Hizo llamar a Nidama y Necto en cuanto llegó a la casa del embajador. Se sentía derrotada por completo, superada por los acontecimientos, y les puso al día de las malísimas noticias. Ellos las recibieron, como era normal, con abatimiento.

—Debemos convencer a los emperadores de la naturaleza del ejército que ha destruido Lorry, Majestad —dijo Necto con energía.

—¿Quién nos dice —inquirió la reina— que los salvajes del sur no son también esas... criaturas?

Necto no supo qué responder, pero su esposa, que había estado masajeándose las sienes por el grave dolor de cabeza con el que se había levantado, sugirió:

—Razón de más para que se les avise. Si van a la batalla sin saber a qué van a enfrentarse, el ejército podría ser derrotado por el miedo al contemplar al enemigo.

—No quise dar muchos detalles sobre eso para que no me tomaran por loca —replicó Adía—. Si empiezo ahora, es probable que piensen que se

trata de una maniobra desesperada...

—Necesitamos pruebas —la interrumpió Nidama—. Si tuviéramos aquí a Glabro, podría arrojar luz sobre el asunto.

—O... Néstor —sugirió Necto, volviendo al tema que habían hablado hacía días.

La reina les volvió la espalda y dio unos cuantos pasos hacia la ventana, contemplando el cielo azul y despejado que colgaba sobre la ciudad. Escuchó el canto de unas aves, escondidas en los árboles cercanos y los ruidos, de fondo, de la inmensa ciudad.

—Asaltaremos la casa de Néstor —dijo por fin tras suspirar, sin mirarles—. Nos arriesgaremos a ser expulsados, pero no nos queda otra opción.

»Daré las órdenes convenientes.

El capitán Mohenjo, jefe de la escolta que el barón Gradiano había proporcionado a la reina, meneó la cabeza mientras tiraba los dados. Volvieron a salir dos malditos treses, con lo que perdió las monedas apostadas y dio el último trago a su jarra, que dejó con estrépito sobre la mesa mascullando una maldición.

—No es tu tarde, amigo. —Un tipo con la nariz colorada le palmeó el hombro, provocando que la cara de Mohenjo mostrase furia por un momento.

Con todo, era mera fachada. Ni había permitido que el vino se le subiera a la cabeza, ni había apostado a tontas y a locas hasta quedarse sin una moneda. El capitán estaba trabajando, pese a lo que parecía, y aunque quizá no estuviese muy de acuerdo con la misión que se le había encomendado, era un leal servidor de su reina.

Apartó el taburete estirando su cuerpo fibroso y sonrió con aspecto cansado a una ramera, guiñándole un ojo.

—Me retiro, señores —anunció, lo que hizo que los otros exclamaran contrariados.

Subió las escaleras que conducían a la tabernucha donde había pasado las últimas dos horas e hizo un gesto imperceptible a uno de sus hombres, que estaba dando vueltas por el local, escuchando por si acaso captaba algo de interés.

—No he tenido suerte, capitán —le informó Tiko.

—No importa —sonrió Mohenjo, ya en la calle, donde el sol de la tarde le hizo lagrimear tras haber estado tanto rato en la taberna en penumbra y cargada de humo—. Yo sí.

La reina Adía le había hecho llamar esa mañana y le encomendó una tarea más propia de rufianes que de soldados, pero la urgencia en su voz y las continuas referencias a la necesidad de cumplir la misión por el bien de Lorry le hicieron aceptar sin más. Al planear el asalto a la casa de Néstor, impuso una única condición, pues no quería que ninguno de sus hombres se viera implicado en el asunto. Si alguien tenía que sufrir deshonor, sería él. Solo aceptaría que Tiko le acompañase y vigilara, montando guardia, en el exterior.

El principal problema era que Néstor, como todo buen pudiente en Vetero, tenía varias casas, sin contar los almacenes y comercios, por lo que encontrarlo podía ser una cuestión de azar más que otra cosa. Así que Mohenjo decidió que acudiría a la taberna más cercana a una de las casas del horticultor, para ver si se enteraba de dónde podía estar el hombre.

Deslizando preguntas casuales en la conversación, mientras jugaba, logró averiguar que en esa estación el rico comerciante se inclinaba por pasar las noches en el palacete que tenía en el barrio que circundaba el Palacio del Estatuto, el más noble de la ciudad, para disfrutar del caldeado aire que subía a la zona elevada en la que estaba enclavado y que disminuía la sensación de frescor que comenzaba a ser una constante en esos días.

Ello implicaba cuestiones peliagudas, como la presencia de patrullas de guardia o de medidas de seguridad extremas, así que decidió hacer una visita previa al lugar junto a Tiko, tras pasar por la casa del embajador Atul para vestir el uniforme con los colores de Lorry. Era mucho más probable que la gente que les viese merodear por la zona no sospechase nada de un par de soldados aliados del Imperio.

—Es una muralla bien alta, capitán —dijo Tiko, tras silbar apreciándola—. Y muy lisa; no veo ningún asidero.

El capitán se rascó el ojo izquierdo y no dijo nada, comenzando a andar siguiendo la línea del muro. En la parte trasera, se fijó en que la orografía del terreno hacía que la casa de enfrente, otro palacete, resultara más alta pese a que su muralla no se levantaba tanto del suelo como la de la finca de Néstor. Además, la piedra utilizada en ella era rugosa, y ofrecía numerosos huecos en los que poner pies y manos para escalarla.

En mitad de la calle, miró a un lado y otro y se preguntó si podía aprovechar la curiosa circunstancia. Torció los labios, pensando con sarcasmo que, si fuera una rana, podría encaramarse al muro más pequeño y saltar al interior de la casa del horticultor.

—¿Cuánto crees que medirá la calle de ancho, Tiko?

—Hummm. —El soldado entrecerró los ojos—. Como diez metros. Doce, diría yo.

—Demasiados.

—¿Para? —inquirió Tiko.

—Para saltarlos —respondió Mohenjo, porque la idea se resistía a abandonar su cabeza.

—¿Y utilizando un rezón? —sugirió Tiko.

—No. Demasiado ruido. No quiero que me oigan antes siquiera de entrar.

Ambos se quedaron mirando los muros, pensativos. Tiko dio una pequeña palmada y el capitán vio que se echaba hacia atrás hasta que su espalda pegó con la tapia del palacete y miró hacia la finca de Néstor.

—Mira, capitán —dijo, señalando hacia un árbol cuyo tronco se levantaba varios metros por encima del muro del horticultor.

—Sí, un gran árbol, ¿y?

Se trataba de uno de los famosos troncos de Lorry, los que habían dado fama y prosperidad al país gracias a los extensísimos bosques de esos árboles, una auténtica excentricidad en un sitio como Vetero que requeriría de numerosos cuidados para mantenerlo, pues el clima no era el más adecuado para su crecimiento.

—Puedes utilizarlo, capitán —sentenció Tiko, comenzando a explicarle el plan, que requería de una inmediata visita a una armería, antes que llegara la hora de cierre comercial.

Varias horas después, una vez que la noche hubo descendido por completo sobre la capital, Mohenjo y Tiko entraron en el barrio donde se encontraba la casa de Néstor. Avanzaban despreocupados, sin ningún tipo de aire culpable a pesar de lo chocante que podía resultar ver un par de hombres vestidos con ropajes grises y negros que portaban un gran rollo de cuerda.

El bullicio que se oía aun con las puertas cerradas de las tabernas, tascas y fondas que tenían en las horas que seguían a la caída del sol las mejores oportunidades de negocio fue apagándose conforme se acercaban al mucho más respetable lugar donde se levantaba el Palacio del Estatuto. Los cantos de borrachos y las groseras invitaciones de ramerías eran sustituidos por los firmes taconazos de patrullas que, antorcha en mano, caminaban por las lustrosas calles en las que vivían los ricos y poderosos.

Mohenjo y Tiko adoptaron una mayor actitud sigilosa y se resguardaron

en las sombras, atentos a cualquier sonido que les indicara problemas. Al llegar a la casa de Néstor, se deslizaron hasta el punto que habían estado examinando por la tarde y, todo lo rápido que pudo, Mohenjo comenzó a trepar la muralla de la casa vecina.

En un momento llegó arriba y, sentándose a horcajadas sobre el muro, desenganchó la ballesta que llevaba colgada a la espalda, oculta bajo la capa negra. El pivote cargado en ella era uno muy especial, pues la parte final del astil estaba fusionada con la soga que habían transportado. Dejó el arma a un lado, bien apoyada, y con esfuerzo, sudando y gruñendo, levantó el rollo de cuerda a pulso, unos veinte metros de pesado cáñamo que casi le destrozaron los hombros.

En la calle, Tiko le hacía gestos de apremio, porque la suerte se les podía acabar en cualquier momento y aparecer unos soldados, dando al traste con la operación, y con sus huesos en la cárcel.

Cortó la tira de cuero que mantenía la soga enrollada y ató el extremo suelto a un saliente del muro, comprobando con fuertes tirones que aguantaría su peso. Tras tirar la soga, que cayó con un golpe que le pareció demasiado ruidoso, apuntó con cuidado la ballesta hacia el enorme árbol de Lorry y apretó el gatillo.

La soga salió volando tras la saeta, desplegándose con un silbido que rasgó la noche y la punta de esta se hincó en el tronco. Mohenjo sonrió y empezó a dar vueltas a la cuerda en torno al saliente, hasta que consiguió que permaneciera tensa. Levantó el pulgar hacia Tiko y este comenzó a subir también el muro, a la vez que el capitán se ponía unos guantes de cuero recio y basto, de los que utilizaban los mineros del azufre para impedir quemaduras en las manos.

Tiko sujetó con toda la fuerza que fue capaz la cuerda y ahogó un gruñido de esfuerzo cuando Mohenjo descargó su peso en la soga y comenzó a atravesar el cielo como un equilibrista, a varios metros del suelo. Gracias a su espléndida forma física y gran agilidad, cruzó el espacio que separaba ambas casas en un suspiro y, cuando Tiko vio que el capitán comenzaba a descender por el tronco, soltó la soga y comenzó a desenrollarla, bajando del muro. Mohenjo había decidido que la salida no necesitaría de tanto sigilo: saldría por la puerta aunque fuera tirándola abajo. Además, no podían arriesgarse a que alguien, por casualidad, levantara la vista y viera la cuerda tendida entre las dos casas, por lo que escondieron todo rastro de su delito tajando la cuerda en el lado de Tiko, y el capitán tiró de la restante hasta que quedó

dentro de la finca, a los pies del gran árbol que él, agradecido, palmeó como si se tratara de un buen corcel, sintiéndose por un momento transportado a su tierra.

Echó un vistazo para localizarse, y vio que estaba en un gigantesco jardín, cuya extensión dejaba en ridículo la casa que se erguía en el centro de la finca, en el que había especies florales de todos colores y formas. Vio rosas rojas, amarillas, azules, las famosas doradas de Ashtún, hortensias agrupadas en ramilletes, gardenias, geranios, petunias, violetas, campanillas, lirios y claveles, nenúfares en un estanque de forma ovalada, arbolitos enanos diseminados de una forma exquisita, y arbustos recortados con formas hermosas algunas, divertidas otras.

El capitán recorrió los metros hasta el edificio, que parecía una casa de muñecas con sus ventanitas en madera de palisandro enclavadas en paredes blancas sin mácula y rematadas con un tejadillo cónico. La puerta, redondeando esa impresión de cuento de hadas, era como un círculo al que hubieran recortado la parte inferior, confiriendo un aspecto infantil al conjunto, y Mohenjo se dirigió hacia ella. Dado que solo tenía una planta, supuso que no le llevaría mucho tiempo encontrar algo de interés..., a no ser que tuviera sótano.

Dio gracias, además, porque Néstor sentía que el muro era suficiente para disuadir a cualquier ladrón, de modo tal que no había ni animales ni guardias, y giró el picaporte de la puerta.

Que estaba abierta.

Estaba resultando muy fácil, y eso le hizo ponerse todavía más tenso. Había esperado, como mínimo, tener que utilizar las ganzúas. Con sumo sigilo, empujó la puerta y entró a un recibidor pequeño y coqueto, con los muebles necesarios para atender a unas visitas sin hacerles pasar al interior de la casa y se fijó en que, tal y como había temido, existía un sótano.

No todo iba a ir sobre ruedas.

Por otro lado, casi le venía bien, porque de haber algo que ocultar, lo normal sería que estuviera abajo. Además, las probabilidades de ser sorprendido merodeando en la casa aumentarían conforme más tiempo pasara en el piso donde, era de imaginar, estarían las habitaciones de los habitantes.

Descendió las escaleras, procurando que el crujido de los peldaños de madera fuera un ruidito inaudible, y sonrió al ver que esa vez sí iba a necesitar utilizar sus habilidades forzando cerraduras. Tras un chasquido satisfactorio, la gruesa puerta de roble se abrió y pegó la oreja a la misma. Le

llegó un murmullo lejano, por lo que decidió que debía extremar las precauciones y, muy despacio, pasó por el resquicio que dejó al empujar.

Se encontró entonces en una zona fría y lóbrega, en la que la humedad era tanta que el ambiente parecía una sopa densa y maloliente. Detectó el hedor a sangre y orines, a heces y podredumbre, y arrugó la nariz subiéndose el pañuelo que llevaba al cuello hasta casi los ojos. Antorchas colocadas a intervalos regulares en las paredes le permitieron ver que el pasillo en el que se encontraba tenía varias celdas a los lados, estrechos habitáculos cerrados con verjas oxidadas y grilletes sujetos a la pared. De repente, Mohenjo se sintió transportado de un vergel de maravillosos colores a un infierno de tortura y muerte, sin entender para qué quería el líder de los horticultores de Vetero unas instalaciones así.

Las voces, que ahora identificó como procedentes de dos personas distintas, provenían del fondo, tras otra puerta también gruesa y de roble pero que, a diferencia de la anterior, presentaba un relieve grabado en su superficie que, de haber sido menos recio de espíritu, le habría provocado náuseas. Mostraba escenas de tortura, desmembramientos y canibalismo bajo la atenta mirada de un ser gargantuesco que parecía surgir de una columna llameante. El especial sadismo con el que el artista había llevado a cabo su obra le repugnó más de lo que podía soportar y, sin pensarlo siquiera, desenvainó poco a poco su acero.

El tacto de la empuñadura le produjo un agradable consuelo y empujó con la punta del arma la puerta, que estaba entreabierta y conducía a una especie de capilla abovedada, en la que la misma columna llameante del relieve, de la que surgían infinidad de brazos retorcidos y malévolos, aparecía en el punto central de la estancia, esta vez, labrada en mármol. El fuste presentaba cuajarones de lo que era, sin ninguna duda, sangre, y ante ella había dos hombres, cuya presencia en el lugar se debía a motivos bien diferentes.

Uno de ellos, el tal Néstor según le habían descrito, delgado y casi calvo, vestido con una hermosa bata de color del oro y descalzo, agitaba una daga de tosco aspecto, más bien diseñada para torturar que matar por su filo retorcido y aserrado, ante un hombre atado a la columna, desnudo, casi desfallecido, de pelo tan rubio que era casi blanco, con la cabeza derrumbada sobre el pecho, más muerto que vivo debido a las numerosas heridas pequeñas que cubrían su cuerpo.

Mohenjo ni siquiera escuchó las palabras de Néstor porque, entonces, su atención quedó fijada en lo que vio por el rabillo del ojo. Se puso en guardia

de inmediato, al pensar que una sombra se abalanzaba sobre él, pero luego se dio cuenta que era otra grotesca escultura lo que había a su derecha.

Sin embargo...

Al mirarla con más detalle, vio que no era de piedra, bronce o madera, y que la figura, una obscena colección de extremidades cosidas de forma burda al torso de una criatura que bien podía ser un ciervo, estaba compuesta en realidad por carne y trozos de humanos.

De ahí la necesidad de Néstor de unas mazmorras.

Una furia roja se sobrepuso en Mohenjo al infinito asco que sintió y avanzó con cuidado hasta el horticultor. Este solo se percató de su presencia cuando el capitán se encontraba a escasos cinco pasos, y se dio la vuelta en mitad de una frase, sorprendido. Su boca escupió un torrente de sangre cuando el arma de Mohenjo le entró por la garganta, y aun no había comenzado a caer cuando, con saña, se la clavó una vez más en el pecho, empalándolo.

Néstor se derrumbó como un fardo.

Salir hubiera sido mucho más fácil para Mohenjo si no hubiera tenido que cargar con el cuerpo inconsciente de Glabro. Este había mirado a su rescatador solo el tiempo suficiente como para agradecerle que le salvara la vida y se había derrumbado debido a las torturas a las que lo había sometido Néstor. Dado que el erudito era más bien bajito y que los días de privaciones habían reducido su delgadez natural a poco más que pellejo sobre los huesos, el capitán se lo echó al hombro; como si fuera un corderillo, lo sacó del repugnante lugar.

Al llegar al portón de entrada, como sospechaba solo cerrado con una gruesa tranca que atravesaba los dos filos, silbó para llamar la atención de Tiko y salió al exterior de la finca. La incursión había sido exitosa, aunque lo que había visto en la impía sala seguía apareciendo en su mente cada vez que pestañeaba. Entre los dos, llevaron a Glabro hasta la reina, que les agradeció el buen cumplimento de su mandato y les permitió retirarse para gozar de un merecido descanso. Aunque era noche cerrada, Adía les había esperado despierta, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en el desenlace de la operación.

Hicieron llamar al médico más cercano, sacándolo de la cama con promesas de remuneración extra por sus servicios a tan intempestivas horas y, sabiendo que solo quedaba esperar a que Glabro recuperara las fuerzas,

ordenó que fuera instalado en la habitación contigua a la suya.

El estado de Glabro era tan delicado que el médico llegó a pensar que no despertaría por mucho que emplease todo su saber, utilizase los métodos que conocía y diese al paciente los remedios habidos y por haber. Para alegría de la reina, cuyo rostro se ensombrecía cada vez más, Glabro abrió los ojos tras cinco días de cuidados, con voz muy débil y una respiración tan pausadísima y silbante que parecía dolerle cada vez que inhalaba aire. Lo primero que hicieron fue mojarle con precaución los labios, reseco y en carne viva, con una servilleta empapada. La propia reina fue quien lo hizo.

—No hables, Glabro —le dijo, si bien lo que hubiera querido era que fuese con ella ante los emperadores y les contase todo lo que sabía. No se había atrevido a pedir una nueva audiencia para no arriesgarse a agotar la paciencia que habían demostrado con ella, y contempló, como toda la ciudad, la marcha aguerrida y confiada de las mujeres y hombres que, en sus resplandecientes uniformes, agitaban lanzas y espadas mientras marchaban al ritmo de tambores y cornetas, camino del sur, para enfrentarse al salvaje enemigo que había osado levantar su mano contra Vetero.

Aunque la ciudad seguía enfervorizada por los vientos de guerra que soplaban con fuerza y los pasquines en las paredes señalaban la inminente victoria que el Imperio llevaría a cabo, Adía seguía pensando en Lorry. Veía las murallas cayendo ante la horda imparable, escuchaba los gritos de los moribundos e incluso cuando su esposo Tigrán, por quien nunca había sentido más aprecio que el que surge de una mera convivencia impuesta, aparecía en sus recuerdos enarbolando su acero, el pesar se adueñaba de ella. Y maldecía contra los sureños por la elección del momento que habían elegido para atacar el Imperio.

En cuanto a la casa de Néstor, pese a lo que Mohenjo le contó que albergaba en su sótano, prefirió no comunicar nada a Atanasio o Danais pues, a fin de cuentas, podía acusársele de instigar un ataque contra un prominente miembro del Imperio. Era de imaginar que se descubriera su cuerpo tras un tiempo echándosele de menos y la presencia del cadáver en esa... capilla..., hablaría por sí sola.

No le quedaba más remedio que esperar y, cuando Glabro comenzó a sentirse con fuerzas para hablar sin necesidad de parar para recuperar el aliento a cada frase, Adía escuchó todo lo que tenía que contar sobre Abaven. Le habló de los dioses de luz y de Imala, de la guerra que sacudió el mundo y de la magia que se puso a disposición de los humanos, le contó qué era lo que

buscaba Abaven y sobre aquellos que surgieron para adorarle, extraños, ocultos, siempre en las sombras. Glabro habló también de Baako y el Rastrillo, de la estrella caída en Rigyta..., de muchas cosas que ya había oído de labios de Necto, pero que entonces, incrementados en sus detalles y con una visión todavía más global, adquirirían un tono más que siniestro, terrorífico, como una mortaja descendiendo sobre el mundo.

—Las tribus del sur —le dijo, por fin, Adía— han atacado el Imperio.

Él cerró los ojos e inhaló una profunda bocanada de aire.

—El Enemigo quiere que los humanos nos matemos entre nosotros.

—¿Con qué fin? —inquirió la reina—. ¿Acaso no tiene suficiente poder como para seguir atacando?

—Mi reina, Abaven no es todopoderoso. Es una criatura del mundo. Quizá no de este mundo, o de este plano o, no sé..., pero no es, en realidad, un dios. Su base de poder es su propio cuerpo y, aunque resulte extraño de comprender para nosotros, su cuerpo ahora es ese meteoro que cayó en Rygita. Cuanto más lejos se está de él, menor influencia tiene Abaven.

—Así que —reflexionó ella— se consolida en Lorry y planea su próximo movimiento mientras distrae al Imperio.

—Eso me temo —asintió él, acercando su mano al vaso de agua en la mesilla con lentitud—. Es astuto en su maldad. La humanidad vuelve a enfrentarse a un enemigo que puede llevarle a la extinción, mi reina.

Las fúnebres palabras de Glabro no eran achacables a un hombre cansado más allá de toda medida, sino las de alguien que había hecho de la búsqueda de la verdad su particular batalla, y Adía lo dejó dormir preocupada. Con mucho cuidado, se levantó y comenzó a andar hacia la puerta pero, antes de salir, oyó que el hombre, con un hilo de voz, le decía:

—Baako. Debéis contactar con Baako.

Tras consultarlo con Nidama, Necto y Ziresa, que se habían convertido en algo similar a un gabinete en el exilio de la reina, decidieron que Glabro debía presentarse ante Atanasio en cuanto fuera posible, pero también concluyeron que el consejo que les había dado era adecuado. Baako llevaba años luchando contra los servidores de Abaven, y podría ser una ayuda inestimable en la guerra contra la pesadilla que había conquistado Lorry.

Tras debatirlo, Adía decidió que el capitán Mohenjo tendría una nueva misión: iría a Dorado y contactaría con el guerrero del Rastrillo, cosa que hizo torcer el gesto a Nidama. Aún reprochaba al hombre su comportamiento

en el camino, cuando Tabita casi cae aplastada bajo los cascos de la escolta de la reina en el camino a Vetero, pero no dijo nada.

A fin de cuentas, tenía que reconocer que había cumplido su misión y gozaba de la confianza de Adía. Lo que sí hizo fue sugerir que Glabro debería escribir una carta para que se la entregara a Baako, y así se lo pidió la reina al erudito, que incluyó en el texto algunas referencias que solo ellos dos podían conocer. La veracidad del autor quedaba, así, fuera de toda duda.

Mohenjo salió esa misma tarde, con la mejor montura de la escolta y un caballo de refresco. Agradeció la bolsa de monedas que la reina le entregó aunque, si hubiera sabido que la cantidad de dinero que a esta le quedaba estaba muy menguada, quizá no hubiera aceptado su largueza.

Cabalgó tan rápido como pudo hacia el sureste, sin forzar en exceso su montura. Esta era joven y fuerte, de una raza resistente, y se comportó de modo excelente, llevándolo en un período de tiempo inferior al que había imaginado. Al atardecer del decimoquinto día de camino, Mohenjo entraba en Dorado.

Se dirigió a casa de Horacio sin perder tiempo y, tras indicarle el motivo de su visita, pronto se encontró en el despacho de este. El dueño de La moneda de cobre hizo llamar a Baako que, por fortuna, se encontraba en la ciudad. Cuando el mestizo entró en la habitación, Mohenjo no pudo evitar sentir una pizca de temor. Se trataba de un hombre de una edad parecida a la suya, pero su cuerpo era delgado y fibroso, pareciendo que siempre estuviera a punto de entrar en acción, preso de una tensión permanente que subyacía bajo sus músculos. Su piel aparecía surcada por un buen número de cicatrices en los brazos desnudos, mientras que la cara era un compendio de aristas y líneas rectas que le daban cierto aire de crueldad aunque los labios, algo carnosos, parecían mostrar una perpetua sonrisa.

Lo miró con sus ojos marrones, inquisitivo, y ofreció su mano cuando Horacio lo presentó. El apretón fue firme, fuerte, varonil, y Mohenjo deseó no tener que cruzar nunca su espada con la de Baako.

Tras responder algunas preguntas corteses sobre su viaje desde Vetero, el capitán Mohenjo sacó la carta de Glabro.

—Le entrego esta misiva, señor —dijo, tendiéndosela a Baako—. Espero que sea prueba suficiente de la veracidad de mis palabras.

Baako rompió el lacre, que era el de la propia reina Adía, y lo leyó, moviendo los ojos a lo largo de su contenido con una expresión preocupada.

—Entonces —dijo en voz baja, como queriendo retener dentro de sí un

temor—, los peores temores de Glabro se han hecho realidad.

—¿Ha vuelto? —preguntó Horacio, envarándose de repente—. ¿Abaven está en realidad en el mundo?

Mohenjo no pudo evitar asentir.

—No he visto a ninguna de las criaturas que asaltaron Lorry —comentó—, pero sí la locura de uno de sus fieles. Tenía preso a Glabro en una especie de templo blasfemo, y el muy loco había hecho una escultura con carne y hueso...

—La brutalidad de los seguidores de Abaven —coincidió Baako— es algo que no es de este mundo. O no debería serlo, al menos. He visto cosas..., imagino lo que debe sentir la reina Adía.

—Es por eso —aprovechó Mohenjo para decir cuando se mencionó a la misma— que Su Majestad solicita la ayuda de aquellos que ya habéis luchado contra este enemigo, Baako. El Imperio ha tenido que hacer frente a una invasión de los salvajes sureños, y tememos que Abaven avance en cualquier momento desde el norte.

Baako y Horacio se miraron entre sí.

—Creo que es la hora —dijo Horacio—. Debemos alertar a toda la Caravana.

El guerrero mestizo asintió con lentitud y gravedad.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Mohenjo, sin saber de qué hablaban.

—A que nuestras fuerzas —contestó Baako, con voz muy grave— se han de convertir en un ejército para luchar contra Abaven.

—¿Ayudarán a mi señora reina entonces?

—No —sentenció Baako—. Ayudaremos a la humanidad.

Unas horas después, tras la cena, Baako y Mohenjo salieron a la calle para dar un paseo. Ambos caminaban despacio y Baako daba golpecitos a las piedras sueltas que hallaba en su camino. El capitán de la reina se fijaba en detalles de la arquitectura urbana y aspiraba los olores de comida que surgían de las ventanas entreabiertas en una noche calurosa para la época.

Se cruzaron con dos borrachines que daban tumbos, pero que saludaron con toda la cortesía que pudieron a Baako, lo que sorprendió a Mohenjo.

—¿Le conocen, señor? —preguntó.

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros, sonriendo—. Horacio se ha encargado de difundir mi imagen y de hinchar mis proezas. Me ha convertido

en una especie de cara pública de la rebelión antiesclavista.

—Pero eso le atará las manos a la hora de realizar misiones...

—No se crea, capitán —respondió Baako—. Cuando salgo de Dorado, me cuido mucho de mostrar mis facciones y dejo el trabajo de campo a mi hermano.

—Ya veo —dieron unos pasos en silencio—. ¿Cuántos miembros tiene su ejército?

Baako lo miró, pareciendo que lo taladraba con la mirada aunque no había dureza en sus ojos, sino más bien un proceso de evaluación.

—Entre tres mil y tres mil doscientos, diría yo.

Mohenjo silbó.

—Es una buena cantidad.

—Sí, pero no son soldados de un ejército regular. Las mujeres y los hombres que luchan contra los Tanasha-Shi, los amos esclavistas, son más bien grupos de agentes dedicados al espionaje, las acciones encubiertas... Su trabajo requiere más sigilo que fuerza bruta. Así que tendrán que pasar por un período de adaptación para cumplir con su nuevo cometido.

»Y, además, hay que tener en cuenta que se les va a pedir que luchen contra algo muy diferente.

—Lo entiendo, señor —dijo Mohenjo—. Aunque otra posibilidad sería el seguir utilizándolos con esas tácticas contra Abaven, con el fin de ganar tiempo para que el ejército imperial se lance contra el norte...

—Es una opción, capitán —coincidió Baako, agachándose para coger una botella dejada en el suelo y tirarla a un contenedor cercano—. Es una buena opción. Por de pronto, Horacio mandará aviso a todas las células de la Caravana de la Libertad para que se reúnan en las cercanías de Arenafresca.

—¿Arenafresca? ¿Dónde está eso?

—No me extraña que no lo conozca, capitán —respondió Baako—. Es una ciudad muy pequeña, al norte, cerca del desierto de Milaján, una extensión de arena no muy grande que puede ser atravesada en cosa de dos días.

—Ah, sí, Milaján me suena. ¿Está cerca de los Montes de las Nubes?

—Sí. Hay una serie de pasos en los montes que permiten entrar al norte del continente.

—A Lorry —concluyó Mohenjo.

—Exacto. Estableceremos un campamento en la zona. Horacio puede ir pensando en empezar a liquidar negocios para encontrar la financiación que

necesitaremos. —Soltó una risita—. No sé si alguna vez se arrepiente de lo caro que le sale ser una persona tan... buena.

—El mundo, señor, necesita más gente como Horacio, según he visto.

Sin embargo, ambos coincidían en que la participación militar del Imperio vetero era vital. Los recursos y soldados que podía movilizar eran ingentes y, según demostraba la experiencia de Lorry, iban a ser necesarios si se quería obtener la victoria. Por eso mismo, planearon una operación de incursión en el reino invadido. Capturar a uno de esos monstruos sería la prueba definitiva para los emperadores, mucho más contundente que la obscena escultura en el sótano de Néstor.

—Podemos hacer escala en Pedregal —apuntó Mohenjo, pensando en la ciudad donde había nacido, mientras Horacio servía un vino con olor a flores—. El barón Gradiano podría tener noticias.

—Dejaré a Enu y Dekka al mando de los detalles. Son buenos organizando, sobre todo ella.

—Sí —rio Horacio, oliendo el líquido en su copa de fino cristal—. Bastante más que tu hermano. Si no fuera por los cuartos que me costó, aún me haría gracia recordar la que lió en la expedición que se empeñó en comandar.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mohenjo.

—Bueno... Habían quedado con un Tanasha-Shi para realizar un negocio, pero se perdió a los dos días de salir de Dorado y tuvieron que volver con el rabo entre las piernas, mientras que los esclavistas, que habían recibido un pago para que picaran en la trampa, se esfumaron.

Las carcajadas de los dos hombres contagiaron al capitán de Adía con su buen humor, pero no dijo nada, porque todavía se sentía un extraño, sin derecho a criticar a Enu.

—De todos modos —concluyó Horacio—, me encargaré de supervisar todo con Dekka.

Baako asintió y se levantó de la mesa.

—Debo visitar a mi padre —dijo.

Mohenjo miró con curiosidad al mestizo mientras se iba, y Horacio, que volvió a rellenar su copa, dijo guiñándole un ojo:

—¡Oh, sí! Es un buen hijo, Baako. Lo visita todos los días, capitán.

Mohenjo asintió ante la muestra de amor filial, pero algo en la cara de Horacio le indicaba que había algo más allí, así que preguntó:

—¿Se encuentra encamado?

—No. En prisión.

—Hum. ¿qué hizo? —se atrevió a decir.

—En tiempos, fue un esclavista más, como todos aquellos con los que Baako lucha desde hace años. Pero, después..., su hijo está intentando aún determinar si ha purgado sus faltas.

—¿Y usted qué opina? —inquirió Mohenjo, que veía en la cara de Horacio que sabía algo más de lo que decía.

—He hablado con su padre un par de veces y, la verdad, creo que el hombre siente de verdad lo que hizo en su día. Me da que, si pudiera volver atrás, lo desharía y cambiaría muchas cosas. Pero para Baako no es suficiente, y lo entiendo. Lleva demasiados años odiando a los Tanasha-Shi como para no pensar que en sus palabras haya un motivo oculto.

Cuando abrió la puerta que llevaba a la celda de La moneda de cobre donde estaba Melek, Baako había tomado una decisión. El hombre, sentado en su camastro, leía uno de los volúmenes que le habían dejado para que matara las horas de encierro. Levantó la cara hacia su hijo y amagó una sonrisa, mostrándole el título.

—*De las maravillas contempladas en el Gran Océano* —dijo—. Un relato entretenido, pero bastante fantasioso.

—No lo conozco. —La réplica de Baako resultó más tajante de lo que esperaba.

—Dime, hijo. —Melek se empeñaba en llamarlo así y no por su nombre como él le había ordenado por lo que, con el paso del tiempo, Baako había desistido—. ¿Qué tal ha ido tu día?

—Como siempre, Melek. Entre sedas y oropeles —bufó—. Vas a venir conmigo.

—¿Me sacas de esta celda? —preguntó con cierta ironía—. La verdad es que he llegado a considerarla mi casa, hijo.

—Nos vamos al norte. A Lorry.

—¿Lorry? Madera, frío..., pero ahí no hay esclavos que liberar.

—No pongas a prueba mi paciencia, Melek. Dices que te arrepientes de lo que hiciste —estalló—, pero un día sí y otro también me vienes con estas... ¡con estos cinismos!

—Te pido perdón, hijo. —Parecía en realidad contrito y colocó sus manos en el regazo, con humildad—. ¿Qué vamos a hacer en Lorry?

—Tu maldito Abaven lo ha invadido.

—¿Qué? —La sorpresa de Melek era genuina.

—Un ejército de oscuridad ha tomado el reino y sospechamos que será solo el primero en caer ante sus garras.

Su padre se levantó y posó sus manos sobre los hombros de Baako. Curiosamente, este no se apartó; ni siquiera se sintió asaltado por una sensación de desagrado. Dejó que le tocara.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer, hijo?

—Eso te lo diré llegado el momento —contestó Baako—. Pero tu futuro dependerá de tu comportamiento..., padre.

En Vetero, llegó el día en que por fin Glabro se levantó de la cama. Con el cuerpo embotado y torpe, dio unos cuantos pasos apoyándose en los muebles. Para cuando llegó a la puerta, se encontraba resoplando, con la cabeza dándole vueltas. Salió al pasillo y oyó la animada conversación que tenía lugar en la habitación de al lado, donde una niña daba palmas y respondía las preguntas de una mujer en un juego infantil que le provocó una sonrisa.

Se asomó y Tabita lo vio, señalándole con un grito. Su cara macilenta y su pelo descolorido, apegotonado, debían darle un aspecto fantasmagórico. Nidama se volvió y se levantó con rapidez.

—¡Glabro! —exclamó, llegando hasta él para sujetarle—. ¡Tendrías que haber avisado!

—Me encuentro mejor, Nidama —replicó—. Quería andar un poco.

—Sí, pero podrías caerte, hombre.

—Bueno, no ha pasado. —Se encogió de hombros—. ¿Sabemos algo de Baako?

Nidama meneó la cabeza con cierto reproche, pero entendía que el erudito solo tuviera en mente lo que desde hacía tiempo era su obsesión.

—Llegó un mensaje de Dorado.

—¿Horacio? —inquirió Glabro.

—Sí. Nos decía que el capitán Mohenjo había llegado sin incidentes y que la petición de la reina era atendida.

—¿Nada más? —Glabro parecía decepcionado.

—No. Creemos que fue parco por si alguien lo interceptaba.

—Entiendo. Confío en Baako más que en mí mismo; seguro que sabrá hacer lo necesario.

—Sería mejor que volvieras a la cama. Pareces mareado.

—Sí. Lo haré.

Sin embargo, una vez recostado de nuevo Glabro no podía cerrar los ojos. Su mente se encontraba en un estado febril, como si sintiera la necesidad de recuperar el tiempo de los días pasados, y se dedicó a ordenar los conocimientos sobre Abaven que tenía, adoptando una especie de esquema mental en el que rebuscar cualquier posible arma que pudieran utilizar contra el enemigo. Del mismo modo, sus pensamientos se enfocaban en los planes que él pudiera hacer contra la humanidad, calculaba la cantidad de la hueste que le servía... Y, una y otra vez, volvía a Imala, la mítica heroína que había derrotado al Enemigo hacía miles de años, y a las escasas, oscuras referencias sobre la magia que los humanos habían desarrollado.

Era un conocimiento perdido, si es que había existido acaso, y sospechaba que, frente a los poderes de Abaven, se trataba de un arma fundamental. ¿Cómo desarrollarla, no obstante? Dudaba incluso que la gran biblioteca de Vetero incluyera tratados sobre taumaturgia, encantamientos o materias por el estilo, pero valdría la pena intentar encontrar alguna traza de ello, aunque resultase una pérdida de tiempo al final.

Ese mismo día, la reina habló sobre la cuestión que a todos interesaba con Nidama, Necto y Atul. Hacía un tiempo que no habían vuelto sobre el tema porque, a fin de cuentas, poco podían hacer mientras la guerra en el sur continuara. La propaganda oficial decía que el ejército de Vetero había entrado en combate con el salvaje enemigo después de movilizar tras de sí a las guarniciones meridionales del imperio, las que hasta entonces cumplían tediosas y tranquilas labores de vigilancia, añadiendo más de diez mil combatientes.

Las tropas imperiales libraron una primera batalla y aplastaron a más de cinco mil sureños, que, según parecía, luchaban ahora bajo un estandarte común, una imagen que se repetía en los pendones y banderolas que portaban a la lucha y que mostraba un enorme sol dorado cuyos rayos hendían un fondo negro como la noche. Había rumores sobre un caudillo unificador de todas esas tribus, clanes y reinos hasta entonces desperdigados, pero los heraldos repetían con voz retumbante y satisfecha que el Imperio triunfaría y enterraría a los salvajes o los expulsaría hasta el mar.

—Si las noticias son ciertas —decía la reina—, la campaña puede ser más corta de lo que temíamos.

—Me gustaría —Atul se aclaró la garganta con un carraspeo— que se pusiera énfasis en el «si». Quiero decir, la propaganda oficial en el Imperio

no se corresponde siempre con la realidad.

—Debemos mantener el optimismo —replicó Adía.

—Entiendo —continuó el legado— que es deseo de todos los presentes ver a Lorry libre de los opresores, pero no podemos hacer ningún plan que cuente con el ejército de Atanasio hasta que vuelva a la capital, victorioso.

—Quizá —terció Necto, levantando un dedo— se inflamen los espíritus guerreros y se pueda reclutar más gente...

Nidama bufó, lo que provocó una sonrisa en Adía.

—A la gente, esposo mío, le gusta participar en desfiles y lanzar pétalos de rosa a los triunfadores. Le gusta la guerra, siempre que tenga lugar bien lejos de sus casas.

Necto se sumió en un hosco silencio por el pequeño rapapolvo, sintiéndose un chiquillo tonto, pero Nidama le puso la mano en el brazo para suavizar el efecto de sus palabras.

—¿Qué se sabe —cambió de tema la reina— de la casa de Néstor?

—Hay rumores en la corte, Majestad —contestó Atul—. Aunque ya hace días que se descubrió el cadáver del comerciante, nada oficial ha trascendido. Pero..., se oyen cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Nidama, deseando que Atul acabara con el suspense. El embajador era consciente de que su trabajo le permitía entrar y salir de la corte con suma facilidad, y los lazos que había tendido con los años hacía que tuviera acceso a las conversaciones oficiales y oficiosas que tenían lugar en el Palacio del Estatuto.

—Dicen que se encontró algo en su casa, que Néstor era un oficiante de ritos grotescos y blasfemos... Nosotros sabemos la verdad, pero al correr el rumor, se ha deformado y algunos dicen que tenía una iglesia oscura en su mansión, que se sacrificaban jóvenes para su placer, que se bañaba en la sangre de las víctimas, que...

—Nos hacemos una idea, Atul —le cortó Adía—. ¿Qué han hecho los emperadores al respecto? Eso es lo importante.

—Me temo, Majestad —respondió—, que nada. O, al menos, no lo sé. Estoy convencido de la existencia de un informe de la milicia urbana, y la personalidad fallecida era tan importante que lo más normal hubiera sido que les llegara en persona.

—Así que, o quieren mantenerlo en secreto por razones políticas que se nos escapan —reflexionó ella—, o alguien ha impedido que el informe les llegue.

—O lo ha modificado —apostilló Necto—. No es difícil que un simple secretario con acceso al documento lo rehaga.

La reina apretó los labios.

—¿Serviría que buscara el informe? —preguntó Atul.

—No. Déjalo —ordenó la reina—. No creo que sirva de nada.

—Nos podría llevar —insistió él— a algún enemigo oculto en la corte.

—Quizá más adelante. Creo que lo mejor será que esperemos al capitán Mohenjo.

—Y a que el Imperio venza en el sur —dijo Nidama.

—Eso también.

Adía se levantó, dando por terminada la reunión de lo que, en su fuero interior, denominaba su Consejo. Una reina exiliada con el reino invadido que tenía un gabinete compuesto por un embajador, un funcionario de provincias y su esposa. Al que de vez en cuando se sumaba su dama de compañía, Ziresa. Casi resultaba entrañable, si no fuera tan patético.

Ella misma notaba que había cambiado. El primer fuego que sentía hervir en las venas cuando llegó a Vetero y que le llevó a pedir un ejército a los emperadores con el que reconquistar Lorry se había convertido en rescoldos con el paso de los días, abocándola a un fatalismo resignado. Entendía que cada hora que pasaba suponía un clavo más en el ataúd de su reino, pero no podía hacer nada. Había veces en las que deseaba golpear la cámara privada de Atanasio y Danais y llorarles, gritarles, exigirles, suplicarles, pedirles que la ayudaran de una maldita vez, pero sabía que, de hacerlo, lo único que lograría sería convertirse en una apestada, jugándose incluso que no la volvieran a recibir jamás.

Lo que supondría que perdería Lorry para siempre, porque estaba, por completo, a merced de unas circunstancias que no eran para nada halagüeñas.

Así que esperaba. Y esperaba.

Entrar en el antiguo reino de Lorry era casi irreal, porque los límites del dominio de Abaven quedaban marcados por la enfermiza luz dorada que se desparramaba sobre el territorio, manchándolos con una impureza que provocaba una repulsión irracional. Los marchitos árboles, las calladas rocas, el polvoriento suelo, todo, presentaba tonalidades oníricas, como si un pintor hubiera exagerado la utilización del pan de oro en su obra, confiriendo al conjunto un aspecto infernal, a lo que se sumaba la completa inexistencia de sonidos, de no ser por el ululante viento que soplaba levantando pequeños

torbellinos de tierra. Además, flotaba un olor a descomposición en el ambiente que lo impregnaba todo, fruto de la mezcla de vegetación y animales muertos que salpicaban el paisaje y que hacía todavía más difícil soportar el estar ahí.

Mohenjo, Baako y Melek se habían separado hacía unos cuantos días del grupo de vanguardia de la Caravana, comandando por Deka y Enu, para acudir a Pedregal. La entrada en Lorry les resultó desagradable y, en el caso del capitán, angustiosa. Baako vio que su compañero aferraba las riendas con fuerza y se mordía los labios hasta hacérselos sangrar, aterrorizado e iracundo a un tiempo al ver lo que estaba ocurriendo en su patria.

—Llegaremos antes de mediodía —dijo, levantando la barbilla y apretando los dientes.

—¿Está bien, capitán?

Mohenjo giró la cabeza en su dirección y asintió, golpeando los flancos de su caballo para que este avanzara a toda velocidad, pero la expresión de sus ojos le indicó que, si de él dependiera, intentaría destrozar a Abaven con sus propias manos.

El hedor a muerte se hizo más fuerte conforme se acercaban a la aldea de Pedregal; cuando el camino por el que transitaban se bifurcó, Mohenjo guió a su montura hacia el ramal de la derecha, que comenzaba una suave pendiente en ascenso.

—Este camino lleva al castillo —explicó.

—¿Y por ahí? —Baako señaló hacia la izquierda.

—El pueblo. Podemos ir luego a ver si...

No hizo falta decir más. Ambos sospechaban que no habría nadie vivo.

—Espere un momento, capitán —pidió Baako—. Deberíamos tener mucho cuidado. Si el castillo está bajo control de Abaven...

—No se preocupe, Baako. No nos anunciaremos en la puerta de entrada. Ni siquiera nos verán llegar.

—¿Y eso?

—He pasado —respondió Mohenjo— muchas horas cazando en esta zona. La conozco como la palma de mi mano..., aunque ahora parezca un cementerio.

Baako notaba con claridad el pesar en la voz del hombre y asintió, siguiéndolo sin decir palabra. Llegados a un punto, el capitán descabalgó y tomó al animal de las riendas, guiándolo por entre árboles de recios troncos cuya corteza parecía desprenderse afectada por una enfermedad que les daba

un aspecto pútrido, rezumando por entre sus poros una savia de color renegrado y repugnante. Melek les seguía unos pasos por detrás, sumido en sus pensamientos, mirando a un lado y otro con expresión perpleja.

—Será mejor —dijo Mohenjo en voz baja— que no nos separemos de los caballos a no ser que sea completamente necesario. Es posible que tengamos que salir de aquí a toda velocidad.

Baako coincidió y continuaron avanzando, subiendo la pendiente en la que en tiempos creció un hermoso bosquecillo, atentos a cualquier sonido que rompiera el fúnebre silencio que parecía haberse instalado sobre el mundo.

Los altos muros del castillo aparecieron frente a ellos casi de improviso, tras una pequeña extensión de tierra agostada y ennegrecida. Ataron los caballos a unos árboles de corteza pálida y maloliente y dejaron atrás el linde del bosquecillo moribundo, andando con sigilo, aunque seguía sin haber rastro de vida.

Pegados a las paredes de piedra, los tres hombres avanzaron en dirección a la puerta de entrada, mirando hacia arriba por si alguien se asomaba desde lo alto.

Nadie lo hizo.

Nada se oía.

El portón estaba abierto y el rastrillo, subido hasta el tope, así que entraron en el amplio patio de armas y, tras un vistazo en derredor, abandonaron su posición tensa y cuidadosa. Baako incluso envainó la espada que había sacado hacía un buen rato, que encajó en su funda con un suspiro.

—Nadie —dijo—. Aquí no hay nadie.

—Y sin embargo, hay algo. —Eran las primeras palabras de Melek en muchas horas. De hecho, las frases del padre de Baako habían sido muy pocas desde que salieron de Dorado, puesto que a Mohenjo no acababa de inspirarle confianza y su hijo... parecía obviarle más que otra cosa.

—Sí, tienes razón —coincidió Mohenjo—. Es como una presencia...

—¿Vamos a tener que enfrentarnos ahora con fantasmas también? —preguntó Baako con el ceño fruncido.

—Sería mejor —sugirió Melek— que saliéramos de aquí ahora mismo. Esto está... maldito.

Mohenjo negó con la cabeza.

—Seguidme —dijo con voz firme, señalando el edificio principal—. Entremos.

El interior era también un vacío páramo de muebles abandonados y

desparramados por las estancias, como si se hubiera librado una batalla. Vieron restos de sangre seca en las paredes y el suelo, y Melek ahogó una arcada al descubrir, tras unas cortinas, el cadáver abierto en canal, podrido desde hacía días, de un gato.

Baako puso la mano sobre el hombro del capitán, que miraba desconsolado el lugar, y le dijo con voz suave:

—Capitán, aquí no queda nadie.

Él asintió y se encaminó, como en un sueño, hacia la salida seguido de cerca por los otros. Baako también contemplaba a su padre y pensaba que Melek estaba conmocionado, con un gesto a partes iguales de horror y confusión. No pudo evitar, cuando llegaron a los caballos, preguntar con intención de herirle:

—¿Y bien? ¿Qué opinas de la obra de Abaven?

Melek solo pudo sacudir la cabeza antes de, por fin, vomitar entre violentas arcadas.

—No sé qué hacer ahora —reflexionó Mohenjo mientras subía al caballo.

—Vayamos al pueblo —sugirió Baako, acariciando la testa del caballo, que piafó agradecido.

No obstante, el resultado fue el mismo. Las casas estaban vacías, con puertas y ventanas abiertas, y vieron signos de lucha y muerte por doquier. La horda había entrado en Pedregal y exterminado por completo a sus ocupantes, aunque ahí los restos eran más aparentes, pues cadáveres de animales, a decenas, yacían al sol y proporcionaban un exquisito festín a los insectos carroñeros, que zumbaban en nubes cada vez que los caballos pasaban por su lado.

Mohenjo apretaba los labios de tal modo que se le quedaron blancos.

—Ahí vivía un amigo mío —dijo, señalando la casa a su izquierda—. Un buen amigo. Era capaz de trasegarse cinco cervezas en el tiempo que yo empleaba para una. Y ni siquiera se achispaba. Estenor. Así se llamaba.

—Lo siento, capitán —dijo Baako—. Debe ser terrible para usted.

—Lo es, Baako. Lo es.

—¡Mirad! —exclamó Melek, interrumpiendo el curso de la conversación—. ¡Una nube de polvo allá!

Baako miró hacia delante, más allá del fin de la calle central por la que discurrían y de los límites del pueblo, y vio que, en efecto, algo se acercaba. Quizá se tratara de tierra arrastrada por el viento, pero sus tripas le decían que no era eso. Sacó un pequeño catalejo de la alforja y miró por él.

—Son diez —dijo—. A caballo.

—¿Amigos o enemigos? —preguntó Mohenjo, aunque ya se imaginaba la respuesta.

—Mírelo usted mismo, capitán —respondió, tendiéndole el catalejo.

La visión le produjo un horror visceral, mucho mayor que el que sintió al ver la estatua de carne en el sótano de Néstor. Eran diez jinetes, pero las bestias que montaban apenas podían ser llamadas caballos. Mostraban restos de heridas salvajes y grotescas, que surcaban sus cuerpos de forma tal que era por completo imposible que pudieran seguir vivos, y en sus ojos, aun con la distancia, se adivinaba una maldad inenarrable. En cuanto a los que las montaban, vestían los colores de Lorry, pero eran hombres y mujeres entre los que se contaba uno que le faltaba un brazo mientras que otro presentaba un boquete en el pecho.

Era el primer encontronazo de Baako y Mohenjo con la auténtica soldadesca de Abaven, y ambos supieron que todo lo que habían vivido con anterioridad no tenía ni punto de comparación con lo que se les venía encima.

—Échate a un lado —ordenó Baako a su padre— y no te muevas.

Melek hizo lo que le decían y puso distancia entre los dos guerreros y él mismo, viendo cómo estos sacaban sus largas espadas y clavaban sus talones en los caballos, emprendiendo una cabalgada feroz, gritando cada uno sus propias proclamas.

—¡Pedregal y Lorry! ¡Pedregal y Lorry!

—¡Libertad! ¡Látigos Libres! ¡Libertad!

Chocaron con ímpetu, como dos olas enfrentadas, y la pericia de los dos guerreros les confirió la ventaja inicial. La espada de Baako decapitó con limpieza, casi sin esfuerzo, a uno de los enemigos, mientras que Mohenjo abrió un profundo tajo en el flanco del caballo, haciendo que las vísceras renegridas del corcel cayeran humeantes al suelo mientras se desplomaba arrollando a su jinete. Aprovechando la inercia de la cabalgada, agitó su arma hacia el otro lado y un tercero se llevó un tremendo golpe en el pecho que lo tiró al suelo.

Sin embargo, los dos sintieron un escalofrío de temor al descubrir que, pese a la magnitud de las heridas inflingidas, ninguno de los oponentes había soltado siquiera un grito. Eran marionetas de Abaven, y carecían por completo de emociones, voluntad o miedo, por lo que luchaban por el Enemigo, y caían por él, en completo silencio.

Dada su velocidad, Baako y Mohenjo habían atravesado la nube de

enemigos y tragaron el polvo que habían dejado a su paso, girándose tras refrenar a sus caballos para evitar que una maniobra brusca diera con sus huesos en tierra. Se prepararon para un nuevo ataque, pues aún seguían en franca desventaja. Mohenjo masculló una maldición cuando vio que, a lo que parecía, las infernales monturas no precisaban de la misma prevención que las suyas porque, sin reducir un ápice su marcha, habían girado y ya cargaban contra ellos.

Cogieron todo el impulso que pudieron y chocaron de nuevo, pero esta vez sus enemigos optaron por pegar sus monturas en el momento en que se acercaban, de forma tal que atravesarlos hubiera sido imposible. Ambos tiraron de las riendas para frenar y decidieron que lo mejor era utilizar una estrategia defensiva, plantándose con firmeza.

Melek había optado por no hacer caso a la orden de su hijo y, aunque no era un diestro jinete, se las arregló para acercarse por la espalda de las criaturas y comenzó a tirar piedras contra los mismos tras descabalar, esperando cuando menos llamar su atención y conseguir a Baako y Mohenjo algo de espacio. Por desgracia para él, uno de ellos volvió grupas y cargó. Echó a correr todo lo rápido que pudo en dirección a una zona de arbustos donde esperaba que el monstruoso caballo no pudiera seguirle.

La espada de Baako entró hasta casi la empuñadura en el torso de uno de los enemigos y la sacó con rapidez para parar un golpe que se le aproximaba desde la derecha. Se levantaba en los estribos para soltar mandobles con fuerza, resoplaba y gruñía, sudaba copiosamente y apretaba los dientes por entre los que salía un hilillo de baba, mientras que sus enemigos no producían sonido alguno. Era una situación alucinante, como pelear con espantajos de prácticas, pero que eran capaces de acabar con su vida.

Mohenjo había acabado con dos de los suyos, pero otro había conseguido hincarle la punta de su arma en el costado, y una mancha escarlata comenzaba a extenderse en su camisa. Dio un brusco tirón a las riendas e hizo que su caballo relinchara, como molesto por el trato, al tiempo que daba un paso lateral que hizo que chocara con la montura de su enemigo, desequilibrándolo. Mohenjo aprovechó que los brazos de este se convirtieron en molinetes intentando recuperar la verticalidad y se lanzó como un tigre contra él, con la espada por delante, atravesándole el torso y haciéndolo caer. El capitán aterrizó en el suelo encima del enemigo y, aunque ya estaba muerto, le clavó un par de veces más su espada, torciendo el gesto al oler el desagradable hedor que desprendía. Estaba magullado por la caída pero,

cuando se levantó, había triunfado sobre sus enemigos. Sin tiempo para recuperar el aliento, corrió contra uno de los dos que aún luchaban contra Baako y, cogiéndolo de la pierna, lo derribó al suelo al tiempo que la cabeza de la otra criatura salía volando en un arco que dejó a su paso una estela de sangre negruzca.

Baako se giró hacia donde Melek gritaba, consumido por el pavor. Corría cuanto podía perseguido por el último de los de la hueste de Abaven, que recortaba a ojos vista la distancia entre ambos.

—¡No lo mates! —ordenó a Mohenjo al tiempo que embrazaba veloz el arco y lanzaba una flecha que se clavó en el caballo. Otra flecha más salió disparada y, esa vez, acertó en el cuerpo del jinete, que cayó al suelo.

Melek miró hacia atrás y, con alivio, descubrió que ya no le perseguían.

Mohenjo tenía la punta de su espada apoyada contra la criatura, un hombre de barba rojiza y ojos azules, alto y fornido, que tras sufrir el toque de Abaven, poseía una tez resplandeciente de oro marronáceo y cuyas orejas eran simples agujeros en el cráneo, mientras que en su hombro izquierdo, a través de una rasgada cota de cuero, se veía un tajo en la carne que permitía apreciar el blanco del hueso. A Mohenjo le costó mucho no clavarle el arma en la boca semiabierta para borrar la sonrisa con la que lo estaba mirando.

Baako, despreocupándose por completo de su padre, que se acercaba agarrándose el pecho ardiente, dio una fuerte patada en el costado del monstruo.

—Tiene que mirarse eso, capitán —le dijo a Mohenjo, refiriéndose a la herida.

—No es nada.

—Insisto. Que Melek le vende. Yo me ocupo de esto.

Al mencionarlo, por fin la criatura dijo algo. Con una voz chirriante que produjo que los dos hombres volvieran el rostro, asqueados, preguntó:

—¿Y por qué no acabáis conmigo, humanos?

Los dos se miraron sobresaltados.

—¿Quién eres? —inquirió Baako, tomando la iniciativa.

—Soy vuestro dios, humano —respondió, mostrando unos dientes podridos y desiguales—. Soy la luz viva. Soy el oro del amanecer. Soy el poder personificado. Soy vuestra muerte y vuestro señor.

—¿Eres al que llaman Abaven? —Baako había comprendido que las palabras, en realidad, no surgían de la criatura misma, sino que eran dichas por algo que no estaba allí, con ellos.

—Así me llaman algunos —respondió, con una risita sardónica que esperaron no volver a oír jamás—. ¿Y vosotros, humanos? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Baako —respondió éste, desafiante—, de los Látigos Libres. Y mi compañero es Mohenjo, capitán de Lorry.

—¿Lorry? ¡Ah! ¡Qué gusto he sentido al devorarlo, capitán!

Mohenjo crispó los puños y obvió las palpitaciones de dolor que sentía en el costado.

—Te expulsaremos —prometió—. Te mataremos.

—Seréis consumidos por mi luz, como todos los habitantes de este reino de pacotilla. Todos vosotros seréis míos y obedeceréis mis órdenes, Mohenjo.

El capitán miró a Baako con expresión asesina, lanzando chispas por los ojos.

—Cortémosle la cabeza. Estoy harto de escucharlo.

—No, capitán —dijo Baako, refrenando su mano—. Debemos llevarlo ante los emperadores para que su reina tenga una prueba definitiva. Para eso ha venido, ¿recuerda?

Mohenjo asintió con lentitud, calmando la rabia interior que sentía.

—¿La reina? —preguntó, burlón—. ¡Sí, la reina! Escapó de la ciudad, dejando atrás a su consorte. Llevadme con ella, sí, llevadme ante esa perra para que pueda decirle lo que estoy haciendo con su estúpido reino. ¡Llevadme ante los emperadores de Vetero para que sientan miedo ante mi poder y se encojan tras sus tronos! Os concedo esa gracia, humanos. ¡Llevadme ante ellos para que todos tiemblen al saber qué les espera!

Tras ellos, Melek, incapaz de soportarlo, lloraba desconsolado al saber qué era lo que los Tanasha-Shi, en su ciega búsqueda del poder, adoraban.

VII

Cuando el anciano calló, perdido de nuevo en sus recuerdos, uno de los chicos hizo la pregunta que llevaba un rato queriendo formular:

—¿Qué pasó en el sur, señor?

Varios de sus compañeros lo miraron reprobadores, pero él se encogió de hombros y lanzó una amable sonrisa con la que excusaba su falta de tacto.

—El ejército imperial... Sí, recuerdo verlo el día que salió de la capital de Vetero rumbo a la guerra, montando fabulosos caballos, saludando mientras se escuchaban los vítores de la multitud que lanzaba pétalos de rosa, las corazas relumbrando al sol de la mañana. Fue un espectáculo magnífico, una gran demostración de poder de la humanidad antes del fin.

—¿Y qué hay de la guerra contra los salvajes?

Esta vez, el ímpetu del chico hizo que su vecino le diera un empujón, pero el anciano respondió sin percatarse de ello:

—Serena fue una brava comandante. Tenía a su mando una cantidad de tropas que habrían paralizado a cualquiera solo al imaginar su número. Las implicaciones logísticas, el despliegue de las fuerzas..., nada, nada en absoluto, comparable a las fuerzas con las que contamos hoy en día, niños míos.

»Es hora de hablar de nuevo de los aliados de Abaven entre los humanos, los deleznable traidores que propiciaron el fin, y de su papel en el declive de nuestra especie.

BRILLA EL ACERO

Serena abrió los ojos y parpadeó con rapidez para intentar despejarse lo antes posible. Se sentía como si no hubiera dormido nada en absoluto, y al incorporarse sintió una punzada de dolor en los riñones. Los pies desnudos tocaron la tierra sobre la que se había instalado su tienda y sintió el frescor a través de las plantas. Los largos años de rígida instrucción militar en la Academia Imperial la habían acostumbrado a dormir poco, pero las últimas semanas la forzaron a un nivel mucho más exigente. Las grandes decisiones que afectaban al imponente ejército que comandaba eran seguidas por todos esos pequeños detalles que requerían su atención.

Por supuesto que podía con ello.

Nunca lo había dudado, y no lamentaba en absoluto haber aceptado el mando del ejército que pondría en su sitio de una vez por todas a los salvajes habitantes del sur continental. Los emperadores se lo habían ofrecido como mera cortesía y hubieran entendido que declinara el ofrecimiento dada la carga de trabajo que suponía ser la Consejera Imperial de Guerra, pero ni por un momento pensó en dejar que fuera otro el que pacificara los límites de Vetero.

Era una de las mejores militares de su generación, si no la mejor, y ardía en deseos de demostrarlo en el campo de batalla. Su promoción fue meteórica, su expediente académico, intachable, y su comportamiento en los diferentes puestos que recorrió en la jerarquía militar, digno de alabanza, así que a nadie sorprendió que alcanzara el rango de general con treinta y cinco años.

Lo que sí resultó una auténtica revolución fue su nombramiento como Consejera por Atanasio, la primera mujer en ocupar dicho puesto en toda la historia. Las demás consejerías habían sido ocupadas antes por otras, pero el escalafón militar resultaba un tanto refractario a ello, por lo que Danais tuvo que desplegar un gran talento para convencer a los principales gerifaltes militares de lo acertado de la decisión.

Las grandes dotes políticas a la hora de tratar con el resto de Consejeros, así como la inmensa capacidad organizativa para lograr una eficiencia rayana en la perfección al aplicar el presupuesto asignado hicieron el resto, y había muy pocos que creyeran que debiera ser removida.

Con cuarenta años cumplidos hacía escasos dos meses, Serena se encontraba en el momento más dulce de su carrera, dispuesta a inscribir una

victoria en los anales del Imperio que permaneciera asociada a su nombre para siempre. Se echó una bata gruesa por encima para paliar el frío matutino que las nieblas de la región provocaban y dio un par de palmadas para llamar a su asistente, que de inmediato acudió con un frugal desayuno. Serena lo tomó mientras contemplaba la lista de asignaciones que había realizado justo antes de echarse en el catre de campaña, por si requería una modificación de última hora.

—Eritreo. —Empapó un poco de pan en los últimos restos de huevo revuelto y el ordenanza, tras ella, se envaró dispuesto a recibir órdenes—. Haz que Andeseo acuda en quince minutos a la tienda de mando.

—Sí, señora.

El rubio joven, de apenas veinte años, salió trotando y Serena se lo quedó mirando. Era muy similar a su hijo mayor, Colino, que había optado por una carrera en la banca, obteniendo gracias tanto a sus dotes para las matemáticas como a los contactos maternos trabajo en una de las oficinas del mayor banco de Vetero, el Terrenuto-Gemaús. Por su parte, Eletea, la niña de quince años que había tenido con su marido poco antes de que este muriera, estaba en esa edad tan difícil en la que no sabía qué hacer en el futuro, sin dejarse guiar, provocando unas buenas discusiones con ella y con el aya que, dado lo absorbente del trabajo de Serena, era una especie de madre sustituta.

Las yemas de sus dedos acariciaron con cariño el pequeño retrato de Bretón que llevaba colgado al cuello, un ritual que seguía todos los días desde que falleció su esposo, dedicándole un momento de recuerdo. Lo echaba de menos.

Mientras se vestía, estructuró lo que tenía que hacer a lo largo del día, clasificándolo en materias de primer y segundo orden y, cuando Eritreo volvió, le ordenó que le atara los lazos de la espalda de la cota. Vestía unos pantalones de montar cubiertos por unas grebas plateadas con los símbolos imperiales de Vetero grabados en ellas. Sobre un jubón blanco, llevaba una cota de cuero musculada teñida de negro. Nunca había gustado de una excesiva protección y lo fiaba todo, en combate, a su agilidad; pese a que los años no perdonaban y comenzaba a sentir cierta reducción en su capacidad de lucha, su rígida rutina de entrenamiento, su estricto régimen alimenticio y el escaso gusto que sentía por las comodidades excesivas a las que otros altos cargos imperiales se aficionaban, hacían que siguiera siendo una oponente temible con la que cruzar la espada; colgó la suya del cinto, envainada en una hermosa funda forrada de cuero del color de cerezo. Para terminar, se echó el

casco bajo el brazo, apartando el mechón de caballo que lo adornaba en la parte superior evitando que se doblara y se dirigió al exterior de la tienda.

El campamento, pese a que aún faltaba un poco para los primeros rayos de la aurora, se encontraba sumido en una febril actividad. Los soldados iban de aquí para allá, según fuera su turno de desayuno, les tocara relevar a las patrullas de guardia o tuvieran que llevar a cabo labores de intendencia. Todos aquellos con los que se cruzaba se cuadraban con respeto y la miraban con orgullo, conscientes de que ella era, en última instancia, la artífice de la primera y aplastante victoria que había tenido lugar en la campaña.

Los cinco mil guerreros sureños se habían lanzado sin ningún tipo de táctica contra una compacta masa de soldados imperiales disciplinados, bien equipados y mejor entrenados, una de las falanges en las que se dividía el gigantesco ejército en su marcha hacia el sur. Los sistemas de aviso mediante correos que señalaban de continuo la posición y avances de los otros grupos dieron pronto la alarma y las dos falanges más cercanas acudieron para rodear al enemigo, trabado en combate e imposibilitado de hacer otra cosa que no fuera ser exterminado.

Resultó fácil, pero Serena estaba convencida que la guerra no había hecho más que empezar. Una victoria inicial y temprana era un buen revulsivo, algo que elevaba la moral de las tropas, pero no sentía que la cosa fuera a ser así siempre. En cuanto llegó a las zonas cercanas a los puntos de penetración sureños en Vetero, Serena dividió su ejército a fin de cubrir más territorio, dando el mando de cada una de sus unidades a un general, con los que estaba en contacto continuo gracias a que numerosos jinetes de la caballería ligera cabalgaban sin cesar entre unas y otras.

La Consejera se había reservado el mando directo de la fuerza principal, de unos cuarenta mil soldados, pero iba a realizar una última división. Sentía cierto deleite, que tenía que reconocer era un tanto mezquino, al hacer que los otros generales recibieran mandos mientras Andeseo quedaba relegado. Era, de entre todos los altos oficiales del ejército imperial, quien menos le gustaba; no soportaba sus maneras zalameras ni su tono de voz almibarado, que provocaba la impresión de una necesidad de agradar forzada y fingida y, aunque en realidad nunca se había opuesto a ella ni le había contradicho en ninguna orden que hubiera dado, había algo en él que no acababa de gustarle.

De vez en cuando, eso pasa. Esas impresiones instintivas que hacen que una persona sea mirada con desconfianza por más que no haya dado muestras visibles para ello.

Saludó con un ademán de cabeza al general, que estaba con sonrisa obsequiosa esperando en la entrada de una imponente carpa de color púrpura sobre la que ondeaba orgullosa la bandera de Vetero, con sus dos leones rampantes de gules enfrentados sobre campo de plata.

—Consejera —la saludó, cuadrándose.

—General Andeseo. —Serena apartó la lona que cubría la entrada—. Espero que haya dormido bien.

—¡Oh, sí, señora! Como un bebé.

—Me alegro —dijo ella, dirigiéndose hacia la zona en la que había un buen montón de atriles sobre los que se mostraban mapas y planos de diferentes lugares a variadas escalas—. Necesito toda su atención, general.

—Como siempre, señora, la tiene.

Serena paró ante el mapa más grande de todos, realizado con el detalle necesario para planificar grandes movimientos de tropas y que representaba la región en la que estaban, cubriendo las provincias meridionales de Vetero y una pequeña parte de las tierras salvajes tras la frontera. En su superficie había pinchados varios estandartes que representaban las diferentes falanges en que se había dividido el ejército imperial. Cogió de una cestita colgada en el atril otro estandarte y lo hizo bailotear entre sus dedos pulgar e índice.

—Voy a proceder a una última división de fuerzas, general —dijo.

—Imagino —reflexionó Andeseo— que para cubrir la parte oriental.

Serena pasó la mano por donde él decía remarcando que, en efecto, era un territorio no cubierto por sus tropas.

—Así es. —Pinchó el estandarte en un punto cercano a la costa que subía desde el sur formando un enorme golfo tras el que se encontraban las ciudades costeras de Vetero—. Usted tendrá el mando de la falange, general.

El hombre pareció sorprendido con la guardia baja y Serena se forzó a contener una sonrisa.

—Es... un honor inesperado, Consejera —consiguió decir.

—¿Y eso? —No dejó que el regocijo se vislumbrase en su tono—. Es usted uno de los generales más capaces de Vetero, así que no debería resultar una sorpresa.

» ¿O acaso pensaba que no iba a darle usted la misma capacidad de mando que a Sixto —dijo señalando un estandarte que mostraba la posición del aludido—, o a Junia? No, general. Es usted el hombre indicado para esta tarea.

—¿Y en qué consiste exactamente dicha tarea? —preguntó él, algo

receloso.

—Bajaré bordeando la costa, sin trabar combate con el enemigo de no ser necesario. Quiero que el grueso de sus fuerzas lleguen hasta aquí. —Se había movido hasta el atril cercano, que mostraba las tierras de las tribus salvajes, y clavó el índice en un punto cercano al centro del mismo—. Tomen esta ciudad. Si se puede llamar así.

El general se acercó y miró el nombre de lo que le decía la Consejera.

—¿Diar-Mataún? ¿Qué es eso?

—Nuestras fuentes de inteligencia señalan que es la ciudad más importante de todo el sur. Una de las pocas que merecen tal nombre, de hecho. —Serena cruzó los brazos sobre su pecho—. Creo que, si cae Diar-Mataún, la horda de salvajes se descompondrá.

—¿Supone que de ahí procede el Caudillo? —inquirió Andeseo, refiriéndose a la figura de la que algunos de los cautivos salvajes había hablado tras la batalla.

—Sería lo lógico —respondió ella—. De todos modos, aunque no sea así, tendríamos ganada una importante baza. Al caer Diar-Mataún, cualquiera de los jefes tribales supondrá que sus puebluchos serán tomados también.

—Guerra psicológica. —La sonrisa del general se expandió, produciendo una pequeña sensación de repulsión en la Consejera.

—En efecto.

—¿Y con cuántas fuerzas contaré para ello, Consejera?

—Tendrá tres divisiones a su cargo, general. Quince mil hombres —concretó.

El hombre se envaró y el orgullo asomó a su cara. Era una fuerza ingente, una cantidad de soldados que suponía un poder militar capaz de aplastar a todos los sureños que se pusieran a su alcance. Los últimos días, Andeseo había pensado que la Consejera no iba a concederle ninguna posibilidad de mérito en la guerra pero, en ese momento, se sintió capaz de echarse a sus pies y besárselos.

—Es un honor, Consejera —dijo con gravedad.

—El resto de falanges —continuó ella, con un ademán de la mano que desechaba el comentario de Andeseo— seguirá avanzando hacia el sur, convergiendo poco a poco hacia Diar-Mataún, barriendo a los sureños y eliminándolos por el camino.

—Así, todo el ejército se reunirá en tierras enemigas.

—Cierto —coincidió Serena—. Desde ahí, planificaremos la segunda

parte de la campaña.

—Si es que hace falta —dijo él—. Quizá las derrotas sean tantas que les hayan quitado las ganas de pelea.

Ella no respondió, pero se le quedó mirando. Asintió con la cabeza, si bien en su interior creía que la guerra no acabaría, como la última vez que tuvo lugar la conflagración entre Vetero y los sureños, con un Tratado. Había visto la fiera determinación, la furia salvaje del converso en los ojos de los cautivos; la devoción que mostraban a ese Caudillo era fanática y Serena tenía la firme creencia de que se enfrentaban a un nuevo tipo de guerra, uno en el que no cabría rendición, sino solo la lucha por la supervivencia a un nivel básico y feroz.

Con eso en mente, despachó a Andeseo y comenzó a leer los informes que habían llegado al cuartel por la noche.

El general, después de mirar a un lado y otro cerciorándose que no había nadie mirando, entró en la tienda de la coronel Fabiana. Estaba terminándose de abotonar la casaca de oficial, con tiempo más que suficiente como para acudir a la reunión del Consejo Mayor de la Comandante en Jefe, y sonrió con el botón a medio camino del ojal a Andeseo.

—Se te ve contento hoy —le dijo.

Sin mediar palabra, con una sonrisa de oreja a oreja, Andeseo cruzó el espacio que les separaba a zancadas y la cogió por el talle. Era hermosa, casi diez años más joven que él, de cuerpo pequeño y nervudo, pechos firmes y trasero prieto. Mientras pellizcaba una nalga, Andeseo bajó la boca hacia los labios regordetes y sensuales de Fabiana, que se entreabrieron dejando ver sus dientes nacarados, e introdujo la lengua entre ellos sintiendo cómo su entrepierna palpitaba, buscando la carne de ella.

—Sí, muy contento —dijo ella cuando el general se separó un tanto, frotándole el pantalón.

—La perra me ha dado por fin el mando de una falange —dijo con respiración entrecortada por la excitación.

—¡Eso es maravilloso!

—¿No os dijo nada en el Consejo? —preguntó, metiendo la mano por debajo de la casaca de ella y apretándole un pezón.

—No —contestó, gimiendo—. Ya sabes que es muy dada a decidir por sí sola.

—Sí. —Su otra mano luchaba con los botones de sus calzones para dejar

salir su verga impaciente—. Es una puta resabiada.

—Pero, ah... ahora tienes una falange... oh...

—Sí... humf. —A duras penas, había bajado los pantalones de Fabiana y empezaba a penetrarla tras tumbarla en el catre—. Tengo una falange para mí.

—Sí... sí. —Ella gemía con cada embestida—. Oh... ¿Y dónde... te destina? ¡Ah!

—Al puto reino... de los salvajes.

Con último gemido, derramó su semilla y empujó unas cuantas veces más, derrumbándose por fin sobre ella.

—Los voy a matar a todos —dijo, con un alfilerazo de furia en los ojos—. Y cuando vuelva a Vetero, ya veremos quién logra el mayor reconocimiento por la victoria.

—Ya sabes que mi padre te apoyará —dijo Fabiana, acariciándole el cabello moreno.

—Lo sé, pequeña. —Le dio un sonoro beso en el cuello—. Lo sé.

Los seis coroneles que formaban parte del Consejo Mayor de Serena tomaron asiento en torno a la mesa situada en el centro del cuartel con un arrastrar de sillas de campaña. La Consejera fue la última, haciendo descender su cuerpo pausadamente, y contempló los rostros de los oficiales de mayor rango que quedaban en el campamento, excluyendo al general Andeseo. Le había mandado a ocuparse de las cuestiones relativas a la marcha de las tropas bajo su mando y que saldrían al día siguiente, a mediodía como más tarde.

—Quince mil soldados —comenzó Serena, sin ceremonia ninguna— partirán a las órdenes del general Andeseo en dirección a la costa. Descenderán bordeando el mar con el objetivo de tomar Diar-Mataún a tiempo para que todas nuestras falanges converjan sobre el centro de las tierras enemigas.

Dejó unos segundos para que entendieran el plan de batalla que les estaba desgranando. Era una visión a grandes rasgos, una estrategia global que implicaba el desmenuzamiento en numerosos planes más pequeños y estos, a su vez, en otros todavía menores. Hasta el momento, Serena no había dejado claro cuál era su idea, aunque algunos de los coroneles más despiertos habían deducido que los vectores de dirección de las falanges que ya habían salido dibujaban una especie de lazo cuya parte inferior radicaba en las tierras de los

salvajes.

—Este campamento —dijo señalando a su espalda, a la entrada de la tienda— se convertirá en permanente y se protegerá con una guarnición de siete mil soldados bajo el mando del coronel Montagus. —El aludido inclinó con cortesía la cabeza—. Los dieciocho mil efectivos restantes partirán en línea recta hacia el sur, comandados por mí.

»Señoras y señores, en la reunión de hace tres días se les asignó autoridad sobre parcelas específicas, así que ahora lo que tienen que hacer es amoldarlas a la estrategia general.

Serena era consciente de las capacidades de todos los presentes, así que no tuvo que explicar a cada uno lo que tenía que hacer. Confiaba en ellos y sabía que harían su trabajo sin tacha. Con todo, le produjo cierto resquemor ver un brillo extraño en los ojos de la coronel Fabiana, quizá de sarcasmo... Sacudió la cabeza para desechar el pensamiento e inclinó el torso sobre la mesa, abandonando su habitual postura envarada.

—La auténtica campaña militar contra los pueblos del sur empieza aquí y ahora —dijo poniendo la voz más grave de la que era capaz—. Hasta ahora, no nos hemos encontrado más que con pequeñas batidas de salvajes... Ni siquiera esa turba era representativa de lo que nos espera. Ante nosotros tenemos leguas y leguas de territorio imperial que ha de ser vengado de la invasión que la ha mancillado, y nuestro camino no terminará ahí, sino que continuará hasta que paguen con su sangre y se arrodillen de nuevo de manera definitiva ante Vetero... o mueran.

Los miembros del Consejo golpearon casi al unísono la mesa con los puños, produciendo un satisfactorio ruido que provocó la sonrisa de Serena. Se puso en pie para indicar que la reunión había terminado. Las palabras necesarias ya habían sido dichas.

Era el momento de la acción.

El paisaje era monótono, tan aburrido en su extensión pedregosa y parda que amenazaba con llevarle más allá del límite de la cordura. Andeseo deseaba gritar de frustración, implorando aunque solo fuera la presencia de una partida de enemigos a los que poder dar caza. Cualquier cosa con tal de encontrar algo de diversión.

Cabalgaba en las posiciones iniciales, casi al frente de su falange, escuchando el retumbar de las olas rompiendo contra los acantilados a su derecha. Era un paraje que a la mayoría de los soldados, habituados a las

tierras interiores, les resultaba extraño. El mar que se desplegaba ante ellos, el Gran Océano, era gris, amenazante, tumultuoso y salvaje, y causaba temor cuando se contemplaba desde las pétreas cornisas por las que discurrían pese a que se encontraban a casi dos centenares de metros de las rocas contra las que rompían las aguas.

Una ligera llovizna caía a intervalos regulares todos y cada uno de los días, volviendo a la tropa mohína y malcarada; los sargentos disciplinarios habían tenido que utilizar sus porras de castigo unas cuantas veces para refrenar a los más revoltosos.

Andeseo escupió, por hacer algo más que nada, y miró a su ayudante de campo, una mujer de espalda casi más ancha que él, de cara caballuna y picada. Ni siquiera podía pensar en pasar un rato divertido en la cama con ella y suspiró al pensar en Fabiana, con la que aún había tenido tiempo para un último revolcón de despedida antes de salir del campamento.

—Intentaré comunicarme contigo —le había dicho, con el sudor cubriendo sus pechos.

—Intenta que la Consejera no corra mucho. Cuanto más tarde —añadió con un toque de ensoñación—, mayores probabilidades tengo de coger al Caudillo.

—¿Crees que no estará en el campo de batalla? —le preguntó.

—No tengo ninguna duda. ¿Cuándo has visto que los jefazos estén en primera línea?

Ambos rieron y al general se le iluminó el rostro al recordarlo, pero pronto se le avinagró la expresión al escuchar la voz, tan fea como su cara, de la asistente:

—General, regresa un explorador.

Él asintió con un gruñido y se volvió hacia la dirección que le indicaba Rusana. El jinete iba al galope y las tropas de cabeza se abrieron con rapidez para permitirle pasar hasta que llegó junto a Andeseo.

—¡General! —exclamó, tras frenar el caballo y saludar.

—Habla —le ordenó impaciente Andeseo, deseando que se hubiera descubierto alguna formación enemiga.

—Los exploradores indican la presencia de un poblado a unas veinte leguas al este, señor.

—¿Soldados?

—No se informa de presencia armada, señor.

Andeseo hundió la cabeza en el pecho. Tampoco iba a haber lucha esta

vez. Era el cuarto poblado salvaje por el que pasaban y no habían visto ni un maldito sureño armado en ellos. Parecía que todos los hombres capaces de empuñar un simple cuchillo hubieran ido a la guerra tras escuchar el grito del Caudillo, dejando atrás los campos, las mujeres y los niños.

Pensó, como en las ocasiones anteriores, en encabezar una expedición que arrasase los chamizos en los que vivían, pero una vez más no vio ni la necesidad táctica ni la pertinencia del asunto. Además, un ataque por el estilo implicaría una jornada de celebración entre la soldadesca, y no estaba dispuesto a perder ni un solo minuto más de lo necesario.

Así que despachó al jinete, que volvió a las posiciones de avanzada, y se colocó un casquete de cuero negro con el que cubrirse del agua que los cielos volvían a descargar.

—Maldita lluvia —masculló.

El Caudillo era en realidad Metelo, ante quien los reyes, jefes y líderes tribales de los sureños se habían postrado tras la declaración de lealtad del más poderoso de todos ellos. El hombre-insecto que el poder de Abaven había transformado fue paseado ante los atónitos ojos de los salvajes como recordatorio de la promesa que el dios de oro había hecho, y las ansias de derramar sangre imperial crecían día a día.

Metelo no podía comprender por qué, a diferencia de lo que pasaba en el norte, solo a los hombres les estaba permitido tomar las armas y luchar, sacrificando una buena cantidad de potenciales reclutas para la horda, pero no puso ninguna objeción a sus tradicionales formas de hacer la guerra cuando vio que todos y cada uno de los hombres capaces empuñaban sus espadas, sus palos, sus rastrillos o sus cuchillos. Conformaban una hueste variopinta y desharrapada, indisciplinada y roñosa pero, a la vez, temible de contemplarse. Un ejército que avanzaba como una marabunta de hormigas, aplastándolo todo a su paso, arrasando y quemando las tierras de cultivo que los colonos del Imperio habían cuidado con mimo durante tantos años para producir los granos con los que alimentarse a sí mismos y sus familias, que destripaba a los animales en los cercados y ahorcaba a los niños mientras reían y se emborrachaban, orinando sobre los cadáveres de los padres cuyos ojos fijos en el infinito cielo no podían ya contemplar el pataleo de las piernecitas balanceándose.

La derrota que los sureños habían sufrido supuso una gran noticia para Metelo, que la aprovechó publicitándola como una advertencia de Abaven

contra aquellos que se desviaban del camino recto. Un camino recto que era marcado por el mismo Metelo, de acuerdo con las ideas que su señor le había plantado en la cabeza.

Lo importante era que esos cinco millares se habían creído más listos que el resto, o más osados, o más afortunados, y se habían lanzado en tromba contra el ejército imperial que Atanasio y su meretriz habían organizado.

No había que ser muy listo para saber que la desproporción numérica era abrumadora, así que los guerreros de Esperroz el Tuerto, como se llamaba su líder, habían caído bajo las espadas y los cascos de los caballos de Vetero.

Nadie osaría contradecir sus palabras y seguir el destino de Esperroz.

Gracias a su prodigiosa velocidad de vuelo, Metelo era capaz de surcar las distancias que separaban las tierras invadidas y dar órdenes a los jefecillos, que asentían sin rechistar a cada una de las cosas que les decía. Seguían siendo una horda salvaje, pero al menos tenían una cabeza.

Tenían un Caudillo.

Y, más importante, tenían un nuevo dios que había mostrado su poder en el mundo real, no en una sucesión de relatos imaginarios, provocando una suerte de histrionismo fanático de nuevo creyente que les llevó a lanzarse contra el Imperio tanto por vengar los agravios pasados como para extender la palabra nueva.

Sin embargo, Metelo volaba de vez en cuando muy alto, más al norte, y veía la ingente cantidad de soldados imperiales que se acercaban. Veía sus maniobras de aproximación, y comprendió que buscaban atacar en varios frentes con la intención de dividir a los sureños, cosa que habrían hecho de no contar con la pérfida inteligencia que los guiaba entonces: prohibió por completo que la hueste se desbandara y ordenó que permaneciera en un único bloque, monolítico, como si fuera un enorme peñasco que aplasta lo que se pone por delante de sí descendiendo una ladera.

A fin de cuentas, lo que Abaven quería, y por tanto también Metelo, era que murieran cuantos más humanos mejor, sin distinción entre imperiales y sureños. Por eso mismo, hizo que su ejército de salvajes se desviara hacia el este, en dirección al extremo austral del Mar Interior, para que los de Vetero tuvieran que corregir a marchas forzadas su avance.

Y, de vez en cuando, Metelo volaba de vuelta a Diar-Mataún, para dar rienda suelta a las impías necesidades que tenía de poseer el cuerpo de una mujer mientras la desgarraba con sus propios dientes y sentir la sangre caliente bajando por su garganta.

Uno de esos días, tras tomar tierra y plegar las demoníacas alas a su espalda, Metelo escuchó a una mujer, casi una niña, que se postró a sus pies.

—Caudillo —decía con el mayor de los temores—. Informan de la presencia de un gran ejército que viene del mar.

Se inclinó y, casi se podría decir que con dulzura, la levantó imaginando el núbil cuerpo desnudo y golpeado por sus puños.

—¿Del mar? —inquirió mirándola a los ojos, lo que hizo que ella empezara a temblar de miedo porque sabía que aquellas que eran elegidas por el Caudillo no volvían a ser vistas tras una noche con él.

—Sí, Caudillo —atinó a balbucear al borde del llanto—. Vienen desde donde se pone el Sol.

—Ya veo.

Le soltó la cara y se giró, enlazando las manos a la espalda y desplegando las alas en toda su envergadura. Alzó el vuelo y se dirigió a comprobar con sus propios ojos la veracidad de las noticias. No había tomado en consideración la posibilidad de una fuerza imperial avanzando tan al extremo del continente, por lo que había pasado desapercibida para él. Por otro lado, tampoco veía el sentido de la maniobra, porque el rodeo dado era tan enorme que necesitarían muchas semanas para llegar hasta...

Entonces, ahí, en el cielo, sintiendo el viento azotando su cara, lo entendió. Los imperiales también habían jugado al despiste como él, y lanzado una fuerza que no sería visible hasta que atacara el corazón de los reinos sureños.

En el esquema de las cosas planteado por Abaven tenía poca importancia, pero Metelo sintió una punzada de insatisfacción al ver que le habían ganado esa mano. Se puso a pensar en cómo salvar la situación.

—¡Un momento, soldado! —Fabiana gritó, haciéndose oír por encima del barullo reinante en la zona donde se guardaban las monturas. Un caballo levantó la cabeza de un montón de forraje en el que estaba pastando y pareció mirarla ofendido.

—¿Coronel? —El mensajero se había parado en seco al reconocer la voz de la oficial y se dio la vuelta con expresión sorprendida; sus ojos bajaron hacia las manos de Fabiana, que portaban una carta.

—Añade esto, soldado. —Le tendió la misiva—. Es vital que sea recibida por el general Andeseo y solo por él, ¿entendido?

—Sí, señora —respondió.

—En mano a él, que no pase por nadie más.

—Sí, señora —dijo él, un tanto molesto por la repetición de órdenes.

La coronel lo vio montar y alejarse galopando, camino de la falange de su amante. Al ser miembro del Consejo de Serena, sabía que ese era el día en el que se iban a enviar los informes y las modificaciones de instrucciones para hacer que las operaciones se produjeran de la forma más acompasada posible, así que escribió una carta para Andeseo.

Además de recordarle el amor que sentía por él y lo mucho que anhelaba tenerle a su lado, le hacía partícipe de ciertos asuntos que se habían tratado en el Consejo Mayor de la Comandante en Jefe esa misma mañana, en el que una muy enfadada Serena había tenido que rendirse por fin a la realidad y decretar el viraje general de todas las falanges en su progresión hacia el sur, porque el desplazamiento del enemigo les estaba dejando muy rezagados. Existía el peligro de que rebasaran sus líneas por el flanco oriental, encontrando paso libre hacia la capital de Vetero.

Su plan original de avanzar hacia el sur barriendo las fuerzas de los salvajes se había ido al traste, y la noche anterior había estado en vela, fraguando una nueva estrategia cuyo eje central sería, en líneas generales, apresar a los sureños de forma tal que quedaran encajados entre el ejército de Vetero y el Mar Interior, forzándolos a una batalla al no tener escapatoria a su espalda.

Fabiana había tenido un inesperado aliado en Héctor, el coronel de más edad, famoso por su prudencia y actitudes conservadoras, que la apoyó con vehemencia cuando dijo que el cambio de planes no afectaba a la misión del general Andeseo. Serena quería que Andeseo rectificase también su marcha y acudiera lo más rápido posible a unirse con las falanges que perseguirían a los salvajes, pero, tras una larga discusión en la que la mayoría de los coroneles se fueron posicionando en torno a la postura de Héctor y Fabiana, se decidió que la captura de Diar-Mataún debía permanecer sobre la mesa.

La Consejera Imperial de Guerra no estaba muy contenta, lo que se notaba en sus ojos, fríos y acerados, pero no se atrevió a ir en contra de su propio Consejo Mayor.

Salió de la zona de caballerizas contemplando la actividad reinante en derredor, bastante más parsimoniosa que las últimas semanas. Como la sesión del Consejo se había alargado en exceso, Serena había ordenado que ese día no se reemprendiera la marcha hasta la mañana siguiente, así que la tropa tenía una especie de licencia que aprovechaban para hacer lo que, en el

camino, no podía ser hecho, desde remendar las ropas y clavetear las botas a dormir para recuperar las horas de sueño perdido.

El coronel Héctor, apoyado en su bastón, venía andando en dirección contraria a la suya, y a Fabiana le pareció un hombrecito débil y renqueante, de cabeza cubierta por un pelo aún espeso pero blanco como la nieve recién caída y cuerpo magro, casi esquelético y encorvado por el peso de los años.

Se paró frente a ella, no dándole otra opción que detenerse también e iniciar una conversación pese a que tenía ganas de tomar un bocado y dormir un poco.

—Coronel —decía el hombre—, el Consejo de hoy ha sido muy satisfactorio, ¿no cree?

—Hem. Sí —dijo, sin saber muy bien qué podía querer.

—La Consejera se ha tragado su orgullo por una vez.

¿Era un guiño furtivo lo que Héctor había hecho al decir eso? Fabiana se pasó la mano por el flequillo, retirándoselo de la frente, para ganar tiempo.

—Más bien —dijo por fin— le hemos hecho ver que la falange del general Andeseo puede capturar la ciudad y cortar una posible retirada del enemigo al mismo tiempo...

—Sí, Andeseo —comentó como si reflexionara, poniendo las dos manos en la empuñadura del bastón, una pieza labrada en plata que simulaba la cabeza de un galgo—. Un gran general. Y un gran hombre. ¿Sabía que su padre y yo éramos grandes amigos?

—No, lo ignoraba. —Si el viejo empezaba a divagar sobre tiempos pasados, Fabiana estaba dispuesta a salir corriendo.

—Pues es así, coronel. Marco, su padre, era muy joven cuando preñó a su esposa. Aunque eso no le impidió progresar en el escalafón militar hasta que...

—Sí —le interrumpió Fabiana, demostrando que sabía lo que le había pasado a Marco: el accidente de caza mientras perseguía un alce, la infección de la herida provocada por las astas del animal y su muerte unos días después. Se dispuso a cortar la conversación—. Si me perdona, coronel...

—Oh, vamos, Fabiana. —Le cogió del brazo con inusitada rapidez—. ¿No puede hacer un poco de compañía a este anciano? Sé que no soy tan atractivo como Andeseo... Ni tan fogoso en la cama, por lo que se dice...

Fabiana notó que la sangre le subía a las mejillas y sintió un calor que le recorrió el cuerpo. Casi temblando, preguntó:

—¿Qué está diciendo, coronel?

—Vamos, vamos —respondió, dándole suaves palmaditas que a ella le parecieron un puro ejercicio de sarcasmo—. Mal oficial encargado de la inteligencia sería si no supiera con quién se acuesta cada cual de los altos rangos, ¿no cree?

—¿Inteligencia? —preguntó con estupefacción ella.

—Sí, sí. ¿No lo sabía? —En su voz había una palpable diversión—. Claro que no lo sabía. Eso es porque soy bueno en mi trabajo, Fabiana. Viejo no significa inútil, querida niña.

No sabía qué hacer. Tampoco sabía qué era lo que quería Héctor, por lo que se quedó plantada con cara de boba, esperando a ver con qué le salía luego el coronel.

—Ay, pero no tenga miedo, Fabiana. La Consejera no lo sabe, y me seguiré ocupando personalmente de que siga siendo así.

—¿Por? —se atrevió a decir, tras casi soltar un suspiro de tranquilidad.

—Porque considero a Andeseo un hijo más de los míos. Por respeto a la memoria de su padre. Y porque el puesto de Consejero Imperial de Guerra debía ser suyo, y no de esa perra advenediza y pretenciosa.

A Fabiana le sorprendió la furia de las palabras del viejo, pero comprendió que estaba de su parte; entendía así por qué en la reunión la había apoyado.

—Así que —continuaba Héctor, sonriente— estoy de acuerdo con la idea de Andeseo de tomar la capital de esos salvajes y apresar al Caudillo. No me mire así, Fabiana. He entendido enseguida que Andeseo ha hecho de la necesidad virtud. Cuando Serena le dio las órdenes, supongo que se debía a que quería tenerlo lo más lejos posible: no le cae nada bien, hay que reconocerlo. Pero Andeseo ha visto una oportunidad y veo cuál es el plan que ha trazado el general, y también cómo usted está siendo la representante de sus intereses aquí, en casa de la enemiga.

—Yo...

—No, Fabiana, déjame terminar. —Levantó una mano, haciéndola callar investido de una autoridad repentina—. Has comprendido cuál es tu papel, siguiendo las órdenes de tu hombre y luchando por lograr la aspiración de Andeseo, como mandan las antiguas reglas de Vetero. Me satisface ver que aún quedan jóvenes que saben comportarse como es debido.

Fabiana abrió la boca para protestar porque en la perorata que le había soltado no solo había un pestazo caduco, sino que además ella en ningún momento se había considerado una mera sirvienta de Andeseo. Lo quería, pero eso no significaba que fuera a sacrificar su vida y su carrera por el deseo

de Andeseo de ocupar el puesto de Consejero Imperial de Guerra. O, mejor dicho, lo ayudaba porque sabía que, al mismo tiempo, se estaba ayudando a sí misma: el generalato sería mucho más fácil de alcanzar si su amante, y esperaba que futuro marido, se sentaba junto a los emperadores.

Pero justo por ese mismo cálculo político, Fabiana no dijo nada y dejó que el viejo coronel siguiera pensando lo que le pareciera bien. Le convenía tenerlo de su lado y, cuando la guerra se hubiera terminado gracias a la captura del Caudillo, el muy idiota podría ser utilizado para socavar la posición de Serena ante su principal valedora, la emperatriz Danais, mientras ella ponía por las nubes los méritos de Andeseo.

Por el bien de su futuro, pues, continuó escuchando la verborrea patriarcal que salió de la boca del anciano, sonriendo amistosa y asintiendo con vehemencia.

Tres meses después de comenzar la operación, la Comandante en Jefe se encontraba tan frustrada que era incapaz de mostrar un asomo de buen humor. El ejército imperial se estaba dedicando a perseguir una horda que demostraba tener una enorme movilidad y que a su paso saqueaba lo que necesitaba para subsistir, esquilmando las tierras de los habitantes y, lo que era peor, asesinándolos sin compasión.

Por mucha velocidad que quisiera imprimir a sus fuerzas, solo el no estirar las líneas de aprovisionamiento para evitar que el enorme tren de vituallas quedara retrasado suponía una reducción de la velocidad potencial a más de la mitad. Había intentado varias soluciones, como enviar escuadrones de caballería ligera de las diversas falanges lo más lejos posible, pero sin resultados visibles a excepción de puntuales enfrentamientos con bandas de rezagados. Lo que creía iba a ser una campaña que se decidiría en una batalla colosal seguida de la penetración en las tierras meridionales había resultado ser una pesadilla que amenazaba con convertirse en algo peor conforme avanzaba el año y la temperatura empezaba a subir, provocando una sensación de molicie que adormilaba a la tropa y la hacía torpe y descuidada.

En ese momento, había dispuesto dos falanges de diez mil soldados cada una para que marcharan en paralelo y subieran hacia el norte, intentando formar un muro de contención humano a orillas del Mar Interior mientras el resto de todo el ejército, a excepción de la guarnición dejada en el campamento al mando de Montagus y la fuerza de Andeseo, buscaba cortar la marcha del enemigo por el sur. Si funcionaba, los embolsarían y caerían

sobre ellos desde dos direcciones opuestas. Si también fracasaba, no sabía qué demonios más podía intentar.

Además, estaba la cuestión de su Consejo. Nunca había tenido especial dificultad en manejarlo gracias a su actitud abierta de mente y dispuesta a escuchar, pero desde que se decidió que Andeseo continuaría con su misión original, ponían en tela de juicio todas y cada una de sus decisiones. Héctor, por quien siempre había sentido un enorme respeto, parecía decidido a volverla loca con sus exasperantes puntualizaciones, apostillando la más ridícula de las cuestiones. A veces, lo achacaba al mal humor generalizado. Otras, sospechaba que había algo más oscuro.

Si los cálculos no le fallaban, en cuatro días alcanzarían la costa del Mar Interior y entonces empezarían a ir hacia el norte. Una masa compacta y terrible de soldados que actuarían como un rodillo empujando a los salvajes hacia su otra fuerza. Releyó los informes geográficos sin aflojar el ritmo del caballo en que montaba y asintió para sus adentros.

—¿Ha visto eso, señora? —le preguntó Fabiana cuando guardó los papeles; se había puesto a su lado y señalaba al cielo.

—¿Qué, coronel?

—Parece un pájaro. —Serena miró en la dirección en la que apuntaba, viendo una manchita superpuesta al cielo azul y despejado—. Pero creo que es muy grande.

La Comandante sacó un catalejo y lo desplegó, llevándoselo al ojo. Gracias a ello pudo ver que en efecto era demasiado grande para ser un pájaro, pese a que la distancia no permitía decir con claridad de qué se trataba. Al retirar el instrumento de su cara, se veía con claridad que estaba preocupada. Poco después, batiendo las alas rápido como el viento, había desaparecido en la lejanía.

—Quiero que los oteadores estén alerta por si vuelve a verse. Y si alguien piensa que puede bajarlo del cielo de un flechazo, que lo haga —concluyó, apretando los dientes con gesto feroz.

El Caudillo, que también gustaba de llamarse a sí mismo el Herald, había estado recorriendo los cielos del mundo de modo tan continuo que se podía decir que pasaba más tiempo en ellos que con los pies en el suelo. Había descubierto una enorme y vivificadora sensación de libertad al volar, y ver las caras aterrorizadas y reverentes a un tiempo de los que le veían tomar tierra era gratificante hasta el paroxismo.

Además, no solo lo hacía por placer, puesto que seguía cumpliendo la misión que Abaven le había encomendado. Había recorrido todos los pueblos, aldeas y villorrios del sur del continente, donde habitaban las mujeres y los niños de los hombres que habían jurado destruir al Imperio vetero.

Del mismo modo que ellos habían salido de sus casas con rumbo al norte, ahora una enorme extensión de humanidad avanzaba hacia el oeste, siguiendo un camino que les llevaba en un rumbo de colisión directa con la falange comandada por Andeseo. Miles y miles de temerosas mujeres y lloriqueantes niños que no podían hacer otra cosa que plegarse a la voluntad del Caudillo, quien les había ordenado avanzar sin pausa.

A sus espaldas quedaban las chozas vacías, porque incluso los hijos sin destetar eran llevados en brazos de sus madres en la inclemente marcha que les imponía el Caudillo, que descendía desde el cielo como si supiera todo lo que en el suelo pasaba y destrozaba con sus propias manos a quien buscase escapar del funesto destino que les aguardaba, mostrando el cadáver vejado como clara advertencia. Ellas no podían hacer otra cosa, aunque supieran en su interior que las conducía a su muerte, pues años y años de sumisión por completo a sus hombres las habían hecho criaturas asustadas y obedientes, incapaces de oponerse a la voluntad impuesta por el Caudillo.

Andeseo, cuando supo de la aproximación de tan ingente fuerza, no supo qué pensar. Los últimos días había mostrado una sonrisa de satisfacción que se negaba a dejar su rostro, desde que leyó las noticias que Fabiana le hacía llegar con los mensajes oficiales de la Consejera. Sin embargo, la presencia de tal cantidad de enemigos avanzando en su dirección le llenó de preocupación. Hizo cabalgar a su caballo tan rápido como pudo y, rodeado de su escolta, se desvió para subir a un altozano desde el que contemplar lo que los exploradores le habían dicho. Estupefacto, contempló las miles de mujeres y sus hijos que andaban, tropezaban y se arrastraban entre el pedregoso camino, algunas reducidas a esqueletos por la escasa comida que habían ingerido desde que salieron de sus casas.

No veía ningún arma, y el general entendió que se encontraba en una posición que le inmovilizaba, pues no se sentía capaz de dar la orden a sus soldados de acabar con esa miserable colección de cuerpos. Aún así, no dejaba de pensar que su avance las llevaba a chocar contra su fuerza, e impartió con rapidez órdenes que hicieron que la falange adoptara una posición defensiva.

Esa misma tarde, la tropa escuchó los lloros y lamentos que provenían de incontables gargantas y sintieron un sudor frío recorriendo su espalda que se tornó en asombro cuando, por fin, la capa de polvo y tierra que levantaban al andar se cernió en el horizonte. Iban hacia los imperiales, sin parar, y los de vanguardia vieron con asombro a qué se enfrentaban.

Muchos habían esperado el momento de entrar en batalla, deseosos de atravesar con sus espadas los cuerpos de los enemigos pero, aunque sostenían los filos desenvainados, se apreciaba con claridad un temblor en sus brazos, como si no quisieran creer lo que estaba ocurriendo.

Porque las mujeres seguían avanzando, devorando el espacio que separaba a las dos huestes, y las cornetas comenzaron a tocar orden de batalla cuando hicieron caso omiso de los gritos que les ordenaban detenerse. Con horror, los soldados imperiales vieron cómo las mujeres cubrían los últimos pasos y pugnaban, entre gritos desahogados, por seguir avanzando entre las prietas filas, empujando las lanzas y espadas a un lado, proyectando sus manos engarfiadas contra las caras de los soldados mientras aullaban babeando, y los ojos reflejaban un terror más inmenso que el abismo.

Pronto, el empuje de todos aquellos que venían detrás hizo que se clavaran en las puntas de acero. Fueron atravesadas por las espadas, a la vez que lanzaban un último gemido de dolor ahogado en sangre.

Caían al suelo, muertas, y eran pisoteadas por las siguientes que parecían esperar su turno para acabar con su vida; el hedor a sangre y excrementos se hizo tan denso que, sumado al horror de lo que estaba pasando, hizo que el más recio de los soldados vomitara hasta que le pareció que expulsaba sus tripas por la boca.

Desde su posición elevada Andeseo contemplaba todo aferrando con fuerza las riendas, pálido como la cal, incapaz de pronunciar una sola palabra mientras la horrible matanza continuaba. Tampoco se atrevía a dar la orden de no matar a las civiles porque era muy probable que muchos de sus soldados cayeran pisoteados bajo el mero empuje de la horda. Permaneció allí quieto, callado, horrorizado, conforme se sucedían las horas de matanza, rezando por su pronto término y por no tener que contemplar nunca jamás algo parecido.

¿Cuántos cadáveres alfombraron ese día las planicies? Andeseo creía que podrían ser cincuenta mil. Quizá más, porque no quiso contemplar la enormidad de la matanza más allá de lo necesario y, cuando no quedó un alma viva entre las sureñas, a quienes no podía en justicia calificar como

enemigas, ordenó que el ejército imperial avanzase lo más rápido posible para dejar atrás ese paraje de pesadilla, aunque la cantidad de cuerpos muertos era tan grande que no hubo ningún miembro entre la tropa que no tuviese pesadillas para el resto de su vida.

Ni siquiera la llegada de la noche hizo que Andeseo mandara parar a su falange, deseoso de poner la mayor distancia posible, y no hubo siquiera un murmullo de queja entre los soldados, silenciosos y entristecidos todos ellos por lo que habían sido forzados a hacer.

¿Quién tenía la culpa de lo ocurrido? La pregunta volvía a la mente del general una y otra vez, pero Andeseo no podía responderla. ¿Él, quizá? Se consolaba pensando que, de haber ordenado retirada, habría perdido un tiempo precioso, pues deberían retroceder muchas leguas hasta encontrar una zona que permitiera el paso franco hacia Diar-Mataún.

No. En ese sentido tenía la conciencia tranquila, considerándose más bien el peón de un destino que había hecho que fuera el comandante de una fuerza que se había convertido, por una tarde, en una legión de matarifes.

El día siguiente amaneció con un sol radiante, y la luz pareció fundir los ominosos recuerdos del día anterior; Andeseo pensó que tal cantidad de sureñas muertas implicaba que sus aldeas estaban vacías. Las mujeres con las que se habían enfrentado eran tan numerosas que lo ocurrido solo se explicaba si habían salido de todas las casas de las aldeas que se encontraban en el camino que llevaba a Diar-Mataún. Dado el número también enorme de hombres sureños que había invadido Vetero, solo cabía una conclusión lógica: el territorio frente a ellos estaba desierto.

Andeseo sintió que una gran oportunidad se presentaba ante él e hizo que la caballería pesada se deshiciese de sus pertrechos: se sumaría al escuadrón ligero para disponer así un total de ochocientos efectivos que cabalgarían con él dejando atrás a la infantería para llegar cuanto antes a Diar-Mataún. Pensó altanero que, si existía una guarnición en dicha ciudad, serían capaces de enfrentarse a ella.

Sin embargo, Diar-Mataún no estaba vacía por completo. Cuando, días después, los jinetes enfilaban el último trecho de camino que conducía a la lamentable colección de casas de madera y paja que se apiñaban junto a un riachuelo, Andeseo hizo parar a la columna al ver clavados, en mitad del sendero, un par de enormes estandartes que eran el símbolo del Caudillo. El sol dorado sobre fondo negro se agitaba a merced de un fuerte viento que

azotaba cabellos de corceles y hombres.

El general hizo avanzar a su montura, pues entre los pendones se hallaba un hombre viejo, de aspecto desgarrado y en cuya espalda encorbada mostraba una horrible joroba casi del mismo tamaño que su torso y que le hacía caminar tan inclinado que parecía fuera a derrumbarse bajo su peso en cualquier momento.

—¿Quién eres? —le preguntó con orgullo, mirándolo desde su posición elevada.

—Solo soy un pobre mensajero, señor —respondió él, con voz quebradiza y débil, en un perfecto veterés.

—¿Tienes algún mensaje? —casi escupió Andeseo, mirando hacia lo que apenas cabía ser considerado una ciudad.

—Sí, señor. El Caudillo desea haceros una oferta.

—¡Ja! —se mofó—. ¿Acaso quiere negociar los términos de su rendición? Porque debe saber que no aceptaré otra cosa que verle cargado de cadenas, y que me acompañará a Vetero para que pueda ser juzgado por los emperadores.

—No se trata de eso, señor. —El jorobado levantó una sarmentosa mano—. Apela a vuestro sentido del honor y os ofrece una oportunidad para finalizar la guerra.

El general inclinó el torso, haciendo descansar su peso sobre el borrén de la silla.

—¿Y qué es lo que ofrece el caudillo, viejo? —preguntó con acritud.

—Un combate singular, señor. En Diar-Mataún solo quedamos yo y el campeón del Caudillo, al cual han ordenado que os espere para luchar contra quien vos designéis. Si el campeón del Imperio vetero lo derrota, el Caudillo se entregará para que podáis hacer lo que os plazca.

—Ya veo. —Los labios de Andeseo se curvaron en una sonrisa—. ¿Y si vence él?

—Entonces retiraréis vuestra tropa al norte de las fronteras del Imperio, para lo que se os concederá paso libre.

Andeseo se carcajeó con buen humor e hizo que el caballo diera un par de pasos hacia el hombre. Mientras pensaba en la forma de acrecentar su nombre y fama, dijo:

—Acepto —dijo—. Seré yo mismo quien arranque la cabeza a ese... campeón. Llévame ante él y acabemos con esta farsa.

—¡Señor! —Rusana, su asistente personal, le cortó el paso y lo miró con

gesto grave—. ¿Creéis que es prudente?

—Vamos, mi buena Rusana —contestó el general, moviendo la mano con displicencia, como espantando una mosca—. Deberías saber que hay pocos espadachines capaces de medir su acero con el mío. Ahí están mis premios de los torneos para demostrarlo.

—Tiene razón, señor, pero...

—No, no, Rusana. No me va a ocurrir nada —replicó con total confianza.

Hizo que su caballo siguiera al jorobado, que ya había empezado a encaminarse a la cochambrosa ciudad ajeno a la conversación de Andeseo y la mujer, pero, cuando solo había avanzado un par de pasos, se volvió hacia ella y le dijo:

—De todos modos, si ves que el combate va mal, lanzaos a por el campeón del Caudillo.

Era una medida de precaución, una salvaguarda que creía innecesaria. Por supuesto, no estaba dispuesto a dejar que algo tan absurdo como un duelo acabara con su vida. Si el Caudillo estaba dispuesto a perder la guerra de ese modo, bien, era su elección.

Los jinetes le siguieron con los cascos de sus monturas pateando el suelo polvoriento, avanzando entre las miserables casas vacías, de puertas y ventanas abiertas, albergando la impresión de atravesar una ciudad fantasma. A ninguno se le escapaba que ahí, hasta no hacía mucho, habían vivido mujeres y niños que habían caído bajo sus espadas días antes y volvieron a sentir un hondo pesar en sus corazones.

—¿Y bien, viejo? —preguntó Andeseo, cuando el mensajero se detuvo en una especie de plaza central, una superficie de terreno vacío que podía recibir tal nombre más que nada porque en uno de sus límites se encontraba la casa más sólida y grande de toda Diar-Mataún, lo que tampoco era decir mucho. Justo en el umbral de esa casa apareció una sombra que se movió con lentitud, como si acabara de despertarse de un sueño. Era grande, de unos dos metros de alto, y muy fornida, e iba embozada en una amplia capa negra con capucha que ocultaba sus rasgos, aunque parecía desprender un leve fulgor del color del oro.

El anciano se acercó al general mientras Andeseo contemplaba al que sin duda era su oponente y dijo:

—Este es el campeón, señor.

A Andeseo le impresionó su tamaño, pero no se amedrentó. Había luchado contra hombres que parecían montañas y les había vencido gracias a su

agilidad y resistencia, así que supuso que ese combate no sería diferente. Confiado, descendió de su caballo y desenvainó la espada agitándola frente a sí, provocando silbidos al remover el aire.

—Soy Andeseo, general del Ejército Imperial de Vetero, enviado por los emperadores Atanasio y Danais, y usted, señor, va a morir bajo mi espada.

El campeón del Caudillo no respondió. Se limitó a seguir avanzando, lenta, pesadamente, hasta llegar a diez pasos de él. El general sintió una oleada de asco al oler el terrible pestazo que desprendía, una mezcla de carne podrida y estiércol que asaltó sus fosas nasales y amenazó con hacerle vomitar.

Unos brazos que mostraban unas protuberancias afiladas en su carne como las de algunos insectos bajaron la capucha que le cubría el rostro, y vio que sus rasgos estaban deformados más allá de lo creíble, con una boca convertida en una especie de fina trompetilla que se proyectaba hacia abajo, hacia donde debería estar su barbilla; el conjunto estaba rematado por una nariz inexistente y unos ojos facetados y rojizos, malignos, horribles.

Cuando desanudó su capa y la tiró al suelo, los gritos e invocaciones a diferentes dioses imperiales se extendieron entre las filas de jinetes, horrorizados por lo que tenían enfrente y no acababan de creer, porque estaba desnudo y su torso, del que nacían dos pares de extremidades que a duras penas podían llamarse brazos, recordaba al de las cucarachas.

Andeseo se había quedado inmóvil y con la boca abierta, pero se vio obligado a reaccionar cuando la criatura se lanzó con una rapidez que hasta ese momento había disimulado con astucia. A duras penas consiguió desviar el golpe que con una de sus extremidades superiores, negra, lustrosa, acabada en una mortífera garra quitinosa, le lanzó. Se encontró a la defensiva desde el primer momento, saltando hacia atrás y a los lados para evitar al hombre-insecto, que producía un enfermizo sonido con lo que debía ser su boca, una especie de silbido agudo que lo desconcentraba al grabarse a fuego en su cerebro.

—¡Lucha con el campeón, general Andeseo! —se carcajeaba el viejo, que se había envarado y gritaba con una voz potente y autoritaria—. ¡Lucha con él y muere!

Mientras Andeseo pugnaba por seguir vivo, los jinetes miraban el combate con ojos desencajados, sin moverse, fascinados y asqueados a un tiempo por la figura que tenía acorralado a su general. Vieron cómo, mientras una de sus garras encontraba el acero y repiqueteaba con el golpe, la otra se proyectaba

hacia delante buscando la pierna de Andeseo, penetrando en ella y saliendo con velocidad de su carne. Una mancha escarlata comenzó a derramarse en sus pantalones. El hombre cayó rodilla en tierra ahogando un gruñido, pero aún sacó fuerzas para proyectar un tajo desesperado que hizo que el monstruo tuviera que saltar para evitarlo, pues lo dirigió con tino a su abdomen.

Andeseo aprovechó el momento y se incorporó apretando los dientes, obligándose a olvidar el dolor que sentía en el muslo. Aunque desequilibrado por la herida, aún podía plantar cara y decidió gastar todas las reservas de energía que le quedaban trazando arcos amplios y veloces frente a sí, alternándolos con algunas estocadas que buscaban pinchar a su horrible oponente.

Pero la criatura no parecía dar muestras de cansancio, y Andeseo incluso llegó a pensar que estaba jugando con él, riéndosele en la cara, alargando su agonía, porque se echaba a un lado y otro con una facilidad enorme, con movimientos fluidos, incluso gráciles.

—¡Basta, lacayo! —gritó el anciano desde la puerta—. ¡Acaba con él!

Y en el momento en que terminaba de dar su orden, el terror, que parecía imposible que fuera mayor, inundó a todos los presentes al ver que su joroba, en realidad, eran un par de gargantuescas alas que se desplegaron a su espalda, una suerte de híbrido de humano y murciélago, tan repugnante a la vista como el hombre-insecto que, como buen sirviente, hizo caso a su Caudillo y golpeó la espada sin importarle que le cortara casi la mitad del brazo, forzando a Andeseo a quedar por completo desguarnecido y lanzándose en tromba contra su cuerpo. Hincó la garra en el pecho del general con tal fuerza que el extremo afilado salió por la espalda del hombre.

Con la última bocanada de aire que jamás aspiraría, Andeseo sintió que la sangre inundaba sus pulmones y tosió, sintiendo un dolor terrible. Con ojos ya velados quedó inerte, empalado en la criatura, y dijo en un susurro:

—Conque esto es la muerte...

Los jinetes, por fin, parecieron capaces de reaccionar al ver al cuerpo de su general siendo desechado a un lado como un muñeco roto y se lanzaron todos a una contra la criatura y contra quien comprendieron era el mismísimo Caudillo, que les había engañado a todos como si fueran niños.

Pero las horrendas maravillas no habían terminado: del mismo modo que el Caudillo, riendo a carcajadas, se elevaba veloz en el aire, lo mismo hacía el asesino de Andeseo, cuyo tórax se había abierto dejando salir un juego de alas similares a las de las libélulas, que lo hicieron volar con celeridad tras su

amo.

Las dos nauseabundas figuras se alejaron antes siquiera que, aquellos que tenían arcos, pensarán en sacarlos. Boquiabiertos, horrorizados y lloriqueantes, los jinetes se apiñaron en torno al cadáver de Andeseo, del que no paraba de manar sangre.

El Caudillo, quizá inflamado en su ánimo por la muerte del general imperial, decidió que era hora de poner fin al juego del gato y el ratón con el que estaba mareando al ejército de Serena. Las fuerzas de Vetero corrían fatigadas tras una horda, su horda, incapaces de lograr darles alcance. Planeó, por última vez, sobre el ejército imperial del sur, que había fundido unos cincuenta mil efectivos en un solo cuerpo, y puso rumbo, seguido por el hombre-insecto, hacia sus propios soldados.

Descendió frente a ellos y estos, como cada vez que lo hacía, se postraron de hinojos y bajaron la vista con reverencia. La voz del Caudillo, amplificadas gracias al poder de Abaven, retumbó en los oídos de los sureños:

—¡Dad media vuelta! ¡Atacad a quienes os persiguen! ¡No dejéis alma con vida!

Satisfecho, el ser que había sido Metelo en otra vida vio cómo, sin rechistar, miles y miles de hombres giraban sobre sí mismos. Las espaldas de todos ellos, desnudas la mayoría pues eran tan salvajes que despreciaban las más elementales medidas de protección en batalla, se fueron alejando del Caudillo, que retomó el vuelo para contemplar el choque entre los dos ejércitos.

Serena blasfemaba como nunca lo había hecho en su vida. Su cara, enrojecida por el duro sol de la región, mostraba tonos purpúreos dada la ira que la embargaba. Le habían notificado que el extraño ser volador había pasado de nuevo por encima de sus cabezas, pero tan alto que nadie hubiera sido capaz de alcanzarlo con arco o ballesta. Y, por si fuera poco inquietante, le seguía un segundo de cuerpo rechoncho y abotargado.

Pero lo que más le molestaba era que los exploradores habían confirmado, uno tras otro y sin excepción, que los salvajes habían dado la vuelta en redondo y se dirigían hacia ellos. Su plan de atraparlos entre las dos fuerzas de Vetero se había ido por la cloaca de repente, porque las tropas imperiales al norte estaban demasiado lejos como para cubrir la distancia que los separaba a fin de cargar contra la retaguardia enemiga.

De repente, los perseguidores se habían convertido en defensores de un terreno al borde del Mar Interior, y mientras escuchaba los chillidos histéricos de las gaviotas y el rumor del oleaje lejano, organizó a la tropa para que prepararan el más duro de los recibimientos.

Como, a lo que se veía, los salvajes tenían prisa por entablar combate, calculó que llegarían hasta ellos antes que el sol hubiera recorrido la mitad de su camino en el cielo, así que celebró un último Consejo con sus coroneles.

La reunión fue rápida, centrada en los aspectos puramente operativos acerca de cómo posicionar al ejército y hacerlos maniobrar, y en cosa de pocos minutos los coroneles se alejaron a sus respectivos puestos de mando para que las instrucciones comenzaran a fluir hacia abajo en la jerarquía de mando. Agradeció en su fuero interno que, esa vez, no se hubieran opuesto a sus órdenes.

Serena consultó al jefe de ingenieros si era posible preparar una defensa natural y este, encogiéndose de hombros, le respondió que a lo sumo daba tiempo para cavar una pequeña trinchera y utilizar la tierra removida para montar un parapeto.

—Bien —dijo ella—. Que se haga.

Así, las tropas imperiales formaron como una sólida muralla de acero, cuero y carne, en compactos cuadros erizados de lanzas protegidos con redondos escudos que portaban los colores de Vetero, mientras los escuadrones de arqueros clavaban sus flechas en el suelo y comprobaban las cuerdas de tripa de sus arcos. La caballería se dispuso en la zona más occidental del campo de batalla, preparada para acudir lo antes posible allá donde fuera necesaria. Serena entendía que no era una estrategia brillante, pero ni había tiempo para mucha floritura, ni el terreno era propicio para nada más que clavar los pies en el suelo y resistir el embate de los sureños.

Los jinetes ligeros destacados para vigilar la evolución del enemigo empezaron a hacer sonar sus trompas y el ejército enmudeció por un instante. Se oyó el sonido claro y retumbante de la legendaria trompa del Emperador Caveo, aquel que la hizo sonar hacía siglos para llamar a las tropas aliadas que permanecían acantonadas sin saber que una batalla transcurría no lejos de ellos y gracias a la cual se venció el campo. El ejército entero se sintió renovado en su determinación. Tras tantos días de estéril persecución, estaban a punto de utilizar sus espadas contra los salvajes que se atrevieron a invadir el sacrosanto territorio de Vetero y muchos de ellos empezaron a cantar, en voz bajita al principio, el himno imperial, que se convirtió en un

atronador rugido cuando miles y miles de gargantas lo entonaron.

Los sureños, sin embargo, parecieron querer competir en ese primer duelo prorrumpiendo en alaridos animales, imprecaciones en su bárbara lengua, insultos sin medida e invocaciones a sus extraños dioses, que inflamaron su ánimo hasta tal punto que pronto estaban todos ellos corriendo, lanzándose a la carga contra las filas de Vetero.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse y el Caudillo, desde lo alto, vio cómo su hormigueante masa de hombres se abatía contra los soldados de Vetero, recibiendo una, dos, tres descargas de flechas que cayeron entre los guerreros provocando las primeras bajas, pero en absoluto mermando la velocidad de su loca y sanguinaria carrera. La luz clara de ese día iluminó las pinceladas iniciales de un cuadro de destrucción, los primeros compases de una sinfonía macabra de muerte, y el Caudillo se regocijó al verlo.

Las dos enormes fuerzas chocaron.

Cuerpos ensartados en la punta de las lanzas, miembros cercenados por el filo de la espada, palmos de acero desangrando los cuerpos, mazos de piedra basta aplastando cabezas y puntas de flecha perforando órganos. Las filas imperiales recibieron el impacto con su acostumbrada profesionalidad y entereza, y aunque el empuje sureño era febril, bestial, no lograron hacer que las filas se quebraran. No obstante, el tributo en sangre pagado en los primeros minutos de batalla fue alto, porque los cadáveres de los de Vetero comenzaban a apiñarse en elevado número junto a los de los semidesnudos sureños, unidos ya en el oscuro abrazo de la muerte.

Serena recibía informes de continuo y a duras penas tenía tiempo de procesar lo que un ordenanza le comunicaba, que otro ya aguardaba para darle su mensaje. Tomó aire para despejarse e hizo que dos alas de caballería de cien jinetes cargaran contra el tercer cuadrante. Luego, ordenó que las tropas de reserva del cuadrante siete avanzaran para reforzar el frente. Instantes después, dio mensaje a la coronel Fabiana para que dos unidades de infantería pesada suyas fueran transferidas al mando de Liana, a su izquierda.

Su mente bullía de actividad, calculando y recalculando, y pronto se sintió tan fatigada como si estuviese dando espadazos en primera línea. También era cierto que lo estaba disfrutando, pues era eso para lo que había trabajado con tanto tesón: para comandar los ejércitos imperiales. Se sentía satisfecha al pensar que, de momento, la batalla iba bien, con bajas lamentables pero asumibles, un sacrificio de grandes dimensiones que permitiría a Vetero

seguir sobreviviendo y dominando a sus enemigos.

Apuntó el catalejo hacia el cielo. Ahí estaba esa figura ominosa y repugnante, algo que tenía la certeza que había de ser borrado del mundo aunque no supiera lo que era, que planeaba en círculos como un funesto buitre que oteara el campo de batalla dispuesto a darse un gran festín cuando todo terminara.

Casi se había puesto el sol cuando la batalla, por fin, terminó. Habían sido horas de carnicería, de mandoblazos, de tajos en los cuerpos de unos y otros, de sangre derramada en tal cantidad que parecía que se hubiera creado un río escarlata que se dirigiera hacia las orillas del Mar Interior. Las criaturas carroñeras del cielo y la tierra comenzaron a aparecer al mismo tiempo que los triunfadores remataban a los heridos del otro bando y consolaban a los suyos propios al tiempo que esperaban la llegada de las parihuelas que los trasladaran a los puestos médicos instalados a toda prisa.

Se remataba a los heridos porque Serena, de común acuerdo con su Consejo Mayor, había decretado que no se tomarían prisioneros entre los sureños. La tropa lo celebró al oírlo: estaban furiosos y cansados, y parecían, pese a las horas de segar vidas, dispuestos a seguir con la matanza de unos hombres que a esas alturas ya no les parecían tales, sino criaturas despreciables que debían dejar de infectar el mundo.

El Imperio vetero, pese a sus grandes pérdidas, había repelido la invasión. Había exterminado al ejército enemigo.

VIII

—Incluso en la victoria —decía el anciano—, había poco que celebrar. La humanidad había logrado su primera gran victoria contra las fuerzas de Abaven pero, en realidad, los planes del Enemigo continuaban tal y como los había trazado. Recordad, niños, que su objetivo último es la eliminación de toda vida, y en esos meses miles de seres humanos fueron sacrificados en una terrible hecatombe de sangre y muerte.

»El sur quedó deshabitado, mientras que la fuerza que el Imperio había levantado quedó diezmada. De los ochenta mil soldados, a la capital del mundo regresaron poco más de cincuenta millares, así que os podéis imaginar las proporciones de la catástrofe.

—Pero Vetero —replicó el muchacho con alma de luchador— seguía contando con muchísima gente a la que poder llamar a filas, ¿no es así?

—Cierto —respondió, asintiendo—. Pero durante el tiempo que Serena dedicó a cazar a los sureños, Abaven no permaneció inactivo. Mandó sus criaturas a todos los lugares de Lorry, persiguiendo hacerse con todos y cada uno de los humanos que en el malhadado reino habitaban. Todos ellos, parodias de vida, serían guerreros añadidos a su macabro ejército. Os hablo, queridos niños, de más de dos millones.

Los chicos ahogaron un gemido. El número era abrumador y solo pensar en tal cantidad les provocaba mareos, máxime cuando, en esos tiempos tan lúgubres, las fuerzas de la humanidad se habían reducido a unas cuantas decenas de miles. Dos millones de esclavos de Abaven... ¿Quién podía luchar contra eso?

—El Imperio, las ciudades del Rastrillo, los estados del oeste... Todos ellos sumaban mucha más población, pero tenéis que considerar una cosa fundamental: no todos ellos eran guerreros. El ejército de Abaven no necesita más que una cosa. Matar. Es su única función, el único destino hacia el que el Enemigo los guía...

—Pero nosotros —concluyó su línea de reflexión la chica a la que había llamado Tabita antes— necesitamos comer, descansar...

—En efecto. Dos millones de criaturas que avanzan sin precisar nada de las cosas que nos sustentan es un enemigo temible. Ni siquiera nosotros, en la capital del imperio, éramos plenamente conscientes de la oscuridad que amenazaba con anegar por completo nuestro mundo. Quizá Glabro, sumido en sus estudios, era capaz de entender en su magnitud lo que se acercaba.

—Pero no todo pudo serle tan fácil, ¿no? —En la pregunta de la muchacha había implícito un anhelante deseo, quizá esperando que la historia pudiera alterarse y conducir a un final diferente al que todos sabían que había llegado, llevándoles cuarenta años después al punto en el que se encontraban, a esa noche junto al fuego, escuchando las memorias de un anciano que lo había vivido todo de primera mano.

—Abaven actuó con mucho sigilo, fue muy taimado... ¿Os acordáis del esclavo de Abaven que Baako y Mohenjo capturaron? ¿En su incursión en Lorry? —Ellos asintieron—. Bien. Os podría parecer que dejar que lo llevaran a Vetero era una muestra de altanería, de orgullo y suficiencia, pero nada más lejos de la realidad. Nada de lo que hace el Enemigo carece de cálculo, y si hizo eso fue para que el Imperio supiera ya con toda certeza que un nuevo poder, maligno y terrible, había despertado en sus fronteras septentrionales. Que amenazaba con atacar a una escala tal que la guerra contra los salvajes sureños parecía un juego en comparación.

—Los Látigos lo impedirían. —La voz de uno de ellos salió quebrada, casi sollozante, y fue acompañada por un coro de murmullos y asentimientos.

—Enu. Deka. Mamadou..., Cheeka. Los esclavos liberados del Rastrillo, sí. Conformaron un dique contra el cual las tenebrosas fuerzas de Abaven podían estrellarse. Entre tanta oscuridad aún quedaba tiempo para el brillo de la luz. No la luz apestosa y podrida de Abaven, sino la luz más pura y poderosa que un corazón humano es capaz de emitir.

EL CORAZÓN DE CHEEKA

Horsa decidió parar unos minutos. Apoyó el extremo del azadón en la tierra recién arada y puso las manos en el mango de madera, sobre las que descansó la cabeza. Inclino el torso sintiendo que los músculos de la espalda se le distendían. Soltó un suspiro y miró hacia atrás, a la casa. Vio a su madre, que lanzaba las semillas a los surcos que él llevaba abriendo desde que el sol había salido.

La tierra era buena y la ligera humedad que presentaba gracias a las aguas freáticas que corrían por la zona facilitaba tanto su trabajo de preparación como el crecimiento de la cosecha. Nunca habían tenido hambre y, pese a que su familia trabajaba muy duro, ni a él ni a ninguno de sus cuatro hermanos les había faltado nada.

Saludó a su madre con la mano y secándose el sudor de la frente empuñó de nuevo la herramienta, retomando el ataque sobre la tierra. No había dado ni cinco golpes, cuando la pequeña Mariola se acercó correteando. Apretaba con fuerza su muñeca de trapo contra el pecho y era seguida por el cachorrito que había nacido hacía escasos dos meses. Al ser la más joven de todos, recibía continuas atenciones y ella se preciaba de ello, buscando siempre besos y abrazos que la hicieran sentirse, en todo momento, como una reina.

—¡Horsa! —dijo con un gritito infantil—. ¡Hoy he aprendido la «o»!

Él la miró sonriendo. Sus padres se habían empeñado en dar a todos sus hijos una educación, por mínima que fuese, y dedicaban parte de sus ganancias al jornal con el que pagaban a un maestro de Palomar, el pueblo cercano, para enseñarles a leer, escribir y algunos otros fundamentos educativos. A diferencia de Josán y Viretea, tanto Horsa como Salvia habían querido seguir más allá de lo básico y continuaban intentando incrementar sus conocimientos cuanto podían, estudiando los libros que el maestro les prestaba. Por lo que parecía, dada la ilusión que mostraba cuando aprendía algo nuevo, Mariola llevaba el mismo camino.

Era posible que, al final, no fuera más que un campesino toda su vida como su padre, pero le daba igual. Disfrutaba leyendo sobre los tiempos pasados, sobre el mundo y sobre lo que otros antes, mucho antes que él, habían pensado, y su imaginación se desbordaba al saber de los fantásticos viajes de Politán, las intrigas de la perversa perla del Mar Interior, la Isla de los Cancilleres, o las batallas de la Era Antigua. No quería adquirir conocimientos por medrar en la vida, sino por el simple afán de tenerlos.

—¡Eso es fantástico! —le dijo, arrodillándose junto a su hermanita—. ¿Es así, verdad?

Había dibujado, con el dedo, una «e» en el suelo y la niña lo miró hinchando los carrillos, como ofendida.

—¡No, tonto! ¡Eso es una «e»!

Horsa la miró. Volvió la vista hacia el suelo. La miró de nuevo.

—Pues es verdad —dijo, ahogando la risa—. ¿Cómo es?

Con no poca dificultad, Mariola hizo un círculo tembloroso en la tierra y, al removerla, una lombriz rosada surgió de entre el negro suelo.

—¡Ay! ¡Qué asco!

—No, Mariola —le dijo su hermano cogiéndole la mano, pues la niña estaba a punto de aplastar al gusano—. No debes hacerle nada.

—¿Por?

—¿Te ha hecho algo? —le preguntó— ¿Te ha atacado?

—No.

—Pues entonces déjala vivir. ¿Ves? Ya se esconde de nuevo bajo tierra. Ahí tiene su casa. ¿Te gustaría que llegase un gigante y te aplastara aunque no le hubieras hecho nada?

—No, no —negó con infantil vehemencia.

—Lo mismo a la lombriz, Mariola. Piensa siempre en lo que no querrías que te hicieran, y no lo hagas tú nunca a otros.

—Entiendo. —Se limpió la tierra en el vestidito azul.

Con la mente ya ocupada en otra cosa, Mariola se alejó dando pequeños brincos y Horsa la miró alejarse sonriendo. Quizá era un poco pronto para enseñarle las ideas que Samnang tenía sobre el mundo y lo que en él habita.

Reemprendió el trabajo de forma tan mecánica que ni siquiera tenía necesidad de mirar hacia el suelo; fijó la vista en el lejano bosque que se erguía en los límites de los campos que eran de la propiedad de su familia. Los altos árboles, algo más pequeños que sus congéneres norteños pero igual de impresionantes por su grosor y tamaño, se levantaban como centinelas de nudosa corteza y frondosa copa. Una buena cantidad fue talada en tiempos de su abuelo, el primer miembro de la familia que obtuvo licencia de explotación de esas tierras, con el fin de despejar el suelo y poder plantar los variados cultivos que mantenían a los habitantes de la casa: trigo, cebada, lentejas, zanahorias, coles, tomaters, e incluso un par de perales y algunos manzanos proporcionaban una variada dieta a la familia, complementada con los huevos de las ponedoras en el corral trasero y la leche de unas cuantas

ovejillas que suponían, además, una fuente de divertimento para la pequeña Mariola, que jugaba con las apacibles criaturas.

Era una vida tranquila, sosegada y hermosa.

Horsa no la cambiaría por nada.

La hora de la comida pareció llegar más pronto de lo habitual debido a lo enfrascado que estaba en sus tareas, y la campana sobre el pozo con la que su madre avisaba que la mesa estaba puesta le produjo un pequeño sobresalto. De camino a la tina en la que se lavaban antes de entrar en la casa, se quitó la camisa revelando su torso esbelto, bronceado y carente de vello dada su juventud, pues contaba tan solo con diecisiete veranos. Se soltó la cuerda con la que ataba su largo pelo moreno en coleta y este se desparramó por su espalda, al tiempo que se inclinaba para introducir la cabeza por completo en el agua limpia y refrescante que se llevó todo rastro de sudor y tierra de su piel.

—¡Vamos, Horsa! —le recriminó Josán, que había llegado hasta él—. ¡Que da asco lavarse con eso que dejas!

Horsa rio y salpicó con una buena palmada de agua a su hermano. Era más bajo que él, un tanto regordete y de pelo castaño, muy corto, con una expresión en el rostro de continua diversión, como si supiera algo muy gracioso que los demás no.

—¿Qué más te da a ti? —le dijo, aún riendo—. ¡Si ni siquiera has sudado!

—¿Me llamas vago? —Josán se ofendió con teatralidad—. Lo que hay que oír...

Uno de los perros de la familia había llegado al escucharles y apoyaba sus patas en el borde de la tina, mirándolos y meneando el rabo con energía.

—¿Y por qué no dejáis de hacer el tonto, que tengo hambre? —Salvia se unió a los dos hermanos, con un capazo lleno de hermosos tomates en el costado. También castaña, pero mucho más delgada que Josán, era la segunda hija del matrimonio de Oluko y Uzoma, la voz de la cordura y la seriedad entre los cinco hermanos. Ambos parecieron avergonzados, aunque se miraron con expresión cómplice, y se lavaron en silencio.

Para cuando se sentaron a la mesa, el resto de la familia les estaba esperando y todos escucharon con atención las palabras de agradecimiento a la Madre Diosa que pronunció Uzoma. Descendía de una familia seguidora de las prácticas animistas de los Chidiebube, una congregación religiosa con escaso número de practicantes; existente tanto en Vetero como en Lorry, se

caracterizaba por su talante respetuoso para con los demás y personificaba las fuerzas elementales de la divinidad en el mundo. En esa fe, las mujeres de la familia eran las encargadas de officiar unos ritos que, por otro lado, eran bastante sencillos, centrados en la gratitud. Horsa había leído en un tomo sobre teología comparada que su origen era muy antiguo, tratándose quizá de una de las religiones más viejas del mundo y que hundía sus raíces en las prácticas de subsistencia de los pueblos primitivos. El muchacho, habiendo examinado la religión Chidiebube desde una perspectiva racional, estaba bastante a gusto con la misma, pues creía que se encontraba cercana a los pensamientos de los filósofos que más respetaba.

La comida transcurrió entre risas, y su padre contó que en su visita semanal al pueblo había estado hablando con un buhonero que le dijo que al día siguiente partiría hacia la capital con la intención de vender algunas cosas, así que le hizo una lista de necesidades, por ver si le podía conseguir algo de ello.

El postre, un delicioso pastel relleno de confitura de arándanos, fue recibido con alborozo y no quedó ni una miga, llenando los estómagos de todos los miembros de la familia por encima de sus capacidades, así que se arrellanaron en sus asientos palmeándose la tripa y se dispusieron a pasar una tarde agradable y tranquila, puesto que todos habían cumplido sus tareas por la mañana.

Mariola jugó con Viretea, y las dos pequeñas pronto se sumieron en su mundo de amiguitos de trapo, mientras Salvia y Horsa se enfrascaron en sendos libros. Josán prefirió echar unas partidas de shikess a tres con sus padres y el tiempo comenzó a discurrir lánguido, apacible, en casa de los campesinos.

Poco antes de anochecer, cuando sus padres ya se habían puesto a preparar la cena, Horsa salió para asegurarse que las puertas de las cercas estaban cerradas y así evitar que ningún animal escapara. Se había levantado un ligero viento proveniente de los Montes de las Nubes que hizo descender la temperatura, provocándole escalofríos. El viento, no obstante, parecía arrastrar algo más, un sonido como un tenue gemido lejano. Las copas de los grandes árboles se agitaban, temerosas, y Horsa no pudo evitar sentirse inquieto.

Se encaminó de inmediato hacia la seguridad hogareña pero, a medio camino, interrumpió la marcha porque de entre los troncos vio surgir unas

siniestras figuras que se acercaron, como lúgubres polillas atraídas por las luces de las ventanas de la casa.

Se quedó paralizado, contemplando con fascinado horror las criaturas no del todo humanas que iban hacia él con pasos largos y rápidos, enarbolando amenazadoras espadas pero sin prorrumpir un solo sonido. Serían unos treinta, y Horsa comprendió que su objetivo era arrasar la casa. Sin poder imaginar qué podría haberlos llevado hasta el confín del reino de Lorry, gritó para alertar a su familia:

—¡Padre! ¡Madre! —Corría a toda velocidad hacia la puerta, pero le pareció estar avanzando sobre melaza—. ¡Padre! ¡Madre!

Josán apareció en el umbral, con gesto confundido.

—¿Qué...?

La pregunta de su hermano quedó en el aire cuando se fijó en la marea de asesinos que se acercaba a toda velocidad. La cabeza de la pequeña Mariola se asomó, refugiada tras las piernas de Josán. La visión de las criaturas les produjo ese tipo de horror que se prende al espinazo con tal fuerza que imposibilita tomar una decisión consciente aunque de ella dependa la vida.

—¡Meteos en casa! —gritó Horsa sin interrumpir la carrera, y Josán, por fin, reaccionó empujando a la niña para dentro.

Sin embargo, la velocidad de las criaturas, de esos humanos deformes y horripilantes, era antinatural. Parecía que avanzaran tan rápido como un caballo al galope y Horsa entendió que no iba a llegar a tiempo al refugio que le ofrecía la casa, que le interceptarían y le matarían sin compasión, así que giró en redondo y comenzó a correr en dirección opuesta. Sentía el corazón palpitando con tal fuerza que parecía le fuera a atravesar el pecho, pero obligó a sus piernas a continuar, una zancada tras otra, hacia el pequeño pajar familiar donde al menos podría armarse con algún apero.

Entró en tromba, cargando con el hombro para vencer la resistencia que ofrecían las bisagras oxidadas de la puerta y, respirando con agitación, se dirigió hacia los utensilios de labranza, asiendo con firmeza un rastrillo. El tacto de la madera del mango le reconfortó y se colocó frente a la puerta del pajar, escuchando a una gallina a su espalda que cloqueaba ofendida por haber sido despertada.

Le llegaban, ahogados por la distancia y las paredes, gritos y ruidos de lucha, y las lágrimas comenzaron a asomar a sus ojos pensando que su familia estaba muriendo bajo los filos de los... ¿bandidos? No sabía qué eran. No se había fijado en los detalles, o no quería reconocer lo que había visto,

pero le parecía que...

Y entonces, uno de ellos apareció ante él. Era un hombre gordo, de piernas recias como troncos y brazos gruesos, uno de los cuales caía inerte a su costado, apenas unido por un jirón de carne. Y su cara... Una de las cuencas oculares estaba vacía, un oscuro agujero rodeado de carne purulenta, y presentaba una boca cuyo labio inferior había sido cortado, mostrando unas encías enfermizas de las que colgaban unos dientes amarillentos y podridos. Horsa gritó de terror y sintió que el sudor mojaba a raudales sus manos, haciendo que el rastrillo resbalara.

Comenzó a retroceder poco a poco.

La gallina, como reconociendo el horror que se acercaba, había enmudecido.

El monstruo avanzó con lentitud entonces, como regodeándose en el terror de Horsa.

Sacando presencia de ánimo de lo más hondo de sí, el muchacho agitó su arma improvisada hacia delante, proyectándola contra el torso de la criatura, pero esta la hizo a un lado con facilidad mediante un golpe de su espada. Horsa lo intentó una vez, dos veces más, con idéntico resultado y siguió retrocediendo sin darse cuenta, hasta que sus pies tropezaron con algo, una herramienta, un saco, algo..., y cayó de espaldas, sintiendo que el aire se le escapaba de los pulmones por el golpe.

La boca del ser se abrió y levantó su espada dispuesto a descargar un tajo mortal sobre Horsa, que cerró los ojos temblando al saber que su corta vida tocaba a su fin.

Sin embargo, el golpe no llegó nunca.

Oyó un grito, un grito de mujer, y se atrevió a entreabrir el ojo izquierdo con la mano aún levantada frente a sí en un acto reflejo de intentar parar el golpe. En el centro del pecho del monstruo había aparecido, como salida de la nada, la punta de una espada que lo había atravesado de parte a parte.

La criatura miraba con gesto sorprendido, comenzando a girar la cabeza hacia atrás, pero otro filo centelleó y se hincó en su rostro, destrozándole los dientes y abriéndose paso por su garganta hasta arañar la parte posterior del cráneo. Las dos espadas salieron del nauseabundo cuerpo, que trastabilló, y un nuevo tajo descendió con brusquedad contra su cráneo, que lo partió en dos con limpieza.

El monstruo cayó al suelo, inmóvil.

Horsa estaba vivo. Sintió un profundo agradecimiento hacia quien fuera

que le había salvado. Por un extraño azar, los últimos rayos de sol entraban por la puerta del pajar en un ángulo tal que creaban un halo anaranjado y hermoso en torno a la grácil figura que le tendía la mano para ayudarle a levantarse, y Horsa contempló la esbelta silueta femenina con enorme admiración, sin darse cuenta que estaba preguntándole algo hasta que lo repitió:

—¿Estás bien, chico? —le decía con lo que le pareció era la voz más hermosa que había oído nunca, y no reparó en que, en realidad, ella no debía ser mucho mayor que él, una mestiza de facciones que resultaban algo endurecidas por sus pómulos angulosos, de grandes ojos marrones que lo miraban con preocupación, labios llenos y rojos como fresas y pelo abundante, recogido en una coleta alta.

—Gracias, señora —fue por fin capaz de articular mirándola agradecido, sin poder apartar la vista de esos ojos que le habían atrapado.

Ella movió la mano que aún tenía tendida, indicándole que se incorporara, y Horsa la cogió, una palma dura, algo callosa por un abundante uso de la espada, fuerte y decidida, que le provocó un escalofrío de placer. Nunca, nunca antes debido al aislamiento en el que vivían, había tocado la mano de una mujer que no fuera de su familia. Se levantó ayudado por el brazo de ella, fuerte pese a su delgadez, y bajó la vista azorado cuando le sonrió.

—Hemos llegado justo a tiempo —dijo.

—¿Mi familia? ¡Mi familia!

Se daba cuenta entonces que no era el único que corría peligro, y comenzó a dirigirse hacia la salida del establo, seguido por ella, que dijo:

—No te preocupes. Mis amigos habrán acabado con todos.

En efecto, la zona frente a la puerta de la casa era un hervidero de actividad, pero de la que tiene lugar tras las batallas. Una partida de veinte mujeres y hombres, negros y mestizos, cargaban los cadáveres de las criaturas de ansias asesinas que habían salido del bosque, amontonándolos en un extremo para ser incinerados según dijeron. Sus padres, con expresión de profundo agradecimiento, conversaban con un par de guerreros, una mujer alta y delgada de facciones duras, y un hombre con aspecto cansado, sentado en la bancada de piedra que había junto a la puerta.

—Somos los Látigos Libres —le dijo la mujer mientras se encaminaban hacia la casa—. Yo soy Cheeka.

Horsa pestañeó, mirándola sin saber qué hacer. Cuando vio que ella clavaba sus hermosos ojos en él, supo que estaba esperando una respuesta.

Se sintió como un estúpido.

—Sí, perdona... Yo... Yo me llamo Horsa.

—Encantada, Horsa. —Le tendió de nuevo la mano y él se la entrecrocó nervioso, con el corazón de nuevo palpitante, tan mal que sus dedos pulgar e índice atraparon la muñeca de Cheeka, viéndose obligado a retirarla de inmediato, avergonzado.

Valiente tonto estaba demostrando ser, más cercano al bufón Patafloja que al cortés Lisandro de sus lecturas.

Cheeka, sin embargo, pareció no tomárselo en cuenta y se desvió al llegar junto a sus compañeros, subiéndose el pañuelo hasta tapar las fosas nasales y comenzar con la tarea de limpieza de los cadáveres.

—¡Hijo! —Uzoma, su madre, se le echó en brazos y le cubrió de besos, provocando cierta vergüenza en Horsa, por si Cheeka estaba mirando, y la separó con algo de brusquedad.

—Estoy bien, madre. Estoy bien.

—Estos —le dijo su padre— son Dekka y Enu. Les debemos la vida.

—Hemos llegado en el momento justo —decía Dekka, con voz grave, muy seria—. Perseguíamos a esta partida desde hacía días, y hasta ayer mismo no obtuvimos un rastro claro de ellos. Ha habido suerte.

—La suerte ha sido nuestra —la corrigió Uzoma—. Si no hubieran estado aquí...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer, aún no curada del espanto que suponía haber estado a punto de morir y, lo que era peor, ver morir a sus hijos. Hijos a los que, por fortuna, oía hablar en el interior de la casa.

—¡Mamadou! —gritó Dekka, y un gigante de piel de ébano se acercó con pasos largos y poderosos. Todos vieron que en su brazo derecho había un profundo corte que sangraba en abundancia, salpicando el suelo.

—Dime.

—¿Es que no sabes decir que estás herido? —le preguntó la que parecía ser la jefa.

—¿Esto? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Esto no es nada.

—Ya. Que te lo venden de inmediato si no quieres que se te infecte. No me gustaría tener que mandar que te corten un brazo por la gangrena.

Mamadou rio con ganas, una risa profunda y estentórea que, sin saber por qué, contagió a Horsa de buen humor.

—Puedo ocuparme —dijo, con voz animada, como si el horror previo hubiera sido espantado por las carcajadas del gigantón—. He leído algún

tratado de medicina... y me encargo de las heridas de los animales que tenemos.

—Buena idea —dijo Enu, golpeando con camaradería el hombro de Mamadou—. Curar a este fortachón es como curar a un buey. Igual de grande y tonto.

La broma fue bien recibida por el aludido, que se rio a coro, y sus risas subieron hacia el cielo ya oscurecido, a la vez que el humo procedente de la pira en la que las blasfemas criaturas estaban siendo quemadas.

—Quizá podrías echar un vistazo también a esto.

Cheeka se había acercado hasta ellos escuchando lo que Horsa decía, y este se sobresaltó volviendo a sentir un sudor frío cuando la oyó. Se giró hacia ella, que se había quitado la cota de cuero que le protegía el torso y subido parte del jubón, enseñando una fea herida en el costado que había sido cosida con puntadas no muy certeras y que rezumaba sangre por haberse soltado algunos puntos.

—Eh, sí, claro, por supuesto. —El muchacho, incapaz de desviar la vista de la hermosa piel de Cheeka, no acertaba a poner orden en sus pensamientos. Por fortuna, Dekka se metió en la conversación, abroncándola:

—Te dije que esos puntos eran una basura. Te lo dije.

—Para ser mi primera vez, no están mal. —Cheeka sonreía, mostrando unos dientes pequeños y blancos.

—¿Te cosiste tú misma? —preguntó atónito Horsa.

—Sí. ¿Qué opinas? —inquirió, deseosa de lograr un apoyo frente a su lideresa.

—Yo... Están bien —respondió Horsa, mirando a una y otra, sintiéndose un pececillo entre dos redes—. Es decir, para hacerlo uno mismo, están bien, sí...

—Ya, pero se han abierto —replicó Dekka—. Se acabó, Cheeka. Mamadou y tú vais a estar de baja hasta que os recuperéis por completo. —Cheeka iba a protestar, pero fue interrumpida antes de poder decir nada—. Y es una orden.

—Tú eres la jefa —se rindió.

—Permítame, señora —dijo entonces Oluko, el padre—. Sería un honor para nosotros que descansaran en nuestra casa. Tenemos sitio para alojarles, y mi hijo estará más que orgulloso de proporcionarles los cuidados médicos necesarios...

—Sí, así es. —Horsa ardía en deseos de seguir viendo a Cheeka un tiempo más, antes que reemprendieran el camino a... allá donde fuera.

Deka miró al hombre, calculando, y luego a Enu, que se había dedicado a afilar la espada. Este se encogió de hombros.

—Señor —dijo la jefa de los guerreros—, hay algo que debe saber. Usted y toda su familia. El reino de Lorry no existe ya.

—¿Perdón? —preguntaron los padres casi al unísono.

—Hay un mal terrible, un ejército poderoso compuesto de... esas criaturas. —Deka señaló hacia la pira que crepitaba y desprendía un hedor que, por fortuna, el viento arrastraba lejos de la casa—. Su señor se llama Abaven.

—¿Abaven? —le tocó el turno entonces a Horsa de expresar su incredulidad, no sabiendo cómo entender lo que estaba escuchando.

—Así se hace llamar. Es... dejémoslo en que es alguien poderoso y cruel. —Deka prefirió obviar los detalles más increíbles—. Ha conquistado la capital de vuestro reino y se ha instalado en ella, vertiendo una luz sobre Lorry que marca la extensión de sus dominios. Las zonas más alejadas del centro, como la vuestra, son las siguientes en su conquista, y esa partida —concluyó, volviendo a indicar la pira— eran sus efectivos para llevarla a cabo.

—Pero —protestó Horsa—, esos no eran soldados normales.

—No, no lo son —asintió Enu sin levantar la vista de su espada, al tiempo que la piedra de afilar provocaba un leve chirrido y arrancaba chispas del acero.

—¿Es que acaso es un ejército de muertos?

Todos callaron ante la pregunta de Horsa. A él mismo le pareció algo muy ridículo cuando lo expresó en voz alta, pero al recordar la figura que le había atacado en el pajar, en cómo no había proferido un solo gemido cuando Cheeka lo atravesó con sus armas... No podía dejar de pensar en que había algo sobrenatural en todo ello.

Sin embargo, el curso de sus pensamientos descarriló por completo cuando Cheeka, como quien juega con un amigo de la infancia, la pasó su brazo por el hombro, diciendo:

—¡Este muchacho sabe lo que dice!

Horsa sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas y farfulló algo que quiso sonar como «no soy un muchacho» que, sin embargo, no fue oído por nadie, porque seguían hablando de Abaven y del fin de Lorry.

—Por ahora —continuaba Deeka—, están a salvo, pero la luz de Abaven llegará hasta aquí y será mejor que se hayan ido para cuando eso pase.

—Pero... —protestaba Oluko cariacontecido—. Abandonar nuestras

tierras..., nuestra casa...

—Me temo que es así, señor —le intentó consolar Deka—. Sé lo difícil que es tan solo pensar en ello, pero de lo contrario, toda su familia será masacrada.

—Y lo que es peor —dijo con tono sombrío Enu—, se levantarán como miembros del ejército de Abaven.

Las palabras, de tan ominosas, provocaron un silencio incómodo que Deka decidió romper volviendo al tema de los heridos:

—Con esta victoria hemos ganado unos días, así que podemos aceptar su amable ofrecimiento, señor. Pero les aconsejo que, en cuanto Cheeka y Mamadou tengan sus heridas sanadas, viajen con ellos al sur, hacia nuestro campamento.

Horsa, en su fuero adolescente, sentía un grato calor al margen de todo el miedo que había sentido y de lo que estaba escuchando, un sentimiento que le desbordaba dejando atrás toda tiniebla. Miró a Cheeka mientras se alejaba hacia otro de sus compañeros de batalla dando ágiles y largos pasos, observando su cimbreante figura, algo huesuda por las raciones de campaña que debía consumir en el camino pero tan atractiva como para hacer que la pasión atenazara su garganta y tuviera que carraspear varias veces hasta que consiguió, por fin, asentir ante lo que le decía su padre sobre preparar una de las habitaciones para los dos guerreros.

Pese a lo que había visto ese día, Horsa se sentía, extrañamente, feliz.

Terminó de vendar el enorme brazo de Mamadou. Era tan musculoso que había tenido que utilizar varias gasas para limpiar, cortar la hemorragia y cubrir los puntos. La herida era escandalosa, pero en realidad no había afectado ningún músculo o tendón por lo que no había peligro de pérdida de movilidad.

—Esto ya está —anunció, levantándose de la cama donde el gigantesco guerrero reposaba con una expresión bobalicona por los efectos de las gotitas de laúdano que había tomado a fin de evitar el dolor de la cura. Miró hacia Cheeka, en la otra cama, y se dirigió hacia ella. Tragó saliva al ver a la mujer tendida con la camisa subida hasta la mitad del torso, la tela apelonada en torno al nacimiento de sus senos.

—No necesito laúdano. —Cheeka señaló la redomita que llevaba en la mano.

—Bien —dijo él—. Tampoco creo que te haga mucho daño en esa zona.

—¿Ahí? Más bien cosquillas.

Él rio la ocurrencia. La herida estaba en el costado, en esa zona en la que la mayoría de la gente suele retorcerse de risa cuando se toca.

—Intentaré que no —dijo.

—Mejor eso que llorar. —Cheeka lo miraba con ojos que parecían traspasarle, como evaluándolo.

—Sí. Es cierto.

En silencio, Horsa volvió a unir la carne herida y aplicó su aguja con mucho cuidado, rozando con las yemas de sus dedos la piel de Cheeka, deseando besarla y teniendo que concentrarse en la tarea para evitar parecer un tonto acalorado. No pudo evitar, no obstante, que su aliento cayera sobre ella al acercarse a su torso para morder el hilo de sutura y cortarlo. Cheeka se removió un poco, pero no dijo nada.

—Bien, ha sido fácil. —Se levantó de forma tan brusca que la sangre se le agolpó en la cabeza—. Mañana saldré a buscar unas cuantas hierbas que vendrán bien para la herida de Mamadou.

—¿Tienes que ir muy lejos?

—Al bosque... del que salieron esas cosas.

—Entonces te acompañaré —sentenció Cheeka, semiincorporándose.

—Oh, no tengo que adentrarme mucho. —De inmediato se arrepintió de haberlo dicho.

—Insisto, Horsa. —El muchacho casi suspiró de alivio—. No quiero que te pase nada.

Aunque lo dijo como si fuera la obligación de proteger que un guerrero tenía para con alguien como él, Horsa lo agradeció, deseoso de poder estar con ella.

Cuando salió de la habitación, cerrando despacio la puerta, Cheeka se fijó en que la vidriosa mirada de Mamadou estaba clavada en ella, los labios estirados en una anchísima sonrisa burlona.

—¿Qué? —le preguntó, algo molesta.

—Tienes al chico comiendo de la palma de tu mano.

—¿¡Y tú qué te sabrás, zopenco!?

—Je... Hace falta mucho más láudano para que esté tan drogado que no vea lo que pasa delante de mis narices. Y me da a mí que te parece majete, ¿no?

—¡Oh, cállate! —zanjó Cheeka, lanzándole una almohada a la cabeza con gran puntería.

Aunque tenía que reconocer que Mamadou tenía razón. Horsa era un chico muy agradable y tierno, y le había gustado sentir sus dedos mientras le cosía...

El bosque a la luz del día era mucho menos ominoso que la noche anterior, cuando habían salido de sus entrañas los repulsivos siervos de Abaven. Cheeka contemplaba anonadada los enormes troncos de firme corteza y los golpeaba con la empuñadura de la espada, comprobando que no les hacía ni una simple melladura.

—Se les llama árbolpiedra —explicó Horsa—. Son parientes enanos de los que hay más al norte, según he leído.

—¿Enanos? —Cheeka abrió los ojos sorprendida—. ¿Cómo son los otros? ¿Como montañas?

—No sé, la verdad. Nunca los he visto. Jamás he ido más allá de Palomar, y solo he estado en el pueblo un par de veces.

—Ya veo —dijo Cheeka, contemplando la expresión soñadora que había aparecido en el rostro de él—. Puedo contarte cosas de otros lugares, si quieres.

Horsa miró a Cheeka y vio en ella dulzura, pero no como la que su madre o sus hermanas le demostraban, sino algo diferente, algo hermoso y temible a un tiempo.

—Me encantaría, Cheeka.

Y ella empezó a hablarle del Rastrillo, de Dorado, del Golfo del Mar Calmo, de todos aquellos lugares en los que había estado, pero obviando los detalles más desagradables y violentos: los relativos a la esclavitud, a la lucha, a la muerte que ella había presenciado e incluso dispensado. Se sintió bien allí, en medio del bosque, con los rayos de luz filtrándose por los resquicios que dejaban las hojas verdes y calentaban su piel, escuchando los trinos y gorjeos de los pajarillos refugiados en esas mismas ramas. Por primera vez en mucho tiempo, estaba incluso en paz y, cuando Horsa se agachó a recoger los hongos que estaba buscando para hacer una cataplasma antiséptica, ella se arrodilló junto a él y adelantó sus manos, rozando las del muchacho con sus dedos, con suavidad y delicadeza, notando el temblor en su piel.

Ambos se miraron y las respiraciones comenzaron a acelerarse en ese momento de duda que precede al primer intento de acercar los labios pero, como atraídos por una fuerza irresistible, las bocas de ambos se juntaron en

un beso tierno, breve y casi infantil.

—Yo... Es la primera vez que beso a alguien... así —dijo Horsa, cuando se hubieron separado.

Ella le puso el índice en los labios y le echó los brazos al cuello, atrayéndolo hacia sí con toda la fuerza que poseía su esbelto cuerpo, desequilibrándolo y haciéndolo caer a tierra. Ella se tumbó junto a él, ignorando el gemidito de dolor que Horsa lanzó al haberse clavado una raíz en el costado, y tomó la iniciativa besándole de nuevo, introduciendo poco a poco la lengua por entre sus labios anhelantes, acariciándole el pecho que, por efecto del duro trabajo campesino, era firme y musculado. Sintió que él, por fin, reaccionaba pasando las manos por su espalda, su cintura, su pelo. Aunque inexperto y un tanto torpe, a Cheeka le plació su pasión aún por completo adolescente, la de alguien que no ha sido golpeado por la maldad de la vida y que quiere disfrutar de un gozo nuevo.

Hicieron el amor de forma suave y pausada. Cheeka guiaba el proceso y, mientras yacían una al lado del otro desnudos, la guerrera entendió, quizá por primera vez en su vida, lo que era la dicha.

Una semana después, la familia de Horsa miraba hacia atrás con una honda pena en los corazones. Dejaban abandonada la casa y los campos que durante años habían trabajado ellos y los que llegaron antes, pero habían comprendido que no tenían otra alternativa si querían seguir vivos. Viajarían con Cheeka y Mamadou hacia el sur, más allá de los Montes de las Nubes para llegar al campamento que los Látigos Libres habían instalado como cuartel general de operaciones, desde el que lanzaban ataques continuados contra Abaven en Lorry, tal y como había planeado Baako.

Esos días habían sido, pese a la funesta sombra que se cernía en el horizonte, un período de felicidad para Cheeka y Horsa, que rieron y disfrutaron juntos sin perder un solo momento. El amor inflamó sus corazones y ambos, neófitos en tal sentimiento, aprendieron lo que era a base de mirar, hablar y besar al otro.

Hubo momentos para el regocijo, pero también para el trabajo, porque Horsa enseñó a Cheeka ciertas técnicas médicas y herbolarias, le habló del campo y de la historia, y le enseñó los libros que tenía en casa, fuente de la información que compartía con ella. Por su parte, Cheeka le enseñó a luchar, a pelear con espada y lanza, y el muchacho, que quería impresionarla, evolucionó con gran rapidez y, pese a lo escaso de su entrenamiento,

Mamadou mismo reconoció que se podría desenvolver muy bien en combate.

Sin embargo, ese día era uno lleno de tristeza y los rostros de los nueve mostraban un rictus siniestro y acongojado. Junto a ellos, los dos caballos portaban unas jaulas de mimbre con las gallinas en su interior, mientras que el resto de animales de granja encordados les seguía con gesto confuso, sin entender por qué debían dejar su plácida casa. Los perros trotaban a su alrededor meneando el rabo, como si quisieran alegrar el ambiente.

—Es duro, lo entiendo —decía Cheeka al padre de Horsa, en un intento de consolarlo.

—Lo importante —reflexionó él— es seguir vivos.

—Sí. —Cheeka se hundió en pensamientos pasados, no queriendo añadir nada. Ella también, como muchos de los esclavos del Rastrillo, había sufrido el desarraigo, el ser separada de su familia, de sus amigos... Comprendía lo que sentía.

—¿Estás bien? —le preguntó Horsa, poniéndose a su lado.

—No pasa nada. Son... recuerdos. Esto me trae recuerdos.

Él le cogió la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Quieres contármelo?

—Mejor no, Horsa —respondió, negando con la cabeza y sonriendo con tristeza—. Es el pasado y ya no importa. Se fue para no volver.

Zanjando el asunto, plantó un beso en la mejilla de Horsa y este no insistió.

El viaje les llevó cuatro días, puesto que Cheeka y Mamadou conocían los pasos que discurrían por entre las Montañas de las Nubes más apropiados para cada caso y eligieron el más rápido para atravesarlas. Situado en el borde del desierto de Milaján, el campamento de los Látigos se había convertido en una pequeña ciudad que tenía su núcleo original en un recinto fortificado con empalizadas de madera que protegían una serie de tiendas y barracones para albergar a los efectivos que no estaban en campaña en ese momento. Además de los miembros de los Látigos, numerosos civiles se habían ido incorporando al lugar conforme las misiones de los guerreros rescataban a las gentes de Lorry que aún no habían caído bajo el yugo de Abaven. Las advertencias que les daban eran demasiado temibles como para obviarlas, así que muchos, al igual que la familia de Horsa, habían acabado abandonando su hogar para recalar ahí, ofreciendo sus servicios pues todos contaban: los carpinteros cuidaban de las protecciones y elaboraban flechas y astiles para las lanzas, los herreros fabricaban herraduras y espadas, los simples

campesinos producían lo que podían aún en tierras tan agrestes, y otros formaban parte de la caravana que les unía con Dorado, desde donde llegaban vituallas y pertrechos por gracia de Horacio, el dueño de La moneda de cobre.

Enu los recibió con grandes abrazos, complacido del buen término de su viaje.

—¿Y Deka? —le preguntó Cheeka. Era extraño verlos separados.

—Hum. Por ahí —contestó con distracción, y ella pensó que quizá hubieran discutido. Recordaba un tiempo en el que esos dos eran como Horsa y ella, siempre con carantoñas y arrumacos. Desde la durísima incursión en Fauces del Golfo, cuando ambos fueron heridos de gravedad, parecía que una sombra hubiera nublado su relación.

—¿Dónde los instalo? —preguntó refiriéndose a sus acompañantes.

—En la tienda de Osés. Por ahora, servirá.

—¿Está en una misión?

—Sí —respondió Enu—. Salió hace tres días y no se espera que llegue antes de otros seis, así que podrán estar ahí hasta que se les encuentre un sitio definitivo.

Cheeka se giró hacia la familia y se lo comunicó, excusándose porque durante unos días tendrían que apiñarse en una tienda pensada para, como mucho, tres personas. Ellos recibieron la noticia estoicos, sin quejas, y la siguieron por entre el batiburrillo de barracones que, con todo, presentaban un esquema ordenado a modo de callejones que transcurrían entre ellos para permitir el paso.

—Puedes venir a mi tienda, si quieres —le dijo Cheeka, en voz baja, a Horsa.

—No, gracias —contestó agradecido, pero resuelto en su negativa—. Mi sitio está junto a mis padres y hermanos. Cuando tengan otro lugar donde estar..., ya veremos.

—Pero si vienes conmigo —insistió ella, apartando con suavidad a un niño que jugaba con una pelota de trapo en mitad del camino—, tus padres estarán más cómodos.

Horsa pareció considerar la cuestión, aunque volvió a oponerse:

—Quiero estar junto a ellos. Han perdido su casa, sus campos, todo. Necesitan que todos sus hijos estén con ellos.

—Tienes un gran corazón —se rindió por fin Cheeka, mirándolo con cariño—. Por eso te amo.

El muchacho iba a contestarle lo que él también sentía, pero Mamadou, con su potente vozarrón, requirió la atención de todos ellos al gritar:

—¡Maldito mentecato! —De un par de grandes trancos, se plantó frente a un joven espigado y alto, casi tan alto como él, que puso sus brazos en jarras. Horsa miró a Cheeka un tanto asustado en previsión de una posible pelea, pero ella rio y le indicó con la cabeza que no había nada que temer.

Los dos guerreros se abrazaron con afecto, palmeándose las espaldas con tal fuerza que parecía fueran a partírselas, y empezaron a hablar en un dialecto rápido, cantarín e incomprensible.

—Son amigos de Casasgrandes, la ciudad donde vivieron hasta que...

—Donde eran esclavos —entendió Horsa.

—Eso es.

—No hemos hablado mucho de eso —comenzó él, pero Cheeka comenzó a andar cabizbaja y entendió que era un tema tabú, que no quería recordarlo. Por respeto, lo dejó estar.

Tal y como Cheeka había dicho, la familia tenía que apretujarse para poder siquiera caber en la tienda. Los animales fueron llevados a un corral comunal, marcados con anillitas o pintura en sus lomos para indicar sus propietarios; también los escasos enseres almacenados en un gran barracón a las afueras del fuerte se etiquetaron. Cheeka volvió a excusarse, prometiendo que la incomodidad sería temporal, y los padres se ofrecieron a hacer lo que fuera con la mejor de las disposiciones. Cheeka no dejaba de sentir un profundo afecto por esta gente que, aún en sus circunstancias, pugnaba por seguir adelante dando lo mejor de sí mismos.

Se les asignaron tareas, a cada cual según su capacidad, pero Cheeka insistió ante Deka para que Horsa fuera un soldado de los Látigos. Tras meses de batallar, el contingente ya no solo lo formaban los antiguos libertadores de esclavos, puesto que se les habían unido aquellos que ya tenían experiencia con las armas. Él manifestó su deseo de luchar pues no quería que el miedo volviera a atenazarle ante una de esas aberrantes criaturas, y Deka dio su consentimiento aunque prohibió que saliera en campaña hasta que su formación se hubiera terminado.

Los días fueron pasando y la familia de Horsa, mientras este continuaba su entrenamiento militar, fue instalada en una cabaña hecha con madera y paja, como la inmensa mayoría de las que se levantaban en torno a la empalizada original, y pronto acomodaron la pequeña parcelita de terreno frente a ella para cultivar. Desde el primer momento, Oluko supo que el rendimiento de la

tierra no sería ni mucho menos el mismo que ofrecía el suelo de Lorry, pero aplicó los conocimientos que tenía para lograr que ese semidesértico suelo diera sus frutos, y creía con bastante convicción que podría lograr una cosecha en unos meses.

Horsa, por su parte, empleaba la mayor parte del tiempo en el campo de entrenamiento junto a Cheeka, que le enseñó su forma de pelear, grácil y fluida, a la que se acostumbró pronto gracias a que él era esbelto y poseía gran flexibilidad. Los dos lanzaban tajos y paraban los envites del otro riendo, escuchando el placentero repicar de los aceros y, de cuando en cuando, se revolcaban por el suelo besándose mientras los otros luchadores los miraban riendo.

Estaban enamorados, y no tenían ningún problema en demostrárselo al mundo.

Sus padres, además, contribuyeron a la felicidad de Horsa al excusarle de toda responsabilidad en el cultivo, pues con Josán y Salvia había más que suficiente para encargarse del pequeño terreno; Horsa, pues, pasaba la mayor parte del tiempo con Cheeka.

Pero una tarde, el rostro de su amada estaba triste. Sentados en una duna, mientras contemplaban la arenosa extensión que se extendía ante ellos, el muchacho pasó su brazo por la cintura de ella y le dijo al oído:

—¿Qué ocurre, mi amor?

—Mañana salgo con una partida hacia Lorry —espetó. Ambos sabían que ese día tenía que llegar, porque los Látigos estaban cumpliendo una misión más importante en el conjunto de las cosas que sus meras vidas, pero no por ello lo aceptaron de mejor grado.

—Pediré a Deka que me incluya —dijo, resuelto, Horsa.

—No será posible —le contradijo ella—. Ningún recluta de los nuevos estáis maduros como para el combate. Serías un estorbo y yo... estaría demasiado preocupada por ti como para rendir bien.

Horsa no quiso replicar. Sintió un tanto de orgullo herido cuando Cheeka le había dicho que tendría que cuidar de él, pero sabía que era mucho mejor luchadora, así que tuvo que aceptarlo.

—Quizá en la próxima —dijo con optimismo.

—Sí. —Le besó con ternura en los labios—. Quizá.

Se fundieron en un abrazo pegando sus cuerpos y sintieron el consuelo que el calor humano es capaz de ofrecer, permaneciendo así durante largo rato.

La rutina de los entrenamientos no ayudó a que el tiempo se le hiciera más corto. Horsa ardía en deseos de volver a ver a Cheeka, de abrazarla, de besarla. El nerviosismo que sintió conforme se acercaba el día que su expedición debía volver se transformó en inquietud cuando este llegó y pasó. Podría ser que un imprevisto les retrasara alguna jornada: eso solía pasar, pero Horsa intuía que algo había ocurrido.

Cuando el retraso fue de una semana, no pudo aguantar más y fue a hablar con Deka.

Se acercó a la tienda que esta compartía con Enu, pero no llegó a entrar porque oyó a los dos hablando, precisamente, sobre Cheeka y los suyos.

—Quizá es precipitado darlos por perdidos —decía Enu, con voz triste.

—Si vuelven, será la mejor noticia en meses. —Deka se mostraba firme, casi severa—. Pero por ahora, será mejor que reelaboremos todo el calendario de incursiones. Uno de los grupos de novatos está preparado para salir en campaña.

—Necesitarán un jefe.

—Dividiremos la banda de Etinole y los repartiremos.

—Podríamos salir en su búsqueda. —Enu no parecía deseoso de dar por zanjado el tema de Cheeka—. Es la primera vez que se pierde todo un grupo. Quizá estén retenidos, o se hayan refugiado, o...

El silencio reinó por unos instantes, como si Deka hubiera hecho callar a Enu, y Horsa sintió lágrimas de rabia aflorando a sus ojos. ¿Cómo podían ser tan crueles? ¿Cómo podía Deka darlos por muertos sin ninguna prueba? Las palabras de Enu eran mucho más juiciosas, esperanzadoras, y se aferró a ellas con fuerza, pensando que él tenía razón, que Cheeka estaba viva y aislada en territorio enemigo, esperando una ayuda que Deka, fría e insensible, se negaba a enviarle.

Bien, pues por él no iba a ser. Sin querer escuchar más, y sin ganas de hablar con Deka, tomó una decisión.

Él ayudaría a Cheeka.

No obstante, tenía que decir algo a sus padres. No podía abandonarlos, les debía una explicación para no partirles el corazón. Pensó que lo mejor era decirles que iba a llevar a cabo una misión encomendada por Deka, una sencilla tarea de correo a Dorado para que así no se preocuparan. Sus padres lo escucharon con tranquilidad, asintiendo. Creyó detectar una pizca de orgullo en sus ojos cuando se lo dijo.

Y temblando de emoción, antes del alba, cogió el petate que había preparado con raciones de viaje, un par de cantimploras llenas de agua, sus dos espadas de filo curvo y se dirigió a las caballerizas sintiendo el frescor que precede a la salida del sol, arrebujándose en su capa de lino verde. Se acercó a una yegua pinta que ya le conocía y le colocó la silla con sigilo; aunque los guardias centraban su atención en el exterior, más allá del perímetro del campamento de los Látigos, no quería ser sorprendido en lo que estaba haciendo; a fin de cuentas, estaba robando un caballo. Por una buena causa, sí, pero a fin de cuentas, cometiendo un delito.

Cuando dejó atrás el conglomerado de tiendas y chozas, respiró aliviado dejando que la montura cabalgara a su aire, adoptando un trote suave. Mascó un poco de pan abizcochado y se dirigió hacia el paso que, no hacía mucho tiempo, había atravesado para dejar Lorry.

Volvía a su tierra.

Pero Lorry no era la misma que había dejado atrás. Poco después de cruzar los Montes de las Nubes, le sorprendió ver que la luz del sol era sustituida por un resplandor dorado sucio que lo impregnaba todo. El paisaje resultaba lóbrego y deleznable, enfermizo, tan asqueroso que le produjo arcadas e hizo que la montura relinchara asustada. Palmeándole el cuello, intentó calmarla y, aunque no muy convencida, la yegua continuó avanzando.

Recordando lo que le habían dicho acerca del derramamiento de la luz de Abaven sobre las tierras que este dominaba, prefirió no mortificarse y desechó la idea de pasar por su antigua casa; intuyó que habría sido destrozada por la horda del Enemigo y se encaminó hacia la zona en la que la expedición perdida debía cumplir con su misión. Cheeka le había contado cuál era su objetivo; gracias a que no se encontraba muy lejos de Palomar, confiaba en no perderse y encontrar alguna pista, por mínima que fuera, del paradero de su amada.

Cabalgó durante tres días adentrándose en el reino de la muerte que era Lorry, atravesando un paraje de pesadilla, silencioso, como si hubiera sido arrancado con brusquedad del mundo y metido en ámbar. Se sintió el último ser vivo, pero no desfalleció porque, cada vez que sentía un escalofrío de terror, recordaba la hermosa cara de Cheeka y sus caricias, anhelando tocarla de nuevo, obteniendo del recuerdo nuevas fuerzas que le permitían seguir adelante.

Pero, por desgracia para él, se topó con los servidores de Abaven.

Estaba la tarde avanzada y Horsa empezaba a pensar en buscar un sitio donde pernoctar cuando escuchó unos cascos de caballo a su espalda. Por un momento pensó que quizá fueran los Látigos perdidos y se giró esperanzado, pero en seguida supuso que también podrían ser enemigos, así que miró a un lado y otro para encontrar un escondite y comprobar quién era. Hizo que su yegua se metiera entre los raquíticos y podridos arbolillos del linde del camino y desmontó, escondiéndose lo mejor pudo, adentrándose entre el muerto follaje de forma tal que esperaba no ser visto pero, al mismo tiempo, logrando campo de visión suficiente con respecto al sendero. Comenzó a pasar con suavidad la mano por la testa de la yegua para tranquilizarla y evitar así que hiciera algún ruido que pudiera descubrirles.

Sus esperanzas quedaron reducidas a la nada cuando vio de qué se trataba. Una docena de seres, similares en su repugnante aspecto a aquel que le había atacado en el pajar de su casa, montaban caballos enfermizos y grotescamente heridos. Los cuerpos de jinetes y monturas estaban hendidos por múltiples tajos, y la luz dorada que bañaba Lorry parecía más intensa en sus cuerpos, como si ellos también fueran una fuente de la misma. Los rostros eran máscaras hieráticas que miraban al frente con ojos ciegos y el único sonido era el de los cascos de los monstruosos caballos golpeando el suelo.

Hundido, Horsa bajó la cabeza y esperó a que terminaran de pasar para moverse. Estaba pensando que quizá ese mismo sitio era bueno para pasar la noche pero, por desgracia, su montura eligió ese preciso momento para lanzar un estornudo. Al muchacho le pareció que el mundo contenía el aliento y se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar.

Su temor quedó confirmado cuando los caballos del Enemigo descendieron el ritmo y pararon. Lo habían oído.

Sopesó sus opciones. Descartó de inmediato la huida porque debía adentrarse en el bosque y el terreno era en exceso desigual, lo que podría resultar en un accidente que terminaría con sus posibilidades de sobrevivir. Luchar contra tantos de esos demonios... Horsa, aunque no sentía el miedo que hubiera sido normal ante la idea, reconocía que la desventaja era abrumadora. Solo le quedaba permanecer escondido, lo que suponía tener que abandonar a la pobre yegua; acariciándole por última vez la zona de los ollares, dio una palmada en la grupa y el animal soltó un relincho y salió corriendo, llevando consigo todo su equipo salvo las dos espadas que apretó contra su pecho, ocultándose tras el más grueso de los troncos cercanos.

El tiempo pareció deslizarse con gran lentitud y Horsa comenzaba a

pensar que quizá estaba a salvo, que los enemigos habían seguido al caballo sin jinete, cuando escuchó el inconfundible ruido de pasos pisando hojarasca junto a un sonido que parecía el de un perro venteando. Se acercaban hacia él, y supo que lo habían descubierto.

No le quedaba más remedio que luchar por su vida.

Se asomó despacio, para hacerse una idea de lo que iba a afrontar sintiendo un ligero alivio cuando descubrió que iba a tener que hacer frente a solo dos oponentes, en lugar de a toda la docena. Habían desmontado para poder moverse con más facilidad entre los árboles y avanzaban con unas feas espadas cubiertas de herrumbre en sus manos. Quizá lograra despacharlos antes que los demás acudieran atraídos por el ruido del combate.

Salió de su escondite, presentando una guardia impecable con sus dos espadas curvas y se acercó poco a poco hacia ellos. Los monstruos cambiaron su rumbo y cargaron hacia él. Como siempre, sin un solo ruido que saliera de sus gargantas.

Horsa decidió concentrarse en el más alto de los dos, un hombre de piel cadavérica vestido con los restos andrajosos de un justillo de cuero, aprovechando los árboles para flanquearlo y evitar que el otro pudiera atacarle a la vez. Los aceros chocaron, levantando ecos en el preternatural silencio del bosque, y Horsa apretó los dientes por la fuerza del impacto al parar el golpe que le lanzó su enemigo. Adelantó su otra espada aprovechando que el filo de la criatura estaba trabado, en una certera estocada que alcanzó el bajo vientre; aparte de derramar unas entrañas negruzcas y malolientes, no sirvió para otra cosa.

Como bien le había explicado Cheeka en los entrenamientos, para matarlos había que lanzar golpes a lugares muy concretos, como la cabeza o el corazón. Cualquier otra herida, como mucho, solo los retrasaba.

Paró otro golpe y retrocedió un par de pasos al ver que el segundo monstruo se acercaba, dando un rodeo, por su espalda. Hizo otro barrido que obligó al más alto a parar en su acometida y dio unos pasos laterales para ponerse fuera del alcance del otro. Eso pareció confundirlos, porque la espada del que había destripado se quedó inmóvil en el aire por unos instantes, como si no supiera qué hacer, y decidió aprovecharlo entrando a fondo con el acero de su mano derecha. Impulsándola con todo su cuerpo, el arma entró en el pecho enemigo y reventó sus entrañas muertas, con lo que la tenue luz dorada que parecía manar de sus ojos se apagó y el cuerpo cayó al suelo, inmóvil.

Horsa se giró para enfrentarse al otro siervo de Abaven sin tener tiempo

para recuperar el aliento porque ya cargaba contra él, agitando su mandoble. Una, dos, tres veces, las espadas chocaron sin alcanzar el cuerpo del enemigo, y Horsa comenzó a sentir que las oportunidades de escapar se iban reduciendo, pues los otros no tardarían en llegar hasta el lugar.

Decidió que debía poner fin a la lucha y salir corriendo, así que fintó con el brazo izquierdo, engañando a su enemigo para que abriera la guardia y, con un giro habilidoso de la muñeca, lo atravesó con su otra espada. Por desgracia, lo vio en el último momento y se echó a un lado, de forma tal que el arma de Horsa entró, como en el caso anterior, en los intestinos de la criatura; ante los ojos horrorizados del muchacho, esa cosa sujetó el filo sin sentir ningún tipo de dolor pese a que el acero mordió la carne de su mano.

Con una espada inmovilizada por el propio cuerpo del ser, a Horsa solo le quedaba lanzar un golpe con el brazo izquierdo, pero su oponente se adelantó a la acción y le dio un tremendo cabezazo a costa de hundir todavía con mayor profundidad la espada en su cuerpo. Escuchó un ominoso chasquido y, cuando la sangre comenzó a manar de su nariz, comprendió que se la había roto.

Sintió un mareo repentino y se sintió incapaz de hacer otra cosa que agitar su espada izquierda a un lado y otro, sin apuntar, sin tener en realidad conciencia de lo que estaba haciendo, y recibió otro salvaje cabezazo que le rasgó el pómulo.

Y un tercero.

Horsa, desfallecido y mareado, dejó caer la espada. De hecho, solo estaba en pie gracias a que su mano aún aferraba la empuñadura de la espada que atravesaba al monstruo. Como en un sueño, comprendió que iba a morir.

Notó un profundo dolor en el pecho, como si una aguja al rojo vivo se hubiera abierto paso en su carne, y saboreó el gusto cobrizo de la sangre en su boca. Gimió de dolor y empezó a deslizarse hacia el suelo.

Antes de cerrar los ojos, justo cuando su cara empapada en sangre tocó la tierra bañada por la luz de Abaven, también comprendió que había fallado a Cheeka.

La recordó. Recordó su cara y murió con la imagen de su amada grabada a fuego en su cerebro.

El grupo de Cheeka seguía vivo. Al menos, la mayoría del mismo. Se habían dirigido al objetivo que tenían previsto, una aldea de unos cincuenta habitantes, para convencerles de dejar el lugar y escoltarles más allá de los

Montes de las Nubes, pero las tropas de Abaven parecían estar sobre aviso porque los emboscaron y, gracias a su superioridad numérica, acabaron con la mitad de ellos. Los que no habían caído en el combate fueron rematados de modo inmisericorde y luego, ante las miradas horrorizadas de sus compañeros, devueltos a la blasfema parodia de vida que otorgaba la luz de oro, incorporándose a la hueste del Enemigo.

Los siete guerreros restantes se sorprendieron al ver que, sin una palabra, los ataban con gruesa cuerda de esparto tras desarmarlos y les obligaban a caminar, rodeados por las silenciosas criaturas, hacia un destino incierto. Al principio, hablaban entre ellos en voz baja pero, visto que ninguno de sus captores parecía hacerles caso, conversaron sin miedo, preguntándose qué es lo que querían de ellos y, lo más extraño, por qué no les habían matado.

Preguntas sin respuesta, elucubraciones que no llegaron a ningún lado, si bien Cheeka comprendió, por el rumbo que estaban siguiendo, que se dirigían hacia el centro del reino dominado por Abaven, impresión confirmada cuando la luz se fue haciendo cada vez más intensa por efecto del Faro, hasta tal punto que les hacía daño en los ojos y les obligaba a fijar la vista en el suelo.

Tras muchos días de marcha, en los que habían sido alimentados con despojos y agua rancia que a duras penas les mantenía en pie, entraron en la capital, y un dolor intenso, físico más que emocional, les embargó y les provocó un llanto incontrolable al ver la obra del Enemigo sobre una ciudad otrora orgullosa. Había restos de incendios sofocados por la mera falta de combustible y huesos ennegrecidos por el humo, esparcidos por unas calles en las que se veían charcos del color de la sangre reseca por todos lados. Las criaturas de ojos muertos avanzaban por entre las casas sin reparar en los recién llegados, y se dedicaban a las tareas, cualesquiera que fueran, que su señor les encargaba. Un sonido que se repetía, sin embargo, era el del acero siseante al ser forjado e introducido en el agua, y Cheeka supo que la única actividad que llevaban a cabo era la que permitía proporcionar armas y armaduras al ejército de pesadilla de Abaven.

Se les llevó, como un rebaño de tristes ovejas, hasta el Faro de Lorry, colosal obra que se erguía hacia los cielos, desafiante, altanera, y en cuyo interior se había habilitado un trono a modo de burla de las costumbres humanas.

La sala era amplia, espaciosa, pero reinaba en ella una sensación opresiva y de estrechez debido a la asfixiante luz que impregnaba cada rincón. Cheeka

notó que sus pulmones no podían aspirar el escaso y maloliente aire presente y pronto se encontró jadeando, costándole incluso mantener la cabeza despejada.

En el centro de la sala se encontraba el asiento del rey. Como si estuviera fundido con el mismo, había un hombre poseído por Abaven que resplandecía y portaba en su frente una corona con rubíes y esmeraldas engarzadas. Tras él, había una numerosa cantidad de miembros de la hueste, que permanecían inmóviles y callados, agregando un toque de irrealidad y de horror a toda la escena.

Los Látigos escucharon la voz de trueno de Abaven por boca del que un día había sido Tigrán, rey de Lorry:

—¡Bienvenidos a mi reino! ¿No es eso lo que decís los humanos en estas ocasiones? ¡Bienvenidos entonces!

Cheeka miró a Mamadou y vio que el gigante estaba, quizá por primera vez en su vida, temblando. Ella, sin embargo, sentía un cansancio terrible, de origen anímico más que corporal, y solo quería terminar con lo que estuviera a punto de ocurrir.

—¿No respondéis? —inquirió la marioneta de Abaven, inclinando la cabeza hacia delante todo lo que su espalda soldada al respaldo le permitía—. Imagino que os preguntaréis por qué os he dejado vivir. Quiero que veais a alguien.

Del elevadísimo techo se desprendió una figura que parecía formar parte del mismo y los guerreros vieron que un hombre encorvado y repulsivo bajaba planeando con lo que podría decirse era elegancia, gracias a las alas que nacían en su espalda. Detrás de Cheeka, alguien vomitó.

—Mi nombre es, o era, Metelo —dijo el recién llegado—. Ahora soy el Heraldo de Abaven.

—Esto es el poder que ofrezco a quienes me sirven voluntariamente. —Abaven hablaba con satisfacción—. Esto es lo que os ofrezco.

Cheeka no pudo aguantar más y explotó:

—¡Nos ofreces! ¡Ja! ¡Matas todo lo que se interpone en tu camino! ¡Si alguien no se rinde a tus pies, le arrancas la vida y lo conviertes en tu esclavo!

—Te equivocas —replicó Abaven, mientras el Heraldo soltaba una risita—. Libero a los vivos del castigo de la vida, de su sufrimiento, de sus horrores y penalidades. Les doy la más absoluta libertad.

—¡Sandeces! —Cheeka descubrió que era incapaz de refrenarse—. ¡No

tienes derecho a arrebatarse la vida solo porque tengas el poder para hacerlo!

Un tenso silencio se adueñó del lugar y Cheeka creyó oír el latido de su propio corazón acelerado por la furia.

—No discutamos —dijo por fin Abaven—. No os he traído para eso.

—¿Para qué, entonces? —inquirió Mamadou, sacudiendo la cuerda que ataba sus poderosas muñecas—. ¿Para vernos morir desangrados?

—Si fuera para eso, ya estaríais muertos. —Negó con la cabeza—. Veo todo lo que pasa en mis dominios, y nada se me escapa. No. No necesito que estéis aquí para veros morir. Lo que quiero es entenderos.

—¿Entendernos? —preguntó Cheeka confusa.

—Entender por qué lucháis, por qué acudís una y otra vez a mi reino y me desafiáis, atacáis a mis tropas y me priváis de nuevos sirvientes. ¿Por qué, cuando sabéis que la lucha es inútil?

—No será tan inútil —replicó ella, alzando la cabeza— cuando nos tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo dices?

—Sí, Abaven. Miedo. Miedo de nosotros.

Las carcajadas salieron de todas las gargantas de los siervos presentes conformando una cacofonía poderosa y retumbante que atemorizó a los guerreros, provocando incluso que alguno de ellos se encogiera.

—¿Ves mi poder? ¿Ves mi dominio sobre todos ellos? ¡Miedo dices! ¡Ja!

Cheeka no se amilanó. Tomando una gran bocanada de aire para intentar calmar sus nervios, dijo mostrando los dientes:

—Te repito que tienes miedo y que al final, perderás. Como perdiste en el pasado, volverás a morder el polvo y serás olvidado.

De nuevo hubo un silencio sepulcral. Fue el Herald el que lo rompió esta vez y con voz que parecía un graznido de cuervo, dijo:

—¡Eres estúpida, mujer! Mi señor os ha traído para ofreceros un regalo y tú te comportas como una campesina maleducada. Yo mismo te rajaría ese cuello.

—Ven e inténtalo —le retó Cheeka, y las alas del Herald se desplegaron.

—¡Alto! —ordenó Abaven—. Pese a vuestro desmedido orgullo, os ofrezco una oportunidad. Sed también mis heraldos y llevad mi palabra al mundo.

Sin pensarlo siquiera, Cheeka escupió, y todos los guerreros, cada uno de ellos, la imitaron mostrando su más absoluto desprecio. La cosa en el trono los miró, temblando de rabia, pero no dijo nada. Sin embargo, la marea de

siervos tras el trono comenzó a moverse, y algunos de ellos portaban en sus manos retorcidas armas de tosco aspecto.

Cheeka los miró avanzar y comprendió que los iban a despedazar, así que comenzó a musitar una plegaria, pero las primeras palabras murieron en sus labios cuando vio que entre los que avanzaban hacia ellos se encontraba Horsa.

La guerrera no daba crédito a sus ojos, pero lanzó un grito que salió más bien de su corazón herido que de su garganta:

—¡Horsa!

Él dio un paso más, como los demás, lento pero amenazador.

—¡Horsa! ¡Soy yo! ¡Horsa!

Los gritos de la mujer resonaban con tal fuerza que se imponían al rumor de decenas de pies arrastrándose hacia ellos, y su estado era tan febril que no notó la mano de Mamadou sobre su hombro, intentando calmarla. Repetía el nombre de su amado una y otra vez, con gruesas lágrimas surcando sus mejillas, aportando una nota de tristeza salada a las palabras que salían de sus labios.

Y, entonces, los enemigos se detuvieron.

De repente, el cuerpo de Horsa pareció perder parte de su tonalidad dorada y se giró hacia el trono. Los siervos de Abaven parecían confusos, como si no recibiesen las órdenes de su señor. El Heraldo miraba con una gran extrañeza pintada en el rostro.

Horsa dio dos zancadas e, impulsándose con todo el cuerpo, atravesó con su espada el cráneo de Tigrán, hincando el acero en la madera del trono. Tirando con fuerza de ella, sacó la espada y corrió hacia Cheeka.

Los siervos de Abaven parecían no poder reaccionar y la cara del Heraldo era una máscara de pavor. Entonces, un rumor como surgido del subsuelo comenzó a abandonar sus bocas, convirtiéndose en un gemido, más que de dolor, de sorpresa. El Enemigo había sido herido en lo más profundo de su ser, porque una de sus criaturas había roto su dependencia. El cuerpo de Tigrán, desmadejado e inerte sobre el trono al que estaba unido, no era la principal preocupación de Abaven y, a lo sumo, tomó como un insulto lo que le habían hecho, como si fuera un pintor que se sentía despechado cuando su obra era criticada con dureza.

No, a Abaven le dolía ver que una de esas patéticas criaturas humanas volvía a tener su propia consciencia, cortando los lazos que le ataban con la enormidad mental del dios de oro. Era la primera vez en toda su larga vida

que le ocurría y el lamento que se oyó en la sala del trono de Lorry fue el reflejo de sus miedos.

Aprovechando la confusión y la indecisión que él mismo había provocado, Horsa dio rápidos espadazos a la soga liberando a los guerreros mestizos. Miró a Cheeka y esta vio que, aunque hubiera pasado por tal trance, el amor que por ella sentía seguía allí, ardiendo como ascuas en el fondo de sus ojos llenos de reflejos aún dorados. Incluso en tan peligrosa situación, a punto de ser rodeados por unos enemigos que les superaban abrumadoramente en número, Cheeka y Horsa tuvieron un momento para abrazarse, y ella sintió la frialdad del cuerpo de Horsa, pero también el calor que desprendía su corazón y llegaba hasta su piel.

—¡Vamos! —gritó Mamadou, interrumpiendo la magia—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Todos se giraron hacia la puerta, a sus espaldas, y vieron que tenían paso franco pues todos los siervos se dirigían hacia ellos desde el trono, por fin en movimiento, rugiendo como una sola voz:

—¡Morid! ¡Morid!

Horsa, sin embargo, permaneció inmóvil aferrando con cariño y fuerza al mismo tiempo la muñeca de Cheeka.

—Vamos —le imploraba ella—. ¡Tenemos que irnos!

—No. —Las palabras de él salían con dificultad, casi balbuceando—. Yo los retendré.

Entonces, Cheeka comprendió que estaba utilizando todo el esfuerzo del que era capaz un ser humano para enfrentarse a la voluntad de Abaven. Ella sonrió y le pasó con cariño la mano por la mejilla para luego coger la segunda espada que colgaba del cinto de Horsa. Recordó cómo, hacía pocos días, entrenaban juntos con ambas armas.

Ahora, morirían juntos.

Mamadou, el último de todos los Látigos que atravesó el umbral del Faro, se volvió hacia los dos amantes. Él, la personificación de la rudeza, sintió cómo los ojos se le humedecían y, cuando ella volvió la cabeza, asintió dando su beneplácito al sacrificio de los dos camaradas.

Salió corriendo tras el resto de guerreros.

Y dentro, Cheeka y Horsa, juntos, unidos, se prepararon para acabar con todos los siervos de Abaven que pudieran. Lanzaron las espadas hacia delante, pararon golpes, hicieron fintas, trazaron arcos de muerte... La cantidad de enemigos se redujo de tal modo que el suelo de la sala quedó

convertido en un lodazal de sangre y vísceras derramadas de los putrefactos cuerpos dorados. Seguían gritando «¡Morid!», pero los únicos que caían como mies madura eran los títeres del Enemigo.

Pero, al final, el Heraldó voló por encima de ellos y se puso a su espalda; sin que pudiera hacer nada por evitarlo, Cheeka sintió un dolor terrible en los riñones, allí donde la punta del traidor se le había clavado. Las piernas le fallaron y, conforme caía de rodillas, sintió un tajo que le atravesó desde la nuca a la cadera, arrancándole un grito. Su sangre, sangre viva, se mezcló con la de los muertos, y Horsa se giró hacia ella para defenderla, pero estaba tan abrumado por sus enemigos que estos lo atravesaron una y otra vez con sus espadas, hasta que le hicieron derrumbarse en el suelo.

Ambos cayeron con los rostros enfrentados, mirándose por última vez a los ojos y pese al dolor y la cercanía de la muerte, Cheeka mostró una débil sonrisa y movió la mano hasta que sus dedos tocaron la de Horsa. Los dedos se entrelazaron y, con el último hálito de vida en su cuerpo, ella dijo:

—Te amo.

Antes de cerrar para siempre los ojos, oyó la dulce voz de Horsa, su Horsa, que le decía:

—Te amo.

IX

Al terminar la historia de Cheeka y Horsa, varios de los jóvenes estaban llorando. Alguno incluso escondía la cara entre sus manos para que no se vieran sus abundantes lágrimas. El anciano extendió sus dedos hacia el fuego, aún con suficiente leña como para arder con fuerza y sintió el calor en la palma.

—Ha sido triste —dijo por fin una chica al otro lado de la hoguera, una sombra trémula tras las lenguas anaranjadas—, pero hermoso.

—Ese día —asintió el anciano—, Abaven volvió a conocer el miedo. Hacía mucho, muchísimo tiempo que lo había sentido, cuando Imala lo desterró a las infinitudes del espacio, así que no recordaba qué era eso. Cuando dos simples humanos, con la fuerza de sus corazones, lo desafiaron y rompieron su hechizo, se dio cuenta del engaño al que se había sometido a sí mismo.

»No era un dios, por mucho que gustara de ser considerado como tal.

—Pero, señor —reflexionó la muchacha pecosa, que se había secado el llanto con la manga de la camisa—, si con el amor se puede escapar del dominio del Enemigo...

—¿Por qué no ha habido más que se liberaran? —completó él el pensamiento—. Es un misterio. Mucho se ha hablado sobre cómo Horsa recuperó su ser, pero me temo que no lo sabremos nunca. Quizá se tratara de la pasión de un amor joven, recién nacido, cuyo ardor era más fuerte que la presa de Abaven. O quizá fue una reacción producida por los días de separación y un reencuentro en una situación traumática. No lo sé.

»Lo cierto es que Mamadou y los demás escaparon de la capital de Abaven y huyeron de Lorry, llegando al límite de sus fuerzas hasta el campamento de los Látigos, donde comunicaron la triste noticia a sus amigos y a la familia de Horsa, que lo lloró con la mayor de las amarguras.

—¿Y fue entonces —preguntó un muchacho pequeño y feo, que hasta entonces no había abierto la boca— cuando Abaven decidió lanzar su ataque?

—Sois listos, queridos niños. Habéis leído y escuchado cosas de la guerra contra Abaven y vuestras mentes establecen rápidas conexiones conforme vais escuchando lo que os cuento.

»Así es. —El anciano suspiró—. Mi relato, con el que espero hayáis logrado una comprensión más global de los tiempos que os ha tocado vivir, está a punto de tocar a su fin.

LA BATALLA DE LAS PLANICIES ARDIENTES

Baako, Mohenjo y Melek entraron en Vetero, la capital, llevando a su cautivo a lomos de una mula, encadenado de pies y manos y tapado con un saco para evitar que la gente viera su abominable aspecto. Melek cabalgaba a su lado y de vez en cuando una risita bajo la arpillera le provocaba escalofríos. Haber sido testigo de primera mano de la corrupción de Abaven lo había impactado de tal modo que permaneció la mayor parte del tiempo retraído, con los ojos perdidos en la lejanía. Apenas probaba bocado, por lo que su figura, ya delgada, había adoptado un aspecto cadavérico, cosa que no importaba a Baako lo más mínimo.

Los primeros días, Mohenjo había intentado que entre padre e hijo hubiera algo de entendimiento, pero cuando el caudillo de los Látigos le advirtió con una brusca amenaza que no era de su incumbencia, decidió no seguir por ese camino. La comitiva había viajado de forma silenciosa y hosca.

Solo ahora, al atravesar la muralla de la capital del mundo, Mohenjo notaba cierta ligereza en el alma, y contempló la marea de humanidad que se extendía ante ellos atareada en sus quehaceres si bien su dicha pronto quedó ahogada por la rasposa y desagradable voz del siervo de Abaven:

—Todos ellos morirán y serán míos.

Ni siquiera el fuerte golpe que le propinó en el costado hizo que su risa cesase.

Se dirigieron al Barrio de los Embajadores y la propia Adía los recibió en cuanto llegaron al patio de la casa del legado Atul. El capitán de Lorry se arrodilló con aspecto cansado tras tantos días de marcha a caballo, pero la reina le puso las manos en los hombros.

—Levanta, amigo —le dijo con voz suave—, y cuéntame qué ha pasado.

Adía se fijó entonces en Baako, que la miraba desde lo alto del caballo con expresión inquisitiva.

—Majestad —dijo Mohenjo, señalándolo—, os presento a Baako, de los Látigos Libres del Rastrillo. La reina Adía de Lorry.

—¡Oh! —exclamó ella—. Glabro me ha hablado de vos...

—¿Está Glabro aquí? —La interrumpió con una total falta de cortesía que hizo que Mohenjo lo mirara con reprobación—. Debo hablar con él de inmediato.

—Sí, sí —respondió Adía, un tanto confusa—. Lo mandaré llamar...

—No es necesario. —Esta vez, su poco tacto arrancó un bufido a

Mohenjo, que creía que el haber compartido lucha y camino no era suficiente como para perdonar la irrespetuosidad que estaba mostrando—. Iré yo mismo.

—¿Y... ellos? —La reina señaló a Melek y al cautivo, más retrasados, mientras Baako descabalgaba dando por terminada la conversación por lo menos en lo que a él tocaba.

—Melek, del Rastrillo. Y... la prueba que los emperadores necesitan ver.

—¿Lo habéis conseguido? ¿Es un siervo?

—Lo es —asintió Mohenjo.

—Os lo agradezco. —Adía hizo una pequeña reverencia sorprendiendo a Baako, que ya había empezado a encaminarse hacia la casa; se quedó clavado en el sitio, entornando los ojos. Había creído que, a fin de cuentas, Adía sería una blanca más, reina para más señas, una orgullosa mujer acostumbrada a dar órdenes y ser obedecida gracias a la fuerza de su autoridad, muy similar a los señores esclavistas del Rastrillo, los Tanasha-Shi. Verla dando las gracias... Baako torció el gesto, pensativo, pero respondió con un mero ademán de cabeza antes de seguir su camino. Melek, sin saber muy bien qué hacer, optó por ir detrás de su hijo.

La reina se acercó, con ciertos reparos, hacia el preso. El capitán se puso junto a ella.

—¿Os causó problemas, capitán? —preguntó.

—No muchos, en realidad. —Mohenjo se encogió de hombros con modestia.

—Y... ¿Cómo está Lorry? —preguntó anhelante, pero con miedo a un tiempo—. ¿Cómo está nuestra patria?

El capitán la miró cabizbajo trasluciendo una fuerte congoja en sus ojos marrones, incapaz de contestar por el nudo en la garganta que se le había formado al pensar en el desolado paisaje.

—¿Así de mal? —inquirió la reina, y él solo pudo asentir.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz de Abaven les llegó ahogada por la tela del saco y sobresaltó a Adía—. ¿A la reina exiliada? ¿La hermosa, dulce, estúpida reina Adía?

—¡Cállate! —le ordenó Mohenjo, provocando una risotada del cautivo.

—¿Sabes qué ha sido de Tigrán? ¿Sabes qué ha sido de tu esposo y rey? Adía se envaró y levantó el mentón desafiante.

—Quítele el saco, capitán.

—Majestad, su aspecto es...

—¡Quíteselo! —ordenó con rabia, dispuesta a enfrentarse al enemigo. Mohenjo obedeció, con lo que la reina contempló el rostro abotargado, ceniciento, muerto, del que un día fue un hombre vivo, convertido en un títere de carne del Enemigo con heridas supurantes y apestosas; una criatura imposible de concebir que, sin embargo, ahí estaba, frente a ella, sonriendo y mostrando unos dientes torcidos y asquerosos.

—¿Te gusta lo que ves, reina exiliada? —le preguntó, con ojos desorbitados. Se reía ante la más que evidente mueca de asco que se había dibujado en la cara de Adía.

—No hay duda —dijo ella mirando a su capitán y optando por despreciar al siervo de Abaven—. Tenemos que eliminar a estas repugnantes alimañas.

—¡Ja! ¿¡Y quién lo va a lograr!? —se mofó—. ¿Tú? ¿Tus absurdos emperadores? Sí, sí... Llévame ante ellos para que puedan saborear la hiel de lo que se les viene encima, reina sin reino. Déjame asustarlos y amenazarlos con mi presencia para que me alimente de su temor.

Incapaz de escuchar más, Adía ordenó al capitán que amordazara al horripilante ser, lo atara a un árbol con gruesas cadenas y que destinara soldados para vigilarlo en todo momento.

—¡Baako! —Glabro abrazó con gran afecto al guerrero, y este respondió con un firme apretón del delgado torso del erudito.

—Has adelgazado —comentó el guerrero cuando se separaron. Era cierto. Glabro nunca había sido gordo pero, desde la última vez que se vieron, parecía haberse quedado reducido a un esqueleto con poco más que pellejo. Su rostro estaba demacrado y su expresión mostraba un continuo miedo pese a momentos de felicidad como ese, fruto de las torturas a las que fue sometido por Néstor, el horticultor.

—Tengo poco tiempo para comer —respondió—. Siento que se nos agota, y queda mucho por saber para poder derrotar al Enemigo. Textos que consultar, leyendas que desentrañar...

—Para, para, amigo mío —le interrumpió Baako riendo, antes que se lanzara a una recapitulación interminable de tareas pendientes—. Sentémonos y bebamos algo, que tengo la garganta seca de tanto cabalgar. Cuéntame lo que quieras, pero con una jarra de cerveza fresca en la mano.

Tras un par de refrescantes tragos Baako le pidió que hablara, y Glabro, que no veía el momento de hacerlo, comenzó a recapitular lo que había descubierto en los últimos meses:

—En la Biblioteca de Vetero hay una gran cantidad de información, Baako, pero está tan dispersa, es tan críptica, que hay que dedicar horas, ¡horas!, al estudio de un mero pasaje. Hay que filtrar las referencias, compararlas, interpretarlas y saber discriminar entre realidad y leyenda.

—Hay algo que necesito saber, Glabro. —Baako intentó calmar el febril discurso de su amigo levantando las manos y sonriendo, intentando que se centrara haciéndole una pregunta precisa que le permitiera encarrilar la conversación—. ¿Qué fue de la escolta que te acompañó a Rigyta? Mohenjo me contó que llegaste al pueblo donde cayó Abaven tú solo.

—¿La escolta? —Glabro parpadeó, pareciendo que no sabía muy bien qué le estaba diciendo.

—Los guerreros que te acompañaron desde Dorado. Horacio destacó a cuatro Látigos para que fueran contigo.

—¡Ah! —Pareció caer en la cuenta y Baako se preocupó, escondiendo su rostro pensativo tras la jarra—. Cuatro jóvenes valientes, sí.

—¿Qué les pasó? —insistió Baako.

—Yo... no lo sé —respondió.

Baako depositó con suavidad la jarra en la mesa entre ambos y cruzó las manos sobre su regazo. Con voz calmada, que no denotase la inquietud que crecía en su interior a cada momento al ver a su amigo en unas condiciones que, juzgó, parecían propias de un desequilibrado, dijo:

—Necesito que te centres, Glabro. Todos hemos vivido... estamos viviendo cosas horribles, pero tú, más que nadie, sabes que nuestro futuro depende de que mantengamos la calma. Tenemos que mantener la cabeza fría y centrada, Glabro.

»Empecemos por el principio, para que sepa de tu propia boca qué te ha pasado, amigo mío. ¿Cuándo viste por última vez a los Látigos que te acompañaron a Rigyta?

—Pero es que, de verdad, Baako, no sé qué les pasó —respondió haciendo pucheros, como un niño al que están acusando injustamente de algo de lo que no es responsable.

—Glabro, por favor te lo pido, piensa. Los cuatro que te acompañaban. ¿Dónde se separaron de ti? —Baako pugnaba por lograr que se enfocara, porque empezaba a pensar que la cordura del erudito se había roto debido a sus tristes experiencias; necesitaba traerlo de vuelta, lograr que su mente volviera a estar lúcida, que la información que le diera no tuviera mácula.

—Antes de llegar a Rigyta, sí. —Glabro entrecerró los ojos y contestó por

fin, como conducido por la voz de Baako. Le había cogido la mano para darle un amarre físico—. Abaven iba a caer en las cercanías de Rigyta, según había calculado, pero la zona era demasiado amplia y el día se aproximaba. Yo mismo no llegué a la ciudad justo hasta la noche antes que cayera a la tierra, Baako.

»Por las noches, cuando descansábamos en el camino, les había hablado de lo que había descubierto, y todos coincidimos en que debíamos separarnos. Así que nos dividimos y cada uno de ellos se dirigió hacia un punto cardinal, por si mis cálculos habían errado. De ese modo, alguno estaría más cerca de donde Abaven cayera y podría avisar a los lugareños, o incluso intervenir de modo más directo. Yo me dirigí directamente a Rigyta, pues todos creyeron que sería capaz de convencer a las autoridades.

»Por desgracia, no fue así. ¡Ojalá —concluyó hundiendo la cabeza entre las manos, sollozando— me hubieran acompañado, pues podrían haber utilizado sus armas contra Abaven antes que lograra levantar ningún ejército!

Baako sintió la boca seca. Glabro cargaba con un conocimiento horrible, el derivado de sus estudios del culto del Enemigo, y las secuelas físicas y mentales de la tortura a la que fue sometido. Además, el guerrero acababa de descubrir que también se sentía responsable de la plaga que se había expandido sobre el mundo. Se vio forzado a intentar consolarlo.

—Glabro, amigo mío —dijo—. Hiciste lo que creíste correcto. Nos enfrentamos a un ser poderoso y nosotros solo somos hombres. Es lo que somos, y no podemos arrepentirnos de las decisiones tomadas si lo fueron para intentar hacer el bien. No te culpes por ello.

—Pero... —replicó llorando y golpeándose el muslo— si hubiera, si solo hubiera...

—No, Glabro. —La negativa de Baako fue tajante, pero cortés—. Ahora lo que importa es que podemos enseñar a todos la horrible verdad y que te necesitamos. Necesitamos de tus conocimientos para que los emperadores de Vetero sepan qué hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con un brillo de esperanza en los ojos.

—Quiero decir que hemos apresado a uno de los siervos de Abaven. Una de sus criaturas. La vamos a llevar ante los emperadores y necesitamos que tú vengas con nosotros.

Por supuesto, Baako se calló a sabiendas que Abaven mismo había consentido ser presentado ante los señores de Vetero.

Adía decidió utilizar la baza que había retenido y solicitó tener una reunión con los emperadores de inmediato. Sabía que estaba forzando su munificencia pero la situación lo requería. Insistió ante el canciller y, por fin, este acudió a Danais; cuando se le hizo saber que la recibirían en una hora, Adía se apresuró para lograr que su pequeño séquito acudiera al Palacio del Estatuto. Muchos nobles se sorprendieron y murmuraron al verla corriendo por los pasillos de mármol para llegar lo antes posible al gabinete de los embajadores, donde la esperaba Atul. Este despachó un par de criados que cruzaron a toda velocidad la ciudad y, con escaso tiempo de sobra, Baako, Mohenjo, Nidama, Necto y Glabro se presentaron ante la reina arrojando al cautivo servidor de Abaven. Iba enfundado en una túnica y tenía la cabeza cubierta con una capucha, de tal modo que no se apreciaba su repugnante físico a costa de despertar la extrañeza de los que lo veían pasar.

Tan variopinto grupo atravesó las grandes puertas que daban a la sala del Trono Imperial.

El gran salón de audiencias imperial estaba a rebosar. Adía así lo había solicitado, pues quería que un gran número de miembros de la corte estuviese presente. Deseaba que hubiera la mayor cantidad posible de testigos y, aunque era posible que algunos no le perdonaran la visión de lo que les iba a mostrar y la hiciesen responsable de las pesadillas que pudieran tener el resto de sus vidas, prefería eso a que luego hubiese incrédulos que negaran la horrible verdad.

Mohenjo daba empellones al encapuchado para que avanzara, y las cadenas de hierro, que mordían sus muñecas y tobillos, repiqueteaban conformando una lúgubre cantinela. La gente comenzó a murmurar a su paso, y Adía centró su mirada en el rostro de los emperadores, protegidos como siempre por sus dos fornidos guardaespaldas tras los tronos. Repasó mentalmente lo que quería decir para causar el mayor efecto posible.

Se detuvieron, con la reina un tanto adelantada, e hicieron una respetuosa reverencia. Atanasio hizo un ademán de bienvenida con la mano y su sonrisa parecía sincera.

—Te saludo, reina Adía. La corte y el trono escuchan las palabras que tienes que decirnos.

—Soberanísimas altezas —comenzó ella, agradeciendo el pie de entrada—. Emperatriz Danais y Emperador Atanasio. Respetabilísimos miembros de la corte imperial, comparezco ante vuestras Excelencias como reina de un

país tomado por fuerzas ajenas a este mundo.

En la pausa dramática que realizó para que sus palabras causaran un mayor efecto se escucharon, de nuevo, bisbiseos acallados por el emperador cuando levantó su brazo pidiendo silencio.

—Lorry, el reino amigo del Imperio vetero, regido por mi difunto esposo Tigrán, fue conquistado y ahora arde en un pira sacrificial en la que se rinden honores a un antiguo mal que ha despertado y amenaza con extinguir todo rastro de vida. —La voz de Adía era fuerte, dura como una roca, y la excelente acústica del salón la proyectaba hasta el más alejado de los presentes—. Mis palabras, Excelencias, no son los desvaríos de una exiliada, sino una advertencia de los ominosos tiempos que están por llegar si no actuamos lo antes posible.

»No se trata, como muchos podríais creer, de recuperar Lorry. —Hundió la cabeza en el pecho con teatralidad, y la larga cabellera morena se esparció en torno a su cara ocultándola, como si estuviera en sombras—. Lorry está perdido para siempre. Lorry es un adelanto de lo que está por venir.

Hizo un gesto a su capitán, que cogió el cordel que ataba la túnica del cautivo y tiró de los lazos, haciendo que esta cayera al suelo revelando el cuerpo desnudo del siervo, pues le habían privado de toda ropa interior. Después, quitó la capucha de su cabeza, y los asistentes ahogaron un gemido de horror ante lo que contemplaban.

El ser, de insoportable visión, sonreía y babeaba, disfrutando ante la reacción de los humanos.

—¿Qué es esta abominación? —preguntó Atanasio, removiéndose inquieto en su sitial, pero Adía no pudo contestar, porque el dios de oro habló por boca de la criatura con voz potente.

—¡Soy Abaven, triste reyezuelo! —dijo—. ¡Harías bien en escuchar a esta perra, porque os traigo la muerte!

La gente empezó a gritar obscenidades, amenazas e insultos contra el cautivo, que seguía sonriendo, y los guardias presentes se removieron inquietos, porque era posible que se produjera un linchamiento y no sabrían cómo reaccionar si se daba el caso: ¿Protegiendo a esa obscenidad? ¿Contribuyendo al derramamiento de sangre?

Sin embargo, el tumulto cesó cuando Atanasio hizo que su guardaespaldas personal tocara el cuerno que colgaba de su cinto. La mujer sopló con fuerza y la nota, grave y portentosa, se elevó por encima de la barahúnda. Los cortesanos volvieron a ser lo que se suponía que eran, personas respetables y

mesuradas, y callaron un tanto avergonzados por su estallido. Miraron al trono dejando que la conversación tuviera lugar entre los emperadores y Abaven.

—¿Quién te crees que eres para lanzar tales amenazas huecas? —inquirió con agresividad Atanasio.

—¿Yo? —contestó con altivez—. Me llaman Abaven. Es un nombre que me agrada. Y harías bien en escuchar a la reina llorona, porque voy a destruirlos.

—Palabras vanas —terció Danais— de alguien que está encadenado.

Él agitó las cadenas de sus manos frente a sí y rio.

—¡No hay cadenas capaces de retener a mi verdadero ser, bruja! Esta marioneta no es más que un trozo de carne que me sirve para que todos vosotros escuchéis lo que tengo que decir.

—¿Y qué es eso? —preguntó Atanasio, inclinando el torso hacia delante.

—Que haríais mejor rindiéndoos ya y jurándome pleitesía, antes que mi ejército inunde vuestros campos, calles y ciudades, antes que destroce vuestros débiles cuerpos con espada y lanza, antes que oigáis los llantos de vuestros hijos mientras son desmembrados ante vuestros propios ojos sin que podáis hacer nada por evitarlo.

—¡Basta! —rugió el emperador, colorado por la furia. Se levantó y echó mano del pomo de la espada de la mujer tras él, desenvainando el arma. Con paso firme y rápido, se acercó al cautivo, que reía y escupía mientras seguía bramando amenazas, y le hendió las tripas con un tajo que le recorrió toda la cintura.

Las entrañas negruzcas brillaron con una tenue luz dorada cuando cayeron al suelo, pero la criatura continuó con su retahíla de barbaridades, sin desplomarse como hubiera sido normal por efecto de la terrible herida. Atanasio retrocedió asustado ante lo que veía, y los gemidos comenzaron a elevarse entre los presentes. Por fin, fue Baako quien hizo que la criatura callara para siempre, al hundir el puñal en su sien.

Se hizo un silencio espesísimo, de incredulidad y temor a un tiempo, mientras Atanasio volvía a su sitio temblando con la espada apuntando al suelo, como si estuviera a punto de soltarla por haberse quedado sin fuerzas. Parecía mucho más anciano de lo que en realidad era. Fue Danais misma quien le ayudó a sentarse en el trono.

—Por todo lo sagrado —dijo la emperatriz, mientras su marido resollaba y la guardaespaldas envainaba la espada—. ¿A qué nos enfrentamos?

La pregunta se la hizo a Adía, mirándola a los ojos, y esta comprendió que era el momento de dar las explicaciones necesarias para intentar arrojar luz sobre la pesadilla que habían vivido hacía unos momentos, aunque quizá lo que se dijera no supusiera recuperar una visión racional y cuerda del mundo.

Baako y Glabro contaron sus experiencias e hicieron partícipes a la corte de todo aquello que habían descubierto, tejiendo un relato que estremeció los corazones de los imperiales.

Con todo, había cosas que callaron prefiriendo dejarlas para la hora de la comida, en la que Adía y sus acompañantes compartieron mesa con los emperadores.

—Sé que hay algo —dijo Atanasio mirando a Glabro con perspicacia mientras pelaba una pera de jugoso aspecto— que no ha contado. Hay una evidente laguna en su información, siempre y cuando se sepa escuchar.

—¿Alteza? —preguntó el aludido, con un ligero temblor.

—No sé cuál es el motivo de no haberlo dicho, pero las referencias al enemigo de Abaven han resultado bastante parcas.

—Mi esposo —añadió Danais— se refiere a la luz de plata y a los dones que proporcionó.

Glabro asintió. Había hablado de la leyenda de Imala y de la lucha librada hacía eones por las dos luces, la de oro y la de plata, en el mundo, pero pese a que quedaba claro que la capacidad mágica de la antigüedad había sido clave en la derrota de Abaven, esta parecía extinguida, como si nunca hubiese existido.

Carraspeando para aclararse la voz, el erudito dijo:

—Perdimos el poder para amoldar la realidad o bien, cuando cumplió su propósito, se nos fue retirado. Esa es la conclusión a la que he llegado.

—Entonces —inquirió Atanasio—, ¿no es un arma a considerar? ¿No hay modo de recuperarla?

—Yo... no lo sé, señor —respondió, con tristeza—. Quizá si tuviéramos más tiempo...

—¿Tiempo? ¿A qué se refiere?

—A que es posible que la luz de plata se haya transmitido a lo largo de las generaciones, diluyéndose en la descendencia de los antiguos practicantes de la magia. Si lo hubiéramos sabido, podríamos haber localizado a esos hijos de la plata, pero, ahora...

Todos callaron, reflexionando. Ni siquiera había hecho partícipe de su

teoría a Necto, el único que había leído algunos de los tomos de Glabro y había escuchado las enrevesadas historias sobre Abaven.

Danais retiró el plato con las peladuras de la fruta que había comido y se limpió con delicadeza los dedos mostosos en una servilleta de seda mientras hablaba:

—Aún podemos destinar recursos a esa búsqueda.

—Emperadores —dijo Baako con el ceño fruncido—. Los Látigos Libres hemos dedicado estos últimos meses a ganar tiempo.

—Los guerreros de Baako —aclaró Adía— han estado operando en la frontera sur de Lorry, entorpeciendo los movimientos de las tropas de Abaven. Quizá, de no ser por ellos, sus fuerzas estarían ya en territorio imperial.

—Por ello entonces, os estamos agradecidos. —Atanasio levantó la copa de vino dulce hacia Baako, honrándolo, aunque el rostro del guerrero mestizo se ensombreció.

—Sin embargo, creo que nuestras operaciones ahí deben concluir —dijo—. Abaven nos ha revelado su plan. Atacará con toda su fuerza el mundo de los humanos, y mi gente no es lo bastante numerosa como para detenerlo. Tengo que dar la orden de retirada inmediata.

—En ese caso —respondió el emperador—, que acudan a Vetero. El Imperio preparará una extensión de terreno suficiente para albergar al enorme ejército que tenemos que levantar para la batalla que se avecina.

—Un ejército —coincidió Danais— que empequeñecerá incluso al de Serena.

—Hablando de lo cual —se atrevió a decir Mohenjo, que había permanecido en silencio durante toda la comida—, ¿qué se sabe de la campaña contra los sureños?

Los emperadores se permitieron sonreír.

—La Consejera vuelve a Vetero victoriosa.

—¡Eso es estupendo! —se alegró Adía.

—No queríamos hacerlo público hasta que el ejército estuviese más cerca, para que el júbilo del pueblo no se extinguiera con el paso de los días —dijo Atanasio—. No obstante, las pérdidas fueron muy grandes.

—¿De cuántas bajas hablamos? —preguntó Mohenjo.

—Casi la mitad de las fuerzas imperiales. —El capitán de Lorry se sorprendió: el número era muy elevado—. La victoria ha tenido un gran coste.

—Y ahora —continuó la Emperatriz, con gran pesar en la voz—, se les va a exigir un nuevo esfuerzo: que participen en una guerra todavía más terrible. Es horrible que seamos nosotros, unos ancianos, quienes después de tantos años de paz imperial tengamos que mandar a jóvenes al campo de batalla. No es justo.

Baako se levantó y, por primera vez en muchos años, quizá en su vida, hizo una profunda y sincera reverencia. Mirando a los ojos de Danais con emoción, le dijo:

—Señora. Nada es justo en esta vida. Pero hemos de luchar para que lo sea.

El resto de la tarde lo dedicaron a la planificación de las grandes decisiones que el Imperio iba a tener que tomar. Atanasio y Danais entendieron a la perfección que todos los recursos de Vetero debían ser destinados a la lucha contra el terror que estaba a punto de abalanzárseles desde el norte. Llamaron a los miembros de su Consejo Imperial y les hicieron partícipes de las ideas generales para desarrollarlas en común. Cuando era bien entrada la noche, agotados por tantas horas de reunión y con un intenso dolor de cabeza, los presentes abandonaban la Sala del Consejo sabiendo que su trabajo solo acababa de empezar, y que el destino de la humanidad dependía, en buena parte, de ellos.

En los días siguientes, con una velocidad poco menos que milagrosa, se desbrozó una enorme extensión de terreno al este de la capital del mundo para que fuera habilitada como campo de entrenamiento capaz de albergar a decenas y decenas de miles de reclutas, se cursaron órdenes de leva obligatoria para los jóvenes de edades inferiores a los treinta años, se estableció un nuevo régimen de impuestos en especie que satisfaría las voraces necesidades del colosal ejército que se proyectaba y se enviaron misivas a gobernadores y abanderados de las provincias más alejadas de Vetero, conminándoles a cumplir a rajatabla lo que en ellas se decía.

En las coplillas populares, Atanasio y Danais empezaron a ser considerados unos viejos chivos a los que por fin se les había ido la cabeza tras años de gobierno pacífico y sosegado, pero el firme apoyo de los Consejeros y los más elevados cargos del Imperio, que habían sido testigos de primera mano del horror dorado de Abaven en la Sala de Audiencias del Palacio del Estatuto, impidió que el descontento cristalizara en algo más que en mero desahogo.

El Imperio vetero antepuso a todo el convertirse en una máquina de guerra

implacable, perfectamente engrasada, que consumió recursos sin medida, pero que era la única forma, en realidad, de procurar un futuro para la especie humana.

Baako no quiso que nadie salvo él fuera quien avisara a sus compañeros del desierto de Milaján, y dejó preparados los arreos de un par de caballos para salir cabalgando antes que se levantara el sol. Luego, de camino a su habitación en la embajada de Lorry, se encontró con Ziresa, la dama de compañía y amiga de la reina Adía, con quien aún no había coincidido. La miró y le deseó buenas noches, pero ella parecía tener ganas de hablar.

—Es usted Baako, ¿verdad? —dijo—. He oído hablar mucho de usted.

—En efecto. —Le tendió la mano con educación—. A usted, señora, sin embargo...

—Soy Ziresa —aclaró, respondiendo al saludo, y a Baako le sorprendió lo fuerte de su apretón que para nada casaba con su figura menuda y delgada, más propia de una mujer recién salida de la adolescencia—. El erudito, Glabro, le tiene en alta estima, señor.

—Nos conocemos de hace mucho —dijo él, con gesto cortés pero cansado, haciendo ademán de dar un paso en la dirección en la que iba antes—. Ha sido un placer conocerla, Ziresa.

—¡Oh, perdóneme! —se azoró—. Iba usted a su alcoba. Como es tan pronto, pensé que...

—No se preocupe. No pasa nada, Ziresa. Es solo que mañana saldré al alba.

—¿No acaba de llegar? ¿Y ya está yéndose de nuevo?

A Baako le hizo gracia la cara que puso, pues le recordó a una niña enfurruñada. Su rostro, de hecho, tenía un aspecto algo infantil, con esa nariz respingona y los labios finos, en hermoso contraste con unos ojos grandes y vivarachos. Lo que Baako no sabía era que Ziresa, bajo esa pinta aniñada, tenía una gran determinación y una férrea voluntad, así como un temperamento que, cuando estallaba, parecía que se hubiera desatado una tormenta.

—Me temo que sí, señora —dijo—. No podemos perder un momento.

Ella asintió.

—Lo entiendo. Quizá a su vuelta podamos hablar con más tranquilidad...

Baako la miró mientras ella lo contemplaba casi anhelante y hacía descender con lentitud sus párpados. Pensó en si lo que estaba haciendo era

coquetear con él y esbozó una sonrisa, complacido.

—Delo por hecho, Ziresa —prometió, despidiéndose con una reverencia y, cuando ella se alejó por el pasillo, volvió la cabeza para mirarla. Había que reconocer que era bonita.

En su habitación le esperaba su padre. Melek, sin que le dijeran nada, se autoimpuso una clausura y Baako, ya lo bastante ocupado, se había desentendido de él. Había llegado a un punto, mucho tiempo después de encontrarlo en Fauces del Golfo, en que lo que le pasara a su padre no le importaba en exceso. Tampoco creía que fuera a hacer nada perjudicial y pensaba, incluso, que el dolor que había mostrado ante las barbaridades de Abaven de las que había sido testigo era sincero. Aunque ya no deseaba castigarlo por lo que hizo, tampoco había llegado el perdón a su corazón y optaba por la solución más fácil: obviarlo.

No obstante, no podía llevárselo con él a Milaján, pues solo lo retrasaría. De hecho, también se había negado al ofrecimiento de Adía, que le propuso a Mohenjo como acompañante, creyendo que podría ir más rápido él solo.

—Hijo —le dijo Melek, volviéndose cuando Baako entró en la habitación. Estaba escribiendo algo inclinado sobre un pupitre, y dejó la pluma en el tintero.

—Mañana saldré de nuevo hacia Milaján —espetó, derrumbándose sobre una de las dos camas de la alcoba y comenzando a tirar de sus botas para quitárselas—. Tú te quedarás aquí.

—Como quieras —respondió solícito, y volvió a su tarea.

—¿Qué escribes? —inquirió, aunque sin interesarle en realidad, sino más bien por decir algo.

—Es algo que me ha pedido Glabro. —La punta de la pluma rascaba el papel produciendo un suave sonido de arañazos—. Ha estado hace poco aquí, en el cuarto. Te estaba buscando.

Baako asintió, mientras se desabrochaba los calzones, con aire ausente. Su mente ya estaba lejos de ahí, camino del reencuentro con su hermano Enu.

—Es un hombre muy agradable —continuó Melek al ver que su hijo no participaba en la conversación—, aunque un poco caótico. Quizá sus estudios sobre Abaven...

—Lo hayan vuelto loco —terminó Baako, ahora consciente por completo de lo que decía su padre.

—Sí, eso creo. Lo que hemos visto, lo que sabemos que puede hacer...

—Él ha sido testigo desde el principio, Melek. Estuvo ahí cuando todo

comenzó y ya sabía lo que iba a pasar. Su vida ha sido muy dura desde hace mucho tiempo. Más dura que la de muchos de nosotros —agregó con una honda pena.

—Hemos hablado sobre todo eso, y creo que debería ayudarle.

—¿Ayudarle? Los emperadores van a poner a su disposición los recursos de Vetero para encontrar todo lo que pueda sobre Abaven.

—Sí, lo sé. —Melek pareció dolido—. Pero yo también he visto lo que Abaven puede hacer, y te recuerdo que conocí...

—Sí, fuiste uno de ellos —le interrumpió, con dureza—. Lo cierto es que no hace falta que lo digas, Melek. Me acuerdo a la perfección.

»¿Sabes una cosa? —En su tono apareció la hiel y el desprecio al recordar lo que más desdeñaba de su padre—. Haz lo que te dé la gana. Ayúdalo, escribe poesía, emborráchate con vino barato..., lo que quieras. Pero si vuelvo y me entero que has entorpecido siquiera un poco la lucha contra Abaven, o si has molestado a Glabro lo más mínimo, te juro que retomaré mi idea de arrancarte la cabeza de los hombros.

Tras palabras tan duras, Baako sopló sobre la tenue llama del candil, metiéndose con bruscos movimientos en la cama. Melek, que se había dado la vuelta para que su hijo no viera las lágrimas correr por sus mejillas, lloró sintiéndose el hombre más desdichado del mundo.

Esa noche, Ziresa no pudo dormir bien. Dio vueltas y más vueltas en la cama pensando en Baako, sintiéndose excitada porque, pese a que se había comportado de forma un tanto fría con ella, no podía evitar recordar su cuerpo esbelto y masculino, de piel tostada y facciones que le resultaban exóticas y atractivas. Se lo imaginó junto a ella, en la cama, abrazándola y tocando con su piel su cuerpo.

Quizá se tratara de todo lo que Glabro había hablado acerca de los Látigos Libres y su intrépido líder, elevándolo a unas alturas propias de héroes legendarios, lo que había creado en Ziresa una imagen tan subyugadora.

Ahora bien, el nuevo día la devolvió a la realidad y no tuvo mucho tiempo de pensar en el guerrero mestizo que además, según se le dijo, tampoco estaba ya en la ciudad para cuando ella acudió a los aposentos de Adía.

Se extrañó al ver frente a la puerta de la reina un hombre enorme, embutido en una armadura a medio camino entre el ceremonial pomposo y el aspecto amenazador, que adelantó una mano para indicarle que no podía entrar.

—Soy la dama de compañía de la reina Adía, señor —protestó un tanto ofendida.

—Lo siento —dijo él de modo cortés, pero con voz dura—. La emperatriz Danais está reunida con la reina Adía y no pueden ser molestadas.

Ziresa estuvo a punto de soltar un grito. ¿La emperatriz ahí, en la habitación de Adía? ¿Tan temprano? ¿Qué había llevado a la mujer más poderosa del mundo a...

La puerta se abrió, interrumpiendo el curso de sus pensamientos, y la cara sonriente de Adía se asomó al umbral.

—Por favor —le dijo al guardaespaldas personal de Danais—, déjela pasar.

El hombre enarcó una ceja mirándola, pero la voz de la emperatriz desde dentro confirmó la orden, por lo que se retiró a un lado e inclinó la cabeza con respeto mientras Ziresa pasaba a su lado, aún anonadada. Adía cerró la puerta tras ella y le indicó una butaca. Turbada, dudó entre hacer una reverencia o hincar la rodilla en el suelo, pero Danais sonreía y se levantó dando un par de ágiles pasos hasta ella pese a su edad y le cogió las manos entre las suyas, un par de delicadas, blancas y jóvenes manos entre otras más ancianas, duras y sarmentosas pero que irradiaban calor y afecto.

—Parece que te has quedado sin habla, niña —le dijo Danais, acariciándole la mejilla luego.

—Excelencia. Majestad, yo...

Adía rio con suavidad:

—Creo que es la primera vez que no sabe qué decir, Danais.

El que su amiga y señora tuteara a la emperatriz todavía la confundió más.

—Vamos, querida —dijo la emperatriz volviendo a su asiento y cogiendo un pastelito de manzana que reposaba en una mesita auxiliar colocada en el centro del triángulo que formaban las butacas—. Coge uno de moras.

Ella, de forma casi mecánica, obedeció pese a que no tenía nada de hambre y comenzó a masticar el hojaldre. Delicioso.

—Estábamos hablando —le puso al corriente Adía— de un plan de contingencia.

Ziresa asintió, sin saber qué decir.

Danais se limpió la comisura de los labios y unas miguitas le cayeron al regazo, expulsándolas con despreocupación.

—Mi señor esposo —dijo—, como todos los grandes hombres, tiene perfecta confianza en obtener la victoria en la guerra que se avecina.

—¿Y vos no? —se sorprendió diciendo Ziresa.

—No es eso —replicó—. No solo quiero creer que vamos a vencer a Abaven, sino que lo sé. La victoria se logra, en primer lugar, en el corazón de uno mismo.

—Los recursos de Vetero son enormes —terció Adía—, y el Enemigo no lo va a sorprender desprevenido como a Lorry.

Las dos mujeres bajaron la vista entristecidas al pensar en su pobre patria.

Danais carraspeó y la cara pareció avinagrarsele, como si no le gustara mucho lo que iba a decir a continuación.

—Pero debemos estar preparados para todo. Incluso para lo peor.

—¿Para una derrota? —preguntó Ziresa con un hilo de voz, y las otras mujeres asintieron con la cabeza.

—Adía me ha contado sobre las penalidades que los refugiados vivieron, y no quiero que esas escenas de pesadilla se repitan; no quiero que la gente tenga que sufrir lo indecible y ser exterminada como ganado en el barro, medio muerta de hambre y enfermedades.

—¿Y qué se va a hacer al respecto, Excelencia? —preguntó Ziresa crispando los puños al recordar que ella misma, por un tiempo, fue una refugiada arrojada a los caminos.

—He solicitado a Atanasio que Adía encabece una comisión que examine las mejores formas de proceder en el peor de los casos y que prepare la potencial evacuación hacia el oeste de los millones de habitantes de Vetero afectados por la guerra.

La dama de compañía abrió la boca de tal modo que sintió dolor en las mandíbulas.

—El emperador —decía Adía, tomando la palabra— ha aceptado, y mi primera acción es nombrarte a ti Secretaria de dicha Comisión.

Ziresa se señaló con un ademán casi infantil.

—¿Yo? Pero..., tal cantidad..., tal volumen de gente es...

—Enorme —la interrumpió sonriendo la emperatriz—. Lo sé. Por eso esta tarea requiere de gente inteligente y trabajadora, que esté dispuesta a dejarse la piel en ello. Y, según me ha dicho Adía, eres una de esas personas, ¿no es así?

—También formarán parte de ella Necto y Nidama, por las razones que puedes suponer —apostilló la reina de Lorry.

—Yo... Es un tremendo honor, señora... Alteza. —Miraba a una y otra, no sabiendo muy bien a quién dirigirse, y aunque se sentía azorada también

notaba en su interior un placentero calor producido por la satisfacción y el orgullo—. Daré mi vida si es preciso.

La rimbombancia de su frase final produjo las carcajadas de Danais y una benévola sonrisa de Adía. Ziresa se sonrojó hasta las orejas, consciente de haber dicho una exageración.

—Esperemos no llegar a eso, amiga mía —le dijo Adía.

Conforme los días pasaban, la población del Imperio se hacía más a la idea de estar viviendo un momento decisivo en la historia. Si las medidas fueron en principio tomadas con refunfuños y desgana, la cotidianeidad de las mismas hizo que formaran parte de la rutina, algo que se hizo tan normal como la jornada de trabajo y, si aún se oían chanzas y algunas caras torcían el gesto al hablar de las levadas, las requisas o los impuestos, en general la gente asumió las órdenes imperiales como algo tan inevitable como el mojarse bajo la lluvia.

El titánico campamento militar se desarrolló y creció hasta competir en tamaño con la propia capital del mundo, y decenas de miles de reclutas fueron equipados y formados a toda velocidad para ser insertados en los centenares de unidades en que se dividía el mayor ejército que nunca jamás ojos humanos hubieran visto. Hombres y mujeres llegaban cada día desde todos los lugares del Imperio y pasaban a formar parte, como una pieza más, de las fuerzas que se levantaban para ser el muro contra el que Abaven se estrellaría.

Del mismo modo, las oficinas de propaganda imperial comenzaron a deslizar noticias sobre aquello a lo que se enfrentaban. Al principio, mezcladas con los ecos de la magnífica victoria contra los sureños, eran poco más que rumores acerca del nuevo poder surgido en el norte, pero pronto comenzaron a desvelarse detalles más siniestros y oscuros de las fuerzas que amenazaban al Imperio. La oficialidad del ejército fue informada con todo lujo de detalles y, en breves, las historias comenzaron a correr de boca en boca en las tabernas y mercados, magnificadas y exageradas, por lo que desde el Palacio del Estatuto hubo que proporcionar una información no adulterada por la imaginación de aquellos que difundían noticias entre el pueblo.

El mismo Atanasio pronunció varios discursos y firmó con su propia mano documentos que aclaraban qué era Abaven y cuáles eran sus armas, siendo sus palabras repetidas hora tras hora por pregoneros en las plazas. En

contra de lo que en el Consejo Imperial habían supuesto, lo más extraño de todo resultó que la población no entró en una espiral de histerismo al saber a ciencia cierta en qué consistía el poder del Enemigo, sino que lo adoptó con resignación. El conocimiento de ello incluso hizo que la moral se mostrara más elevada, como si saber qué era lo que había que combatir hubiera inflamado los espíritus de todos ellos, desde el más humilde verdulero hasta el regidor de una ciudad importante.

Vetero demostró, en esos tiempos previos al estallido de la tormenta, poseer lo mejor y más valiente de la humanidad.

Y mientras, Glabro, al frente de su propio pequeño ejército de escribas, literatos y ayudantes de biblioteca, siguió escarbando entre los tomos polvorientos, leyendo los quebradizos papiros confeccionados siglos atrás, consultando una y otra vez antiguos libros repletos de crípticas referencias y examinando los informes que se hicieron de tradiciones orales, de relatos contados en las noches de primavera.

Melek, cuya llama interior ardió con fuerza renovada al encontrar una nueva misión en su vida, fue aceptado por Glabro y se convirtió de inmediato en amigo y confidente suyo, quizá por ser el padre de quien era, dado el cariño que aquel profería a Baako.

Los dos pasaban gran cantidad de horas juntos, hablando y discutiendo sobre Abaven y sus nombres, sus ritos y sus objetivos pero, sin duda, lo que más les fascinaba era la historia de Imala y ambos sabían que la victoria contra el Enemigo pasaba por repetir lo mismo que la sacerdotisa, tiempo atrás, había logrado.

—La plata —decía Glabro una y otra vez—. La plata es la clave para vencer a Abaven.

—Estoy de acuerdo —coincidía Melek—, pero no hemos encontrado ni rastro de ella.

—Con el paso de las generaciones ha debido diluirse... Es posible que hace mucho fuera algo normal. Pero, ahora..., es como si fuéramos unos hijos que han perdido la pureza.

—Creo que estás equivocado, Glabro —le contradecía Melek—. Más bien pienso que la plata en los ojos de los magos de la antigüedad se debe a que ese antiguo dios contrario a Abaven decidió manifestarse en el cuerpo humano. Infiltrarse en algunos elegidos, por así decirlo.

—Veo qué quieres decir, amigo. Pero lo que no sé es por qué esa... luz de plata se difuminaría con el paso del tiempo.

—Hay cosas sobre nosotros mismos que desconocemos. Quizá cuando se tiene un hijo, solo parte del padre y la madre pasa al descendiente. Si solo uno de ellos poseía la plata en su interior...

—Entonces, todo está perdido.

—No debemos desesperar, Glabro. También es posible que, aunque no se muestre como una característica visible, la plata continúe oculta en el interior de algunos.

—Pero entonces, ¿cómo podremos encontrar a esos... elegidos?

Por desgracia, no tenían respuesta para ello, así que seguían hundiendo sus caras en los libros hora tras hora, buscando una posible forma de adquirir los extraños conocimientos que en el pasado la humanidad había dominado.

De entre los Consejeros de Atanasio, pocos había más ocupados que Serena. Apenas tuvo tiempo de celebrar su triunfo en el sur que se veía de inmediato embarcada en otra operación militar todavía más colosal. El encargo de levantar casi de la nada un ejército de un millón de efectivos no es que le quitara horas de sueño. No, lo cierto es que no le dejaba dormir y aunque la enormidad de la tarea le obligaba a delegar en una gran cantidad de altos rangos, parecía que todo, desde el aprovisionamiento de botas a la estructuración en divisiones, requería de su atención. La relación con su hija, ya tirante, sufrió por ello, y dado que la muchacha le echaba en cara cosas reales o ficticias sintiéndose con derecho a hacerlo por ser una adolescente, Serena optó por instalarse de modo permanente en el campamento, dejándolo tan solo para acudir al Palacio del Estatuto cuando la citaba el emperador. ¡Qué diferencia con Colino, su formal y callado hijo que, cuando su trabajo se lo permitía, la visitaba!

Por desgracia para ella, a sus espaldas crecía un movimiento reaccionario que le podía complicar la existencia. Sumida por completo en la ardua labor que se le había encomendado, no tenía tiempo ni paciencia para contemplar los aspectos más políticos de su cargo. Por ello, le extrañó lo que Fabiana, recién ascendida a general como muchos otros para cubrir la necesidad de altos oficiales en el ejército, le dijo en una calurosa mañana otoñal que presagiaba que los gélidos vientos del invierno se retrasarían ese año. Había solicitado una audiencia privada y, cuando dispuso de un hueco en su apretada agenda, se la concedió recibéndola en la caseta que se había levantado para la Consejera, un híbrido entre cuartel de mando y vivienda personal en la que se amontonaban las órdenes y los mapas desparramados

sobre mesas y sillas. La impresión era de caos, lo que contradecía la personalidad tan dada a la planificación al detalle de Serena.

Fabiana había aceptado la infusión fría que le ofreció la Consejera y sorbió el líquido que le proporcionó Eritreo, el asistente personal de Serena, antes de dejarlas a solas.

—Sé que no tiene tiempo señora —dijo Fabiana, echando hacia atrás la melena rubia que, en contra de lo que las recomendaciones militares señalaban, llevaba suelta—, así que seré breve.

—Adelante, por favor.

—Señora, el general Héctor se puso en contacto conmigo ya hace meses, cuando llevamos a cabo las operaciones contra los sureños.

Serena entrecerró los ojos. Veía al anciano Héctor como un tipo picajoso e inquietante, pero efectivo en su trabajo. Como oficial encargado de la Inteligencia Militar, sus informes siempre eran detallados y carecían de defectos. Muchos habían sido licenciados con deshonor o encerrados una temporada en prisión gracias a las muy agudas investigaciones que sus efectivos llevaban a cabo.

—¿Le ha acusado de algo, general? —inquirió.

Fabiana negó con la cabeza, provocando una cascada de trigo maduro en torno a sus hombros:

—No, señora. En ese momento, lo que me señaló era la necesidad de nombrar un nuevo Consejero, alguien más acorde con... el espíritu tradicional del Imperio.

—Un hombre —adivinó de inmediato Serena—. ¿Quién era el elegido?

—Andeseo, señora.

Serena bufó en voz baja. El estúpido Andeseo había desobedecido la orden de acudir de inmediato a las orillas del Mar Interior para reunirse con el grueso del ejército imperial en la persecución de los sureños y, en una carambola de ridiculez, había aceptado librar un combate singular que acabó con su vida. Por fortuna, él había sido la única baja en toda la falange de quince mil soldados que se adentraron en las tierras salvajes.

—¿Y por qué se lo dijo, general?

—Señora —contestó Fabiana, un tanto inquieta—. Andeseo y yo éramos amantes.

—Ya veo. —Serena enarcó una ceja; tenía a Fabiana por alguien más inteligente. Aunque en el amor y la cama, muchas veces no se piensa con la cabeza.

—Su muerte hizo que Héctor se quedara sin candidatos a la Consejería de Guerra, pero ahora, con todo esto en marcha —dijo señalando hacia la ventana—, puede que haya vuelto a poner en funcionamiento la conspiración.

—¿Y de nuevo le ha hecho partícipe de ello? —En la pregunta de Serena había cierto tono de incredulidad.

—Sí, señora. Cree que comparto sus ideas.

—Pese a ser una mujer. —Serena casi rio.

—Así es. Cuando me habló de Andeseo...

—Creyó que usted estaría dispuesta a hacer lo que fuera por él. —De nuevo, Serena intuyó lo que Fabiana quería decir, ahorrándole a esta un sentimiento de vergüenza—. No importa lo que se hablara entonces, general. Lo que cuenta es el ahora. Usted ha comprendido que hay aquí en juego algo mucho más importante que unos absurdos juegos de política misógina, y hablaré con el emperador para que se resuelva. No podemos consentir perder el tiempo en rencillas internas cuando lo que está a punto de decidirse es el propio futuro de la humanidad.

»Si se le vuelve a acercar, disimule, pero no se comprometa. Prometo intentar resolver este enojoso asunto lo antes posible. Le estoy muy agradecida por su sinceridad, general. Fabiana —concluyó con un ademán de la cabeza.

La joven se levantó y saludó a su superior ufana, agradecida por sus palabras y por la rara muestra de afecto que había demostrado llamándola por su nombre.

Salió de ahí con la sensación de haber cumplido con su deber.

Cuando Baako volvió cabalgando al frente de los látigos Libres, el momento de la batalla se acercaba. Se dirigió a ver a los emperadores en cuanto entró en la capital del mundo, dejando a Deka y Enu al cargo de la gran columna de refugiados de Lorry que les acompañaba. También se les había unido un importante contingente de miembros de la Caravana de la Libertad, los cuales comunicaron que Horacio decidió permanecer en Dorado, dispuesto a seguir ahí hasta el último momento. Baako temió por él.

Los instalaron en la zona reservada para ellos, anexa al campamento imperial. Los Altos Señores de Vetero se encontraban inspeccionando las carretas que la Comisión de Refugiados presidida por Adía había mandado hacer para el traslado urgente de heridos, niños y ancianos.

—Excelencias —les dijo el guerrero al entrar, aún manchado por el polvo

del camino, sudoroso y cansado—, se nos acaba el tiempo.

Sin más ceremonias, Atanasio y Danais despidieron a funcionarios, burócratas y algún que otro noble que no tenía otra cosa mejor que hacer en ese momento e hicieron pasar a Baako al interior de uno de los carromatos hospital. Adía, dándose cuenta de que Ziresa miraba embobada al guerrero mestizo como si fuera una niña, pellizcó a su amiga para que volviera al mundo real y siguiera con su trabajo.

—¡Ziresa! —le dijo—. ¡Que tenemos cosas que hacer como para perder el tiempo contemplando a un hombre!

—Perdón, Alteza —contestó ella con vergüenza—. Me pregunto qué estarán hablando...

—Sí. Y lo fuertes que son sus brazos.

—¿Qué? —Ziresa notó las orejas ardiendo.

—Que también te estás preguntando, de paso, lo fuerte que te puede coger Baako entre los brazos.

—Yo... —balbuceó, mirándose una mancha inexistente en la palma de la mano.

—Vamos, vamos, es broma. —Adía le palmeó el hombro riendo—. Aunque te entiendo.

—¿Alteza?

—Que te entiendo. Es guapo, sí.

—¡Oh!

—Vamos, vamos, Ziresa. Continuemos con lo que estábamos. Esta tarde, ya veremos si podemos cenar con él y a ver qué pasa, ¿eh?

Adía terminó guiñándole un ojo, y su amiga respondió con una sonrisa. Sí, no estaría mal poder estar un rato con Baako.

El carromato era amplio, espacioso, con una zona habilitada para colocar literas y otra para equipamiento quirúrgico. Mientras que los emperadores se sentaron en uno de los catres, Baako lo hizo frente a ellos, en el suelo, cruzando las piernas. Cualquiera que los hubiese visto en esas circunstancias hubiera dudado que se trataba de tres de las personas más importantes del mundo. La luz entraba por uno de los ventanucos e incidía sobre Danais y Atanasio, creando un efecto que simulaba una corona de luz en sus cabezas.

—Dices que no queda tiempo —comenzó Atanasio, sintiendo un nudo en el estómago.

—Así es. —Baako asintió moviendo con lentitud la cabeza, subrayando la

fatalidad en sus palabras—. Poco después de llegar al campamento de mi gente, los exploradores destacados cerca de la capital de Lorry comunicaron que la ciudad había quedado desierta.

—¿Desierta? —preguntó confusa Danais.

—Todos los siervos de Abaven la habían abandonado, emprendiendo la marcha hacia el sur. Un ingente ejército armado y acorazado se encamina sin descanso hacia aquí, sin necesidad de comer o dormir, recorriendo toda la distancia que pueden cubrir a marchas forzadas.

Atanasio hundió la cabeza entre las manos mientras Danais se mordisqueaba nerviosa el labio inferior.

—Todas las unidades que Abaven tenía desperdigadas por el reino se les fueron uniendo en el camino, según se me informó. Se dirigieron al paso del Roble.

—Tiene lógica —dijo Atanasio—. Es la zona que ofrece más facilidades para el paso de una hueste tan grande.

—Eso jugó en nuestro favor —continuó Baako—. Mi gente siguió un camino más corto, lo que nos ha permitido llegar con antelación.

Danais no se atrevía a preguntarlo pero, con un hilo de voz, lo hizo de todos modos:

—¿De cuánta antelación hablamos, Baako?

—Una semana, calculo. —Dudó e hizo un gesto de resignación—. Lo más probable es que estén ante nosotros en seis días.

Los emperadores se miraron y Baako los vio como unos ancianos cansados y marchitos, con los hombros hundidos y las cabezas gachas pero, de inmediato, pensó que habían demostrado un talante de hierro y una capacidad fuera de toda duda. Por ello, se obligó a no desesperar y confiar en que, del mismo modo que el Enemigo era una fuerza terrible y que los tiempos que les tocaba vivir suponían una durísima prueba, también los representantes de la humanidad poseían poder y determinación, suficiente como para plantar cara al aciago destino que se les echaba encima.

—¿Está preparado el ejército? —preguntó por fin el joven.

—Nunca se puede decir que algo así esté preparado por completo —respondió Atanasio con tristeza—, pero está todo lo que podría estarlo.

—No podemos dejar que lleguen tan cerca de la capital —reflexionó Danais—. Tenemos que interceptarlos.

El emperador asintió. Era un apasionado de la cartografía y en su mente había una gran cantidad de información sobre las regiones del imperio. Hizo

cálculos, repasando las tierras que había entre la capital del mundo y el paso del Roble, teniendo en cuenta la distancia que sus tropas podían cubrir en pocos días. Se le iluminó el rostro y sonrió cuando dio con la solución.

—Las planicies del río Bravo.

—¿Junto al Bosque de los Susurros? —concretó su esposa.

—En efecto. Ahí interceptaremos a Abaven.

—Una cosa más. —Baako levantó la mano para que la conversación no se diera por zanjada, habiendo dejado algo de suma importancia para el final—. Mis exploradores señalan que el Faro de Lorry se ha apagado. La luz de Abaven viaja con la hueste.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Danais, intrigada.

—Abaven va con ellos y los encabeza.

Los dos emperadores abrieron la boca, sin saber qué decir. Baako fue quien dio forma a los pensamientos de todos ellos:

—Si acabamos con él, terminaremos con esta guerra.

Así pues, el Imperio preparó los últimos detalles y las personalidades más importantes de Vetero tuvieron una última reunión, esa misma tarde, para determinar lo que estaba hecho, lo que había que hacer y lo que, por desgracia, debía dejarse de lado por falta de tiempo.

Serena tuvo que establecer un plan de batalla a grandes rasgos y cursó las órdenes necesarias para que, al alba del día siguiente, el mastodóntico ejército humano se encaminase hacia la zona que había sido designada como el campo de batalla. Atanasio decidió que él estaría al mando de uno de los cuerpos de ejército, y la Consejera, conocedora de su antiguo pasado marcial, creyó que era una buena decisión.

Danais, por el contrario, trabajaría codo a codo con Adía. Al mismo tiempo que las botas de los soldados marcharan hacia el noreste, ordenaría dar comienzo a las tareas de evacuación de los niños y ancianos de la capital, los más desvalidos. Si sucedía lo peor, llevarían ventaja. Tanto Danais como Adía, en el fondo, pecaban de optimismo porque en caso de derrota de las fuerzas imperiales no habría fuerza que impidiera al ejército de Abaven seguir avanzando hacia el oeste, hasta llegar al Gran Océano para acabar con todos y cada uno de los estados humanos.

Era algo inconcebible.

Baako no quiso sacrificar la independencia de su pequeña fuerza y, aunque su número parecía insignificante dentro de la gigantesca fuerza

militar, su experiencia en la lucha hacía que fueran una pieza importante en la misma; Serena la mantuvo dentro de la disposición como una unidad de elite sin asignación específica previa, con gran libertad de movimiento.

Por último, se hizo que Glabro seleccionase los tomos que más valor tenían en la lucha contra Abaven para ser incorporados a la columna organizada por Adía y ser así, en caso de catástrofe, salvados para la posteridad. A todos ellos, por supuesto, incorporó sus propias anotaciones, informes y teorías, ayudado por Melek, con quien había forjado una gran amistad.

Atanasio, con la capa de gruesa lana teñida de púrpura, subió a un hermoso caballo blanco y, mientras los primeros dedos rosados de la aurora asomaban por el horizonte, levantó el estandarte imperial, indicando al ejército que lo siguiera.

Un millón de bocas gritaron el nombre del Imperio.

Vetero marchaba hacia la guerra definitiva.

Por supuesto, el emperador no encabezaba el enorme ejército. Poco después de ordenar el inicio de la marcha, se detuvo junto a algunos generales y contempló filas y filas de mujeres y hombres pasando frente a él. Los miró con orgullo, como un padre a sus hijos, y les dedicó sonrisas de ánimo que fueron bien recibidas por la tropa.

Los infantes pesados avanzaban con cansancio debido a sus corazas, con más ligereza los que solo llevaban protecciones de cuero, resplandecientes los oficiales en uniformes que aún no habían visto una batalla, orgullosos los escuadrones de caballería que levantaban sus largas lanzas en homenaje.

Atanasio también sintió una punzada de compasión, porque muchos de ellos no volverían a su hogar. Se volvió hacia Serena, que estaba contemplando con detenimiento un papel en el que había trazado un esquema de la disposición del ejército.

—Consejera —le dijo, y ella recogió de inmediato el papel en la solapa del pecho de su sobrevesta.

—¿Excelencia?

—Sigo sintiendo cierta inquietud.

—¿Por lo del general Héctor? —inquirió ella, haciendo referencia a la conversación que habían tenido con respecto a lo que le había contado Fabiana.

—En efecto —él asintió, bajando la voz—. La Emperatriz me ha contado

que ha hablado con la reina Adía, y no puedo dejar de pensar que lo que le ha dicho quizá tenga algo que ver.

—¿De qué se trata, Excelencia?

—Conoce a Glabro, ¿no es así?

—¿El bibliotecario? —preguntó, no muy segura.

—El mismo. Se encarga de los aspectos más... intelectuales de la lucha, por así decirlo.

Serena asintió con la cabeza, sin saber muy bien qué le estaba diciendo Atanasio.

—Fue torturado —continuó él— en casa de uno de los ciudadanos más prominentes de Vetero. En la casa donde se le retuvo, se llevaban a cabo horribles rituales.

—De adoración a Abaven, supongo —lo dijo con tranquilidad, aunque un escalofrío de temor le recorrió la espalda.

—Así es. —Atanasio calló unos instantes, saludando a un joven que presentó su lanza al pasar—. No he sabido nada de ello hasta hace muy poco.

—Eso es raro. —La Consejera lo miró con preocupación—. ¿No hubo investigación?

—Por supuesto que sí, Consejera. Néstor, como se llamaba, fue asesinado en su casa, en una capilla del sótano donde había algo que es mejor olvidar. Lo mató uno de los hombres de la reina Adía, que irrumpió en la casa sospechando que se trataba de un seguidor del Enemigo. Como le he dicho, esto lo sé porque Adía se lo ha contado a mi esposa.

»Ordené de inmediato que me enviaran una copia del informe sobre las pesquisas, pero en él solo había referencias a un allanamiento violento, determinándose que un grupo callejero de ladrones se encontró con Néstor y lo mató.

—Un robo que salió mal —resumió Serena.

—Según el informe oficial, sí. Pero me fío por completo de las palabras de Adía.

—Así que alguien ha mentado.

—Hice que el oficial de la milicia encargado de la investigación fuera conducido a mi presencia, pero no ha habido forma humana de encontrarlo. Temo que haya desaparecido.

—¿Muerto?

—O fugado, no lo sé —dijo él—. La cuestión es que la lógica dicta que hay un grupo que estuvo interesado en que no se conociera la... creencia de

Néstor. Lo cual, por cierto, suena muy parecido a lo que cuentan de los esclavistas del Rastrillo.

—No he oído nada de ello, Excelencia.

—No importa. —Atanasio meneó la cabeza, sacando del bolsillo un rabanito que empezó a mordisquear—. Hay que tener los ojos bien abiertos, Consejera. No podemos permitir que en plena batalla haya traidores que den al traste con nuestros planes. Quiero creer que Héctor, como encargado de la Inteligencia, no está metido en este turbio asunto.

Serena entendió por fin adónde quería llegar el emperador. No obstante, un rápido repaso mental al historial del general le hizo desechar esa idea. Se trataba de un hombre reaccionario, cuyo comportamiento tendente a lo arisco e incluso desagradable se debía, en buena medida, al desempeño de su trabajo, que le obligaba a desconfiar de todo y de todos, pero en sus acciones siempre había purgado elementos indeseables dentro de las filas militares.

No, Serena no tenía indicios que le hicieran pensar en Héctor como un infiltrado de Abaven. De todos modos, se le ocurrió de repente una forma de confirmar sus intuiciones.

—Excelencia —dijo atrayendo la atención del emperador, que también se había sumido en sus pensamientos.

—Diga, Consejera.

—Creo tener la solución al problema.

Cuatro días después, Severo, uno de los generales recién ascendidos para cubrir las perentorias necesidades de altos mandos del ejército imperial, cabalgaba sintiendo el calor en el rostro. Se había quitado el casco hacía un buen rato, porque el sol apretaba y hacía que el sudor le cayera en gruesos riachuelos por la cara. Como buen oriundo del oeste de Vetero, estaba acostumbrado a un tiempo mucho más fresco, colmado de ventiscas y nevadas que descendían desde las cercanas montañas para cubrir las tierras con un manto de blancura.

Sin embargo, no se sentía mal. Al contrario. Se encontraba ufano, lleno de orgullo por participar en una campaña militar tan decisiva. Histórica. Una nueva oportunidad de demostrar sus dotes como general de caballería que le había sido negada en la pasada operación contra los pueblos del sur, pues en el momento en que se lanzó tenía el mando de una guarnición alejada del teatro de operaciones.

Los jinetes a su lado presentaban un aspecto egregio, imponente, con sus

cotas de malla resplandeciendo. Los corceles, enormes bestias de guerra, presentaban protecciones de grueso tejido cubriendo sus cuerpos. Tenía bajo su mando a casi cien mil jinetes de caballería pesada, y pensaba utilizarlos clavando su lanza en el corazón del Enemigo.

También dependían de él los exploradores a caballo que iban por delante del ejército, como a medio día de distancia. Un jinete de vanguardia le hizo saber que uno de los batidores regresaba, y poco después, otro más.

Y un tercero.

Pronto, el goteo se convirtió en riada y todos y cada uno de los exploradores destacados, volvieron a las filas imperiales. Los informes eran inequívocos, y tan importantes, que él mismo espoléó a su caballo y se dirigió hacia atrás, al lugar donde el Emperador Atanasio se encontraba.

Rodeado de una guardia de honor montada y a lomos de un ejemplar magnífico, tan digno como las nobles bestias de su división, Atanasio devolvió el saludo a Severo en cuanto este llegó a su lado. Reconoció también a la Consejera Imperial de Guerra, Serena, que lo miraba con gesto preocupado.

—General —le invitó a hablar Atanasio.

—Excelencia, las fuerzas del Enemigo se encuentran ante nosotros.

El emperador levantó una mano indicando al corneta junto a ellos que hiciera sonar el toque de parada. Pronto los sones comenzaron a multiplicarse conforme se indicaba a los diferentes cuerpos de ejército la orden.

La gigantesca masa de soldados se detuvo, y pareció que el silencio inundara el mundo tras el retumbante sonido de pies y pezuñas hendiendo la tierra.

—¿Dónde, general?

—A orillas del Río Bravo, Excelencia. A unas dos leguas del Bosque de los Susurros.

Serena hizo un gesto de extrañeza y se inclinó sobre su montura hacia Atanasio.

—Justo donde queríamos —dijo—. No me gusta.

—¿Qué hace la hueste del Enemigo? —le preguntó el emperador entonces.

—Excelencia, los exploradores informan que está en orden de batalla, esperando.

—Pero eso significaría que llevan esperándonos ahí...

—Un día al menos, supongo. —El emperador completó las palabras de

Serena—. Imagino que él también cree que ese terreno le favorece en el combate.

—Es posible —asintió Serena—. No hay otro espacio tan llano en el que desplegar tal cantidad de tropas antes de llegar a la capital.

—Sea como fuere, nos viene bien —concluyó Atanasio.

—Me pregunto —reflexionó Serena— si no tendrá esta elección del Enemigo que ver con la criatura que nos merodeaba en el sur.

—¿La alada? —inquirió él; el emperador sabía de los recelos que la figura había despertado en parte del ejército imperial durante la campaña contra los salvajes del sur, que los sobrevolaba y que después Serena había identificado como la abominación que había retado al general Andeseo a celebrar un combate individual.

—En ese caso —la Consejera asintió—, Abaven cuenta con una baza a su favor, al tener ojos que le permiten tener una visión más clara del campo de batalla.

—Poco podemos hacer al respecto, salvo estar atentos por ver si podemos hacerlo caer del cielo. —Atanasio se encogió de hombros; era muy tarde para añadir más factores a la lucha—. Consejera, que el ejército adquiera orden de combate, pero que no avance más. Mañana a primera hora cubriremos la distancia que nos separa con Abaven y libraremos la batalla.

—Así se hará, Excelencia.

Antes de retirarse a dormir, los más altos generales del ejército celebraron un último consejo de guerra, en el que Atanasio cedió la palabra en exclusiva a Serena. Esta recalcó la importancia de las instrucciones que durante los últimos días había estado impartiendo, señalando los aspectos más técnicos y los posibles escenarios que había previsto, así como la forma de reaccionar a las eventualidades.

Todos los reunidos bajo el toldo que servía de tienda al emperador llevaban la mayor parte de la vida dedicados a la vida castrense. Mujeres y hombres de experiencia probada en el mando y el manejo de las tropas pero que, no obstante, se enfrentaban a un desafío de proporciones colosales. Serena lo sabía e intentó infundirles valor y coraje con su actitud profesional y fría, calculadora, metódica, insistiendo en la necesidad de cumplir las órdenes y hacer que los subordinados a su cargo las acatasen, pues ese, y no otro, era el único camino a la victoria.

Sus palabras fueron en general bien recibidas, y confiaron en que vencer

estaba al alcance de su mano. El que Atanasio decidiera dar por concluido el Consejo con unas sonoras palmadas hizo que estallase una salva de aplausos, de modo tal que los soldados más cercanos creyeron que, en lugar de la última reunión previa al combate, se estuviera celebrando una fiesta.

Pero Serena no acudió a su tienda. Prefirió dar un largo rodeo y contempló las unidades junto a las que pasaba, combatientes de entre diecinueve y treinta y cinco años, de todo aspecto imaginable, que jugaban a los dados, bebían los vasos de vino aguado que se les permitía consumir o dormitaban junto a las innumerables fogatas que, convertidas en un tapiz anaranjado, parecían disipar las tinieblas que se cernían sobre ellos.

La luz de los fuegos, de hecho, rivalizaba en intensidad con aquella que se veía a lo lejos, en el este. Un resplandor enfermizo, como si los rayos del sol hubieran permanecido tras el ocaso adquiriendo un tinte lúgubre y macabro. Brillaba con fuerza, y no pocos buscaron refugio en plegarias elevadas a los numerosos dioses de Vetero, tal era el temor que despertaba en los corazones humanos.

Asintió para sus adentros. La organización de lo que alcanzaba a ver era correcta. Los grandes cuerpos de ejército se habían subdividido en partes más pequeñas y estas, a su vez, en otras. Así sucesivamente, hasta llegar a las escuadras de veinte integrantes, la unidad operativa más pequeña. Pensándolo bien, parecía imposible haber realizado esa titánica tarea de organización en tan poco tiempo, lo que despertaba una sensación de puro orgullo en ella.

Eritreo le ofreció una jarra de agua aromatizada con limón al llegar a su puesto. No había mandado levantar su tienda, aunque le correspondía por su cargo, pues prefería dormir al raso. Era una noche hermosa, después de un día en el que la temperatura había sido inclemente, y quería contemplar las estrellas antes de cerrar los ojos.

Si Abaven lograba su objetivo no habría más estrellas, ni más belleza. No habría nada.

—Eritreo —dijo a su asistente, que estaba sentado a su lado remendando un roto en la manga de su camisa.

—¿Señora?

—¿Tienes pensado casarte? ¿Tener hijos? —le preguntó, mirándole a los ojos con dulzura maternal.

—Señora, yo... aún soy joven —respondió él, algo azorado.

—Lo sé. Envidio tu juventud. Mi hijo tiene tu edad, más o menos.

—Sí, señora. —Se conocían de haberse visto cuando su hijo Colino había

acudido a visitarla en el campamento.

—Nosotros, los mayores, luchamos por vosotros. Por vuestro futuro. Por el de Colino y el tuyo, Eritreo.

—Lo sé, señora —respondió él, emocionado—. Es de justicia que nosotros también luchemos por eso.

—¿Justicia? No estoy segura. No me parece justo que alguien, casi un niño, tenga que arriesgar su vida antes de haber conocido lo que esta puede darle.

Lo tocó en la cara, mostrando una sensibilidad que nunca antes le había dejado ver.

—Señora. —Eritreo no parecía incómodo y se permitió una sonrisa afectuosa—. Soy feliz. Sé que muchos morirán mañana, y aunque espero no estar entre ellos, si eso pasa lo haré combatiendo por Vetero y por la humanidad.

Dejó la mano apoyada contra la mejilla de Eritreo, que no se movió un ápice. Serena tembló por un momento y decidió acercarse a él, depositando un beso en los labios del joven. Hacía tanto, tanto tiempo que no besaba a nadie de esa manera que se recriminó por lo torpe que había sido. Sin embargo, Eritreo se mostró de acuerdo con su propio cuerpo, acercándose a ella.

—Duerme conmigo esta noche, Eritreo. —Y el joven accedió a lo que, más que una orden, era una súplica de una mujer que anhelaba sentir un cuerpo junto al suyo.

Quizá por última vez.

Era noche cerrada y el grupo avanzaba por entre los juncos, haciendo que las ranas croaran ofendidas a su paso por haber sido despertadas. Se trataba de veinte soldados imperiales, de la sección de infantería ligera destacada a la zona más al sur del lugar donde se produciría la batalla. Eran los que más adelantados estaban con respecto al grueso del ejército y, aunque en sus rostros se apreciaba un rictus estoico, el tener que chapotear por las aguas pantanosas creadas por el antiguo curso del Río Bravo les hacía blasfemar para sus adentros.

Hundiendo por enésima vez la pierna hasta la rodilla en barro, la soldado Zulema preguntó, sin alzar mucho la voz:

—¿Me recuerda otra vez por qué tenemos que chapotear en este sitio, jefe?

El aludido, Targo, un hombre de tripa oronda y pecho de barril que se movía con agilidad pese a su peso, se volvió con un brillo reprobador en los ojos. El grupo se detuvo, mirando al sargento. Una mosca pasó zumbando junto a ellos y pareció reflejar en sus ojos facetados la luz de Abaven, cuyo fulgor había sustituido al brillo de la luna.

—Por dos razones, Zulema —contestó, rascándose la sien—. Esta zona estará en el flanco sur del ejército, y cualquier movimiento del Enemigo puede pasar desapercibido. Evitar que se acerque a nuestras fuerzas sin ser visto, como el de las otras unidades con las que hemos venido, es nuestro trabajo: vigilar y alertar.

—¿Y la segunda?

La pregunta de la soldado, que para remarcar su atrevimiento había puesto sus brazos en jarras desafiante, hizo que varios de ellos pensaran que se había pasado de lista.

—La segunda, soldado —respondió con voz tranquila que no traslucía la rabia que sentía—, es que existe una cadena de mando. Alguien por ahí arriba ha decretado que este sitio asqueroso se vigile, y la orden ha ido hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, hasta que le ha tocado a alguien cumplirla porque no tiene a nadie a quien ordenar. ¿Adivinas a quién le ha tocado?

Ella asintió, pero se encogió de hombros.

—Y no tiene por qué gustarte, soldado, pero vas a seguirme por este sitio inmundo, te vas a aguantar las quejas, vas a soportar los picotazos que te llesves en cuanto los malditos mosquitos se despierten y vas a sufrir los hongos que te van a salir en los pies por culpa de este agua en la que vas a pasar toda la noche. ¿Y sabes por qué, soldado?

De forma inconsciente, el resto del grupo se había apartado un tanto de Zulema para que no les salpicara la reprimenda que se acercaba. Sin darle tiempo a contestar, el sargento dijo:

—Porque yo también tengo ganas de mandar a alguien, y te ha tocado a ti. Así que no quiero oírte en lo que queda de noche si no es para decir «sí, señor» o «me han clavado una espada, señor». ¿Queda claro?

Targo lo había dicho todo sin levantar la voz, pero el tono glacial de sus palabras hizo que Zulema tragase saliva y asintiese, un tanto asustada por la autoridad que demostró el sargento.

—No te oigo, soldado.

—Sí, señor.

—Pues hala, sigamos —concluyó Targo.

Zulema tuvo que aguantar las miraditas de sus compañeros cargadas de burla, pero se tragó el orgullo y cumplió la orden. Siguió dando pasos torpes, apartando los gruesos juncos cuyo tamaño era el doble de su altura, ahogando bostezos. Se les había permitido dormir unas pocas horas mientras el resto del ejército se preparaba para pasar la noche pero, a cambio, habían sido los primeros en comenzar con las operaciones. Imaginaba que otras unidades, aparte de las que les acompañaban en lo que se había venido a llamar la marisma, tenían cometidos similares, pero lo que le importaba era que ella estaba ahí, mojada, somnolienta y enfadada, atravesando una zona de difícil acceso para guardar un lugar que, según creía, nadie intentaría utilizar para llevar a cabo un ataque.

Y lo cierto es que había que ser arrojado para lanzar una operación en esa zona, porque la vegetación era tan densa que hacía difícil dar dos pasos sin tener que sacar el machete para desbrozar un camino. Y los animales. Lo más grande que había visto era una libélula, pero el que les hubieran asegurado que no había cocodrilos en todo el curso del Río Bravo no le resultaba tranquilizador. No sería la primera vez que los mandos mentían a la tropa.

Sí, había que estar loco para intentar flanquear al ejército de Vetero por el sur, porque las tropas llegarían tan fatigadas que no rendirían bien en combate. Por el contrario, también había que tener en cuenta lo que se decía del Enemigo: que eran criaturas no humanas, que desconocían el miedo y el cansancio. Durante los últimos tiempos, los instructores primero, y los suboficiales después, habían insistido en esa cuestión en particular, como si quisieran grabárselo a fuego en la mente.

Lucharían contra monstruos.

Y esa luz, más allá, hacia el este, parecía ser una estrella de mal augurio. Incapaz de callarse pese a lo que le había dicho Targo, susurró a su compañero, el más joven de toda la unidad, cuyo comportamiento alegre y dado a la risa se había convertido en taciturnidad desde que dejaron la capital del mundo:

—Me pregunto qué hará esa luz.

Iseo miró hacia donde ella señalaba, como si hiciera falta remarcar a lo que aludía, y meneó la cabeza.

—Dicen que es el propio Abaven.

—¿Quién lo dice? —preguntó ella. En las sesiones informativas sobre el Enemigo habían hablado de la luz de oro que desprendían los cuerpos de los seguidores de Abaven, pero no les habían explicado qué era lo que hacía en

realidad, y los rumores habían comenzado a crecer.

—La gente —contestó él sin más—. El Enemigo los comanda, como nuestro emperador, y su luz marca el dominio que ejerce.

—¿O sea, que si entras en su luz —reflexionó Zulema, pensando que el fulgor dorado no estaba muy lejos de donde se encontraban—, te posee o algo así?

—Pues no lo sé. Imagino que no, o no habría esperanza de victoria...

—Ya.

—¿Te vas a callar de una vez, soldado? —El sargento se había acercado hasta ellos con tanto sigilo que hizo que Zulema se sobresaltara.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Y continuaron avanzando en un silencio roto tan solo por los chapoteos de sus pasos, hacia donde se les había ordenado.

Tal y como Zulema pensaba, sí que había efectivos encargados de vigilar otras zonas. Tras meditarlo, la Consejera Serena había decidido desplegar en la punta más septentrional del campo a las fuerzas de Baako, si bien en su plan había algo más que el cumplimiento de tareas de patrulla y así se lo dijo al líder de los látigos Libres. Habían compartido un vaso del fuerte licor de hierbas que se destilaba en Botóndehueso antes de la celebración del Consejo la tarde anterior, y Baako aceptó el plan.

En esencia, se trataba de formar un bloqueo para evitar que el ejército de Abaven intentara desbordar las fuerzas imperiales por el norte. La tarea no se presentaba muy ardua, porque la tierra de nadie que habría entre las dos gigantescas fuerzas era una vasta llanura sin ningún accidente geográfico que pudiera restar visibilidad; cualquier fuerza que se desgajara del cuerpo principal sería vista desde el momento en que iniciara su marcha, permitiendo contrarrestarla. Además, a su espalda Baako y los suyos tendrían el Bosque de los Susurros, una inmensa masa forestal de árboles cuyo tamaño y grosor poco tenían que envidiar a los bosques del norte de Lorry. Sus copas se levantaban hacia el cielo, apretadas unas junto a otras, pugnando por alcanzar los rayos de sol que les permitían crecer y crecer hasta unas dimensiones apabullantes, de forma tal que el suelo era un terreno umbrío, húmedo y tenebroso, en el que las grandes raíces campaban por doquier.

La intención real de otorgar a Baako el mando de esa zona era facilitarle su inclusión como fuerza de apoyo en cualquier sitio del frente en el que se requiriera de sus capacidades. No en vano poseían más experiencia en

combate que la inmensa mayoría de los imperiales y, al ser una fuerza de caballería ligera, podrían acudir de inmediato en ayuda de otros grupos.

Los últimos días, Baako había dejado de lado su habitual suspicacia con respecto a los blancos, y las muestras de afecto y respeto por la profesionalidad de su gente hizo que pensara que, a la postre, los Tanashi-Shi no eran más que una fracción malvada y perversa de la humanidad que a él, por desgracia, le había tocado sufrir. Atanasio, pese a todo su poder, había atendido sus consejos; él y Serena lo habían tratado como a un igual, como si, en vez del líder de una pequeña fuerza guerrillera, se tratara de un rey sin corona.

Una vez destacados en el sitio, Baako ordenó que cada Látigo descansara junto a su caballo con los arreos preparados para montar de inmediato, y dispuso una guardia que vigilaría durante la noche cualquier movimiento enemigo.

Miró a su hermano, Enu, y a Deka, y escuchó con disimulo su conversación. La relación entre ellos parecía seguir firme como una roca, pero él sabía que en el corazón de Enu había una oscuridad que no dejaba traslucir a nadie. Cuando le había preguntado por la razón de las numerosas disputas con su amante, él meneaba la cabeza y, cabizbajo, señalaba que eran cuestiones de pareja zanjando la cuestión.

—Nunca te he hecho responsable —decía Enu, con los ojos fijos en la distancia.

—Y no lo fui —replicó airada Deka—. ¿Acaso creías que quería que me apuñalasen la tripa?

—No he dicho eso.

—Ya lo sé. Pero no eres el mismo. No eres el mismo desde entonces, Enu.

Él dio un par de pasos laterales, como queriendo zafarse de la situación, pero Deka lo interceptó con rapidez poniendo una mano en su brazo.

—No te vayas. No se te ocurra irte.

—¿Para qué? —En la voz de Enu había una ingente dosis de amargura—. ¿Para que vuelvas a decirme una y otra vez lo mismo de siempre?

—No, Enu. Para que aclaremos por fin qué nos pasa.

Deka lo miraba al borde de las lágrimas. Estaban tan enfrascados en su conversación que no se fijaron en que Baako los miraba sin ningún disimulo. Se entristeció por ellos. Desde que rescataron a Deka de las garras de su amo esclavista, Enu profesó un amor tierno, inocente, por ella que era correspondido con dulzura. Con todo, la vida que llevaban no ofrecía un buen

abono para su relación, y Baako achacaba el declive de la misma al horror que tenían que hacer frente día sí y día también.

Por ello, se sobresaltó al escuchar a Dekka diciendo:

—No sabía si quería tenerlo o no. Por eso no te dije que estaba embarazada, Enu. Porque aún tenía tiempo para decidirme.

—¿Decidirte? A mí no me importa que hubieras elegido tenerlo o no, maldita sea. —Enu crispó los puños, lo que hizo que Baako se pusiera en tensión; no estaba dispuesto a consentir que estallara una pelea que fuera más allá de las palabras—. Lo que no acepto es que me lo ocultaras.

Ambos callaron. Los cuerpos de los dos temblaron. Baako seguía boquiabierto ante la revelación que acababa de escuchar. El mundo, que parecía a punto de desmoronarse por el brutal ataque de Abaven, ya había quedado reducido a cenizas para ellos dos mucho tiempo antes. Dekka se sentía dolida y Enu, traicionado, de forma tal que la reconciliación sincera, no esa comedia hipócrita que habían estado llevando a cabo los últimos meses, parecía imposible.

—Yo... lo siento mucho, Enu —dijo por fin la mujer.

—Sé que te dije que no pasaba nada, pero no puedo evitar dejar de pensar en que llevabas a mi hijo dentro. —La voz de Enu era ahora más tranquila, más pausada—. Y aunque hubieras decidido no tenerlo, habrías contado conmigo. Eso es lo que me duele, Dekka.

—Lo sé, lo sé, pero... no puedo explicarlo. Es... cuando mataron a mi primer niño..., el desgarró que sentí... Aunque puse todos los medios para impedirlo, volver a quedarme embarazada...

Dekka hipaba y lagrimeaba, lanzando un torrente de palabras balbuceantes que hizo que la expresión de Enu perdiera su dureza. Al fin, se aproximó hasta pegar su cuerpo al de ella, convulso por el llanto, y la abrazó ofreciéndole refugio en su pecho.

Ella lo aceptó.

Y Baako sonrió cuando escuchó a su hermano diciendo las mismas palabras que había dicho cuando Dekka despertó tras la tremenda herida sufrida en Fauces del Golfo, aunque era imposible que supiera que se trataba de ellas:

—No te preocupes, cariño. No pasa nada. No pasa nada.

Fabiana acudió ante la presencia del general Héctor. Se había maquillado en exceso a sabiendas, para dar la impresión de ser un elemento decorativo

más que una competente militar y el viejo general la miró sonriendo con suficiencia.

—Fabiana —saludó, obviando por completo el rango, similar al suyo.

—General Héctor —dijo ella sonriendo, sin mostrarse en absoluto ofendida—. Parece que la Consejera tiene claro cómo vamos a entrar en batalla mañana.

Fabiana se refería a las últimas instrucciones dadas en el Consejo, que a ella le habían parecido quizá un poco atrevidas en lo que se refería al plan de combate, pero que había aceptado sin reservas.

—Tengo que reconocer que no es una mala disposición —dijo él con gesto de cierto fastidio, doliéndole tener que aceptar la habilidad de Serena.

—Aunque esos negros...

—¿Los Látigos? ¿El grupo de... Baako? Esos nombres extranjeros...

—Sí, ese mismo.

—Imagino —dijo Héctor mientras ella asentía— que te refieres a que formen una unidad aparte. Que, en esencia, los hace independientes. Tampoco me gusta la idea, tienes razón. No quiero entrar en combate con alguien que no sigue las órdenes del emperador.

—Y está lo de la reunión previa...

—¿Qué reunión?

Fabiana se aguantó las ganas de sonreír. Serena había procurado que nadie, y eso incluía al encargado de la Inteligencia Militar, supiese que antes del Consejo había celebrado una pequeña conferencia con Baako. Había echado el cebo y Héctor picó de inmediato porque, ¿cómo iba un par de mujeres a tenderle una trampa?

—¿No lo sabía, general? —preguntó, bajando los ojos con falsa humildad—. La Consejera y Baako estuvieron juntos una media hora antes de...

—¿Han conferenciado a espaldas del Consejo? —estalló Héctor, y pareció que la cara se le amorataba por la furia.

—Tampoco creo —intentó apaciguarlo— que planearan ninguna traición.

—¿Traición? ¡No, no es eso! ¡Pero no se puede consentir una ruptura tal del protocolo marcial! ¡Todas las decisiones que competen al ejército han de ser trasladadas al Consejo!

—Además, el que sean extranjeros...

—¡Oh, no sea tonta! —saltó Héctor—. Los tales Látigos han estado combatiendo al Enemigo durante mucho tiempo, así que no se trata de temer que nos claven un puñal en la espalda. ¡Es el protocolo, demonios! ¡Sin

protocolo, es el caos!

»¿Por qué los dioses permiten que las mujeres ocupen puestos de responsabilidad? ¡Ah!

Fabiana calló. Su desprecio hacia las integrantes de su sexo hacía que las palabras del general no tuvieran doblez: la consideraba una criatura débil y estúpida, así que había dicho lo que quería sin ningún tipo de mesura o filtro. La general saludó, arrancando un ademán despreocupado del viejo y se alejó, con la cabeza bien alta.

El único estúpido era Héctor si bien, por lo menos, no cabía esperar una traición por su parte. Serena podía estar tranquila porque, aunque a regañadientes por tener que acatar las órdenes de una mujer, el general cumpliría su cometido mañana.

Aunque, por si acaso, le vigilaría de cerca.

La mañana no se levantó con el típico fresco que precede al alba. Las últimas horas de la noche habían sido calurosas y los soldados descansaron mal, sudorosos e inquietos tanto por la elevada temperatura como por la inminencia de la batalla. Muchos, muchísimos, estaban malhumorados y hoscos cuando las cornetas, tambores y trompas los llamaron a formar tras tomar el rápido refrigerio que se les había proporcionado la noche anterior y que guardaban en sus zurrone. Fue frugal, pero les confirió la suficiente energía que necesitaban para librar el combate.

La cadena de mando actuó de forma excelente y, salvo algunos pequeños fallos debidos al enorme número de tropas que fueron corregidos enseguida, la inmensa masa humana comenzó a avanzar hacia la zona que Serena había decretado como posición de partida imperial, desplegándose y cubriendo casi cuatro leguas a lo largo en perfecto orden de batalla.

Las tropas situadas en primera línea sintieron cierto temor en sus corazones al ver la hueste enemiga a lo lejos, una innumerable y confusa marabunta de tamaño tan impresionante, si no más, como el ejército del que formaban parte. Parecía que el mundo entero se encontrase ahí, en ese momento, como si se hubiesen vaciado todas las casas, cuevas y palacios sobre la faz de la tierra, con sus ocupantes previos dispuestos a lanzarse a la garganta de los que tenían frente a sí.

Un extraño y ominoso silencio cubría el campo, como si incluso las bestias salvajes aguantaran la respiración, expectantes ante lo que estaba a punto de ocurrir, y el sol se derramaba inclemente sobre todos ellos, haciendo

que el sudor resbalara por el interior de sus cotas, de sus jubones, de sus justillos.

Pugnando con la pura y plena de calor luz del sol, la enfermiza y pálida luz de Abaven, surgiendo desde el centro del ejército de monstruosidades, mostraba un adelanto de la lucha que se iba a desarrollar: la vida contra la muerte, dos fuerzas antitéticas que estaban dispuestas a resolver sus diferencias en una inmensa llanura de tierra parduzca y escasa vegetación, que se calentaba y parecía humear, provocando que la vista se nublara si se proyectaba demasiado a lo lejos. La tierra absorbió tanto calor que luego, cuando fue regada con la sangre de los combatientes, siseó provocando un desagradable sonido que se sobrepuso incluso al tumulto de la batalla.

Serena había dividido el ejército en tres cuerpos principales, de unos trescientos mil efectivos cada uno, dejando al frente el comandado por los generales más experimentados de Vetero. Entre ellos gozaban de preeminencia, por su posición central, Héctor y Fabiana. El emperador era el comandante de otro de esos cuerpos, situado a la par con el que lideraba Serena; entre los dos, se extendían al norte y el sur de las tropas del frente para, en caso de necesidad, taponar un desborde de los flancos de vanguardia. La unidad más al sur la componían los casi cien mil jinetes, de caballería pesada en su mayor parte, del general Severo, hombre muy querido por el pueblo de las provincias occidentales dada su espléndida labor al frente de las fuerzas móviles de guarnición que tantas bandas de salteadores y carroñeros procedentes de la costa había interceptado.

A todo ello se sumaban otra fuerza de infantería montada auxiliar al fondo, que acudiría allí donde fuera preciso, y los Látigos Libres de Baako. Una demostración de poder militar, por tanto, apabullante, pero que no tenía clara la victoria al contemplar que frente a ellos, una única, gruesa, negrísima línea de enemigos se extendía cubriendo el horizonte. Tan solo una unidad estaba diferenciada de la masa de siervos de Abaven, una colección de horrores que podrían pasar por ser la caballería, situada en los márgenes del Río Bravo, al sur, y que por fortuna para los imperiales, aún no eran visibles a simple vista.

Aquellos oficiales que apuntaron sus catalejos hacia allí los bajaron de inmediato con lividez en el rostro.

Zulema había estado dormitando durante su turno de guardia, el que precedía al amanecer. Consideraba la misión que les habían encomendado tan

estúpida que obvió por completo las órdenes y las amenazas del sargento del demonio, y habría roncado como una bendita si no hubiera sido por su compañero, el inocente, bienpensante y sufrido Cereo.

A la segunda vez que Cereo le sacudió el hombro para evitar que se durmiera, Zulema le juró que si no la dejaba en paz le arrancaría las orejas a mordiscos, así que él se dedicó a silbar una tonadilla militar cada vez que daba una cabezada. Aunque lo mirara con cara de odio, él se limitaba a seguir silbando, con una estúpida sonrisa de triunfo que le hubiera borrado a golpes.

Tal y como era de esperar, la guardia había sido una pérdida de tiempo, porque nada se había acercado a sus posiciones salvo los emisarios que iban y venían entre las unidades para comprobar que todo estaba en orden. El enemigo no se había acercado al fétido pantano y cuando los primeros rayos de la alborada surgieron, los mosquitos, grandes como pulgares, comenzaron a darse un festín con la sangre de los soldados.

No importaba cuántos aplastara Zulema; otro enseguida ocupaba el puesto del caído para seguir mortificándola con sus picotazos.

—Estos desgraciados me van a dejar sin fuerzas —masculló.

—Úntate la piel con el lodo del fondo —le dijo Cereo, mientras extendía una capa de légamo por sus antebrazos, provocando un gesto de repulsión en ella dado el hedor.

—Es como untarse estiércol.

—Barro y vegetación muerta, sobre todo —explicó—. Es un pantano, a fin de cuentas.

—Ya. Bonita elección. Que te piquen u oler como una letrina.

Él se encogió de hombros y se dirigió hacia el sargento, despertándolo. Targo se puso en pie en un momento y comenzó a despertar a los soldados a gritos, que se levantaron refunfuñando y se embutieron en sus ropas de combate.

—¡Vamos, vamos! —decía, dando alguna que otra patada mientras, cerca, se oían los gritos de otros jefes de tropa—. ¡El emperador espera que clavemos nuestras lanzas en las tripas del enemigo! ¿Acaso queréis llegar tarde a la guerra? ¡Venga, arriba, holgazanes!

Zulema puso los ojos en blanco y mordisqueó un trozo de cecina.

—Sin novedad en la guardia, señor —notificó Cereo cuando Targo llegó ante ellos.

—Como era de esperar —apostilló ella con sarcasmo. El sargento la miró, pero no dijo nada y se limitó a asentir.

—Bien, gente —dijo Targo, haciendo que todos se pusieran en torno a él—. Como el Enemigo no ha intentado penetrar por esta zona, vamos a seguir el plan principal y saldremos del pantano. —Eso arrancó un sonido de satisfacción de Zulema, parecido al gritito de una niña desenvolviendo un regalo—. Formaremos una línea de defensa en los márgenes del Río Bravo y haremos piña con los escuadrones más meridionales del general Severo. Seremos su infantería, ¿queda claro?

—¿Qué es lo que haremos cuando carguen pues? —preguntó Zulema desafiante, y Targo bufó—. Por mucho que corramos, no somos capaces de superar a un caballo en velocidad.

—Mira, soldado —le respondió—, no sé si Severo va a cargar. No sé si sus unidades intentarán romper la vanguardia enemiga. Ni siquiera sé si sus jamelgos corren como el viento o parecen burros anémicos. Y la verdad, me da igual.

»Me da igual, porque me han ordenado que sea parte de la infantería bajo el mando de Severo, así que Severo dirá algo que tendré que hacer. Y como te dije ayer, las órdenes van bajando, van bajando, van bajando... hasta que llegan a esa cabeza de chorlito que tienes sobre los hombros, soldado. Y si a mí me da igual todo lo que te he dicho, imagínate a ti. Y a todos los demás, ya puestos. Lo que hay que hacer es cumplir las órdenes. ¡En marcha!

El sargento terminó con un grito seco señalando hacia el este, y los soldados, incluida Zulema, comenzaron a andar en la dirección indicada.

Durante un largo rato, en el que el sol recorrió parte de su camino en el cielo convirtiéndose en una esfera rojiza que pendía sobre los dos ejércitos, ambas fuerzas parecieron mirarse, inmóviles, midiendo sus capacidades e intentando encontrar las debilidades enemigas. Ni siquiera los correos se movían, esperando junto a los oficiales por si estos tenían que comunicar algo.

Pero los cargos militares examinaban el campo que tenían por delante, miraban una y otra vez a través de los catalejos y negaban con la cabeza contemplando el pendón imperial, cuyos leones rampantes colgaban flácidos sin moverse del sitio, pues ningún leve vientecillo soplaba sobre la inmensa llanura.

Entonces, Serena indicó a los arqueros que se prepararan y, por un momento, pareció que todo comenzaba, pero resultó ser en vano, porque el movimiento que la Consejera vio fue el de la misma criatura que los

sobrevoló en las tierras de los sureños. Avanzó volando hasta mitad de la tierra de nadie, seguido por otro monstruo que parecía una horrible mezcla de insecto y hombre; enseguida supo que se trataba de aquel que mató a Andeseo.

Ambos se posaron en tierra. El más inhumano de ambos sujetaba una bandera que mostraba un sol pálido sobre fondo negro, el símbolo del Enemigo, la señal de Abaven. La Consejera se acercó hasta el emperador.

—Quieren parlamentar —dijo Atanasio, extrañado.

Serena torció el gesto:

—Iré entonces, pero poco pueden decir que nos disuada de combatir.

—No. —El emperador puso la mano sobre la de ella, impidiéndole chasquear las riendas—. Iré yo. Si es una trampa, el ejército no puede permitirse perder a su comandante en jefe.

—¡Pero, Excelencia! —protestó ella—. ¡Vos sois el comandante!

Atanasio la miró soltando una risita y, con dulzura, le dijo:

—De nombre quizá, pero cualquier general de este ejército me supera cien veces comandando a las tropas. No digamos mi Consejera de Guerra. No. Tú no eres prescindible. En esta hora, yo, por muy emperador que sea, sí lo soy. Iré con dos de mis guardias como escolta y no hay más que hablar.

»Si caigo... —Ella empezó de nuevo a protestar, pero la acalló con un movimiento de la mano—. Si caigo, digo, que mi cuerpo de ejército sea liderado por el general Timoteo.

Serena, comprendiendo que Atanasio era inflexible en su determinación, asintió y saludó volviendo a su posición.

—Dejadme acompañaros, Excelencia Imperial —dijo entonces Loïc, el embajador de la República de Espejado, el más importante estado de la costa oceánica. Había estado presente el día en que el siervo de Abaven fue revelado en la Sala del Trono del Palacio del Estatuto y quiso acompañar al ejército imperial a título personal; en Espejado tenían buen conocimiento de lo que estaba pasando, pues mandaba misivas con regularidad al Presidente que la gobernaba.

—Puede ser peligroso, señor —le dijo el emperador.

—Lo sé, pero en calidad de representante de Espejado, quiero dejarles bien claro que no solo tienen frente a ellos al Imperio vetero.

Atanasio pensó que quizá hubiera sido mejor que, en vez de eso, los otros estados del mundo hubieran enviado tropas y armas con las que llevar a cabo la campaña en respuesta a las numerosísimas cartas que había enviado pero,

por el contrario, asintió.

Ambos avanzaron hasta donde estaba el Heraldo y la repugnante criatura de Abaven, acompañados por la pareja que desde que fue coronado emperador de Vetero había sido la guardia personal de su esposa y de él mismo. Desde lo alto de su magnífico caballo, Atanasio no hizo ningún esfuerzo por disimular el asco que sentía y se paró a unos diez pasos de ellos, mientras sus escoltas colocaban la mano en las empuñaduras de sus espadas sin disimulo alguno.

—No hay necesidad de tal grosería —dijo el Heraldo, produciendo un sonido que recordaba a una risa demente.

—Como no había necesidad de exterminar a la gente de Lorry —replicó Atanasio con brusquedad.

El Heraldo lo miró ladeando la cabeza.

—El nacimiento de un nuevo país implica la muerte de otro. ¿O acaso Vetero se edificó sobre tierras vírgenes? ¿No fueron vuestros ancestros los que llevaron muerte por el acero y el fuego a los pobladores de tantos países libres? ¿Con qué autoridad moral queréis juzgar a mi señor?

—¡Mentiras! —estalló Atanasio—. ¡Jamás en Vetero hemos realizado un genocidio tan brutal y definitivo como el de Abaven! Puede que nacíamos del conflicto, pero hemos llevado la paz durante siglos...

—¿Quién es el que miente ahora, emperador? —le interrumpió el Heraldo, carcajeándose—. Pero dejemos la historia para los historiadores, ¿no os parece? Hablemos del presente. Sí, del presente. Y del futuro.

Los puños de Atanasio estaban blancos por apretar con tanta fuerza las riendas, tal era la ira que sentía, pero respiró hondo tres, cuatro veces, y dijo:

—Habla lo que tu señor te ha ordenado.

—Ofrecemos a Vetero una alianza. —Atanasio enarcó una ceja; se esperaba una diatriba plagada de amenazas—. Mi señor tiene suficiente con el territorio tomado en el norte del mundo y desea entablar conversaciones de paz y amistad.

Los ojos de Atanasio parecieron a punto de salirse de sus órbitas cuando, desencajado por la ira, explotó. Los dos escoltas y el embajador de Espejado se sobresaltaron al ver cómo el emperador mostraba una faceta que nunca antes había mostrado.

—¡Una alianza con los muertos y el amo de los muertos es lo que me ofreces, gusano! ¡Sé perfectamente qué hace tu maldito Abaven, cómo acrecienta sus fuerzas! ¡Jamás un ser humano, si se considera tal, se rebajaría

a esa vileza, pues mancharía para siempre su nombre y el de todos sus descendientes!

»No creas —añadió, algo más calmado— que somos como los rústicos y salvajes bárbaros del sur. Ninguna de las cosas que puedas decir cambiará la determinación que nos mueve, como emisarios de la humanidad. Porque te digo, para que se lo hagas saber al amo que sujeta tu correa, ¡que os exterminaremos aquí, en este día!

La criatura deforme que era mitad insecto, mitad hombre, habló entonces, derramando una luz enfermiza sobre el conjunto de los presentes, y todos sintieron pavor al escuchar el sonido de su voz:

—Te oigo, emperador de los vivos, y me río de tus vanas palabras.

De improviso escupió, pero de su boca no salió flema, sino un dardo pequeño, minúsculo, que voló hacia Atanasio. Solo la atenta mirada y la rapidez de reflejos de Barda, su guarda personal, impidió que alcanzara el cuello del emperador al saltar apoyándose en los estribos de su montura e interponiéndose en la trayectoria del proyectil. Este estaba tan cargado de inmundo veneno, que para cuando Barda cayó al suelo ya estaba muerta, con la piel negruzca.

Atanasio derramó lágrimas sinceras y dolorosas al ver a la fidelísima mujer yaciendo a los pies de su caballo, pero la voz se le quebró, no pudiendo siquiera lanzar una maldición a los cobardes esbirros de Abaven que alzaron el vuelo, riendo, y se remontaron en el cielo gracias a sus antinaturales alas.

Fedor, el otro escolta, que amaba en secreto a Barda, puso pie en tierra y, con todo mimo y cuidado, colocó el cuerpo de la valiente mujer cruzado sobre la silla del caballo.

Esa fue la primera víctima de la Batalla de las Planicies Ardientes.

Los Látigos Libres montaban en caballos de raza más ligera y ágil que los robustos palafrenes imperiales habituados por su fuerza a cargar con gualdrapas de tela gruesa y, en los casos de las escuadras pesadas, protecciones de malla. Fiaban todo, como en sus operaciones guerrilleras en Lorry, a la velocidad del relámpago, a la introducción de la punta del cuchillo de forma certera y precisa.

Baako, que los encabezaba, se cubría la frente con la mano y miraba a lo lejos, donde la masa de enemigos parecía hormiguar y ponerse en movimiento. Se giró hacia Enu, a su derecha, pero no dijo nada, puesto que su hermano también lo había visto y daba un último beso a Deka, que lo

abrazaba como podía tras haber juntado lo más posible sus monturas.

Desenvainó la espada y apuntó con ella al cielo, como queriendo captar la luz límpida y natural del sol en su filo, convencido de que todo empezaría enseguida. El emperador volvía a las filas de Vetero tras la traición del parlamento y se empezaban a escuchar los primeros tonos de trompetas que indicaban que la lucha iba a empezar.

No habría discursos. No habría invocaciones al honor, la fuerza o la victoria. Todos sabían que lo que ahí estaba en juego era la supervivencia de la humanidad y nadie, ni siquiera el emperador, podría inflamar todavía más sus pechos para que se lanzaran de cabeza al combate.

Lento y pesado, el ejército del enemigo de todo lo vivo comenzó a avanzar por la inmensa llanura, y los arcos imperiales se tensaron, esperando la orden de soltar los miles de proyectiles sobre las criaturas.

Pero las primeros en adelantarse fueron las fuerzas que estaban junto a las márgenes del río, que iniciaron un trote suave para convertirse luego en una rápida estampida, pues las características de los monstruos no permitían hablar de cabalgada. Los retorcidos y deformes cuerpos de cuadrúpedos remendados con trozos de carne de otras especies apretaron el paso y cogieron velocidad. Sus pezuñas, cascos y patas parecieron mazas cayendo inmisericordes sobre el duro suelo, como si fuera un tambor de tensa piel.

El general Severo dio orden a su fuerza de caballería de partirse en dos y, mientras que la comandada por él adoptó una formación de dientes de sierra, la otra permaneció retrasada, dejando que la infantería auxiliar la adelantara. Los estandartes se movieron indicando las instrucciones y unos toques de clarines indicaron qué debían hacer las tropas de a pie, que formaron en cuadros erizados de puntas al proyectar sus largas picas al frente mientras los jinetes continuaban avanzando hacia el enemigo.

La unidad de Targo ocupaba una posición cercana al centro, lo que era del agrado de Zulema. No sentía especial interés en ser parte de la fila que recibiera el impacto de la carga, aunque ello conllevaba que no tuviera una visión clara de lo que pasaba. Se aseguró por enésima vez que tenía las correas del escudo bien sujetas para que no se le cayese en plena lucha y comenzó a sacar su espada de la vaina.

—¿Se puede saber qué haces, soldado? —le preguntó el sargento con mirada dura.

—Prepararme, señor —respondió ella, parpadeando.

—¿Para qué? ¿Para rebanar un dedo al de al lado?

—Yo...

—No saques la espada hasta que se te indique, soldado. —Targo pareció muy cansado—. Cuando su caballería entre en contacto con nosotros, lo más normal será que las filas se compriman, y si hay una espada desenvainada por ahí, se la puedes clavar al compañero.

—Entiendo —dijo ella, avergonzada.

El sargento suspiró y volvió la vista al frente farfullando algo. Seguro que pensaba en ella y no era con halagos.

El estruendo de tonantes pezuñas hendiendo la tierra se vio ensordecido por el caos de acero y gritos que siguió al contacto entre las dos fuerzas opuestas. Los jinetes imperiales entraron como un cuchillo en mantequilla caliente y destrozaron buena parte de la vanguardia montada de Abaven. Muchos sintieron náuseas al contemplar las infames obscenidades a las que tenían que hacer frente, pero el furor de la batalla venció todo reparo y clavaron sus lanzas en los cuerpos. Se adentraron con ímpetu un buen trecho en la masa enemiga y, cuando su velocidad fue frenada por el mero número, echaron mano de sus espadas de filo curvado, y comenzaron a tajarse a uno y otro lado.

Muchos cayeron en esos primeros compases, cuando sus caballos eran desjarretados y ellos, en el suelo, recibían golpes de mazas y palos. Otros, aislados de sus compañeros, se defendieron de los esbirros de Abaven hasta que el brazo se les cansó y, con la sangre empapándoles hasta los codos, murieron con el cuerpo hendido por numerosos cortes.

Se dijo que el general Severo fue uno de los héroes de Vetero que más enemigos mató ese día, que su coraza relució roja de pies a cabeza y que su caballo hendió numerosos cráneos. También se dijo que, aun herido por un profundo corte en el pecho, siguió parando y lanzando estocadas, arrancando cabezas de tal modo que incluso las obscenidades a las que combatía sintieron miedo. E incluso alguien contó que lo vio sobre su caballo, herido de muerte, alcanzando las últimas filas de la caballería enemiga, para darse la vuelta y preguntar con una sonrisa si acaso no quedaba nadie más, tras lo que volvió a cargar contra las espaldas de la hueste antes de desaparecer bajo la repugnante marea.

Buena parte de los siervos de Abaven continuaron hacia los infantes que les esperaban con las picas preparadas. Cuando los espantosos seres chocaron contra ellas, muchos quedaron ensartados y cayeron a tierra, pero no les movía lo mismo que a los humanos pues no conocían el miedo ni el dolor, y

su espíritu mismo era el del dios dorado, que les empujaba a avanzar sin desmayo.

Zulema tuvo que reconocer el buen tino de la orden del sargento, porque los cuerpos de los soldados se apretujaron de tal modo que los costados se pegaron a los costados, y las caras, contra las nuca de aquellos que tenían delante. Sintió una repentina opresión en el pecho al quedar comprimida entre dos soldados mucho más fornidos que ella, pues no era de elevada estatura, y pensó que iba a morir ahí, asfixiada por sus propios camaradas de armas.

Se removi6 dando golpes con los codos y consigui6 algo de espacio, lo suficiente como para poder inhalar una profunda bocanada de aire al tiempo que oía muy por delante de ella gritos y chocar de espadas. Unos angustiosos instantes después, las filas a su espalda se echaron hacia atrás, permitiendo cierta capacidad de maniobra y la escuadra de Targo se adueñó del espacio necesario para poder desplegarse. A Zulema le recordó los movimientos de un gusano, que comprime y expande su torso para poder moverse.

—¡Ahora! —vociferaba el sargento— ¡Sacad las espadas! ¡Sacadlas!

Cientos de siseos de metal raspando contra las vainas respondieron a los gritos de los suboficiales imperiales, que miraban con atención a los estandartes y banderolas que colgaban sobre ellos para reaccionar lo antes posible a cualquier orden.

Zulema se secó los gruesos churretones de sudor que recorrían su cara y convertían el polvo que la cubría en barro pegajoso. Miró a uno de sus compañeros... ¿cómo se llamaba? ¿Acaso era posible que hubiera olvidado su nombre? Ayer mismo tomó un jarro de cerveza con él y estuvieron bromeando sobre sus lugares de procedencia. ¿O fue el día anterior? La cabeza le daba vueltas y se sentía confusa.

Un nuevo sonido vino a sumarse a la barahúnda; procedía de atrás, muy atrás, e iba aumentando su volumen conforme se acercaba, desde arriba. Levantó la cara, guiñando los ojos por el resplandor del sol y vio cientos de flechas surcando el cielo, como siniestros pájaros de muerte, que cayeron más allá de los imperiales, sobre las criaturas de Abaven.

Había sido el grupo de arqueros montados del cuerpo de ejército de Severo, el que se había quedado rezagado, quien lanzó las flechas. Hubo una segunda descarga, y una tercera, pero los arcos silenciaron su cántico cuando los dos ejércitos se encontraron ya sumidos por completo en la refriega cuerpo a cuerpo.

La carga se convirtió, así, en una turbamulta de cuerpos que luchaban,

gemían, gruñían y aullaban, agitando sus espadas, parando los golpes de las armas asesinas con escudos que pronto tuvieron mellados sus bordes y descascarillada la pintura que los ornaba. Los soldados se defendieron con gran ímpetu y hubo una terrible mortandad entre las abominaciones, pero era tal su número que el Enemigo llegó incluso a adentrarse en las posiciones ocupadas por el sargento Targo, que volvió a arengar a los suyos:

—¡Matadlos! ¡Por el Imperio! ¡Por Vetero! ¡Devolvedlos al infierno del que han salido!

Zulema sintió flojear las piernas cuando una especie de oveja apareció ante ella, apartando con un poderoso golpe de su testa crecida de modo antinatural a un soldado y tirándolo al suelo. Una cosa era entrenar con filos embotados y otra, luchar por la propia vida. La criatura, con un pellejo repleto de pústulas supurantes, pareció concentrarse en ella y su espada temblequeante, y decidió que era su objetivo.

Asustada, redujo su cuerpo aovillándose tras el escudo y soportó la embestida de la criatura. El dolor subió por su brazo hasta el hombro, adormeciéndoselo, pero apretó los dientes y se negó a bajar el escudo. Dio un par de pasos por el impacto y asomó la cabeza por el borde de su protección. Entonces, para su horror, vio que en el torso del monstruo, en la zona de nacimiento del pescuezo, había un brazo humano que brotaba como una rama de árbol podrida y enferma, que sujetaba una espada negra de filo aserrado.

Gracias al instinto luchador que las prácticas le habían imbuido, Zulema levantó su acero y paró el golpe destinado a partirle en dos la cabeza. Sin saber muy bien cómo, trazó un arco con la espada y sintió, más que vio, que esta mordía carne. Retrasó el brazo y lanzó una estocada al tiempo que levantaba el escudo y paraba otro golpe del engendro.

El negro icor se desprendió del cuello de su oponente y Zulema se sintió impelida a continuar el trabajo, orgullosa de sí misma. Hundió su espada una y otra vez, apuñalando a la bestia, hasta que cayó al suelo y la enfermiza luz dorada de Abaven que la animaba, de la que se veía una chispa en sus ojos velados y muertos, se apagó para siempre.

Había dado muerte por primera vez en su vida. Había derrotado a su enemigo y no sintió gran cosa por ello. Sus sentidos estaban inundados por la explosión de adrenalina del combate, por el deseo de seguir respirando una bocanada de aire más y por los gritos que la rodeaban por todas partes.

—¡Cuidado, chico!

La potente voz del sargento se elevó por encima de la infernal batahola y

Zulema vio que la advertencia iba dirigida a Ignatius. Sí, así se llamaba el soldado con el que había estado bebiendo. Ignatius. Justo en el momento en que el nombre le vino a la memoria, una lanza de astil de hierro entró en el torso del joven, empalándolo con tanta fuerza que lo levantó un par de palmos del suelo.

Al otro extremo de la misma se encontraba un ser que en otro tiempo había sido un corcel de gran tamaño, de cuyo poderoso pecho surgía, como el espolón de un navío, el arma. Aun trotó unos pasos más llevado por la inercia antes de parar, con el cuerpo de Ignatius clavado, que gritaba y se retorció, logrando tan solo que la brutal herida se expandiera y sus entrañas se desparramaran sobre el suelo desprendiendo un olor acre.

El monstruo perdió un tiempo precioso sacudiéndose el cuerpo del infortunado imperial, y tanto Targo como Zulema se lanzaron contra él gritando y abriendo profundos cortes en su pavoroso cuerpo. Regados con la sangre de la monstruosidad, ambos subían y bajaban sus filos, aullando como locos, y no pararon hasta que su enemigo cayó a tierra y quedó inmóvil.

Se miraron con ojos febriles y asintieron, como reconociendo tácitamente que habían hecho un buen trabajo en común, sintiéndose más carniceros en un matadero que soldados, y se giraron de nuevo hacia el este para enfrentarse al siguiente horror.

Los infantes que, como Zulema, acompañaban a la caballería imperial se estaban comportando con gallardía, valor y tenacidad, y habían detenido la carga de las fuerzas de Abaven en su sector. Eso, unido al ataque que había lanzado Severo, hizo que la vanguardia enemiga quedara, si no quebrada, inmovilizada. Siguiendo el plan de la Consejera Serena, los cuernos volvieron a ser llevados a los labios y tocaron las profundas notas que indicaban que era la hora del ataque de la mitad de la caballería que había quedado rezagada.

Una nueva ola de carne y acero, compuesta por caballería pesada embutida en fornidas corazas y cotas de malla se abalanzó contra la horda de Abaven en la zona que lindaba con el extremo norte de las fuerzas de a pie que resistían la carga de las criaturas. Dado que el objetivo de la primera carga conducida por Severo se había cumplido con creces, se enfrentaron a una fuerza en su mayor parte compuesta por infantería que avanzaba, como todos los miles y miles de siervos del dios dorado, en una línea casi recta.

De ese modo, las fuerzas imperiales destrozaron el flanco meridional, pisoteando los cuerpos de los enemigos con sus poderosos caballos y

empujándolos a un lado con sus recias lanzas de fresno; no podían ser detenidos y atravesaron sus filas produciendo un desorden tal que las criaturas parecieron confusas, incluso atemorizadas, al ver que los humanos los derrotaban con suma facilidad.

Fabiana, en el cuerpo de ejército de vanguardia, tenía un ojo puesto en la hueste que se acercaba y otro en el general Héctor. Había prometido a Serena que, si el viejo hacía algún movimiento en falso, ella misma cabalgaría con su guardia de honor hasta donde estaba y lo pondría bajo arresto por traición. Si sus estandartes de señales hacían algo que no fuera cumplir las órdenes que llegaban desde la posición de Serena, el anciano podía darse por preso.

Por el momento permanecía quieto, como ella, como todos los generales en la vanguardia, esperando el momento para avanzar. El plan no era complicado, pero exigía gran coordinación debido a la ingente cantidad de fuerzas implicada. En esencia, tanto su cuerpo como los dos comandados por la Consejera y el emperador tenían que avanzar de forma simultánea y trabar combate cuerpo a cuerpo a la par que, en las orillas del Río Bravo, las fuerzas de caballería rompían el flanco sur permitiendo abrir brecha a través de la cual desplazar fuerzas en reserva para proceder al envolvimiento del enemigo.

No era un mal plan, y las fuerzas imperiales eran suficientes para llevarlo a cabo.

De hecho, Fabiana vio que los pendones del cuerpo de ejército de Serena indicaban el inicio de la segunda fase, lo que implicaba que todo marchaba según lo previsto. De lo contrario las señales hubieran sido otras, activando un plan de contingencia.

En sus filas comenzaron a agitarse las banderas y a sonar los tambores, y los soldados, como un solo ser, comenzaron a avanzar con paso lento y pesado al encuentro del enemigo. Las flechas volvieron a surcar el cielo, oscureciéndolo por un momento, y cayeron entre los de Abaven sembrando gran mortandad, dejando cientos de caídos por el camino que eran pisoteados sin ningún tipo de conmiseración por los miembros de sus propias filas.

Las descargas se sucedieron a gran velocidad, cubriendo el avance de la infantería hasta que no fue seguro lanzar más proyectiles, y el ejército recorrió los últimos pasos gritando y berreando, acelerando por fin su marcha para golpear con el mayor ímpetu posible a las horrendas criaturas que eran la amenaza a toda vida en la tierra.

Fabiana, que ante la cercanía del combate había dejado de vigilar a Héctor convencida de su lealtad, si no a la Consejera por ser mujer, al Imperio, gritó una última orden que fue escuchada tan solo por aquellos que la rodeaban, tal era el tumulto:

—¡Acabad con ellos! ¡Por Vetero!

La única fuerza de todo el ejército imperial que no estaba trabada en combate era la de Baako. El guerrero mestizo contemplaba desde el punto más al norte de la llanura la evolución de la batalla. Los Látigos Libres no habían sido requeridos para participar en ninguna zona y pensaba que no lo serían hasta un tiempo después, para reforzar algún punto específico.

Varias leguas más al sur corría el tumultuoso Río Bravo, y a sus orillas empezaba a llegar la sangre que teñiría durante días las aguas de escarlata. Desde donde él estaba, hasta el río, millares y millares de soldados peleaban por sus vidas, por el Imperio, por la humanidad, y Baako sintió un escalofrío al ser consciente de la trascendencia de lo que estaba teniendo lugar ahí, en ese mismo momento.

No podían fracasar o Abaven envolvería el mundo con su dorada oscuridad.

La envolvería del mismo modo en que cubría, como un manto protector, a sus horrorosas tropas. Al principio de la batalla la luz había estado concentrada en torno a un punto en el interior de la hueste, pero conforme sus siervos avanzaban, Abaven se había irradiado a modo de cúpula o domo que alcanzaba en todo momento el punto más avanzado al que sus criaturas llegaban, adoptando un aspecto de turbulento oleaje que chocara contra el acantilado de carne que era el ejército imperial. Eso hacía que las filas de vanguardia de Vetero combatieran bajo una luz dorada que les provocaba repulsión pero que no era lo bastante poderosa como para hacerles flaquear en su determinación de luchar a toda costa.

Enu adelantó su caballo hasta llegar junto a él.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Por ahora parece que bien. —Baako le tendió el catalejo—. Pero con tal cantidad de combatientes, es difícil decirlo. Las señales coinciden con el plan de batalla, así que...

—Cuanto más tiempo las cosas sigan según el plan, mejor.

—Por supuesto. Pero ya sabemos lo diferente que es pensar a ejecutar. —Baako palmeó el cuello de su caballo, Granado—. Antes os he oído discutir.

A Deka y a ti.

El abrupto cambio de tema hizo que su hermano bajase poco a poco el catalejo y lo mirara frunciendo el ceño.

—Son cosas privadas —dijo.

—Sí. Pero cuando se gritan, se hacen públicas. —La acerada mirada de Baako atajó cualquier posible réplica de Enu—. Y lo que me alegra es que, al final, lo hayáis resuelto. Durante todo este tiempo... no habíais dicho nada.

El más joven de los dos suspiró con exageración y miró al suelo; su expresión era de cansancio.

—No es un tema agradable.

—Imagino.

—Enterarte de algo así..., de la forma en que pasó. —Enu no sabía muy bien cómo dar rienda suelta a lo que sentía y Baako apoyó con dulzura la mano en su hombro, dándole ánimos—. Perdí a un hijo que no sabía que tenía, Baako, pero también podría haberla perdido a ella. No sé qué hubiera sido de mí, hermano. No lo sé.

Enu lloró al pensarlo y Deka los vio. Imaginándose sobre qué versaba su conversación, llegó hasta ellos; como pudo, inclinó su cuerpo para abrazar el pecho de él desde atrás, besándole en la nuca.

—Nunca quise hacerte daño —dijo ella. Enu cogió su mano con fuerza y ternura a la vez, mientras seguía llorando.

—Sentí tanto miedo al pensar que podrías haber muerto...

—Lo sé —dijo ella.

—Os juro —terció Baako— que jamás he visto una pareja más afortunada en tan desdichado mundo. Desde el día en que te vimos por primera vez y mi hermano posó sus ojos en ti, Deka, supe que ambos os amaríais hasta el final de los tiempos.

Ellos lo miraron y sonrieron, agradecidos por tan hermosas palabras.

—Y os diré algo más, hermanos míos —continuó el líder de los Látigos—. Quiero que permanezcáis en la retaguardia de nuestra unidad, al fondo del todo. En el peor de los casos, si las cosas se tuercen, seréis los primeros en emprender la retirada si así lo ordenan Serena o Atanasio.

—¡Baako! —comenzó a protestar Enu.

—No. —Él alzó una mano, acallándolo—. Es una orden. Quizá la última orden que os dé a los dos como líder de los Látigos Libres, así que no aceptaré ningún tipo de... insubordinación.

Deka cogió entonces las manos de Baako entre las suyas, y a este le

sorprendió lo suaves que eran pese a los años de enarbolar espadas y lanzar flechas con el arco.

—Ninguno de nosotros morirá hoy —dijo, con voz quebrada por la emoción—, pero cumpliremos tu mandado.

—Así se hará —coincidió Enu y ambos, a pesar de tener el corazón acongojado, se dirigieron hacia las últimas posiciones.

Serena trazó unos rápidos garabatos en el papel. Se preciaba de tener una mente ágil y disciplinada así como un buen sentido espaciotemporal, lo que le permitía tener una imagen cabal y muy cercana a la realidad de lo que estaba sucediendo en el campo de batalla. Cada movimiento de estandarte que veía a lo lejos le indicaba qué regimientos se movían y hacia dónde, procesándolo de inmediato cuando otros necesitarían de un mapa completo de campaña en el que mover fichas y clavar alfileres con banderitas. No obstante, la gran cantidad de tropas implicadas la obligaba a tomar ciertas notas para estar segura de lo que tenía que hacer a continuación.

Impartió una serie de secas instrucciones a Eritreo y este las copió, entregándoselas a uno de los emisarios que esperaba junto a la Consejera. Salió de inmediato hacia el lugar indicado para comunicarlas.

Serena se permitió un rápido vistazo a su asistente. El joven se comportaba de manera profesional, como si la noche anterior no hubiera tenido lugar, lo que agradecía. Si algo le había retenido a la hora de pedirle compañía, era justo la tendencia de algunos hombres a creer que, por compartir cama, una mujer ya era de su posesión.

Eritreo resultó no ser de esos.

Miró hacia el sur, hacia el Río Bravo. El cuerpo de ejército que se encontraba más adelantado llevaba un rato trabado en combate con el enemigo y las líneas parecían resistir el embate. La mitad de sus fuerzas y de Atanasio, que desbordaban al cuerpo de vanguardia por el norte y por el sur, habían sido enviadas hacia delante para frenar el avance de Abaven, por lo que el ejército de Vetero simulaba, desde el aire, una enorme masa compacta central a la que le habían salido apéndices en sus extremos, aún anchísimos, pero más delgados.

Pero era en la zona meridional donde más duros eran los combates. El catalejo le reveló, a duras penas debido al polvo y la distancia, que la caballería imperial había atravesado las filas enemigas y comenzaba a reagruparse tras las mismas. En cuestión de minutos, formarían otra vez de

forma compacta y cargarían contra el flanco de Abaven, buscando destrozarlo para permitir que la infantería evolucionara en una maniobra de envolvimiento.

Por ello, dictó:

—Eritreo, que los regimientos uno al ocho de nuestras unidades meridionales avancen hasta colocarse en el pasillo que la caballería está terminando de abrir. El uno y el dos se asegurarán de la victoria en las orillas del río y si el campo está limpio, que avancen junto con la infantería restante del pantano.

—Sí, señora —contestó él, escribiendo conforme Serena hablaba.

Le tendió instantes después la misiva para que ella certificara su veracidad con el lacre imperial, pero mientras estaba vertiendo la cera para sellarlo, Eritreo dijo:

—¡Señora! ¿Qué es eso?

Serena miró hacia el cielo, allá donde apuntaba él, y sintió que las tripas se le volvían del revés. Notó el sabor de la bilis en la boca y comenzó a sudar con todavía más profusión, como si el fortísimo calor no fuera suficiente.

Algo iba mal. Terriblemente mal.

Y en cuestión de un suspiro, antes casi que ella pudiera mirar con el catalejo, una nube de monstruosidades todavía más aberrantes que lo que Abaven había mostrado hasta entonces se reveló ante los atónitos ojos de los humanos.

Las manos señalaban hacia arriba, a la oscura masa que se cernía sobre ellos, y cuando la distancia se redujo lo suficiente como para ver de qué se trataba, gritos de terror vinieron a sustituir a los propios de la lucha. Miles de gargantas aullaron de miedo y no pocos de ellos temblaron y se orinaron encima, tal fue el pavor que sintieron.

Volando, la muerte dorada se acercaba en una forma pavorosa: cientos y cientos de animales de gran tamaño, mezcolanzas blasfemas y repelentes de carne, músculo y hueso procedentes de varios cuerpos a los que se les había acoplado, en los lugares más inverosímiles, alas que les permitían surcar el cielo.

Y que comenzaron a caer en picado sobre las filas imperiales.

El impacto de los masivos cuerpos hizo estragos entre los de Vetero. Los seres, por llamarlos de algún modo, golpeaban con brutalidad la zona donde aterrizaban, aplastando numerosos soldados derribados como juguetes. El horror no acababa ahí, porque los más cercanos al punto de colisión eran

bañados con las entrañas putrefactas de las criaturas, comenzando a gritar al sentir como si su carne chisporroteara y ardiese, fruto del veneno que Abaven había escondido en el interior de sus nuevas armas. Muchos se tiraban al suelo, intentando apagar unas llamas inexistentes, pues el ardor que sentían no era producto del fuego sino de un potente destilado cuyo origen se había olvidado en la noche de los tiempos, pero que aún permanecía vivo en la memoria de Abaven y que corroía la piel deshaciéndola, como manteca en una sartén.

El ejército, al contemplar tan horroroso espectáculo, flaqueó, y el dios dorado hizo brillar con más fuerza su luz, proporcionando un empuje a su hueste, que presionó con mayor dureza y abrió huecos entre los humanos.

Y, aunque Serena intentó poner orden y reorganizar al ejército para establecer una defensa organizada, lo peor aún estaba por llegar.

El grupo de criaturas voladoras no se dirigió en bloque contra las filas del ejército imperial. Una nutrida parte de las mismas se desvió hacia el norte, y aunque algunas de ellas recibieron múltiples impactos de flechas que las hicieron caer a tierra, la mayoría se colocó en la retaguardia de sus oponentes, si bien no con la intención de atacar por la espalda.

Su intención era otra. Mucho más siniestra y terrible.

También cayeron con estrépito, pero contra el Bosque de los Susurros, la gran masa de vegetación que suponía el límite septentrional del campo de batalla. Justo detrás de las fuerzas de Baako.

Los engendros se estrellaron y derramaron sus podridas entrañas contra los gruesos troncos, quedando intestinos y cuajarones de sangre colgando de las centenarias ramas como funestas guirnaldas, una macabra broma a aquellas que se colgaban en los árboles durante celebraciones mucho más felices.

Deka, Enu y tantos otros de los Látigos que se habían girado hacia el bosque quedaron boquiabiertos, enmudecidos, incapaces siquiera de gritar ante la locura de lo que estaban viendo cuando, como si Abaven hubiera provocado un estallido de su propia luz, el enfermizo oro de su forma se derramó sobre todo el campo de batalla, sin dejar resquicio alguno.

Y los árboles bañados con las putrefactas y tóxicas vísceras comenzaron a agitarse, con torpeza al principio, pero cobrando rápida confianza en sus movimientos, unos titanes animados de madera gruesa y vieja que hicieron brotar sus enormes raíces del suelo, arrancando gruesos terrones de tierra.

Avanzaron.

Avanzaron en un número que no resultaba increíble por su cantidad, sino por lo absurdo de la situación; los árboles se movían, y el más pequeño era más alto que cinco humanos puestos uno sobre los hombros de otro. Sus raíces se convirtieron en pies nudosos, cuya superficie era tan grande que, si la dejaban caer, podían aplastar sin problemas a un par de caballos.

Aunque no eran rápidos, como si estuvieran desperezándose tras un letargo de eones, con cada zancada recorrían mucho más que lo que un caballo cubría en el mismo tiempo y enseguida llegaron junto a los primeros humanos a los que, espoleados por Abaven, debían matar.

Llegaron ante los Látigos Libres.

Baako, pasada la conmoción inicial, supo cómo debían enfrentarse al nuevo enemigo: con fuego y hachas. Por desgracia, no contaban con lo primero, y las segundas no se prodigaban entre sus guerreros.

La única decisión racional era replegarse, pero el único sitio al que podían dirigirse era hacia el grueso del ejército de Vetero, en dirección contraria a los árboles animados, los Teneru-Ethén, como fueron nombrados entre gritos de pavor en la lengua de los Akash-Damú.

Cabalgó tan rápido como pudo, ordenando a voz en cuello la retirada y deseando que ninguno de los Látigos cayera bajo las enormes raíces de los árboles. En cuanto llegó a las posiciones imperiales, exigió que se encendieran fuegos y que se ataran trapos, vestiduras, pendones o cualquier cosa inflamable a mano, a las puntas de las flechas.

Los oficiales entendieron lo que pretendía y le hicieron caso con diligencia, mientras los colosos seguían acercándose. Los más avanzados de ellos ya estaban entre los jinetes que huían, y aplastaban sin misericordia a guerreros y monturas por igual, que quedaban convertidos en una sopa de huesos pulverizados y carne triturada.

Entonces, Baako cayó en la cuenta: quizá esperando poner a salvo a su hermano y a Deka, los había condenado.

Lanzando un grito de rabia, apretó con fuerza los talones en torno a su caballo y lo hizo cabalgar hacia el peligro, agrupando en torno a sí a los Látigos más valientes.

—¡Debemos ganar tiempo, hermanos! —les gritaba en la lengua del Rastrillo. Lo siguieron a la batalla, pero no vio qué había sido de Deka y Enu. Algunas flechas aisladas, encendidas como fanales, surcaban siseando el cielo y se clavaban en los troncos de los Teneru-Ethén, que parecieron aullar

de dolor cuando el fuego se expandió por su corteza.

Poco a poco, una buena parte del ala norte del ejército imperial quedó trabada en combate con los árboles, pero estos, animados por el dios dorado, continuaron su avance y los soldados se estremecieron cuando escucharon los primeros gritos de sus camaradas antes de morir, cuando la sombra producida por los árboles caía sobre ellos para aplastarlos.

Esa fue la última y más pavorosa traición de Abaven, pues nunca hasta entonces en toda la historia había ejecutado tal artimaña; si se piensa con frialdad, era lógico, pues también los árboles y las plantas de la tierra están vivas, y no hay nada más odioso para Abaven que la vida. Retorcerla y manipularla a su antojo era tan natural para él como respirar para los animales.

Y la visión de unos enemigos en apariencia invencibles contribuyó al derrumbe total del flanco norte, atrapado como estaba además en la lucha contra la hueste que había avanzado por la llanura desde el este.

Sin embargo, Baako aún realizó una gesta por la que su nombre todavía es recordado. Entre aquellos que habían volado hasta el Bosque de los Susurros se encontraba el Herald, regocijándose ante la cruel matanza, pero también la blasfema criatura insectiforme que mató al general Andeseo.

El líder de los Látigos lo vio y, mientras continuaba esquivando los pisotones de los Teneru-Ethén moviendo su caballo por entre las patas de madera con pericia, gritó un desafío:

—¡Heraldo! ¡Maldito seas mil veces! ¡Lucha conmigo y muere!

Pero el Herald sonrió y se echó hacia atrás dispuesto a irse al tiempo que indicaba a su acompañante que se ocupara del recién llegado. Este se adelantó y se arrancó uno de sus brazos acabados en garras con tanta facilidad como quien se arranca una pestaña, lanzándolo con tal fuerza y puntería que se hincó hasta la mitad en el pecho del caballo de Baako, que cayó a tierra muerto al instante.

Baako rodó con agilidad y salió indemne de la caída, pero apenas tuvo tiempo de preparar su guardia cuando ya tenía sobre él al monstruo, cuyas mandíbulas producían un sonido chasqueante y rasposo.

Baako apretó los dientes e hizo una mueca feroz, pero su enemigo no era alguien que se amilanase con facilidad y lanzó un tajo que no alcanzó el torso de Baako gracias a sus estupendos reflejos. Intentó recuperar la iniciativa haciendo uso de toda su velocidad, pero pronto vio que, de seguir lanzando mandobles sin pausa, se cansaría mucho antes que la criatura, así que decidió

permanecer a la defensiva hasta encontrar un hueco en su guardia.

Su espada era un borrón de acero que reflejaba las llamas que surcaban el cielo a lomos de las flechas lanzadas por los de Vetero, y el olor a madera quemada inundó sus fosas nasales. No muy lejos, uno de los jinetes de los Látigos era descabalgado por uno de los árboles andantes, que le empaló en una de sus gruesas ramas en pleno galope. El hombre tardó en morir, gritando preso de la agonía, y su cuerpo permaneció atravesado ahí hasta el final de la batalla.

El hombre-insecto seguía lanzando cuchilladas, obligando a Baako a poner todos sus sentidos en el combate. No se podía permitir el más pequeño fallo o su apéndice, terminado en una afilada garra, lo mataría. Golpes y paradas se sucedían a velocidad de vértigo, y la resistencia de Baako se puso a prueba aquel día como a nadie se le había puesto hasta entonces.

Empezó a pensar que su decisión de luchar a la defensiva había sido un error, pues el monstruo era tan veloz que no le dejaba tiempo para reaccionar y aprovechar un hueco por el que atacarle. Sacudió la cabeza para agitarse las gotas de sudor que amenazaban con caerle en los ojos y dificultarle la visión. Por el rabillo del ojo, vio algo que quizá podría aprovechar.

Se dirigió con cuidadosos pasos laterales hasta llegar a una zona donde la apariencia infinita llanura de arena y polvo se convertía en una zona pedregosa, con cantos de tamaño pequeño, como un campo de guijarros surgido en la desolada planicie dorada.

Había decidido llevar a cabo un acto atrevido y peligroso que era probable acabara con él muerto si no funcionaba, pero comenzaba a sentir calambres en los brazos y era consciente de no poder resistir mucho más tiempo.

Así que, en cuanto notó las piedras crujiendo bajo sus botas, se tiró al suelo al tiempo que su enemigo lanzaba un nuevo golpe y con la mano izquierda agarró la roca más cercana. Rodó sobre sí mismo alejándose de su enemigo y la lanzó con tal precisión que golpeó con fuerza su cabeza, haciéndolo trastabillar.

Como el rayo, Baako se incorporó sintiendo punzadas en los muslos por la tensión a la que los sometió tras tanto rato de combate y se lanzó a tumba abierta con la espada por delante, como un ariete humano.

El acero se incrustó en el pecho de la repugnante criatura con un satisfactorio sonido de crujidos y succión, y la inercia que llevaba Baako era tal que derribó al monstruo, acabando ambos en tierra. Como si no supiera muy bien qué estaba pasando, como si no acabara de creérselo, el hombre-

insecto permaneció inmóvil, y Baako aprovechó para sacar un cuchillo del cinto y sintiendo su fétido olor a cripta milenaria y entrañas podridas, apuñaló la sien, la cara, la frente, de lo que un día había sido un hombre. Clavó su filo en la carne transformada por las artes de Abaven.

Una y otra vez.

Hasta que el monstruo murió.

Pero si Baako había vencido en su combate personal, al ejército de Vetero no le iba tan bien. Solo la zona meridional parecía resistir el embate del Enemigo gracias a que aún faltaba mucho para que los Teneru-Ethén los alcanzaran, pero el flanco norte estaba desmadejado casi por entero. El cuerpo central, aunque poseía la mayor cantidad de efectivos humanos, comenzaba a sentir la temible presión en dos frentes.

Serena apretaba los labios y se mordía el carrillo, nerviosa. La entrada, tan inesperada, de esos nuevos y temibles enemigos había supuesto un vuelco en la batalla muy difícil de contrarrestar. Conforme pasaban los minutos, le resultaba cada vez más claro que iban a perder.

Sus tropas se defendían con denuedo, pero la marea comandada por el Enemigo estaba desbordando a los imperiales y las formaciones aguantaban a duras penas. Ya había visto caer tres estandartes de generalato, desaparecidos entre la oscura turbamulta, y la lucha estaba arreciando cerca de las posiciones de Atanasio.

Tomó una decisión que le llevó el sabor de la hiel a la boca.

—¡Eritreo! —ordenó, y el asistente le prestó toda su atención—. Cabalga hasta el emperador y solicítale permiso para iniciar la retirada.

El joven la miró con expresión anonadada y ella notó que las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos.

—¡Ve! —dijo con voz dura pasándose el dorso de la mano por la frente, secándose el sudor y, con disimulo, el llanto.

Mientras esperaba la previsible confirmación de retirada por parte del emperador, comenzó a seleccionar las unidades que tendrían que cubrir el repliegue para evitar que se convirtiera en una desbandada y, por tanto, en una carnicería.

Era consciente por completo de que esas unidades serían sacrificadas, y era un flaco consuelo pensar que lo serían por un bien mayor. Decidió que estaría con ellas hasta el final y escribió unas rápidas palabras de despedida para sus dos hijos, sellando las notas con un suave y amoroso beso que esperó

les llegara en espíritu.

Cuando vio que Eritreo regresaba con rostro ceniciento y apesadumbrado, supo que Atanasio había llegado a la misma conclusión que ella: la victoria era ya imposible y había que salvar lo que se pudiera.

El sargento Targo miró a los suyos con gesto preocupado. Habían tenido un momento de tranquilidad, si tal cosa podía existir entre tanta confusión, aprovechado por un ordenanza para despachar con él. Este se fue tras comunicarle las órdenes que venían de arriba, y Zulema chascó la lengua, preocupada. Agitó la espada, haciendo que la sangre que cubría el filo cayera a tierra y se acercó hacia el sargento, como otros de la escuadra.

—¡Bien, muchachos! —comenzó Targo, intentando imprimir una energía a sus palabras que en realidad no sentía tras tanto tiempo de combate—. Toca replegarse, y ya sabéis lo que eso significa.

—¿Replegarse? —preguntó Zulema, siempre dispuesta a abrir su boca—. ¿Hemos perdido?

Targo suspiró, cansadísimo.

—¿Entiendes la diferencia entre repliegue y retirada? —preguntó—. El ejército va a adoptar nuevas posiciones en una zona atrasada para presentar un nuevo frente, así que nos ha tocado ser una de las unidades elegidas para procurar que a nuestros camaradas no les claven el acero en la espalda.

—Nos retiramos —masculló entre dientes Zulema, presa de un sentimiento de fatalidad; por fortuna, Targo no la oyó.

—¡Formad una línea ahí! —ordenó, señalando un punto a pocos pasos, cerca de otras unidades que estaban comenzando a plantar su defensa también—. ¡Ja! ¡Veo que estaremos al lado de la escuadra de Petra! ¡Es un buen momento para demostrar a esas nenazas cómo se combate!

La aludida oyó el vozarrón de Targo y escupió una flema.

—¡Tus chavalines van a tener que sudar mucho para igualarnos, Targo! —le dijo, entre risotadas de sus soldados.

—¡Venga, venga! Vamos a hacer que se traguen sus palabras —replicó el sargento, aferrando con fuerza su espada.

Sabía de la cercanía de su muerte.

—¡Enu! ¡Deka!

Baako gritaba con todas las escasas fuerzas que le quedaban en el cuerpo. La lucha contra el hombre-insecto le había agotado y, tras vencerlo, se había

permitido el pequeño lujo de descansar un minuto junto a la carcasa de su enemigo. Lleno de calambres, se puso en pie y miró en derredor. La polvareda causada por los árboles al remover la tierra sobre sus raíces flotaba en el ambiente, una calima sucia y espesa que le impedía ver mucho más allá de las narices. El polvo se le metía en la nariz y le picaba en la garganta. Sintió la lengua apergaminada y los ojos irritados.

Parecía que, pese a los sonidos amortiguados de batalla que le llegaban de la distancia, el mundo se había quedado en silencio, un silencio terrible y majestuoso, como el de los inmensos cementerios.

—¡Enu! ¡Deka! —repitió, y la voz se le quebró. Su principal preocupación en ese momento era encontrarlos, así que comenzó a andar siguiendo el camino de destrucción que habían dejado los Teneru-Ethén, encontrando cuerpos aplastados, caballos y soldados destrozados y reventados bajo el tremendo peso de los árboles como fruta madura. Un paisaje de pesadilla que le provocó náuseas, a él, un guerrero curtido que había contemplado muy diferentes formas de crueldad.

Algún que otro árbol yacía también en tierra, como colosos caídos, con fuegos aún propagándose en su tronco, pero el escaso número de los mismos hacía pensar que los imperiales no habían conseguido rechazarlos y que habían irrumpido en las filas de Vetero llevando muerte y destrucción.

Baako, desde el mismo momento en que vio la prodigiosa demostración del poder de Abaven, se hizo pocas ilusiones sobre el resultado de la batalla. ¿Cómo podían luchar contra eso, cuando ya las fuerzas antes de contemplar a los árboles andando eran tan igualadas? Y, pese a todo, solo les había quedado una opción: seguir combatiendo.

Por eso, pese al horror, la batalla continuaba aunque, de vez en cuando, Baako se cruzaba con hombres y mujeres heridos, de rostro demudado, que corrían en dirección contraria a la suya. Se estaba comenzando a producir un goteo de abandonos que podían convertirse en un torrente de confusión, una desorganizada huida que facilitara al Enemigo su trabajo de matarife.

Pero Baako estaba demasiado cansado como para decirles nada y continuaba andando, oyendo los aullidos de los desesperados que anunciaban que todo estaba perdido.

No podía saber que Serena había comenzado a organizar la retirada del ejército imperial y siguió gritando, llamando a su hermano.

Orgullosa, la Consejera vio que su ejército no se hundía pese a la retirada.

Con satisfacción, vio que mantenían su profesionalidad aun en el momento de la derrota y se replegaban con lentitud, asegurando sus posiciones y permitiendo una ordenada marcha hacia atrás mientras las unidades seleccionadas se mantenían a pie firme facilitando la huida de sus camaradas de armas. Aun sabiendo que la muerte les rondaba, no flaquearon, y combatieron hasta que les fallaron las fuerzas.

Eritreo, que no había querido abandonar a Serena y solo lo hizo cuando esta le imploró que llevase las dos cartas a sus hijos, miró hacia atrás, cuando ya había cierta distancia entre la lucha que aún se estaba desarrollando y él. Formaba parte del enorme bloque de soldados que huían hacia el oeste, una gran cantidad de tropa que confiaba en ser tan rápida como para alcanzar la seguridad de la lejanía y escapar de una atroz muerte a manos de Abaven.

Lloró al ver cómo uno de los pocos pendones que aún quedaban en pie desafiante caía, y aferró con fuerza el zurrón donde llevaba las misivas.

—Descanse en paz, Consejera —dijo en un susurro, como si rezase—. Llevaré sus últimas palabras a quienes más quiere en este mundo.

Y así, en una jornada de sufrimiento, sangre y dolor, la humanidad resultó incapaz de contener la oscuridad de Abaven, y el tremendo poder del dios de oro desbordó las fuerzas de Vetero, que habían levantado una tremenda muralla, pero que se mostró insuficiente.

Los caminos quedaron anegados de soldados que huyeron intentando escapar de la muerte. La heroica defensa que habían montado los imperiales por mandato de Serena con el fin de facilitar la retirada no duró demasiado, y los cuerpos pronto cayeron a tierra. Aplastados, golpeados, tajados y descuartizados.

Entonces, la hueste se giró hacia el oeste como un único ser y vio a las tropas que huían, miles y miles de humanos que todavía respiraban, que aún vivían, y Abaven sintió que su sed de sangre quedaba lejos de haber sido saciada.

Sus tropas corrieron en pos de los derrotados, y cuando las fuerzas más retrasadas les vieron llegar, comenzaron una desbandada que pronto se generalizó y se convirtió en una carrera desesperada por salvar el pellejo, sin atender las órdenes y amenazas de los pocos miembros de la alta oficialidad que se replegaron con las tropas.

El ejército imperial se deshizo como un bizcocho bajo la lluvia.

Los muy pocos afortunados que aún montaban sus caballos hicieron correr

a los animales como nunca en sus vidas, obviando por completo las súplicas de los heridos que, cojeando, sabían que caerían bajo las armas del Enemigo.

Ya no había compañeros ni hermanos.

Solo restaba sobrevivir. Como fuera.

Y corriendo como locos para huir, se desparramaron hacia poniente y llegaron a aldeas pequeñas en su aterrada marcha, famélicos, cansados, tan desesperados que se comportaron como bandas de salvajes para llevarse cualquier cosa a la boca. Fueron escenas tan terribles que, cuando llegaron las criaturas de Abaven, no tuvieron que hacer nada salvo contemplar los cadáveres de aquellos que se habían intentado resistir a los soldados en fuga.

Y entre los derrotados, Baako, triste más allá de toda medida, que recordaba una y otra vez la cara de su hermano, a quien encontró abrazado al cuerpo yacente de Deka, en medio de tanta desolación.

—Es demasiado tarde para mí, hermano —le dijo Enu, meciendo a su amada, que presentaba una terrible herida en el pecho.

—Podemos irnos, Enu —replicó él, tendiéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—No. —Enu se levantó el jubón acolchado y mostró una ancha herida en el costado por la que manaba abundante sangre, a la altura del estómago—. Sé que me han destrozado las entrañas. Mi lucha termina aquí.

Baako se resistía a creerlo y meneaba la cabeza, desconsolado. La voz de Enu era calmada, tranquila, casi reconfortante al decir:

—Ha sido una vida buena, hermano, pero ya termina. Tú puedes seguir adelante, Baako. Hazlo por nosotros.

Baako asintió, tragándose las lágrimas y cogiendo la mano de Enu entre las suyas hasta que las fuerzas abandonaron por completo a su hermano. Con suavidad, lo depositó en el suelo, junto al amor de su vida.

Les besó con ternura en la frente y se despidió de ellos.

Nunca más se supo nada de él. No llegó a la capital del mundo.

Danais derramó amargas lágrimas al leer el mensaje que una torcaz llevó al Palacio del Estatuto. La Emperatriz supo las malas noticias la misma tarde del día de la derrota del ejército imperial e hizo llamar a Adía para ponerle al corriente.

Lo que había parecido una previsión quizá desmesurada se iba a convertir en algo imprescindible para lograr evitar el pánico y mantener posibilidades de supervivencia de una buena parte de la población de Vetero.

Aunque aturdida por la noticia, Adía dio inicio a las acciones que pondrían en funcionamiento la maquinaria de evacuación que habían diseñado. En lo más hondo de su corazón, se alegró al ver que todo su trabajo serviría para algo, que había sido más que un pasatiempo en el que mantenerse ocupada.

Aunque, por supuesto, deseaba que no hubiera sido necesario.

Enseguida, largas filas de carruajes y carretas, así como una legión de mulas cargadas con vituallas, llenaron los caminos y comenzaron a vaciar la inmensa capital del mundo, en dirección oeste, huyendo de la horda asesina y despiadada. Por fortuna, o quizá por una mera cuestión de crueldad, Abaven no presionó con rapidez tras su victoria en la Batalla de las Planicies Ardientes; si su ejército se hubiera lanzado sobre la ciudad, habría acabado con sus habitantes tal y como hizo con Lorry, entre sangre y confusión, gritos y horror.

Adía pensaba que quizá se estaba regodeando en el sufrimiento y la desesperación que comenzaba a cundir entre la gente, pues las noticias corrieron entre ellos y se supo que el ejército, el inmenso e invencible ejército, había caído junto con Atanasio. La llegada de los primeros soldados que habían escapado, enfebrecidos, asustados, no hizo más que añadir caos y pronto la evacuación comenzó a adoptar tintes de estampida, pese a los improbables esfuerzos de Adía.

Sin embargo, la reina no se dejó amilanar por las circunstancias y continuó su trabajo. Con el tiempo, se valoró su actuación como una de las más decisivas y trascendentes en toda la historia de la humanidad. Ziresa, Nidama, Necto y Mohenjo, sus más fieles amigos, salvaron bajo su mando incontables vidas y ofrecieron una oportunidad a la humanidad de perdurar, pues fue gracias a ella que miles y miles de personas lograrían alcanzar los puertos del oeste, escapando de las garras del Enemigo.

Pero antes de eso, sufrió una terrible amargura cuando Danais la recibió en su alcoba privada el día anterior al que habían programado para la salida de Vetro. La Emperatriz vestía un sencillo vestido turquesa y su pelo, casi cano por completo, estaba suelto, siendo la primera vez que Adía la veía sin formar un complicado y elegante peinado. En su cara no había rastro alguno de maquillaje y el cansancio, reflejado en sus ojos, parecía haber marcado con mayor profundidad las arrugas de su rostro.

Se sentaba junto a su tocador, donde reposaba una elegante copa de cristal tallado, vacía.

—Alteza imperial —saludó Adía, al entrar.

—Abrazame, Adía —suplicó, más que ordenó, Danais mientras se levantaba, y ella hizo lo que le pedía. Le sorprendió la extrema delgadez de su cuerpo, como si no hubiera comido nada en días, y la fragilidad que desprendía. El peso de todos sus años se había hecho presente en su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y Adía no pudo evitar que los ojos le picaran, intuyendo que eso era un adiós.

—El Imperio va a dejar de existir, hija —dijo con voz débil—. Atanasio y yo seremos recordados como los viejos seniles que dejamos que Vetero muriera.

—¡No digáis eso, os lo ruego! —protestó Adía, separándose e intentando mirarla con dureza, sin conseguirlo: solo sentía una honda tristeza.

—Negarlo sería de tontos, Adía. Ahora, todo queda en tus manos. Salva a nuestro pueblo, te lo imploro. Que sea ese mi último deseo.

—Señora..., vos conduciréis a vuestro pueblo y haréis que se reagrupe...

Danais levantó una mano para hacerla callar, pero Adía vio que temblaba, como si le costara mucho mantenerla en alto. Los ojos de la Emperatriz empezaron a cerrarse y en susurros, costándole mucho hablar, dijo mientras se tumbaba en la cama:

—Vetero está en tus manos, hija mía... La historia no tiene nada... más que decir de mí.

Y, tras decir esas palabras, la última emperatriz de Vetero dejó de respirar. Adía miró la copa vacía y supo lo que Danais había hecho. Se acercó, dando tumbos, a la cama y se derrumbó de rodillas junto al cuerpo exánime de quien había llegado a ser una madre para ella; colocó su cabeza en el regazo de la anciana y mojó con su llanto el sencillo vestido turquesa.

X

El silencio flotó sobre los presentes cuando el anciano acabó su relato. La noche estaba bastante avanzada y alguno de ellos tuvo que reprimir un bostezo.

—No hay mucho más que contar —dijo tras un rato Necto—. La capacidad de trabajo y la buena organización de Adía hicieron que una gran cantidad de gente llegara a la costa del Gran Océano. El embajador de Espejado fue uno de los que escaparon de la batalla y sus palabras fueron escuchadas, por fortuna, por los gobernadores de las repúblicas marítimas.

»Por una vez, no tuvieron lugar discusiones interminables ni juegos de poder: todos coincidieron en que las fuerzas del Enemigo no podrían ser detenidas, pues avanzaban imparables con la intención de exterminar a toda la humanidad arrinconándola contra el mar.

»Por mucho que doliese, la decisión era inevitable y cientos de barcos zarparon cargados hasta los topes de gente en busca de otras tierras, anhelando que Abaven cesara en su persecución.

—Señor —dijo la pecosa.

—¿Sí?

—Entonces no se sabía que estas tierras existían, ¿verdad?

—Se sospechaba —contestó él— que podía haber otro continente, pero fue más bien una arriesgada apuesta, tienes razón. Aunque la alternativa estaba clara. Se decidió que más valía enfrentarse a la furia del mar que a la muerte a manos del Enemigo, y los marinos demostraron su pericia, si bien tengo que decir —añadió con una sonrisa, aunque no extendió la información— que no solo fue gracias a la habilidad de los capitanes que la inmensa mayoría de los navíos llegaron a tierra.

—¿Y por qué Abaven no continuó la persecución?

—Una pregunta legítima —asintió él—. Aunque no tengo respuesta para ella. Por fortuna, el Enemigo no se hizo a la mar y algunos dicen, basándose en las leyendas de antaño, que es porque Abaven surgió en el Océano y un gran miedo le posee al mirar las enormes extensiones de agua embravecida, como si fuera posible que aquello que le vio nacer le dé muerte. Recordad la historia sobre las luces de oro y plata, cuando tocaron este mundo.

—Las dos surgieron al caer en el agua.

—Eso se dice —confirmó Necto—. Aunque tampoco importa. Quizá piensa que nos ahogamos y que ya no existimos. El mar ha supuesto una

frontera tras la que nos hemos resguardado estos cuarenta años, teniendo una oportunidad de volver a empezar. En este nuevo mundo logramos medrar y reconstruir nuestra civilización. Hemos conformado un único grupo y dejado atrás las diferencias que nos separaban. Si algo bueno ha salido de toda esta tragedia es eso: el horror nos ha unido y nos ha hecho más humanos.

»Abaven, en su odio hacia la vida, nos ha convertido en campeones de la misma.

EPÍLOGO

Necto se empeñó en acompañarlos. Apoyado en su bastón, con la espalda doblada por el peso de los años, caminó hasta el pequeño puerto natural donde se hallaba fondeado un barco de dos mástiles en cuya cubierta se veía a los miembros de la tripulación realizando las tareas previas al zarpado.

Junto a los jóvenes, el anciano recorrió los últimos pasos sobre un caminito de grava que acababa en una arena hermosa y límpida que formaba una media luna lamida por las olas tranquilas. El capitán les esperaba y alzó la mano en señal de saludo, indicando luego a unos grumetes que acercaran los esquifes a tierra tirando de las sogas que salían de sus proas.

—¿Es usted el hijo de Sentini? —le preguntó Necto cuando llegaron hasta él. Era un hombre alto, de tripa oronda y barba luenga, que se llevó el sombrero picudo al pecho haciendo una especie de reverencia burlona.

—Para servirle, señor —contestó—. Soy Chusio, patrón de la *Refulgente*.

—Se parece mucho a su padre. Navegué con él un par de veces..., hace muchos años.

—En los viajes de descubrimiento, imagino —aventuró Chusio, rascándose la barba—. Fueron tiempos interesantes, según se dice.

—Aunque peligrosos. O, mejor dicho, inquietantes. No sabíamos qué íbamos a encontrar y necesitábamos saber qué nos ofrecía esta nueva tierra.

—Por fortuna —añadió el capitán, poniendo los brazos en jarras—, todo salió bien.

Necto asintió, perdido en sus recuerdos. La joven de las pecas aprovechó para inmiscuirse en la conversación y apremiar al capitán llamando su atención:

—Capitán Chusio, señor. —Él la miró con ojos risueños—. Deberíamos partir cuanto antes.

—Muy cierto —coincidió—. He recibido órdenes de transportarles hacia poniente, con el fin de desembarcarles en el extremo oriental de...

—De lo que antes era nuestro hogar —concluyó Necto con un escalofrío que no se debía a la húmeda brisa que soplaba y el capitán asintió en silencio.

»Entonces, mejor que vayáis. —El anciano se giró, con una sonrisa triste, hacia los jóvenes—. Os deseo la mayor de las suertes. Seguro que habéis recibido instrucciones y consejos de gente más válida que yo para la misión que tenéis que realizar, pero permitid a un viejo que os diga algo: permaneced juntos y confiad los unos en los otros. Solo así venceréis a Abaven.

El capitán, que no estaba al tanto de todos los detalles de la misión, contempló al grupo con interés renovado. Era una docena de chicas y chicos, jóvenes todos ellos, miembros de la segunda generación nacida en las nuevas tierras, de variado aspecto y compleción, desde el alto y espijado con cara triste que se encontraba al fondo, hasta la oronda rubita que miraba con atención el gracioso caminar de un cangrejo.

Las quillas de los botes habían rascado la arena y les esperaban, así que empezaron a embarcar. El suave sonido de las olas al romper y los chillidos de las gaviotas se solapaban a los gritos que provenían de la goleta. En cuanto los doce hubieron subido, el capitán ofreció la mano a Necto, que se la estrechó diciéndole:

—Llévelos sanos y salvos, capitán. Que los vientos le sean favorables.

—Eso espero —contestó riendo, y entró en el bote colocándose de pie en la proa.

El anciano vio cómo se alejaban, con los remos entrando y saliendo del agua con ritmo sincopado, avanzando y avanzando hacia la *Refulgente*, y Necto pensó que ojalá el nombre del navío atrajera la buena fortuna. Para ellos y su misión.

Cuarenta años después, la humanidad volvería a las tierras de las que fue expulsada por un dios loco y asesino. La humanidad contraatacaría aunque, esa vez, con mucha más preparación que la última vez. Abaven había intentado extinguir la llama de la vida pero no lo había logrado, y esta se retiró con el fin de recuperar lo que era suyo. Si algo busca la vida, en general, es medrar y resistir.

Ante lo que sea.

—Espero que no os mareéis —dijo el capitán gritando para que lo oyeran también en el otro bote—. En caso de sentir náuseas, asomaos por la borda, ya me entendéis. Al principio, es incluso normal, así que ya os acostumbraréis.

Las maderas de los botes chocaron contra el casco de la *Refulgente* y los grumetes maniobraron para acercarse a las escalas que habían tendido desde arriba. Con cuidado, subieron por los travesaños de madera y pusieron pie en cubierta. Si bien la tripulación no era excesiva, apenas veinticinco marineros, la frenética actividad hacía que el barco pareciera estar atestado, con unos llevando sogas de aquí para allá, otros subiendo al mástil, otros comprobando los aparejos y, en fin, todos gritando como si tuvieran la absoluta necesidad

de decir al mundo entero lo que estaban haciendo:

—¡Vergas correctas!

—¡Juanete preparado!

—¡Ancla levada!

—¡Cargamento en bodega asegurado!

Y, vigilándolos, el contraamaestre junto al timón, con las manos apoyadas sobre la baranda, su ancho torso inclinado hacia delante, comprobando que las operaciones fueran llevadas a cabo con corrección.

Los jóvenes, que nunca habían pisado un barco en su vida, se asombraron y contemplaron todo con gran interés. Iban a ser meros pasajeros, así que Chusio les indicó una trampilla en el suelo.

—Seguidme —les dijo a la vez que se oían dos toques de silbato que daban orden de desplegar las velas, con lo que el barco comenzó a avanzar hacia mar abierto.

Mientras bajaban las escaleras, el capitán encendió un candil que arrojó su luz sobre un pasillo en el que había varias puertas a los lados.

—Se ha habilitado esta zona —explicó— como vuestros camarotes. Son cuatro, así que tenéis tres camas en cada una. No hay muchas comodidades, pero en las embarcaciones el espacio es vital...

—Lo entendemos, capitán —asintió el pelirrojo—. Y sepa que, si se nos necesita para cualquier cosa, trabajaremos en lo que sea.

—No creo que sea necesario, pero se agradece. En esta estación, además, el tiempo suele ser benigno, así que imagino que no tendremos incidentes durante la navegación.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó otro, mientras abría la puerta más cercana y echaba un vistazo a su interior.

—Si todo va bien y los vientos nos favorecen, siete semanas. Por eso quiero recordaros la importancia de comer fruta todos los días. Una larga temporada sin comerla, y caeréis enfermos, como descubrieron muchos antes que vosotros. Aunque no os guste, comed al menos una pieza; primero de las frescas y, después, de las de conserva.

—¿Algún consejo más, capitán?

—En realidad, no —contestó—. Mi tripulación se ocupará de todo, pero si me necesitáis para algo, suelo estar en el castillo de popa. Las diversiones a bordo no son muchas; siempre podéis echar unas manos de cartas o una partida de shikess. Aunque debo advertiros: los marineros siempre juegan apostando y algunos pierden hasta la camisa, lo que a veces no es muy bonito

de ver.

Rieron y le dieron las gracias, tras lo que se metieron en los camarotes tomando posesión de los mismos. El capitán les dejó a su aire, dirigiéndose al timón. Mientras se acercaba, no podía dejar de pensar en los extraños ojos de todos ellos. Al principio había creído que se trataba de un efecto de la luz matutina, pero vistos con el candil, más de cerca, se había fijado en que todos ellos compartían un rasgo muy particular.

Pues todos ellos poseían motas plateadas en el iris de sus ojos.

FIN

RELATOS DE LA SOMBRA DORADA

No imaginaba cuando me decidí a publicar, hace ya cosa de un año, *La sombra dorada*, que iba a conocer a tantas y tantas personas que decidirían utilizar una porción de su precioso tiempo no solo para leer mi novela, sino también para realizar una reseña de la misma. Siempre he dicho que los comentarios, positivos y negativos, son lo que nos ayuda a mejorar como escritores, y valoro en gran medida que, en este mundo rápido y fugaz, haya quienes, con todo su cariño, den una oportunidad a un autor novel autopublicado.

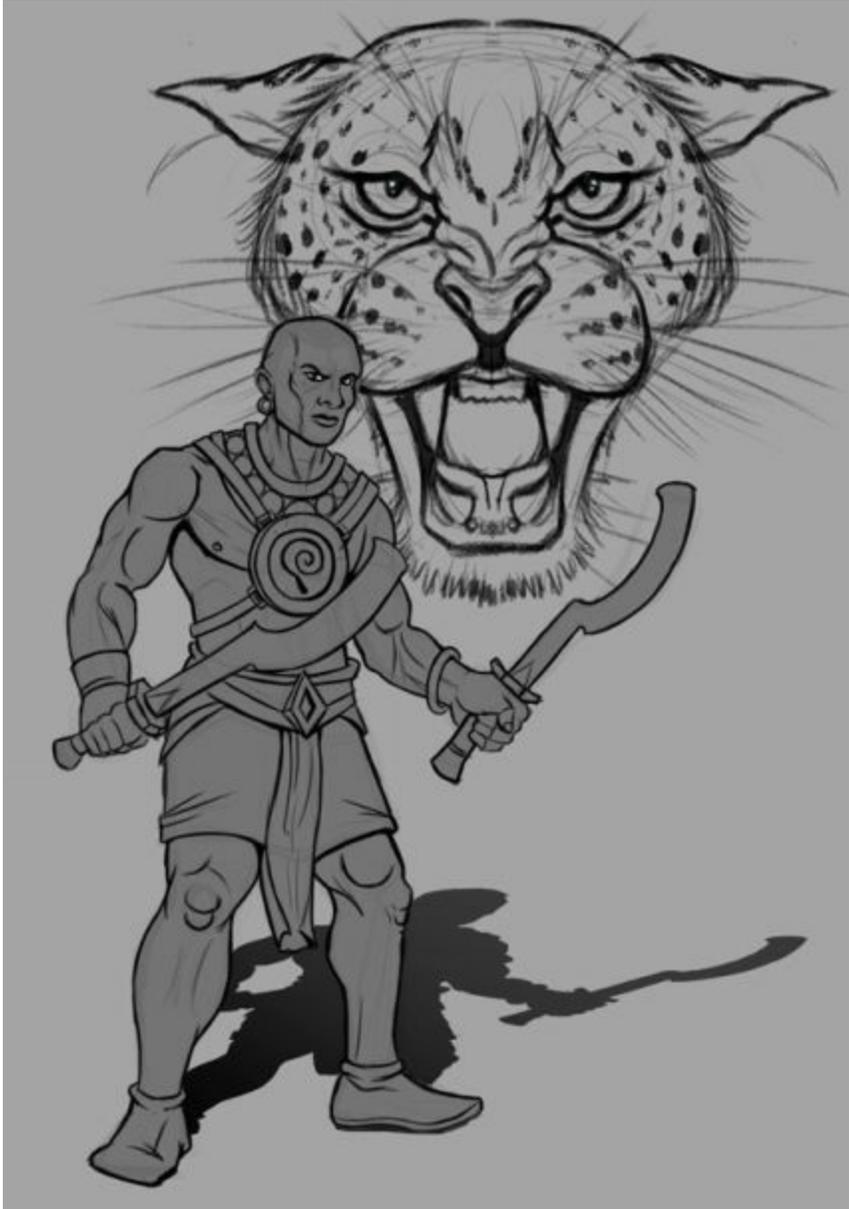
Con el mismo cariño, y en señal de agradecimiento, decidí dedicarles relatos, pequeños fragmentos que tienen lugar en el mundo donde se desarrolla el drama, la conflagración provocada por el maligno Abaven. Un regalo, deformando un tanto sus nombres o mote de la blogosfera, en los que son introducidos como personajes. Un mínimo homenaje que les dedico por su amistad.

Lo que sigue, pues, es lo que he venido a llamar “Relatos de *La sombra dorada*”, una colección de textos cortos en los que cada uno tiene como destinatario a uno de tales amigos. Para esta edición ampliada y corregida de la novela, han sido ordenados no en base a su publicación en mi blog (<https://lordalceblog.wordpress.com/>); el orden que se sigue es el cronológico con respecto a los acontecimientos de *La sombra dorada*: algunos son previos al regreso de Abaven al mundo, otros se desarrollan a la vez que lo narrado, e incluso hay otros que se desarrollan con posterioridad^[1].

Estas son las personas —listadas conforme al relato que les he dedicado— con las que me siento honrado de compartir pasión escritora y bloguera, que, ahora, forman parte de la obra para que más lectores sepan lo que ocurrió en la periferia de las andanzas de Baako, de la huida de Necto, de la lucha de Adía:

- > Yulia Leikina - <https://vozdemoscu.wordpress.com/>
- > Paula de Grei - <https://pauladegrei.com/>
- > Jonay Martín - <https://jonaymartin.deviantart.com/gallery/>
- > Lidia Castro - <https://genereialtreshistories.wordpress.com/>
- > Jon Ícaro - <https://jfkastro.wordpress.com/>
- > Jesús Salas - <http://librosjesussalas.blogspot.com.es/>
- > Sadire Lleide - <https://divagacionesenrosa.com>

- > Iris Montes - <https://agathatelocuenta.wordpress.com/>
- > <https://lalectoradelibros.com/>
- > Francisco García - <https://historiasmalditas.wordpress.com/>
- > Virginia Alba - <https://virginiaalbapagan.wixsite.com/misitio>
- > The Askmaster - <https://alasombradelaluna.wordpress.com/>
- > Yolanda Gracia - <https://yolanda1965w.wordpress.com/>
- > Raúl T. - <http://verleer.blogspot.com.es/>
- > Mónica - <http://volandoentrelibrosabiertos.blogspot.com.es/>



Baako, por Jonay

Martín Perdigón

LA CAÍDA DEL COLOSO

La vida, en el confín más al norte de Lorry, no es fácil. La más septentrional de las poblaciones que la humanidad ha levantado, Aurora, es poco más que una acumulación de cabañas de leñadores que reúne a unas diez familias, colonos valientes y aguerridos que desafían las bajas temperaturas y las largas noches de vientos gélidos procedentes de la cordillera cercana, cuyos glaciares parecen ojos siempre atentos, siempre vigilando las tierras a los pies de las montañas. Hay días en los que las nubes grises se arremolinan en torno a las cumbres y los truenos restallan creando un tumulto que llega hasta Aurora con tal fuerza que es difícil mantener una conversación en el propio interior de las casas si no es a gritos.

Con todo, Yilia es feliz. Sus manos, tras años de golpear con el hacha los gruesos y duros troncos de árboles de hierro, están surcadas de callos; su cuerpo, debido a las duras condiciones del lugar, es enjuto, pero muy resistente y siempre camina erguida, a paso vivo; y sus ojos..., sus ojos muestran el fulgor de los topacios, acompañando con su brillo la risa que siempre está presta a acudir a sus labios.

Esa mañana se ha despedido de su esposo y su hijo —quienes se han echado al hombro el arco y el cuchillo de caza, con la esperanza de capturar uno de los renos que se han visto en las cercanías— y se ha encaminado, con otros leñadores de Aurora, al bosque cercano. Como siempre, siente admiración por los enormes árboles que cubren la zona, en un tapiz que continúa más allá de donde le llega la vista: sus troncos, tan gruesos que requieren más de quinientos certeros golpes para ser derribados, se elevan, se elevan, se elevan hasta que las ramas comienzan a surgir de ellos formando una especie de cono verdoso, una punta de lanza digna del padre de todos los gigantes que, según se dice, habita más allá de las montañas y es quien ordena a las nubes descargar su furia sobre el mundo.

Yilia camina junto a su buena amiga, Masha, las dos hablando animadas:

—Mañana llegarán los comerciantes —dice Yilia. Se refiere a la gente que, desde la capital del reino, acuden cada mes para cargar en los enormes transportes tirados por recios bueyes los troncos que suponen la principal fuente de ingresos de Lorry—. Espero que traigan lo que les pedí.

—¿El qué? —pregunta Masha mirándola burlona—. ¿Aceites perfumados? ¿Vestidos de seda?

—¡No seas boba! —replica ella, dándole un golpe juguetón en el hombro

—. Hablo de cosas necesarias.

—¿Quién dice tonterías? Yo no: el perfume también es útil... si quieres estar guapa.

Masha da unos pasos de baile sobre la tierra helada, arrancando los aplausos del resto de leñadores. Es unos pocos años más joven que Yilia, no está casada, y es muy hermosa, por lo que muchos hombres —jóvenes y no tanto, con mujer e hijos o sin ellos—, la contemplan con deseo, aunque ella siempre ha dicho que su amor está lejos de Aurora, que algún día se iría a Lorry, que...

—¿Llevas la manteca? —pregunta Yilia, haciendo que Masha interrumpa su danza—. Si queremos acabar con el Padrecito, tendremos que usarla.

Masha asiente con seriedad y dice:

—Sí. Supongo que con esto habrá bastante. —Señala un zurrón que lleva colgado a la cintura.

—Supongo que sí —dice Yilia: si la bolsa está llena, será suficiente para impregnar la corteza del Padrecito facilitando la penetración de los filos de las hachas. El Padrecito es un árbol tan viejo, de corteza tan dura y rugosa, que las hachas, sin ayuda de la manteca, quedarían melladas en cuestión de diez golpes.

—Ese viejo bastardo va a caer hoy —sentencia Masha.

Poco después, las hachas cantan su monótono repiqueteo: *Cloc, cloc, cloc*. Los gruñidos de esfuerzo acompañan el ruido del acero al golpear la madera y los leñadores comienzan a sudar, pese al intenso frío que hace ese día.

Cloc, cloc, cloc.

Yilia y Masha se abren paso a través del tronco del Padrecito y, cuando llegan a la mitad del mismo, dejan de trabajar y se miran sonrientes. Sí, lo van a derribar.

Masha vuelve a untar de manteca el corte en forma de cuña y retoman la labor.

Cloc, cloc, cloc.

Horas después, agotadas, escuchan cómo el Padrecito empieza a gemir: la cantidad de madera arrebatada a su tronco es ya tal que no se sostiene. Se ladea de forma casi imperceptible, pero patente para unas leñadoras expertas como Yilia y Masha. Aunque sin necesidad de avisarlo, Yilia dice a su amiga:

—¡Cae! ¡Cuidado, que cae!

—¡Árbol va! —grita a pleno pulmón Masha, corriendo en una dirección

que la pondrá a salvo de la caída del coloso.

Por desgracia para ella, hay algo con lo que no han contado.

Una terrible y fortísima volada de viento llega desde el norte justo cuando el Padrecito está cayendo y termina de partirlo de cuajo, inclinándolo hacia donde Masha se encuentra.

—¡Masha, cuidado! —exclama Yilia, aterrada.

La mujer no tiene tiempo para reaccionar. El árbol cae con tal velocidad, y es tan masivo, que nadie podría haber evitado ser golpeado por él. Aunque Masha ha corrido, no logra escaparse de su sombra conforme el Padrecito se desploma y, entre un gran estruendo, su cuerpo desaparece sepultado por las ramas que, tras golpear el suelo, se mueven al compás del viento que sigue soplando.

Yilia grita y llora, pensando, mientras corre hacia donde estaba su amiga momentos antes, que ahora es el árbol quien danza feliz, agitando sus hojas, dichoso por haberse vengado de una de las que le han hecho caer. A él, que durante siglos había permanecido, enhiesto y desafiante, en esa tierra agreste y salvaje. A él. Al Padrecito.

Yilia llora y se hiere las manos intentando, en vano, apartar las pesadas y gruesas ramas bajo las que está su amiga.

—¡Masha! ¡Masha! —la llama una y otra vez sin obtener respuesta alguna—. ¡Masha!

El resto de leñadores llega hasta ella y pronuncia palabras que intentan ser de consuelo, pero Yilia no escucha otra cosa que el ulular del viento, el sonido de las hojas y su propia voz desgarrada.

La vida en Aurora es dura, y la muerte puede llegar de improviso, sin que haya una mínima señal de su proximidad. Yilia llora desconsolada en los brazos de un leñador, que por fin ha conseguido que se apartara del árbol derribado.

Levanta la cabeza hacia el cielo y, entre lágrimas, contempla el firmamento despejado hacia el sur, en el que brilla un sol radiante que ha recorrido la mitad de su camino. Yilia ha sido testigo de una terrible tragedia, aunque es imposible que sepa que, esa misma noche, otro ser, movido por la venganza, caerá también a tierra a muchas millas de allí, cerca de Rygita.

OSCURIDAD

Era noche cerrada, la más cerrada que Poline recordaba haber visto en mucho tiempo. La luna se ocultaba tras unos nubarrones de tormenta que habían amenazado con descargar durante toda la tarde y que no se habían esfumado pese al aire que se había levantado cuando el sol se puso. Aunque entre los apretados troncos de los árboles el silbido del viento era menor, no podía evitar estremecerse de frío, arrebujándose en su capa de lana.

La gris, la llamaban por el color de su capa, de la que no se desprendía ni siquiera en verano, último recuerdo de su madre, una capa avejentada y deshilachada por el uso y el tiempo pasado desde que se tejiera con mimo, amor y dedos hábiles de costurera.

Poline la gris.

Era un mote que le gustaba, y cuando los niños gritaban llamándola para jugar, pues les sacaba pocos años, corría hacia ellos sacando la lengua y gritando que se los iba a comer. ¡Ñam! ¡Ñam!

Esa capa era la única herencia que le dejó su madre cuando, hacía dos años, había abandonado este mundo dejándola a ella joven y sola, pues ni siquiera habían tenido nunca casa propia: se había casado en segundas nupcias con Piteo, y aunque siempre se había portado bien con su madre, a Poline no acababa de aceptarla como a una hija; permitía que siguiera viviendo en su hogar, pero poco más.

Por eso, Poline buscaba las ricas y gordas setas que crecían en lo más umbrío del bosque que rodeaba el pueblo de Pisavacas, una colección de docenas de casas en las que vivían gentes sencillas y humildes dedicadas, en su mayor parte, a la agricultura y el talado de los árboles por los que el reino de Lorry era tan famoso. Poline solo cubría un hueco existente al ocuparse de la recolección de hongos, pues nadie más tenía interés en trasnochar y pasar frío para llenar el cesto. Durante la mayor parte del año, esas setas marrones crecían a los pies de los árboles, así que ella gozaba de una pequeña fuente de ingresos al venderlas a sus vecinos. Poline pensaba que, si no fuera por ese puñado de monedas, quizá Piteo la habría echado de su hogar hacía tiempo.

Con una seta más, un ejemplar que era tan grande como una escudilla, terminó su trabajo por esa noche y rehízo el camino de vuelta hacia Pisavacas cubriéndose la cabeza con la capucha que remataba su capa; así evitaría que, en cuanto dejara el bosque, el viento despeinara su espesa mata de pelo castaño.

La sonrisa que se había dibujado en su cara al pensar en las monedas que conseguiría al día siguiente se le congeló en el rostro al mirar hacia la aldea, situada en el fondo de una pequeña hondonada dominada por el altozano del bosque en el que ella estaba. Su posición ventajosa le permitió ver que Pisavacas relucía con mucho más fulgor del que podía ser debido a las lumbres de las casas. El aire le trajo un olor a madera quemada.

A madera y a carne quemada.

Aguzando el oído, escuchó un grito sobreponiéndose al aullido del viento.

Corrió sin saber muy bien qué podía hacer, sujetando aún la cesta de las setas, algunas de las cuales se cayeron por el brusco bamboleo; al acercarse lo suficiente como para poder distinguir parte de lo que pasaba en su pueblo, los ojos se le desencajaron, pues una cohorte de criaturas desfilaban entre las chozas silenciosas, temibles, agitando armas de horrible aspecto con las que tajaban los cuerpos de sus vecinos y antorchas que prendían fuego a las humildes construcciones.

Pisavacas estaba siendo destruida y Poline supo que era la única habitante que quedaba viva. Su mente le ordenó que corriera, que se alejara, que dejara atrás esa pesadilla, pero sentía el cuerpo paralizado, incapaz de hacer que sus piernas se movieran.

Y como si fuera un lobo que había detectado su olor, una de las criaturas fue hacia ella. Poline sintió la orina corriendo entre sus piernas al ver que no era hombre ni mujer, sino algo terrible, una pesadilla hecha carne compuesta por el cuerpo malherido y agujereado de una vecina de Pisavacas. Poline supo que no era ya ella, que el ser que había sido hasta hacía poco Eliana no podía seguir viva. No desde luego con esa tremenda herida que le recorría el abdomen de costado a costado y por la que se derramaban las entrañas conforme corría devorando el espacio hasta ella.

Se fijó, fascinada y asqueada, en la tenue luz dorada que su cuerpo maltratado desprendía.

La criatura no iba armada y se lanzó contra Poline con las manos engarfiadas, buscando tirarla al suelo, golpearla, asfixiarla... pero la joven reaccionó en el último momento e hizo un fuerte y rápido arco con la mano en la que sostenía el capazo, alcanzando con el golpe al monstruo en la sien. La mayoría de las setas se desparramaron en el suelo.

Las dos figuras se embarcaron en una pelea silenciosa, pues Poline sentía la garganta seca y era incapaz de emitir ningún sonido, mientras que la otra estaba antinaturalmente callada: ni siquiera un nuevo golpetazo en la cara con

el cesto que produjo un chasqueante sonido de dientes y nariz rotos hizo que lanzara un gruñido de dolor.

Y aunque Poline nunca había creído que podría luchar por su vida con tal habilidad, golpeó una y otra vez al servidor de Abaven mientras intentaba, en vano, alcanzarle para matarla y convertirla en una de ellos. El terror que la había paralizado al principio le había dado alas y despertado en ella unas fortísimas ganas de sobrevivir. Un golpe tras otro, dados a una velocidad pasmosa y con más fuerza de la que hubiera imaginado tener, hizo que la criatura cayera con la cara convertida en un amasijo de carne destrozada.

Las arcadas la dominaron y lanzó un chorro de bilis que se mezcló con la sangre del horror que yacía a sus pies. Limpiándose la boca del sabor a hiel, miró hacia el pueblo, que ardía como una tea lanzando hacia la noche sus llamas anaranjadas, viendo que una gran cantidad de figuras se dirigían hacia donde se encontraba.

Sin embargo, esa vez pudo reaccionar de inmediato.

Y corrió. Poline corrió para salvar la vida, huyendo de la locura que había asesinado a sus vecinos y estado a punto de acabar con ella. Corrió dejando atrás lo que hasta entonces era su vida, para evitar la muerte.

Corrió esperando poder llegar a la no muy lejana capital del reino de Lorry, donde sin duda estaría segura, refugiada tras sus muros.

Poline corrió en la noche.

EL PINTOR

–¡Junamee! ¡Junamee!

La señora de la casa llamaba al esclavo gritando desde la planta de abajo. Suspirando por tener que dejar el óleo a medias justo cuando la obra parecía estar yendo mejor, apartó el pincel y la paleta, y echó un último vistazo. Luego lo retomaría, esperando no olvidar los detalles que había imaginado y comenzado a plasmar en el lienzo.

Bajó las escaleras de dos en dos y se inclinó con respeto en cuanto llegó ante la dama Mysna, una agradable mujer de cuarenta y pocos años, cuyas carnes generosas envolvían un interior amable y risueño. Lo miró con el cariño maternal que siempre le dedicaba y dijo:

–Voy a salir a la ciudad. –Se refería a la cercana Rojapiedra. Junamee estaba obligado a no salir nunca de la casa al ser un esclavo de gran valor, para evitar que ningún daño pudiera ocurrirle y se dedicara en todo momento a las obras pictóricas que luego decorarían los mejores hogares del Rastrillo, según le decía su ama. Por ello, la dama Mysna siempre le preguntaba si quería que le trajera algo para su trabajo, como en efecto hizo–: ¿Necesitas alguna pintura? ¿Telas? ¿Pinceles?

–No, gracias, dama Mysna –respondió él inclinando de nuevo la cabeza con respeto.

–Muy bien. Volveré antes del anoecer.

Junamee esperó a que la mujer saliese por la puerta. Había sido una interrupción breve, pero cuando se sentó frente al caballete comprobó que, para su desgracia, la imagen parecía haberse esfumado. Mantuvo, molesto, el pincel con la punta mojada en verde con la intención de dar unos toques esmeralda al vestido de una de las figuras, pero le fue imposible. No pudo evitar un ligero sentimiento de molestia aunque, con un rápido movimiento de cabeza, lo desechó. A fin de cuentas, le debía a la señora todo, por lo que si no podía continuar pintando, era culpa suya y solo suya.

Se acercó a la gran ventana del estudio en el que trabajaba, por la que se filtraba una deliciosa luz de mediodía veraniego, y abrió la ventana para que entrara algo de fresco y los olores de pigmentos y disolventes se escaparan al exterior. Siempre pintaba con ella cerrada, para evitar que los cantos de los otros esclavos en el jardín le desconcentraran. Eran canciones tristes, demasiado tristes, que hablaban de una vida mejor y de las penalidades que había que soportar para tenerla... No los entendía, ni le gustaban. La vida era

buena, y la ama se portaba bien con él, así que creía que era incluso una falta de respeto, tolerada solo por la inmensa paciencia de la dama Mysa.

Recorriendo la cinta adoquinada que discurría entre los setos verdes de la mansión, se veía el carruaje de la señora traqueteando, a punto de llegar a la verja de salida. Sus agudos ojos detectaron una nube de polvo a lo lejos que avanzaba con rapidez, en dirección a la casa y, como si ello le ayudara a ver con mayor claridad, apoyó las manos en el antepecho e inclinó el torso fuera del marco.

La dama Mysna y los guerreros llegaron al mismo tiempo a la puerta de la mansión.

Guerreros. Con sus atuendos y sus armas, montando tan imponentes caballos, no podían ser otra cosa. Era un grupo de dos mujeres y tres hombres, mestizos y negros, de fiero aspecto e intenciones aviesas, ante cuya visión el conductor en la que viajaba la señora detuvo la calesa de inmediato. El tiempo pareció quedar en suspenso y hasta los cantos de los esclavos cesaron, permitiendo a Jumanee escuchar con claridad lo que uno de ellos, el jefe a todas luces, exigía a gritos:

–¡Abre esta puerta ahora mismo! ¡Libera a tus esclavos! ¡Abandona el lugar! –El mulato tenía una mirada fiera en los ojos que Jumanee, pese a la distancia, vio.

Desafiante, la dama Mysna bajó con parsimonia los dos escalones de su transporte y avanzó hacia ellos, colocando los brazos en jarras mientras el cochero se removía inquieto sin saber qué hacer.

–¿Estáis locos? –preguntó ella–. Dejad ahora mismo las espadas en el suelo y esperad a que venga la milicia de Rojapiedra, que os dará vuestro merecido. ¡Canallas!

Jumanee tembló de temor, aunque no sin sentir cierta satisfacción por la entereza y el dominio de la situación que mostraba la mujer, cuya voz había sido clara e imposible de desobedecer... Si bien el líder se limitó a reírse con una estrepitosa carcajada.

No hubo más advertencias. A su lado, una mujer, una diablesa de pelo crespo y cuerpo delgado, tomó el arco que tenía sobre la cruz del caballo, colocó una flecha en la cuerda y soltó.

Jumanee gritó cuando el astil penetró más de la mitad de su longitud en el pecho de la señora, quien miró atónita hacia la mancha de sangre que comenzaba a manchar su fino vestido blanco, intentó decir algo, y se desplomó.

Luego, todo fue demasiado rápido. Con los ojos anegados en lágrimas, Jumanee vio cómo el conductor, sin respetar la memoria de la que había caído a su lado y tantos años de vida segura y tranquila les proveyó, abrió la puerta y abrazó a los salvajes, que se desperdigaron por los jardines de la casa gritando y vociferando.

Los cantos de los esclavos se convirtieron en himnos de regocijo, pero Jumanee no podía dejar de llorar, y ahí lo encontraron, tendido en el suelo, derramando amargas lágrimas por la muerte de quien había sido como una madre para él, la única madre a la que había conocido, y a quien debía todo.

Los cinco delincuentes lo rodearon, y la que había asesinado a la dama Mysna le tocó en el hombro con suavidad; él, como un niño desvalido, se dejó levantar del suelo.

–Soy Deka –le dijo con una sonrisa hermosa, pero que no calmó el dolor de Jumanee–. Tú eres Jumanee, el pintor.

Él asintió, temiendo entonces por su vida. ¿Habían venido a matarle también a él? ¿No podían dejarle en paz, lamentándose del terrible giro que había sufrido su mundo?

–Mis compañeros son Cheeka, Mamadou, Baako y Enu –los presentó, y aunque él no lo viera, sonrieron–. Hemos venido a salvarte. Eres libre, hermano.

Entonces, su lengua puso voz a la ira que sintió. ¿Cómo se atrevían a decir que lo habían liberado, cuando habían matado a sangre fría a la dama Mysna, destrozando así el orden que imperaba en el mundo de amos y esclavos?

–¿Libre? ¿Qué sabéis de libertad vosotros? ¡Desharrapados, sucios, salvajes! –dijo, apretando los puños, sabiendo que en cualquier momento le clavarían un puñal en las tripas–. ¡Asesinos! ¡Canallas! ¿Quién os ha llamado, a ver? ¿Quién ha dicho que necesitaba ver cómo matabais a la pobre dama Mysna? ¿Quién?

Su justa furia, sin embargo, pareció la de un chiquillo ante la carcajada que soltó el más grande de todos ellos, Mamadou. No había nada de divertido en el dolor de Jumanee y, con todo, parecía haber contado la mejor historia cómica del mundo.

–No lo has terminado. –La voz de Baako, profunda pero suave a un tiempo, le llegó desde atrás. Se giró y vio que estaba contemplando la pintura en la que había estado trabajando–. Va a ser muy bonito. Quizá tanto como *El ladrón de manzanas*.

Jumanee se quedó boquiabierto y no supo qué decir. Baako lo miraba

clavando sus ojos negros en él pero sin dureza alguna. Ese salvaje conocía la mejor de las obras que jamás había pintado y de la que se sentía tan orgulloso. La dama Mysna le dijo que colgaba sobre la chimenea de un importante regidor de una ciudad portuaria.

–No tengas miedo. –Baako dio un par de pasos hacia él, mostrando las palmas de las manos en señal de amistad, para ganarse su confianza–. Fuimos como tú: esclavos. Y es nuestra misión liberar a todos los oprimidos del Rastrillo. Ven con nosotros, y te mostraremos una vida mejor.

El pintor pestañeó, incrédulo. No creía ni por un momento en lo que le estaba diciendo Baako. Eran mentiras, intentos de un asesino de engañarle para hacer con él... ¿qué, en realidad?

–Supimos de ti por tus cuadros –dijo entonces Dekka, con el torso apoyado en otro de los guerreros, su pareja sin duda, cuyo nombre Jumanee no recordaba–. Queríamos conocerte. Porque te necesitamos.

–¿A mí? –Su mente era un torbellino de preguntas y, confuso, se decidió por una de ellas. Repitió–: ¿A mí?

–Sí –asintió Baako–. Todos podemos cumplir una tarea en la misión de la Caravana de la Libertad. Tú puedes hacer mucho por ella, con tus ilustraciones, hacer que el mensaje llegue a aquellos de los nuestros que no saben leer...

–¿Qué? ¿Me estás diciendo que quieres que colabore con vosotros? ¿Cómo se te ocurre tal barbaridad!?

Los cinco se miraron entre sí y el líder asintió con tristeza para luego, en voz baja, decir:

–Has vivido engañado. Tu obra no te pertenece a ojos de los Tanasha-Shi, sino que, para ellos, la ha creado Mysna. Tu señora.

–Tu difunta señora –apostilló riendo Mamadou, lo que le valió una mirada reprobadora de Baako.

–Tu ama ha logrado su riqueza gracias a tu habilidad. Tú no eres nada para ella. No lo eras –rectificó el líder–. No eres nadie para ningún amo blanco.

Jumanee se tapó los oídos. Lo que le estaban diciendo eran mentiras, absurdos intentos de convencerle, y negó con energía. Sin embargo, la voz de Baako, que se había colocado justo a su lado, consiguió llegar hasta su cerebro cuando dijo:

–Nunca has visto los barracones de otros esclavos. No has visto dónde duermen los otros hermanos que trabajan en esta misma casa, sujetos al látigo

de los capataces de Mysna. Jamás has contemplado las espaldas azotadas, los dedos amputados, los labios cortados o los genitales quemados.

»No, Jumanee, no lo has visto porque te han mantenido en una jaula de oro, pero lo vas a conocer. Vas a saber lo sucio que es el mundo, quieras o no. Y te garantizo que tus lágrimas dejarán de ser de dolor por Mysna para transformarse en otras de odio y rabia.

»Te lo garantizo.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD DE MAESE MARIO

—Ábrete, maldita...

Lyda siguió trasteando con las ganzúas esperando escuchar el *click* que le indicaría el éxito en su empresa. Llevaba demasiado tiempo intentando abrir la puerta y en cualquier momento uno de los guardias de Terencio podría pasar por ahí, dando la alarma y obligándola a salir corriendo. Se secó el sudor de la frente con la manga de la capa oscura con la que cubría su menuda figura y giró de nuevo la muñeca para hacer que la herramienta encajase en el punto que...

Click.

Sonriendo, abrió con mucho cuidado la puerta de la bodega y se deslizó en el interior, dándose un momento para que sus ojos se adaptasen a la oscuridad reinante, apenas atenuada por la luz lunar que entraba por unos pequeños ventanucos. Cuando descubrió la escalera que bajaba al piso inferior, donde se encontraban los toneles en los que se almacenaban ingentes cantidades de vino procedentes de los campos aledaños, se dirigió de puntillas y con cuidado de no tocar nada. Era famosa entre las gentes de los bajos fondos de Intolusa por actuar como una sombra, alguien que nunca jamás dejaba huellas de haber estado en las casas que desvalijaba. Una fantasma.

En el piso de abajo, la oscuridad era total, pero las indicaciones de Sarisa, su patrona, habían sido claras: deslizó la mano por la pared izquierda hasta que encontró una cadena de hierro y tiró de ella dos veces, contó mentalmente hasta cinco y volvió a tirar. Con un quejido, uno de los paneles que cubrían las paredes excavadas en la tierra se desplazó hacia dentro revelando un pasaje recto, al fondo del cual se apreciaba una tenue luz anaranjada.

La ladrona caminó por él, llegó hasta la antorcha que marcaba con su fulgor el final del corredor y abrió otra puerta oculta, accediendo al interior de la mansión de maese Terencio, el barón que gobernaba estas tierras desde que su padre muriera hacía un año... un estúpido orgulloso y prepotente cuya principal virtud era ser miembro de una de las familias más poderosas del imperio Vetero. Arrugó la nariz al pasar justo por delante del óleo que lo representaba a tamaño natural, un joven en la veintena, atractivo, de pómulos altos y labios finos, vestido con ropas que debían costar más del doble del sueldo anual que Lyda recibía por su trabajo legal, el que ejercía fuera de las sombras de Intolusa.

Silenciosa como una pantera, subió las escaleras que conducían a la planta superior y eligió la tercera puerta a la derecha. Sobre un hermoso escritorio de nogal se encontraba su objetivo. Abrió la caja de plata, un contenedor ovalado en cuya tapa había labrado un bajorrelieve de exquisitas formas, y se aseguró de que el testamento de maese Mario, el padre fallecido de Terencio, estuviera dentro. Desplegó el pergamino, echó un rápido vistazo y asintió aprobadora, metiéndolo en uno de los múltiples bolsillos de su capa tras plegarlo con mimo.

Solo quedaba recorrer el camino a la inversa pero, cuando pasó por delante del retrato de Terencio, se lo quedó mirando y no pudo evitar mostrar los dientes en una sonrisa felina al pensar en cómo mejorar la obra pintada.

La dama Sarisa acudió a ver a Lyda a su trabajo, tal y como habían quedado. La escuela era un lugar público y no era extraño ver damas de la alta sociedad de Intolusa pasando por sus dependencias, interesándose por la marcha de los estudios de sus hijos o comprometiéndose a realizar donaciones de su fortuna particular para sufragar los estudios de los niños más desfavorecidos.

Sarisa contemplaba con sus hermosos ojos azules —tan azules como los de su hermano— a la profesora, una cabeza más pequeña que ella, pero cuyo cuerpo rezumaba energía por cada uno de sus poros. Lyda agitó su melenita morena y rizada y entregó el testamento a Sarisa, que lo escondió con rapidez en la ancha manga de su vestido rosado.

—No hubo ningún problema —dijo Lyda mirando a un par de niñas que pasaron junto a ellas correteando—. Todo fue como la seda.

—¿Nadie te vio?

—No, no. —Lyda negó con la cabeza remarcando su respuesta—. Imagino que los criados estarían bastante más relajados que cuando el señor se encuentra en casa.

Sarisa rio y asintió.

—Seguro que sí —observó—. Mi hermano pone los nervios de punta a todos los que tiene cerca. Es un don. —Soltó una nueva carcajada.

—¿Y usted? ¿Todo bien en la capital? —inquirió Lyda.

—Sí. Los emperadores han fallado en contra de él, así que mi parte de la herencia está asegurada. Mi padre debe estar revolviéndose en su tumba, viendo que quiso saltarse la ley y que no le ha servido para nada.

—Me alegro, la verdad —dijo Lyda—. El mundo ya es bastante duro para

nosotras como para que encima nos pongan más trabas. —Sarisa asintió coincidiendo con ella y Lyda continuó—: Creo que hasta aquí ha llegado nuestra relación. No quiero ser grosera, pero...

—Lo entiendo. —Sarisa extendió la mano y Lyda la tomó con una sonrisa sincera y amistosa—. Es mejor que no nos vean mucho rato juntas.

—Sí. Una cosa más... —Lyda bajó la voz obligando a la dama Sarisa a agacharse para escuchar lo que decía—. Dejé una pequeña firma de mi trabajo; espero que no le moleste...

Al volver a la mansión familiar, Sarisa creyó entender el porqué de tanto revuelo: habían robado el testamento de su padre y su hermano estaría como loco pensando en quién había sido tan audaz y sinvergüenza como para llevar a cabo el asalto. La ira de Terencio estaría volcándose sobre los pobres criados que no detectaron al ladrón —ladrona, sabía Sarisa que era—, prometiendo despidos y castigos que no podía llevar a cabo si no quería enfrentarse a un nuevo juicio, esa vez, por violencia contra el personal a su servicio. Bastante escaldado había salido del litigio contra su propia hermana y que lo había llevado a apelar a los propios emperadores en el Salón del Palacio del Estatuto, en la capital veteresa, solo para llevarse un buen chasco.

Lyda había aprovechado la ausencia de Terencio para entrar en la casa, llevarse el testamento para que Sarisa lo custodiase como un recuerdo de su triunfo y...

Sarisa se echó a reír a mandíbula batiente al contemplar lo que Lyda no había podido resistirse a hacer. El enorme retrato de su hermano Terencio, colgado en la pared frente a la entrada, había sido pintarrajeado con trazos groseros y burdos, destrozando para siempre la obra hecha a mayor gloria de su hermano, y unas letras junto a la figura pintada decían: «SOY UN NIÑO BOBO QUE TIENE MIEDO DE LAS MUJERES».

EL JARDÍN

Se preguntó cuál podía ser la causa por la que la campana estaba tocando a rebato. El tañido comenzó cuando sacaba un ejemplar de peonía de su fila para colocarla en una maceta más grande que le permitiera crecer a sus anchas. Limpiándose las manos manchadas de tierra en el mandil, Yonef se irguió cuan alto era y miró en dirección al pueblo.

Aunque la casa de Yonef se encontraba dentro del núcleo poblacional, pasaba mucho más tiempo donde se encontraba ahora, una parcela una parcela de tamaño considerable en la cual, junto a productos de la huerta que aseguraban su manutención, cultivaba hermosos ejemplares de flores cuyo variado aspecto y diferentes fragancias componían un precioso tapiz para los sentidos. Era su gran afición, la de elegir las semillas de las flores más bonitas y plantarlas, cuidándolas con mimo, viéndolas crecer bajo sus atentos cuidados y estudiando sus características para elaborar un catálogo botánico, gusto adquirido porque durante muchos años, cuando fue joven, había trabajado como herbolario para el trono de Vetero, de esos que recorren las tierras hasta su confín en busca de plantas con nuevas y magníficas propiedades que aplicar, fuera para tratar heridas y enfermedades, fuera para añadir un toque especial a los guisos.

La campana seguía insistiendo con sus aullidos metálicos y Yonef comenzó a sentirse nervioso. ¿Fuego? ¿Había un incendio en el pueblo? O quizá... ¿un ataque?

El hombre meneó la cabeza negando, deseando que no fuera esto último. A fin de cuentas, se encontraba en el asentamiento imperial más meridional del Imperio vetero, Villaverde, y la posibilidad de un ataque de los salvajes era una realidad para esos valientes colonos de la frontera: tan solo porque hacía años se les hubiera obligado a aceptar la paz tras sufrir una amarga derrota, los bárbaros sureños no se iban a quedar quietos. Por eso la carta poblacional imperial había sido tan generosa, ofreciendo grandes prebendas y subvenciones a quienes quisieran asentarse en Villaverde.

Por otro lado, la presencia de la guarnición que cobijaba a todas las poblaciones fronterizas cercanas era un poderoso elemento disuasorio, y tras la guerra, ninguna partida de salvajes había osado atacar...

Seguía. La campana seguía llenando el ambiente con su sonido y el fino oído de Yonef comenzó a distinguir otro ruido, mucho más ominoso: el de gritos. Comenzó a temblar pensando que, en efecto, se trataba de un ataque

de los sureños. ¿Se habían atrevido entonces a desafiar al Emperador? ¿Por fin se lanzaban buscando la revancha? ¿En el ocaso de sus días, pues, iba a tener que sufrir la devastación que producirían esos hombres feroces que más eran alimañas que otra cosa?

Se empezaron a elevar columnas de humo en la distancia, en el pueblo: los incendios habían comenzado. Era la hora del saqueo, del pillaje, del asesinato, y Yonef permanecía paralizado en el sitio junto a la peonía que no había llegado a trasplantar, con ganas de llorar al imaginar qué estarían haciendo esos bárbaros a sus vecinos. En el sufrimiento que estaría desbordando las calles de la tranquila y hacendosa Villaverde. En el dolor de la gente viendo cómo su vida era destrozada en un abrir y cerrar de ojos.

Por desgracia para Yonef, también el horror llegó hasta él.

Un par de hombres fornidos, semidesnudos y de desagradable aspecto se acercaban por el camino que llevaba a su huerto. Reían y hablaban entre sí a voz en grito y el gutural lenguaje sureño llegaba hasta los oídos de Yonef, produciéndole un enorme asco y miedo a un tiempo. Uno de ellos, de melena cogida en un moño alto, paró dando un par de golpes en el musculoso brazo de su compañero y dijo algo señalando a Yonef, quien sintió un temblor en las piernas y miró en rededor por instinto. Cogió una pala con la que — estuvo seguro en el mismo momento de levantarla del suelo— poco podría hacer para defenderse.

Los dos salvajes ni siquiera se molestaron en sacar las espadas que llevaban al cinto y avanzaron riéndose a carcajadas. Cuando llegaron a diez pasos de Yonef, el del moño dijo:

—Tú... *morto* si no... —Señaló una lechuga cercana mientras hacía gestos que indicaban que quería algo para llevarse a la boca. Yonef no sabía qué pensar. ¿Querían lechugas para comer? Pese al terror que le provocaba la situación, no pudo evitar pensar que los sureños serían más de carne—. ¡Ñam, ñam! —insistió el otro.

—Sí, sí —respondió Yonef, aunque no sabía qué hacer. ¿Arrancaba unas zanahorias y se las daba? Era tan absurdo...

Entonces, el otro sureño dijo algo en voz baja que sonó como un juramento y dio una patada a una hortensia, destrozando maceta y planta con el golpe. La tierra se desparramó y los pétalos de la flor quedaron desparramados.

—¡No! —gritó Yonef. Sin pensarlo siquiera, se lanzó con la pala en alto para golpear al sureño, quien se giró atónito al verlo acercarse con intención

de golpearlo.

Pero el otro fue rápido y, cuando Yonef pasaba a su lado, agarró el mango de la pala e interpuso su pierna haciéndolo tropezar. El hombre se desequilibró, quedando la herramienta en manos del sureño; tras un par de pasos, dio con sus huesos en tierra provocando la risa de los salvajes, que bromearon entre sí al tiempo que se acercaban al caído con ojos relampagueantes.

—*Morto* —decía una y otra vez el sureño del moño y Yonef sintió la primera patada en el torso. La primera de muchas.

Lo apalearon golpeándole cuerpo y piernas y Yonef no pudo hacer otra cosa que cubrirse la cabeza con las manos tan fuerte como fue capaz, esperando que se cansaran y lo dejaran en paz, malherido pero vivo. Era una mínima esperanza, por supuesto, ya que en el fondo no creía que lo fueran a perdonar...

—¡Ugh! —El del moño emitió un sonido a medio camino entre el dolor y la sorpresa. Retrocedió como un borracho unos cuantos pasos hacia atrás y volvió a soltar otro quejido. Yonef no se atrevía a levantar la cabeza y, entre los dedos con los que tapaba su rostro, vio las piernas temblorosas del sureño que, al fin, se arrodilló y quedó tendido cuan largo era, con un par de astiles de flecha sobresaliendo del pecho.

Yonef, un tanto menos acobardado ahora, miró al otro sureño y, pese a que la sangre le caía sobre los ojos por una brecha que le habían hecho en la frente de una patada, vio cómo este echaba mano a la espada y gritaba algo desafiante... justo antes de ser atravesado por una flecha que impactó en su oscuro corazón.

Se atrevió a incorporarse sintiendo el cuerpo destrozado por dentro, como si lo hubieran pasado por entre dos piedras de molino, pero sonrió al ver un pequeño destacamento de la caballería fronteriza veteresa.

La salvación de Villaverde, y de Yonef, había llegado en buena hora.

UNA PÁGINA, UNA HISTORIA

Qus se agachó con dificultad para recoger la hoja de papel que había salido volando de la carpeta; un chiquillo atolondrado chocó con él y había seguido corriendo sin siquiera lanzar una mirada atrás pese a haber estado a punto de tirarle al suelo. Sus cansadas rodillas protestaron con un crujido y el hombre esbozó una mueca de dolor. Los años y años de postura incómoda y forzada tras las mesas de la Gran Biblioteca de Vetero habían hecho que sus huesos y músculos fueran de muy poco fiar si había que pedirles un esfuerzo.

Poniendo todo el cuidado del mundo, pinzó la hoja entre sus dedos corazón y anular, los únicos que no estaban manchados de tinta; no quería que el valioso documento quedara mancillado. Valioso, por supuesto, según su propia y particular forma de medir la riqueza. ¡Que quedaran para emperadores y cortesanos la pompa y el boato! Qus era feliz con los amigos que nunca le fallaban, los libros, y consideraba un privilegio poder ganarse el sustento en la sección de literatura de ficción, una amplísima sala octogonal en la que los enormes estantes ofrecían miles de títulos creados a lo largo de la historia de la humanidad, categorizados por género y ordenados de modo escrupuloso siguiendo las órdenes de la encargada de la sección, Arina.

Al ver quién pasaba justo por delante, una sonrisa floja y boba le asomó al semblante, como cada vez que posaba sus ojos tímidos en ella; caminando con gracilidad, envuelta en un vestido carmesí y con la cabellera rizada y castaña ondeando tras ella, Lorda pasó sin reparar en él, seguida de cerca por un par de musculosos mastines. Qus imaginó que se armaba de valor y la saludaba, presentándose e invitándola a vivir su vida con él... fantasías absurdas que desechó con un movimiento brusco de cabeza, justo cuando ella era tragada por el gentío.

—Algún día, quizá... —masculló, maldiciéndose por su cobardía.

Continuó el camino que le llevaba a la Gran Biblioteca, accediendo a su interior por la puerta lateral que permitía a los trabajadores sortear el gentío que siempre se agolpaba en la zona de recepción principal, y se dirigió a la mesa de Arina, quien le interrogó con la mirada.

—Mira —dijo él al tiempo que le tendía la hoja. La mujer se rascó la mejilla y tomó el papel; su expresión fue de cada vez mayor sorpresa conforme leía. Qus no pudo evitar decir—: Una poesía de Atróbate. ¿Sabes dónde la he encontrado? —Ella negó con la cabeza, un tanto molesta por haber sido interrumpida en medio de la lectura—. En una tienda de quincalla.

¿Qué te parece? —concluyó triunfal.

—Me parece —respondió Arina sonriéndole— que si no fuera por tus cacerías, desaparecerían muchas joyas en el olvido.

Qus no necesitaba más. El halago era suficiente recompensa. Satisfecho por un trabajo bien hecho, dejó a la encargada estudiando el poema y fue a su lugar de trabajo, donde pronto se vio sumido en la apacible, hermosa y aburrida rutina que a él, sin embargo, le proporcionaba la mayor de las felicidades.

Levantó la vista cuando una curiosa pareja pasó frente a él, de camino a la sección de Teología, anexa a Ficción. Por sus facciones, tirando a angulosas, y su piel más lechosa que la de los pobladores de Vetero, los catalogó como gente de Lorry, una pareja a punto de entrar en la cuarta década de su vida; tenían un cierto aspecto huidizo. Enseguida, su imaginación comenzó a divagar: se trataba de un par de agentes del consulado de Lorry, espías en realidad, que habían acudido a Vetero para saber cuáles eran las nuevas tarifas arancelarias que desde el Palacio del Estatuto se querían imponer a las importaciones de madera. O, mejor aún, eran dos eruditos, esposa y esposo, que querían rebuscar entre los fondos de la Gran Biblioteca, habiendo conocido que un grimorio de gran poder escrito hacía mucho por el sabio Caldún de Lorry se encontraba en Vetero. O...

—¿... anterior obra? —Una joven le había hecho una pregunta, pero Qus solo llegó a entender el final de la misma.

—¿Perdone? —inquirió con una gran sonrisa.

—Decía que si puede dejarme el libro que escribí antes que este. —Mostró el volumen y Qus asintió dando su aprobación. *La placidez de la noche*, de Xantia, era un hermoso texto que hablaba sobre la necesidad de la soledad para desarrollarse como ser humano, pero también de lo importante que son las relaciones. Todo ello, narrado con elegancia, llevando al lector por reflexiones y peripecias a través de los ojos de su protagonista.

—Déjeme comprobar... —pidió él, abriendo un grueso volumen donde se anotaban todos los libros de la sección—. Aquí está. *Tres son un mundo* —dijo, levantándose de inmediato y yendo a por el libro, que la joven agradeció con una sonrisa.

Los dos de Lorry volvieron a pasar frente a su escritorio. Ya había decidido que se trataba de un par de refugiados de una ciudad pequeña que había sufrido el ataque de una horda surgida de las montañas, un ejército de bárbaros sedientos de sangre que se abalanzaron sobre los habitantes

desprevenidos de... luego imaginaría el nombre. A lo mejor miraba un plano para localizarlo. El caso era que esos dos estaban en la Gran Biblioteca porque... porque buscaban referencias en autores antiguos y olvidados a los creadores de la raza que se ocultó en las montañas. Entre el polvo acumulado en hojas de ejemplares añejos, descubrirían qué motivos movían a los asesinos y, con suerte, encontrarían la forma de hacerles frente. De derrotarles y retomar su ciudad.

Sí. Era una buena historia. Comenzó a garrapatear notas para que no se le olvidara, aunque en su fuero interno sabía que nunca la desarrollaría en un texto coherente. Había empezado muchas veces a escribir, pero no se sentía capaz de ello. Se sonrojaba cada vez que pensaba en querer codearse con nombres de autoras y autores de renombre. Le resultaba una muestra de desmedido orgullo.

Pero escribió las notas, de todas formas.

Era una buena historia.

ROSAS

La mujer sopló hacia arriba para retirarse el mechón que le caía sobre el ojo derecho. Hacía que se lo cortaran mucho por detrás para mostrar su esbelta nuca, pero tenía un pelo moreno abundante y liso, tan oscuro que contrastaba con su piel de alabastro. Sus ojos castaños, grandes y brillantes, contemplaban sin perder detalle la calleja, una más de las muchas de Vetero en la que vagabundeaban borrachos, juerguistas y putas al caer la noche, iluminados por el resplandor de las antorchas y fanales que colgaban de las fachadas de los edificios permitiendo disipar la oscuridad y garantizando un mínimo de seguridad, aunque fuera bastante ficticia.

Estaba sentada sobre una caja de fruta utilizada a modo de taburete; junto a ella había otras dos mujeres, corpulentas y altas, embutidas en gruesas capas de lana negra, los rasgos embozados por capuchas. Una se mordisqueaba una uña, como siempre que hacía cuando estaba aburrída, y Shappyre la miró con aire divertido desde su improvisado asiento. Ella, como una niña cogida en falta, retiró el dedo de su boca con un encogimiento de hombros.

Volvió a mirar a la gente que pululaba, la mayoría dando bandazos, fijando su atención en una de las puertas cercanas, un edificio de aspecto tétrico y ruinoso utilizado como lupanar de emergencia por las prostitutas callejeras que ofrecían sus servicios a cambio de unas pocas monedas. Shappyre indicó a sus compañeras que estuviesen atentas señalando a la mujer, casi una niña, que acababa de salir recolocándose la falda. Con aspecto cansado, se apoyó contra una pared cercana y se recogió la larga cabellera rubia en un nudo, esperando su próximo cliente.

Poco después, un hombre alto, vestido con ropas ajustadas que ponían de relieve su fibrosa delgadez, se acercó hasta la prostituta. Shappyre vio su perfil, provocando en ella gran disgusto su nariz aguileña y sus labios finos, crueles, que parecían necesitar abrirse demasiado para hablar. Todo en él revelaba tensión y violencia, y sus movimientos eran espasmódicos, como si fuese un adicto al jeyenar, cosa que no hubiera sorprendido lo más mínimo a Shappyre.

Estaba segura de que se trataba de él, pero no quería actuar antes de tener pruebas definitivas. Se levantó cuando el hombre levantó la mano con la evidente intención de descargar un golpe contra la joven. La bofetada le llegó con tal violencia que la tiró al suelo; permaneció tendida, con la ropa

arremolinada en torno suyo, frotándose la dolorida mejilla mientras el hombre gritaba algo, aunque el sonido del gentío impidió que Shappyre escuchara lo que estaba diciendo. Antes que decidiera liarse a puntapiés con ella, hizo un nuevo gesto en dirección hacia la calleja y sus dos compañeras se pusieron en marcha con zancadas rápidas y seguras, apartando a empujones a todo aquel que estuviese en su camino.

Sin darse cuenta de lo que se le cernía, el hombre continuaba insultando a la pobre chica, y el primer golpe le dio de lleno en los riñones. La más alta de las dos mujeres había descargado con brutalidad un pequeño cetro de hierro, de poco más de dos palmos, contra la espalda del hombre, que gritó echándose la mano a la zona lumbar, doblado en dos. La otra mujer soltó una rápida patada contra la rodilla del proxeneta, y Shappyre imaginó el satisfactorio crujido que debía haber hecho. El hombre cayó de rodillas recibiendo un nuevo impacto en el lateral del cráneo con el arma que le mandó al olvido. Entre las dos cogieron a la muchacha, que permanecía ojiplática y confusa ante el rápido despliegue de violencia y, casi en volandas, la llevaron hasta Shappyre. Echó sobre sus hombros una capa, diciéndole:

–Vámonos antes de que nadie reaccione.

La muchacha seguía sin comprender lo que estaba pasando, pero no se sentía con fuerzas de llevar la contraria a las tres mujeres y, flanqueada por las dos que habían pegado la paliza al hombre, siguió a Shappyre. Se preguntó qué era lo que querían de ella, qué iba a pasar cuando volviera con Jisto y pagara con ella la deshonra que para su hombría había supuesto que le machacaran de tal modo, en que alguna lista iba a aprovechar el sitio que con tanto trabajo había ganado en esa calle...

–Hemos llegado. –La mujer morena, a todas luces la jefa del trío, abrió la puerta de una casa en uno de los barrios donde vivía una gran cantidad de trabajadores y pequeños artesanos de la capital, no muy lejos de la gran avenida central de Vetero. El interior era cálido, luminoso, con alfombras de intrincados diseños repartidas por el suelo y mobiliario un tanto escaso, pero bonito. Un hogar, algo que la muchacha reconocía como tal pero que hacía mucho no había tenido.

–Siéntate, por favor –le dijo–. Me llamo Shappyre. Estas son Mira y Taraz. Estás entre amigas.

La joven se abrazó a sí misma, empezando a sentir algo extraño, una mezcla de miedo y alivio. No obstante, la voz de Shappyre era dulce en su

tono grave, reconfortante, y de inmediato supo que podía confiar en ella—. ¿Cuál es tu nombre, cielo?

—Yo... me llamo Esmeralda.

Shappyre pareció divertida, pues sus labios se curvaron en una sonrisa amable. Asintió y le indicó un montón de cojines de vivos colores. Ambas se sentaron y Shappyre cogió sus manos con cariño; la joven sintió el calor que emanaba y, pese a que no debía tener muchos más años que ella, recordó a su madre, al pan que horneaba mientras cantaba todas las mañanas.

—Tu vida te pertenece —le estaba diciendo—. Solo tú puedes decidir sobre ella, Esmeralda. Queremos darte la oportunidad de recuperarla.

La chica la miraba con ojos humedecidos, sin saber qué decir. Una de las otras dos, que estaba curioseando entre una serie de tarros de especias, dijo sin volverse:

—Ese desgraciado ha recibido lo suyo. Se lo pensará mejor antes de volver a pegar a una mujer.

—Eso si vuelve a levantarse. ¡Le hemos dado bien fuerte! —rio la otra a carcajadas. Para su sorpresa, Esmeralda esbozó una sonrisa, extrañada porque nunca jamás se le habría ocurrido reírse de la desgracia de Jisto.

—Mira esto. —Shappyre le tendió un pendiente en forma de rosa roja, una bonita joya vidriada igual a la que, se daba cuenta entonces, adornaba los lóbulos de las tres mujeres. Esmeralda la cogió y le dio vueltas entre los dedos.

—Es muy bonita.

—Es un símbolo. Es nuestro símbolo. Es tuyo si quieres.

—¿Si quiero?

—Puedes ser una de las rosas, hermana. Puedes volver a la calle y ganar migajas a cambio de revolcarte con esos cerdos. Puedes volver al sitio del que provengas. Puedes quedarte con nosotras y formar parte de nuestra sororidad. Puedes... —Shappyre se interrumpió un breve momento, mirando hacia el techo—. Puedes hacer lo que quieras, pero nunca dejes que te obliguen a hacer algo, Esmeralda.

—¿Quiénes sois?

—Somos las Rosas, ya te lo he dicho. Y como las rosas, somos bellas, pero si unas manos zafias quieren tratarnos con rudeza, nuestras espinas —señaló con un movimiento de cabeza hacia sus dos compañeras— les pincharán hasta hacer que sangren.

»Es tu vida. Es tu decisión. Hay demasiados monstruos en este mundo que

quieren volver a los días de antaño y las leyes del Imperio no son suficientes para impedir que se salgan con la suya. Las Rosas llegan allá donde los emperadores no lo hacen.

LA COMPAÑÍA DE TEATRO

La joven era una preciosidad, del tipo que hace que los hombres se atraganten y las mujeres suspiren con envidia, esbelta de cuerpo, pechos firmes y pequeños, cuello de cisne coronado por una faz ligeramente aceitunada en la que los ojos esmeralda rutilaban con luz propia. Se tocó, con un gesto infantil, el mechón de trigo maduro que le caía sobre la mejilla sonrosada por el esfuerzo de haber cantado una pieza de excepcional complejidad.

Que cantó a la perfección.

Ágata la contemplaba boquiabierta sin poder moverse en su asiento, al igual que el resto de integrantes de su pequeña compañía de teatro. Nunca jamás imaginó que, cuando colocó los carteles en Vetero anunciando que necesitaban una nueva actriz para su función, se iba a presentar... ¡Demonios, de la impresión había olvidado hasta cómo se llamaba!

–¿Y bien? –preguntó la muchacha bajando la vista hacia las maderas del tablado en el que estaba subida, como avergonzada.

–Estupendo, cielo. –Ágata, saliendo del hechizo, se levantó de la incómoda silla de madera sintiendo el cuerpo agarrotado y se acercó con pasos torpes hasta ella. La gelatina en la que se habían convertido sus piernas podía deberse a la mala postura en la que había estado sentada, pero suponía que era más bien por la emoción de escucharla—. ¿Nunca has actuado, has dicho...?

–No, señora.

–¡Oh, vamos! –Ágata meneó la mano riendo—. Llámame Ágata. Sin más.

–Entonces tú a mí solo Fedra. –Ágata se palmeó la frente de modo mental. Fedra. Eso era—. ¿Estoy contratada?

–Mira, cielo –contestó la dueña y creadora de los textos de la compañía «Cuentos de Ágata»–, no te voy a mentir: este mundillo es duro y, a veces, sucio. Eres buena, pero te falta experiencia... –Era cierto, pero Ágata no estaba dispuesta a dejarla pasar, así que suavizó su voz al decir–: Aunque eso tiene fácil solución. No puedo ofrecerte mucho... somos un grupo con un teatro pequeño... –La mujer señaló con el brazo en rededor, indicando la estructura de madera de tamaño bastante más pequeño que las enormes construcciones de ocio que salpicaban la capital imperial, propiedad de grandes dramaturgos y patronos con mucho dinero e influencia—. Pero tenemos ambición, Fedra.

Cogió las manos de la muchacha entre las suyas y la miró con una sonrisa

que esperaba fuera maternal, pese a que, como mucho, le sacaría diez años.

–Me encantaría formar parte de tu compañía, Ágata. Esta obra es... maravillosa.

–Bueno –objetó Ágata con falsa humildad–, tengo que reconocer que es una de mis mejores obras, pero lo cierto es que el personaje de Serena se escribe solo.

–Sus hazañas al frente del ejército merecen ser contadas por una pluma como la tuya. –La voz de Rento le llegó desde su espalda; el hombre siempre estaba dispuesto a lanzarle un halago, deseando que algún día ella correspondiera a sus avances y flirteos.

Ágata meneó la cabeza, esperando que la inoportuna intervención de Rento no hubiera destejido la red de fascinación que estaba intentando tender en torno a Fedra. Por fortuna, la joven estaba más que emocionada con la posibilidad de interpretar el papel de la Consejera de Asuntos Militares de Vetero:

–Me encantaría participar, de verdad –dijo–. Siempre he soñado con ser actriz.

–Fino. –Ágata respondió sin querer en el término que en el veterés dialectal de su región, Deplonía, significaba «bien»–. Tendremos que empezar a ensayar hoy mismo, para ser los primeros en estrenar la obra que relate el épico triunfo de Serena...

–¡Fedra Cureña! ¿¡Quién de los presentes es Fedra Cureña!?

El vozarrón de un hombre se impuso a todo otro sonido. Se giraron hacia la entrada del teatro y vieron un par de soldados del imperio, vestidos con uniformes grises y ambarinos, grebas y media coraza de desfile, un tanto malcarados y con pose desafiante, los brazos en jarras, las miradas posadas con atención sobre los actores.

Fedra levantó con timidez la mano, mascullando algo que podría interpretarse como un «soy yo».

–¿Qué es lo que ocurre? –Con pasos rápidos, Ágata se plantó frente a los dos hombres. Sabía que eran reclutadores, así que nada bueno podía esperarse si preguntaban por la que, estaba segura, iba a ser la próxima estrella teatral de Vetero.

–Señora –dijo él, mientras el otro miraba a las molduras en escayola del techo que representaban figuras de cuento–, hemos sabido que Fedra Cureña se encontraba aquí con la intención de... –Ágata meneó la mano interrumpiendo al reclutador; sabía muy bien por qué estaba Fedra ahí esa

hermosa tarde de finales de primavera—. Ha sido llamada a filas, señorita Cureña, así que tendrá que acompañarnos.

Pese a que el hombre había estirado el cuello para dirigirse a la joven, Ágata se interpuso todavía más inundando su campo de visión y, con voz dura, dijo:

—¿Reclutar? ¿Acaso el ejército de Vetero no tiene suficientes efectivos ya? ¿O es que ahora nos hemos convertido en una nación agresora?

—Señora... —balbució el soldado—. Solo cumplo órdenes.

—Y las órdenes —terció el otro reclutador— son llevar al cuartel a Fedra Cureña para su inscripción en el censo castrense. Señora —añadió con retintín.

Ágata los miró con la misma cara que pone alguien cuando toma leche agriada. Tendió la mano y el soldado, dominado por el aura de autoridad que de repente desprendió ella, le dio el papel que contenía la orden. Lo leyó y, para su desgracia, vio que todo era correcto, devolviéndoselo con un juramento entre dientes.

—Sigue vigente la ley de engrosamiento de filas sustitutoria, ¿no es así? — El reclutador asintió—. De acuerdo. Perfecto.

»Iré yo por ella.

—¿¡Qué!?! —gritaron al unísono todos los integrantes de la compañía.

Ágata se volvió con una sonrisa triste en el rostro y elevó los brazos con teatralidad, como si estuviera desempeñando el último papel de su vida, y dijo:

—Amigos míos. Llevad a escena esta obra y haced que el teatro se derrumbe con los aplausos. Hacedlo por mí y recordadme cuando estéis actuando ante el público, pues yo os tendré presente siempre en mis corazones allá donde esté.

»Y tú, Fedra, aprovecha este regalo que te doy y actúa como si la siguiente bocanada de aire que respires dependiera de ello. Te lo ruego: haz que me sienta orgullosa de mi Serena.

Fedra asintió compungida y, con un hilo de voz, replicó:

—Pero... no puedo aceptarlo...

—No, cielo. Tu destino no está en el campo de batalla. Has nacido para llevar la alegría y la pena a los corazones de quienes te vean. Mi pasado vuelve de nuevo a mí, y veo que no puedo seguir evitándolo.

Pues Ágata, antes de convertirse en una empresaria dramaturga de moderado, o más bien pequeño, éxito, sirvió en las guarniciones de Deplonía y su experiencia militar sería más útil para el ejército de Vetero que la vida de

Fedra.

PLUMA, PAPEL, TINTA Y VITUALLAS

—Espera, espera... ¿Qué? —La mujer miraba de hito en hito al soldado. La intensidad con la que lo hacía era tal que el pobre diablo deseó estar en cualquier otro lugar más agradable, como engrilletado en el calabozo por insubordinación, por ejemplo. La encargada de la logística del ejército imperial de Vetero no levantó la voz pese a su enfado cuando dijo—: ¿Me lo explica, soldado?

—Sí, señora. —Tragó saliva una, dos, tres veces antes de responder, sintiendo un tremendo calor subiéndole por la espalda. De repente, parecía que la temperatura había aumentado mucho—. Los informes redactados la semana pasada parece que contenían un error que ha provocado un retraso en...

—¡Eso ya lo sé, soldado! —bramó ella interrumpiéndolo—. Lo que quiero saber es por qué me viene con estos problemas sin saber siquiera quién ha sido el mentecato que ha metido la pata. Porque no lo sabe, ¿verdad? —preguntó mostrando los dientes.

El soldado negó y bajó la vista al suelo, donde había unas piedrecillas muy interesantes. La comandante, en un arranque de ira, cogió el tintero con el que anotaba las listas de pertrechos necesarios para mantener vivo el poderoso ejército que el emperador Atanasio había movilizado y lo arrojó contra la pared frente a ella. Pasó rozando la oreja del soldado, quien sintió unas gotas de tinta cayendo sobre su rostro. Agradeció que el bote no impactara de lleno contra su nariz. Todo un detalle.

—¡Salga de inmediato y averigüe a quién tengo que colgar por los pies por esta monumental cagada! —gritó ella con la cara colorada por la ira. El soldado creyó tener licencia para irse y, en un abrir y cerrar de ojos, abandonó la pequeña caseta donde la jefa de los intendentes llevaba a cabo su trabajo.

—Joder... —masculló. Se inclinó sobre uno de los muchos libros que tenía abiertos en la mesa, pasando el dedo por entre las abigarradas líneas hasta encontrar lo que buscaba.

Faltaban quinientos toneles de carne en salazón. ¡Quinientos! Eso suponía la comida del ejército al completo durante... hizo rápidos cálculos y volvió a maldecir por lo bajo. Consultó otras anotaciones relativas al resto de vituallas y, un buen rato después, comenzó a sonreír al ver que encontraba la solución. Una solución que no era idónea, pero... mejor que nada, la verdad. Si

distribuía los sobrantes de cereales, frutas y carne fresca de un modo inteligente, la falta de esos toneles no se notaría. Al menos, no mucho. Así que se puso a hacer cálculos de nuevo.

Esa era su vida desde hacía unas pocas semanas: cálculos y anotaciones. Anotaciones y cálculos. Día tras día, hora tras hora, la comandante se dejaba la piel para que la logística del ejército fuera perfecta. Mucha gente podía pensar que era un trabajo menor, un cometido cuya importancia palidecía al lado de la labor de los sargentos instructores, o de los profesores de equitación, o de...

Bien, quien pensara eso podía irse a tomar viento fresco. Muy fresco.

Si un soldado entraba en combate desnutrido, descalzo por falta de recambios de botas o, los dioses no lo quisieran, desarmado por un error en el reparto de espadas, entonces sí que se acordarían de ella. La consejera Serena se acordaría sobre todo de ella. Y de su madre. Y de toda su familia.

Así que no, no podía permitirse el más mínimo desliz.

Era como cuando desempeñaba su trabajo de toda la vida, antes de toda esa... locura. Antes del decreto de reclutamiento forzoso de Atanasio para ir a la guerra contra el caudillo misterioso y maléfico que había acabado con los vecinos de Lorry, ese tal Abaven.

Estaba claro que los reclutadores habían examinado su pasado laboral y comprobado que se trataba de una de las mejores y más organizadas mentes de Vetero, nacida para los cálculos, las listas y la organización. La comandante había sido una de las bibliotecarias superiores de la Biblioteca Imperial de la capital, ni más ni menos, una auténtica niña prodigio que se hizo cargo de la dirección del ala norte del complejo cuando tan solo contaba con veinticuatro años. Toda una hazaña, considerando que la media de edad para ocupar ese puesto era de cincuenta. Pero una afortunada concatenación de circunstancias, junto a la más que valiosa capacidad que poseía, la habían aupado a poder codearse con los principales responsables de la magna institución. Incluso se le aprobó, por parte del Consejero de Asuntos Culturales, un detallado plan de catalogación y elaboración de reseñas de las obras de ficción publicadas en el Imperio, ambiciosa y titánica tarea que buscaba elaborar más de cincuenta mil fichas de de libros que siguieran unas pautas propias, diferentes a las que se utilizaban para el tratamiento de biografías, ensayos históricos y tratados sobre arte. Desempeñó su cargo con profesionalidad y eficacia extremas... Y lo abandonó por propia iniciativa cuando tan solo llevaba cuatro años desempeñándolo.

Otra hazaña nunca vista, que dejó a todo el personal de la Biblioteca boquiabierto.

La comandante, sin embargo, tenía una poderosa razón para hacer lo que hizo: sus padres habían fallecido en un trágico accidente durante una tormenta y, aunque la relación con ellos se había enfriado bastante con el paso de los años por la falta de contacto —vivían a muchas leguas de Vetero, en la ciudad de las torres blancas y las calles pavimentadas con adoquines rojizos, Shentiló, así que no se veían mucho—, seguía siendo su hija. Hija única, para ser más exactos. Así que fue la heredera universal del gran emporio comercial de la familia que había proporcionado, entre otras cosas, una esmeradísima educación a la comandante.

No estaba dispuesta a dejar que el negocio languideciera en manos de representantes grises y carentes de talento y que el nombre familiar se diluyera poco a poco hasta que no fuera otra cosa que un recuerdo borroso, así que optó por afrontar un nuevo desafío: tomaría las riendas de la empresa y aplicaría su tesón, su inteligencia y su capacidad de trabajo para expandirla. Sí... Cuantas más noches pasaba en vela pensando en ello, más le gustaba la idea, así que se despidió, dio las gracias a sus compañeros y se trasladó a Shantiló, donde, tal y como esperaba —no podía imaginar un resultado diferente, pues estaba por completo segura de sus capacidades—, el negocio duplicó sus beneficios, los cuales no eran magros antes, en cosa de un año.

Y entonces, llegó la guerra.

Atanasio movilizó al ejército para hacer frente a los bárbaros sureños, pero Vetero no obtuvo ni un momento de descanso: no había hecho otra cosa la fuerza de Serena que regresar, que ya se estaba movilizando una hueste todavía más grande para hacer frente a la amenaza que se cernía desde la conquistada Lorry.

La comandante fue reclutada.

Y ahí estaba, encargada de la intendencia, nombrada responsable logística de la fuerza por la propia Serena tras la recomendación del comité que se encargaba de los destinos de la oficialidad.

—Bien... —La comandante levantó la vista hacia el techo de madera de la barraca y suspiró, aunque en ese suspiro no había pena, nostalgia o lamento sino, por el contrario, una cierta sensación de felicidad confirmada por su mirada soñadora—. Es un nuevo desafío, a fin de cuentas.

CONVERSACIÓN DE CANTINA

–Buenas noches, amigo. –El hombre, de unos treinta y muchos, rostro redondo y amable, lucía una ancha sonrisa. Indicó con un movimiento de cabeza la silla junto a la que estaba sentado Pakus–. ¿Está libre?

–Toda suya. –Pakus volvió a hundir la cuchara en la escudilla que contenía una deliciosa sopa fría, muy apropiada para la calurosa noche de la región de Lirioazul, una de las provincias más meridionales de Veteo.

–Capitán Filodeo Borrán. –Extendió una mano que quedó colgando un momento entre ambos hasta que el otro la estrechó con fuerza, mirando con interés al recién llegado–. Compartimos rango –dijo señalando la insignia de ambos en el pecho.

–En efecto. Capitán Pakus. Pakus Tintado. ¿Es usted el comandante de la guarnición de...?

–Tresríos, en efecto –asintió el otro al ver que Pakus no acababa de recordar el nombre de la ciudad.

–Es un honor, entonces. He oído mucho sobre la batalla contra los piratas de las Islas Azules.

–Se tiende a exagerar, capitán. –Filodeo agitó la mano y se giró hacia el hombre tras el mostrador de la fonda que, como suelen hacer los cantineros cuando no están sirviendo, sacaba brillo a una de las jarras de cristal–. Póngame dos cervezas, por favor.

–Déjeme invitarle.

–Nada de eso –dijo Filodeo.

–Insisto. Por los piratas que descansan en el fondo del mar y no atacarán más barcos imperiales.

–De acuerdo. Es usted muy amable. –Dio un largo trago a la bebida–. Estas cervezas del sur son más suaves que las de la costa. Debe ser la variedad de cebada.

–Lo es –asintió Pakus–. El grano de occidente es de una variedad cuya fermentación alcanza una mayor graduación alcohólica.

–Es usted un entendido en cervezas...

–No, en realidad, no –contestó él–. En la abadía tenía mucho tiempo para leer, y nunca he tenido complejos acerca de qué textos llevarme a los ojos.

–Yo, sin embargo, nunca he gustado mucho de leer. –Filodeo rio con ganas y se palmeó el muslo–. Excepto los manuales de instrucción militar, por supuesto.

–Por supuesto. –Pakus levantó la jarra que ya tenía a medias–. Por los manuales de instrucción.

–¡Por ellos, capitán!

–¿Ha dicho usted en la abadía?

–Así es. Durante los primeros quince años de mi vida estuve consagrado a Belena.

–¿La diosa de la luna y las estrellas? –aventuró Filodeo parpadeando.

–Sí.

–¿Y cómo ha acabado usted como capitán del ejército imperial? El edicto de Atanasio libra de la leva a los clérigos...

–Muy simple –respondió Pakus sonriendo–. Dejé de ser un monje hace un par de lustros. O me expulsaron, si he de ser sincero.

–¿Expulsado? –Filodeo lo miró con ojos desorbitados. Que alguien fuera expulsado de una abadía era algo muy raro–. ¿Qué hizo, si no es indiscreción?

–No lo es, tranquilo. –Pakus apartó la escudilla, en la que solo quedaba un poquito de caldo, y dejó unas monedas para que las recogiera el dueño de la fonda–. Quedé abandonado a las puertas del monasterio y los monjes decidieron hacerse cargo de mí tras comunicarlo al concejo de Sierrallana.

–¿Sierrallana? ¿Ahí vivía? –preguntó Filodeo pidiendo dos cervezas más.

–Imagino que no lo conoce. –El otro meneó la cabeza–. No me extraña. Es una ciudad muy pequeña, al este, cerca de las tierras del Rastrillo.

»El caso es que crecí bajo la atenta mirada de los monjes y me adscribieron al taller de ilustraciones.

–¿Dibujos? ¿Miniaturas en los libros?

–Sí. Pero no era muy bueno con los pinceles. –Pakus giró los ojos sobre sus órbitas riendo–. Se me daba mucho mejor leer, y fueron muchos los libros que leí.

–Pero por eso no le expulsarían...

–No, no. –Pakus se sacudió una inexistente miguita del brazo–. Le di un sopapo al padre superior. –Filodeo abrió la boca asombrado–. Me hicieron bajar a la herrería, pero no era tampoco mucho yo de hacer cerraduras y tornillos. Soñaba con espadas y lanzas, con escudos y flechas, como los héroes sobre los que había leído en la planta superior del monasterio, donde estaba la biblioteca.

–Y era entonces usted un joven de quince años.

–Eso es. –Pakus dio un pequeño golpe en la madera de la barra

malinterpretado por el dueño de la fonda, que acudió a ver si deseaba algo más. Filodeo negó con la cabeza para indicarle que sus servicios no eran necesarios—. Hacía lo que se me decía con desgana, y un día el padre me dijo algo así como: «Nunca serás nada, Pakus. Pase que seas torpe, porque un torpe puede redimirse si trabaja; pero es que además eres un vago...»

»No terminó la frase. Acabó en el suelo, con la túnica arremolinada, que dirían los poetas, con un ojo morado.

—Y de ahí, a la calle.

—A la calle. Exactamente —confirmó Pakus—. El caso es que sí era bueno con las artes de la fragua, capitán. Así que enseguida me cogieron como aprendiz en la ciudad.

—En Sierrallana.

—En Sierrallana. Y de eso —continuó Pakus— hace diez años, como le he dicho.

—Entiendo. E imagino —aventuró Filodeo, soplando la espuma de la jarra— que sus conocimientos fueron la puerta de entrada a la oficialidad tras la leva.

—Sí. No quería ser un mero soldado raso, así que no escondí mi pasado. El curso para suboficiales fue coser y cantar, y me promocionaron de inmediato.

—Esta incursión requiere de buen número de capitanes y tenientes —reflexionó Filodeo—. Los efectivos reclutados para atacar a los sureños son muchos.

—¿Y sabe usted cuándo dejaremos esta provincia para lanzarnos sobre las tierras enemigas? Se dice que la Consejera pretende arrasar de una vez por todas a esos bastardos...

—¿Puedo decirle una cosa en confianza, capitán?

—Por supuesto —respondió Pakus muy serio.

—Mañana. Saldremos mañana. Conozco a alguien que conoce a una coronel del consejo de Serena.

—Ahá. —Pakus se rascó la sien, pensativo—. Me daba en la nariz que sería pronto. Ha habido mucho movimiento de correos con órdenes de aquí para allá hoy.

—Pues entonces, amigo mío —dijo Filodeo, abandonando la silla y tendiéndole de nuevo la mano—, que la batalla nos sea propicia cuando acabe la marcha hacia el sur y les demos alcance. No tengo duda de la próxima victoria ante esos salvajes.

—Ni yo tampoco, capitán Filodeo. Ni yo tampoco.

LA CARGA DEL REGIMIENTO KIRION

Viryana estiró la espalda intentando, en vano, aliviar el dolor que sentía en las posaderas tras tantas horas cabalgando. Aunque sobre la silla de cuero había puesto una mullida manta de algodón, sus nalgas no parecían notar la diferencia y no veía la hora de escuchar la orden de descabalar.

Por desgracia, esa orden no llegaría. Al menos, aún no.

La general Serena había hecho que los regimientos de caballería convergiesen en el flanco oriental del gran ejército que Vetero estaba lanzando contra los salvajes sureños en respuesta a su ataque contra las regiones fronterizas del imperio. Según estaban comentando los oficiales en esos momentos, una parte de la horda se había desgajado del cuerpo principal enemigo, adentrándose en el norte como una plaga de langostas.

—Bien —dijo Tania a su lado, tras lanzar un escupitajo que a punto estuvo de alcanzar a un compañero cercano—. Parece que vamos a partir unas cuantas cabezas.

Viryana asintió, pero la sonrisa cortés con que respondió a sus palabras disimulaba la tensión que sentía en su interior. Había sido jinete de la caballería semipesada veteresa desde hacía ya quince años, pero su experiencia en combate era, como en casi todos los presentes, casi nula: apenas algunas escaramuzas con pequeños grupos de salteadores o intervenciones de tipo policial en las aldeas cercanas a la guarnición de Kirion, donde estaba destinada. No podía decirse que fueran una unidad que hubiera probado su valía en el campo de batalla.

Aunque, siguió pensando, lo mismo podría decirse de casi todo el ejército que comandaba Serena. Hacía décadas que el Imperio vetero vivía en paz, tras las guerras de conquista que llevó a cabo el belicoso Aitón II, sumido en una época próspera y de tranquilidad en la que los principales dimes y diretes con los estados cercanos eran relativos a acuerdos comerciales y tasas aduaneras.

Sin embargo, ahí estaban, a punto de lanzarse a la carga contra un enemigo real y numeroso que amenazaba esa paz, que mataba y saqueaba las tierras de Vetero pisoteando a sus hijas e hijos.

No se podía consentir, y Serena había prometido aplastar a esas bestias sedientas de sangre en un discurso hacía dos días que inflamó el corazón del ejército. Viryana había gritado tan enfervorizada como el resto, aclamando a su aguerrida comandante.

Con la mano en la lanza cruzada y el culo dolorido, sin embargo, las cosas parecían menos heroicas: el sudor que resbalaba por su cuero cabelludo no era solo producto del calor que hacía esa tarde. Confiaba en que, una vez escuchado el toque de trompa que lanzara al regimiento contra el enemigo, la sensación que amenazaba con paralizarla pasara y se convirtiera en una jinete más, una pieza de una máquina demoledora que arrollara a los sureños.

Si aguzaba el oído, podía escuchar unos cantos surgidos de gargantas beodas que, lo más probable, hablasen de cosas obscenas en su asqueroso y gutural lenguaje.

—¿Los oyes? —preguntó a Tania. Esta asintió y volvió a escupir, echando luego un generoso trago de agua de la cantimplora. Viryana acarició la crin morena de su caballo, Festós, y dijo—: ¿Crees que formaremos parte de la primera ola?

—¿Si cargaremos en la primera cuña? Imagino que sí —respondió la otra rascándose la mejilla—. El regimiento está muy adelantado, mira. —Señaló las filas formadas mucho más atrás de ellas y Viryana comprendió lo que quería decir.

—Sí —asintió—. No hay mucha gente por delante de Kirion.

—Míralo por el lado bueno: Tocaremos a más sureños hasta que lleguen los nuestros. —Recalcó su bravata con una mueca chulesca y una risotada.

—¿Tienes a alguien en casa? ¿Esperándote?

Tania la miró enarcando una ceja, sorprendida por el cambio tan brusco de tema, pero asintió y respondió:

—Sí. El inútil de mi marido y dos críos. De siete y tres. Chico y chica.

—Yo también —explicó Viryana. De repente, había sentido unas ganas enormes de hablar de su vida privada al margen de su trabajo en la guarnición, lo que era muy extraño al pensar que en muy pocas ocasiones había contado nada de ella misma en todos esos años de servicio militar—. Una niña, quiero decir. Ari. —El rostro se le iluminó al pensar en su pequeña, la luz de su vida y su amor—. Hace cuatro días cumplió diez años.

—¡Ay! —se lamentó Tania, dándole un golpecito amistoso en el hombro—. ¡Te perdiste su cumpleaños...!

—Sí, pero...

Se encogió de hombros, asumiendo que la celebración tendría que esperar a que volvieran de la guerra. Pensar en ello le hizo pensar en que... a lo mejor... no volvía...

No hubo tiempo para más pensamientos o conversaciones. Se oyó el

sonido que habían estado esperando. El auxiliar que transmitía las órdenes, cercano al puesto de mando, hizo sonar la poderosa trompa, encontrando su eco en las muchas otras que se repartían a lo largo del ejército, y los capitanes de caballería de los regimientos comenzaron a berrear para movilizar a quienes estaban bajo su cargo:

—¡Vamos! ¡Jinetes de Kirion! —decía el superior de Viryana con rostro enrojecido, gritando a voz en cuello—. ¡Cargad! ¡Por Vetero! ¡Cargad! ¡Kirion! ¡Kirion! ¡Kirion!

Los cascos de los caballos golpeando sobre el suelo fueron los golpes dados en el tambor de los dioses esa tarde. Cientos de gargantas gritaban el nombre de sus regimientos mientras adelantaban las lanzas para ensartarlas en los cuerpos de los enemigos semidesnudos que hormigueaban frente al ejército veterés.

Viryana lanzó a su caballo en apretada formación y vio a Tania gritando. Mostró los dientes, aferró con fuerza las riendas con su mano izquierda y, con la derecha, hizo que su arma apuntara hacia delante.

Hacia el sureño que se encontraba en su trayectoria, con la intención de atravesarlo de parte a parte, de golpear con tal fuerza que lo convertiría en fosfatina. Ya lo imaginaba: el enemigo lanzado hacia atrás por el terrible impacto y los gritos de terror y confusión al ver que el regimiento Kirion entraba, junto a otras unidades hermanas, en la masa de salvajes.

Siguió cargando, sin dejar de gritar:

—¡Kirion! ¡Kirion!

UN COMBATE MÁS

Con toda la fuerza que era capaz de imprimir a su brazo, Karani hendió el cráneo de la criatura. Los sesos se desparramaron por la tremenda herida y el hombre lanzó un aullido de desafío coreado por los ladridos de su fiero mastín, entretenido hasta ese momento en destrozar las entrañas de uno de los siervos de Abaven. La sangre en las fauces refulgía con ese repugnante tono dorado que parecía impregnar casi todo el reino de Lorry, como una enfermedad que alfombrara tierras, bosques, colinas y ciudades por igual.

Mostrando los dientes con salvajismo, Karani miró a un lado y otro. No quedaba ninguno de los cinco que se le habían enfrentado. Yacían despatarrados, desmembrados, eviscerados, decapitados.

El guerrero volvió a gritar y, esa vez, fue el relincho de su caballo el que le respondió. Wangari había vuelto a escarbar entre las tripas del dos veces muerto y no le acompañó en su primordial celebración.

La aldea había sido vengada. Los asesinos enviados por el dios de la luz dorada ya no volverían a levantarse para seguir cumpliendo los oscuros designios de su señor. Palmeó la cabeza de la perra y le pasó la mano por el lustroso pelaje negro.

–Buena chica –dijo, recuperando el fuelle–. Buena chica.

La perra soltó un gañido, pero de placer, al sentir la caricia de Karani. Eran un buen equipo, los tres. Kihara lo llevaba a la matanza. Wangari lo ayudaba contra los enemigos. Él mataba.

Y mataba.

En el fondo de su corazón seguía siendo un látigo, pero no podía obedecer las órdenes de Baako. Había demasiado rencor, demasiado odio en Karani como para retirarse hacia las tierras del Imperio. No quería creer que fuera imposible parar la acometida de Abaven; él mismo, él solo, estaba demostrando que se podía exterminar al enemigo.

No eran invencibles, aunque su número fuera ingente.

Escupió y echó un trago de agua que le supo a barro. Demasiados días en el odre de cuero habían hecho que pareciese apantanada. Le dio otro a cada uno de los animales.

–Y bien... ¿Estamos preparados para seguir? –preguntó, haciendo visera con la mano para evitar deslumbrarse con el sol. Un sol cada vez más incapaz de sobreponerse a la luz con la que Abaven refulgía–. Por supuesto que sí. –Montó con agilidad en el caballo. Wangari se adelantó con un trote alegre, las

orejas tiesas, los ojos atentos.

Ante ellos se extendía un largo camino que salía del pueblo en el que no mucho tiempo antes había vivido gente. Un pueblo en el que todos sus habitantes habían sido exterminados, incorporados al ejército de títeres del dios de oro. Como si hubiera sido trazado con una cuerda, la senda apuntaba a septentrión.

Hacia la capital del reino.

Hacia el trono de Abaven.

Llegaría a la ciudad más poderosa del norte y plantaría cara al mismísimo dios. Lo atravesaría con su espada. Luego, se presentaría ante Baako y le diría con sorna lo equivocado que estaba cuando decidió retirarse para formar equipo con los imperiales. Los Látigos no necesitaban la ayuda de los blancos para vencer a Abaven. Se bastaban y se sobaban. Se repitió que él mismo era la prueba viviente de ello.

A lo lejos, una polvareda le indicó que se acercaban más de los repugnantes siervos.

Karani sonrió con ferocidad y desenvainó la espada.

BAJO LA ATENTA MIRADA DE LA LUNA

El Que Siempre Pregunta miró a su madre con ojos curiosos. Era, como él, un hermoso ejemplar de pelaje negro y lustroso, miembros largos que le permitían correr a gran velocidad y garras poderosas con las que daba caza a sus presas. También compartían un rasgo que los hacía únicos, al mostrar finas líneas plateadas en las pupilas, que los hacían extraños y maravillosos a ojos del resto.

Caminaban en silencio, cuidando no pisar ninguna de las abundantes ramas que ornaban el suelo del bosque. Padre había ordenado que no dijieran nada, pues era la noche adecuada en la que cobrar piezas para su sustento y el de su manada. Los Dos Patas vivían cerca del linde, en sus guaridas de barro y paja, y los animales que cuidaban se creían a salvo de cualquier peligro.

¡Qué ignorantes eran! Ni siquiera esos Cuatro Patas que se parecían tanto a El Que Siempre Pregunta y su familia, con todo su instinto guardián, eran rivales. Se colarían en el cercado y elegirían una criatura de pelo abundante y blanco bajo el que había una excelente cantidad de carne tierna.

Se relamió solo de pensar en ello.

Al abandonar las sombras que proyectaban los árboles, elevó la vista hacia el cielo sin una nube, en el que destellaban las agujas de luz y, junto a ellas, eclipsándolas con su fuerza, el gran círculo de plata que iluminaba lo suficiente como para que los afinados sentidos de los lobos captaran todo detalle que les rodeaba.

No pudo evitarlo.

Desde la primera vez que la vio, suspendida, vigilante, se enamoró de ella. El Que Siempre Pregunta dio unos ágiles saltos hasta llegar a una pequeña formación rocosa, arqueó el cuerpo, levantó la cabeza, y un poderoso aullido surgió de su garganta rasgando la noche.

Su padre lo miró emitiendo un gruñido desaprobador, pero madre puso con cariño su pata en el hocico de él y, por esa vez, lo dejó pasar. Otro lobo, y otro más, se unió a su grito de felicidad y celebración.

Pronto toda la manada aullaba con regocijo.

Sin embargo, Hebra de Nieve, el más anciano de todos ellos, no compartía su dicha, pues olía algo que no le gustaba. Venteó en dirección al pueblo de los Dos Patas, cada vez más escamado, y lanzó un ruido gutural junto a Padre, que mandó callar a todos de inmediato. Imitó al anciano y el pelaje del lomo se le erizó al sentir el peligro que asociaba al olor del fuego, de madera

quemada, de humo.

De muerte.

Con suma cautela, volvieron a avanzar hacia su fuente de comida, aunque mucho más vigilantes ante cualquier posible problema. Un resplandor anaranjado se veía a lo lejos, allá donde se encontraban las primeras guaridas de los Dos Patas, y vieron unas figuras moverse recortadas contra el fondo iluminado. El Que Siempre Pregunta se inquietó al detectar que había algo extraño en ellas, como si se movieran de forma no natural, muy diferente al resto de Dos Patas que había visto hasta entonces, pero siguieron acercándose: el hambre es un enemigo mayor que el miedo, y había una camada nueva esperando la carne.

Por desgracia para la manada, ellos también los detectaron.

Las figuras empezaron a correr hacia los lobos, sin emitir un solo sonido, y algo similar al miedo se adueñó de sus corazones al fijarse en que sus cuerpos emitían un leve resplandor dorado, enfermizo, que nunca antes jamás habían visto. Era la primera vez que un Dos Patas, que varios Dos Patas, se lanzaban al combate contra ellos de forma tan abierta.

Llevaban armas en sus manos, que no les impedían correr a toda velocidad, y presentaban terribles heridas. Uno tenía un boquete en el pecho que rezumaba sangre negruzca. Otro, un niño pequeño, tenía un solo brazo, pues el izquierdo le había sido amputado a la altura del codo. La cara de una tercera estaba chafada, como si le hubieran dado un tremendo golpe con una gran piedra.

Su padre y Hebra de Nieve mostraron las fauces y gruñeron, preparándose para la lucha. No iban a dejar que les evitaran llevarse lo que habían venido a buscar. Nunca habían probado la carne de los Dos Patas, pero siempre había un momento para todo.

Los machos adultos, mucho más experimentados que El Que Siempre Pregunta, se lanzaron a la carrera, seguidos por su madre y otras dos lobas de una camada anterior a la suya, impulsándose con sus poderosas patas contra el blanco que había elegido cada uno de ellos. La inercia de los saltos y la fuerza de sus cuerpos hizo que cada uno de los Dos Patas cayera al suelo y las poderosas mandíbulas de los lobos rasgaran la carne, manchando los hocicos de escarlata.

Cada uno de ellos había acabado en instantes con un enemigo.

Pero quedaban más: Por detrás de la primera oleada, acudían otros Dos Patas dispuestos a acabar con ellos pues, aunque El Que Siempre Pregunta no

tuviera forma de saberlo, eran siervos de Abaven, y no hacían distinciones a la hora de llevar la muerte a todo lo existente en el mundo.

Hebra de Nieve fue el primero en caer bajo un espadazo en el lomo que casi le parte en dos. Al ver el cadáver del lobo, El Que Siempre Pregunta no pudo permanecer por más tiempo apartado y se lanzó contra el asesino, apresando el brazo con el que sujetaba la espada en su boca. El Dos Patas agitó su extremidad, pero el lobo había clavado sus dientes con fuerza. Clavó las patas en el suelo y, con un poderoso giro de la testa, se llevó buena parte de carne y músculo de su enemigo, que seguía sin decir nada en absoluto, mientras que los lobos gruñían, resollaban y lanzaban lastimeros gañidos cada vez que recibían un golpe.

Parecía que los Dos Patas, a los que poco a poco se les iban sumando más compañeros, no sintieran ningún miedo a los feroces ataques de la manada, y su madre se colocó junto a él tras dar buena cuenta de un siervo de Abaven con una dentellada en la garganta.

Una nueva oleada de enemigos se acercaba, más lento que los anteriores porque las heridas que presentaban habían mermado su movilidad, pero no sus ganas de matar. Gracias a ese pequeño momento de alivio, mientras recuperaban el aliento, su madre lo miró a los ojos y le tocó con suavidad, pasando las almohadillas de la zarpa derecha por su cara, como había hecho antes con padre, pero esta vez, con un significado muy diferente: El Que Siempre Pregunta supo que quería que se fuese, que volviera junto a la camada de cachorros y los protegiera.

Supo que ella se quedaría cubriendo su retirada.

El joven lobo emitió un ruidito dubitativo, pero su madre no se dejó convencer: lo empujó hacia atrás, con cariño pero firmeza a un tiempo, y El Que Siempre Pregunta comprendió que no había otra opción; se dio la vuelta y corrió hacia el bosque en cuyo centro aguardaban los pequeños. Miró hacia atrás una vez. Solo una vez.

Y deseó no haberlo hecho, pues todos los miembros de la manada habían caído bajo el acero de los monstruos de Dos Patas.

Habían aullado a la Luna por última vez, pero ese aullido resonaría en la mente de El Que Siempre Pregunta mientras su corazón siguiera latiendo. Los llevaría en su interior y cuidaría de los cachorros.

Lo haría por su madre.

Por ella.

MISIVA DIPLOMÁTICA

Al despertarse esa mañana, justo antes de empezar a mover su cuerpo para salir de la cama, Yulinda tuvo un pálpito: ese día iba a ocurrir algo importante, decisivo, para Espejado. Como primera ministra de la rica república costera se dedicaba casi todas las horas, desde el canto del gallo hasta bien entrada la noche, a las cuestiones de estado que conllevaba el gobierno de poco más de cincuenta mil habitantes y sus actividades, repartidos en la ciudad portuaria que daba nombre a la república y las tierras circundantes, proveedoras de los productos agropecuarios que alimentaban a la pléyade de comerciantes y artesanos que conformaban la espina vertebral económica de Espejado.

La edad –no era tan mayor como para poder ser tildada de anciana, pero había dejado atrás hacía muchos años su juventud– le permitía tener una visión más experimentada y clara de las cuestiones estructurales que implicaba ser la mandataria de un lugar en el que la diplomacia y la negociación eran clave para mantener el orden interno, así como la pericia para desarrollar las relaciones con la pequeña constelación de estados marítimos de la costa occidental del continente. Y, por supuesto, las buenas relaciones de vecindad con el poderoso Imperio Vetero.

Otra cosa que también le proporcionaba su edad era el no poseer la necesidad de acicalarse más de lo debido para trabajar como Primera Ministra; los recargados peinados, el maquillaje excesivo que parecía estar siempre de moda en la ciudad, los vestidos pesados e incomodísimos que una vez llevó... todo eso formaba parte del pasado. Yulinda prefería una ropa sencilla –algunos podrían decir que zafia incluso– que le proporcionara comodidad, reservando la más elegante para las sesiones solemnes del Congreso y las recepciones internacionales.

Vestida, pues, con una simple falda negra, zapatos planos y blusa blanca abotonada de cuello alto, se dirigió hacia el despacho desde el que realizaba la mayor parte de su trabajo de dirigente. Se sentó bajo el retrato de su esposo fallecido hacía una década ya, que lo mostraba liderando una flotilla de embarcaciones mercantes saliendo de puerto con destino a diversos mercados, y se frotó los ojos con un pañuelo humedecido con agua perfumada dejado por su asistente personal, como todas las mañanas. El olor a rosa, suave, diáfano, inundó sus sentidos. Inhaló el aroma y sintió su cuerpo cargarse de energía. Las rosas provocaban en ella tal efecto.

Poco después comenzó a trabajar, y Tirce entró acompañada de las dos hermosas perritas de la Primera Ministra trotando a su lado, depositando los primeros legajos de documentos que tenía que revisar.

–Buenos días, Yulinda. –Shawa, una mestiza tricolor de cara afable y graciosa, apoyó sus patas delanteras en la pierna de la mandataria, llamando su atención. Como recompensa, recibió unas amables carantoñas–. ¿Has dormido bien?

–Sí, gracias –respondió–. ¿Y tú? –La mujer asintió–. Parece que hoy tampoco tendremos fiesta...

Tirce rio poniendo los ojos en blancos. Era una broma que hacía todas las mañanas, pero no por ello dejaba de ser menos divertida por la diferente entonación que daba a sus palabras; esa vez, había sido con un fingido acento burltelés, remarcando y haciendo rodar las erres.

Se sumergió en los papeles y pasó las siguientes horas enfrascada en su lectura, análisis, respuesta si era necesario, relectura en algunos casos, tomando apuntes, haciendo que los tomara Tirce... Yulinda empezaba a pensar que su impresión al despertar había sido equivocada. No era otra cosa que trabajo rutinario, burocracia común, casi podría decirse que morralla política, sin grandes desafíos o problemas planteados.

Casi era la hora de comer –Yulinda sentía la espalda y el trasero doloridos, pese a que cada cierto tiempo se levantaba y daba un pequeño paseo por el despacho–, cuando el encargado de recibir a los visitantes y peticionarios entró en la amplia sala enmoquetada, haciendo que las perrillas levantaran la cabeza intrigadas, cesando su leve dormir.

Las mujeres lo miraron y Yulinda dio permiso para que hablara con un ademán de la mano.

–Señora Primera Ministra. –El hombre hizo una reverencia y la aludida asintió con cortesía y cierto gesto de molestia: no le gustaban en exceso las ceremonias–. Perdone que la interrumpa, pero hay alguien que creo debería recibir de inmediato.

Tirce comenzó a recoger algunos expedientes al no ser aconsejable que nadie los viera por tratarse de cuestiones relativas a negocios y asuntos privados de ciudadanos de Espejado.

–¿De quién se trata? –preguntó ella, intrigada. Aquellos que pedían audiencia personal con ella, por lo general, eran derivados a otras personas por los encargados de protocolo, por lo que el haber considerado que alguien, sin presencia en su agenda, era tan importante como para recibirlo con

premura...

–Es un correo urgente de Vetero, señora. Porta el mismísimo sello imperial blanco.

Yulinda frunció el ceño con sorpresa y Tirce dejó por un instante lo que estaba haciendo. El sello imperial hecho en cera blanca indicaba una cuestión de máxima prioridad, de urgencia absoluta. Si Atanasio y Danais habían utilizado por primera vez en su reinado el lacre blanco...

–Hágalo pasar.

Tirce colocó una silla frente a la hermosa mesa de ébano y desapareció por una puerta lateral con la intención de encargar un refrigerio; la mandataria se alisó la blusa y carraspeó para aclararse la garganta.

Con aspecto cansado, el correo entró en la sala. Los mecanismos de poleas que permitían que las puertas se cerraran de forma automática entraron en acción mientras el hombre llegaba hasta la silla.

–Por favor, tome asiento. –Yulinda se levantó sonriendo e indicó la silla vacía. Examinó al correo, calculándole unos treinta años, de pelo moreno largo, recogido en una coleta un tanto desmañada por la brisa que corría entre las calles de Espejado, aún manchado por el polvo del camino que se elevó en nubecillas conforme avanzaba con pasos decididos y firmes.

–Gracias, Primera Ministra. Agradezco que me haya recibido con toda premura.

–¡Qué menos que atender las comunicaciones urgentes del soberano veterés! –Aunque lo dijo sin asomo de ironía, podía ser tomada como tal. Por fortuna, el correo o bien no lo captó así, o bien le dio igual.

–Tenga, señora. –Le tendió un rollo de fina vitela lacrado con, tal y como había dicho su subordinado, un sello imperial blanco como la nieve.

Yulinda lo rompió con cuidado, casi con mimo, y leyó su contenido, abriendo los ojos cada vez más conforme terminaba las líneas. Miró al correo, que permanecía mirando al frente en posición hierática; no vio ninguna pista en él, como era de suponer, sobre si lo que los emperadores decían era una broma de mal gusto o una terrible verdad. Volvió a leer la misiva con más detenimiento.

–Señor –dijo por fin, volviendo a enrollar la carta–, le ruego se aloje en estas mismas dependencias, en una habitación que se le acondicionará. Descanse mientras preparamos la respuesta para los emperadores.

–Señora –replicó él con cierto tono de protesta–, me temo que tengo que declinar su generosa oferta. Mi cometido me lleva a partir de inmediato hacia

el resto de estados costeros para comunicar las palabras de Vetero.

Yulinda asintió comprensiva. Se mojó los labios con la punta de la lengua y dijo:

–Lo entiendo. Enviaré contestación a Sus Excelencias esta misma tarde.

Tras un intercambio cortés de despedidas, el correo, del que ni siquiera sabría jamás el nombre, abandonó el despacho de Yulinda dejándola con una impresión de temor y desasosiego como nunca había sentido.

Tirce entró sorprendiéndose al ver que el hombre ya se había ido; sostenía una bandeja de plata con pastelillos de almendra y zumo de naranja. Se fijó en la cara de la Primera Ministra y le pareció ver una sombra de temor en ella.

–¿Yulinda...?

–Ven, Tirce, ven aquí. De Vetero nos llegan unas horribles noticias. Lee. – Empujó la misiva, como si estuviera cargada de veneno, con la punta del índice–. Lee y ayúdame a decidir qué debe hacer Espejado ante esto.

LA HUIDA DE ESPEJADO

La *Ballena cantarina* avanzaba con tranquilidad, impulsada por la suave brisa que llenaba el velamen de sus tres altos mástiles, desplegado casi en su totalidad. La mar estaba en calma, como era normal en la zona que antecedió al puerto de Espejado, y el sol, brillante en un cielo azul sin nubes, caía sobre la cubierta haciendo que los marineros remolonearan sobre la tablazón sintiendo una pesada languidez. El capitán, sin embargo, les dejó hacer, contemplándoles con una sonrisa arrastrar los pies de un lado a otro disimulando sin mucho éxito, para que no se les adjudicase ninguna tarea por parte del primer oficial.

No importaba, pues al doblar el Cabo Negro, lo que harían en breves momentos, el timonel viraría la nave para que su proa enfilase a los muelles, no precisando ninguna maniobra para ello.

Rulo colocó los brazos en jarras, mirando desde el castillo de popa y sintiendo, una vez más, el orgullo de ser quien tenía a su cargo la más imponente embarcación que había botado jamás la república de Zuargro; sempiterna rival de Espejado, los genios de los astilleros de la capital, Pendícula, habían logrado construir un leviatán que, si bien poseía una cubierta menos que la nave insignia de Espejado, lograba portar en sus bodegas más del doble de la carga que esta. La *Ballena cantarina* era un prodigio que surcaba los mares con seguridad y, aunque su enorme panza no la hacía la más maniobrable de las naves, sí que era más rápida de lo que cabía pensar en un mercante de su tamaño.

—Ha sido un viaje muy tranquilo. —El capitán asintió distraído a las palabras de su primera oficial, una mujer alta y delgada con la cara picada por la viruela y pelo rojo como las llamas de una hoguera—. ¿Cree que sentirán envidia al vernos, señor?

—Imagino —dijo él— que sabrán de nuestra llegada. Es de ilusos pensar que nadie en Espejado sabrá de nuestra nao.

—Espías en todos lados...

—Cierto —asintió Rulo, riendo de forma campechana—. Seguro que llevan meses deseando vernos aparecer para comprobar si los informes que habrán leído eran ciertos. Estaba pensando...

—¿Sí? —inquirió ella cuando Rulo se toqueteó el labio inferior, pensando.

—Podemos darles un espectáculo, ¿no cree?

—¿Qué sugiere, señor? —Ella sonrió mostrando los huecos que faltaban en su dentadura.

—Desplieguen todas —ordenó señalando las velas; la mujer gritó la orden con su voz grave y firme, lo que hizo que los marinos parecieran despertar de un sueño. El capitán gritó después—: ¡Timonel! ¡Comience la maniobra! ¡Gire a babor!

El barco se inclinó cuando empezó a describir el amplio arco que necesitaba para doblar el cabo, aunque su gran anchura hizo que la mayoría de la tripulación casi ni se percatara del ligero escoramiento. Su flotación era perfecta a pesar de la enorme panza. El capitán sonreía pensando en la sorpresa que se iban a llevar en el muelle al ver acercarse a la *Ballena cantarina* y decidió enarbolar la bandera de la república de Zuargro en lo alto del palo mayor para que fuera más visible que en su sitio habitual, en mesana.

No llegó a emitir la orden.

—¡Naos, capitán! —gritó desaforado el vigía en la cofa—. ¡Salen naos del puerto!

Rulo sacudió la cabeza, confuso, y echó mano del catalejo acercándose a la borda. Un vistazo le confirmó las palabras del hombre, aunque no terminaba de creer lo que estaba viendo: un gran número de embarcaciones de todos los tamaños estaban dejando el puerto de Espejado, rodeados por un sinfín de botes y esquifes; la escena le resultó parecida al caos que se produce en la huida de una casa en llamas y la impresión de horror que le provocó un escalofrío se acentuó al ver diminutos puntos en el agua, cabezas de mujeres y hombres que pugnaban por mantenerse a flote y elevaban los brazos, implorantes, hacia los barcos a su lado. La marinería de las naves atestaba las cubiertas.

—Por todo lo sagrado... —gimió, pasando el catalejo a su primer oficial—. No son marineros. Son gente corriente...

Apoyó, preso de una gran debilidad, las manos en la regala y contempló con horror que el curso de navegación de un galeón le iba a llevar a embestir el costado de una nave más pequeña. Pensó en indicar que, desde la cofa, se comunicaran al galeón señales para que cambiara su rumbo y evitar así el accidente, pero en su fuero interno sabía que era absurdo. Los barcos huían de Espejado sin mirar atrás, sumidos en un pánico del que Rulo nada sabía pero que era, dado lo que estaba presenciando, más grande que el océano.

—¿Señor? —La primera oficial le devolvió el catalejo plegado. Lo miró interrogativa. Rulo meneó la cabeza apesadumbrado y suspiró, incapaz de

separar los ojos del terror que se desarrollaba ante ellos. Ella preguntó—: ¿Nos desviamos o...?

—No. —El capitán aferró la madera con fuerza—. Ponga proa al viento y suelte escotas. Fondearemos a una distancia segura de todo eso —continuó señalando el caos de naves, gentes y gritos.

La mujer se giró para dar las órdenes correspondientes, pero Rulo la cogió del hombro, haciendo que lo mirara de nuevo.

—Y vacíen todas las bodegas —dijo elevando la cuadrada mandíbula. La mujer enarcó una ceja, como pidiendo confirmación, y él asintió con gravedad—. Necesitamos todo el sitio disponible para recoger a los pobres diablos que están flotando en el mar.

LA CUENTACUENTOS

–Le gustaba pasear por las calles de la ciudad. –Munique, con voz dulce y un tono casi infantil, miró con sus enormes ojos marrones a la absorta audiencia. Era el tercer cuento que estaba contando a los niños y no parecían cansarse lo más mínimo, al contrario que ella: notaba la garganta irritada y la lengua rasposa. Alargó la mano para beber un sorbo de agua, descubriendo que la jarra estaba vacía. Chasqueó la lengua y se quitó de la cara un mechón de pelo ondulado y moreno con el que la brisa marina había jugueteado–. La hija del barón de Falábrez era conocida por todos los habitantes y la saludaban al pasar entre los tenderetes, los grupos de niños jugando, los grupos de ocas que anadeaban zangoloteando con gracia.

–¿Qué es eso de zango... zango...? –la interrumpió un chico pecoso y delgado.

–Zangolotear –repitió ella–. Quiere decir ir de aquí para allá. Como tú antes –añadió riendo–, cuando te han gritado que te quitaras de en medio.

El chico enrojeció hasta las orejas y agachó la cabeza cuando su compañera más cercana, dándole un codazo, aumentó la puya:

–Es que no dejabas trabajar a los marineros, bobo. –Le sacó la lengua para añadir más sal a la herida. El chico torció el morro, pero no dijo nada.

–Este es un sitio pequeño en el que estamos mucha gente –asintió Munique–. Tenemos que procurar no molestar, ¿sabéis?

Los niños asintieron y esperaron a que continuara.

–¿Por dónde iba? –se preguntó–. ¡Ah, sí! Os decía que todos en la ciudad conocían a la hija del barón, Enilia. La querían y respetaban, pues aunque joven, había ayudado desde pequeña en las tareas de gobierno a su padre, mostrando inteligencia, un gran sentido de la justicia y...

–¡Este cuento no me gusta! –protestó enfurruñado otro chaval, de unos diez años.

–¿Y por qué no? –Munique mostró toda la paciencia de la que fue capaz. Nunca había tenido que tratar con niños, ni en su trabajo ni en su vida privada. Todo su mundo habían sido los libros, estantes y estantes cubiertos de libros en la Sala de Etnología de la Gran Biblioteca de Vetero, de la que era directora.

–Porque las niñas no pueden gobernar –explicó él. Munique pestañeó con incredulidad.

–¿De dónde eres, chico? –Su voz se había tornado un tanto dura.

–De Zarintia –respondió con orgullo, hinchando el pecho. Eso explicaba muchas cosas: era una de las provincias septentrionales de Vetero, famosa por sus costumbres tradicionalistas y cuyos representantes en la capital imperial habían mostrado su oposición a las medidas tomadas desde la corte en más de una ocasión.

–Ya. Y seguro que tu familia es una familia de sangre azul, ¿no?

–Sí... –Iba a decir algo más, pero Munique no lo dejó continuar.

–Pero ahora no estamos en Zarintia, majo. –Señaló el ancho mar océano en torno al barco–. Las reglas han cambiado.

Apretó los labios, convirtiéndolos en una fina línea, y miró al chico entrecerrando los ojos, como retando a que le llevara la contraria. No lo hizo. Quizá había sido un tanto brusca, pero en ese proyecto de noble engreído se concentraba buena parte de lo que más repelús le daba como hija de unos pequeños comerciantes que habían trabajado mucho para poder salir adelante y dar a Munique un futuro. Si comentarios bruscos como el suyo podían hacer que su forma de pensar cambiara, no sería el último que le dedicaría en la travesía que tenían por delante.

Si sobrevivían a ella, era posible que no reprodujese unos patrones de conducta caducos y deleznable.

–A ver si puedo continuar –suspiró–. Uno de esos días en que la muchacha dejaba atrás las puertas del castillo donde vivía con su familia, se encontró a una chica de su edad que llevaba un pesado bulto sobre los hombros, tan pesado que su espalda se inclinaba haciendo que andara a trompicones. Al tropezar con un adoquín suelto, no pudo mantener el equilibrio y cayó al suelo, golpeándose las rodillas. La parte superior se abrió por el brusco movimiento y su interior se desparramó por la calle: unas calabazas de color naranja brillante, hermosas y gordas, rodaron hasta los pies de Enilia, que corrió junto a la niña y la ayudó a levantarse.

–¿Se hizo daño? –La niña más tímida de todo el grupo se decidió a abrir la boca por primera vez en toda la tarde.

–Sí, se hizo daño –contestó Munique, pasándose la manga de lino azul de la blusa por la frente, enjugándose el sudor–. Enilia le preguntó por qué cargaba con todo ese peso, con lo joven y delgada que era, y la niña le respondió que su familia estaba trabajando en el campo, sin poder abandonar la parcela que cosechaban, y que ella tenía que llevar las calabazas al tendero que las vendía en la ciudad.

Un grito desde la cofa del palo mayor interrumpió su concentración.

Empezaba a resultar claro que no iba a poder terminar la narración del tirón. La marinera repitió:

–¡Ah del *Herrado*! –Se refería al barco que navegaba junto a ellos, a estribor. Al mismo tiempo, agitaba un par de banderas—. ¡Cambiad el rumbo o chocaremos!

Munique no tuvo ninguna duda de que en el otro barco habrían oído a la perfección el vozarrón de la mujer. Aunque entendía que esas señales eran necesarias para que la abigarrada flota mantuviera un mínimo orden de viaje, no acababa de gustarle tanto grito y jaleo. Jamás en su vida había pisado un barco antes, acostumbrada al silencio y la tranquilidad de su biblioteca. Sonrió. *Su biblioteca*. Tras diez años trabajando en ella, tendía a considerarla no su segunda casa, sino más bien la primera.

Ese sitio quedaba ya tan lejos... tan lejos.

–Niños –dijo, levantándose—. Me parece que lo vamos a dejar por hoy. –Hubo varios gemidos de protesta, pero Munique no hizo ni caso, recogiendo la jarra vacía del suelo. Tenía tanta sed...

Los chavales se desperdigaron por la cubierta superior del *Terrón*, y la mayoría descendieron por la portilla que daba paso a los camarotes inferiores, donde se encontrarían sus familias, hacinadas y temerosas de que la pesadilla no hubiera acabado. Frotándose las sienes, Munique se acercó a proa, esquivando cabos de soga y tripulantes, apoyando las manos en la borda. Echó un vistazo hacia delante, hacia donde, sin esperanza real de encontrar una nueva tierra, se dirigían huyendo de Abaven.

Al imaginar cómo los siervos del dios de oro estarían inundando las calles de Vetero, hormigueando por las salas de la Biblioteca Imperial mientras buscaban presas vivas con las que alimentar las hogueras de odio y muerte de su señor, un temblor le recorrió el cuerpo y el llanto manó, incontrolable.

–¿Munique?

La mujer bajó los ojos anegados en lágrimas hacia la chica que se había reído del pecoso; se había colocado a su lado.

–¿Sí? Dime.

–Mañana nos contarás el final del cuento, ¿verdad?

Ella rio con suavidad y asintió:

–Sí, pequeña. Lo haré.

–¿Sabe? –Puso las manos detrás de su espalda y se balanceó sobre las puntas de los pies—. Creo que Enilia habría derrotado a esos monstruos.

Munique abrió la boca, sorprendida.

–¿Viste... los viste? –preguntó. La niña asintió, pero su cara no reflejaba el miedo que había visto en los rostros de muchos adultos que fueron perseguidos por la hueste del dios de oro y que habían sobrevivido a duras penas. Munique, por fortuna, había sido evacuada de la capital en los primeros días tras la derrota en la Batalla de las Planicies Ardientes, cuando aún existía algo de orden y las instrucciones de Adía eran obedecidas. Se consideró que, gracias a sus estudios sobre saber popular, tradiciones orales y folclore literario, podría ayudar a Glabro en sus investigaciones sobre la Plata. Tocó la cabeza de la chica con suavidad y dijo, intentando ser lo más cariñosa posible–: Seguro que sí habría podido con ellos. Enilia era muy valiente.

–Claro que sí –sonrió la niña.

–Esa valentía es la que necesitamos ahora, pequeña.

Munique volvió de nuevo la vista hacia el horizonte, al lugar donde el sol se pone, esperando traspasar el velo de la distancia. Confiando en que allá, a lo lejos, existiría un Nuevo Mundo.

SOBRE EL AUTOR

Luis Miguel Núñez nació en 1976, en Zaragoza, ciudad en la que aún reside sin intención de trasladarse. Diplomado en Biblioteconomía y Documentación y Graduado en Geografía e Historia, es funcionario de la Administración de la Comunidad Autónoma de Aragón, dedicando su tiempo libre a varios menesteres –algunos dirían que demasiados– entre los que destaca su pasión, desde la más tierna infancia, por la lectura y la escritura.

Tiene diversos relatos cortos publicados en antologías de fantasía, terror y ciencia ficción, así como *La sombra dorada*, su primera novela autopublicada, su segunda parte, *Resurge la plata*, *Fragmentos mentales*, una antología de relatos cortos, y *La semilla*, la primera de una saga de thrillers sobrenaturales que lleva por nombre *Los casos de la agente Utrilla*.

Nunca le ha gustado mucho la gente que escribe de sí misma en tercera persona.

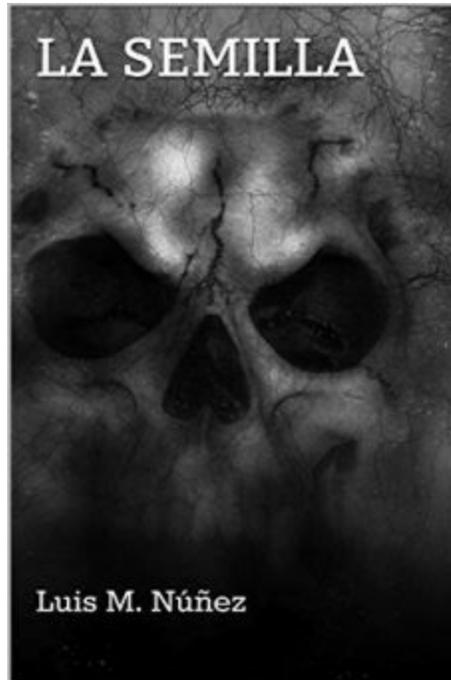
RESURGE LA PLATA



Si te ha gustado *La sombra dorada*, has de saber que la guerra contra el maligno Abaven no acaba aquí. Comprueba con tus propios ojos el desenlace de la lucha contra el dios de Oro en el segundo volumen, *Resurge la plata*, en el que la humanidad lanzará un ataque contra los dominios del Enemigo para recuperar el mundo perdido ante sus criaturas.

¡Acompaña a Jost, Cedeá, Pytia, Tabita, Ester, Phirun y muchos otros valientes en esta desesperada lucha por la supervivencia!

LA SEMILLA



La agente de policía Lucía Utrilla está a punto de descubrir que el último caso de asesinato que se le ha asignado esconde una realidad mucho más siniestra y oscura de lo que parece a simple vista.

En su investigación, topará con aliados y enemigos capaces de dominar fuerzas más allá del entendimiento humano y comprobará que existe un mundo de locura y horror escondido tras el nuestro, viéndose implicada de manera personal y peligrosa en las conspiraciones de una criatura blasfema y poderosa.

Su vida, su familia y su cordura dependerán de lo acertado de sus decisiones frente a un enemigo implacable.

FRAGMENTOS MENTALES



En esta colección de relatos cortos y microrelatos, te presento varias obras de temática fantástica, ciencia ficción y terror, relatando batallas imposibles contra enemigos surgidos de los pozos del horror, viajes a lugares lejanos, descensos a las profundidades más oscuras y luchas contra el inexorable destino.

Contiene el relato "Diseñando la humanidad del futuro", premiado con el tercer puesto del XXVIII Certamen Alberto Magno de Ciencia Ficción (2016).

^[1] A excepción de *Un combate más*, realizado para publicitar la novela.